

William Faulkner

El villorrio



Lectulandia

Entre lo más representativo de la impresionante obra de Faulkner se encuentran las novelas que se conocen bajo el nombre de «ciclo de Yoknapatawpha», desarrolladas a modo de fábula sobre la vida en el sur de los Estados Unidos y sobre el destino humano en cualquier parte del mundo.

El villorrio —primera parte de la «*Trilogía de los Snopes*», a la que también pertenecen *La ciudad* y *La mansión*— comienza con la llegada de diversos miembros de una familia a una aldea de Jefferson, precedidos por un ambiguo rumor de extrañas venganzas en más de una granja.

Poco a poco, de manera tan insidiosa como arrolladora, los Snopes van apoderándose del pueblo ante el asombro y la impotencia de sus habitantes, y lo conducen con la mayor sangre fría hacia el fracaso, la humillación e incluso la muerte.

Lectulandia

William Faulkner

El villorrio

Trilogía de los Snopes - 1

ePub r1.0

Titivillus 29.03.16

Título original: *The Hamlet*
William Faulkner, 1940
Traducción: José Luis López Muñoz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Phil Stone

PRIMER LIBRO

Flem

Capítulo uno

Frenchman's Bend era una zona de fértiles tierras bajas a la orilla del río, situada treinta kilómetros al sudeste de Jefferson. Rodeada de colinas y aislada, bien definida aunque sin límites precisos, a caballo entre dos condados, pero sin deuda de fidelidad con ninguno, Frenchman's Bend había sido el primitivo emplazamiento, por concesión estatal, de una extensísima plantación anterior a la guerra civil; plantación cuyas ruinas —el cascarón vacío de una enorme casa con sus establos derruidos, sus barracones para los esclavos, sus jardines llenos de malas hierbas, sus terrazas de ladrillo y sus paseos— aún recibían el nombre de casa del Viejo Francés, a pesar de que, en la actualidad, de las lindes originales sólo quedase constancia en los viejos registros descoloridos de la oficina del catastro en el juzgado del distrito de Jefferson, y a pesar de que incluso algunos de los campos en otro tiempo fértiles hubiesen vuelto a ser las junglas de bejucos y cipreses^[1] que su primer dueño talara a machetazos.

Es muy posible que se tratase de un extranjero, aunque no necesariamente francés, puesto que para las personas que llegaron después de él, y que borraron casi por completo toda huella de su presencia, cualquiera que hablase inglés con acento extranjero o cuyo aspecto o incluso cuya ocupación fuese poco corriente, sería francés, prescindiendo de la nacionalidad que afirmara poseer, de la misma manera que sus coetáneos de la ciudad (si, pongamos por ejemplo, hubiera decidido instalarse en la misma Jefferson) le habrían catalogado como holandés. Pero ahora nadie sabía cuál había sido realmente su nacionalidad, ni siquiera Will Varner, que tenía sesenta años y era propietario de una buena parte de la primitiva concesión, incluido el terreno de la casa solariega en ruinas. Porque el extranjero, el francés, había desaparecido junto con su familia, sus esclavos y su magnificencia. Su sueño, sus vastas tierras, se habían dividido en pequeñas e inútiles granjas hipotecadas por las que los directores de los bancos de Jefferson reñían entre sí antes de vendérselas, finalmente, a Will Varner, y todo lo que quedaba del primer propietario era el lecho del río que sus esclavos canalizaran a lo largo de quince kilómetros para evitar que se inundasen sus campos y el esqueleto de la tremenda casa que sus herederos en sentido lato se habían dedicado, durante treinta años, a derribar y a cortar —barandillas de madera de nogal, suelos de roble que medio siglo más tarde no hubieran tenido precio, las mismas tablillas de mala calidad de los cobertizos— para utilizarlo como leña. También su apellido se había olvidado, y su orgullo no era más que una leyenda acerca de la tierra que arrebató a la jungla y que domesticó hasta convertirla en monumento a un nombre que quienes llegaron tras él, en destartaladas carretas y a lomos de mula o incluso a pie, con fusiles de chispa y perros y niños y

alambiques para hacer whisky casero y salterios protestantes, no eran siquiera capaces de leer y mucho menos de pronunciar, y que ahora no tenía ya nada que ver con un determinado ser humano, vivo en otro tiempo, porque su sueño y su orgullo no eran más que polvo junto al olvidado polvo de sus anónimos huesos, y su leyenda no otra cosa que la pertinaz historia del dinero que enterró en algún lugar de la finca cuando Grant arrasó la región, camino de Vicksburg.

Las personas que le heredaron vinieron del nordeste, a través de las montañas de Tennessee, en etapas marcadas por el nacimiento y crianza de una nueva generación. Venían de la costa del Atlántico, y, antes, de Inglaterra y de las marcas escocesas y galesas, como ponían de manifiesto algunos de sus apellidos: Turpin y Haley y Whittington, McCallum y Murray y Leonard y Littlejohn; y otros, como Riddup y Armstid y Doshey, que no podían venir de ninguna parte porque sin duda nadie se los hubiera atribuido voluntariamente. Estas personas no traían esclavos ni cómodas de estilo Chippendale y Phyfe; en realidad la mayoría podían llevar sus pertenencias (y de hecho las llevaban) en propia mano. Se instalaron y construyeron cabañas con una o dos habitaciones que nunca llegaron a pintar; se casaron entre sí y engendraron y, una a una, añadieron otras habitaciones a las cabañas primitivas, que tampoco pintaron nunca; pero eso fue todo. Sus descendientes siguieron plantando algodón en las tierras bajas y maíz en las laderas de las colinas, con el que continuaron fabricando whisky en escondidos vallecitos entre esas mismas colinas y vendiendo el que no consumían. Funcionarios federales enviados a la zona se esfumaban, aunque luego pudiera verse a un niño, a un anciano o a una mujer con alguna de las prendas de vestir que llevaba el desaparecido: un sombrero de fieltro, una chaqueta de velarte, un par de zapatos comprados en la ciudad o incluso una pistola. Los funcionarios del condado no les molestaban, excepto cuando se acercaban las elecciones. Mantenían sus propias iglesias y escuelas, se casaban y cometían entre sí infrecuentes adulterios y un número bastante más elevado de homicidios y actuaban como sus propios jueces y verdugos. Eran protestantes y demócratas y prolíficos; no había un solo negro propietario de tierras en toda la zona. En cuanto a los negros forasteros, se negaban rotundamente a pasar por allí después de anochecer.

Will Varner, el actual dueño de la casa del Viejo Francés, era el hombre más importante de la región. Además del primer terrateniente y supervisor de distrito en un condado, era juez de paz en el otro y comisario electoral en ambos y, en consecuencia, la fuente primera si no de la ley sí al menos de consejos y sugerencias a una población que habría repudiado el término cuerpo electoral si lo hubiera oído alguna vez, y que acudía a él no con la actitud de *qué es lo que tengo que hacer*, sino de *qué cree usted que le gustaría que yo hiciera si pudiera usted obligarme a hacerlo*. Will Varner era granjero, usurero y veterinario; el juez Benbow de Jefferson dijo de él en una ocasión que nunca un hombre con mejores modales sangró mulas o dio pucherazos. Poseía casi todas las buenas tierras de la región e hipotecas sobre la mayoría de las restantes. Era dueño del almacén y de la desmotadera de algodón, y

del complejo de molino harinero y herrería en la misma aldea, y se consideraba de mala suerte (por decirlo de la manera más suave posible) que alguien de los alrededores hiciera sus compras o desmotara su algodón o moliera su harina o herrara a su ganado en otro sitio. Will Varner era tan delgado como un poste y casi igual de alto, de cabello y bigotes de color gris rojizo e inocentes ojillos azules, vivos y penetrantes; daba la impresión de ser un inspector de escuela dominical metodista que los días laborables condujera un tren de pasajeros o viceversa, cuando en realidad era propietario de la iglesia o del ferrocarril, o quizá de ambas cosas al mismo tiempo. Era un hombre astuto, reservado y alegre, de carácter rabelesiano y con toda probabilidad aún sexualmente activo (había dado dieciséis hijos a su mujer, aunque sólo dos seguían en el hogar familiar; los otros, esparcidos, casados o enterrados, desde El Paso hasta la frontera con Alabama), como parecía confirmar la energía de sus cabellos, que incluso a los sesenta años eran aún más rojos que grises. Simultáneamente activo y holgazán, no hacía nada en absoluto (su hijo administraba todos los negocios familiares), pero gastaba todo su tiempo en ello, ya que, antes incluso de que su hijo bajara a desayunar, se marchaba de casa, y aunque nadie sabía exactamente adónde iba, a él y al gordo y viejo caballo blanco que montaba se les podía ver en cualquier sitio en quince kilómetros a la redonda a cualquier hora del día; y por lo menos una vez al mes durante la primavera, el verano y los comienzos del otoño, alguien veía a Varner sentado en una silla de fabricación casera en el césped, asfixiado por las malas hierbas delante de la mansión del Viejo Francés, y al viejo caballo blanco atado a un poste de la cerca. Su herrero le había fabricado la silla serrando por la mitad un barril de harina vacío y clavándole un asiento, y Varner se instalaba allí, sobre un fondo de ruinoso esplendor señorial, masticando tabaco o fumando su pipa de mazorca y dirigiendo a los transeúntes bruscos saludos que, sin dejar de ser cordiales, no invitaban al diálogo. Todo el mundo (los que le veían allí y quienes se enteraban de oídas) creía que se sentaba allí para planear en privado su próxima ejecución de hipoteca, puesto que sólo a un viajante que vendía máquinas de coser llamado Ratliff —un hombre a quien Will Varner doblaba con creces la edad— llegó a darle una razón: «Me gusta sentarme aquí. Estoy tratando de averiguar qué podía sentir un tipo tan estúpido que necesitaba todo esto (no se movió ni se molestó siquiera en indicar con la cabeza la pendiente cubierta de viejos ladrillos y enmarañados senderos, coronada por la ruina con columnas que tenía detrás) para comer y dormir únicamente». Luego añadió (sin dar a Ratliff ninguna otra pista de cuál pudiera ser la verdad): «Durante una temporada parecía que iba a librarme de todo esto, que iban a dejármelo limpio. Pero, santo cielo, la gente se ha vuelto tan holgazana que ni siquiera se suben a una escalera para arrancar el resto de las vigas. Se diría que prefieren ir al bosque e incluso cortar un árbol, mejor que levantar el brazo para coger un poco de leña de pino. Pero, pensándolo bien, creo que voy a conservar lo que queda, aunque sólo sea para no olvidarme de mi única equivocación. Ésta es la única cosa de las que he comprado en toda mi vida que no he podido

vender a nadie». Jody, su hijo, de unos treinta años, un corpulento ejemplar de primera clase, con un ligero hipertiroidismo, no sólo no estaba casado, sino que emanaba de él una invencible e inviolable soltería de la misma manera que se dice de algunas personas que exhalan olor a santidad o a espiritualidad. Era un hombre voluminoso, que ya prometía una considerable barriga para dentro de diez o doce años, aunque aún mantuviera hasta cierto punto sus pretensiones de galán apuesto y sin compromiso. Tanto en invierno como en verano (aunque en la estación cálida prescindiera de la chaqueta) y lo mismo los domingos que los días de entresemana, Jody llevaba una camisa sin cuello de color blanco brillante, cerrada por arriba con un botón de oro macizo, y encima un traje de excelente velarte negro. Se ponía el traje el día que se lo enviaba el sastre de Jefferson y, desde ese momento, lo llevaba todos los días, hiciera el tiempo que hiciese, hasta que se lo vendía a uno de los criados negros de la familia (de manera que casi todos los domingos por la noche podía verse alguno de sus trajes viejos, en su totalidad o en parte —y reconocerse en seguida— paseando por los caminos del verano) y lo reemplazaba por el nuevo que venía a sustituirlo. En contraste con el sempiterno mono de los hombres entre los que vivía, Jody tenía un aire no exactamente fúnebre, pero sí ceremonioso, y ello debido a ese rasgo de invencible soltería que era parte integrante de su personalidad; de manera que al mirarle, más allá de la flaccidez y de la opacidad de su volumen, se veía al perenne e inmortal padrino de boda, la apoteosis del masculino singular, de la misma forma que, bajo las abultadas carnes del medio centro de 1909, reconocemos al fantasma enjuto y resistente que en otro tiempo llevaba el balón. Jody era el noveno de dieciséis hermanos. Regentaba el almacén, del que su padre era todavía propietario titular y en el que se ocupaban, sobre todo, de hipotecas ejecutadas, y la desmotadera, y supervisaba las dispersas propiedades agrícolas que su padre primero y luego los dos juntos habían ido adquiriendo durante los últimos cuarenta años.

Una tarde, cuando estaba en el almacén cortando de una bobina nueva piezas de cuerda para el arado, y recogiénolas en pulcros lazos marineros para colgarlas de una hilera de clavos en la pared, se volvió al oír un ruido y vio, su silueta recortada en el vano de la puerta, a un hombre más pequeño de lo corriente, con un sombrero de ala ancha, una levita demasiado grande y una curiosa tiesura deliberada.

—¿Es usted Varner? —dijo el individuo en cuestión, con una voz que no era exactamente áspera, o no tanto voluntariamente áspera como herrumbrosa por la falta de uso.

—Soy un Varner —dijo Jody, con su agradable voz, sonora y bien modulada—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Me llamo Snopes. He oído que alquila usted una granja.

—¿De veras? —respondió Varner, moviéndose ya para conseguir que al otro le diera la luz en la cara—. Exactamente, ¿dónde ha oído usted eso? —porque la granja era nueva; su padre y él la habían adquirido a través de una ejecución de hipoteca hacía menos de una semana, y aquel individuo era un completo desconocido. Jody ni

siquiera había oído nunca su apellido.

El otro no respondió. Varner podía verle ya la cara: ojos de un gris opaco y frío entre irascibles cejas hirsutas que empezaban a encanecer y un rastrojo de barba gris oscura tan densa y enmarañada como lana de oveja.

—¿Dónde cultivaba usted la tierra? —dijo Varner.

—Por el oeste —no hablaba bruscamente. Se limitó a pronunciar las tres palabras con total irrevocabilidad desprovista de sentimientos, como si hubiera cerrado una puerta tras de sí.

—¿Se refiere a Texas?

—No.

—Entiendo. Al oeste de aquí. ¿Tiene mucha familia?

—Seis —no hubo después una pausa perceptible, ni un precipitarse hacia la siguiente palabra. Pero hubo algo. Varner lo notó incluso antes de que la voz sin vida pareciera agravar deliberadamente la incongruencia—: chico y dos chicas. La mujer y su hermana.

—No son más que cinco.

—Y yo —dijo la voz muerta.

—De ordinario un hombre no se incluye entre sus propios braceros —dijo Varner—. ¿Son cinco o siete?

—Dispongo de seis personas para trabajar en el campo.

La voz de Varner tampoco cambió entonces, siempre afable y firme al mismo tiempo.

—No sé si voy a necesitar un arrendatario. Casi estamos ya a uno de mayo. Calculo que podría cultivarla yo mismo, con unos cuantos jornaleros. Si es que me decido a hacerlo este año.

—Estoy dispuesto a trabajar así —dijo el otro. Varner se le quedó mirando.

—Le veo un tanto ansioso de instalarse, ¿no es cierto? —el otro no respondió. Varner no era capaz de decir si le estaba mirando o no—. ¿Qué renta pensaba usted pagar?

—¿Qué es lo que usted pide?

—Tercera y cuarta^[2] —dijo Varner—. Los suministros se compran aquí en el almacén. No hay que pagar en metálico.

—Entiendo. Suministros en dólares de setenta y cinco centavos.

—Efectivamente —dijo Varner con tono siempre cordial. Ahora no podría decir si su interlocutor miraba a algo o no miraba a nada en absoluto.

—Me conviene —dijo.

Desde el porche del almacén, por encima de media docena de hombres vestidos con monos, sentados o acucillados aquí y allá, con navajas y astillas en la mano, Varner vio cómo su visitante se marchaba cojeando estiradamente, sin mirar a derecha ni izquierda; luego vio cómo descendía los escalones, elegía entre los animales de tiro y los caballos ensillados una mula flaca y sin silla, con una gastada

brida para arar y riendas de cuerda, la llevaba hasta los escalones, se montaba torpe y rígidamente, y se ponía en camino, sin haber mirado todavía ni una sola vez a uno u otro lado.

—Por el ruido de los pasos se diría que pesa por lo menos cien kilos —dijo uno de los hombres—. ¿Quién es, Jody?

Varner aspiró entre dientes y escupió a la calle.

—Se llama Snopes —dijo.

—¿Snopes? —repitió otro de los presentes—. Claro. Así que es él.

Esta vez no sólo Varner, sino todos los demás miraron al que había hablado: un hombre flaco, con un mono absolutamente limpio aunque descolorido y con remiendos, recién afeitado, con un rostro bondadoso, casi triste, hasta que se descifraba lo que eran en realidad dos expresiones distintas: una momentánea de paz y tranquilidad superpuesta a otra permanente (precisa, aunque débil) de hombre acosado; y una boca delicada, cuya peculiar frescura y lozanía adolescente podía ser en realidad el resultado de no haber probado el tabaco en toda su vida; la cara arquetípica del hombre que se casa joven, sólo engendra hijas y él mismo no pasa de ser la hija mayor de su propia esposa. Se llamaba Tull.

—Es el tipo que pasó el invierno con su familia en una vieja cabaña donde Ike McCaslin solía almacenar el algodón. El mismo que hace dos años anduvo metido en el asunto del establo incendiado de un sujeto llamado Harris en Grenier County.

—¿Cómo? —dijo Varner—. ¿De qué estás hablando? ¿Un establo incendiado?

—No he dicho que lo hiciera él —respondió Tull—. Sólo que estuvo mezclado en cierta manera, podríamos decir.

—¿Como cuánto de mezclado?

—Harris hizo que lo detuvieran y lo llevó a los tribunales.

—Entiendo —dijo Varner—. Nada más que un simple caso de confusión de identidad. Pagó a otro para que lo hiciera.

—No se pudo probar —dijo Tull—. Por lo menos si Harris encontró alguna prueba después, ya era demasiado tarde, porque Snopes se había marchado de la región. Luego reapareció en casa de McCaslin, en septiembre pasado. Él y su familia trabajaron a jornal, cosechando para McCaslin, y él les dejó que pasaran el invierno en una vieja cabaña para el algodón que no estaba usando. Eso es todo lo que sé. Y no voy a repetirlo.

—Yo no lo haría —dijo Varner—. A nadie le conviene cargar con la responsabilidad de una habladuría sin fundamento —seguía de pie, por encima de ellos, con su ancha cara imperturbable y su sucio atuendo en blanco y negro (la manchada camisa de color blanco brillante y los pantalones con rodilleras), una vestimenta ceremoniosa y descuidada al mismo tiempo. Aspiró aire entre los dientes haciendo mucho ruido—. Vaya, vaya —dijo—. Un tipo que incendia establos. Vaya, vaya.

Esa noche se lo contó a su padre mientras cenaban. Con la excepción de un

irregular edificio, mitad de troncos y mitad de tablas, conocido como el hotel Littlejohn, la casa de Will Varner era la única de la zona que tenía más de un piso. Los Varner también tenían una cocinera, no sólo el único criado negro, sino el único criado de cualquier tipo en todo el distrito. Aunque llevaba muchos años con ellos, la señora Varner seguía diciendo, y al parecer creyendo, que no se la podía dejar sola ni para hervir agua. Jody contó esa noche lo que había sucedido mientras su madre, una mujer regordeta, alegre y hacendosa, que había dado a luz dieciséis hijos y sobrevivido ya a cinco, y que todavía ganaba premios por sus hortalizas y confituras en la feria anual del condado, iba y venía del comedor a la cocina, y su hermana, una muchacha de carnes prietas y elevada estatura, con pechos ya bien definidos a los trece años, ojos como opacas uvas de invernadero y una generosa boca húmeda siempre ligeramente entreabierta, ocupaba su sitio en la mesa con una especie de malhumorada perplejidad propia de su joven carnalidad femenina en sazón, sin necesidad, al parecer, de hacer el menor esfuerzo para no oír.

—¿Le has hecho ya el contrato? —dijo Will Varner.

—No pensaba hacérselo hasta que Vernon Tull me contó lo que había pasado. Ahora creo que mañana llevaré el papel al almacén y le dejaré que lo firme.

—Después puedes decirle también cuál es la casa que tiene que incendiar. ¿O vas a dejarle que elija él?

—Naturalmente —respondió Jody—. También hablaremos de eso —luego añadió (borrando de su voz toda ligereza, toda respuesta y contrarrespuesta, tercera, cuarta y prima de la suave esgrima del humor)—: Lo único que tengo que hacer es enterarme a ciencia cierta de lo que pasó con ese establo. Aunque en realidad va a dar lo mismo que lo hiciera o lo dejara de hacer. Todo lo que necesita es descubrir de repente cuando llegue la época de la cosecha que yo creo que lo hizo. Escucha. Pongamos un ejemplo parecido —se inclinó hacia adelante sobre la mesa, voluminoso, seguro de sí mismo, resuelto. La madre se había marchado apresuradamente a la cocina, desde donde se oía su voz enérgica riñendo alegremente a la cocinera negra. La hija no escuchaba en absoluto—. Aquí hay un trozo de tierra de la que sus propietarios no pensaban ya sacar nada con la estación tan avanzada. Y he aquí que llega un individuo y la arrienda; pero resulta que en el último sitio que arrendó se incendió un establo. Da lo mismo que lo quemara o no, aunque simplificaría las cosas saber a ciencia cierta que fue él quien lo hizo. Lo más importante es que se quemó mientras él estaba allí, y las pruebas eran tales que se sintió obligado a marcharse de la zona. De manera que aparece y arrienda una tierra que no contábamos con que produjera nada este año, y nosotros le proporcionamos todos los suministros del almacén con toda regularidad y como es debido. Y el tal sujeto recoge la cosecha y el propietario la vende con toda normalidad y tiene el dinero esperando y el individuo se presenta para recoger su parte y el propietario dice: «¿Qué es eso que he oído acerca de usted y de un establo?». Eso es todo. «¿Qué es lo que acabo de oír sobre usted y ese establo?» —se quedaron mirando el uno al otro: los ojos opacos un tanto saltones y

los penetrantes ojillos azules—. ¿Qué dirá él? Qué puede decir, excepto: «De acuerdo. ¿Qué se propone usted hacer?».

—Perderás la factura de los suministros en el almacén.

—Claro. Eso no hay manera de evitarlo. Pero, después de todo, un sujeto que te va a dar una cosecha gratis, de balde, sin cobrar un céntimo, lo menos que puedes hacer es alimentarlo mientras trabaja para ti. Espera —dijo—. ¡Demonios coronados, ni siquiera tendremos que hacer eso! Haré que se encuentre un par de tejas de madera podrida con una cerilla cruzada a la puerta de su casa el día que acabe el cultivo, y entonces sabrá que ya no tiene remedio y que lo único que puede hacer es volver a marcharse. Eso acortará dos meses la cuenta de los suministros, y a nosotros nos bastará contratar a alguien para que recoja la cosecha —se miraron mutuamente. Para uno ya era cosa hecha, terminada con éxito: lo veía con toda claridad; convertía en presente algo todavía a seis meses de distancia en el futuro—. ¡Demonios coronados, no le quedará otro remedio! ¡No podrá protestar! ¡No se atreverá!

—Hummm —dijo Will. Del bolsillo del chaleco sin abotonar sacó una manchada pipa de mazorca y empezó a llenarla—. Será mejor que no tengas ningún trato con esa gente.

—¡Claro que sí! —respondió Jody. Cogió un palillo del palillero de porcelana y se echó para atrás en la silla—. No está bien incendiar establos. Un individuo que tiene costumbres de ese tipo ha de sufrir los inconvenientes que se derivan de ello.

No fue ni al día siguiente ni al otro. Pero a primera hora de la tarde del tercer día, con el caballo roano esperándole atado a una de las columnas del porche, Jody se instaló en el escritorio de tapa corrediza al fondo del almacén, encorvado, el sombrero negro sobre el cogote, una ancha mano peluda, inmóvil y tan pesada como un saco de patatas, encima del papel, y en la otra la pluma con que escribir las palabras del contrato con su letra irregular, grande, de rasgos gruesos y pausados. Una hora después, a ocho kilómetros de la aldea, con el contrato ya seco, cuidadosamente doblado y guardado en un bolsillo, Jody se encontraba a caballo junto a una calesa parada en el camino, muy estropeada por el mal trato y cubierta con el barro seco del último invierno, tirada por una pareja de peludos jacos tan cerriles y enérgicos como cabras montesas y casi igual de pequeños. En la parte de atrás, la calesa llevaba sujeta una caja de chapa de hierro del tamaño y forma de una perrera pero pintada para darle aspecto de casa, en cada una de cuyas ventanas pintadas, el rostro también pintado de una mujer sonreía bobamente contemplando una máquina de coser igualmente pintada. Varner, a lomos de su caballo, miraba con sorprendida y colérica consternación al ocupante de la calesa que acababa de decirle con tono cordial: «Vaya, Jody; he oído que tienes un nuevo arrendatario».

—¡Demonios coronados! —exclamó Varner—. ¿Quieres decir que ha prendido fuego a otro? ¿Que a pesar de que le pillaron con las manos en la masa ha prendido fuego a otro?

—Bueno —dijo el ocupante de la calesa—. No sé si yo estaría dispuesto a

declarar públicamente que Snopes prendió fuego a cualquiera de los dos. Diría más bien que se incendiaron cuando él estaba más o menos relacionado con ellos. Podría decirse que el fuego da la impresión de seguirle como los perros siguen a algunas personas —hablaba con una voz agradable, perezosa, ecuánime, y que sólo después de algún tiempo se reconocía como más astuta que bromista. Aquel individuo era Ratliff, el viajante de máquinas de coser. Vivía en Jefferson y recorría la mayor parte de cuatro condados con su recia pareja de jacos y su perrera pintada en la que cabía perfectamente una máquina de coser de verdad. En días sucesivos, y a dos condados de distancia podía verse a la estropeada calesa manchada de barro y a la desigual pareja de caballos, atados en la sombra más cercana, y el rostro afable, atento, bien dispuesto de Ratliff y su immaculada camisa azul sin corbata, uno más en el grupo acucillado junto a un almacén en un cruce de caminos, o (y siempre acucillado y siempre dando la impresión de llevar la voz cantante, pero en realidad escuchando mucho más de lo que nadie creía que escuchaba hasta que los acontecimientos futuros demostraban lo contrario) entre las mujeres, rodeado de cuerdas cargadas con ropa puesta a secar y tinas y calderos ennegrecidos junto a fuentes y pozos, u ocupando, muy correcto, una silla con asiento de paja en el porche de una cabaña, simpático, afable, cortés, fértil en anécdotas e impenetrable. Ratliff vendía quizá tres máquinas de coser al año, y el resto del tiempo se dedicaba a comerciar con tierras, ganado, aperos de labranza de segunda mano, instrumentos musicales o cualquier otra cosa que su dueño no tuviera especial interés en conservar, e iba contando de casa en casa las noticias de sus cuatro condados con la ubicuidad de un periódico, al mismo tiempo que transmitía mensajes de persona a persona sobre bodas, funerales y conservas de hortalizas y fruta con la seriedad de un servicio de correos. Nunca olvidaba un nombre y conocía a todo el mundo, personas, mulas y perros, en ochenta kilómetros a la redonda—. Digamos que iba siguiendo a Snopes cuando llegó a la casa que De Spain le había cedido, con los muebles amontonados dentro de la carreta, igual que se presentó en la casa de Harris, donde estuvo viviendo antes, o dondequiera que fuese, y dijo: «Meteos ahí». Y la cocina y las camas y las sillas salieron y se colocaron por sí solas. Descuidadamente, pero de manera eficaz, todo muy ajustado, porque estaban acostumbrados a mudarse y a no contar con muchas manos para hacerlo. Ab y ese otro tan grande, Flem le llaman (había otro más también, uno pequeño; recuerdo haberlo visto en algún sitio. No estaba con ellos. Por lo menos no está ahora. Quizá se olvidaron de avisarle cuando salieron del establo), ocupaban el asiento delantero, las dos chicas corpulentas dos sillas dentro de la carreta y la señora Snopes y su hermana, la viuda, iban sentadas encima de los trastos en la parte de atrás, como si a nadie le importase mucho que les acompañaran o no, muebles incluidos. Al pararse la carreta delante de la casa, Ab la miró y dijo: «Seguro que no sirve ni para pocilga».

Varner, a caballo, contemplaba a Ratliff con los ojos fuera de las órbitas y mudo de horror.

—Bien —dijo Ratliff—. En cuanto la carreta se paró, la señora Snopes y la viuda se bajaron y empezaron a descargar. Las dos chicas no se habían movido aún, sentadas en las dos sillas con la ropa de los domingos, mascando chicle, hasta que Ab se volvió y las echó a maldiciones de la carreta hasta donde la señora Snopes y la viuda se peleaban a brazo partido con la cocina. Las hizo moverse como a un par de terneras demasiado valiosas para golpearlas con fuerza, y luego Flem y él se sentaron y vieron cómo las dos robustas muchachas sacaban de la carreta una escoba muy gastada y una linterna y se quedaban quietas de nuevo hasta que Ab se asomó otra vez y, con el extremo de las riendas, dio un golpecito en las nalgas a la que estaba más cerca. «Y luego volvéis y ayudáis a mamá con la cocina», les gritó mientras se alejaban. Después Flem y él se bajaron de la carreta y fueron a visitar a De Spain.

—¿Al establo? —exclamó Varner—. ¿Quieres decir que fueron directamente y...?

—No, no. Eso fue después. El establo viene más tarde. Lo más probable es que todavía no supieran dónde estaba. El establo ardió con todas las de la ley y a su debido tiempo; eso no hay más remedio que reconocérselo. Pero esto no era más que una visita, pura amistad simplemente porque Snopes sabía dónde estaban las tierras y todo lo que tenía que hacer era empezar a rascarlas, y ya estaban a mediados de mayo. Igual que ahora —añadió con tono de inocencia absolutamente perfecto—. Aunque también he oído decir que siempre hace sus contratos de arrendamiento más tarde que la mayoría —pero no se estaba riendo. El rostro astuto y moreno era tan cordial y tan afable como siempre debajo de los astutos e impenetrables ojos.

—¿Y bien? —dijo Varner con violencia—. Si prepara los fuegos tal como cuentas, calculo que no necesito preocuparme hasta las navidades. Sigue adelante. ¿Qué es lo que tiene que hacer antes de empezar a encender cerillas? Tal vez me sea posible reconocer alguno de los síntomas a tiempo.

—De acuerdo —dijo Ratliff—. Así que echaron a andar por la carretera, dejando a la señora Snopes y a la viuda luchando con la cocina y a las dos chicas sin moverse, pero con un cepo para ratas y un orinal en la mano, y fueron hasta la casa del comandante De Spain y subieron por el camino particular donde había un montón de estiércol fresco y el negro dijo que Ab lo pisó aposta. Quizá el negro los estaba viendo por la ventana. De cualquier modo, Ab cruzó el porche dejando huellas de estiércol y llamó a la puerta; y cuando el negro le dijo que se limpiara los pies, Ab le apartó de un empujón y el negro asegura que se limpió lo que le quedaba en la alfombra de cien dólares y se quedó allí gritando «Qué tal, De Spain, qué tal», hasta que apareció la señora De Spain y vio la alfombra y a Ab y le dijo que hiciera el favor de marcharse. Y luego De Spain llegó a casa a la hora del almuerzo e imagino que quizá su señora intervino azuzándole, porque, a eso de media tarde, se presentó a caballo en casa de Snopes con un negro sujetando la alfombra enrollada a lomos de una mula detrás de él, cuando Ab estaba sentado en una silla contra la jamba de la puerta; De Spain le gritó: «¿Por qué demonios no está en el campo?». Y Ab dijo, sin

levantarse de la silla ni nada parecido: «Pensaba empezar mañana. Nunca me mudo y empiezo a trabajar el mismo día», aunque todo esto no venga al caso; calculo que la señora De Spain le había azuzado a conciencia porque sin bajarse del caballo estuvo un rato repitiendo «Váyase al infierno, Snopes, váyase al infierno», y Ab, sentado allí, contestando «Si yo le diera tanta importancia a una alfombra no creo que la tuviera donde la gente tropezara con ella al entrar en casa» —Ratliff seguía sin reírse. Se limitaba a estar sentado en la calesa, sereno y reposado, con sus ojos astutos e inteligentes en el rostro moreno, bien lavado y afeitado sobre la camisa descolorida perfectamente limpia, y su agradable voz que arrastraba las palabras, despreocupada a más no poder, mientras el rostro desencajado y encendido de Varner le miraba con indignación.

—Así que, al cabo de un rato, Ab dio un grito en dirección a la casa, salió una de las mocetonas, y Ab le dijo: «Llévate la alfombra y lávala». Y a la mañana siguiente el negro se encontró la alfombra enrollada, tirada en el porche junto a la puerta principal; y había otra vez huellas en el suelo, aunque en esta ocasión no era más que barro; también se dijo que cuando la señora De Spain extendió la alfombra las cosas debieron de ponerse al rojo vivo para el dueño de la casa (el negro aseguró que daba la impresión de que habían usado trozos de ladrillo en lugar de jabón para lavarla), porque De Spain se presentó en casa de Ab, antes incluso del desayuno, cuando los Snopes estaban enganchando la mula para salir al campo, echando chispas por los ojos y maldiciendo sin parar, no exactamente a Ab, sino más bien a todas las alfombras y a todo el estiércol en general, y Ab, sin decir nada, tan sólo abrochando horcates y las correas para sujetar la collera, hasta que por fin De Spain dijo que la alfombra le había costado cien dólares en Francia y que le iba a cobrar siete hectolitros de maíz de la cosecha que Ab ni siquiera había plantado aún. Y a continuación De Spain se volvió a su casa. Y tal vez pensó que la cosa no tenía mayor importancia. Tal vez creyó que como ya había hecho algo acerca de aquel asunto, su mujer le dejaría tranquilo y quizá cuando llegara la época de la cosecha él podría incluso olvidarse de los siete hectolitros de maíz. Sólo que eso tampoco le pareció bien a Ab. De manera que al día siguiente, por la noche, si no recuerdo mal, cuando el comandante se había quitado los zapatos y estaba tumbado en la hamaca del patio, llegó el alguacil y, después de muchos rodeos, terminó diciéndole que Ab le había puesto un pleito...

—Demonios coronados —murmuró Varner.

—Claro —siguió Ratliff—. Eso es más o menos lo que dijo De Spain cuando, por fin, se metió en la cabeza que era verdad lo que le decía el alguacil. Así que llegó el sábado, la carreta se presentó delante del almacén y Ab se apeó con ese sombrero de predicador y esa levita que lleva y se llegó hasta la mesa haciendo mucho ruido con ese pie deforme donde, según Buck McCaslin, el coronel Sartoris en persona le pegó un tiro por tratar de robarle el semental de silla durante la guerra, y el juez dijo: «He estudiado su demanda, señor Snopes, pero no he conseguido encontrar ninguna ley en

ningún sitio que haga referencia a alfombras, y no digamos nada del estiércol. Pero voy a aceptarla porque siete hectolitros es demasiado: un hombre tan ocupado como parece estarlo usted no va a tener tiempo de cosechar siete hectolitros de maíz. De manera que le voy a condenar a que pague tres hectolitros y medio por echar a perder esa alfombra».

—Y entonces fue y prendió fuego al establo —dijo Varner—. Vaya, vaya, vaya.

—Creo que yo no lo describiría exactamente así —dijo, repitió Ratliff—. Yo diría tan sólo que aquella misma noche ardió el establo del comandante De Spain, y que no se pudo salvar nada. Aunque sí es cierto que por alguna razón De Spain se presentó allí con su yegua casi al mismo tiempo, porque alguien le oyó cuando le adelantaba por el camino. No quiero decir que llegara allí a tiempo de apagar el fuego, pero sí de encontrar otra cosa que ya estaba allí y que le hizo sentirse con derecho a considerarla un elemento lo bastante extraño como para justificar que disparase contra ella, a lomos de la yegua y a escopetazo limpio, tres o cuatro veces, hasta que lo que fuese se escondió en una zanja donde De Spain no podía seguirlo a caballo. Y tampoco pudo decir con seguridad quién era, porque cualquier animal cojea si quiere y cualquier hombre se expone a tener una camisa blanca, con la excepción de que cuando llegó a casa de Ab (y no pudo tardar mucho, según la velocidad a que le oyó pasar el tipo que iba por el camino) no estaban allí ni el padre ni el hijo, tan sólo las cuatro mujeres, y De Spain no tuvo tiempo de mirar debajo de las camas y otros sitios por el estilo, porque junto al establo tenía un granero para maíz con techo de ciprés. De manera que volvió a donde sus negros habían acarreado los barriles de agua y estaban mojando sacos vacíos para extenderlos sobre el granero, y la primera persona a la que vio fue Flem, que estaba allí, con una camisa blanca, contemplando lo que sucedía con las manos en los bolsillos y mascando tabaco. «Buenas noches», dijo Flem. «Ese heno se quema muy de prisa.» Y De Spain le gritó desde el caballo: «¿Dónde está tu padre? ¿Dónde está ese...?». Y Flem dijo: «Si no está por aquí se habrá vuelto a casa. Él y yo salimos juntos cuando vimos el resplandor». Y De Spain sabía perfectamente de dónde habían salido y también sabía por qué. Sólo que no hacía al caso, porque, como he explicado hace muy poco, no importa qué dos sujetos pueden tener una cojera y una camisa blanca entre los dos, y también probablemente la lata de queroseno que De Spain había visto tirar al fuego a uno de ellos cuando disparó por primera vez. De manera que a la mañana siguiente, cuando el comandante estaba desayunando con una herida en la frente y las dos cejas chamuscadas, entró el negro y le dijo que había un individuo que quería verle; De Spain fue al despacho y allí estaba Ab con el sombrero de predicador y la levita y también con la carreta cargada, aunque la carreta no la había traído hasta la casa para que no la vieran. «Parece que usted y yo no vamos a llegar a entendernos», dijo Ab, «así que calculo que será mejor dejar de intentarlo antes de que surja algún malentendido. Me marcho hoy mismo». Y De Spain dijo: «¿Qué hay de su contrato?». Y Ab respondió: «Lo he rescindido». Y el comandante siguió sentado repitiendo: «Rescindido. Rescindido».

Y luego añadió: «Yo rescindiría ese contrato y cien más como él y añadiría también el establo con tal de estar seguro de que era usted contra quien disparaba anoche». Y Ab dijo: «Puede usted demandarme y descubrirlo. Los jueces de paz de esta zona parecen tener mucha costumbre de descubrir la verdad para los demandantes».

—Demonios coronados —dijo otra vez Varner, en voz baja.

—Así que Ab giró en redondo, salió caminando pesadamente con su pie tieso y volvió...

—Y quemó la casa del arrendatario —dijo Varner.

—No, no. No digo que no se volviera a mirarla con cierto pesar, como dice la persona que le vio, cuando se marchó con la carreta. Pero desde entonces nada más ha ardido de repente. No precisamente entonces, quiero decir. Yo no...

—Efectivamente —dijo Varner—. Recuerdo que dijiste que tuvo que tirar el queroseno que le quedaba en la lata cuando De Spain empezó a disparar contra él. Vaya, vaya —añadió, con ojos desorbitados, ligeramente apoplético—. Y ahora, de todos los hombres de esta región, he tenido que elegirlo a él para hacer un contrato de arrendamiento —se echó a reír. Más bien empezó a decir «Ja, ja, ja», rápidamente, pero sólo con los dientes y los pulmones, sin que los ojos se contagiaran. Luego se detuvo—. Bueno, no puedo seguir aquí sin hacer nada, por muy agradable que me resulte. Quizá llegue a tiempo de conseguir que rescinda el contrato a cambio tan sólo de una vieja cabaña para almacenar maíz.

—O si no, al menos a cambio de un establo vacío —le gritó Ratliff, mientras se alejaba.

Una hora después, Jody Varner se hallaba de nuevo sentado en el caballo inmóvil, esta vez delante de un portón, o más bien de un boquete en una cerca de alambres combados y herrumbrosos. El portón mismo o lo que quedaba de él yacía desgoznado en el suelo, los intersticios de las estacas podridas rellenos de césped y malas hierbas, como las costillas de un esqueleto olvidado. Jody respiraba con fuerza, pero no porque hubiera estado galopando. Muy al contrario, desde que se encontró lo bastante cerca de su meta para creer que vería humo en el caso de que lo hubiera, había avanzado a un paso cada vez más lento. Sin embargo, ahora se hallaba a lomos de su caballo frente al boquete en la cerca, respirando con fuerza por la nariz e incluso sudando un poco mientras contemplaba la destartada cabaña de techo combado, situada en el inevitable trozo de tierra sin árboles ni césped y gastada por la intemperie hasta conseguir el color de una vieja colmena, con esa expresión de tenso y rápido cálculo mental de un hombre que se acerca a un obús que no ha estallado. «Demonios coronados», repitió en voz baja. «Demonios coronados. Lleva tres días aquí y ni siquiera ha puesto el portón en su sitio. Y yo tampoco me voy a atrever a mencionarlo. Ni siquiera me atreveré a comportarme como si supiera que existe una cerca donde sujetarlo.» Sacudió las riendas salvajemente. «¡Arre!», le dijo al caballo. «Quédate aquí quieto mucho tiempo y verás como acabas ardiendo.»

El camino (que no era calle ni senda: tan sólo dos líneas paralelas apenas

discernibles por donde habían pasado ruedas de carretas, casi borradas por el césped y las malas hierbas) llegaba hasta el porche combado y sin escalones de aquella casa perfectamente inexpresiva que Jody contemplaba ahora con cautela de nervios en tensión, como si se acercara a una emboscada. Contemplaba la casa con tal intensidad, que no se daba cuenta de los detalles. Pero, de pronto, vio en una de las ventanas sin bastidor, y sin saber cuándo había aparecido, un rostro debajo de una gorra de paño gris, cuya mandíbula inferior se movía ininterrumpida y rítmicamente con una curiosa desviación lateral, y que se esfumó cuando aún estaba gritando «¡Buenas tardes!». Se disponía a gritar de nuevo cuando vio más allá de la casa la rígida silueta que reconoció a pesar de que le faltase la levita; Ab Snopes estaba haciendo algo con el portón que daba a las tierras de labor. Además del lamento dolorido y rítmico de la oxidada polea de un pozo, Jody empezó a oír dos desabridas voces femeninas muy altas e inexpresivas. Al llegar más allá de la casa vio el pozo: la alta y estrecha estructura, semejante a un patíbulo estilizado, dos corpulentas jóvenes absolutamente estáticas a su lado, que en aquella primera ojeada crearon ya la inmóvil solidaridad, como de ensueño, de la estatuaría (reforzada únicamente por el hecho de que las dos parecían hablar al mismo tiempo, dirigiéndose a otro oyente —o quizá tan sólo al mundo circundante—, desde una distancia considerable y sin escucharse entre sí en absoluto), incluso aunque una sujetase la cuerda del pozo con los brazos extendidos al máximo, el cuerpo inclinado para tirar hacia abajo, como una figura en una charada, una pieza tallada que simbolizase algún terrible esfuerzo físico muerto nada más nacer, y aunque un momento después la polea iniciase de nuevo su oxidado lamento, pero se detuviera casi de inmediato, como hicieron también las voces cuando le vio la segunda, con la primera detenida en la inversa de la actitud anterior, los brazos extendidos hacia abajo sobre la cuerda y los dos anchos rostros inexpresivos volviéndose lentamente al unísono mientras Varner pasaba a caballo.

Jody cruzó la tierra yerma cubierta con los desechos —cenizas, trozos de cacharros de barro y latas vacías— de sus últimos ocupantes. Otras dos mujeres trabajaban junto a la cerca, y tanto Ab como ellas habían advertido su presencia, porque Varner vio volver la cabeza a una. Pero el hombre mismo (maldito enano asesino con un pie deforme, pensó Varner con furiosa indignación impotente) no levantó la vista ni hizo siquiera una pausa en lo que fuera que le tenía ocupado hasta que Varner se colocó directamente detrás de él. Ahora las dos mujeres le estaban mirando. Una llevaba una descolorida papalina, y la otra, con un sombrero deforme que en otro tiempo debió de pertenecer al cabeza de familia, sostenía una lata oxidada llena a medias de clavos torcidos y oxidados. «Buenas tardes», dijo Varner, dándose cuenta demasiado tarde de que estaba casi gritando. «Buenas tardes, señoras.» El hombre se volvió, pausadamente, con un martillo en la mano —una cabeza oxidada con las dos orejas rotas, enastada en un trozo sin pulir de madera para el fuego—, y una vez más Varner contempló desde arriba los fríos e impenetrables ojos de color ágata bajo el atormentado saliente de las cejas.

—¿Qué tal? —dijo Snopes.

—Se me ha ocurrido que no estaría de más venir a ver cuáles eran sus planes —respondió Varner, aún con voz demasiado alta; parecía incapaz de evitarlo. Tengo que pensar en demasiadas cosas para ocuparme de eso, se dijo, empezando inmediatamente a repetirse. Demonios coronados. Demonios coronados, una y otra vez, como para probarse a sí mismo lo que un simple segundo de descuido podía acarrearle.

—He pensado que voy a quedarme —dijo el otro—. La casa no sirve ni para pocilga. Pero supongo que podremos salir adelante.

—¡Pero escuche! —dijo Varner. Ahora estaba gritando; no le importaba. Luego dejó de gritar. Dejó de gritar porque dejó de hablar: no había nada más que decir, aunque dos palabras le cruzaran por la cabeza con la suficiente velocidad: Demonios coronados. Demonios coronados. No me atrevo a decir «Váyase de aquí», y no tengo ningún sitio para decirle «Váyase ahí». Ni siquiera me atrevo a hacer que lo detengan por incendiario no sea que me prenda fuego al establo. El otro se volvía ya hacia la cerca cuando Varner habló, y se quedó vuelto a medias, mirando a Jody de una forma que no era cortés ni tampoco paciente, sino simplemente de alguien que espera.

—De acuerdo —dijo Varner—. Podemos hablar de la casa. Porque vamos a entendernos perfectamente. Seguro que nos entenderemos. Si sucede cualquier cosa, todo lo que tiene usted que hacer es ir al almacén. No, ni siquiera eso: no tiene más que mandarme recado y yo vendré lo más de prisa que pueda. ¿Entiende? Cualquier cosa, si hay cualquier cosa que no le gusta...

—Yo me entiendo bien con todo el mundo —dijo el otro—. Me he entendido bien con quince o veinte patrones distintos desde que empecé a cultivar la tierra. Cuando no me entiendo bien, me marchó. ¿Era eso todo lo que usted quería?

Todo, pensó Varner. Todo. Volvió a cruzar el patio, la sucia tierra sin césped, marcada por las cenizas y trozos de palos chamuscados y ladrillos ennegrecidos donde se habían apoyado calderos para lavar la ropa y para escaldar cerdos. Quisiera no llegar nunca a tener más que lo poco que quiero tener ahora, pensó Jody. Había estado oyendo de nuevo la polea del pozo. Esta vez no se detuvo al pasar él, los dos anchos rostros, uno inmóvil, el otro moviéndose de arriba abajo con regularidad de metrónomo, acompañando el lamento no del todo musical de la rueda, volviéndose lentamente de nuevo como si estuvieran unidas y sincronizadas entre sí mediante un brazo mecánico, mientras él dejaba atrás la casa y se introducía por el sendero apenas perceptible que llevaba hasta el portón roto que Jody sabía que iba a encontrar tumbado entre las malas hierbas cuando volviera a verlo. Aún llevaba el contrato en el bolsillo, el contrato que había redactado con aquella segura y pausada satisfacción que, según ahora le parecía, tuvo que producirse en otra época o, más probablemente, con otra persona completamente distinta. El contrato seguía sin firma. Podía ponerle una cláusula relativa al fuego, pensó. Pero ni siquiera detuvo el caballo. Claro que sí, pensó. Y luego podría utilizarlo para empezar el techo del nuevo establo. De manera

que siguió adelante. Se hacía tarde y puso al caballo a un trote cochinerero que su montura sería capaz de mantener durante casi todo el camino de vuelta a casa, aunque con pequeñas pausas en las cuestas; avanzaba ya a buen paso cuando descubrió de repente, apoyado contra un árbol junto al camino, al hombre cuyo rostro viera a través de la ventana. Un momento antes el camino estaba desierto, y al momento siguiente aquel individuo se hallaba allí a un lado, en la linde de un bosquecillo; eran la misma gorra de tela y la misma mandíbula que mascaba rítmicamente, materializadas al parecer de la nada y casi delante del caballo, con un aire de ser algo completa y puramente accidental que Varner recordaría y sobre lo que meditaría tan sólo más adelante. Casi le había dejado ya atrás cuando tiró de las riendas. Ahora no gritó y en su rostro apareció una expresión simplemente amable y en extremo despierta.

—¿Qué tal? —dijo—. Tú eres Flem, ¿no es cierto? Yo soy Varner.

—¿Ah, sí? —respondió el otro, escupiendo acto seguido. Tenía un rostro ancho y plano, con ojos del color del agua estancada. Era de apariencia más bien flácida, como el mismo Jody, aunque Varner le sacaba la cabeza, y llevaba una sucia camisa blanca y unos pantalones grises de mala calidad.

—Quería verte —dijo Varner—. He oído que tu padre ha tenido algún problema una o dos veces con propietarios. Problemas que podrían haber sido serios —el otro siguió mascando—. Quizá no le trataron como es debido; no lo sé y no me importa. De lo que estoy hablando es de que una equivocación, cualquier equivocación, puede enmendarse de manera que un hombre siga en buenas relaciones con el individuo del que no está satisfecho. ¿No te parece que tengo razón? —el otro continuó mascando sin hacer la menor pausa. Su rostro era tan inexpresivo como un trozo de masa sin cocer—. En ese caso no tendría que pensar que la única forma de probar sus derechos es hacer algo que le obligue a levantar el campo y salir de la zona al día siguiente —dijo Varner—. Porque en el futuro podría presentarse el problema de que al mirar alrededor se encontrara con que se le habían acabado los sitios donde volver a instalarse —Varner guardó silencio. Esta vez esperó tanto que el otro habló finalmente, aunque Jody nunca tuvo la seguridad de que fuera ésa la razón.

—No es tierra lo que falta.

—Claro que no —dijo Varner afablemente, voluminoso, tranquilo—. Pero nadie quiere gastarla a fuerza de mudarse de aquí para allá. Especialmente por un asunto que si se hubiera discutido y resuelto en el primer momento no habría tenido la menor importancia. Que se podría haber arreglado en cinco minutos tan sólo con que hubiese habido alguna otra persona a mano para coger por el brazo a un tipo que fuese tal vez de genio un poco vivo, pongamos por ejemplo, y que le dijese: «Espera un momento, vamos a ver; ese tipo no pretende aprovecharse de ti. Todo lo que tienes que hacer es hablar con él tranquilamente y el asunto se solucionará. Sé que eso es así porque *cuento con su promesa en ese sentido*» —hizo otra pausa de nuevo—. Especialmente si este individuo del que estamos hablando, el que podría coger del

brazo y decirle esto al otro, fuese a obtener un beneficio por mantenerlo tranquilo y pacífico —Varner se calló otra vez. Al cabo de un rato el otro volvió a hablar:

—¿Qué beneficio?

—Hombre, una buena tierra para trabajar. Crédito en el almacén. Más tierra si considera que puede ocuparse de ella.

—No hay beneficio en la agricultura. Mi idea es dejarla en cuanto pueda.

—De acuerdo —dijo Varner—. Pongamos que la persona de la que estamos hablando quisiera orientarse en otra dirección. Necesitará de la buena voluntad de la población local para ganar el dinero que le permita hacerlo. Y qué mejor manera...

—Usted lleva un almacén, ¿no es cierto? —dijo el otro.

—... mejor manera... —dijo Varner. Luego se interrumpió—. ¿Qué?

—He oído que lleva un almacén.

Varner se le quedó mirando. Su rostro no era ya amable. Se había inmovilizado por completo y estaba más atento que nunca. Se llevó la mano al bolsillo de la camisa y sacó un cigarro puro. Jody no fumaba ni bebía, ya que, de manera natural, su metabolismo era tan perfecto que, como él mismo hubiera dicho, ningún estimulante le haría sentirse mejor de como se sentía espontáneamente. Pero siempre llevaba dos o tres puros consigo.

—Coge un cigarro —dijo.

—No fumo —respondió el otro.

—Sólo mascas tabaco, ¿eh? —preguntó Varner.

—Masco cinco centavos de vez en cuando, hasta que pierde todo el sabor. Pero nunca he acercado una cerilla a un cigarro.

—Haces muy bien —dijo Varner. Se quedó mirando el puro y luego añadió, en voz baja—: Y espero con la ayuda de Dios que ni tú ni nadie que tú conozcas lo haga nunca —se guardó el cigarro en el bolsillo. Expulsó con fuerza el aire entre los dientes—. De acuerdo —dijo—. El próximo otoño. Cuando tu padre haya recogido la cosecha —en ningún momento había estado seguro de cuándo el otro le miraba y cuándo no, pero ahora le vio alzar un brazo y quitarse de la manga, con la otra mano, algo diminuto con exquisito cuidado. Una vez más Varner expulsó con fuerza el aire por la nariz—. De acuerdo —dijo—. La semana que viene, entonces. Me darás eso de plazo, por lo menos, ¿no? Pero tienes que garantizármelo —el otro escupió.

—¿Garantizarle el qué? —dijo.

Dos millas más allá se le vino encima el anochecer, el breve crepúsculo de finales de abril, en el que los cornejos de flores blancas destacaban entre los árboles más oscuros con extendidas palmas alzadas semejantes a monjas en oración; había salido el lucero de la tarde y cantaban ya los chotacabras. El caballo, camino de la cena, marchaba a buen paso con el frescor del atardecer cuando Varner lo frenó y lo mantuvo inmóvil un buen rato. «Demonios coronados», dijo. «Estaba justo en el sitio donde nadie podía verlo desde la casa.»

Capítulo dos

1

Ratliff, el viajante de máquinas de coser, al acercarse de nuevo a la aldea, con una caja de música de segunda mano y con un juego nuevo de cuchillas para un escarificador (todavía atado con el alambre con que lo enviaban de la fábrica) dentro de la perrera, en lugar de la máquina de coser, vio al viejo caballo blanco dormitando sobre tres patas junto a un poste de la cerca y, un instante después, a Will Varner en persona sentado en su silla de fabricación casera sobre el fondo de césped demasiado crecido y descuidados jardines de la casa del Viejo Francés.

—Buenas tardes, tío^[3] Will —dijo, con su voz agradable, cortés, incluso deferente—. He oído que usted y Jody tienen un nuevo dependiente en el almacén — Varner le lanzó una mirada penetrante, frunciendo un tanto las cejas rojizas sobre los ojillos llenos de viveza.

—De manera que ya se ha corrido la voz —dijo Varner—. ¿Qué distancia has recorrido desde ayer?

—Diez o doce kilómetros —dijo Ratliff.

—Ah —dijo Varner—. Andábamos necesitados de un dependiente —eso era verdad, aunque todo lo que necesitaban era alguien que abriera el almacén por la mañana y volviese a cerrarlo por la noche; y eso sólo para que no se metieran dentro los perros callejeros, ya que incluso los vagabundos, al igual que los negros sin oficio ni beneficio, no se quedaban en Frenchman's Bend después de que oscureciera.

De hecho, el mismo Jody Varner algunas veces (Will nunca estaba allí en ningún caso) faltaba todo el día del almacén. Los clientes entraban y se servían por sí mismos y unos a otros, dejando el dinero, porque se sabían los precios al céntimo tan bien como Jody, en una caja de puros dentro de la jaula circular de alambre que protegía el queso, como si todo ello —la caja de puros, los billetes gastados y las monedas, brillantes de pasar de mano en mano— fuese en realidad un cebo.

—Por lo menos logrará usted que le barran el almacén todos los días —dijo Ratliff—. No todo el mundo consigue semejante cláusula en una póliza de seguros contra incendios.

—Ah —dijo Varner de nuevo poniéndose en pie. Estaba mascando tabaco. Se sacó de la boca la pastilla ya mascada, que parecía un amasijo de heno húmedo, la tiró lejos y se limpió la palma de la mano en el costado. Se acercó a la valla, donde, siguiendo sus instrucciones, el herrero había ideado un ingenioso paso que (si bien ni el herrero ni Varner habían visto ni imaginado nunca uno) funcionaba exactamente igual que un moderno torniquete, pero alzando una clavija sujeta con una cadena en lugar de mediante la introducción de una moneda—. Lleva mi caballo hasta el almacén —dijo Varner—. Yo iré en tu coche. Quiero sentarme y conducirlo yo.

—Podemos atar el caballo detrás de la calesa y montarnos los dos —dijo Ratliff.

—Tú súbete al caballo —dijo Varner—. En este momento eso es todo lo cerca que quiero tenerte. Algunas veces te pasas un poquito de listo para mi gusto.

—Claro que sí, tío Will —dijo Ratliff. De manera que trabó la rueda de la calesa para que Varner se subiera, y él se montó en el caballo. Se pusieron en marcha con Ratliff un poco detrás de la calesa, así que Varner hablaba por encima del hombro, sin volver la cabeza:

—El tal bombero voluntario...

—No llegó a probarse —dijo Ratliff apaciblemente—. Ése es el problema, por supuesto. Si un individuo tiene que escoger entre un tipo que es un asesino y otro del que sólo se cree que lo es, escogerá al asesino. Por lo menos sabrá exactamente a qué atenerse. No correrá el peligro de que se le disperse la atención.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Varner—. Pongamos, entonces... esa víctima de la calumnia y de la falacia. ¿Qué sabes de él?

—Nada digno de mención —dijo Ratliff—. Sólo lo que he oído. Hace ocho años que no le veo. Había otro chico entonces, además de Flem. Uno pequeño. Tendría diez o doce años si estuviera con ellos. Debió de perderse en una de las mudanzas.

—Y lo que has oído de él después de ocho años, ¿te hace pensar que hayan cambiado en algo sus costumbres?

—Claro que sí —dijo Ratliff. La ligera brisa apartaba suavemente el polvo que levantaban los tres caballos, arrojándolo a las matas de manzanilla loca y helenio que empezaban a florecer en la cuneta—. Ocho años. Y antes de eso, debí pasarme casi otros quince sin verle. Yo crecí muy cerca de donde él vivía. Quiero decir que Ab vivió unos dos años en el sitio donde yo crecí. Él y mi padre eran arrendatarios del viejo Anse Holland. Entonces Ab era tratante de caballos. De hecho, yo estaba allí en el momento en que se le acabó la trata de caballos y quedó convertido en agricultor. No es malo por naturaleza. Simplemente se le agrió el carácter.

—Se le agrió el carácter —repitió Varner. Lanzó un escupitajo. La voz se le volvió sardónica, casi despreciativa—: Jody llegó tarde anoche. Se lo noté nada más verle. Exactamente igual que cuando era más joven, había hecho algo que sabía que yo iba a descubrir al día siguiente y decidía contármelo él mismo. «He contratado a un dependiente», me dice. «¿Para qué?», le digo yo. «¿Es que ya no te gusta cómo Sam te limpia los zapatos los domingos?», y él grita: «¡No he tenido más remedio!

¡He tenido que contratarlo! ¡He tenido que hacerlo, te lo aseguro!». Y se fue a la cama sin cenar. No sé cómo ha dormido; no me he puesto a escuchar para enterarme. Pero esta mañana parecía bastante menos deprimido. «Quizá hasta resulte útil», dice. «No lo dudo», le digo yo. «Pero hay una ley que lo prohíbe. Además, ¿no sería mejor derribarlos? Podrías incluso vender la madera.» Y él se me quedó mirando un rato. Pero sólo estaba esperando a que yo terminara; ya lo tenía todo pensado desde anoche. «Coge un hombre como ése», dice. «Un hombre independiente, capaz de protegerse a sí mismo, capaz de proteger sus propios derechos e intereses. Digamos que las ventajas de sus propios derechos e intereses coinciden con las ventajas y los intereses de otra persona. Digamos que sus beneficios son los mismos beneficios que los de la persona que paga un sueldo a algunos de sus familiares para proteger su negocio; digamos que es un negocio donde de vez en cuando (y tú lo sabes tan bien como yo)», dice Jody, «... digamos que siempre se están presentando beneficios en los que la persona que va a recibirlos preferiría no verse mezclada activamente; no cabe duda, un tipo así de independiente...».

—Podría haber dicho «peligroso», gastando la misma cantidad de aliento —dijo Ratliff.

—Sí —dijo Varner—. ¿Y bien?

Ratliff no respondió. En cambio, dijo:

—Ese almacén no está a nombre de Jody, ¿verdad? —pero se contestó él mismo antes de que el otro pudiera hablar—: Claro que no. No hacía ninguna falta preguntar una cosa así. Además, Jody sólo se ha asociado con Flem. Mientras Jody siga con él, tal vez el viejo Ab...

—Dilo de una vez —dijo Varner—. ¿Qué piensas de todo esto?

—¿Se refiere usted a lo que pienso de verdad?

—¿De qué demonios crees que estoy hablando?

—Pienso lo mismo que usted —dijo Ratliff pausadamente—. Que sólo conozco a dos hombres que puedan arriesgarse a tratar con esa gente. Y que uno de los dos se apellida Varner, pero no lleva Jody de nombre de pila.

—¿Y quién es el otro? —preguntó Varner.

—Eso está todavía por probar —dijo Ratliff alegremente.

Además del almacén de Varner, la desmotadera y el complejo de molino harinero y forja que alquilaban al herrero, de la escuela y la iglesia, y de las quizá tres docenas de viviendas dentro del radio sonoro de las dos campanas, la aldea contaba con una cochera con caballeriza, su correspondiente corral y una extensión contigua, desprovista de hierba aunque sombreada, en la que se alzaba un edificio grande e irregular, hecho en parte con tablas y en parte con troncos, sin pintar y con dos pisos en algunos sitios, al que se conocía como hotel Littlejohn, donde, detrás de un tablón oscurecido por la intemperie y clavado en uno de los árboles, y en el que se leía COMIDA Y CAMAS, se daba de comer y se alojaba a viajeros de comercio y tratantes de ganado. Tenía un porche muy largo con una hilera de sillas. Aquella noche después de la cena, con la calesa y la pareja de caballos en el establo, Ratliff se instaló allí junto con cinco o seis hombres más que habían ido llegando de las casas de los alrededores. También habrían estado allí cualquier otra noche, pero en esta ocasión se habían reunido antes de que el sol desapareciera por completo, mirando de cuando en cuando hacia la oscura fachada del almacén de Varner como la gente se reúne para mirar en silencio las frías cenizas de un linchamiento o la escalera de mano y la ventana abierta de una fuga de amantes, puesto que la presencia de un dependiente de raza blanca a sueldo en el almacén de un hombre todavía capaz de andar y aún con la cabeza lo bastante clara para, por lo menos, equivocarse en las cuentas a su favor, era algo tan inconcebible como la presencia de una mujer blanca a sueldo en una de sus cocinas.

—Bueno —dijo uno—, yo no sé nada del que Varner ha contratado. Pero la sangre es más espesa que el agua. Y un individuo que tiene familiares a los que les dura lo bastante el enfado como para prender fuego a un establo...

—Vamos a ver —dijo Ratliff—. El viejo Ab no es malo por naturaleza. Simplemente se le agrió el carácter.

Durante unos momentos no habló nadie. Estaban sentados o acucillados a lo largo del porche, invisibles los unos para los otros. Ya era casi completamente de noche, y del desaparecido sol no quedaba más que una pálida mancha verdosa en el cielo del noroeste. Los chotacabras habían empezado a cantar y las luciérnagas hacían guiños y revoloteaban entre los árboles más allá de la carretera.

—¿Como cuánto se le agrió? —dijo uno, al cabo de un rato.

—Simplemente se le agrió —dijo Ratliff alegre, afable, servicialmente—. Está lo que sucedió durante la guerra. Cuando Ab no molestaba a nadie, no hacía daño ni ayudaba a ninguno de los dos bandos, ocupándose tan sólo de sus propios asuntos, que eran ganar dinero y reunir caballos (cosas que no han oído nunca hablar de nada que se parezca a ideas políticas), mire usted por dónde aparece alguien que nunca ha

sido siquiera dueño de los caballos y le pega un tiro en el talón. Y luego el asunto de la suegra del coronel Sartoris, la señorita Rosa Millard, con quien Ab estableció un consorcio de caballos y mulas en buena fe y honorablemente, sin intención de perjudicar a nadie azul o gris^[4], sino simplemente con la idea fija de dinero y caballos, hasta que la señorita Millard tuvo que ir y hacer que le pegase un tiro aquel individuo que se llamaba a sí mismo comandante Grumby, y luego Bayard, el hijo del coronel y el tío Buck McCaslin y un negro cogieron a Ab en el bosque y sucedió algo más: le ataron a un árbol o algo parecido y quizá incluso se llegó a utilizar una rienda doble y hasta es posible que una baqueta de fusil calentada, aunque eso no son más que rumores. En cualquier caso, lo cierto es que Ab tuvo que retirar su fidelidad a los Sartoris, y oí decir que se escondió durante un tiempo considerable en las colinas, hasta que el coronel estuvo lo bastante ocupado construyendo el ferrocarril como para que no corriera peligro si reaparecía. Y eso le agrió el carácter un poco más. Pero por lo menos todavía le quedaba la compraventa de caballos. Hasta que se tropezó con Pat Stamper. Y Pat lo eliminó de la trata de caballos. De manera que eso acabó de estropearlo todo.

—¿Quieres decir que se trabó los cuernos con Pat Stamper y aún pudo volver a casa con la brida? —dijo uno. Porque todos conocían a Stamper. Aunque seguía vivo, era una leyenda no sólo en aquella región, sino en todo el norte de Mississippi y el oeste de Tennessee: un hombre corpulento de abultado estómago, un Stetson de buena calidad, de color claro y ala ancha, y ojos del color de una cuchilla de hacha sin estrenar, que viajaba por toda la zona con una carreta en la que llevaba equipo de acampada y que jugaba caballos contra caballos, como un tahúr juega cartas contra cartas, tanto por el placer de derrotar a un contrario con categoría como para su propio provecho, ayudado por un mozo de cuadra negro que era un artista de la misma manera que lo es un escultor, capaz de coger cualquier pedazo de carne de caballo que aún tuviera vida, retirarse a cualquier edificio cerrado o cobertizo que estuviese vacío y disponible y a continuación, con la habilidad de un auténtico prestidigitador, reaparecer con algo que la propia madre del animal no reconocería, y no digamos nada su anterior dueño; los dos juntos, Stamper y el negro, trabajaban en una especie de increíble armonía, como una sola inteligencia que poseyera la maravillosa ventaja sobre el común de los mortales de ser capaz de estar en dos sitios al mismo tiempo y de dirigir a la vez dos juegos distintos de manos y dedos.

—Salió mejor parado que eso —dijo Ratliff—. Quedó exactamente en paz. Porque si Stamper ganó a alguien, fue más bien a la señora Snopes. E incluso ella nunca pensó que fuese así. Todo lo que la señora Snopes salió perdiendo fue que tuvo que ir personalmente a Jefferson para conseguir la centrifugadora para la leche y quizá ya sabía desde el principio que tendría que acabar haciéndolo. No fue Ab quien compró un caballo y le vendió dos a Pat Stamper. Fue la señora Snopes. Ella y Pat sólo utilizaron a Ab como intermediario.

Una vez más, todos guardaron silencio durante un rato. Luego, el primero que

había hablado dijo:

—¿Cómo te enteraste de todo eso? Supongo que también tú estabas allí.

—Así es —dijo Ratliff—. Aquel día fui con Ab a por la centrifugadora. Mi familia vivía a kilómetro y medio de ellos. Mi padre y Ab eran arrendatarios del viejo Anse Holland, y yo pasaba el rato en el establo de Ab. Porque también me volvían loco los caballos, igual que a él. Todavía no se le había agriado el carácter. Estaba casado con su primera mujer, la que trajo de Jefferson, y un día vino el padre en una carreta, cargó a su hija y los muebles, y le dijo a Ab que si volvía a cruzar el puente Whiteleaf le pegaría un tiro. Nunca tuvieron hijos, y yo andaba por los ocho años, me iba prácticamente todas las mañanas a su casa y me pasaba el día con él, sentado en la cerca del corral, mientras los vecinos venían y miraban a través de la valla a lo que hubiera conseguido esa vez a cambio de un poco más de alambre de púas del viejo Anse o alguna herramienta estropeada, y Ab sabía mentir exactamente lo justo acerca de lo viejo que era el animal y cuánto había dado por él. Le volvían loco los caballos; él lo reconocía, pero no con la locura de que la señora Snopes le acusó el día que trajimos a casa el caballo de Beasley Kemp, lo soltamos en el corral y subimos hasta la casa, y Ab se quitó los zapatos en el porche para refrescarse los pies antes de cenar, y la señora Snopes estaba en la puerta amenazándole con la sartén, y Ab le dijo: «Vamos, Vynie, vamos. Siempre me ha vuelto loco un buen caballo y tú lo sabes, y no sirve de nada que me des la lata con eso. Más vale que le des gracias a Dios porque cuando me dio ojos para los caballos también me dio un poco de sentido común y de picardía para acompañarlos».

»Porque no fue el caballo. Ni la operación de cambio. Era un buen cambio; Ab no le había dado a Beasley más que un simple bastidor de arado y un viejo molino de sorgo del viejo Anse muy estropeado por el caballo, e incluso la señora Snopes tuvo que admitir que era un buen trueque por cualquier animal que pudiera levantarse e ir por su propio pie desde el corral de Beasley hasta el suyo, porque, como decía mientras amenazaba a Ab con la sartén, su marido no podía salir muy mal parado en un trato, ya que nunca había poseído nada que nadie deseara tener aunque fuese a cambio del más triste de los jamelgos. Y tampoco fue porque Ab hubiese dejado el arado en el campo más retirado, donde ella no podía verlo desde la casa y sacase la carreta a hurtadillas por la parte de atrás con el bastidor del arado y el molino de sorgo, mientras su mujer pensaba que aún seguía labrando la tierra. Fue como si la señora Snopes supiera ya lo que Ab y yo ignorábamos todavía: que Pat Stamper había sido propietario de aquel caballo antes de que lo tuviera Beasley, y que ahora Ab había cogido la enfermedad de Pat Stamper sólo con tocarlo. Y es posible que tuviera razón. Quizá para sus adentros Ab se llamaba el Pat Stamper de la granja Holland o incluso de todo el distrito cuarto, porque estaba bastante seguro de que Pat Stamper no iba a aparecer junto a la cerca de su corral para desafiarle. De manera que imagino que mientras estaba allí sentado en el porche, refrescándose los pies, y el tocino saltaba y crepitaba en la cocina, y nosotros esperábamos para comérselo y volver al

corral y sentarnos en la cerca hasta que vinieran los vecinos a ver lo que Snopes se había traído esta vez a casa, imagino que quizá Ab no sólo sabía tanto de negociar con caballos como Pat Stamper, sino que estaba en condiciones de enfrentarse con el mismísimo Anse en persona. E imagino que mientras estábamos allí sentados, moviéndonos sólo lo justo para evitar el sol, con el arado sin bastidor en un surco del campo más lejano, y la señora Snopes viendo a su marido por la ventana de atrás y diciéndose para sus adentros: “¡Tratante de caballos! Ahí sentado, fanfarroneando y mintiendo a un puñado de holgazanes, mientras las malas hierbas y las correhuelas crecen tan espesas en el algodón y en el maíz que no me atrevo a llevarle la comida por miedo a las serpientes”; imagino que Ab miraba a lo que fuera que acababa de cambiar por el buzón o por un poco más de alambre de púas del viejo Anse o algo del maíz para el invierno, y se decía a sí mismo: “No es porque sea mío, pero que Dios me deje de su mano si no es el caballo más bonito que he visto en mi vida”.

»Fue el destino. Fue como si el Señor en persona hubiera decidido comprar un caballo con el dinero para la centrifugadora de la señora Snopes. Aunque reconozco que cuando eligió a Ab, el Señor encontró a un excelente emisario, rápido y bien dispuesto, para comerciar en Su nombre. La mañana en que nos pusimos en camino Ab no tenía pensado utilizar el caballo de Beasley en absoluto, porque sabía que probablemente no sería capaz de hacer un viaje de veinte kilómetros hasta Jefferson para volver luego en el mismo día. Su intención era llegarse al corral del viejo Anse y pedir prestada una mula para trabajar con la suya; y eso es lo que hubiera hecho de no ser por la señora Snopes, que estuvo tomándole el pelo para que intentara colocar el caballo como figura de adorno, diciéndole que si conseguía llevarlo hasta la ciudad quizá lograra que se lo quedasen en la caballeriza para colocarlo como anuncio. De manera que, en cierta forma, fue la misma señora Snopes quien le puso a Ab en la cabeza la idea de llevar el caballo de Beasley a la ciudad. Así que cuando llegué a su casa esa mañana, lo enganchamos a la carreta con la mula. Llevábamos dos o tres días alimentándolo a marchas forzadas, preparándolo para hacer el viaje, y estaba un poco mejor que cuando lo trajimos a casa. Pero seguía sin tener muy buen aspecto. De manera que Ab decidió que la mula le hacía quedar mal; que cuando era el único caballo o mula a la vista quedaba bastante bien y sólo desmerecía cuando estaba junto a otra cosa con cuatro patas. “Si hubiera alguna forma de enganchar la mula debajo de la carreta, para que no se la viese pero pudiera tirar, y únicamente se viera al caballo”, decía Ab. Porque aún no se le había agriado el carácter. Pero lo habíamos hecho lo mejor que podíamos. Ab pensó en mezclar una buena cantidad de sal con algo de maíz, de manera que el caballo bebiera mucha agua y, por lo menos, no se le marcasen tanto algunas de las costillas; pero sabíamos que entonces no habría forma de que llegara hasta Jefferson, y mucho menos de que volviera a casa, además de tener que pararnos en todos los riachuelos y arrosos para que volviera a hincharse. De manera que lo habíamos hecho lo mejor que podíamos. Es decir, esperábamos que nos sonriera la suerte. Ab entró en la casa y salió con la levita de predicador (es la

misma que tiene todavía; una del coronel Sartoris que le dio la señorita Rosa Millard, hará cosa de treinta años) y los veinticuatro dólares y sesenta y ocho centavos que la señora Snopes llevaba cuatro años ahorrando, liados en un trapo, y nos pusimos en camino.

»Ni siquiera pensábamos en hacer tratos con caballos. Sí que pensábamos en caballos, desde luego, porque nos preguntábamos si no íbamos a acabar volviendo por la noche a casa con el caballo de Beasley en la carreta y Ab enganchado a los arreos junto con la mula. Sí señor, Ab sacó aquella pareja del corral y la llevó hasta la carretera con más cuidado del que nunca se ha utilizado en este mundo para trasladar a un caballo o a una mula de un sitio a otro, con él y yo subiendo a pie cualquier cuesta lo bastante inclinada para que corriese el agua por ella, y dispuestos a seguir haciéndolo hasta Jefferson. Tuvo que ser el tiempo; hacía mucho calor porque estábamos a mediados de julio. Y cuando nos faltaba cosa de kilómetro y medio para el almacén de Whiteleaf, y el caballo de Beasley iba medio andando y medio sentado en el travesaño de atrás, y Ab ponía más cara de preocupación cada vez que no llegaba a levantar las patas lo suficiente para dar un paso, de repente el bicho aquel rompió a sudar. Levantó la cabeza como si le hubieran pinchado con un hierro al rojo, adelantándose hacia la collera y tocándola por primera vez desde que la mula empezó a tirar de ella cuando Ab hizo restallar el látigo en el corral, y así bajamos la colina y llegamos delante del almacén de Whiteleaf con el caballo de Beasley poniendo los ojos en blanco, como si fueran huevos de zurcir y la crin y la cola tan arremolinadas como la hierba cuando se quema. Y que me aspen si no sólo había sudado hasta convertirse en el bayo de pura sangre más bonito que hayáis visto, sino que ni siquiera parecía que se le marcasen mucho las costillas. Y Ab, que había estado hablando de coger el camino de atrás para que no tuviéramos que pasar por delante del almacén, se sentó en la carreta igual que lo hubiera hecho en la cerca del corral en casa, donde sabía que estaba a salvo de Pat Stamper, diciéndole a Hugh Mitchell y a los otros contertulios que aquel caballo venía de Kentucky. Hugh Mitchell ni siquiera se rió.

—Ya lo entiendo —dijo—. Me preguntaba qué habría sido de él. Supongo que por eso ha tardado tanto; Kentucky queda bastante lejos. Hermann Short le cambió a Pat Stamper una mula y un carricoche por ese caballo hace cinco años y Beasley Kemp le dio a Hermann ocho dólares por él el verano último. ¿Qué le has dado tú a Beasley? ¿Cincuenta centavos?

«Eso fue lo que tuvo la culpa. No lo que a Ab le había costado el caballo, porque se puede decir que no fue más que el bastidor del arado, ya que en primer lugar el molino de sorgo estaba hecho una ruina, y en segundo lugar ni siquiera era de Ab. Y tampoco fue la mula y el carricoche de Hermann. Fueron los ocho dólares en metálico de Beasley, y no es que Ab le echara en cara a Hermann los ocho dólares, porque Hermann ya había invertido una mula y un carricoche en el asunto. Y, además, los ocho dólares seguían en el condado y, por tanto, daba lo mismo que los

tuviera Hermann o Beasley. Lo indignante era que Pat Stamper, un forastero, hubiera aparecido y hecho que se pusieran en movimiento verdaderos dólares en efectivo del condado de Yoknapatawpha. El que un individuo trueque caballo por caballo es una cosa, y que el diablo le ayude, si es que puede. Pero que dinero en metálico empiece a cambiar de mano ya es otra. Y que sea un forastero quien haga que el dinero en metálico empiece a cambiar y a saltar de un individuo a otro, es como cuando un ladrón entra en tu casa y lo pone todo patas arriba, incluso aunque no se lleve nada. Hace que te enfades el doble. De manera que no se trataba sólo de devolver a Pat Stamper el caballo de Beasley Kemp. Se trataba de sacarle a Pat de alguna manera los ocho dólares de Beasley. Y por eso digo que fue simplemente el destino lo que hizo que Pat Stamper estuviera acampado a las afueras de Jefferson, precisamente junto a la carretera por donde teníamos que pasar, el día que fuimos a buscar la centrifugadora de leche de la señora Snopes; acampado precisamente junto a la carretera, con aquel negro que era un mago, el mismo día en que Ab iba a la ciudad con veinticuatro dólares y sesenta y ocho centavos en el bolsillo y todo el honor y el orgullo y la ciencia y la diversión de tratar con caballos en el condado de Yoknapatawpha pendientes de él para que los reivindicara».

«No recuerdo exactamente cuándo y dónde descubrimos que Pat estaba en Jefferson aquel día. Tal vez fuera en el almacén de Whiteleaf. O puede haber sido simplemente que con el estado de ánimo de Ab no sólo fuese justo y natural que se tropezara con Stamper al ir a Jefferson, sino que estuviera ordenado y predeterminado que fuese así. De manera que ahí nos tenéis, tratando con mimo los ocho dólares de Beasley Kemp en las largas cuestas arriba, Ab y yo andando y el caballo tirando de la collera lo mejor que podía, pero con la mula haciendo casi todo el trabajo y Ab caminando al lado de la carreta y maldiciendo a Pat Stamper y a Hermann Short y a Beasley Kemp y a Hugh Mitchell; y luego bajando las cuestas con Ab, que frenaba la carreta con un palo grueso para que no lanzara al caballo de Beasley por la collera y lo volviera del revés, como un calcetín, y seguía maldiciendo a Pat Stamper y a Hermann y a Beasley y a Mitchell; hasta que llegamos al puente Three Miles y Ab sacó a la pareja del camino, se metió entre los matorrales, separó la mula, anudó una rienda para que yo pudiera montarla, me dio una moneda de veinticinco centavos y me dijo que fuera a la ciudad y comprara diez centavos de salitre, cinco de brea y un anzuelo del número diez y que regresara a toda prisa».

Así que no llegamos a la ciudad hasta después de la hora de la comida. Fuimos directamente a donde Pat estaba acampado y entramos con el caballo de Beasley tirando de verdad de la collera, con los ojos casi tan fuera de las órbitas como los del mismo Ab, y echando un poco de espuma por la boca (Ab había procedido a restregarle las encías con salitre, además de hacerle en el pecho un par de cortes con alambre de púas tan bien embadurnados con brea como pueda desearse, y otro más en el que había hundido el anzuelo bajo la piel de manera que podía tocarlo dejando caer un poco una de las riendas), así que el negro de Pat tuvo que correr para cogerlo por

la brida antes de que se lanzara contra la tienda donde dormía Pat, y a continuación salió el mismo Pat con el Stetson de color crema ladeado y los ojos del color de una cuchilla nueva de arado e igual de cordiales y con los pulgares metidos bajo el cinturón.

—Es un caballo con mucho nervio ese que tiene usted ahí —dijo.

—No le quepa la menor duda —respondió Ab—. Por eso quiero librarme de él. Así que considere que ya hemos llegado a un acuerdo y deme algo a cambio para que pueda volver a casa sin que este chico y yo nos matemos por el camino —porque ésa era la mejor manera: llegar corriendo y decir que necesitaba hacer un trueque en lugar de poner cara de pensárselo para que Pat tuviera que convencerle. Hacía cinco años que Pat no veía aquel caballo, de manera que Ab se imaginó que las posibilidades de que lo reconociera eran aproximadamente las mismas de que un ladrón reconociera un reloj de dólar que se le hubiera enganchado casualmente en el bolsillo del chaleco cinco años atrás. Y no es que Ab quisiera abusar de Pat. Sólo quería recuperar ocho dólares de honor y de prestigio del condado de Yoknapatawpha, haciéndolo no por los beneficios materiales, sino por el honor. Y yo creo que funcionó. Todavía creo que Ab engañó a Pat, y que si Stamper se negó a hacer cualquier trato que no fuese cambiar pareja por pareja, se debió a lo que Pat tenía intención de colocarle a Ab y no a que hubiera reconocido el caballo de Beasley. O puede que no: quizá Ab estaba tan ocupado engañando a Pat, que el otro nunca tuvo que engañarlo en absoluto. De manera que el negro sacó la pareja de mulas, y allí estaba Pat con los pulgares en lo alto del pantalón, mirando a Ab y mascando tabaco despacio y comedidamente, y Ab con cara de prisa pero sin asustarse todavía, porque ya se estaba dando cuenta de que se había comprometido más de lo que pensaba en un principio y que tendría que cerrar los ojos y lanzarse de cabeza, o dar marcha atrás y dejarlo, montarse en la carreta y desaparecer antes incluso de que el caballo de Beasley se resignara al anzuelo. Y entonces Pat Stamper demostró por qué era Pat Stamper. Si hubiese empezado a explicarle a Ab la ganga que le ofrecía, imagino que Ab se hubiese echado atrás. Pero Pat no hizo eso. Engañó a Ab exactamente como un ladrón de primera clase engañaría a otro también de primera clase, negándose pura y simplemente a decirle dónde está la caja de caudales.

—Yo ya tengo una buena mula —dijo Ab—. Es el caballo lo que no quiero. Deme una mula a cambio del caballo.

—Yo tampoco quiero un caballo salvaje —dijo Pat—. Y no es que no esté dispuesto a aceptar cualquier cosa que ande, con tal de que el trato se haga a mi manera. Pero no voy a negociar por ese caballo solo, porque me hace tan poca falta como a usted. Me interesa su mula. Y las dos más están emparejadas. Sé que puedo sacar tres veces más por ellas como pareja de lo que sacaría vendiéndolas por separado.

—Pero seguiría usted teniendo una pareja con que negociar —dijo Ab.

—No —dijo Pat—. Valen más juntas que por separado. Si lo que usted quiere es

una sola mula, será mejor que busque en otro sitio.

Así que Ab examinó las mulas otra vez. Parecían estar exactamente en el justo medio. Ni demasiado buenas ni demasiado malas. Ninguna de las dos daba la sensación de ser tan buena como la mula de Ab, pero las dos juntas parecían una pizca mejor que una mula sola, de quienquiera que fuese. De manera que aquello fue el fin de Ab, que en realidad estaba ya perdido desde el mismo momento en que Hugh Mitchell le habló de los ocho dólares. Imagino que Pat Stamper se dio cuenta de que Ab estaba perdido desde el mismísimo momento en que alzó la vista y vio al negro sujetando el caballo de Beasley para que no se lanzara contra la tienda. Imagino que supo ya entonces que no tendría que esforzarse para hacer el trueque con Ab; que todo lo que tendría que hacer sería seguir diciendo no el tiempo necesario. Porque eso fue lo que hizo, recostado allí contra nuestra carreta, con los pulgares metidos en los pantalones, mascando tabaco y viendo cómo Ab fingía examinar otra vez las mulas. E incluso yo sabía que Ab había cerrado el trato, que se había atrevido a meterse en lo que creyó ser el flujo de agua que sale de una fuente y luego resultaron ser arenas movedizas, y ahora ya era consciente de que ni siquiera podía detenerse lo suficiente para dar la vuelta.

—De acuerdo —dijo Ab—. Me las quedo.

Así que el negro enganchó la nueva pareja y seguimos camino de la ciudad. Y las mulas aún daban la impresión de estar perfectamente. Que me aspen si no empecé a creer que Ab se había metido en aquellas arenas movedizas de Stamper y había logrado salir con bien, y cuando estuvimos de nuevo en la carretera y a cubierto de vistas, la cara de Ab empezó a tener la expresión que se le ponía cuando se sentaba en la cerca del corral en su casa y les decía a sus vecinos que él estaba loco por los caballos, pero no loco perdido. Aún no las tenía todas consigo; se le notaba vigilante, sentado en la carreta y cogiéndole el pulso a la nueva pareja. Estábamos ya en la ciudad y no iba a tener mucho tiempo para probarlas allí, pero no nos faltarían oportunidades en el camino de vuelta.

—Si son capaces de llegar hasta casa —dijo Ab—, he conseguido que nos devuelva los ocho dólares ese maldito tramposo.

Pero aquel negro era un artista. Porque juro delante de Dios que las mulas daban el pego. Parecían exactamente igual que dos mulas ordinarias, no demasiado buenas, que cualquiera puede ver enganchadas en cien carretas por cualquier camino. Yo sí me había fijado en que se habían puesto en marcha con una especie de sacudida, una de ellas dando primero un tirón de la collera y luego un salto atrás, y después la otra repitiendo lo mismo: tirón y salto atrás; e incluso después de ir ya de camino con la carreta a buen paso, una de ellas tuvo un ataque de algún tipo y se puso de costado entre los arreos, como si se propusiera darse la vuelta y volver por donde había venido, tal vez arrastrándose directamente por debajo de la carreta para hacerlo, aunque Stamper acababa de decirnos que eran dos mulas emparejadas; nunca dijo que hubieran trabajado juntas como pareja, y estaban conjuntadas en el sentido de que

ninguna de las dos parecía tener la menor idea de en qué momento la otra se proponía echar a andar. Pero Ab consiguió enderezarlas y seguimos adelante, y estábamos justo empezando a subir la cuesta grande antes de la plaza cuando también las mulas se pusieron a sudar, igual que había hecho el caballo de Beasley justo antes de Whiteleaf. Pero no había nada malo en ello, porque apretaba el calor; fue entonces cuando me di cuenta de que se acercaba lluvia; recuerdo que yo estaba mirando una gran nube brillante, que parecía muy caliente, hacia el sudoeste y pensando en que nos iba a llover antes de llegar a casa o incluso a Whiteleaf, cuando de repente noté que la carreta se había parado a mitad de la cuesta y empezaba a ir marcha atrás, y miré justo a tiempo para ver que las dos mulas estaban de costado entre los arcos y más o menos lanzándose miradas de ira por encima de la lanza de la carreta y Ab trataba de enderezarlas y las miraba también con la misma ira, y luego, también de pronto, se enderezaron y recuerdo cómo pensé que era una buena cosa que las dos apuntaran en la dirección de la marcha cuando se enderezaron. Porque por primera vez en su vida se movieron al mismo tiempo, o por lo menos por primera vez desde que Ab era su dueño, así que subimos hasta la plaza como una cucaracha por una tubería, con la carreta sobre dos ruedas y Ab tirando de las riendas y diciendo: “Demonios coronados”, y la gente, señoras y niños en su mayor parte, apartándose y chillando, y Ab consiguió a duras penas meterlas por el callejón detrás del almacén de Cain y pararlas bloqueando nuestra rueda izquierda con la de otra carreta y la otra pareja (que estaba enganchada) ayudó a acabar de frenarlas. De manera que para entonces ya se había reunido mucha gente, que nos ayudó a desenredarnos, y Ab llevó nuestra pareja hacia la puerta de atrás del almacén de Cain y las ató muy corto a un poste, con la gente todavía acercándose y diciendo: “Es esa pareja de Stamper”, y Ab, respirando con dificultad, mucho menos seguro de sí mismo y creciéndole la desconfianza a ojos vistas.

—Aligera —me dijo—. Vamos a por esa condenada centrifugadora y después nos marchamos.

Así que entramos, dimos a Cain el trapo con el dinero de la señora Snopes, él contó los veinticuatro dólares con sesenta y ocho centavos, nos entregaron la centrifugadora y nos pusimos en camino hacia donde habíamos dejado la carreta. Porque todavía estaba allí; la carreta no era el problema. De hecho era demasiada carreta. Recuerdo que yo veía su suelo y la parte alta de las ruedas en el sitio donde Ab la había colocado junto a la plataforma de carga, y también veía a la gente de cintura para arriba reunida en el callejón, ahora dos o tres veces más numerosa, y recuerdo que pensaba que era demasiada carreta y que había demasiada gente; era como uno de esos dibujos que tienen escrito debajo *¿Cuántos errores hay en este dibujo?*, y entonces Ab empezó a decir: “Demonios coronados, demonios coronados”, y echó a correr, todavía sosteniendo su lado de la centrifugadora, hasta el borde de la plataforma, desde donde podíamos ver lo que pasaba debajo. Las mulas también estaban perfectamente. Se habían tumbado. Ab las había atado muy corto al

mismo poste, sujetos los dos bocados con la misma cuerda, y ahora las mulas tenían exactamente el mismo aspecto de dos individuos que se hubieran ahorcado en uno de esos suicidios en grupo, con las cabezas atadas muy juntas y apuntando al cielo, la lengua colgando, los ojos salidos de las órbitas, el cuello estirado más de un metro y las patas recogidas debajo del cuerpo como un conejo muerto, hasta que Ab dio un salto y cortó la cuerda con su navaja. Un artista. El negro les había dado exactamente al miligramo lo que fuera que les dio para que llegaran a la ciudad y salieran de la plaza antes de que dejara de hacerles efecto.

Así que Ab estaba desesperado. Todavía lo veo ahora, acorralado en una esquina detrás de los arados y las herramientas de Cain, la cara blanca y la voz entrecortada; la mano le temblaba tanto que le costó trabajo darme los setenta y cinco centavos que se sacó del bolsillo.

—Vete a la tienda de Doc Peabody —dijo— y tráeme una botella de whisky. Corre.

Estaba desesperado. Ya no se trataba siquiera de arenas movedizas. Era una vorágine a punto de arrastrarle a las profundidades. Se bebió la pinta de whisky en dos tragos, dejó la botella vacía en el rincón con tanto cuidado como si fuera un huevo y volvimos a la carreta. Esta vez las mulas todavía estaban de pie; cargamos la centrifugadora y Ab las puso a andar con mucho cuidado, mientras los mirones seguían diciéndose unos a otros que era la pareja de Stamper. La cara de Ab estaba roja en lugar de blanca y, aunque el sol se había puesto, no creo que él se diera cuenta. Y no habíamos comido, pero tampoco creo que notara eso. Y que me aspen si no dio la impresión de que Pat Stamper seguía en el mismo sitio donde lo habíamos dejado, junto a la entrada del corral hecho con cuerdas, con el Stetson ladeado y los pulgares todavía metidos en la cintura del pantalón, y Ab sentado en la carreta tratando de evitar que le temblaran las manos, y las mulas que habían sido de Stamper muy quietas, con la cabeza baja, espatarradas y jadeando como fuelles.

—Vengo a por mi pareja —dijo Ab.

—¿Qué sucede? —dijo Stamper—. No me diga que también éstas tienen demasiado nervio para usted. No es ésa la impresión que dan.

—De acuerdo —dijo Ab—. De acuerdo. Necesito mi pareja. Tengo cuatro dólares. Saque un beneficio de cuatro dólares y deme mi pareja.

—Ya no tengo su pareja —dijo Stamper—. Ya sabe que no me interesaba el caballo. Ya se lo dije. Así que me lo he quitado de encima.

Ab no hizo nada durante un rato. Había refrescado ya. Se había levantado la brisa y traía el olor de la lluvia.

—Pero todavía tiene mi mula —dijo Ab—. Está bien. Me la quedo.

—¿A cambio de qué? —dijo Stamper—. ¿Quiere cambiar esa pareja por su mula? —porque Ab ni siquiera intentaba regatear. Estaba desesperado, como si se hubiera quedado ciego de repente, con Stamper tranquilamente apoyado en una jamba del portón, mirándole durante un largo minuto—. No —dijo Stamper—. No quiero esas

mulas. La suya es la mejor. No me interesa hacer tratos de esa manera, trueques incluidos —escupió, con calma y cuidadosamente—. Además, ya he formado una nueva pareja con su mula. La he emparejado con otro caballo. ¿Quiere verlo?

—De acuerdo —dijo Ab—. ¿Cuánto?

—¿No quiere verlo primero? —dijo Stamper.

—De acuerdo —dijo Ab. Así que el negro sacó la mula de Ab y un caballo, un caballito castaño oscuro; recuerdo cómo brillaba aquel caballo, incluso con el cielo muy nublado y sin sol; era un poquito mayor que el que le habíamos cambiado a Stamper; un poquito más grande y tan gordo como un gorrino. Tenía exactamente ese tipo de gordura: no gordo como un caballo, sino como un cerdo: gordo hasta las orejas y tan tirante como un tambor; estaba tan gordo que apenas podía andar, y apoyaba los cascos como si no le pesaran ni los sintiera en absoluto.

—Está demasiado gordo para que dure —dijo Ab—. No voy a llegar a casa con él.

—Eso es lo que yo creo —dijo Stamper—. Por eso quiero librarme de él.

—De acuerdo —dijo Ab—. Tengo que probarlo —empezó a bajarse de la carreta.

—¿Probarlo? —dijo Stamper. Ab no le contestó. Se bajó de la carreta con mucho cuidado y se fue hacia el caballo, apoyando los pies con muchas precauciones y el cuerpo tieso, como si tampoco él tuviera peso en los pies, igual que el caballo. El animal llevaba puesta una cabezada y Ab cogió la cuerda que sujetaba el negro y empezó a subirse al caballo.

—Espere —dijo Stamper—. ¿Qué se propone hacer?

—Voy a probarlo —dijo Ab—. Hoy ya le he cambiado una vez un caballo —Stamper se le quedó mirando un minuto. Luego escupió de nuevo y dio una especie de paso atrás.

—De acuerdo, Jim —le dijo al negro—. Ayúdale a montar —así que el negro ayudó a Ab, pero no tuvo tiempo de saltar hacia atrás, como Stamper, porque el caballo se revolvió como si Ab tuviera los pantalones cargados de electricidad y dio la impresión de ser completamente redondo, sin más pies ni cabeza que una patata. Ab se dio un buen batacazo, pero se levantó, volvió junto al caballo y Stamper dijo «Ayúdale, Jim», y el negro le ayudó de nuevo y el caballo volvió a tirarlo y Ab se levantó con la misma expresión en la cara y se acercó otra vez al caballo, y ya había cogido la cuerda cuando Stamper le paró. Era exactamente como si Ab quisiera que aquel caballo le tirase contra el suelo con toda la fuerza que tenía, como si la capacidad de sus huesos para resistir aquel suelo tan duro fuese todo lo que le quedaba para pagar por algo lo bastante vivo como para llevarnos hasta casa.

—¿Es que quiere usted matarse? —dijo Stamper.

—De acuerdo —dijo Ab—. ¿Cuánto?

—Entre conmigo en la tienda —dijo Stamper.

»Así que yo me quedé esperando en la carreta. El viento empezaba a soplar un poco, y no habíamos traído nada de abrigo. Pero llevábamos algunos sacos de

arpillera que la señora Snopes nos había hecho cargar para envolver la centrifugadora, y yo estaba precisamente tapándola con los sacos cuando salió el negro de la tienda, y al levantar la lona de la entrada vi a Ab bebiendo de una botella. Luego el negro acercó un caballo y un carricoche, Ab y Stamper salieron de la tienda y Ab se vino hacia la carreta; no me miró, tan sólo levantó la centrifugadora de entre los sacos y se la llevó al carricoche; luego Stamper y él se subieron y se pusieron en camino hacia la ciudad. El negro me miraba mientras tanto.

—Seguro que te mojas antes de llegar a casa —dijo.

—Supongo que sí —dije yo.

—¿No quieres tomar algo antes de que vuelvan? —dijo—. Tengo la comida en el fuego.

—Creo que no —dije. Así que el negro se volvió a la tienda y yo esperé en la carreta. No cabía la menor duda de que iba a llover, y pronto. Recuerdo que pensé que por lo menos ahora tendríamos los sacos de arpillera para taparnos. Luego Ab y Stamper volvieron y Ab tampoco me miró. Entró en la tienda y le vi beber otra vez de la botella y cómo se la metía debajo de la camisa. Después el negro sacó nuestra mula y el caballo nuevo y los enganchó a la carreta, y Ab salió y se subió. Ahora le ayudaron los dos: Stamper y el negro.

—¿No será mejor que le deje las riendas al chico? —dijo Stamper.

—Guiaré yo —dijo Ab—. Quizá no pueda hacer tratos con usted, pero todavía soy capaz de guiar esta carreta.

—Claro que sí —dijo Stamper—. Ese caballo le va a dar una sorpresa.

—Y así fue —dijo Ratliff, riendo por primera vez, mansamente, invisible para sus oyentes aunque supieran con exactitud el aspecto que tenía en aquel momento como si le estuvieran viendo, afable y descansado en su silla, con su enjuta cara morena, simpática y astuta, su descolorida camisa azul perfectamente limpia, con el mismo aire de soltería perpetua que tenía Jody Varner, aunque no existiese ninguna otra semejanza entre ellos y tampoco se parecieran mucho en eso, puesto que en Varner suponía un rasgo de galantería raída y altisonante, mientras que en Ratliff se trataba del sencillo celibato de un hermano lego en un monasterio del siglo doce: un jardinero, un podador de viñas, por ejemplo—. Aquel caballo nos sorprendió. La lluvia, la tormenta, se nos vino encima antes de que hubiéramos recorrido kilómetro y medio, e hicimos dos horas de camino bajo ella, acurrucados bajo los sacos de arpillera y contemplando aquel caballo nuevo tan brillante y que estaba tan gordo que incluso andaba como si no sintiese las patas, y que de vez en cuando, incluso durante la lluvia, sufría una especie de sacudida como cuando le cayó sobre el lomo el peso de Ab en el campamento de Stamper, hasta que encontramos un viejo granero donde refugiarnos. Fui yo quien lo encontró, en realidad, porque para entonces Ab estaba tumbado en el suelo de la carreta, de espaldas, con la lluvia cayéndole en la cara y yo guiando en el asiento delantero y viendo cómo aquel reluciente caballo negro se transformaba en bayo. Porque yo no tenía entonces más que ocho años, y Ab y yo

habíamos hecho todos nuestros tratos con caballos sin salirnos del camino que pasaba por delante de su corral. Así que metí la carreta debajo del primer techo que encontré y me puse a zarandear a Ab hasta que se despertó. La lluvia le había refrescado para entonces y se levantó con la cabeza despejada. Y se le despejó aún más rápidamente.

—¿Qué? —dijo—. ¿Qué pasa?

—¡El caballo! —grité—. ¡Está cambiando de color!

«Ab ya se había serenado por completo para entonces. Los dos nos habíamos bajado de la carreta, y a Ab se le salían los ojos de las órbitas al ver un caballo bayo con los arreos puestos en el sitio donde antes de dormirse había otro negro. Extendió la mano como si no pudiera creer que fuese de verdad un caballo y lo tocó en un sitio donde las riendas apenas debían tocarle de vez en cuando, y más o menos en el sitio donde él había ido a caer con todo su peso cuando trataba de montarlo en el campamento de Stamper, y cuando me quise dar cuenta aquel caballo estaba retorciéndose y dando saltos. Lo esquivé en el momento en que se estrellaba contra la pared detrás de mí; incluso sentí el aire en el pelo. Luego se oyó un ruido como el de un clavo pinchando una rueda de bicicleta. Hizo algo así como *uishhhhhhhhh* y el resto de aquel reluciente y gordo caballo negro que Pat Stamper nos había cedido se desvaneció. No quiero decir con eso que Ab y yo nos quedáramos allí de pronto con la mula únicamente. También teníamos un caballo. Pero era el mismo caballo con el que habíamos salido de casa por la mañana y que le habíamos cambiado a Beasley Kemp por el molino de sorgo y el bastidor del arado dos semanas antes. Recobramos incluso el anzuelo, con la punta doblada tal como Ab la había dejado; el negro no había hecho más que moverlo un poco. Pero hubo que esperar a la mañana siguiente para que Ab encontrara la válvula de una bomba de bicicleta bajo la piel, justo por dentro del brazuelo delantero izquierdo: el único sitio en el mundo donde a un dueño puede no ocurrírsele mirar nunca aunque tenga un caballo veinte años».

Porque llegamos a casa bastante después de que saliera el sol a la mañana siguiente, y mi padre estaba esperando en casa de Ab, francamente molesto. Así que no me quedé mucho rato; sólo tuve tiempo de ver a la señora Snopes en la puerta, donde imagino que se había pasado también toda la noche, diciendo: “¿Dónde está mi centrifugadora?”. Y Ab respondiendo que siempre le habían enloquecido los caballos y que no podía evitarlo, y entonces la señora Snopes se echó a llorar. Ya hacía tiempo que yo iba con mucha frecuencia a su casa, pero no la había visto nunca llorar. Parecía el tipo de persona que no tiene mucha práctica en esas cuestiones, porque lloraba con dificultad, como si no supiera cómo hacerlo, e incluso las lágrimas parecían no saber exactamente qué era lo que se esperaba que hicieran, mientras la señora Snopes allí de pie con una bata vieja, sin esconder siquiera la cara, decía:

—Que le vuelvan loco los caballos, ¡pase! Pero ¿ése?, ¿ése?

«Así que mi padre y yo nos fuimos. Mi padre me había retorcido un brazo a conciencia, pero cuando empecé a contarle lo que había pasado el día antes cambió de idea sobre darme una zurra. De todas formas, ya era casi mediodía cuando regresé

a casa de Ab. Estaba sentado en la cerca del corral y yo me subí y me senté a su lado. Sólo que el corral estaba vacío. La mula había desaparecido y también el caballo de Beasley. Pero él no dijo nada ni yo tampoco; sólo al cabo de un rato preguntó: “¿Has desayunado?”. Y yo le respondí que sí, y él dijo: “Yo, todavía no”. Así que entramos en la casa y, claro, la señora Snopes se había marchado. Me lo imaginé perfectamente: Ab, sentado en la cerca, y su mujer, bajando la cuesta con la papalina y el chal y hasta los guantes, entrando en el establo para ensillar la mula y ponerle el ronzal al caballo de Beasley, y Ab sentado allí, dudando entre ir a ayudarla o quedarse donde estaba».

«Así que encendí el fogón. A Ab no se le daba muy bien eso de cocinar, de manera que para cuando empezó a prepararse el desayuno era ya tan tarde que decidimos ponernos con el almuerzo; después de comer yo lavé los platos y volvimos al corral. El arado de doble vertedera seguía allá a lo lejos, en el campo más apartado, pero no había nada con que tirar de él, a no ser que Ab fuera a casa del viejo Anse y le pidiera prestado un par de mulas, que es algo así como ir a pedirle prestado un cascabel a una serpiente de cascabel: y supongo que Ab pensó que ya no le quedaban fuerzas para soportar más emociones en el resto del día por lo menos. De manera que seguimos sentados en la cerca mirando el corral vacío. Nunca había sido un corral muy amplio, y hubiese parecido abarrotado hasta con un solo caballo dentro. Pero ahora daba la impresión de ser tan grande como todo Texas; y, como no podía ser menos, apenas empecé a pensar en lo vacío que estaba, Ab se bajó de la cerca y fue a ver un cobertizo que se apoyaba en uno de los lados del granero y que podría utilizarse apuntalándolo y poniéndole un tejado nuevo».

—Creo que la próxima vez haré un trato por una yegua y me dedicaré a las mulas —dijo—. Esto servirá perfectamente para las crías, arreglándolo un poco.

»Luego volvió y nos sentamos otra vez en la cerca, y hacia media tarde vimos llegar una carreta. Era la de Cliff Odum, tenía puestas las tablas de los lados y la señora Snopes iba sentada delante, junto a Cliff. Vimos que dejaban atrás la casa y se dirigían hacia el corral.

—No lo ha conseguido —dijo Ab—. Stamper no ha querido hacer tratos con ella.

»Nosotros estábamos ahora detrás del granero, y vimos cómo Cliff arrimaba la carreta de espaldas a un desnivel junto al portón y cómo la señora Snopes se apeaba, se quitaba el chal y los guantes, cruzaba el corral, se metía en el cobertizo de la vaca, salía con ella y la llevaba hasta el desnivel, detrás de la carreta, y cómo Cliff le decía:

—Venga a sujetar la pareja. Yo la meteré en la carreta.

»Pero la señora Snopes no se detuvo ni un momento. Puso la vaca delante de la abertura trasera, apoyó el hombro contra las nalgas y metió la vaca en la carreta antes de que Cliff tuviera tiempo de apearse. Cliff subió la compuerta, la señora Snopes se puso el chal y los guantes, se subieron los dos a la carreta y se fueron.

»Así que encendí el fuego otra vez para preparar la cena de Ab y luego me tuve que ir a casa; ya estaba casi anocheciendo. Cuando volví a la mañana siguiente llevé

una herrada de leche. Ab estaba en la cocina, todavía preparándose el desayuno.

—Me alegro de que se te haya ocurrido —me dijo al ver la leche—. Ayer pensaba decirte que vieses si podías pedir prestada una poca.

»Siguió preparándose el desayuno, porque no esperaba que su mujer volviera tan pronto: eran dos viajes de más de cuarenta kilómetros en poco más de veinticuatro horas. Pero oímos la carreta de nuevo, y esta vez la señora Snopes venía con la centrifugadora. Cuando llegamos al granero la vimos metiéndola en la casa.

—Has dejado la leche donde pueda verla, ¿verdad? —dijo Ab.

—Sí, señor —dije yo.

—Supongo que esperará a ponerse primero la bata vieja —dijo Ab—. Es una lástima que haya empezado tan tarde a hacer el desayuno.

»Pero yo no creo que la señora Snopes esperase tanto, porque me pareció oír la centrifugadora inmediatamente. Hacía un estupendo ruido muy agudo, bien potente, como si fuese capaz de centrifugar un galón de leche en muy poco tiempo. En seguida se paró.

—Es una lástima que no tenga más que un galón —dijo Ab.

—Mañana por la mañana le puedo traer otro —dije yo. Pero no me escuchaba, pendiente de la casa.

—Calculo que ahora puedes ir ya y echar una ojeada desde la puerta —dijo Ab.

»Así que fui y lo hice. La señora Snopes estaba retirando del fuego el desayuno de Ab, y poniéndolo en dos platos. Yo no sabía siquiera que me hubiese visto hasta que se volvió y me pasó los platos. Su rostro tenía una expresión normal, tranquila. La expresión de estar ocupándose de sus asuntos.

—Supongo que tú también podrás comer un poco más —dijo—. Pero comed allí abajo. Yo voy a estar ocupada y no quiero veros por aquí ni a ti ni a él.

»De manera que volví con los platos, nos sentamos apoyándonos en la cerca y comimos. Y entonces oímos la centrifugadora de nuevo. Yo no sabía que pudiera centrifugar más que una vez. Imagino que él tampoco lo sabía.

—Supongo que se lo ha enseñado Cain —dijo Ab mientras comía—. Supongo que si quiere que centrifugue más veces, irá y centrifugará más veces.

»Luego cesó el ruido y la señora Snopes salió a la puerta y nos gritó que le llevásemos los platos para lavarlos; así que se los llevé y los dejé en el escalón de la puerta, y Ab y yo nos sentamos otra vez en la cerca. Parecía que dentro del corral podría haber cabido todo Texas y Kansas por añadidura.

—Imagino que todo lo que ha hecho ha sido llegar a la maldita tienda y decir: “Aquí tiene su pareja. Tráigame la centrifugadora y tráigamela de prisa porque tengo que coger una carreta que vuelve en seguida a casa” —dijo Ab.

»Y luego volvimos a oírla, y a última hora de la tarde fuimos a casa del viejo Anse a pedir una mula para terminar de arar el campo que quedaba más lejos, pero no tenía ninguna libre. Así que tan pronto como el viejo Anse dejó de maldecir, nos volvimos y nos sentamos en la cerca. Y, efectivamente, oímos cómo la centrifugadora

se ponía otra vez en marcha. Sonaba tan fuerte como siempre, como si pudiera hacer volar la leche, como si le diera lo mismo centrifugar la leche una o cien veces.

—Ahí va otra vez —dijo Ab—. No te olvides mañana del otro galón.

—No, señor —dije yo. Estuvimos escuchando el ruido. Porque entonces no se le había agriado aún el carácter.

—Parece decidida a que le dé muchas satisfacciones y a pasárselo muy bien con la centrifugadora —dijo Ab.

Detuvo la calesa y permaneció un momento mirando el mismo portón caído que Jody Varner contemplara nueve días antes desde el caballo roano: la extensión cubierta de malas hierbas y césped demasiado crecido, la casa torcida y gastada por la intemperie; un confuso abandono ocupado ya, antes de que Ratliff llegara al portón y se detuviera, por el sonido monótono de dos voces femeninas que hablaban muy alto. Eran voces jóvenes que, sin hablar a gritos ni chillar, mantenían una reposada intensidad de volumen y en las que la manifiesta ausencia de todo discernible idioma o lenguaje humano parecía algo perfectamente natural, como si aquellos sonidos los emitieran dos enormes pájaros; como si la horrorizada y asombrada soledad de algún inaccesible y vacío marjal o desierto se viera invadida y sistemáticamente violada por los constantes altercados de los dos últimos supervivientes de una especie extinguida que hubieran establecido su residencia allí; un sonido que se interrumpió bruscamente al gritar Ratliff. Un momento después las dos muchachas aparecieron en la puerta, grandes, idénticas, como dos enormes terneras, mirándole.

—Buenos días, señoritas —dijo—. ¿Dónde está su papá?

Las muchachas siguieron contemplándole. Ni siquiera daban la impresión de respirar, aunque Ratliff sabía que lo hacían, que no les quedaba más remedio; cuerpos de aquel volumen y, al parecer, con aquella monstruosa salud, casi opresiva, necesitaban aire, y aire en grandes cantidades. Ratliff tuvo una fugaz visión de las jóvenes Snopes como dos vacas, como dos terneras, cubiertas hasta la rodilla por el aire como por un curso de agua, por un estanque, hundiendo el hocico en él, con el nivel del líquido descendiendo violenta y silenciosamente con cada inhalación, y revelando, en momentáneo y asombrado desconcierto, la vida inferior subaérea hormigueando en torno a sus sólidas patas. Luego las dos hablaron exactamente al unísono, como un coro bien conjuntado:

—Está en aquel campo.

Claro, pensó Ratliff, poniéndose de nuevo en marcha, pero ¿haciendo qué? Porque no creía que el Ab Snopes que él había conocido tuviera más de dos mulas. Y a una la había visto ya ociosa en el corral más allá de la casa; y la otra sabía que estaba atada en aquel momento a un árbol detrás del almacén de Varner, a trece kilómetros de distancia, porque la había dejado allí hacía sólo tres horas, atada en el sitio donde durante seis días le había visto colocarla al nuevo dependiente de Varner cuando llegaba a la aldea por la mañana. Ratliff detuvo un momento la calesa. Por los clavos de Cristo, pensó sosegadamente, ésta debe de ser exactamente la oportunidad para empezar de nuevo sin cortapisas que lleva veintitrés años aguardando. De manera que cuando llegó al campo en cuestión y reconoció la tiesa, bronca, achaparrada figura detrás del arado del que tiraban dos mulas, ni siquiera se

sorprendió. No esperó a comprobar que las dos mulas eran las que habían pertenecido, por lo menos hasta una semana antes, a Will Varner: simplemente cambió el tiempo del verbo de posesión. No *habían* pertenecido, pensó. Todavía le pertenecen. Por los clavos de Cristo, ha conseguido algo todavía mejor. Ahora ya no hace trueques con ganado caballar. Ha logrado cambiar un hombre por una pareja de mulas.

Ratliff detuvo la calesa junto a la cerca. El arado había alcanzado el extremo más distante del campo. Ab hizo dar la vuelta a las mulas, que agitaron la cabeza de un lado a otro y descompusieron el paso mientras él tiraba de las riendas con una violencia absolutamente innecesaria. Ratliff le contempló serenamente. Exactamente igual que siempre. Todavía maneja un caballo o una mula como si ya antes de hablarle el animal le hubiera amenazado con el puño. Ratliff sabía que Snopes también le había visto e incluso reconocido, aunque no existiese el menor signo de ello, mientras la pareja se enderezaba e iniciaba la marcha en dirección contraria, con las delicadas patas y las esbeltas pezuñas como de ciervo alzándose rápida y nerviosamente, y la tierra abriéndose oscura y fértil ante la bruñida hoja del arado. Ahora Ratliff veía incluso a Snopes mirándole directamente —los fríos destellos bajo las hirsutas cejas malhumoradas tal como los recordaba incluso después de ocho años, tan sólo las cejas un poco más grises ahora—, aunque una vez más el otro hizo girar a la pareja con la misma insensata ferocidad, ladeando el arado mientras lo detenía.

—¿Qué haces aquí? —dijo.

—Oí que estaba usted en la zona y he venido a saludarle —dijo Ratliff—. Ya hace una temporada que no nos vemos, ¿no es verdad? Ocho años.

El otro lanzó un gruñido.

—Pero por ti no pasan los años. Sigues teniendo el mismo aire de no haber roto un plato en tu vida.

—Claro que no —dijo Ratliff—. Por cierto —buscó con la mano bajo el cojín del asiento y sacó una botella como de medio litro llena, al parecer, con agua—, un poco de lo mejor que hace McCallum —dijo—. Acababa de destilarlo la semana pasada. Tenga —le tendió al otro la botella. Snopes se acercó a la valla. Aunque estaban a menos de dos metros, Ratliff seguía sin ver otra cosa que los dos destellos bajo el feroz voladizo de las cejas.

—¿Lo has traído para mí?

—Claro —dijo Ratliff—. Cójalo.

El otro no se movió.

—¿Por qué?

—Por nada —dijo Ratliff—. Se lo he traído. Eche un trago. Está bueno.

El otro cogió la botella. Entonces Ratliff supo que había desaparecido algo de sus ojos. O tal vez era que no le estaban mirando en aquel momento.

—Esperaré hasta la noche —dijo Snopes—. Ya no bebo durante las horas de sol.

—¿Tampoco cuando llueve? —dijo Ratliff. Y entonces supo que Snopes no le estaba mirando, aunque no se hubiera movido, aunque no se hubiera producido ningún cambio en el rostro agrio, contraído, violento mientras sostenía la botella—. Aquí debería usted encontrarse a gusto —dijo—. Tiene una buena granja y Flem se desenvuelve en el almacén como si se hubiera educado para tendero —ahora el otro ni siquiera parecía estar escuchándole. Agitó la botella y la levantó hacia la luz como para juzgar la calidad del whisky por las burbujas—. Espero que le vaya bien —terminó Ratliff.

Entonces vio de nuevo los ojos, feroces, huraños, fríos.

—¿Qué más te da a ti que me vaya bien o mal?

—Nada —dijo Ratliff amable, sosegadamente. Snopes se agachó y escondió la botella entre los hierbajos junto a la cerca; luego volvió junto al arado y lo levantó.

—Vete a la casa y diles que te den algo de cenar —dijo.

—Creo que no —respondió Ratliff—. Aún me queda mucho camino por hacer.

—Como te parezca —dijo el otro. Se pasó la única rienda alrededor del cuello y dio otro tirón salvaje de la trailla interior; de nuevo la pareja agitó la cabeza de un lado a otro, descomponiendo el paso incluso antes de ponerse en movimiento—. Muy agradecido por la botella —añadió.

—No tiene importancia —dijo Ratliff. El arado siguió su marcha. Ratliff se le quedó mirando. No me ha dicho que vuelva, pensó. Luego alzó las riendas de la calesa.

—Arre, conejitos —dijo—. Hacia la ciudad a buen paso.

Capítulo tres

1

La mañana del lunes en que Flem Snopes empezó a trabajar en el almacén de Varner llevaba una camisa nueva de color blanco. Se trataba de una camisa que acababa de estrenar; todavía eran visibles los dobleces de la pieza de tela guardada en un estante y las tiras oscurecidas por el sol que, con cada pliegue, se repetían como en una piel de cebra. Y no sólo las mujeres que fueron a verle: el mismo Ratliff (no en vano vendía máquinas de coser. Incluso había aprendido a manejar una muy bien a fuerza de hacer demostraciones y se decía también que se hacía él mismo las camisas azules que llevaba) se dio cuenta de que la camisa había sido cortada y cosida a mano, y además por una mano que no tenía demasiada práctica. Flem llevó la camisa puesta toda la semana. El sábado por la noche ya estaba sucia, pero al lunes siguiente se presentó con una segunda camisa exactamente como la primera, incluidas las rayas de cebra. Al llegar la noche del segundo sábado, también ésta se había ensuciado, exactamente en los mismos sitios que la otra. Era como si el usuario, al entrar como lo había hecho en una nueva vida y en un nuevo medio marcados por presiones y costumbres establecidas mucho antes de su llegada, hubiera creado, sin embargo, incluso desde el primer día, su propio y particular cauce de ensuciamiento.

Flem acudió al almacén a lomos de una escuálida mula, sobre una silla de montar que se reconoció de inmediato como perteneciente a los Varner y con un pozal de hojalata sujeto a ella. Ató la mula a un árbol detrás del almacén, desató el pozal y subió al porche, donde estaban ya repantigados a sus anchas una docena de individuos, Ratliff entre ellos. Flem no les dijo nada. Si en algún momento miró a alguien en concreto, la persona en cuestión no lo advirtió. El nuevo dependiente era un hombre rechoncho y blando, de edad imprecisa entre los veinte y los treinta, con un rostro ancho e inmóvil que contenía una apretada costura a manera de boca, ligeramente manchada de tabaco en las comisuras, unos ojos del color del agua estancada y, sobresaliendo entre los otros rasgos como sorprendente y repentina paradoja, una diminuta nariz de animal de presa, algo así como el pico de un pequeño halcón. Daba la impresión de que el diseñador o artesano original no había tenido

tiempo de colocar la primitiva nariz y que la obra inacabada había sido concluida por alguien de una escuela radicalmente distinta o quizá por algún humorista rematadamente loco, o por alguien que sólo había tenido tiempo de arrojar sobre el centro de la cara un frenético y desesperado signo de alarma.

Flem entró en el almacén con el pozal, y Ratliff y sus compañeros permanecieron todo el día sentados o acucillados en el porche, y contemplaron cómo no sólo todos los habitantes de la aldea, sino también todas las personas que vivían en los alrededores a una distancia razonable se presentaban en el almacén de uno en uno, o en parejas o en grupos, hombres, mujeres y niños para hacer compras insignificantes, examinar al nuevo dependiente y marcharse. Llegaban no en actitud beligerante, sino terriblemente circunspecta, casi solemne, como ganado medio salvaje al enterarse de la aparición de un extraño animal en sus pastizales, a comprar harina, medicinas, piezas de cuerda para el arado y tabaco, y a mirar al hombre cuyo nombre aún no habían oído una semana antes y con quien, sin embargo, en el futuro tendrían que tratar de todo lo necesario para la vida, y luego se marchaban tan sosegadamente como habían venido. Hacia las nueve en punto apareció Jody sobre su caballo roano y entró en el almacén. Los de fuera oyeron el murmullo de su voz de bajo, aunque a juzgar por las respuestas que recibió podría haberse pensado que hablaba solo. Al mediodía salió, montó a caballo y se alejó, mientras que el dependiente se quedaba en el almacén. La verdad es que los espectadores sabían de todas formas lo que contenía el pozal, y también ellos empezaron a dispersarse camino del almuerzo, mirando hacia el interior del almacén al pasar frente a la puerta, pero sin ver nada. Si el dependiente estaba almorzando, se había escondido para hacerlo. Ratliff estaba de vuelta en el porche antes de la una, porque sólo tenía que andar cien metros para comer. Pero los otros no tardaron mucho más y durante el resto del día siguieron allí sentados o acucillados, hablando tranquilamente de cuando en cuando sobre nada en particular, mientras el resto de la gente que no vivía demasiado lejos venía, compraba algo por valor de cinco o diez centavos y se marchaba.

Al terminar aquella primera semana todos habían venido a verle, no sólo quienes en el futuro tendrían que tratar por mediación suya de todo lo relacionado con la comida y el abastecimiento, sino también personas que nunca habían tenido ni tendrían nunca relaciones comerciales con los Varner: los hombres, las mujeres, los niños; los lactantes que no habían cruzado nunca el umbral de la casa donde nacieran; los enfermos y los ancianos que normalmente nunca lo hubieran cruzado excepto para hacer un último viaje; todos llegaban en caballos, en mulas y en carretas abarrotadas. Ratliff aún estaba allí, aún con la caja de música y el juego de cuchillas sin estrenar en la calesa, junto con un tablón que sobresalía y la desigual pareja de recios jacos, a los que la ociosidad en el corral de la señora Littlejohn estaba volviendo ingobernables, observando cada mañana cómo el dependiente llegaba en la mula, sobre la silla de montar prestada, con la nueva camisa blanca que estaría un poco más manchada al llegar el crepúsculo, con el pozal de hojalata que contenía el

almuerzo que nadie le había visto aún comer, ataba la mula y abría el almacén con la llave que, de acuerdo con sus previsiones, habían creído que tardaría algunos días más en llegar a su poder. Después del primer día, poco más o menos, Flem tenía incluso abierto el almacén cuando Ratliff y los demás llegaban. Jody Varner aparecía a caballo hacia las nueve, subía los escalones, les hacía un gesto fanfarrón con la cabeza y entraba en el almacén, aunque a partir de la primera mañana sólo se quedó unos quince minutos. Si Ratliff y sus contertulios habían esperado enterarse de alguna oculta tensión o roce secreto entre el más joven de los Varner y el dependiente, se vieron defraudados. Nunca faltaba el murmullo de la voz de bajo hablando en un tono normal y, al parecer, conversando consigo misma a juzgar por la ausencia de respuesta audible; luego Jody y Flem salían hasta la puerta y se quedaban allí mientras el primero terminaba de dar sus instrucciones, sorbía aire entre los dientes y se marchaba; cuando los ociosos volvían la mirada hacia la puerta, la encontraban vacía.

Pero, finalmente, un viernes por la tarde hizo su aparición Will Varner en persona. Quizá era eso lo que Ratliff y los otros habían estado esperando. Pero en ese caso, no era Ratliff, sino los demás quienes esperaban que se produjera alguna revelación. De manera que muy posiblemente fue Ratliff el único que no se sorprendió cuando sólo se puso de manifiesto lo contrario de lo que quizá esperasen; no fue el dependiente quien por fin descubrió para quién estaba trabajando, sino Will Varner quien descubrió qué clase de persona trabajaba para él. El anciano terrateniente llegó a lomos del viejo y gordo caballo blanco. Un joven que estaba acuclillado en el escalón más alto se levantó, descendió, cogió al caballo de las riendas y lo ató mientras Varner se apeaba y subía los escalones, respondiendo alegremente a los respetuosos murmullos de bienvenida de los presentes e interpelando a Ratliff directamente: «¡Demonios coronados! ¿Todavía no has vuelto al trabajo?». Otros dos ociosos dejaron libre el banco de madera roído por las navajas, pero Varner no se acercó a él de inmediato, sino que hizo una pausa delante de la puerta abierta, casi exactamente en la misma actitud que los propios clientes, enjuto, con el cuello ligeramente inclinado como el de un pavo mientras miraba hacia el interior del almacén, aunque sólo un instante porque casi inmediatamente gritó: «Usted. ¿Cómo se llama? Flem. Tráigame una pastilla del tabaco que yo masco. Jody le enseñó dónde lo guarda». Luego se acercó al grupo, dos dejaron libre el banco de madera mordido por las navajas, Varner lo ocupó, sacó su navaja y ya había empezado a contar un chiste subido de color, arrastrando las sílabas, con su alegre voz de obispo, cuando (sin que Ratliff hubiera oído sus pasos en absoluto) apareció el dependiente junto a él con la pastilla de tabaco. Varner la cogió sin dejar de hablar, cortó un trozo, cerró la navaja con el pulgar y estiró la pierna para guardársela en el bolsillo, pero de pronto se interrumpió y miró bruscamente hacia arriba. El dependiente estaba aún junto a su codo.

—¿Sí? —dijo Varner—. ¿Qué sucede?

—No lo ha pagado —respondió el dependiente. Varner no se movió durante un momento, con la pierna extendida aún, la pastilla y el trozo cortado en una mano y la navaja en la otra, a punto de guardársela en el bolsillo. Ninguno de los presentes se movió de hecho, mirándose tranquila y atentamente las manos o cualquier otra cosa que estuvieran contemplando en el momento en que Varner dejó de hablar—. El tabaco —dijo el dependiente.

—¡Ah! —respondió Varner. Guardó la navaja, sacó del bolsillo de atrás un monedero de cuero aproximadamente del tamaño, forma y color de una berenjena, extrajo una moneda de cinco centavos y se la dio al dependiente. Ratliff no le había oído llegar y tampoco le oyó marcharse. Ahora comprendió por qué. Flem llevaba unas zapatillas nuevas con suela de goma.

—¿Dónde me había quedado? —preguntó Varner.

—El tipo estaba empezando a desabrocharse el sobretodo —dijo Ratliff mansamente.

Al día siguiente, el viajante de máquinas de coser se marchó. No fue el apremio del sustento, de tener que ganarse el pan, lo que le puso en movimiento. Podría haberse alimentado yendo de mesa en mesa por toda la zona durante seis meses sin tener que echar ni una sola vez mano al bolsillo. Se fue impulsado por su itinerario, por su bien establecida y bien alimentada ronda de distribución de noticias, por el placer de relatarlas, contando entre ellas, y no como las menos importantes y menos frescas, las que había acumulado en la memoria durante sus observaciones de las dos últimas semanas. Habrían de pasar cinco meses antes de que viera de nuevo la aldea. Su ruta abrazaba cuatro condados. Era absolutamente rígida, tan sólo con flexibilidad dentro del mismo itinerario. En diez años no había cruzado ni una sola vez los límites de esos cuatro condados, y sin embargo un día de aquel verano se encontró en Tennessee, no sólo en tierra extraña, sino separado de su Estado nativo por una barrera de oro, por un muro de monedas acuñadas que se acumulaban pulcramente.

Durante la primavera y el verano quizá le habían ido las cosas un poco demasiado bien. Había vendido en exceso, entregando las máquinas de coser a cambio de pagarés con la garantía de la cercana cosecha, y empleando el dinero que recibía o que le daban a cambio de los objetos que aceptaba como adelanto, para pagar sus propios adelantos al mayorista de Memphis sobre otras nuevas máquinas que entregaba, a su vez, a cambio de nuevos pagarés, que él refrendaba, hasta que un día descubrió que casi se había convertido en insolvente vendiendo máquinas de coser en su propio mercado en alza. El mayorista le reclamó su mitad (la del mayorista) de los pagarés de veinte dólares todavía pendientes. Ratliff, a su vez, hizo un rápido escrutinio entre sus propios deudores. Se mostró tan afable, atento, dispuesto a contar anécdotas y en apariencia con tan poca prisa como siempre, pero les apretó las clavijas al máximo para que nadie le dijera que no, aunque el algodón no había hecho más que empezar a florecer y tendrían que pasar meses antes de que hubiera en la zona dinero contante y sonante. Al final reunió unos pocos dólares, un juego usado de

arreos para una carreta y ocho gallinas blancas de raza Leghorn. Al mayorista le debía ciento veinte dólares. Cuando fue a visitar al duodécimo cliente, pariente suyo muy lejano, se encontró con que se había marchado una semana antes con una reata de mulas para venderlas en un mercado al aire libre de ganado caballar en Columbia, Tennessee.

Ratliff le siguió inmediatamente en la calesa, con los arreos para la carreta y las gallinas. Vio en ello no sólo una oportunidad de cobrar su dinero, con tal de que llegara allí antes de que alguien vendiera, a su vez, unas cuantas mulas a su pariente, sino que quizá lograra que le prestase lo suficiente para calmar al mayorista. Ratliff llegó a Columbia cuatro días después, y allí, después de los primeros momentos de asombro, empezó a mirar a su alrededor con un sentimiento de felicidad parecido al del primer cazador blanco que se tropieza inesperadamente con la idílica soledad virginal de un valle africano rebosante de un marfil que podrá llevarse con unos cuantos disparos. Ratliff vendió una máquina de coser al individuo a quien preguntó por el paradero de su familiar; luego fue con su pariente a pasar la noche en casa de la mujer de un primo de este último, a dieciséis kilómetros de Columbia, y vendió allí otra. De manera que colocó tres en los primeros cuatro días; se quedó un mes y vendió ocho en total, recogiendo ochenta dólares en adelantos; con los ochenta dólares, los arreos para la carreta y las ocho gallinas compró una mula que llevó a Memphis y vendió allí en una subasta al aire libre por ciento treinta y cinco; al mayorista le dio ciento veinte y los nuevos pagarés a cambio del finiquito para los antiguos de Mississippi, con lo que volvió de nuevo a casa en el momento de la cosecha con dos dólares cincuenta y tres centavos en efectivo y pleno derecho sobre los doce pagarés de veinte dólares que le serían abonados en cuanto el algodón fuese desmotado y vendido.

Cuando se presentó en Frenchman's Bend en noviembre, la aldea había vuelto a la normalidad. Se había acostumbrado a la presencia del dependiente en el almacén, aunque no le hubiera aceptado, si bien los Varner daban la impresión de haber hecho ambas cosas. Jody solía estar en el almacén en algún momento durante el día y no demasiado lejos el resto del tiempo. Ratliff descubrió ahora que desde hacía meses había adquirido la costumbre de no aparecer algunas veces en todo el día; supo que parroquianos que llevaban años comprando allí, en la mayoría de los casos sirviéndose ellos mismos y colocando la cantidad exacta en la caja de puros dentro de la jaula para el queso, tenían ahora que vérselas hasta para las cosas más insignificantes con un individuo cuyo nombre ni siquiera habían oído dos meses antes, que contestaba SÍ y NO a las preguntas directas y que, al parecer, nunca miraba a una persona a los ojos ni durante el tiempo suficiente como para recordar el nombre que iba con cada rostro, y sin embargo nunca cometía equivocaciones en ninguna cuestión relacionada con dinero. Jody Varner se equivocaba constantemente. De ordinario a su favor, como es lógico, y también permitiendo a veces que algún cliente se marchara sin pagar un carrete de hilo o una lata de rapé, pero cobrándose la deuda

más pronto o más tarde. Los parroquianos habían llegado a dar por sentado que se equivocaría, de la misma forma que sabían que rectificaría, al verse descubierto, con una amabilidad cordial y fanfarrona, convirtiendo en chiste el incidente, lo que servía para que al parroquiano le entraran dudas sobre el resto de la cuenta. Pero también contaban con esto, porque les daba alimentos y utensilios agrícolas a crédito cuando lo necesitaban, y crédito a largo plazo, y aunque sabían que tendrían que pagar intereses por lo que a primera vista parecía generosidad y altruismo, tanto si en la factura final aparecían los intereses como si no. Pero el dependiente no se equivocaba.

—Tonterías —dijo Ratliff—. Alguien acabará pillándole antes o después. No hay hombre, mujer o niño en cuarenta kilómetros a la redonda que no sepa lo que hay en ese almacén y lo que cuesta cada cosa tan bien como Will o Jody Varner.

—Ahí le duele —respondió el otro, un individuo robusto y paticorto, de rostro vivo y moreno oscuro que se llamaba Odum Bookwright—. Eso es lo que pasa.

—¿Quieres decir que no le ha pillado nadie, ni siquiera *una vez*?

—Precisamente —dijo Bookwright—. Y a la gente no le gusta. Si no, ¿cómo puede uno estar seguro?

—Claro —dijo Ratliff—. No hay otra manera.

—Y está también la cuestión del crédito —dijo otro de los presentes, un individuo flaco, con una abultada cabeza cubierta de escaso pelo, de aspecto soñador y ojos miopes de color muy claro que se llamaba Quick y regentaba un aserradero. Explicó de qué se trataba: cómo habían descubierto en seguida que el nuevo dependiente no quería dar crédito a nadie. Llegó incluso a negarse tajantemente a dar más crédito a un cliente que había estado en deuda con el almacén por lo menos una vez al año durante los últimos quince, y cómo aquella tarde el mismo Will Varner se había presentado al galope con el viejo y gordo caballo blanco, al que le sonaban las tripas, y había entrado como una furia en el almacén, gritando lo bastante fuerte como para que le oyeran en la herrería, al otro lado de la carretera: «¿Quién demonios se cree usted que es el dueño de este almacén, vamos a ver?».

—Bueno; nosotros sabemos de quién es todavía el almacén, en cualquier caso —dijo Ratliff.

—O de quién creen algunas personas que es todavía el almacén —dijo Bookwright—. Como quiera que sea, todavía no se ha ido a vivir a casa de Varner.

Porque el dependiente vivía ya en la aldea. Un sábado por la mañana alguien notó que la mula ensillada no estaba atada al árbol de costumbre. Los sábados el almacén seguía abierto hasta las diez e incluso más tarde, y siempre había mucha gente por los alrededores; varios hombres le vieron apagar las luces, cerrar la puerta y marcharse a pie. Y a la mañana siguiente se presentó en la iglesia, él, a quien nunca se había visto en la aldea desde el sábado por la noche hasta el lunes por la mañana, y quienes lo vieron lo contemplaron por unos instantes con incrédulo asombro. Además de la gorra gris de paño y de los pantalones grises, Flem no sólo llevaba una camisa blanca

limpia, sino una corbata de lazo: una diminuta corbata negra hecha a máquina, que se sujetaba por detrás con un cierre metálico. No tenía más de cuatro centímetros de larga y, con la excepción de la que Will Varner se ponía para ir a la iglesia, era la única corbata en toda la zona de Frenchman's Bend, y desde aquel domingo por la mañana hasta el día en que murió, Flem llevó puesta aquella u otra exactamente igual (más adelante, cuando se convirtió en presidente de un banco de Jefferson, se dijo de él que las encargaba por gruesas): una diminuta salpicadura, maliciosamente superficial y misteriosamente equilibrada, semejante a un enigmático signo de puntuación sobre la extensión de camisa blanca, que le daba el mismo aspecto de ceremoniosa heterodoxia de Jody Varner, pero elevado a la enésima potencia y que tenía, para quienes habían estado presentes, el mismo valor de absurda exageración de la propia presencia física que el ruido de la pierna rígida de su padre sobre el porche del almacén aquella tarde de primavera. Flem abandonó la iglesia a pie; a la mañana siguiente se presentó en el almacén también andando y aún con la corbata puesta. A la caída de la tarde, todos los habitantes de la zona sabían que desde el sábado tenía comida y cama en el hogar de una familia que vivía a cosa de kilómetro y medio del almacén.

Ya hacía mucho tiempo que Will Varner había vuelto a su antigua existencia de alegre y atareada holganza..., si es que alguna vez la había abandonado. No había vuelto a visitar el almacén desde el cuatro de julio. Y ahora que Jody no aparecía nunca, durante los calmosos días muertos de agosto, mientras maduraba el algodón y nadie tenía nada que hacer, daba por completo la impresión de que no sólo la fuerza directora, sino también la de propiedad y la de producir beneficios estaban concentradas en la figura rechoncha y reservada, con la camisa blanca que se ensuciaba de manera uniforme y la diminuta e invulnerable corbata de lazo, y que en aquellos días expectantes acechaba entre las más remotas sombras del desierto interior lleno de intensos olores, manteniendo un parecido nada desdeñable con una araña de la especie bulbosa, rubia y omnívora, pero no venenosa.

Luego en septiembre sucedió algo. Más bien empezó algo, aunque al principio nadie supiera exactamente de qué se trataba. El algodón se había abierto y lo estaban recogiendo. Una mañana, el primero de los desocupados que llegó se encontró con que Jody Varner ya estaba allí. En la desmotadera se encontraba Trumbull —el herrero de Varner—, su aprendiz y el bombero negro, que revisaban la maquinaria, poniéndola a punto para el trabajo de la estación, y en seguida Snopes salió del almacén, cruzó hasta la desmotadera, entró y se perdió de vista y, en consecuencia, por el momento, también los espectadores dejaron de pensar en él. Tan sólo cuando el almacén cerró sus puertas aquella tarde se dieron cuenta de que Jody Varner se había pasado todo el día dentro. Pero incluso entonces no le dieron mucha importancia a ese detalle. Pensaron que, sin duda, el mismo Jody, nada más que por pereza, había mandado a su dependiente a supervisar la apertura de la desmotadera, algo que solía hacer en persona, aceptando temporalmente la obligación de atender el almacén para

poder estar sentado. Hizo falta que la desmotadera se pusiera finalmente en marcha y que llegaran las primeras carretas cargadas para que salieran de su error. Porque entonces vieron que Jody seguía atendiendo el almacén, llevando y trayendo artículos que valían cinco y diez centavos, mientras su dependiente se pasaba todo el día sentado en el taburete detrás del astil de la báscula de plataforma donde las carretas se colocaban por turno para pasar luego bajo el tubo de succión. Jody solía hacer las dos cosas. Es decir, se pasaba la mayor parte del tiempo detrás de la báscula, dejando que el almacén se cuidara de sí mismo, como había hecho siempre, aunque de vez en cuando, sólo para tomarse un descanso, mantenía una carreta parada sobre la báscula, bloqueándola durante un cuarto de hora o incluso cuarenta y cinco minutos, mientras él se iba al almacén; quizá no aparecía ni un solo cliente durante ese tiempo, únicamente los desocupados de costumbre, personas con las que hablar. Pero eso era correcto. Las cosas funcionaban perfectamente. Y ahora que había dos personas, no existía ninguna razón para que una de ellas no se quedara en el almacén mientras la otra se encargaba de pesar el algodón, y tampoco había ninguna razón para que Jody no hubiera encargado este último trabajo a su empleado. La desalentadora conjetura que empezaba a tomar cuerpo en sus mentes era que...

—Claro —dijo Ratliff—. Ya sé. Que Jody no debiera en absoluto haberse quedado en el almacén. Pero ¿quién le ha dicho que se quede? —Bookwright y él se miraron—. Tío Will no ha sido. El almacén y la desmotadera llevan casi cuarenta años funcionando simultáneamente sin problemas, con sólo una persona para ocuparse de los dos. Y un hombre de la edad de tío Will no es probable que cambie de idea. Claro que no. De acuerdo. Entonces, ¿qué es lo que pasa?

Los veían a ambos desde el porche del almacén. Llegaban con sus carretas cargadas y las colocaban en fila, hocico de mula pegado a compuerta trasera, a un lado de la carretera, esperando turno para subir a la báscula y pasar luego bajo el tubo de succión, y después se apeaban, liaban las riendas a un poste y atravesaban la calle para instalarse en el porche, desde donde contemplaban el rostro inmóvil, impenetrable, de boca que mascaba incesantemente, entronizado tras el astil de la báscula, la gorra de paño, la corbata diminuta, mientras desde el interior del almacén oían de vez en cuando los breves gruñidos malhumorados con que Varner contestaba cuando los clientes le obligaban a hablar. De tarde en tarde entraban ellos mismos para comprar paquetes o pastillas de tabaco o latas de rapé que en realidad no necesitaban todavía, o quizá simplemente para beber agua de la cubeta de madera de cedro. Porque había algo en los ojos de Jody que tampoco había estado allí antes: una sombra, algo entre fastidio y reflexión y la más pura de las premoniciones, algo que no era aún del todo desconcierto, pero que creaba, sin duda, una tensión interior. Fue el momento al que los espectadores aludirían más tarde, dos o tres años después, diciéndose unos a otros: «Entonces dejó atrás a Jody», aunque Ratliff se encargó de enmendar la frase: «Quieres decir que fue entonces cuando Jody empezó a darse cuenta».

Pero aún tenía que transcurrir algún tiempo para eso. Ahora los espectadores se limitaban a mirar, sin perderse nada. Durante aquel mes el aire estaba lleno de la mañana a la noche con el gemir de la desmotadera; las carretas esperaban en fila para colocarse sobre la báscula y pasar luego, una a una, bajo el tubo de succión. De vez en cuando el dependiente cruzaba la calle para ir al almacén, con la gorra, los pantalones e incluso la corbata con motas de algodón; los hombres que holgazaneaban en el porche mientras esperaban turno bajo el tubo o en la báscula le veían entrar en el almacén, y un momento después oían su voz, hablando en un murmullo, desapasionada, parca en palabras. Pero Jody Varner no salía con él hasta la puerta, como antes, para quedarse allí un momento, y los otros veían cómo el dependiente volvía a la desmotadera: la silueta achaparrada y compacta, informe, ominosa, de edad imprecisa. Una vez que las cosechas estuvieron entregadas, desmotadas y vendidas, llegó el momento en que Will Varner hacía su ajuste anual con arrendatarios y deudores. Anteriormente realizaba solo esa operación, sin permitir siquiera a Jody que le ayudara. Este año se sentó en el escritorio con la caja de caudales de hierro delante, mientras Snopes se acomodaba en un barrilito para clavos vacío, puesto boca abajo, con los libros de contabilidad abiertos. En el local, semejante a un túnel, con hileras laterales de latas de comida y abarrotado de utensilios agrícolas y ahora repleto de hombres pacientes que olían a tierra, esperando para aceptar casi a ciegas lo que Varner calculara que les debía por un año de trabajo, tío Will y Snopes parecían el traficante blanco y su capataz nativo, adiestrado como un papagayo, comerciando en el corazón de África.

El capataz estaba adquiriendo muy de prisa las virtudes de la civilización. No se sabía lo que los Varner le pagaban, aunque sí que Will Varner nunca había pagado mucho por nada en toda su vida. Y sin embargo, aquel hombre que cinco meses antes recorría trece kilómetros de ida y otros tantos de vuelta para ir al trabajo a lomos de una mula acostumbrada a tirar del arado, sobre una silla de montar desechada y atado a ella un pozal de hojalata con hojas verdes de nabo cocidas y frías o con guisantes, ahora no sólo dormía en una cama alquilada y comía caliente como un viajante de comercio, sino que también había hecho un considerable préstamo en efectivo (intereses y garantía desconocidos) a un residente de la aldea, y antes de que se desmotaran los últimos cargamentos de algodón se sabía ya que en cualquier momento se le podía pedir prestada cualquier cantidad comprendida entre veinticinco centavos y diez dólares, con tal de que el prestatario estuviera dispuesto a pagar bien aquel favor. La primavera siguiente, Tull, que había ido a Jefferson con un hato de ganado para expedirlo por ferrocarril, fue a ver a Ratliff, que, debido a un viejo problema con la vesícula biliar que se le reproducía periódicamente, guardaba cama en la casa de su propiedad que su hermana viuda le cuidaba. Tull le habló de un considerable rebaño de ganado de raza mixta que había pasado el invierno pastando en la granja que los Varner habían arrendado al padre de Flem por segundo año consecutivo: un rebaño que, para cuando llevaron a Ratliff a un hospital de Memphis,

le operaron, regresó a su casa y se interesó una vez más por lo que sucedía a su alrededor, había ido creciendo gradual e ininterrumpidamente para luego desvanecerse de pronto, con la peculiaridad de que su desaparición había coincidido con la aparición de un rebaño de buenas vacas Hereford en otros pastos que Varner poseía y que conservaba él mismo como su granja personal, como si se tratase de una transformación mágica que hubiera llevado al rebaño completo e intacto de un sitio a otro, con la excepción de su cambio de aspecto y su evidente aumento de valor, ya que sólo más adelante se pudo saber que el ganado había alcanzado aquellos pastos mediante la ejecución de un embargo nominalmente a cargo de un banco de Jefferson. Bookwright y Tull fueron a ver a Ratliff y le contaron esto último.

—Quizá estuvieron todo el tiempo en la caja fuerte del banco —dijo Ratliff, con voz débil—. ¿A quién dijo Will que pertenecían?

—Dijo que eran de Snopes —respondió Tull—. Dijo: «Preguntadle a ese hijo de su madre que trabaja para Jody».

—¿Y lo hicisteis? —dijo Ratliff.

—Bookwright se lo preguntó. Y Snopes dijo: «Están en el pasto de Varner». Y Bookwright dijo: «Pero Will dice que son tuyas». Y Snopes volvió la cabeza, escupió y dijo: «Están en el pasto de Varner».

Y Ratliff, enfermo, tampoco presencié el siguiente episodio. Tan sólo lo oyó de segunda mano, aunque para entonces se estuviera reponiendo, se encontrase ya lo bastante bien como para cavilar sobre ello, para reflexionar, curioso, astuto e inescrutable, recostado sobre almohadones en una silla junto a una ventana, desde donde podía contemplar el comienzo del otoño y sentir el tonificante aire luminoso de los mediodías de octubre. Alguien le contó cómo una mañana de aquella segunda primavera un hombre llamado Houston, seguido por un magnífico y solemne perro de caza con manchas azuladas, entró con un caballo en la herrería y vio, inclinado sobre la fragua y tratando de encender el fuego con el líquido de una lata oxidada, a un desconocido, joven, bien proporcionado, musculoso, que, al volverse, mostró un rostro sincero y ecuánime que empezaba a menos de dos centímetros por debajo del cuero cabelludo, y que le saludó con estas palabras:

—¡Hola! Parece que no consigo encender el fuego. Cada vez que le echo un poco de queroseno se apaga todavía más. Fíjese —añadió, preparándose de nuevo para derramar el contenido de la lata.

—Espere —dijo Houston—. ¿Es queroseno lo que hay en esa lata?

—Estaba en aquella repisa —dijo el otro—. Tiene pinta de ser el tipo de lata donde se guarda queroseno. Está un poco oxidada, pero no he oído hablar nunca de queroseno que no ardiera aunque estuviera oxidado —Houston se acercó, cogió la lata y la olió. El otro le observaba mientras tanto. El espléndido perro, sentado en el umbral, los contemplaba a los dos—. No huele exactamente a queroseno, ¿verdad?

—¡M...! —dijo Houston. Dejó la lata en la ennegrecida repisa, encima de la fragua—. Siga. Quite ese barro. Tendrá que empezar de nuevo. ¿Dónde está

Trumbull?

Trumbull era la persona que había estado casi veinte años encargado de la herrería, hasta aquella misma mañana.

—No lo sé —dijo el otro—. No había nadie cuando llegué yo.

—¿Y usted qué hace aquí? ¿Le mandó él?

—No lo sé —dijo el otro—. Me ha contratado mi primo. Me dijo que estuviera aquí por la mañana, encendiera el fuego y me ocupara de la herrería hasta que llegara él. Pero cada vez que echo ese queroseno...

—¿Quién es su primo? —preguntó Houston. En aquel momento un escuálido caballo de avanzada edad se acercó a buen paso, tirando de un ruidoso cochecillo muy baqueteado, una de cuyas ruedas conservaba la verticalidad mediante dos tablillas cruzadas, y daba la impresión de que sólo su propio impulso la mantenía intacta y que en el instante en que se detuviera, se derrumbaría transformándose en astillas.

El vehículo estaba ocupado por otro desconocido —un hombrecillo endeble al que no parecían pertenecer ninguna de las prendas que llevaba puestas, con cara de comadreja parlanchina— que detuvo el coche gritando al caballo como si hubiera todo un campo de distancia entre los dos, se apeó y entró en la herrería sin parar de hablar.

—Buenas, buenas —dijo, mirando a todas partes al mismo tiempo con sus brillantes ojos—. Quiere herrar ese caballo, ¿no es cierto? Bien, bien: salvada la pezuña se salva todo. Un animal con buen aspecto. He visto otro considerablemente mejor en un campo hace un rato. Pero eso no importa; quiéreme a mí, quiere a mi caballo; a caballo regalado, no le mires el diente; si los deseos fuesen caballos, todos tendríamos purasangres. ¿Qué sucede? —le dijo al individuo del mandil. Se detuvo un momento, aunque siguió dando la impresión de moverse violentamente, como si la actitud y posición de su ropa no diera la menor indicación de lo que el cuerpo que la ocupaba pudiera estar haciendo; de hecho, ni siquiera si seguía dentro—. ¿Todavía no has encendido el fuego? Vamos a ver —se abalanzó sobre la repisa; pareció colocarse bajo ella sin aumentar en lo más mínimo su aire de violenta movilidad, y había bajado la lata, la había olido y se preparaba ya a vaciarla sobre los carbones de la fragua antes de que nadie pudiera moverse. Pero Houston se interpuso en el último segundo, le quitó la lata y la arrojó fuera de la herrería.

—Acabo de quitarle a su amigo de las manos esos condenados orines de cerdo —dijo Houston—. ¿Qué demonios pasa? ¿Qué ha sido de Trumbull?

—Ah, se refiere usted al individuo que solía estar aquí —dijo el recién llegado—. Se le ha rescindido el contrato de alquiler. Ahora soy yo el arrendatario de la herrería. Me llamo Snopes. I. O. Snopes. Éste es mi primo, Eck Snopes. Es el mismo establecimiento de siempre, el mismo sitio; tan sólo la escoba es nueva^[5].

—Me tiene sin cuidado cómo se llame —dijo Houston—. ¿Sabe herrar un caballo?

De nuevo el recién llegado se volvió hacia el hombre del mandil, gritándole como había gritado antes al caballo:

—De acuerdo. De acuerdo. Enciende el fuego.

Después de observarles un momento, Houston tomó la iniciativa y se logró encender el fuego.

—Acabará aprendiendo —dijo el recién llegado—. Sólo hay que darle un poco de tiempo. Es hábil con las herramientas, aunque no tenga mucha práctica como herrero. Pero si uno alaba en lugar de criticar, algo bueno saldrá de ahí. Déjele practicar unos cuantos días y herrará un caballo tan de prisa como Trumbull o cualquier otro.

—Este caballo lo voy a herrar yo —dijo Houston—. Me basta con que él siga dándole al fuelle. Creo que eso podrá hacerlo sin necesidad de practicar antes.

Sin embargo, después de que la herradura tomase la forma adecuada y se enfriara en la tina, el recién llegado se lanzó de nuevo a la acción. Fue como si pillara completamente por sorpresa no sólo a Houston, sino también a sí mismo, como si le dominara la cualidad comadreja de existir independientemente de la ropa que llevaba, de manera que aunque se la pudiera agarrar y sujetar no se podría evitar que el cuerpo hiciera lo que iba a hacer hasta que el daño resultase irremediable; convertido en una furiosa concentración de energía en simultánea disipación y capaz de desvanecerse un instante después de que la intención tomara forma, el recién llegado se lanzó entre Houston y el casco levantado, golpeó vigorosamente la herradura, llegándole al animal a lo vivo con el segundo martillazo, y fue arrojado, martillo incluido, en la artesa más grande por el caballo desbocado que Houston y el hombre del mandil finalmente acorralaron e inmovilizaron, mientras Houston sacaba de un tirón clavo y herradura, los arrojaba en un rincón, y hacía retroceder, lleno de indignación, al caballo para sacarlo de la herrería, mientras el perro se levantaba y recobraba tranquilamente su posición a la distancia adecuada detrás de su amo.

—Y puede decirle a Will Varner, si es que le importa un comino, aunque evidentemente no sea ése el caso —dijo Houston—, que me he ido a Whiteleaf a que le pongan la herradura a mi caballo.

La herrería y el almacén estaban enfrente una de otro, separados únicamente por la carretera. Había ya varios desocupados en el porche, que vieron cómo Houston, seguido del majestuoso y tranquilo perro, se alejaba con el caballo. Ni siquiera les hizo falta cruzar la carretera para ver a uno de los desconocidos, porque instantes después el de menor tamaño y mayor edad se dirigió hacia el almacén, con la ropa que aún seguiría dando la impresión de no pertenecerle el día en que se le cayera a pedazos del cuerpo, su rostro contraído de persona habladora y sus relucientes ojos inquietos. Subió los escalones saludándoles ya. Todavía sin dejar de hablar entró en el almacén, su voz incansable y rápida y sin sentido, como algo que hablara consigo mismo acerca de nada en una cueva vacía. Salió de nuevo, hablando todavía:

—Bien, caballeros, lo viejo se marcha y viene lo nuevo. La competencia es la vida del comercio, y aunque una cadena no sea más sólida que su eslabón más débil,

creo que descubrirán ustedes que ese muchacho de ahí enfrente no es un junco sin fuerza que tenga que apoyarse en nada una vez que se ponga al día. La herrería es la misma, el mismo sitio; sólo la escoba es nueva y quizá no se le puedan enseñar trucos nuevos a un perro viejo, pero uno joven y con buena voluntad puede aprender cualquier cosa. Basta con darle tiempo; un penique en el agua paga intereses cuando llega la crecida. Bueno, bueno; todo diversión y nada de trabajo, como decía aquél, pueden hacer a Jack tan agudo que se corte él mismo. Les deseo muy buenos días, caballeros —siguió caminando y se subió al cochecillo sin dejar de hablar un instante al nuevo herrero, el siguiente al escuálido caballo, y sin hacer la menor pausa para indicar a los oyentes a quién se dirigía. Finalmente se alejó, mientras los hombres de la galería le seguían con la vista sin expresión alguna en el rostro. A lo largo del día cruzaron la carretera, uno a uno, para entrar en la herrería y ver al segundo desconocido: el rostro vacío, tranquilo, sincero, que parecía haber sido una simple secuela de cubrir el cráneo con pelo, como el ribeteado de una alfombra, algo perfectamente inofensivo. Un hombre se presentó con una carreta que tenía rota una barra lateral de refuerzo. El nuevo herrero logró incluso repararla, aunque le llevó la mayor parte de la mañana; trabajó sin interrupción, pero en un estado de sonambulismo gracias al cual lo que en realidad vivía dentro de él funcionaba al parecer en algún otro lugar, sin ocuparse ni manifestar interés alguno por lo que sus manos hacían, ni tampoco por el dinero que pudiera ganar; laborioso, de movimientos lentos, dando la impresión de no llegar a ninguna parte aunque al final la reparación quedase terminada. Por la tarde apareció Trumbull, el antiguo herrero. Pero si los espectadores habían esperado junto al almacén para ver lo que sucedía cuando llegase quien por lo menos hasta la noche anterior debía de creerse aún el legítimo ocupante del establecimiento, quedaron chasqueados. Atravesó la aldea con su mujer en una carreta cargada con artículos de uso doméstico. Si llegó a mirar en dirección a su antigua herrería nadie le vio hacerlo: un hombre de edad avanzada pero todavía saludable, adusto y eficiente, que nunca había estimulado la curiosidad de sus vecinos hasta ese día. Nunca más volvieron a verle.

Pocos días más tarde se supo que el nuevo herrero se hospedaba en la casa donde vivía Flem, su primo (o cualquiera que fuese su parentesco: nadie lo sabía con seguridad), y que los dos dormían juntos en la misma cama. Seis meses más tarde el herrero se había casado con una de las hijas de la familia que les alojaba. Diez meses después paseaba los domingos por la aldea con un cochecito de niño (en otro tiempo, o todavía, propiedad de Will Varner, como la silla de montar de su primo), acompañado por un chiquillo de unos cinco o seis años, hijo suyo, de una esposa anterior que la aldea tampoco sabía que hubiera tenido nunca, indicando con ello que su vida privada, la sexual por lo menos, contaba con una fuerza y un movimiento considerablemente mayores de lo que parecían indicar las apariencias de su vida pública. Pero eso salió a la luz más adelante. Todo lo que ahora vieron los habitantes de la aldea fue que tenían un herrero nuevo: un hombre que no era perezoso, lleno de

buenas intenciones, servicial y siempre amable e incluso generoso, pero con una capacidad de coordinación de límites muy precisos, más allá de los cuales, diseños, planes y modelos se desvanecían, desintegrándose en sus inanimados componentes de trozos de madera, tiras de hierro y herramientas inútiles.

Dos meses después, Flem Snopes construyó una nueva herrería en la aldea. Contrató a otras personas para que la hicieran, por supuesto, pero se pasaba allí la mayor parte del día, viéndola crecer. Fue ésta no sólo la primera de sus actividades en la aldea a la que se le pudo ver unido por yuxtaposición física, sino también la primera que Flem no sólo admitió, sino que afirmó, anunciando tranquila y categóricamente que la estaba construyendo para que la gente recibiera otra vez un servicio adecuado. Compró un equipo completamente nuevo a precio de costo por mediación del almacén y contrató al granjero joven que durante los meses desocupados entre la siembra y la recolección había sido el aprendiz de Trumbull. Al cabo de un mes la nueva herrería contaba con todo el trabajo que Trumbull había tenido y tres meses después de aquello Snopes había vendido el nuevo establecimiento —clientela, buena voluntad y equipo nuevo— a Varner, recibiendo a cambio el antiguo equipo de la vieja herrería, que vendió a un chatarrero, trasladando a continuación el nuevo equipo a la antigua herrería y vendiendo el nuevo edificio a un granjero como establo para vacas, sin tener que pagar un céntimo por el traslado y colocando ahora a su pariente como aprendiz del nuevo herrero, punto en el que hasta Ratliff había perdido cuenta de los beneficios que Snopes pudiera haber sacado de todo ello. Pero supongo que me puedo imaginar lo demás, se dijo a sí mismo, sentado junto a la soleada ventana, un poco pálido, pero prácticamente recuperado. Casi era capaz de verlo: por la noche, en el almacén, la puerta atrancada desde el interior y la lámpara encendida sobre el escritorio iluminando al dependiente que no cesaba de mascar mientras Jody Varner, de pie a su lado, en un estado de ánimo que le impedía sentarse, con mucho más en los ojos de lo que había habido en ellos el otoño anterior, estremeciéndose, temblando, decía con voz entrecortada: «Sólo quiero hacerte una pregunta muy simple y muy sencilla, y quiero un simple y sencillo SÍ o NO como respuesta: ¿Cuántos más quedan? ¿Cuánto tiempo va a seguir esto? Exactamente, ¿cuánto me va a costar proteger un condenado pajar repleto de heno?».

Había estado enfermo y todavía se le notaba cuando —la calesa una vez más con una nueva máquina de coser en la caja con forma de perrera y los recios jacos, gordos y relucientes después de un año de holganza, atados en un callejón vecino— se sentó ante el mostrador de un pequeño restaurante en una calle lateral (restaurante en el que tenía una participación como socio capitalista), con una taza de café en la mano y en el bolsillo un contrato para vender cincuenta cabras a un tipo del norte que había instalado recientemente un rancho de cabras en la zona oeste del condado. Se trataba en realidad de un subcontrato que Ratliff había comprado, al precio de veinticinco centavos la cabeza, a la persona que había cerrado el trato con el comprador a setenta y cinco centavos por animal, pero que no estaba en condiciones de cumplirlo. Ratliff había comprado el subcontrato porque sabía de la existencia de un rebaño de cincuenta y pico cabras en una zona muy poco frecuentada, cerca de la aldea de Frenchman's Bend, rebaño que el primer contratante no había sabido encontrar y que Ratliff confiaba en adquirir ofreciendo al propietario la mitad de los beneficios.

Ahora iba a trasladarse a Frenchman's Bend, aunque todavía no se había puesto en camino e ignoraba cuándo lo haría exactamente. Llevaba ya un año sin aparecer por la aldea. Tenía muchas ganas de visitarla, no sólo por el placer de hacer tratos que pusieran de manifiesto su sagacidad, placer que trascendía con mucho el del mero beneficio económico, sino por la pura felicidad de abandonar la cama y moverse una vez más con plena libertad, aunque todavía algo débil, en el sol y en el aire que los hombres bebían y en los que se movían y en los que hablaban y hacían tratos unos con otros: un placer del que no pequeña parte descansaba en el hecho de que aún no se había puesto en camino y de que no había absolutamente nada ni en la tierra ni en el cielo que le obligara a ponerse en marcha hasta que él quisiera hacerlo. No se sentía ya débil, se limitaba simplemente a disfrutar de esa languidez extraordinariamente elemental de la convalecencia en la que tiempo, prisa, hacer cosas, no existe; donde la acumulación de segundos, minutos y horas de la que el cuerpo, cuando disfruta de buena salud, es esclavo tanto en la vigilia como en el sueño, invierte su relación y el tiempo se convierte en el adulador y el pordiosero del placer del cuerpo en lugar de unirlo a su desenfrenada carrera. De manera que allí estaba, delgado, con la limpia camisa azul recién lavada, que ahora le quedaba demasiado amplia, pero con muy buen aspecto en realidad, con el suave color moreno de su tez convertido no en palidez, sino tan sólo algunos tonos más claro, de aspecto más limpio, irradiando de hecho una especie de delicada robustez, como la de alguna rara planta silvestre, resistente y sin aroma, que floreciera bajo el calcañar mismo de la nieve invernal, acunando la taza de café con una mano enflaquecida y hablando de su operación a tres o cuatro oyentes con una voz irónica y perspicaz que hubiera

necesitado de bastante más que una simple enfermedad para sufrir algo de mayor importancia que una ligera disminución de volumen, cuando entraron dos hombres. Eran Tull y Bookwright. Este último llevaba un látigo enrollado sobre la empuñadura y metido en el bolsillo de atrás del mono.

—¿Qué tal, chicos? —dijo Ratliff—. Llegáis muy pronto.

—Quieres decir tarde —respondió Bookwright. Tull y él se acercaron al mostrador.

—Llegamos anoche con algo de ganado que hay que facturar hoy —dijo Tull—. Así que estabas en Memphis. Ya me parecía que te había echado de menos.

—Le hemos echado todos de menos —dijo Bookwright—. Mi mujer hace casi un año que no habla de la nueva máquina de coser de nadie. Vamos a ver, ¿qué es lo que te quitó ese tipo de Memphis?

—La cartera —dijo Ratliff—. Imagino que por eso me durmió primero.

—Te durmió primero para que no le vendieras una máquina de coser o un montón de juegos de cuchillas antes de que pudiera abrir la navaja —dijo Bookwright. El camarero les puso delante dos platos de pan y mantequilla, deslizándolos sobre el mostrador.

—Yo quiero un filete —dijo Tull.

—Yo no —dijo Bookwright—. Llevo dos días sin ver otra cosa que traseros de vaca embadurnados. Eso sin mencionar el tener que sacarlos de los maizales y de las huertas. Tráeme algo de jamón y media docena de huevos fritos —empezó a comerse el pan, devorándolo. Ratliff giró levemente en su taburete para verlos de frente.

—De manera que se me ha echado de menos —dijo—. Hubiera pensado que a estas alturas tendríais tantos conciudadanos nuevos en Frenchman's Bend como para no echar de menos a una docena de viajantes de máquinas de coser. ¿Cuántos parientes ha llevado Flem Snopes a vivir allí hasta el momento? ¿Dos más, o sólo tres?

—Cuatro —dijo Bookwright, lacónicamente, sin dejar de comer.

—¿Cuatro? —dijo Ratliff—. Eso incluye al herrero..., quiero decir el que está en la herrería hasta que llega la hora de volver a casa y comer de nuevo... ¿Cómo se llama? Eck. Y ese otro, el contratista, el ejecutivo...

—Será el nuevo maestro el año que viene —dijo Tull apaciblemente—. O, por lo menos, eso afirman.

—No, no —dijo Ratliff—. Estoy hablando de los Snopes. Del otro. I. O. El que Jack Houston tiró a la artesa de la herrería.

—De ése se trata —dijo Tull—. Aseguran que va a enseñar en la escuela el año que viene. El maestro que teníamos se marchó de repente al terminar las navidades. Imagino que tampoco has oído hablar de eso.

Pero Ratliff no estaba escuchando. No pensaba en el otro maestro. Se quedó mirando a Tull, desconcertado hasta el punto de perder por un momento su irónico aplomo.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Enseñar en la escuela? ¿Ese tipo? ¿Ese Snopes? ¿El que entró en la herrería la mañana que Jack Houston...? Escucha, Odum —añadió—; he estado enfermo, pero juraría que la enfermedad no me ha echado a perder el oído.

Bookwright no contestó. Se había acabado el pan; inclinándose, cogió un trozo del plato de Tull.

—No te lo estás comiendo —dijo—. Le diré que traiga más dentro de un momento.

—Vaya —dijo Ratliff—. Quién lo hubiera dicho. Supe que había algo que no funcionaba tan pronto como le vi. Era eso. Estaba delante de algo que no iba con él: una herrería o un campo arado. Pero enseñar en la escuela. Es sólo que no se me había ocurrido todavía. Pero es perfecto, no hay duda. Ha encontrado el único sitio en el mundo, o en Frenchman's Bend, donde no sólo podrá usar sus refranes durante todo el día, sino que además le pagarán por hacerlo. Vaya —dijo—. Así que Will Varner ha atrapado por fin a ese oso. Flem se ha comido el almacén, se ha comido la herrería y ahora está empezando con la escuela. Después de eso ya no queda más que la casa de Will. Claro está que a continuación tendrá que ocuparse de vosotros, muchachos, pero esa casa le llevará algún tiempo, porque Will...

Bookwright lanzó una especie de gruñido. Terminó la rebanada de pan que había cogido del plato de Tull y llamó al camarero.

—Oiga. Tráigame un trozo de empanada mientras espero.

—¿Qué clase de empanada, señor Bookwright? —dijo el camarero.

—Empanada de comer —dijo Bookwright.

—... porque quizá resulte un poco difícil desalojar a Will de su casa —continuó Ratliff—. Puede que incluso ponga la raya ahí definitivamente. Así que tal vez Flem tenga que empezar con vosotros antes de lo que pensaba...

Bookwright volvió a lanzar una especie de gruñido, más seco que el anterior. El camarero le mandó la empanada deslizando el plato sobre el mostrador. Ratliff se le quedó mirando.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué significa ese ruido?

Bookwright, con el trozo de empanada delante de la boca, volvió hacia Ratliff un rostro moreno y colérico.

—La semana pasada estaba sentado sobre el montón de serrín en el aserradero de Quick. Su fogonero y otro negro estaban llevando astillas a paletadas hacia la caldera para encender el fuego. Oí lo que decían. El fogonero necesitaba que le prestaran algún dinero, pero Quick no se lo quería dar. «Vete a ver al señor Snopes, en el almacén», le dijo el otro negro. «Seguro que te lo presta. A mí me dejó cinco dólares hace más de dos años y todo lo que hago es ir los sábados por la noche al almacén y pagarle diez centavos. Y no me ha mencionado los cinco dólares ni una sola vez.» — luego Bookwright volvió la cabeza y mordió la empanada, llevándose por delante un poco menos de la mitad. Ratliff le contempló con una leve expresión irónica que era casi una sonrisa.

—Vaya, vaya —dijo—. Así que trabaja por arriba y por abajo simultáneamente. A ese paso tendrá que pasar algún tiempo antes de que recurra a vosotros, los blancos corrientes que estáis en el medio —Bookwright dio otro enorme bocado a la empanada. El camarero le trajo su comida y la de Tull, y Bookwright se metió en la boca el resto de la empanada. Tull se puso a cortar el filete en trozos pequeños con mucho cuidado, como si estuviera preparando la comida de un niño. Ratliff no los perdía de vista—. ¿Es que ninguno de vosotros tiene intención de hacer nada? —dijo.

—¿Qué podemos hacer? —dijo Tull—. Es cierto que no está bien. Pero no es asunto nuestro.

—Creo que a mí se me ocurriría algo si viviera allí —dijo Ratliff.

—Sí —dijo Bookwright. Se estaba comiendo el jamón como había hecho con la empanada—. Y terminarías con una de esas corbatas de lazo en lugar de la calesa y el par de caballos. Tendrías sitio para llevarla.

—Seguro —dijo Ratliff—. Quizá tengas razón —dejó de mirarles y levantó la cucharilla, pero en seguida volvió a bajarla—. Esta taza parece que tiene una corriente de aire —le dijo al camarero—. Será mejor que me la caliente un poco. Podría helarse y estallar, y entonces tendría que pagarla también —el camarero le quitó la taza, volvió a llenarla y se la devolvió deslizándola por el mostrador. Ratliff echó azúcar y la movió cuidadosamente, con la misma expresión apenas perceptible a la que se ha llamado sonrisa por falta de otro apelativo mejor. Bookwright había revuelto violentamente los seis huevos y ahora se los estaba comiendo ruidosamente con una cuchara. Los dos comían de prisa, aunque Tull consiguiera además hacerlo con minucioso decoro. No hablaron más; vaciaron los platos por completo, se levantaron, fueron al mostrador de los cigarrillos puros y pagaron la cuenta.

—O quizá con las zapatillas con suela de goma —dijo Bookwright—. Ya hace un año que no se las pone. No. Si yo fuera tú iría desnudo para empezar. Así no sentirías el frío al volver.

—Claro —dijo Ratliff mansamente. Después de que se marcharan siguió bebiéndose el café a pequeños sorbos despaciosos, hablando de nuevo con los tres o cuatro oyentes y terminando la historia de su operación. Luego se levantó también, pagó el café escrupulosamente y se puso el abrigo. Estaban ya en marzo, pero el médico le había dicho que lo llevara, y una vez en el callejón Ratliff permaneció durante un rato junto a la calesa y los recios jacos, demasiado gordos por la inactividad y relucientes con su pelaje nuevo después de perder el del invierno, contemplando en silencio la caja con forma de perrera donde, bajo la pintura cuarteada de sus descoloridas e increíbles rosas, los rostros de las mujeres le sonreían con inmóviles y ciegas expresiones de cordial bienvenida. Habría que volver a pintarla durante el año; tendría que ocuparse de ello. Ha de ser algo que arda, pensó. Y a su nombre. Que se sepa que está a su nombre. Sí, pensó, si yo me llamara Will Varner y el apellido de mi socio fuese Snopes creo que insistiría en que por lo menos parte de nuestra propiedad en común, la parte capaz de arder en cualquier caso,

estuviese a su nombre. Ratliff echó a andar lentamente, con el abrigo bien abotonado. Era el único que se veía. Pero los enfermos mejoran de prisa al sol; quizá cuando volviera a la ciudad ya no lo necesitase. Y muy pronto tampoco le haría falta el chaleco que llevaba debajo: mayo y junio, el verano, los largos y agradables días de calor. Siguió andando, exactamente con el mismo aspecto de siempre salvo la flacura y la palidez, deteniéndose un par de veces para decir a dos personas distintas que sí, que ya se sentía bien, que el médico de Memphis había cortado evidentemente lo que debía cortar, ya fuese aposta o por accidente; luego cruzó la plaza bajo la marmórea mirada en sombras del soldado de la Confederación y entró en el juzgado y en la oficina del catastro, donde encontró lo que buscaba: unas cien hectáreas de tierras, con edificios, registradas a nombre de Flem Snopes.

A última hora de la tarde Ratliff se hallaba en la calesa, detenida en un estrecho camino entre las colinas, leyendo el nombre de un buzón de correos. La estaca que lo sostenía era nueva, pero el buzón no. Estaba muy viejo y estropeado; daba la impresión de que en algún momento había sido completamente aplastado por algo así como una rueda de carreta y enderezado luego, pero las torpes letras del nombre podrían no llevar pintadas más de un día. Daban la impresión de gritarle, todo mayúsculas, MINKSNOPEs, despatarradamente, sin espacio entre las dos palabras, prolongándose hacia afuera, hacia arriba y sobre la curva de la parte superior para dar cabida a las últimas letras. Ratliff torció inmediatamente después por un sendero con rodadas terminadas en una decrepita cabaña con dos habitaciones, semejante a las incontables distribuidas por las remotas zonas montañosas que él recorría en sus viajes. La cabaña estaba construida sobre una colina; debajo había un sucio corral lleno de estiércol pisoteado y un granero tan inclinado en la dirección de la pendiente como para que un soplo pudiera derribarlo. Un hombre salía de él, con una herrada de leche, y Ratliff supo en seguida que alguien le estaba vigilando desde la casa aunque él no hubiera visto a nadie. Tiró de las riendas para que se detuvieran los caballos, pero no se apeó.

—Qué tal —dijo—. ¿El señor Snopes? Le traigo su máquina de coser.

—¿Me ha traído qué? —dijo el hombre desde el corral. Cruzó el portón y dejó la herrada en el extremo del combado porche. Era de estatura media tirando a baja pero delgado, con una sola ceja muy poblada cruzándole la frente. Los ojos son los mismos, pensó Ratliff.

—Su máquina de coser —dijo amablemente. Luego vio con el rabillo del ojo a una mujer en el porche: una mujer de huesos grandes, facciones duras y cabellos increíblemente amarillos que había salido de la casa con mucha más agilidad y rapidez de lo que hubiera podido presagiar el hecho de que iba descalza. Detrás de ella había dos niños pelirrojos. Pero Ratliff no volvió la vista hacia la mujer. Siguió mirando al hombre, con expresión cortés y amable.

—¿Qué es eso? —dijo la mujer—. ¿Una máquina de coser?

—No —dijo el hombre. Tampoco él la miró. Se estaba acercando a la calesa—.

Vuélvete a casa.

La mujer no le hizo caso. Bajó del porche, moviéndose de nuevo con una rapidez y coordinación en desacuerdo con su tamaño. Miró a Ratliff con ojos claros llenos de dureza.

—¿Quién le dijo que la trajera? —preguntó.

Ahora Ratliff fijó en ella los ojos, con expresión todavía cortés, todavía amable.

—¿Me habré equivocado? —dijo—. Recibí el recado en Jefferson y venía de Frenchman's Bend. Decía Snopes. Supuse que se trataba de usted, debido a su... ¿primo? —ninguno de los dos habló, mirándole fijamente—. Flem. Si fuese para él, habría esperado a que llegase yo allí. Sabe que llego mañana. Supongo que tendré que asegurarme.

—Entonces llévesela. Si Flem Snopes le mandó recado acerca de algo que cuesta más de cinco centavos no es para regalarlo. Por lo menos no para regalárselo a sus parientes. Llévesela a Frenchman's Bend.

—Te he dicho que entres en casa —dijo el hombre—. Vamos.

La mujer no le miró. Rió ásperamente y sin interrupción, mirando a Ratliff.

—No para regalar —dijo—. No el hombre que es dueño de cien cabezas de ganado y tiene a su nombre un granero y pastos con que alimentarlas.

El hombre se volvió, dirigiéndose hacia ella. La mujer giró también y empezó a gritarle, mientras los dos niños contemplaban tranquilamente a Ratliff desde detrás de sus faldas, como si fueran sordos o como si vivieran en un mundo que no era el de la mujer que gritaba, igual que podrían hacerlo dos perros.

—¡Niégalo si puedes! ¡Te dejaría pudrir y morirte aquí tan feliz y tan contento y tú lo sabes! ¡Tu pariente del que estás tan orgulloso porque trabaja en un almacén y lleva corbata de lazo todo el día! Pídele que te dé sólo un saco de harina y veremos lo que consigues. ¡Pídeselo! ¡Quizá te dé una de sus corbatas viejas algún día para que tú también te vistas como un Snopes!

El hombre siguió avanzando hacia ella. No dijo nada. Era el más pequeño de los dos; se dirigió hacia ella con un curioso aspecto implacable y tímido al mismo tiempo, casi respetuoso, hasta que la mujer no resistió y se volvió rápidamente en dirección a la casa, empujando delante de ella a los niños, que siguieron mirando a Ratliff por encima del hombro. Mink Snopes se acercó a la calesa.

—¿Dice que el recado era de Flem? —dijo.

—He dicho que venía de Frenchman's Bend —respondió Ratliff—. El apellido que se mencionó fue Snopes.

—¿Quién era esa persona que parece haber mencionado tantas veces a los Snopes?

—Un amigo —dijo Ratliff—. Al parecer cometió una equivocación. Le ruego que me disculpe. ¿Llegaré a la carretera del puente Whiteleaf si sigo ese sendero?

—Si Flem le mandó recado de que la dejara aquí, será mejor que la deje.

—Acabo de decirle que creía haber cometido una equivocación y le he pedido

que me disculpe —dijo Ratliff—. Ese sendero...

—Ya veo —dijo el otro—. Eso significa que quiere usted algo de dinero en efectivo. ¿Cuánto?

—¿Se refiere a la máquina?

—¿De qué cree que estoy hablando?

—Diez dólares —dijo Ratliff—. Y un pagaré a seis meses por veinte más. Para la época de la cosecha.

—¿Diez dólares? Con el recado de...

—Ahora no estamos hablando de recados —dijo Ratliff—. Estamos hablando de una máquina de coser.

—Déjelo en cinco.

—No —respondió Ratliff amablemente.

—De acuerdo —dijo el otro, dándose la vuelta—. Vaya haciendo el pagaré.

Mientras entraba en la casa, Ratliff se apeó, fue a la parte de atrás de la calesa, abrió la puerta de la perrera y de debajo de la máquina nueva sacó una caja de hojalata con recado de escribir que contenía una pluma, una botella de tinta cuidadosamente tapada y un talonario de pagarés. Estaba relleno cuando Snopes reapareció a su lado. Tan pronto como la pluma de Ratliff se detuvo, el otro corrió el pagaré en dirección suya, cogió la pluma de la mano de Ratliff, la mojó y firmó, todo en un movimiento sin interrupciones, sin leer siquiera lo que firmaba; luego empujó el pagaré hacia Ratliff y se sacó algo del bolsillo que Ratliff no miró porque estaba contemplando el pagaré recién firmado con rostro perfectamente inexpresivo.

—Ha firmado usted con el nombre de Flem Snopes —dijo tranquilamente.

—Sí —dijo el otro—. ¿Y eso qué importa? —Ratliff se le quedó mirando—. Entiendo. También quiere usted mi nombre, de manera que en cualquier caso uno de los dos no pueda negar que ha firmado. De acuerdo —cogió el pagaré, escribió de nuevo en él y lo devolvió—. Y aquí tiene los diez dólares. Écheme una mano con la máquina.

Pero Ratliff siguió sin moverse, porque no era dinero, sino un trozo de papel lo que Mink le había dado: un trozo de papel con varios dobleces, con los bordes estropeados y sucios. Al abrirlo vio que era otro pagaré. Estaba fechado hacía algo más de tres años, por un valor de diez dólares con intereses, pagaderos un año después de la fecha indicada, a *Isaac Snopes o al portador*, y lo firmaba *Flem Snopes*. Por debajo estaba endosado (y Ratliff reconoció la misma letra que acababa de estampar las dos firmas en el primer pagaré) a *Mink Snopes por Isaac Snopes (X) su marca*, y debajo y siempre con la misma letra y seco ya (tal vez incluso por medio de un secante) a *V. K. Ratliff, por Mink Snopes*, y Ratliff lo estuvo mirando en total silencio y con gran solemnidad durante casi un minuto.

—Está bien —dijo el otro—. Flem y yo somos sus primos. Nuestra abuela nos dejó a los tres diez dólares por cabeza. Teníamos que recibirlos cuando el más

pequeño, es decir, Isaac, cumpliera los veintiuno. Flem necesitó dinero y se los pidió prestados con ese pagaré. Luego Isaac necesitó también dinero hace algún tiempo y yo le compré el pagaré de Flem. Pero si quiere usted saber de qué color tiene los ojos o cualquier otra cosa, podrá verlo por sí mismo cuando llegue a Frenchman's Bend, porque ahora vive allí con Flem.

—Ya veo —dijo Ratliff—. Isaac Snopes. ¿Y dice usted que tiene ya veintiún años?

—¿Cómo habría dispuesto si no de los diez dólares para prestárselos a Flem?

—Claro —dijo Ratliff—. Sólo que esto no son exactamente diez dólares en efectivo...

—Escuche —dijo el otro—. No sé qué es lo que se propone hacer, ni tampoco me importa. Pero no crea que me engaña más de lo que yo le engaño a usted. Si no estuviera seguro de que Flem le va a pagar el primero no lo habría aceptado. Y si no le da miedo ése, ¿por qué se lo va a dar este otro, por menos dinero y la misma máquina de coser, cuando hace más de dos años que se puede cobrar, según la ley? Llévelo los dos pagarés a Flem. No tiene más que dárselos. Y luego le añade un recado de mi parte. Diga «De un primo que todavía rasca la tierra para seguir vivo, a otro que ha dejado de rascar la tierra para ser dueño de un rebaño de vacas y de un henil». Sólo tiene que darle ese recado. Y será mejor que se lo vaya repitiendo por el camino para estar seguro de que no se le olvida.

—No tiene que preocuparse por eso —dijo Ratliff—. ¿Me lleva este camino hasta el puente Whiteleaf?

Aquella noche la pasó en casa de unos familiares (había nacido y se había criado no muy lejos de allí) y llegó a Frenchman's Bend la tarde del día siguiente. Después de soltar a los caballos en el corral de la señora Littlejohn fue andando hasta el almacén, cuyo porche parecía seguir ocupado por los mismos hombres que habían estado allí la última vez que lo viera, hacía un año, incluido Bookwright.

—Bien, chicos —dijo—. Ya veo que tenemos quórum, como de costumbre.

—Bookwright dice que fue la cartera lo que te quitó aquel tipo de Memphis —dijo uno—. No es extraño que hayas tardado un año en recuperarte. Sólo me sorprende que no te murieras al echarle mano y descubrir que no estaba.

—Fue entonces cuando me levanté —dijo Ratliff—. Si no aún seguiría allí tumbado.

Entró en el almacén. La parte delantera estaba vacía, pero no se detuvo, ni siquiera lo bastante para que sus pupilas contraídas se acostumbraran a la oscuridad, como cabría esperar. Se llegó hasta el mostrador, diciendo amablemente:

—Qué tal, Jody. Qué tal, Flem. No os molestéis; lo cogeré yo mismo.

Vарner, de pie junto al escritorio donde se sentaba el dependiente, levantó la vista.

—Así que ya estás bien —dijo.

—Estoy ocupado —respondió Ratliff, yendo detrás del mostrador y abriendo la única estantería acristalada en cuyo interior había un revoltijo de cordones para

zapatos, peines, tabaco, específicos farmacéuticos y caramelos baratos—. Tal vez sea la misma cosa —empezó a escoger bastones de caramelo con rayas de colores chillones con mucha atención, eligiendo algunos y rechazando otros. No miró ni una sola vez hacia el fondo del almacén, donde el dependiente sentado junto al escritorio no había alzado los ojos todavía—. ¿Sabéis si el tío Ben Quick estará en casa?

—¿Dónde podría ir si no? —respondió Varner—. Pero creía que ya le habías vendido una máquina de coser hace dos o tres años.

—Claro —dijo Ratliff, dejando un bastón de caramelo y cambiándolo por otro—. Por eso quiero que esté en casa: para que su familia se ocupe de él cuando se desmaye. Esta vez soy yo quien le va a comprar algo.

—¿Qué demonios tiene para que vengas desde tan lejos a comprárselo?

—Una cabra —dijo Ratliff. Ahora estaba contando los bastones de caramelo metidos en una bolsa.

—¿Una qué?

—Lo que oyes —dijo Ratliff—. No lo hubieras adivinado, ¿verdad? Pero no hay más cabras en el condado de Yoknapatawpha ni en el de Grenier que las del tío Ben.

—No; no lo hubiese adivinado —dijo Varner—. Pero lo que todavía me resulta más curioso es para qué quieres esa cabra.

—¿Para qué quiere una persona una cabra? —dijo Ratliff. Se trasladó hasta la jaula del queso y dejó una moneda en la caja de puros—. Para que tire de una carreta. Espero que tú y el tío Will y la señorita Maggie estéis todos bien.

Varner lanzó una exclamación y se volvió hacia el escritorio. Pero Ratliff no se detuvo a verlo. Salió al porche, ofreciendo caramelos a todo el mundo.

—Órdenes del médico —dijo—. Probablemente me enviará ahora otra factura de diez centavos por haberme aconsejado que coma cinco centavos de caramelos. Pero eso no me importa en realidad. Lo que me importa es que me haya mandado que pase mucho tiempo sentado —se quedó mirando, amable e irónico, a los individuos que ocupaban el banco sujeto a la pared, directamente debajo de una de las ventanas situadas a los lados de la puerta. El banco era un poco más largo que ancha la ventana. Al cabo de un momento, un individuo sentado en un extremo del banco se levantó.

—Está bien —dijo—. Ven y siéntate. Aunque no estés enfermo probablemente te pasarás los próximos seis meses fingiendo que lo estás.

—Supongo que tengo que sacarle algún rendimiento a los setenta y cinco dólares que me ha costado la operación —dijo Ratliff—. Aunque sólo sea aprovecharme de la gente durante una temporada. Pero os las habéis arreglado para dejarme en una corriente. Vosotros, moveos un poco y dejad que me siente en el centro —los otros se corrieron y le hicieron sitio. Ratliff se sentó directamente delante de la ventana abierta. Cogió uno de sus bastones de caramelo y empezó a chuparlo, hablando con la voz débil y penetrante de la reciente enfermedad—: Sí, señor. Todavía seguiría en la cama si no hubiera descubierto que me faltaba la cartera. Pero sólo me asusté de

verdad después de levantarme. Me dije a mí mismo, ya llevo un año tumbado de espaldas y apuesto cualquier cosa a que ha aparecido algún tipo emprendedor y ha inundado no sólo Frenchman's Bend sino todo el condado de Yoknapatawpha de máquinas de coser nuevas. Pero el Señor vigilaba por mí. Que me aspen si antes de salir de la cama Él o alguien no me había mandado una oveja como hizo en la biblia para salvar a Isaac. Me mandó a un rancho de cabras.

—¿Un qué? —dijo uno.

—Un rancho de cabras. Nunca habéis oído hablar de un rancho de cabras, porque a nadie en este país se le ocurriría pensar en eso. Hace falta un tipo del norte. A este del que estoy hablando se le ocurrió la idea en Massachusetts o en Boston o en Ohio, hizo todo el camino hasta Mississippi con las manos llenas de billetes verdes, se compró mil hectáreas de la mejor tierra de cerros y hondonadas y juncias que se pueda imaginar a unos veintitantos kilómetros al oeste de Jefferson, construyó alrededor una cerca de tres metros de altura prácticamente impermeable y cuando ya se estaba preparando para hacerse rico se le acabaron las cabras.

—¡Qué barbaridad! —dijo otro—. No se sabe que nunca a nadie en todo el mundo se le hayan acabado las cabras.

—Además —dijo Bookwright, de pronto y con voz áspera—, si también quieres contárselo a la gente de la herrería, no tenemos más que irnos allí todos.

—Bueno, bueno —dijo Ratliff—. Es que no os podéis hacer idea de lo agradable que es sentir de nuevo la propia voz entre los dientes si no habéis estado nunca tumbados boca arriba en un sitio donde la gente que no quería escuchar podía levantarse y marcharse y tú tenías que quedarte donde estabas —pero de todas formas bajó un poco la voz, tenue, clara, despreocupada, lenta—: Pues a éste se le acabaron. No perdáis de vista que se trata de un tipo del norte, y los del norte no hacen las cosas como nosotros. Si alguien de aquí fuese a montar un rancho de cabras, lo haría pura y simplemente porque ya tendría demasiadas cabras. Se limitaría a declarar que el tejado o el porche delantero o el salón o cualquier otro sitio de donde no pudiera echarlas era un rancho de cabras y se conformaría con eso. Pero un tipo del norte hace las cosas de otro modo. Cuando hace algo, necesita un sindicato bien organizado, unos estatutos impresos y un diploma con orla dorada de la Secretaría de Estado en Jackson diciendo para general información por la presente, se hace saber que las veinte mil cabras, o las que sean, son cabras. Tampoco empieza con cabras o con un trozo de tierra. Empieza con un trozo de papel y un lápiz, y lo calcula todo sentado en la biblioteca: tantas cabras para tantas hectáreas y tantos metros de cerca para encerrarlas. Luego escribe a Jackson y recibe el diploma por esa cantidad de tierra y de cerca y de cabras, y primero compra la tierra para tener un sitio donde construir la cerca, luego construye la cerca alrededor para que no se le pueda salir nada, y finalmente sale a comprar las cosas que no tienen que salirse de la cerca. Así que al principio todo marchaba estupendamente. Encontró una tierra en la que ni siquiera al Señor se le hubiera ocurrido empezar un rancho de cabras y la compró

apenas sin dificultad alguna, excepto la de encontrar a los dueños y hacerles comprender que era dinero de verdad lo que estaba tratando de darles, y la cerca prácticamente se hizo sola, porque podía sentarse en un sitio en el medio y pagar para que se la hicieran. Pero después descubrió que se había quedado sin cabras. Registró toda esta zona arriba y abajo y del derecho y del revés para encontrar el número exacto de cabras que le hacían falta para que el diploma con orla dorada no le dijera en sus propias narices que estaba mintiendo. Pero no fue capaz. A pesar de todos sus esfuerzos, aún le faltan cincuenta cabras para rellenar lo que le sobra de cerca. De manera que ahora, en lugar de tener un rancho de cabras, tiene una insolvencia. Una de dos: o devuelve el diploma o encuentra esas cincuenta cabras en algún otro sitio. Así que ésa es la situación; después de hacer todo el camino desde Boston, Maine, y de comprar mil hectáreas y de hacer construir quince mil metros de cerca alrededor, ahora resulta que todo el maldito proyecto depende del rebaño del tío Ben Quick porque, al parecer, no hay más cabras que las suyas entre Jackson y la frontera con Tennessee.

—¿Cómo lo sabes? —dijo uno.

—¿Te figuras que iba a levantarme de la cama y a hacer todo el camino hasta aquí si no estuviera seguro? —respondió Ratliff.

—Entonces más te vale subir ahora mismo en la calesa e ir a asegurarte —dijo Bookwright. Estaba recostado en una columna del porche, de cara a la ventana que quedaba a la espalda de Ratliff. Ratliff se le quedó mirando un momento, cordial e inescrutable detrás de su eterna máscara suavemente irónica.

—Claro —dijo—. Ya ha tenido esas cabras una buena temporada. Imagino que todavía seguirá diciéndome que no puedo hacer esto y que tengo que hacer aquello otro durante los próximos seis meses, y por supuesto continuará mandándome las facturas correspondientes —cambió de tema con tanta suavidad y tan por completo que fue, más tarde lo comprendieron, como si de repente hubiera sacado una pizarra con la palabra CALLAD escrita en letras rojas, mirando hacia lo alto con naturalidad y expresión amable mientras Varner y Snopes salían del almacén. Flem no dijo nada. Atravesó el porche y bajó los escalones. Varner cerró la puerta con llave.

—¿No cierras un poco pronto, Jody? —dijo Ratliff.

—Eso depende de lo que entiendas por tarde —dijo Varner secamente. Luego siguió los pasos del dependiente.

—Entonces si yo fuera tú iría a comer y luego a comprar las cabras —dijo Bookwright.

—Claro —dijo Ratliff—. Quizá tío Ben tenga otra docena más para mañana. De cualquier modo... —se puso en pie y se abotonó el abrigo.

—Vete primero a comprar las cabras —dijo Bookwright. Ratliff se le quedó mirando de nuevo, cordial, impenetrable. Luego contempló a los demás. Ninguno de ellos le estaba mirando.

—Calculo que puedo esperar —dijo—. ¿Ninguno de vosotros cena en casa de la

señora Littlejohn? —luego añadió—: ¿Qué es eso? —y los otros vieron lo que miraba: la figura de un hombre ya crecido pero descalzo y con un mono descolorido de la talla de un chico de catorce años que pasaba por la calle debajo del porche, arrastrando con un cordel un tarugo de madera con dos latas de rapé sujetas a la parte superior y mirando por encima del hombro el polvo que levantaba con total ensimismamiento. Al dejar atrás el porche alzó la vista y Ratliff pudo verle la cara: los ojos incoloros que parecían incapaces de ver, la abierta boca babeante, circundada por la suave pelusa de una barba dorada todavía sin afeitar.

—Es otro Snopes más —dijo Bookwright con su voz brusca y áspera.

Ratliff contempló a aquella criatura mientras seguía su camino: las gruesas caderas a punto de estallar el mono, la cabeza gesticulante mirando por encima del hombro el tarugo que llevaba arrastrando.

—Y sin embargo nos cuentan que fuimos todos hechos a Su imagen —dijo Ratliff.

—A juzgar por algunas de las cosas que se ven, quizá él lo haya sido —dijo Bookwright.

—No sé si me lo creería aunque supiera que fuese verdad —dijo Ratliff—. ¿Quieres decir que un buen día apareció aquí de pronto?

—¿Por qué no? —dijo Bookwright—. No es el primero.

—Claro —dijo Ratliff—. Tenía que estar en algún sitio.

La criatura, que había llegado ya frente a la casa de la señora Littlejohn, se metió por el portón.

—Duerme en su establo —dijo otro—. Ella le da de comer y él hace algún trabajo. La señora Littlejohn consigue hablar con él de alguna manera.

—Quizá sea ella entonces la que está hecha a Su imagen —dijo Ratliff. Se dio la vuelta, todavía con el final de la barra de caramelo en la mano. Se lo metió en la boca y se limpió los dedos en los faldones del abrigo—. Bien, ¿qué hay de la cena?

—Vete a comprar las cabras —dijo Bookwright—. No entres a cenar hasta que lo hayas hecho.

—Iré mañana —dijo Ratliff—. Quizá para entonces tío Ben tenga incluso otras cincuenta más.

O tal vez pasado mañana, pensó, mientras se encaminaba hacia el sonido de la campana de latón con que la señora Littlejohn anunciaba la cena afrontando la ventosa frialdad de una noche de marzo. De manera que tendría tiempo de sobra. Porque creo que lo he hecho bien. Tenía que negociar no sólo con lo que yo creo que él sabe de mí, sino con lo que él se figura que sé de él, pero condicionado y restringido por el año de enfermedad y por mi forzado alejamiento de la ciencia y pasatiempo de engañar al prójimo. Pero con Bookwright ha funcionado. Ha hecho todo lo que ha podido para advertirme. Ha llegado todo lo lejos e incluso más allá de lo que un hombre puede inmiscuirse en los negocios de otra persona.

De manera que al día siguiente Ratliff no sólo no fue a ver al propietario de las

cabras, sino que hizo diez kilómetros en dirección contraria y se pasó toda la jornada tratando de vender una máquina de coser que ni siquiera tenía. Durmió allí y no regresó a la aldea hasta la media mañana del segundo día, deteniendo la calesa frente al almacén y atándola a uno de los postes del porche al que también estaba sujeto el caballo roano de Varner. Así que ahora utiliza incluso el caballo. Vaya, vaya. No se apeó de la calesa.

—¿Le importa a alguno de vosotros conseguirme cinco centavos de caramelos? —dijo—. Tal vez tenga que sobornar al tío Ben con alguno de sus nietos —uno de los presentes entró en el almacén y volvió con los caramelos—. Habré vuelto para la hora de cenar —dijo—. Y a continuación estaré listo para que me raje otro joven doctor menesteroso.

El sitio al que se dirigía no quedaba muy lejos: cosa de kilómetro y medio hasta el puente sobre el río, y casi otros dos más del otro lado. Ratliff se llegó hasta una casa limpia y bien cuidada con un gran establo y pastizales más allá; vio las cabras. Un corpulento y saludable anciano en calcetines, sentado en el porche, le llamó a voz en grito:

—¡Hola, V. K.! ¿Qué demonios os traéis todos entre manos en el almacén de Varner?

Ratliff no se apeó de la calesa.

—Así que se me ha adelantado —dijo.

—Cincuenta cabras —rugió el otro—. He oído de gente que ha pagado diez centavos para librarse de dos o tres, pero en toda mi vida no he sabido de nadie que comprara cincuenta.

—Es listo —dijo Ratliff—. Si ha comprado cincuenta de algo es porque sabía de antemano que iba a necesitar exactamente ese número.

—Sí, es listo. Pero cincuenta cabras. Demonios coronados. Todavía me quedan unas cuantas, como para llenar un gallinero. ¿Las quieres?

—No —dijo Ratliff—. Eran sólo las primeras cincuenta.

—Te las doy. Incluso te pagaría veinticinco centavos por llevarte de la dehesa las que me quedan.

—Gracias —dijo Ratliff—. Bien, esto tendré que contabilizarlo como gastos sociales.

—Cincuenta cabras —dijo el otro—. Quédate a comer.

—Se lo agradezco —dijo Ratliff—. Me parece que ya he gastado demasiado tiempo comiendo. O sentado haciendo algo, en cualquier caso.

De manera que volvió a la aldea: los casi dos kilómetros primero y luego el kilómetro y medio, con la pareja de recios jacos trotando alegremente pero sin sincronización. El caballo roano aún seguía delante del almacén y los mirones continuaban sentados y acuclillados en el porche, pero Ratliff no se detuvo. Llegó hasta el hotel de la señora Littlejohn, ató los caballos a la cerca y fue a sentarse en la galería, desde donde veía el almacén. También le llegaba el olor de lo que se estaba

guisando en la cocina a sus espaldas y pronto los desocupados de enfrente empezaron a levantarse y a dispersarse, camino del almuerzo, aunque el roano ensillado aún seguía en el mismo sitio. Sí, pensó, ya ha dejado atrás a Jody. Un tipo te quita a tu mujer y todo lo que tienes que hacer para quedarte más tranquilo es pegarle un tiro. Pero si te quita el caballo...

La señora Littlejohn habló a sus espaldas:

—No sabía que ya estabas de vuelta. Querrás almorzar algo, ¿no es cierto?

—Sí, señora —respondió Ratliff—. Pero antes voy a entrar un momento en el almacén. No me llevará mucho tiempo.

La señora Littlejohn regresó al interior de la casa. Ratliff sacó los dos pagarés de la cartera y los separó, poniendo uno en el bolsillo interior de la chaqueta y el otro en el bolsillo delantero de la camisa, cruzó la calle bajo el sol del mediodía de marzo, pisando el polvo en reposo del mediodía, respirando la suspendida inmovilidad del mediodía, y subió los escalones y cruzó el porche ahora desierto, manchado de tabaco y marcado por las navajas. El almacén, el interior, era como una cueva, en penumbra, fresco, con olor a queso y a cuero; necesitó un momento para que se le acostumbraran los ojos. Luego vio la gorra gris, la camisa blanca, la diminuta corbata de lazo. Flem alzó la cara, mascando.

—Te me has adelantado —dijo Ratliff—. ¿Cuánto?

El otro volvió la cabeza y escupió en el cajón lleno de tierra debajo de la estufa apagada.

—Cincuenta centavos —dijo.

—Yo di veinticinco por el contrato —dijo Ratliff—. Y sólo van a pagar setenta y cinco. Podría romper el contrato y ahorrarme el llevarlas a la ciudad.

—De acuerdo —dijo Snopes—. ¿Qué me ofreces?

—Te las cambio por esto —dijo Ratliff. Sacó el primer pagaré del bolsillo donde lo había colocado. Y entonces lo vio: durante un instante, durante un segundo, una nueva y más absoluta inmovilidad se apoderó del rostro inexpresivo, del rechoncho y blando cuerpo que ocupaba la silla detrás del escritorio. Durante aquel instante hasta la mandíbula dejó de masticar, aunque empezó de nuevo casi inmediatamente. Snopes cogió el papel y lo miró. Luego lo dejó sobre el escritorio, torció la cabeza y escupió en el cajón de arena.

—Crees que este pagaré vale cincuenta cabras —dijo. No era una pregunta, sino una afirmación.

—Sí —dijo Ratliff—. Porque hay un mensaje que lo acompaña. ¿Quieres oírlo?

El otro le miró, sin dejar de masticar. Aparte de eso no se movió; ni siquiera parecía que respirase.

—No —dijo al cabo de un momento. Luego se levantó sin prisa—. De acuerdo —dijo. Sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón, extrajo un papel doblado y se lo dio a Ratliff. Era el recibo por la venta de las cincuenta cabras de Quick.

—¿Tienes una cerilla? —dijo Snopes—. Yo no fumo.

Ratliff le dio la cerilla, vio cómo prendía fuego al pagaré, cómo lo sostenía mientras comenzaba a arder, cómo lo arrojaba todavía en llamas al cajón de arena y cómo aplastaba luego las cenizas con el pie hasta reducirlas a polvo. Cuando Snopes alzó la vista, Ratliff no se había movido. Y también ahora, durante otro instante, Ratliff creyó ver que la mandíbula se detenía.

—¿Y bien? —dijo Snopes—. ¿De qué se trata?

Ratliff sacó el segundo pagaré del bolsillo. Y entonces estuvo seguro de que la mandíbula había cesado de mascar. No se movió lo más mínimo durante el largo minuto en que el ancho rostro impenetrable permaneció suspendido como un globo sobre el sucio papel de bordes gastados, dándole vueltas entre los dedos. El rostro miró de nuevo a Ratliff sin que hubiera en él el menor signo de vida, sin respirar siquiera, como si el cuerpo al que pertenecía hubiese aprendido de algún modo a usar una y otra vez el aire inhalado.

—También quieres cobrar esto —dijo. Le devolvió el pagaré a Ratliff—. Espera aquí —añadió.

Cruzó el almacén hasta la puerta de atrás y salió. Santo cielo, pensó Ratliff. Le siguió. La figura rechoncha y desganada avanzaba bajo la luz del sol hacia la cerca del corral de la caballeriza, en la que había un portón. Ratliff vio cómo Snopes cruzaba el portón y atravesaba el corral camino del establo. Entonces una cosa negra se removió en su interior, un sofoco, un mareo, una náusea. ¡Deberían habérmelo dicho!, gritó para sus adentros. ¡Alguien debería habérmelo dicho! Luego, recordando: ¡Es verdad, lo hizo! Bookwright me lo dijo. Otro más, fueron sus palabras. Ha sido porque he estado enfermo, he aflojado el paso, y por eso no... Ya estaba otra vez junto al escritorio en el almacén. Creyó oír el ruido del tarugo mucho antes de que fuera físicamente posible, aunque al cabo de muy poco lo oyó de verdad cuando Snopes entró y se volvió, echándose a un lado; vio el tarugo tropezando con el escalón de madera y con el quicio de la puerta, la pesada figura con el mono a punto de estallar taponando la puerta, todavía mirando hacia atrás por encima del hombro, entrando ya, el tarugo rebotando y raspando el suelo hasta que se le enganchó y quedó atrapado tras una pata del mostrador, donde un niño de tres años lo hubiese liberado al instante, mientras que el idiota se limitó a tirar inútilmente del cordel y a iniciar después unos gemidos lloriqueantes, irritados al mismo tiempo que preocupados, asustados y asombrados hasta que Snopes desenganchó el tarugo de una patada. Llegaron hasta el escritorio donde estaba Ratliff: la cabeza que gesticulaba y se balanceaba, los ojos que una vez durante un instante, durante un segundo, se habían abierto para ver, se les había concedido vislumbrar el rostro de Gorgona de la injusticia primigenia que el hombre no estaba destinado a contemplar cara a cara y habían quedado para siempre vacíos y limpios de todo pensamiento, la boca babeante en la neblina de suave pelusa dorada.

—Di cómo te llamas —le pidió Snopes.

La criatura miró a Ratliff, agitando la cabeza sin descanso, babeando.

—Dilo —repitió Snopes, con gran paciencia—. Di tu nombre.

—Ike H-mope —dijo el idiota roncamente.

—Dilo otra vez.

—Ike H-mope —luego empezó a reírse, aunque casi inmediatamente dejó de ser risa y Ratliff se dio cuenta de que nunca lo había sido, tan sólo un ruido desenfrenado, sollozante, que la criatura no estaba ya capacitada para detener, que galopaba a toda velocidad, arrastrando la respiración tras de sí, como algo todavía vivo tras los cascos galopantes de una fiesta cosaca, los ojos inmóviles y sin visión sobre la boca redonda.

—Calla —dijo Snopes—. Calla.

Finalmente cogió al idiota por el hombro, zarandeándolo hasta que el ruido empezó a disminuir, hasta perderse entre borboteos y gorgoteos. Snopes le condujo hacia la puerta, empujándolo, el otro moviéndose obediente, mirando hacia atrás por encima del hombro al tarugo con las dos latas de rapé que se arrastraba al final del sucio cordel, tarugo que estuvo a punto de engancharse de nuevo detrás de la misma pata del mostrador, aunque esta vez Snopes lo liberó de una patada antes de que se detuviera. La maciza figura —la cabeza mirando hacia atrás con la boca colgante y las puntiagudas orejas de fauno, el mono que casi estallaba sobre las caderas increíblemente femeninas— tapó de nuevo la puerta y desapareció. Snopes cerró tras él y volvió al escritorio. Escupió de nuevo en el cajón de arena.

—Ése era Isaac Snopes —dijo—. Soy su tutor. ¿Quieres ver los papeles?

Ratliff no respondió. Contempló el pagaré, que había dejado sobre el escritorio al volver de la puerta, con la misma expresión apenas marcada, tranquila, burlona, que apareciera en su rostro cuando contemplaba la taza de café en el restaurante cuatro días atrás. Recogió el pagaré, aunque sin mirar todavía a Snopes.

—De manera que si le pago los diez dólares yo mismo, te harás cargo del dinero como tutor suyo. Y si te cobro los diez dólares tendrás de nuevo el pagaré y podrás venderlo. Con lo que serían ya tres las veces que ha sido cobrado. Vaya, vaya —sacó otra cerilla del bolsillo y se la ofreció a Snopes, junto con el pagaré—. Una vez te oí decir que nunca habías quemado dinero. Aquí tienes tu oportunidad de ver qué es lo que se siente.

Contempló cómo ardía también el segundo pagaré y cómo revoloteaba, aún encendido, hasta la arena manchada del cajón, convirtiéndose en cenizas que desaparecieron a su vez bajo la presión del zapato.

Ratliff descendió los escalones, de nuevo bajo el resplandor del mediodía sobre el tranquilo polvo y los hoyos de la carretera; de hecho no habían transcurrido siquiera diez minutos. Sólo que, gracias a Dios, los hombres han aprendido cómo olvidar en seguida lo que no tienen valor suficiente para tratar de remediar, se dijo a sí mismo mientras caminaba. La carretera vacía brillaba como un espejismo con el claroscuro primaveral del polen suspendido en el aire. Sí, pensó Ratliff, supongo que estaba más enfermo de lo que creía. Porque se me escapó, se me escapó por completo. O tal vez

cuando haya comido me sienta mejor. Sin embargo, ya a solas en el comedor donde la señora Littlejohn había servido un plato para él, no fue capaz de comer. Sintió cómo lo que había creído apetito se desvanecía progresivamente con cada bocado, que le resultaba tan denso e insípido como si estuviera comiendo tierra. De manera que terminó por apartar el plato y sobre la mesa contó los cinco dólares de beneficio que había sacado en limpio: los treinta y siete cincuenta que recibiría por las cabras, menos los doce cincuenta que le había costado el contrato y los veinte del primer pagaré. Con un trozo de lápiz mordido calculó los tres años de intereses del pagaré, además del principal (los diez dólares habrían sido su comisión por la máquina de coser, así que no eran en realidad una pérdida) y añadió a los cinco dólares los otros billetes y monedas: los billetes raídos, las monedas desgastadas, los últimos centavos. La señora Littlejohn estaba en la cocina, ya que ella misma preparaba las comidas que servía y fregaba también los platos, además de cuidarse de las habitaciones que ocupaban quienes consumían sus alimentos. Ratliff puso el dinero en la mesa, junto al fregadero.

—Ese..., cómo se llama, Ike. Isaac. Me han dicho que usted le da de comer. No necesita dinero. Pero quizá...

—Sí —dijo ella. Se secó las manos en el delantal, cogió el dinero, dobló cuidadosamente los billetes alrededor de las monedas y se quedó quieta. No contó cuánto era—. Se lo guardaré. No te preocupes. ¿Vuelves ahora a la ciudad?

—Sí —dijo—. Tengo mucho que hacer. No hay manera de saber cuándo me tropezaré de nuevo con otro joven decidido y hambriento que no conozca otro sistema para conseguir dinero que cortar un trozo de carne —se dio la vuelta, luego se detuvo sin girar del todo para mirarla, con la misma leve expresión burlona en el rostro, aunque ahora su cara sonriese, sardónica, humorística—. Hay un recado que me gustaría dar a Will Varner. Pero no tiene mucha importancia.

—Yo se lo daré —dijo la señora Littlejohn—. Lo recordaré si no es demasiado largo.

—No tiene importancia —dijo Ratliff—. Pero si se acuerda, dígame que según Ratliff todavía está por probarse. Él sabe de qué se trata.

—Procuraré acordarme —dijo ella.

Ratliff se dirigió hacia la calesa y montó en ella. Ahora no necesitaría el abrigo, y la próxima vez ni siquiera tendría que llevarlo consigo. La carretera empezó a deslizarse bajo las oscilantes pezuñas de aquellos jacos suyos tan resistentes como madera de nogal. Nunca llegué lo bastante lejos, pensó Ratliff. Abandoné demasiado pronto. Me quedé en que un Snopes incendiaría el granero de otro Snopes y que los dos lo sabían, y eso era cierto. Pero no pasé de ahí. Nunca seguí adelante hasta llegar al momento en que ese primer Snopes se daría la vuelta para apagar el fuego y poner pleito al segundo Snopes con motivo de la recompensa, cosa que también los dos sabían perfectamente.

Los que ahora contemplaban al dependiente no veían ya el insignificante desahucio de un herrero, sino la usurpación de una herencia. A la siguiente cosecha de algodón el dependiente no sólo presidió en la balanza de la desmotadera, sino que cuando se produjo el ajuste anual de cuentas entre Varner y sus arrendatarios y deudores, el mismo Will Varner tampoco estuvo presente. Fue Snopes quien hizo lo que Varner nunca había permitido hacer siquiera a su hijo: sentarse solo ante el escritorio con el dinero de las cosechas vendidas y los libros de contabilidad delante, hacer las sumas y las restas y repartir a cada arrendatario su parte del dinero que quedaba, con uno o dos entre ellos rechazando sus cifras, como lo hicieran la primera vez que Snopes puso los pies en el almacén, quizá por principio, sin que el dependiente los escuchara siquiera, esperando simplemente con su camisa blanca manchada y su corbata diminuta, con el tabaco de mascar que escupía regularmente y los ojos opacos e inmóviles que los otros nunca sabían si les estaban mirando o no, hasta que terminaban, hasta que se detenían, para, a continuación, sin decir una sola palabra, tomar lápiz y papel y demostrarles que estaban equivocados. Ahora no era Jody Varner quien llegaba sin prisas al almacén, daba órdenes e instrucciones al dependiente y le dejaba que las llevase a cabo; era el ex dependiente quien entraba en el almacén, subiendo los escalones y agitando la cabeza en dirección a los ocupantes del porche exactamente como lo habría hecho el mismo Will Varner, y penetraba luego en el interior, de donde surgía en seguida el sonido de su voz, hablando con desapasionada brevedad al hombre extraordinariamente irritado y desconcertado que había sido antes su patrono y que aún daba la sensación de no saber exactamente lo que le había sucedido. Luego Snopes desapareció, para no vérselo ya más durante el resto del día, porque el viejo y gordo caballo blanco de Will Varner tenía ahora un compañero, el roano en el que Jody solía montar, y se les podía ver, uno al lado del otro, atados a la misma cerca mientras Varner y Snopes examinaban cultivos de algodón o de maíz o rebaños o límites de tierras, Varner contento como unas pascuas y tan astuto y sin entrañas como un recaudador de impuestos, holgazán y activo y rabelesiano; el otro mascando tabaco sin interrupción, las manos en los bolsillos de sus impresentables pantalones grises con rodilleras, lanzando de vez en cuando sus contemplativos escupitajos de color chocolate tan certeros como balas. Una mañana llegó a la aldea con una maleta nueva de mimbre. Por la noche la llevó a casa de Varner. Un mes más tarde Varner compró un nuevo coche ligero de aspecto deportivo, con brillantes ruedas rojas y un quitasol con flecos, que —con el gordo caballo blanco y el gran roano luciendo nuevos arreos con remates de latón y las ruedas convertidas en brillantes manchas de color bermellón desprovistas de radios— recorrían de la mañana a la tarde caminos vecinales y sendas, mientras Varner y

Snopes iban sentados uno al lado del otro en sorprendente paradoja sobre una veloz nube de polvo, en una atmósfera constante e invencible de expedición recreativa. Y una tarde de aquel mismo verano, Ratliff se presentó de nuevo en el almacén, en cuyo porche encontró un rostro que tardó unos instantes en reconocer, porque sólo le había visto en una ocasión y de eso hacía ya dos años; pero casi inmediatamente cayó en la cuenta, porque dijo:

—¿Qué tal? ¿La máquina de coser sigue funcionando bien? —y se quedó mirando con expresión perfectamente cordial y absolutamente impenetrable el rostro violento y huraño con una sola ceja, mientras pensaba: *¿Zorro?, ¿gato montés?, ah, sí, visión.*^[6]

—¿Qué tal? —dijo el otro—. ¿Por qué no? ¿No es usted el que asegura que sólo vende máquinas que funcionan bien?

—Claro —dijo Ratliff, siempre cordial, impenetrable. Se apeó de la calesa, ató los caballos a un poste del porche y subió los escalones hasta situarse entre los cuatro hombres sentados o acucillados en torno a la puerta del almacén—. Aunque creo que yo no lo diría de esa manera. Yo diría que las personas que se llaman Snopes sólo compran las máquinas que funcionan bien.

Entonces oyó el caballo, volvió la cabeza y lo vio acercándose de prisa, el espléndido perro corriendo con agilidad y fuerza a su lado, mientras Houston detenía al caballo y desmontaba al mismo tiempo, dejaba caer las riendas sobre la cabeza del animal, como hacen los jinetes del oeste, y subía los escalones para detenerse delante del poste contra el que Mink Snopes estaba acucillado.

—Supongo que sabe dónde está el añojo —dijo Houston.

—Me lo imagino —respondió Snopes.

—De acuerdo —dijo Houston. No temblaba ni manifestaba mayor tensión que un cartucho de dinamita. Ni siquiera alzó la voz—. Se lo advertí. Conoce usted la ley de este país. Todo el mundo tiene que encerrar su ganado una vez hecha la siembra o atenerse a las consecuencias.

—Contaba con que tuviera usted cercas para impedir el paso a un añojo —dijo Snopes. Acto seguido los dos se maldijeron con violencia y brevedad, pero sin hacer hincapié, como puñetazos o disparos de pistola, los dos hablando al mismo tiempo y sin moverse, el uno todavía de pie en el centro de los escalones y el otro aún acucillado contra el poste—. Pruebe con un rifle —dijo Snopes—. Quizá con eso mantenga a raya al añojo.

Luego Houston entró en el almacén y los que estaban en el porche siguieron tranquilamente sentados o acucillados, el individuo de la ceja única no menos tranquilamente que los demás, hasta que Houston salió de nuevo, cruzó entre ellos sin mirar a nadie, montó a caballo y se alejó al galope, con el perro siguiéndole de nuevo, robusto, con la cabeza alta, infatigable; poco después Snopes se levantó también y se alejó a pie por la carretera. A continuación otro de los presentes se inclinó y escupió cuidadosamente en el polvo, y Ratliff dijo:

—No entiendo muy bien eso de la cerca. Deduzco que se trata del añojo de Snopes en el campo de Houston.

—Eso es —dijo el hombre que había escupido—. Mink vive en una parcela de lo que antes era tierra de Houston y ahora pertenece a Will Varner. Es decir, Varner ejecutó la hipoteca hace cosa de un año.

—Vamos, que Houston le debía el dinero a Will Varner —aclaró otro de los presentes—. Era de las cercas en esa tierra de lo que se hablaba.

—Entiendo —dijo Ratliff—. Un simple comentario para pasar el rato. Perfectamente superfluo.

—No es la pérdida de la tierra lo que parece irritar a Houston —dijo un tercero—. Aunque es cierto que se enoja con facilidad.

—Entiendo —dijo Ratliff de nuevo—. Le irrita lo que le ha sucedido a la tierra desde entonces, por lo que parece. O a quién se la ha arrendado el tío Will. Así que Flem todavía tiene algunos primos más. Sólo que éste parece ser un tipo diferente de Snopes, de la misma manera que un mocasín de agua es un tipo diferente de serpiente venenosa —así que aquélla no fue la última vez; este sujeto va a seguir creándole problemas a su primo, pensó. Pero no lo dijo, sino que se limitó a añadir, perfectamente cordial, tranquilo, inescrutable—: Me pregunto dónde estarán ahora tío Will y su socio. Todavía no me he aprendido el recorrido tan bien como vosotros, muchachos.

—Esta mañana pasé junto a los dos caballos y el coche, atados a la cerca del Viejo Francés —dijo el cuarto hombre. También él se inclinó para escupir cuidadosamente por encima de la barandilla. Luego añadió, como si se tratara de una ocurrencia tardía y sin importancia—: Flem Snopes estaba sentado en el barril de harina.

SEGUNDO LIBRO

Eula

Capítulo uno

Cuando Flem Snopes se convirtió en el dependiente del almacén de su padre, Eula Varner no había cumplido aún los trece años. Era la última de los dieciséis hijos del matrimonio, la benjamina, aunque igualara y aventajara a su madre en estatura en el décimo año de su edad. Ahora, aunque todavía no hubiese cumplido los trece, era más alta que la mayoría de las mujeres adultas, y ni siquiera sus pechos eran ya los pequeños conos, elásticos y furiosamente puntiagudos, de la pubertad o incluso de la doncelléz. Todo su aspecto, por el contrario, sugería alguna simbología sacada de los antiguos tiempos dionisiacos: miel bañada por la luz del sol y uvas a punto de estallar, la retorcida sangría de la vid ya fecunda pisoteada por la pezuña dura y rapaz de la cabra. No parecía ser una entidad viva de la escena contemporánea, sino existir más bien en un prolífico vacío en el que sus días se sucedían como tras un cristal a prueba de ruidos, y desde donde Eula parecía presenciar en indolente perplejidad, con una hastiada sabiduría heredada de incontables generaciones de madurez mamal, el crecimiento de sus propios órganos.

Al igual que su padre, Eula era incorregiblemente perezosa, aunque lo que en él era alegre ociosidad en constantes estallidos, se convertía para ella en una capacidad de resistencia fuera de lo normal e incluso despiadada. Simplemente, no se movía en absoluto por voluntad propia, excepto para sentarse a la mesa y abandonarla luego y para acostarse y levantarse. Tardó más de lo corriente en aprender a andar. Tuvo el primer y único cochecito de niño que se había visto en toda la zona, un artefacto engorroso y caro, casi tan grande como un pequeño carruaje. Siguió utilizándolo hasta mucho después de haber crecido demasiado para estirar bien las piernas. Cuando llegó a la fase en que casi era necesario el vigor de un adulto para sacarla del cochecito, sólo renunció a él a viva fuerza. Entonces empezó a utilizar las sillas. Y no es que insistiera en que la llevaran cuando quería ir a algún sitio. Era más bien como si, incluso desde muy niña, hubiese sabido ya que no había ningún sitio donde quisiera ir, que no existía nada nuevo u original al término de cualquier movimiento, que todos los sitios eran iguales en todas partes. Hasta los cinco y seis años, cuando tenía que salir porque su madre se negaba a dejarla en casa mientras ella estaba ausente, era el criado negro quien se encargaba de transportarla. Se les podía ver a los tres avanzando por la carretera: la señora Varner con su vestido de los domingos y su chal, seguida del criado negro que se tambaleaba ligeramente bajo su larga y colgante carga, indiscutiblemente femenina ya, como si se tratara del rapto de una sabina con el extraño aditamento de su dama de compañía.

Eula tuvo las muñecas habituales. Las colocaba en sillas alrededor de la que ella ocupaba, y así se quedaban, ninguna con más apariéncia de vida que las demás. Finalmente, su padre hizo que el herrero le fabricase en miniatura el cochecito de

niño en el que había pasado los tres primeros años de su vida. Era tosco y además pesado, pero se trataba del único cochecito para muñecas que alguien había visto o incluso del que alguien había oído hablar en aquella región. Eula metía dentro todas las muñecas y se sentaba en una silla a su lado. Al principio llegaron a la conclusión de que se trataba de retraso mental, de que la niña, simplemente, no había alcanzado aún el estadio maternal de madurez femenina en miniatura, aunque pronto descubrieron que su indiferencia hacia el juguete obedecía a que ella tenía que moverse para mantenerlo en movimiento.

Creció desde la primera niñez hasta la edad de ocho años en sillas, trasladándose de una a otra por la casa a medida que las exigencias del barrido y limpieza domésticos y de la ingestión de las comidas la forzaban a levantar el campo. Ante la insistencia de su mujer, Varner siguió haciendo que el herrero fabricase utensilios domésticos en miniatura —pequeñas escobas y bayetas, una cocinita de verdad—, con la esperanza de convertir en deporte, en juego útil, todo aquello que por separado o en conjunto no tenía al parecer para Eula más valor que la taza de té frío para el viejo borracho. No tuvo compañeras de juego ni amiga inseparable. No las quería. Nunca estableció una de esas violentas intimidades, a veces de vida muy corta, en la que dos niñas crean un secreto reducto fortificado contra sus coetáneos varones y también contra el mundo de los adultos. Eula no hacía nada. Podría perfectamente seguir en estado fetal. Era como si sólo hubiera nacido la mitad de ella, como si mente y cuerpo se hubieran separado completamente o se hubieran confundido de forma irremediable; como si sólo una de las dos cosas hubiese salido a la luz o no lo hubiera hecho acompañada de la otra, sino más bien embarazada de ella.

—Quizá se esté preparando para llegar a marimacho —dijo su padre.

—¿Cuándo? —respondió Jody: un chispazo, un resplandor, aunque nacido de la cólera más exacerbada—. Al paso que va no habrá ni una sola bellota de las que caigan al suelo en los próximos cincuenta años que no tenga tiempo de hacerse árbol y pudrirse y de que la quemem como leña, antes de que a mi hermana se le ocurra trepar por sus ramas.

Cuando cumplió ocho años su hermano decidió que fuese a la escuela. Sus padres habían tenido la intención de que comenzara en algún momento, quizá sobre todo porque Will Varner era, con el título puramente nominal de fideicomisario, el principal apoyo y árbitro de la existencia de la escuela. Se trataba, de hecho, según lo entendían los demás padres de la zona, de otra de las empresas Varner, y antes o después Will habría insistido en que su hija acudiera a la escuela, por lo menos durante una temporada, de la misma manera que habría insistido en cobrar los últimos centavos al hacer un cálculo de intereses. A la señora Varner no le importaba demasiado que su hija fuese o dejase de ir a la escuela. Era una de las mejores amas de casa del condado y la fatiga no existía para ella. Encontraba verdadero placer físico, placer que no tenía nada que ver con la simple satisfacción de la economía doméstica y la previsión, en el rito de guardar las sábanas planchadas y en el

espectáculo de las estanterías llenas, de las bodegas rebosantes de patatas y de las vigas festoneadas de los ahumaderos. No leía, aunque en la época de su matrimonio sí había sido capaz de leer un poco. Pero ya entonces no practicaba mucho y durante los últimos cuarenta años incluso había perdido el hábito, prefiriendo enfrentarse cara a cara con el aliento vivo de los acontecimientos, tanto reales como novelescos, y ser capaz de comentarlos y hacer consideraciones morales. De manera que no veía la necesidad de que las mujeres supieran leer y escribir. Estaba convencida de que la adecuada combinación de ingredientes en las comidas no se encontraba en ninguna página impresa, sino en el discernimiento de la cuchara que remueve, y que el ama de casa que necesitaba esperar a haber ido a la escuela para saber el dinero que le quedaba después de restar lo que se había gastado, nunca sería un ama de casa.

Fue el hermano de Eula, Jody, quien se presentó casi con violencia como defensor de la erudición en el octavo verano de la niña y quien tres meses más tarde llegó a lamentarlo amargamente. No lamentó que hubiera sido él mismo quien insistiera en que su hermana fuese a la escuela. Lo que lamentó fue estar todavía convencido y saber que seguiría convencido de la necesidad de aquello por lo que tenía que pagar un precio tan elevado. Porque su hermana se negó a ir andando a la escuela. No se oponía a asistir a las clases, a estar en la escuela; tan sólo se negaba a ir andando. No estaba lejos. A menos de un kilómetro desde la casa de los Varner. Sin embargo, durante los cinco años en que acudió a la escuela (que si se hubieran traducido en horas de acuerdo con los resultados conseguidos mientras estuvo allí no habrían sumado meses ni semanas, sino escasamente días) lo hizo a caballo, tanto para ir como para volver. Mientras otros niños que vivían a una distancia tres, cuatro y hasta cinco veces superior se trasladaban a pie, hiciera el tiempo que hiciese, Eula iba a caballo. Sencillamente se negó a andar; sin perder la calma, pero en redondo. No recurrió a las lágrimas y ni siquiera contraatacó con recursos afectivos y menos aún con resistencia física. Sencillamente se sentó, con lo que, gracias a su pura inmovilidad, sin que existiera al parecer ningún proceso mental, emanaba de ella una irritante perversidad autosuficiente como la de una díscola potranca de pura raza demasiado joven aún para ser particularmente valiosa, aunque sí llegaría a serlo al cabo de un año más o menos, y que por esa razón su encolerizado y atormentado dueño no se atreviera a fustigar. Su padre se lavó las manos de inmediato en aquel asunto de forma muy característica.

—Déjala entonces que se quede —comentó con su mujer—. Tampoco aquí va a mover un dedo, pero por lo menos tal vez aprenda algo del cuidado de la casa al tener que trasladarse de silla en silla para quitarse de en medio. En cualquier caso, todo lo que queremos es evitar que tenga problemas hasta que sea lo bastante mayor para dormir con un hombre sin que nos metan a él y a mí en la cárcel. Luego podrás casarla. Y quizá hasta encuentres un marido capaz de impedir que Jody termine en el asilo. Entonces les daremos la casa, el almacén y todo lo demás, y tú y yo nos iremos a esa feria mundial que según dicen van a celebrar en Saint Louis, y si nos gusta te

juro que compraremos una tienda de campaña y nos instalaremos allí.

Pero Jody insistió en que su hermana fuese a la escuela. Eula volvió a negarse a ir andando, sentándose indolente y femenina, blanda e inamovible, sin pensar siquiera y al parecer incluso sin escuchar, mientras la batalla entre su madre y hermano se encrespaba por encima de su serena cabeza. De manera que al final, el negro que solía llevarla en brazos cuando su madre iba de visita, enganchaba el birlocho de la familia y hacía con ella el trayecto de menos de un kilómetro hasta la escuela, y también la esperaba con el coche a mediodía y a las tres, cuando terminaban las clases. Esto duró unas dos semanas. La señora Varner acabó con ello porque suponía un gasto desproporcionado, como lo sería calentar un caldero de ochenta litros para preparar un cuenco de sopa. Acto seguido lanzó un ultimátum: si Jody quería que su hermana fuese a la escuela, tendría que responsabilizarse él de su transporte. Sugirió que como en cualquier caso él utilizaba el caballo todos los días para ir y venir del almacén, podría llevar y traer a Eula a la grupa. Ella seguía sentada, sin pensar ni escuchar, mientras todo esto rugía y se agitaba hasta llegar a la típica situación de punto muerto; y siguió sentada por las mañanas en el porche delantero, con el talego de hule para los libros que le habían comprado, hasta que su hermano se presentaba a caballo junto al ángulo del porche y lanzaba un gruñido para que se acercara y subiese a la grupa. Jody la llevaba a la escuela, volvía a buscarla a las doce, la llevaba de nuevo y la estaba esperando cuando terminaban las clases por la tarde. Este arreglo duró casi un mes. Luego Jody decidió que Eula tendría que recorrer andando los doscientos metros que separaban la escuela del almacén y reunirse allí con él. Para sorpresa suya, la niña aceptó sin protestar. Aquello duró exactamente dos días. La segunda tarde el hermano la devolvió al hogar a paso de carga, para luego irrumpir en la casa y detenerse delante de su madre en el vestíbulo, temblando de indignación y escandalizado, y empezar a gritar:

—¡Ahora se explica que accediera tan pronto y tan fácilmente a ir andando al almacén para reunirse conmigo! —exclamó—. ¡Si pudieras arreglarlo para colocar a un hombre cada treinta metros a lo largo de la calle, haría andando todo el camino hasta casa! ¡Es igual que una perra! En cuanto pasa junto a cualquier cosa que lleva pantalones largos empieza a despedir algo. ¡Se huele! ¡Se huele a tres metros de distancia!

—Tonterías —dijo la señora Varner—. Además, a mí no me vengas con eso. Tú insististe en que tenía que ir a la escuela, no yo. He criado otras ocho hijas y pensaba que habían salido bastante bien. Pero estoy dispuesta a aceptar que tal vez un soltero de veintisiete años sepa más que yo acerca de mis hijas. Cuando quieras que Eula deje de ir a la escuela no creo que ni tu padre ni yo pongamos objeciones. ¿Me has traído la canela?

—No —dijo Jody—. Se me ha olvidado.

—Procura acordarte esta noche. Me hace falta ya.

De manera que Eula no volvió a empezar en el almacén el trayecto de vuelta a la

casa. Su hermano iba a esperarla a la escuela. Hacía ya casi cinco años que este espectáculo formaba parte integral de la vida de la aldea cuatro veces al día y cinco días por semana; el caballo roano que transportaba al hombre furioso y presa de agitación y a la muchachita en la que, incluso a los nueve, a los diez y a los once años, había demasiado de todo: demasiada pierna, demasiado pecho, demasiada nalga; demasiada carne femenina y mamal que, unida a la bolsa de hule de mal gusto que era evidentemente un receptáculo para libros de texto de primera enseñanza, constituía una burla de la idea misma de la educación y una paradoja viviente. Incluso mientras iba sentada detrás de su hermano en el caballo, la criatura que habitaba aquella carne parecía llevar dos vidas separadas y distintas, como sucede con los niños de pecho en el momento de mamar. Había una Eula Varner que proporcionaba sangre y alimento a las nalgas y a las piernas y a los pechos; y había otra Eula Varner que simplemente habitaba aquellas partes de su cuerpo y que iba donde iban ellas porque era menos trabajoso hacerlo así, que se sentía cómoda en ellas, pero que no tenía la más mínima intención de tomar parte en sus acciones, como nos sucede cuando estamos en una casa que no hemos planeado, pero donde los muebles ya están instalados y se ha pagado el alquiler. La primera mañana Varner había puesto el caballo a un trote rápido, para acabar cuanto antes, pero casi al instante sintió detrás el cuerpo entero de su hermana, cuerpo que incluso inmóvil en una silla parecía manifestar un horror invencible a las líneas rectas, y que restregaba contra su espalda las curvas desprovistas de huesos que lo componían. Jody tuvo una visión de sí mismo transportando, no sólo a través del horizonte de la aldea, sino, como el mismo sol, de todo el proscenio del mundo habitado, un caleidoscópico laberinto de elipses mamarias. De manera que puso el caballo al paso. No le quedaba otro remedio, con su hermana agarrada a la cruz de sus tirantes o a la espalda de su chaqueta con una mano y sujetando la bolsa de los libros en la otra. Y así pasaban frente al almacén donde estaba sentado o acucillado el usual contingente de espectadores, para dejar luego atrás el porche de la señora Littlejohn donde había de ordinario algún viajante de comercio o tratante de ganado —y ahora Varner creía, estaba convencido de que sabía por qué se encontraban allí, la verdadera razón de que hubieran hecho treinta kilómetros desde Jefferson— y llegar por fin a la escuela, donde los otros niños y niñas, con monos y con vestidos de percal y la mitad de las veces con zapatos desechados por los adultos en el caso de que llevaran algún tipo de calzado, se congregaban ya después de haber recorrido una distancia tres, cuatro o cinco veces superior a la que hacían ellos. Eula se apeaba del caballo deslizándose y su hermano permanecía quieto un momento más, en efervescencia, contemplando la espalda que ya usaba las caderas para andar como lo hacen las mujeres, y cavilaba con frenética impotencia sobre si llamar inmediatamente al maestro para que saliera de la escuela y tener una explicación con él, advertirle o amenazarle o hasta hacer uso de los puños, o por el contrario esperar hasta que sucediera lo que él, Varner, estaba convencido de que acabaría sucediendo. A la una repetían el mismo trayecto y a las doce y a las tres

lo hacían en dirección contraria, con Varner avanzando un centenar de metros por la carretera hasta donde se hallaba un árbol cortado, escondido en un matorral. El criado negro lo había derribado una noche mientras Jody sostenía la linterna montado a caballo; Varner se colocaba junto al tronco, repitiendo ferozmente a partir de la tercera vez que Eula se subió desde allí:

—Maldita sea, ¿es que no te puedes montar sin dar la impresión de que el caballo tiene seis metros de alto?

Jody decidió incluso en una ocasión que Eula no debía montar más a horcajadas. Esto duró un día, hasta que se le ocurrió mirar de lado y luego detrás y vio la increíble longitud de pierna balanceante atrozmente curvilínea y la zona de cadera descubierta entre el vestido y el final de la media con aire de estar tan profunda y gigantescamente desnuda como la cúpula de un observatorio. Y saber que Eula no enseñaba la pierna deliberadamente sólo servía para intensificar su indignación. Jody sabía que a Eula le tenía sin cuidado, que sin duda no sabía siquiera que estuviese enseñándola y que si lo hubiera sabido, no se habría tomado la molestia de cubrirla. Sabía incluso que Eula se sentaba en el caballo en movimiento exactamente como lo haría en una silla de su casa, o, eso él también lo sabía, como lo haría dentro de la misma escuela, de manera que Jody se preguntaba a veces en su colérica impotencia cómo nalgas sometidas de manera tan constante al impacto de tanto peso, que además iba en aumento uniformemente, podían, en el simple acto de andar, dar la impresión de pregonar en voz alta aquella espléndida y fluida suavidad debilitadora de la mente y de la voluntad; sentada, incluso con el caballo en movimiento, en una actitud secreta ni siquiera malhumorada, absorta en aquello, fuera lo que fuese, que nada tenía que ver en absoluto con el cuerpo, con la carne; emanando aquella escandalosa facultad de ser, de existir, exterior a la ropa que llevaba y que, además de no poder evitar, no le preocupaba en absoluto.

Eula asistió a la escuela desde los ocho años hasta poco después de las navidades del curso en que cumplió los catorce. Lo habría completado sin duda y es muy probable que también el siguiente o los dos siguientes, sin por supuesto aprender nada, de no ser porque en enero se cerró la escuela. Se cerró porque desapareció el maestro. Desapareció de la noche a la mañana, sin decir ni una palabra a nadie. No cobró su sueldo pendiente ni se llevó sus escasos y monásticos efectos personales de la habitación adosada y sin fuego que tenía alquilada y en la que vivió por espacio de seis años.

Se llamaba Labove. Procedía del condado vecino, donde Willy Varner en persona le había descubierto por pura casualidad. El maestro de entonces era un anciano, borrachín por naturaleza, que aún se había visto más empujado a los excesos alcohólicos por la insubordinación de sus alumnos. Las chicas no sentían respeto ni por sus ideas e información ni por su habilidad para transmitir las; los chicos le consideraban incapaz no de enseñarles, sino de hacerles obedecer y comportarse o incluso de conseguir que le trataran con educación: una situación que desde mucho

tiempo atrás había superado la etapa de simple motín para convertirse en una especie de bárbaro espectáculo un tanto bucólico, como atormentar a un oso sarnoso y desdentado.

De manera que todo el mundo, incluido el mismo maestro, sabía que no estaría allí al comenzar el siguiente período académico. Pero a nadie le importaba especialmente que la escuela funcionase o no al otro año. Los habitantes eran sus propietarios. Ellos habían construido la escuela, pagaban al maestro y mandaban a sus hijos cuando no tenían trabajo para ellos en casa, de manera que únicamente se daban clases entre la época de la cosecha y la de la siembra: desde mediados de octubre hasta marzo. Aún no se había hecho nada para reemplazar al maestro cuando un día durante el verano Varner hizo un viaje de negocios al condado vecino, le sorprendió la noche y le invitaron a dormir en una sombría cabaña con suelo de troncos cortados en dos en una pequeña granja improductiva de las colinas. Al entrar en la casa vio, sentada junto a la apagada chimenea, y chupando una infecta pipa de arcilla, a una mujer increíblemente vieja con unos zapatos masculinos de aspecto recio, ligeramente heterodoxos o incluso un poco grotescos en apariencia. Pero Varner no les prestó mucha atención hasta que oyó detrás el ruido de unos pies pesadamente arrastrados y al volverse vio una niña como de diez años, con un vestido raído de tela estampada de algodón pero muy limpio y un par de zapatos exactamente iguales a los de la anciana; quizá un poco más grandes todavía. Antes de marcharse a la mañana siguiente, Varner había visto tres pares más de los mismos zapatos, y para entonces había descubierto que no se parecían a ningún otro zapato que hubiese visto o incluso oído hablar jamás.

—¿Cómo? —dijo Varner—. ¿Botas de fútbol?

—Es un juego —respondió Labove—. Lo juegan en la universidad —explicó en qué consistía.

Era el hijo mayor. No vivía en la casa en aquel momento; trabajaba en una serrería para poder volver a la universidad, donde había estudiado durante un verano y luego la mitad de un trimestre en el otoño. Fue entonces cuando la universidad jugó el partido del que procedían las botas. El hijo había querido estudiar para ser maestro de escuela, o por lo menos eso dijo cuando se marchó a la universidad por primera vez. Es decir, quería ir a la universidad. A su padre no le pareció que aquello tuviera sentido. La granja estaba libre de deudas, algún día sería suya y siempre había producido lo suficiente para vivir. Pero el hijo insistió. Trabajaría en serrerías y sitios parecidos y ahorraría lo bastante para ir en el verano a la universidad y estudiar para maestro, ya que durante el verano no enseñaban otra cosa. Incluso volvería a casa a final de verano a tiempo para ayudar en la recolección. De manera que ganó el dinero —«Haciendo un trabajo más duro que la agricultura», explicó Labove, el padre. «Pero ya tenía casi veintiún años. No habría podido impedirselo aunque hubiese querido.»— y se matriculó en el curso de verano, que duraría ocho semanas y, por tanto, le permitiría estar de vuelta en casa en agosto, pero no fue así. Cuando llegó

septiembre no había regresado aún. No sabían con seguridad dónde se hallaba, aunque estaban, más que preocupados, enfadados, disgustados, incluso un poco ofendidos porque les hubiera abandonado cuando aún quedaba pendiente el trabajo de la recolección: cosechar y desmotar el algodón, recoger y almacenar el maíz. A mediados de septiembre llegó la carta. Iba a quedarse más tiempo en la universidad, todo el otoño. Estaba trabajando allí; tendrían que hacer la recolección sin él. No explicaba qué tipo de empleo había conseguido, pero el padre dio por sentado que se trataba de otra serrería, puesto que nunca habría relacionado con el estudio ningún tipo de ocupación que proporcionara ingresos; ya no supieron nada de él hasta octubre, cuando llegó el primer paquete, que contenía dos pares de curiosas botas con tacos en las suelas. El tercer par llegó a principios de noviembre. Los dos últimos se recibieron inmediatamente después del día de acción de gracias, lo que hacía un total de cinco pares aunque eran siete en la familia. De manera que todos usaban las botas indiscriminadamente, calzándoselas cuando encontraban un par disponible, como si fueran paraguas, cuatro pares en realidad, explicó Labove. La anciana (abuela del jefe de la familia) se había apropiado el primer par que salió del paquete de correos y no permitía que nadie se lo pusiera. Parecía que le gustaba el ruido que hacían los tacos contra el suelo cuando ella se sentaba en una silla y se balanceaba. Pero aún quedaban otros cuatro pares. De manera que ahora sus hijos podían ir calzados a la escuela, quitándose las botas cuando volvían a casa para que las usara quien tuviera que salir. En enero regresó el hijo mayor. Les habló de los partidos. Había estado jugando al fútbol durante el otoño. Le habían dejado quedarse todo el trimestre a condición de que jugase en el equipo. Y a los jugadores les daban botas gratis.

—¿Cómo consiguió los seis pares? —preguntó Varner.

Labove, el padre, no estaba al tanto de eso.

—Quizá tuvieran un montón de botas disponibles ese año —dijo.

En la universidad también habían dado un suéter a su hijo, un estupendo suéter azul marino, grueso y cálido, con una gran «M» roja en el pecho. La bisabuela también se había quedado con él, aunque le estaba demasiado grande. Se lo ponía los domingos, invierno y verano, para ir sentada junto a su nieto en la carreta camino de la iglesia los días luminosos, con el espaldarazo carmesí del color del valor y de la fortaleza gallardamente al sol, o en los días desapacibles, extendido y quieto, pero todavía carmesí, todavía garboso, sobre su pecho y estómago hundidos mientras se balanceaba sentada en la mecedora chupando la pipa apagada.

—Así que eso es lo que está haciendo ahora —dijo Varner—. Jugar al fútbol.

No, le dijo el padre. Ahora estaba en la serrería. Había hecho el cálculo de que si trabajaba en lugar de asistir al curso de verano, podría ahorrar el dinero suficiente para seguir en la universidad después de que terminara la temporada de fútbol, acabando así un curso completo en lugar de hacer sólo la escuela de verano, donde únicamente enseñaban a los alumnos cómo ser maestros.

—Yo creía que era eso lo que quería ser —dijo Varner.

—No —respondió Labove—. Eso era lo único que podía estudiar en el curso de verano. Supongo que se reirá usted cuando oiga esto. Dice que quiere ser gobernador.

—Claro que sí —dijo Varner.

—Se reirá usted, imagino.

—No —dijo Varner—. No me río. Gobernador. Vaya, vaya. La próxima vez que le vea, si estuviera dispuesto a retrasar el asunto de ser gobernador un año o dos para enseñar en la escuela, díglele que venga a Frenchman's Bend y hable conmigo.

Eso sucedía en julio. Tal vez Varner no esperase en realidad que Labove fuese a verle. Pero no hizo ningún esfuerzo para cubrir la vacante, asunto que indudablemente no podía habersele olvidado. Aparte de sus obligaciones como fideicomisario, tendría una hija dispuesta a empezar la escuela al cabo de un año o dos. Una tarde, a comienzos de septiembre, Will, en calcetines, estaba tumbado en la hamaca colgada en el patio entre dos árboles cuando vio acercarse a pie a un hombre que no había visto nunca, pero que reconoció al instante: un hombre verdaderamente enjuto más que delgado, de cabello negro liso y tan áspero como la cola de un caballo, prominentes pómulos indios, ojos claros, tranquilos y obstinados, la larga nariz de las ideas con las ventanas ligeramente curvas del orgullo y los labios finos de la secreta y despiadada ambición. Se trataba del rostro de un hombre de leyes, el rostro de la invencible seguridad en el poder de las palabras como principio digno de morir por él si fuese necesario. Mil años antes aquella cara hubiese sido la de un monje, la de un fanático militante que habría vuelto al mundo su intransigente espalda con verdadera alegría para pasar el resto de sus días y de sus noches, sereno y sin un momento de vacilación, luchando, no por salvar a una humanidad que nada le hubiera importado, por cuyos sufrimientos no habría sentido más que desprecio, sino contra sus furiosos y jamás dominados apetitos carnales.

—He venido a decirle que este año no puedo enseñar para usted —dijo—. No dispongo de tiempo. Ya tengo las cosas arregladas para quedarme todo el año en la universidad.

Varner no se levantó.

—Eso es este año. ¿Qué hay del año que viene?

—También he arreglado lo de la serrería. Volveré el verano próximo. O a otro sitio parecido.

—Claro —dijo Varner—. También yo he estado pensando acerca de eso. Porque la escuela de aquí no hace falta abrirla hasta el primero de noviembre. Puedes quedarte en Oxford hasta entonces y jugar a ese deporte tuyo. Luego vienes, abres la escuela y la pones en marcha. Te traes los libros de la universidad para no retrasarte en las clases y el día que tengas partido vuelves a Oxford, juegas y les das la oportunidad de que vean si te has quedado atrás o no, o si has aprendido algo o lo que sea que necesiten saber. Después vuelves a la escuela; incluso un día o dos no tienen importancia. Te proporcionaré un caballo capaz de hacer el viaje en ocho horas. No hay más que sesenta kilómetros de aquí a Oxford. Luego, cuando llegue el momento

de los exámenes de enero de que me hablaba tu papá, cierras la escuela, vuelves a la universidad y te quedas allí hasta que acabes. Y en marzo terminas la escuela aquí definitivamente y vuelves para el resto del año, hasta finales del siguiente octubre, si lo deseas. No creo que una persona que se lo proponga de verdad tenga muchas dificultades para mantenerse al nivel de la clase a sólo sesenta kilómetros de distancia. ¿Qué te parece?

Hacía ya un rato que Varner se había dado cuenta de que el otro no le veía a pesar de no haberse movido y de que seguía con los ojos abiertos. Labove permanecía completamente inmóvil, con una camisa blanca immaculada, lavada tantas veces que ahora tenía más o menos la misma consistencia de una gasa para mosquitero, con una chaqueta y unos pantalones también muy limpios que no eran parte del mismo traje y la chaqueta un poco demasiado pequeña para él, prendas que Varner sabía que eran los únicos pantalones y chaqueta que poseía y que los tenía únicamente porque creía, o le habían dado a entender, que no se podía entrar con mono en un aula de la universidad. Estaba allí, pero no envuelto en la incrédula alegría y esperanza del que despierta de un sueño, sino sumergido en la furia que le devoraba, el enjuto cuerpo moldeado no por el impacto de su entorno, sino más bien como encogido y adelgazado por lo que tenía en su interior, como un horno.

—De acuerdo —dijo—. Estaré aquí el primero de noviembre —ya había empezado a darse la vuelta.

—¿No quieres saber cuál va a ser el sueldo?

—De acuerdo —dijo Labove, deteniéndose. Varner se lo dijo; no se había movido de la hamaca, con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y luciendo los calcetines de fabricación casera.

—¿Te gusta jugar a ese deporte tuyo? —preguntó.

—No —dijo Labove.

—He oído que se parece bastante a una pelea de verdad.

—Sí —dijo Labove, de nuevo lacónico, reposado, cortés y a la espera, contemplando al flaco y astuto anciano en calcetines, tumbado e insondablemente ocioso en la hamaca, y que parecía haber dejado caer ya sobre él la maldición de su propio e invencible convencimiento de la absoluta falta de importancia de aquel o de cualquier otro momento dado, o sucesión de varios, reteniéndole allí y forzándole a consumir tiempo pensando en lo que nunca le había contado a nadie y sobre lo que no tenía intención de hablar, puesto que ya daba lo mismo. Algo que empezó justo antes de que terminara el curso de verano de un año atrás. Su intención era volver a casa al terminar las clases, como le había dicho a su padre que haría, para ayudar en la recolección. Pero exactamente antes de que terminara el curso encontró un empleo. Puede decirse que se le vino a las manos. Pasarían aún dos o tres semanas antes de que el algodón estuviera listo para recogerlo y desmotarlo, y en el sitio donde estaba instalado podría seguir hasta mediados de septiembre con muy pocos gastos adicionales. De manera que casi todo lo que ganara con el empleo serían beneficios

netos. Aceptó el trabajo. Se trataba de nivelar y construir un campo de fútbol. Por entonces no sabía lo que era un campo de fútbol ni le importaba. Para él era simplemente una oportunidad de ganar una determinada cantidad de dinero cada día y ni siquiera dejaba de manejar la pala mientras de vez en cuando reflexionaba con irónica frialdad sobre el tipo de deporte cuyo campo exigía bastantes más cuidados y gastos que la preparación de esa misma tierra para producir una cosecha rentable; de hecho, para dedicar tanto tiempo y dinero a una cosecha un agricultor habría tenido que cultivar oro por lo menos. Así que su actitud seguía siendo irónica y no de curiosidad cuando en septiembre, y antes de que estuviera terminado, el campo empezó a utilizarse y Labove descubrió que los jóvenes que lo usaban ni siquiera jugaban: tan sólo se entrenaban. Labove los contemplaba mientras lo hacían. Probablemente los miraba con más atención o por lo menos con más frecuencia de lo que él se daba cuenta y con algo en el rostro, en los ojos, que él no sabía que también estaba allí, porque una tarde uno de ellos (Labove ya había descubierto que aquel juego tenía un profesor al que pagaban por enseñarlo) le dijo:

—Crees que lo harías mejor, ¿no es cierto? De acuerdo. Ven aquí.

Aquella noche, sentado en los escalones delante de la casa del entrenador en la seca y polvorienta oscuridad de septiembre, siguió diciendo NO, calma y pacientemente.

—No voy a pedir dinero prestado sólo para jugar unos partidos —dijo.

—No vas a tener que hacerlo. ¡Eso es lo que te estoy diciendo! —le respondió el entrenador—. Se te pagará la matrícula. Puedes dormir en el ático de mi casa, dar el pienso a mi caballo y a mi vaca, ordeñarla y ocuparte de encender el fuego en las chimeneas; yo corro con tus comidas. ¿Es que no lo entiendes? —no pudo haber sido la cara porque estaban a oscuras, y Labove no creía que se le notara en la voz. Sin embargo, el entrenador dijo—: Ya veo. No te lo crees.

—No —dijo él—. No creo que nadie me dé todo eso sólo por jugar unos partidos.

—¿Por qué no lo intentas y lo compruebas? ¿Por qué no te quedas aquí y lo haces hasta que llegue alguien y te pida dinero?

—¿Podré irme cuando alguien me lo pida?

—Sí —dijo el entrenador—. Tienes mi palabra.

De manera que aquella noche escribió a su padre que no estaría en casa para ayudarles a terminar la recolección y que si necesitaban a alguien para sustituirle él mandaría dinero. Le dieron un uniforme y a la tarde siguiente, como sucediera el día anterior cuando todavía llevaba el mono con el que había estado trabajando, uno de los otros jugadores no pudo levantarse del suelo inmediatamente, y entonces le explicaron que había reglas sobre la violencia, mientras él trataba pacientemente de hacer la distinción, de entenderlo: «Pero ¿cómo voy a llevar el balón hasta aquella línea si les dejo que me sujeten y me tiren al suelo?».

Eso no lo contó. Se limitó a quedarse junto a la hamaca, con su limpia ropa desaparejada, calmoso y serio, contestando Sí o No breve y tranquilamente a las

preguntas de Varner, mientras recapitulaba lo sucedido, mientras los hechos cruzaban veloz y suavemente y sin significado por su memoria, terminados y acabados y ya a sus espaldas, sin sentido alguno, el otoño mismo deslizándose raudo, como en sueños y condensado. Labove se levantaba en el ático helado a las cuatro de la mañana, encendía el fuego en las casas de cinco profesores y regresaba para dar de comer a los animales y ordeñar a la vaca. Después iba a las clases, la ciencia y la sabiduría destiladas de todo lo que el hombre había pensado, examinadas minuciosa y críticamente, los muros cubiertos de hiedra y los cuartos monásticos impregnados de ellas, en una plenitud sin más límite que la capacidad y la sed del oyente; los entrenamientos por las tardes (pronto se le eximió en días alternos, y esas tardes las dedicaba a recoger las hojas caídas en los cinco jardines) y la preparación del carbón y la madera para los fuegos del día siguiente. Luego otra vez la vaca y después, con el abrigo que el entrenador le había dado, Labove se sentaba con los libros debajo de la lámpara en su gélida bohardilla hasta que se quedaba dormido sobre las páginas impresas. Esto lo hacía durante cinco días, hasta el momento culminante del sábado, cuando atravesaba con el trivial y despreciable balón apeedinado veloces líneas blancas sin sentido. Y, sin embargo, durante esos segundos, a pesar del desprecio, de sus arraigadas convicciones, de su dura y espartana herencia, vivía, furiosamente libre: la tierra pisoteada, los encontronazos, la respiración entrecortada y las manos codiciosas, la velocidad, el estremecedor rugido de las tribunas abarrotadas, su rostro todavía entonces con la misma expresión de irónica semiincredulidad. Y las botas. Varner le estaba mirando, las manos detrás de la cabeza.

—Las botas —dijo Varner. La verdad es que nunca creí que fuese a durar hasta el sábado siguiente, podría haber contestado Labove. Pero no lo hizo, simplemente se quedó allí, las manos inmóviles pegadas a los costados, mirando a Varner—. Imagino que siempre tenían muchos pares disponibles —dijo Varner.

—Las compraban por partidas. Siempre tenían de todos los tamaños.

—Claro —dijo Varner—. Supongo que todo lo que una persona tenía que hacer era decir que el par viejo le hacía daño o que lo había perdido.

Labove no miró en otra dirección. Permaneció tranquilamente allí, sin apartar los ojos del hombre tumbado en la hamaca.

—Sabía lo que costaban las botas. Traté de que el entrenador me dijera lo que valía un par. Para la universidad. Lo que valía hacer un tanto. Lo que valía ganar un partido.

—Entiendo. Sólo te quedabas con un par cuando ganabas. Y mandaste cinco pares a casa. ¿Cuántas veces jugaste?

—Siete —dijo Labove—. Uno de los partidos terminó en empate.

—Entiendo —dijo Varner—. Bien, supongo que querrás llegar a casa antes de que se haga de noche. Tendré listo el caballo para noviembre.

Labove abrió la escuela en la última semana de octubre. Durante esa semana terminó, gracias a sus puños, con el estado de rebelión que le había legado en

herencia su predecesor. El viernes por la noche recorrió con el caballo que Varner le había prometido los ochenta y pico kilómetros hasta Oxford, asistió a las clases de la mañana, jugó un partido de fútbol por la tarde, durmió hasta el mediodía del domingo y estaba de nuevo en su camastro del cuarto adosado y sin chimenea de Frenchman's Bend para la medianoche. Era la casa de una viuda que vivía cerca de la escuela. Las posesiones de Labove eran una navaja de afeitar, la chaqueta y los pantalones desparejados que llevaba puestos, dos camisas, el abrigo del entrenador, un Coke, un Blackstone, un volumen de recopilación de sentencias de Mississippi, un Horacio en latín, un Tucídides que el profesor de lenguas clásicas, en cuya casa había encendido el fuego por las mañanas, le había regalado por navidad y la lámpara más luminosa que se había visto nunca en la aldea. Era niquelada, con válvulas y pistones e indicadores; colocada sobre su mesa hecha con una tabla era evidente que costaba más que el resto de sus posesiones, y la gente venía desde lejos por la noche para ver el furioso resplandor inmóvil que producía.

Para cuando terminó aquella primera semana todos le conocían: la boca hambrienta, los ojos intolerantes sin sentido del humor, el rostro feo lleno de intensidad, con la sombra azul del afeitado, algo así como la composición fotográfica de Voltaire con un pirata isabelino. También le llamaban profesor, aunque no representaba más años de los que tenía —veintiuno— y a pesar de que la escuela no era más que una habitación en la que estaban revueltos desde alumnos con seis años hasta hombres de diecinueve a los que tuvo que enfrentarse con los puños para establecer su autoridad y en la que tenía que enseñar desde el simple abecedario hasta los rudimentos de las fracciones ordinarias. Labove enseñó a todos y les enseñó todas las cosas. Llevaba la llave del edificio en el bolsillo como un comerciante lleva la llave de su establecimiento. Abría la escuela todas las mañanas y la barría, dividía a los chicos por edad y tamaño en destacamentos para acarrear agua y cortar leña; y mediante reglas, amenazas, temor al ridículo y fuerza bruta logró que hicieran el trabajo que les correspondía, ayudándoles en ocasiones, no para darles ejemplo, sino con una especie de despreciativo e indiferente placer físico que le proporcionaba quemar sus energías sobrantes. Retenía implacablemente a los chicos de más edad después de las clases, colocándose delante de la puerta e impidiéndoles el paso, y llegando antes que ellos a las ventanas abiertas si intentaban escaparse. Les obligaba a subir con él al tejado y reemplazar tejas y realizar otras tareas de las que anteriormente Varner, como fideicomisario, sólo se había ocupado cuando el maestro le importunaba y se quejaba con insistencia. Por la noche los que pasaban por allí veían el furioso resplandor inmóvil de la lámpara patentada al otro lado de la ventana, donde él se sentaba ante los libros, objeto más que de su amor de su fe en que debía leerlos, abarcarlos y absorberlos hasta dejarlos secos, con algo de la misma despreciativa intensidad con que cortaba leña, midiendo las páginas superadas frente a los veloces segundos de tiempo irrevocable como un gusano de seda en su implacable devorar.

Todos los viernes al mediodía se montaba en el corral de Varner en el recio caballo nervudo, con un pétreo reborde de hueso entre las orejas, para que le llevase a donde se jugaba el partido del día siguiente o a la estación del ferrocarril que le trasladaría hasta allí, llegando a veces con el tiempo justo para ponerse el uniforme antes de que sonara el silbato que marcaba el comienzo del encuentro. Pero siempre estaba de vuelta en la escuela el lunes por la mañana, incluso aunque en alguna ocasión eso significara que de jueves a lunes sólo había pasado una noche —la del sábado— en la cama. Después del partido del día de acción de gracias entre las dos universidades del Estado, un periódico de Memphis publicó su fotografía. Llevaba puesto el uniforme del equipo y por esa razón la gente de la aldea no se habría dado cuenta de que era la misma persona. El nombre, sin embargo, era el suyo y eso sí lo hubieran reconocido, pero Labove no regresó a Frenchman's Bend con el periódico. La gente de la aldea no sabía qué era lo que hacía durante los fines de semana; tan sólo que trabajaba en la universidad. No les importaba. Le habían aceptado, y aunque el título de profesor era una distinción, se trataba de un honor que sólo tenía validez en el mundo de las mujeres, como el título de reverendo. Aunque los hombres de la aldea no le hubieran prohibido el alcohol, no habrían bebido en su compañía, y si bien no eran tan circunspectos en lo que decían delante de él como en sus conversaciones con el verdadero clérigo, si Labove les hubiera respondido con sus mismas palabras podría haberse encontrado sin empleo al trimestre siguiente y él lo sabía. Había aceptado la distinción de acuerdo con el espíritu con que se le ofrecía e incluso era él quien llegaba más lejos, con la inflexible suficiencia que le caracterizaba, seria y tranquila, que no era del todo orgullo ni tampoco del todo verdadera hostilidad.

Se marchó durante una semana con motivo de los exámenes de mitad de trimestre. Al regresar persiguió a Varner para que se hiciera el desbroce de un campo de baloncesto. Él mismo realizó personalmente buena parte del trabajo, junto con los chicos de más edad, a los que enseñó a jugar. Al terminar el año siguiente el equipo había ganado a todos los oponentes que pudieron encontrar, y al tercer año, siendo él mismo uno de los jugadores, llevó al equipo a Saint Louis, donde, en mono y descalzos, ganaron un torneo del Valle del Mississippi contra todos los que se presentaron.

Cuando volvió con ellos a la aldea había terminado. Le bastaron tres años para licenciarse: bachiller en leyes y maestro en humanidades. Ahora abandonaría la aldea por última vez —los libros, la excelente lámpara, la navaja de afeitar, la reproducción barata de un cuadro del pintor inglés Alma Tadema que el profesor de lenguas clásicas le había regalado las segundas navidades— para volver a la universidad a sus clases alternativas de derecho y humanidades, una detrás de otra desde la hora del desayuno hasta las cuatro o las cinco de la tarde. Ahora necesitaba gafas para leer, y al salir de una clase para ir a la siguiente parpadeaba penosamente para evitar la luz, vestido con el único traje desparejado que poseía, entre una multitud de risueños

jóvenes y muchachas con ropa de una calidad como no había visto nunca antes de llegar a la universidad, chicos y chicas que más que ignorarle no le veían en absoluto, igual que tampoco veían los postes que sostenían las luces eléctricas que él tampoco había visto nunca hasta dos años antes. Labove se movía entre ellos y miraba, con la misma expresión que aparecía en su rostro cuando volaba sobre las veloces líneas, pisoteadas por los tacos, en el campo de fútbol, a las chicas que, al parecer, iban allí a encontrar maridos, y a los jóvenes que acudían a la universidad por razones que le eran desconocidas.

Luego, un día, con una toga y un birrete alquilados, recibió junto con otros un rollo de pergamino muy apretado y no mayor que un calendario, y que sin embargo contenía, como el calendario, aquellos tres años: las líneas blancas, pisoteadas y borradas por los tacos, las noches en el caballo incansable, las otras noches con el abrigo puesto y la lámpara como única fuente de calor, mientras pasaba páginas y páginas de muerta palabrería. Dos días después de aquello se presentó con sus compañeros de promoción ante el juez y los magistrados en un verdadero tribunal de justicia en Oxford, donde se le admitió al ejercicio de la abogacía, y eso sí que significó ya el final. Aquella noche estuvo presente en una ruidosa cena en el comedor del hotel, presidida por el juez, a cuyo alrededor se sentaron los profesores de derecho y los otros patrocinadores legales. Estaba en la antecámara del mundo que había sido su meta durante los tres años de trabajo: cuatro, contando con el primero, en que aún no veía con claridad sus objetivos. No tenía más que seguir allí con su expresión de siempre y esperar a que muriera la última perífrasis, a que fuese destruida por la última salva de aplausos, y levantarse, salir de la habitación y continuar adelante, la mirada fija en la dirección que había elegido, tal como, en cualquier caso, llevaba ya tres años haciendo, sin titubear, sin mirar atrás. Y no fue capaz de hacerlo. Incluso con aquellos sesenta kilómetros de camino andado hacia la libertad y (Labove lo sabía, lo había dicho) la dignidad y el respeto a sí mismo, no pudo hacerlo. Tenía que volver, atraído por el campo magnético y el impacto de una niña de once años que, incluso sentada en los escalones de la escuela durante el recreo, con los ojos entornados como los de un gato para protegerlos del sol, comiendo un boniato cocido, proclamaba la sensualidad sin restricciones de las diosas mismas de su Homero y de su Tucídides: la cualidad de ser al mismo tiempo corrompida e inmaculada, virgen y también madre de guerreros y de hombres en plena madurez.

Aquella primera mañana en que su hermano la trajo a la escuela, Labove se había dicho a sí mismo: No. No. Aquí, no. No la deje aquí. Por entonces aún no había enseñado más que un año en la escuela; en realidad, cinco meses interrumpidos por el viaje a caballo hasta Oxford los viernes por la noche y el regreso antes del lunes y la ausencia de dos semanas para los exámenes de enero, y sin embargo no sólo había superado el caos que dejara su predecesor, sino que había luchado con el plan de estudios hasta darle algo que se asemejaba al orden. Carecía de ayudante, no contaba

siquiera con una división en la única aula de la escuela, pero había separado a los alumnos de acuerdo con su capacidad y les impuso unos hábitos de estudio que empezaron respetando y en los que terminaron creyendo. Labove no estaba orgulloso de ello, ni siquiera satisfecho. Pero le agradaba que existiese movimiento, progreso, si no hacia una considerable mejora en los conocimientos, sí al menos hacia el aprendizaje del orden y de la disciplina. Luego, una mañana, al volverse hacia la clase después de escribir algo en una tosca pizarra, vio un rostro de ocho años y un cuerpo de catorce con las formas de una mujer de veinte, que en el instante en que cruzó el umbral introdujo en la desolada habitación con poca luz y escasa calefacción dedicada al ejercicio de la severa educación primaria protestante un húmedo soplo de la embriagadora corrupción de la primavera, una triunfal prosternación pagana ante el supremo útero primordial.

Labove miró una vez a la niña y vio lo que su hermano sería sin duda el último en comprender. Vio que Eula no sólo no iba a estudiar, sino que ni en los libros de aquella escuela, ni en los de ningún otro sitio, encontraría nunca nada que necesitase saber, porque la hija menor de Varner había nacido ya completamente equipada no sólo para enfrentarse y combatir, sino para superar cualquier cosa que el futuro pudiese inventar para oponerle. Vio una niña a la que durante los dos años siguientes iba a contemplar con lo que él creyó al principio que era tan sólo indignación, ya desarrollada a los ocho años, que en apariencia había alcanzado y superado la pubertad todavía en el estado fetal, tranquila, absorta, ni siquiera taciturna, y que, obedeciendo al apremio exterior que fuese, se había limitado a trasladar, de un espacio a otro, también limitado por paredes, aquella cualidad de espera inmóvil a través y por debajo de los acumulados días de un tiempo germinal no acelerable, hasta que el varón de que se tratara, cuyo nombre y rostro ella probablemente no había visto ni tampoco oído, irrumpiera violentamente, dispersándolo todo. Durante cinco años Labove se vería obligado a contemplarla, traída todas las mañanas por el hermano, para quedarse exactamente como él la dejaba, en el mismo sitio y casi en la misma posición, las manos inmóviles durante horas sobre el regazo como dos cuerpos separados, adormecidos. Contestaba «No sé» cuando por fin se lograba atraer su atención o, si se le insistía, «No he llegado hasta ahí». Era como si también sus músculos y su carne fuesen insensibles a la fatiga o al aburrimiento, o como si, símbolo mismo de la virginidad adormecida, poseyera vida, pero no capacidad de sentir y simplemente esperase a que llegara su hermano, el celoso e indignado sacerdote eunuco, y se la llevase.

Eula llegaba todas las mañanas con la bolsa de hule que, si contenía algo más que los boniatos cocidos que comía durante los recreos, Labove ignoraba de qué pudiera tratarse. Pero sólo con recorrer el pasillo entre los pupitres los transformaba, a ellos y a los bancos, también de madera, en un bosquecillo de Venus, y atraía a todos los varones del aula, desde los chavales al inicio de la pubertad hasta los hombres ya desarrollados de diecinueve y veinte, uno de los cuales era incluso esposo y padre,

provocando entre ellos una encarnizada rivalidad, porque todos reclamaban la precedencia en la inmolación. A veces había fiestas en la escuela los viernes por la noche, fiestas en las que los alumnos practicaban los juegos provocativos de la adolescencia bajo la supervisión del maestro. Eula no tomaba parte en ellos y, sin embargo, los dominaba. Sentada junto a la estufa exactamente como lo hacía durante las horas de clase, distraída y serena en medio del tumulto de los chillidos y las carreras, se veía asaltada simultáneamente bajo una docena de simultáneos vestidos de percal o de zaraza en una docena de simultáneos rincones y esquinas en sombra. No estaba ni a la cabeza ni a la cola de su clase, no porque se negara a estudiar en el primer caso ni porque fuese hija de Varner en el segundo y su padre dirigiese la escuela, sino porque cualquier clase dejaba de tener cabeza o cola veinticuatro horas después de la incorporación de Eula. Antes de un año había dejado de existir para ella cualquier clase inferior de la que pudiera ascender, por la sencilla razón de que nunca estaría en ninguno de los dos extremos de algo con sangre en las venas. No había más que un punto, como en un enjambre de abejas, y Eula era ese punto, ese centro, rodeada por todas partes e importunada y, sin embargo, serena e intacta y al parecer incluso indiferente, aboliendo plácidamente la larga suma total del pensamiento y del sufrimiento humanos a la que se da el nombre de conocimiento, educación, sabiduría y mostrándose al mismo tiempo supremamente lasciva e inviolable: la reina, la matriz.

Labove contempló todo esto durante dos años, todavía con lo que él creía que no era más que rabia. Terminaría los estudios al final del segundo año y estaría en posesión de las dos licenciaturas. Ya no tendría nada más que hacer allí, habría terminado. Su único motivo para hacerse cargo de la escuela habría desaparecido, quedaría exonerado. Habría alcanzado su meta y su objetivo pagando un precio nada despreciable, del que una parte considerable era recorrer sesenta kilómetros a caballo hasta y desde la universidad, puesto que de acuerdo con su tradición y herencia de granjero que trabaja la tierra con sus manos no montaba a caballo por diversión. Después de terminar podría seguir adelante, abandonar la aldea y no volver a poner los pies en ella. Durante los primeros seis meses creyó que lo haría llegado el momento y durante los siguientes dieciocho se dijo a sí mismo que estaba decidido. Le resultó especialmente fácil no sólo decírselo a sí mismo, sino creérselo mientras estaba ausente de la aldea durante los dos últimos meses del trimestre de primavera y en las siguientes ocho semanas del curso de verano, en que fue comprimiendo por secciones su cuarto año académico, y luego las ocho semanas de lo que la escuela llamaba sus vacaciones (las de Labove), que pasó en la serrería; aunque ahora no necesitara el dinero (podía licenciarse sin él), significaría una mayor reserva en el bolsillo cuando cruzara la última puerta y se enfrentase con el duro camino que tenía por delante, sin otra cosa entre él y su meta que él mismo; luego las seis semanas del otoño, en las que cada sábado por la tarde las pisoteadas líneas blancas volaban bajo él y el aire histérico chillaba y rugía y él durante esos fugaces segundos, y a pesar de

sí mismo vivía, furioso, reconcentrado, incluso aunque todavía no se lo creyera del todo.

Luego un día descubrió que se había mentido durante casi dos años. Fue después de haber vuelto a la universidad, en la segunda primavera, y aproximadamente a un mes de licenciarse. No había dimitido oficialmente de su puesto en la escuela, aunque cuando abandonó la aldea un mes antes lo hizo convencido de que era la última vez que se ponía en camino, dando por entendido entre Varner y él que sólo enseñaba en la escuela para poder terminar sus estudios en la universidad. De manera que creía que había dejado la aldea por última vez. Sólo faltaba un mes para los exámenes finales; luego llegaría la prueba para recibirse de abogado, y después se abriría para él la puerta del futuro. Existía incluso la promesa de un trabajo en la profesión que había elegido. Pero una tarde, sin el menor aviso previo, al entrar para cenar en el comedor de la pensión donde vivía, su patrona se presentó y dijo: «Tengo una golosina para usted. Me los ha traído mi cuñado», y le puso un plato delante. Era un boniato asado, y mientras la patrona exclamaba: «¿Qué le pasa, señor Labove, se ha mareado?», él consiguió levantarse de la mesa y abandonar el comedor. Una vez en su cuarto, le pareció que tenía que ir inmediatamente, salir en aquel momento, aunque fuese a pie. La veía, la oía incluso, sentada en los escalones de la escuela, comiéndose el boniato, tranquila y masticando y con la terrible cualidad de estar no sólo irremediable e inadvertidamente por fuera de la ropa que llevaba, sino de estar desnuda y ni siquiera darse cuenta de ello. Ahora comprendió que no era en los escalones de la escuela, sino dentro de su cabeza donde había estado constantemente desde hacía ya dos años, que no había sido indignación en absoluto sino terror, y que la visión de una puerta que se había presentado a sí mismo como meta era en realidad un sitio que alcanzar, como el hombre que huye de un holocausto no corre por alcanzar una recompensa, sino para escapar a la destrucción.

Pero tampoco entonces se dio definitivamente por vencido, aunque pronunciara por vez primera las palabras «No volveré». Antes no había hecho falta decirlo porque estaba convencido de que seguiría adelante. Pero por lo menos aún pudo asegurarse a sí mismo en voz alta que no volvería, lo que ya era algo y le permitió superar la ceremonia de graduación y el recibirse de abogado y también el banquete. Inmediatamente antes de la ceremonia uno de sus condiscípulos se acercó a hablar con él. Después de la cena iban a ir a Memphis, para continuar las celebraciones de manera informal. Labove sabía lo que eso quería decir: consumir bebidas alcohólicas en la habitación de un hotel y luego, para algunos de ellos al menos, ir a un burdel. Rehusó, no porque fuese virgen ni porque no tuviese dinero para gastarlo de esa manera, sino porque hasta el último momento aún creía, aún conservaba su fe de montañés en la educación, una fe puramente emocional y sin fundamento, fe en la magia blanca de los títulos en palabras latinas, que era la contrapartida de la antigua fe del monje en su cruz de madera. Luego el último discurso expiró entre los aplausos finales y el arrastrar de sillas; la puerta se abrió: fuera le esperaba el camino y supo

que no lo emprendería. Fue en busca de quien le había invitado a ir a Memphis y aceptó. Descendió del tren en la estación de Memphis con el grupo y preguntó tranquilamente cómo se iba al burdel. «Demonios, chico», dijo el otro, «modérate; vamos por lo menos a cumplir con el trámite de pasar antes por el hotel». Pero Labove dijo que no. Fue solo a la dirección que le dieron. Llamó con firmeza a la puerta equívoca. Tampoco aquello le ayudaría. No esperaba que lo hiciera. Poseía esa cualidad que cuando falta hace que un hombre nunca sea ni completamente valiente ni completamente cobarde: la capacidad para ver ambos lados de la crisis y para imaginarse como ya vencido, capacidad que lleva implícito su mismo fracaso y desastre. Por lo menos no va a reírse de mi virginidad, se dijo Labove. A la mañana siguiente pidió prestada a su compañera nocturna una hoja rayada de papel barato de bloc (el sobre era de color rosa y estaba perfumado) y escribió a Varner para decirle que enseñaría un año más en la escuela.

Se quedó tres años más. Para entonces era indudablemente el monje, y la sombría escuela y la estéril aldehuela eran su montaña, su Getsemaní y, lo sabía bien, también su Gólgota. Se había convertido en el viril anacoreta de otros tiempos. La fría habitación adosada era su celda en el desierto y el delgado camastro sobre el suelo de troncos partidos en dos, el lecho de piedras sobre el que permanecía tumbado boca arriba y sudando en las rigurosas noches de invierno, desnudo, rígido, los dientes apretados bajo las facciones de estudioso y las piernas tan peludas como las de un fauno. Luego llegaba el amanecer y se levantaba y se vestía y comía los alimentos que ni siquiera saboreaba. Nunca había prestado mucha atención a lo que comía, de todas formas, pero ahora no siempre se enteraba siquiera de haberlo hecho. Después iba a abrir la escuela y a continuación se sentaba detrás de su escritorio y esperaba a que Eula recorriese el pasillo entre los pupitres. Había pensado hacía mucho tiempo en casarse con ella, en esperar a que tuviera la edad suficiente para pedirla en matrimonio, para intentarlo, pero había terminado por descartar semejante posibilidad. En primer lugar, Labove no quería una esposa, desde luego no la quería aún y probablemente no la querría nunca. Y no quería a Eula como esposa, sólo la quería como un hombre con una mano o un pie gangrenados ansía el hachazo que le dejará de nuevo comparativamente sano. Pero Labove hubiera pagado incluso ese precio por librarse de su obsesión, aunque sabía que tal matrimonio nunca se celebraría, no sólo por la oposición de su padre, sino por ella, por aquella cualidad suya que eliminaba por completo el valor de las promesas o de la capacidad de devoción de cualquier vida singular, el insignificante precio inicial de las reservas de cualquier hombre de eso que llaman amor. Labove casi podía ver el marido que Eula tendría algún día. Sería un enano, un gnomo, sin órganos sexuales ni deseos, con tan poca importancia carnal en su vida como el nombre del dueño en la solapa de un libro. Allí estaba otra vez, salido de nuevo de los libros, el mortal emborronamiento de la letra impresa que había vuelto a traicionarle: el Vulcano cojo de aquella Venus, el marido que no la poseería, sino que sería simplemente su dueño gracias a la fuerza

que daba el poder, el poder absoluto del dinero, de la riqueza, del lujo, de las fruslerías, tan sólo como podría ser el dueño no de un cuadro o una estatua, sino más bien de un campo. Labove lo vio con claridad: la excelente tierra fértil y fructífera e impura y eterna y sorda a quien exigiera sus derechos sobre ella, absorta, absorbiendo diez veces la cantidad de semilla viviente que la vida entera de su propietario podría haber segregado y mezclado, multiplicando por mil la mejor cosecha que pudiera recoger y almacenar en sueños.

De manera que eso quedaba descartado. Sin embargo Labove siguió en la escuela. Se quedó por el privilegio de esperar a que terminara la última clase y se vaciara el aula para entonces levantarse y llegarse con su cara imperturbable de condenado hasta el banco y poner la mano sobre la tabla todavía tibia con el calor de su cuerpo, o incluso arrodillarse y apoyar la cara, restregándola contra el banco, besando la dura madera insensible hasta que desaparecía el calor. Estaba loco. Lo sabía. Había ocasiones en las que ni siquiera quería hacer el amor, sino maltratarla, ver brotar y correr la sangre, contemplar, debajo del suyo, aquel rostro sereno contraído por la indeleble marca del terror y de la angustia; dejar en él alguna marca indeleble de sí mismo y luego incluso ver cómo dejaba de ser un rostro. Acto seguido, Labove exorcizaba aquel pensamiento. Lo alejaba de sí, y a continuación sus posiciones se invertían. Ahora era él, apremiante y postrado ante aquel rostro que, a pesar de no tener más que catorce años, ponía de manifiesto una cansada sabiduría que él no alcanzaría nunca, un exceso, un hartazgo de toda la experiencia de la depravación. Él sería como un niño ante aquellos conocimientos. Sería como una jovencita, una doncella, impetuosa, aturdida y asombrada, atrapada no por la madurez y experiencia del seductor, sino por fuerzas interiores, ciegas y despiadadas, que habían vivido con ella durante años sin que supiera que estaban allí. Labove se arrastraría por el polvo delante de aquel rostro, jadeando: «Enséñame lo que hay que hacer. Dímelo. Haré lo que me digas, lo que sea, con tal de aprender y de saber lo que tú sabes». Estaba loco. Lo sabía. Sabía que más pronto o más tarde sucedería algo. Y también sabía que, fuera lo que fuese, él sería el vencido, incluso aunque ignorase todavía dónde estaba la grieta en su armadura, porque ella la descubriría sin vacilaciones e instintivamente y sin incluso tomar conciencia de que había corrido un peligro tremendo. ¿Peligro?, pensó, gritó Labove. ¿Peligro? No para ella; para mí. Me da miedo lo que yo pueda hacer, no a causa de ella, porque no hay nada que ni yo ni ningún hombre podamos hacerle que tenga capacidad para herirla. Tengo miedo de lo que mis actos puedan hacerme a mí.

Luego, una tarde Labove encontró el hacha. Siguió acuchillando con casi un orgasmo de alegría los nervios y los tendones colgantes del miembro gangrenado mucho después del primer golpe desmañado. No había oído el menor ruido. Habían cesado las últimas pisadas y se había cerrado la puerta por última vez. No la oyó abrirse de nuevo y, sin embargo, algo le hizo dejar de restregar el rostro contra el banco. Eula estaba de nuevo en el aula, mirándole. Labove comprendió que la

muchacha no sólo había reconocido el sitio donde estaba arrodillado, sino que sabía por qué. Posiblemente en aquel momento creyó que lo había sabido siempre, porque advirtió de inmediato que no estaba asustada ni se reía de él; que, sencillamente, no le importaba. Tampoco se daba cuenta de que ahora tenía delante el rostro de un homicida en potencia. Eula se limitó a soltar la puerta y a dirigirse por el pasillo central hacia la parte delantera del aula, donde estaba situada la estufa.

—Jody no ha llegado todavía —dijo—. Ahí fuera hace frío. ¿Qué hace usted en el suelo?

Labove se incorporó. Ella siguió avanzando sin vacilaciones, con la bolsa de hule que la había acompañado ya por espacio de cinco años y que él sabía que no había abierto nunca fuera de la escuela, excepto para meter los boniatos cocidos. Se dirigió hacia ella. Eula se detuvo, mirándole.

—No tengas miedo —dijo—. No tengas miedo.

—¿Miedo? —preguntó ella—. ¿De qué?

Dio un paso hacia atrás y luego se detuvo, mirándole a la cara. No tenía miedo. Tampoco ha llegado tan lejos como eso, pensó él; y luego algo furioso y frío, mezcla de rechazo y desconsuelo, se agitó en su interior aunque no lo reflejara su rostro, en el que apareció incluso una leve sonrisa, trágica, doliente y atormentada.

—Eso es —dijo—. Ése es el problema. Que no estás asustada. Eso es lo que tienes que aprender. Eso es lo que yo te voy a enseñar de todos modos.

Labove le había enseñado algo más, aunque iba a tardar aún un minuto aproximadamente en descubrirlo. Eula había aprendido una cosa durante sus cinco años en la escuela y ahora se disponía a examinarse y a aprobar aquella asignatura. Labove avanzó. Ella siguió donde estaba. Entonces la tuvo en su poder. Se movió tan rápida e implacablemente como si Eula tuviera un balón o como si el balón lo tuviera él y ella le impidiera llegar a la última raya blanca que odiaba y que tenía que alcanzar. La sujetó con fuerza, los dos cuerpos chocando violentamente porque Eula ni siquiera se había movido para evitarle, y mucho menos aún para empezar a resistirse. Parecía momentáneamente hipnotizada por una completa sorpresa, blanda e inerte, grande, inmóvil, casi tan alta como él, el cuerpo que parecía estar siempre por fuera de su ropa, el cuerpo que sin siquiera saberlo había convertido en alboroto priápico aquello a lo que él, al precio de tres años de sacrificio y resistencia y de flagelarse y de lucha incesante con su propia sangre implacable, había adquirido el privilegio de dedicar su vida; aquel cuerpo tan fluido y carente de músculos como leche milagrosamente intacta.

Luego el cuerpo se concentró en feroz y silenciosa resistencia que incluso entonces él podría haber reconocido como distinta del miedo o incluso de la indignación: simple sorpresa y fastidio. Eula era fuerte. Labove contaba con ello. Lo había deseado, lo estaba esperando. Lucharon furiosamente. Él sonreía aún y hasta le hablaba en voz baja:

—Eso es —dijo—. Lucha. Lucha. De eso se trata: un hombre y una mujer

luchando entre sí. El odio. Matar, pero haciéndolo de tal manera que el otro tenga que saber después para siempre que él o ella han muerto. Ni siquiera descansar tranquilamente muerto, porque para siempre después tendrá que haber dos en esa tumba y esos dos nunca podrán descansar juntos en paz en ningún sitio ni podrán tampoco descansar solos y tener paz hasta que él o ella hayan muerto.

Labove la sujetaba sin apretar mucho, para sentir mejor la feroz resistencia de huesos y músculos, sujetándola tan sólo lo bastante para impedir que le alcanzara la cara con las manos. Eula no había hecho el menor ruido, aunque su hermano, que no se retrasaba nunca cuando iba a buscarla, debía de estar ya esperando fuera. Labove no pensó en eso. Tal vez tampoco le hubiese importado. La sujetaba sin apretar mucho, todavía sonriendo, susurrándole una mezcla de fragmentos de versos en griego y en latín y de obscenidades en inglés de Mississippi, cuando de repente ella logró liberar un brazo, y el codo chocó violentamente con la barbilla de Labove, haciéndole perder el equilibrio; antes de que lo recuperase, la otra mano le golpeó con fuerza en la cara. Labove dio un traspié, tropezó con un banco y lo derribó, cayendo en parte debajo. Eula se quedó de pie junto a él, respirando hondo, pero sin jadear y ni siquiera despeinada.

—Deje de manosearme —exclamó—, viejo jinete descabezado Ichabod Crane.

Después de que cesara el ruido de sus pisadas y el de la puerta al cerrarse, Labove empezó a oír el tic-tac del reloj barato que había traído de su cuarto universitario, atronador en el silencio, con un ruido metálico como de perdigones diminutos cayendo en una lata, aunque antes de que pudiera levantarse la puerta se abrió de nuevo y, sentado en el suelo, la contempló mientras se acercaba por el pasillo central.

—¿Dónde está mi...? —dijo. Luego lo vio, el bolso de hule, que recogió del suelo, volviéndose de inmediato.

Labove oyó cerrarse otra vez la puerta. De manera que todavía no se lo ha dicho, pensó. Porque conocía al hermano. No habría esperado a llevarla primero a casa, habría entrado al instante, satisfecho al fin después de cinco años de violenta convicción sin pruebas. Eso ya sería algo, de todas formas. No se trataría de una penetración, ciertamente, pero sí de la misma carne, de la misma tibia carne viva por la que corría la misma sangre, sometida por lo menos a la violencia física —un paroxismo, una especie de orgasmo, una catarsis, en cualquier caso—, sería algo. De manera que Labove se levantó, fue a su escritorio, se sentó y enderezó el reloj (colocado en ángulo oblicuo, para poder verlo desde el sitio donde él se colocaba de ordinario, delante del banco donde se tomaban las lecciones). Sabía cuál era la distancia entre la escuela y la casa de los Varner, y había ido suficientes veces a caballo a la universidad para calcular el tiempo que se tardaba en cubrir cualquier distancia. También volverá galopando, pensó. De manera que midió el espacio que tendría que atravesar el minuterero y se quedó contemplando cómo se acercaba al punto señalado. Luego alzó la vista para contemplar el único espacio comparativamente despejado de la habitación, en el que, sin embargo, se encontraba la estufa, además

del banco donde tomaba las lecciones. La estufa no se podía mover, pero el banco sí. Aunque incluso entonces... Tal vez sería mejor que se enfrentase fuera con el hermano, de lo contrario alguien podría hacerse daño. Luego pensó que eso era exactamente lo que él quería: que alguien se hiciera daño, y luego se preguntó serenamente, «¿quién?», y se respondió, «no lo sé». No me importa. De manera que miró de nuevo la esfera del reloj. Sin embargo, incluso cuando ya había pasado una hora entera todavía no era capaz de admitir que le hubiera sobrevenido el desastre final. Se ha emboscado para cazarme con la pistola, pensó. Pero ¿dónde? Emboscado, ¿de qué manera? ¿Dónde podría tenderme una emboscada mejor que aquí?, viéndola ya entrar en la escuela a la mañana siguiente, tranquila, despreocupada, sin recordar siquiera, con el boniato cocido que volvería a comerse durante el recreo en los soleados escalones, como una de las lascivas e incluso anónimamente encintas inmortales, comiendo pan de Paraíso en una soleada ladera del Olimpo.

De manera que se levantó y recogió los libros y los papeles que, junto con el reloj, llevaba todas las tardes y volvía a traer de su monástica habitación todas las mañanas, y los puso en el cajón del escritorio, lo cerró y con el pañuelo limpió la superficie de la mesa, moviéndose sin prisa, pero con decisión, el rostro en calma, y también dio cuerda al reloj, colocándolo de nuevo sobre el escritorio. El abrigo que el entrenador de fútbol le regalara seis años antes colgaba de su clavo en la pared. Lo estuvo mirando un momento, pero en seguida se acercó, lo cogió e incluso se lo puso y salió del aula, la habitación ahora desierta en la que aún había demasiadas personas, y las habría ya para siempre; en la que, desde el primer día en que la trajo su hermano, había habido demasiada gente, y que ya para siempre haría que sobrase uno en cualquier habitación en que ella entrara y permaneciera el tiempo suficiente para expeler aliento.

Nada más salir Labove vio el caballo roano atado a un poste delante del almacén. Por supuesto, pensó calmosamente. Era lógico que no llevara siempre una pistola consigo, y tampoco le servía de nada escondida bajo una almohada en casa. Por supuesto. Eso es. Es ahí donde tiene la pistola; diciéndose a sí mismo que quizá el hermano quería testigos, como también los quería él, la expresión trágica y tranquila ahora, caminando carretera adelante hacia el almacén. Eso servirá de prueba, gritó sin palabras. Prueba ante los ojos y las creencias de los hombres de que había sucedido lo que no era cierto que hubiera sucedido. Pero que sería mejor que nada, incluso aunque yo ya no esté aquí para saber que los hombres lo creen, porque quedará grabado para siempre en sus creencias y ya será para siempre imposible de borrar, puesto que una de las dos únicas personas que saben la verdad habrá muerto.

Era un día gris, del color y de la consistencia del hierro, uno de esos días sin viento, de una rigidez plástica demasiado inerte incluso para producir o para soltar nieve, en la que tampoco la luz se modificaba, sino que daba la impresión de surgir completa de la nada al amanecer y de expirar en la oscuridad sin gradación. La aldea estaba muerta: las cerradas y silenciosas desmotadera y herrería, el almacén

deteriorado por la intemperie; tan sólo el caballo atado podía tomarse como prueba de vida y ello no porque se moviera, sino porque se parecía a algo ordinariamente dotado de vida. Estarían dentro del almacén. Se los imaginaba perfectamente —las pesadas botas y los recios zapatos, los monos y las chaquetas de dril, muy abultadas sobre el indiscriminado amasijo de prendas debajo— colocados en torno al cajón de arena prensada en donde la estufa irradiaba el intenso y benéfico calor que tenía un verdadero olor masculino, casi monástico: la concentración de todo un invierno de pausados y varoniles salivazos impregnados de tabaco, recocidos sobre las paredes de hierro. El benéfico calor: Labove entraría en él no para salir del desolado y estéril frío, sino de la vida; subiría los escalones, cruzaría una puerta y saldría de la vida. El caballo alzó la cabeza y le miró al pasar a su lado. Pero tú no, le dijo. Tú tienes que quedarte fuera, estar aquí y permanecer intacto para lograr que la sangre circule debidamente. Yo no. Subió los escalones y cruzó las tablas del porche, desgastadas por los tacones de muchas botas. En la puerta cerrada estaba clavado un cartel anunciando un específico, borrado a medias: la reproducción de un retrato, un rostro satisfecho, de barba cuidada; el rostro marcado por el éxito de un hombre que vivía muy lejos, casado, con hijos, en una casa lujosa y fuera del alcance de las pasiones y de los engaños de la sangre, y que ni siquiera necesitaba estar muerto para que lo embalsamaran entre tachuelas, ubicuo e inmortal por todo el país en diez mil efigies borrosas y estropeadas sobre diez mil puertas y paredes y cercas despintadas y deterioradas, tanto con lluvia y hielo como con el calor insoportable del verano.

Luego, ya con la mano a punto de girar el tirador de la puerta, Labove se detuvo. En una ocasión —era por supuesto uno de los viajes para jugar al fútbol, nunca había montado en un tren por otro motivo, con la excepción de la visita nocturna a Memphis— había bajado al andén en una estación sin importancia. De pronto se produjo una conmoción junto a una puerta. Oyó gritar y maldecir a un hombre, un negro salió corriendo, seguido por un hombre blanco que vociferaba. El negro se volvió, agachándose, y mientras los espectadores se dispersaban, el blanco disparó con una pistola de cañón corto. Labove recordaba cómo el negro, agarrándose la cintura, cayó de cara para volverse luego bruscamente y ponerse de espaldas, dando de hecho la impresión de alargarse, de añadir por lo menos un metro a su estatura; recordaba cómo varias personas habían sujetado y desarmado al blanco, que lanzaba maldiciones; luego el tren pitó una vez y empezó a moverse, y un ferroviario uniformado se alejó corriendo del grupo para no perderlo y aún siguió mirando hacia atrás desde el estribo en marcha. Y recordaba cómo él mismo se había abierto paso, utilizando instintivamente las tácticas del fútbol para conseguir un buen sitio, desde donde contempló al negro tumbado rígidamente de espaldas, todavía agarrándose la cintura, con los ojos cerrados y una expresión de paz absoluta. Luego apareció un hombre —un médico o un empleado, Labove no lo supo— que se arrodilló junto al negro. Trató de apartarle las manos de la cintura. No había signo exterior de resistencia; los antebrazos y las manos de las que el doctor o el empleado tiraban

simplemente parecían haberse convertido en hierro. Los ojos del negro no se abrieron ni se alteró su expresión serena; tan sólo dijo: «Tened cuidado, blancos. A mí ya me han pegado un tiro». Pero finalmente le separaron las manos, y Labove recordaba cómo le quitaron la chaqueta azul de dril, el mono, otra chaqueta que resultó haber sido anteriormente un abrigo, al que se le habían cortado los faldones a la altura de las caderas con una navaja de afeitar; y debajo una camisa y unos pantalones que no estaban abrochados en la cintura y entonces la bala cayó sobre el andén, limpia de sangre. Labove soltó el tirador de la puerta, se quitó el abrigo y se lo colgó del brazo. Por lo menos conseguiré que uno de nosotros no sea un fracaso, pensó, abriendo la puerta, entrando. Al principio creyó que el almacén estaba vacío. Vio la estufa en su cajón de arena prensada, rodeada de barrilitos de clavos y cajas puestas de costado; notó incluso el acre olor chamuscado de los salivazos recientes. Pero no había nadie sentado allí, y cuando un momento después vio el rostro del hermano, abotagado, desabrido, sin sentido del humor, mirándole por encima del escritorio, sintió por un momento rabia e indignación. Creyó que Varner había desalojado el almacén, que había despedido deliberadamente a todo el mundo para negarle aquella última satisfacción, la ratificación del éxito que había venido a comprar con su vida; y de repente advirtió dentro de sí una furiosa aversión, incluso una rabiosa negativa ante la idea de la muerte. Se agachó rápidamente hacia un lado, escondiéndose ya, buscando algún arma a su alrededor mientras la cara de Varner se alzaba aún más sobre la tapa del escritorio como una luna malhumorada.

—¿Qué demonios estás buscando? —dijo—. Te dije hace dos días que no había llegado aún el bastidor de la ventana.

—¿Bastidor de la ventana? —dijo Labove.

—Clava unas tablas encima para tapar el agujero —dijo Varner—. ¿O es que esperas que haga un viaje especial a la ciudad para evitar que te entre un poco de aire fresco?

Entonces se acordó. Se le habían roto los cristales durante las vacaciones de navidad. De momento lo arregló clavando unas tablas encima. No recordaba haberlo hecho. Pero tampoco recordaba que dos días antes Jody le hubiera dicho nada sobre el bastidor prometido, y menos aún haber preguntado por él. Y ahora dejó por completo de acordarse de la ventana. Se irguió tranquilamente y se quedó quieto, con el abrigo al brazo; dejó incluso de ver el rostro malhumorado y suspicaz. Sí, pensó calmosamente; sí. Ya entiendo. No se lo ha dicho. Y no es que se le haya olvidado. Ni siquiera sabe que ha sucedido algo digno de contarse. Varner seguía hablando; al parecer alguien le había contestado.

—Bien, ¿qué es lo que quieres entonces?

—Quiero un clavo —dijo Labove.

—Pues cógelo —el rostro había desaparecido ya del otro lado del escritorio—. Acuérdate de devolver el martillo.

—No necesito el martillo —dijo—. Sólo quiero un clavo.

La casa, la habitación helada donde había vivido ya seis años con sus libros y su lámpara de luz brillante estaba entre el almacén y la escuela. Ni siquiera la miró al pasar. Volvió a la escuela, cerró la puerta y echó la llave. Con un trozo de ladrillo hundió el clavo en la pared junto a la puerta y colgó la llave del clavo. La escuela estaba en la carretera de Jefferson. Ya tenía puesto el abrigo.

Capítulo dos

1

Durante aquella primavera y el largo verano de sus catorce años, los jóvenes de quince, dieciséis y diecisiete años que habían estado en la escuela con Eula y otros que no, zumbaron como avispas en torno al melocotón maduro de su húmeda boca carnosa. Había aproximadamente una docena. Formaban un grupo unido, homogéneo y vociferante del que Eula constituía el eje, el centro sereno y de ordinario entregado con constancia y regularidad a la tarea de comer. Había tres o cuatro chicas en el grupo, chicas de menos importancia, aunque si Eula las utilizaba deliberadamente como contraste, nadie podía decirlo con seguridad. Eran chicas de menor tamaño, a pesar de tener casi todas más edad. Era como si la abundancia derramada sobre su cuna, no contenta con oscurecerlas con la delicadeza de sus rasgos y la calidad de sus cabellos y de su piel, tuviera, finalmente, que empequeñecerlas y aniquilarlas, gracias al puro volumen y tamaño.

Se reunían por lo menos una vez a la semana y normalmente con más frecuencia. Acudían a la iglesia los domingos por la mañana y se sentaban juntos en dos bancos adyacentes que muy pronto se convirtieron en suyos por el común consentimiento de los feligreses y de las autoridades, como una clase o un lugar aislado. Se reunían en las fiestas de la colectividad que se celebraban en la escuela ahora vacía, en la que sólo empezó a enseñar otro maestro casi dos años más tarde. Llegaban en grupo y se escogían unos a otros monótonamente en los juegos de parejas, los muchachos haciendo bufonadas y mostrándose bruscos y ruidosos. Podrían haber sido una logia masónica repentinamente establecida en África o China, celebrando su reunión semanal. Se marchaban juntos, recorriendo la carretera iluminada por las estrellas o por la luna en apretado y ruidoso grupo, y dejaban a Eula frente al portón de la casa de su padre antes de dispersarse. Si los muchachos se habían estado peleando para tener la oportunidad de acompañarla a casa a solas, nadie estaba tampoco enterado de ello, porque no se sabía que la señorita Varner hubiese vuelto nunca a solas desde ningún sitio o incluso que hubiera ido andando a ningún sitio si podía evitarlo.

Volvían a reunirse en las ceremonias bautismales y para cantar himnos, y en giras

campestres por toda la región. Era año de elecciones y después de la última de las siembras y del primer descanso en los cultivos había no sólo el primer domingo de mes con himnos y bautismos durante todo el día, sino comidas campestres con discursos de los candidatos políticos. Al birlocho de Varner se le veía ahora semana tras semana entre los otros vehículos atados junto a iglesias rurales o en la linde de bosquecillos en los que las mujeres desplegaban en las largas mesas hechas con tablas toda la comida fría que habían sido capaces de preparar en una semana, mientras los hombres se reunían en torno a los estrados desde donde lanzaban sus discursos los candidatos para los cargos del condado y para los puestos en la legislatura del Estado y en el Congreso, y en donde los jóvenes deambulaban en grupos o en parejas, o, conseguido el mayor o menor grado de aislamiento que las chicas consentían, se dedicaban a los torpes juegos y bromas con que los adolescentes hacen la corte o ensayan maniobras de seducción. Eula no escuchaba discursos ni preparaba mesas ni cantaba himnos. En cambio, con las dos o tres o cuatro chicas de menor importancia permanecía sentada, formando el núcleo del mismo grupo frustrado y vociferante; el núcleo, el centro, el punto central; aquí, al igual que en las fiestas de la escuela el año anterior, ejercía sobre todos la fascinación de algo así como un incipiente alumbramiento, pero se negaba al mismo tiempo a ser manoseada, y mantenía, incluso dentro de la atmósfera de permisividad y tentación en que parecía respirar y moverse —sentarse, más bien—, una despiadada castidad indiferente incluso al precario y frágil equilibrio, a la real superposición, entre excitación sexual y emoción religiosa protestante. Era como si de verdad supiese en qué instante, para qué momento se la reservaba, incluso aunque ignorase el nombre y la cara, y como si estuviera esperando ese momento y no simplemente la hora de empezar a comer, que era la impresión que daba.

Se reunían de nuevo en las casas de las chicas. Eso requería un acuerdo previo, por supuesto, y sin duda ideado por las otras chicas, aunque si Eula se daba cuenta de que la invitaban para que acudieran los chicos, tampoco nadie adivinó nunca esto a partir de su comportamiento. Eula les hacía visitas para quedarse una noche o dos o tres días con ellas. No se le permitía que asistiese a los bailes que se celebraban en la escuela del pueblo o en otras escuelas o almacenes rurales por la noche. Nunca había pedido permiso; más bien le había sido violentamente denegado por su hermano antes de que nadie supiera si tenía intención de pedirlo. El hermano, sin embargo, no ponía objeciones a que fuese de visita a las casas. Incluso la llevaba y la traía a caballo como lo había hecho para ir y venir de la escuela, y por la misma razón por la que no la dejaba ir andando de la escuela hasta el almacén para reunirse con él, todavía agitado y sombríamente indignado y fanáticamente seguro de aquello con lo que creía estar luchando, y así cabalgaba por espacio de kilómetros, el bolso de hule con el camisón y el cepillo de dientes que su madre la obligaba a llevar sostenido con la misma mano con que se agarraba a la cruz de sus tirantes, el suave roce mamal contra su espalda y el tranquilo y uniforme ruido de masticar y de tragar junto a su oído,

hasta detener finalmente el caballo delante de la casa donde Eula iba de visita y gruñirle:

—¿Es que no puedes dejar de comer ese maldito boniato el tiempo suficiente para apearte y dejar que vuelva a mi trabajo?

A primeros de septiembre se celebró en Jefferson la feria anual del condado. Eula y sus padres fueron a la ciudad y vivieron cuatro días en una casa de huéspedes. Los muchachos y las tres chicas ya estaban allí esperándola. Mientras su padre iba a ver ganado y utensilios agrícolas y su madre se afanaba alegre y autoritariamente entre hileras de latas, de tarros y de tartas barrocas, Eula, vestida con las faldas que había llevado el año anterior a la escuela con el bajo sacado y rodeada por su vociferante grupo de toscos y beligerantes adolescentes, recorría de la mañana a la noche casetas de tiro al blanco, juegos de buhoneros y puestos de refrescos, de ordinario comiendo algo, y muchas veces seguidas, sin apearse siquiera ni dejar de comer, se montaba a horcajadas, descubriendo hasta medio muslo sus largas piernas olímpicas, en los caballitos de madera de los tiovivos.

Cuando cumplió los quince años ya eran hombres. Tenían tamaño de hombres y hacían por lo menos trabajo de adultos: jóvenes de dieciocho, diecinueve y veinte, que en aquella época y país deberían haber estado pensando en el matrimonio y, al menos por consideración a Eula, mirando también a otras chicas; y por su propia conveniencia casi a cualquier otra chica. Pero no pensaban en el matrimonio. Había aproximadamente una docena de estos últimos que en algún momento, en algún instante, que su hermano no podía aún señalar con precisión, de la segunda primavera, irrumpieron en el tranquilo entorno de Eula como una estampida de reses salvajes, pisoteando y apartando a un lado sin compasión a los niños del verano anterior. Afortunadamente para su hermano, las giras campestres no fueron tan frecuentes como durante el verano de las elecciones, porque Jody iba con la familia en el birlocho: el hombre inquieto, indignado y sombrío con su caluroso traje de velarte deformado por el uso y la camisa sin cuello de color blanco brillante que ahora, como inmerso en una especie de incrédulo asombro, había dejado incluso de gruñir a su hermana. Sí que molestó a la señora Varner para que la obligase a llevar corsé. Y cada vez que la veía fuera de la casa, sola o en público, realizaba una comprobación manual para asegurarse de que lo estaba utilizando.

Aunque el hermano renunció a asistir a las ceremonias bautismales y a los cánticos, había importunado a los padres hasta conseguir que le sustituyeran en esas ocasiones. De manera que los jóvenes adultos sólo tenían lo que podría llamarse campo libre los domingos. Llegaban a la iglesia como un solo hombre, a lomos de caballos y mulas liberados del arado la noche anterior y que volverían a él con el alba del lunes, y esperaban a que llegase el birlocho de los Varner. Eso era todo lo que los compañeros adolescentes del año anterior veían ahora de ella: un vislumbre fugaz entre el birlocho y la puerta de la iglesia mientras se movía, tiesa y torpe, enfundada en el corsé y luciendo los vestidos, con el bajo sacado, del último año de la infancia;

la veían por un instante y luego desaparecía tras la compacta ola de quienes les habían desposeído. Al año siguiente sería el galán de punta en blanco en un reluciente coche ligero tirado por un caballo o una jaca criados para el tiro, mientras que a los jóvenes de ahora les llegaba el turno de verse arrinconados. Pero eso sería al año siguiente; ahora el batiburrillo era considerable, aunque reducido a algo parecido al decoro o al menos a la discreción por el edificio y el día, un atraillado alboroto de lujuria como el de otros tantos perros malhumorados tras una perra apenas madura e ignorante al parecer de lo que sucede, entrando en fila en la iglesia para sentarse en un banco trasero desde donde podían contemplar la modesta apariencia de su cabeza color de miel entre las de sus padres y hermano.

Después de la iglesia el hermano se marchaba, también a cortejar, según se creía, y durante las largas tardes soñolientas las mulas con las marcas de las correas del arado se adormilaban junto a la cerca de la casa de Varner, mientras sus jinetes se sentaban en el porche, compitiendo encarnizada y vanamente para ver quién aguantaba más, torpes y vociferantes y desconcertados y rabiosos no unos con otros, sino con la muchacha misma, a quien al parecer le tenía sin cuidado que se quedaran o no, que daba la impresión de no advertir incluso que competían en su honor. Las personas de más edad los veían al pasar: la media docena aproximada de camisas dominicales de vivos colores con elásticos de color rosa o espliego para sujetar las mangas, el pelo con brillantina sobre los cogotes tostados por el sol y bien afeitados, los zapatos relucientes, las fisonomías de rasgos duros y las voces fuertes, los ojos llenos del recuerdo de la semana de trabajo intenso en los campos que habían dejado atrás y de la conciencia de la próxima, que ya les esperaba; entre ellos, la chica, el punto central también aquí: el cuerpo que simplemente se desbordaba a sí mismo vestido con los ropajes de la infancia, como un durmiente arrojado del paraíso por una inundación nocturna y descubierto por viandantes casuales, y cubierto precipitadamente con la primera prenda disponible, todavía dormido. Los jóvenes seguían sentados, atraillados e indómitos y vociferantes y cerriles ante los inútiles segundos apresurados mientras se alargaban las sombras y empezaban a cantar las ranas y los chotacabras y el aire llevaba de aquí para allá a las luciérnagas por encima del riachuelo. Luego aparecía la señora Varner tan presurosa como siempre, hablando, y sin dejar de hablar hacía que entraran todos para comer las sobras frías de la copiosa comida, bajo la lámpara a cuyo alrededor zumbaban los insectos, y después los muchachos se daban por vencidos. Se marchaban como un solo hombre, hirviendo de indignación y muy correctos, para montar sobre los pacientes caballos y mulas y cabalgar en furiosa unanimidad sin palabras hasta el vado del río a algo menos de un kilómetro, desmontar, atar los caballos y las mulas y pelear salvaje y silenciosamente a puñetazo limpio, lavarse la sangre en el agua y montar de nuevo para irse cada uno por su camino, con los nudillos despellejados y los ojos morados, liberados por el momento hasta de la rabia, la frustración y el deseo, bajo el frío resplandor de la luna, atravesando los campos sembrados.

Para el tercer verano las mulas con las marcas de las correas del arado habían cedido el puesto a los caballos de paseo y a los coches ligeros. Ahora eran los jóvenes, los desbancados y desechados del año anterior, los que esperaban en el patio de la iglesia los domingos por la mañana para contemplar, con amargura e impotencia, cómo eran desposeídos a su vez: el coche resplandeciente, tan sólo levemente manchado de polvo, tirado por una lustrosa yegua o caballo con arcos tachonados, y conducido por el hombre que era propietario de los dos, un hombre adulto por derecho propio al que ningún padre que aún mantuviera de forma legal, y a veces también física, el poder de atar y desatar, volvería a sacar a la fuerza de una cama en un ático en un amanecer de hierro para ordeñar vacas o labrar una tierra que no era suya. Junto a él estaría la muchacha que el año pasado, en cierta manera al menos, había sido suya y ahora se había hecho demasiado mayor para ellos, escapándoseles como el mismo verano muerto; la muchacha que había aprendido por fin a caminar sin proclamar la presencia del corsé debajo de los vestidos de seda, con los que en lugar de parecer una chica de dieciséis años vestida como si tuviera veinte daba la impresión de ser una mujer de treinta con la ropa de una hermana menor de sólo dieciséis.

En una ocasión en primavera, durante una tarde y una noche, para ser exactos, hubo cuatro coches ligeros. El cuarto pertenecía a un viajante de comercio, y era alquilado. El viajante apareció un día en la aldea por accidente en un destartado carruaje que una caballeriza de Jefferson alquilaba a los viajeros; después de haberse perdido fue a parar a Frenchman's Bend, sin saber siquiera que había allí un almacén, para que le indicaran el camino. Al verlo se detuvo y trató de dar gato por liebre al dependiente, Snopes, fracasando por completo, como era lógico. Se trataba de un tipo bastante joven con los modales de la ciudad, seguro de sí mismo y perseverante. Muy pronto logró sonsacar a los ociosos habituales que se reunían en el porche quién era el dueño del almacén y dónde vivía; fue a casa de Varner, sin duda alguna llamó a la puerta, pero ya no llegó a saberse si le dejaron entrar o no. Dos semanas después estaba de vuelta, con el mismo destartado carruaje. Esta vez ni siquiera trató de vender algo a los Varner; se supo después que le habían invitado a cenar. Eso sucedió un martes. El viernes apareció de nuevo. Esta vez conducía el mejor coche de que disponía la caballeriza de Jefferson —un coche ligero y un caballo bastante bueno—, y él no sólo llevaba corbata, sino que vestía los primeros pantalones blancos de franela que se habían visto nunca en Frenchman's Bend. También fueron los últimos, y no duraron mucho: cenó con los Varner y aquella noche llevó a Eula a un baile que se celebraba en una escuela a doce kilómetros de distancia aproximadamente y luego desapareció. Alguien acompañó a Eula de vuelta a casa de sus padres y al alba del día siguiente el mozo de cuadra encontró el caballo y el coche de alquiler atados a la puerta de la caballeriza, y por la tarde el ferroviario del turno de noche contó que un individuo asustado y apaleado y con unos pantalones destrozados de color vainilla había comprado un billete para el primer tren de la mañana. El tren iba hacia el sur,

aunque se creía que el viajante de comercio vivía en Memphis, donde más adelante se descubrió que tenía mujer e hijos, pero nadie en Frenchman's Bend supo esto último o se interesó por saberlo.

De manera que quedaron tres. Eran constantes, casi por estricto turno, semana tras semana y domingo tras domingo, mientras los definitivamente excluidos esperaban junto a la iglesia para ver cómo al que le correspondiera aquella mañana ayudaba a Eula a apearse del coche. Aún seguían esperando en el mismo sitio para contemplar su pierna al descubierto cuando se subía de nuevo al vehículo o, formando un grupo amenazador a lo largo del camino, surgían de repente entre los matorrales cuando pasaba el coche para gritar tras él rencorosas obscenidades entre el torbellino de polvo que les ahogaba. En algún momento durante la tarde uno o dos o tres cruzaban ante la casa de Varner para ver, sin mirarlos, el caballo y el coche atados a la cerca, a Will Varner sesteando en su hamaca casera en el grupo de árboles que tenía en el patio y las celosías de las ventanas del salón que quedaba más allá, cerradas, según la costumbre local, para combatir el calor. Luego se quedaban acechando en la oscuridad, de ordinario con una garrafa de whisky peleón, justo más allá de la zona iluminada por las casas o los almacenes o los edificios escolares tras cuyas iluminadas puertas y ventanas las siluetas de las parejas que bailaban se movían en oposición a los lamentos y chillidos de los violines. En una ocasión cargaron gritando desde una mancha de sombra junto a la carretera iluminada por la luna contra el coche en movimiento, con la yegua alzándose de patas y corcoveando, el conductor de pie azotándoles con el látigo y riéndose de ellos cuando se agachaban o hacían regates con el cuerpo. Como no se trataba del hermano, fueron estos superfluos y coléricos desechos del último verano ya muerto quienes adivinaron o por lo menos creyeron que allí nunca había existido más que un solo coche todo el tiempo. Casi había transcurrido un año desde que Jody dejara de esperarla en el vestíbulo hasta que ella hacía su aparición, vestida, el coche aguardándola, para cogerla del brazo y, tal como hubiera palpado el lomo de un nuevo caballo en busca de cicatrices de úlceras producidas por la silla, explorar ceñudamente con su recia y pesada mano si llevaba puesto el corsé o no.

Este coche pertenecía a un individuo llamado McCarron que vivía a un poco menos de veinte kilómetros de la aldea. Era el hijo único de una viuda, a su vez hija única de un terrateniente acomodado. Huérfana de madre, se había fugado cuando tenía diecinueve años con un hombre bien parecido, de palabra fácil, simpático y seguro de sí mismo que había llegado a la región sin antecedentes ni pasado definido. Había permanecido allí un año aproximadamente. Su ocupación fundamental parecía ser jugar al póquer en la trastienda de los almacenes rurales o en el cuarto donde se guardan las sillas de montar en las caballerizas, y ganar siempre, aunque de forma perfectamente honesta; eso es algo que nadie puso nunca en duda. Todas las mujeres decían que sería un mal marido. Los hombres aseguraban que sólo una escopeta conseguiría hacer de él un marido, prescindiendo de que fuese bueno o malo, y la

mayoría lo hubieran rechazado como yerno incluso en esas condiciones, porque había un algo en él que amaba la noche: no sus sombras, sino el brillante e histérico resplandor y fulgor que era su esencia, la perversidad de no consagrar sus horas al sueño. Pero a pesar de todo, Alison Hoake se escapó cierta noche por la ventana de un segundo piso. No hubo escala de mano, ni tubo de desagüe ni cuerda hecha con sábanas anudadas. Se dijo que saltó y que McCarron la recogió en sus brazos; que desaparecieron por espacio de diez días y luego regresaron, y que McCarron entró, enseñando su excelente dentadura, aunque el resto de sus facciones no tomara parte en la sonrisa, en la habitación donde el viejo Hoake llevaba ya diez días esperando con una escopeta cargada sobre las rodillas.

Para sorpresa de todo el mundo, McCarron no sólo resultó un marido aceptable, sino también un excelente yerno. Sabía muy poco de agricultura y no fingió que le gustara, pero trabajó como capataz de su suegro, transmitiendo las instrucciones del anciano palabra por palabra, como lo hubiera hecho por supuesto un dictáfono, pero con la ventaja de entenderse bien, e incluso hasta cierto punto de dominar, a todos los hombres con menos facilidad de palabra que él, aunque fuese en realidad su carácter jovial, pero bien equilibrado, y su reputación de jugador lo que le ganó la obediencia de los braceros negros, más aún que su posición de yerno o que sus probadas proezas con el revólver. Incluso llegó a quedarse en casa por las noches y a abandonar las partidas de póquer. De hecho, posteriormente nadie supo a ciencia cierta si el plan de comprar ganado había sido de su suegro y no suyo. Pero en el espacio de un año, y ya convertido en padre, McCarron se dedicaba a comprar ganado y a llevarlo en vacadas hasta el ferrocarril y a Memphis cada dos o tres meses. Esta actividad se prolongó durante diez años, y para entonces el abuelo había muerto, dejando la propiedad a su nieto. McCarron hizo entonces su último viaje. Dos noches después de su marcha uno de los vaqueros que le acompañaban llegó a la casa al galope y despertó a su mujer. McCarron había muerto, y en la zona tampoco se supo nunca gran cosa acerca de lo que sucedió: al parecer le pegaron un tiro en una casa de juego. Su mujer dejó al niño de nueve años con los criados negros, se fue en la carreta, regresó con el cuerpo de su marido y lo enterró en la loma cubierta de cedros y robles, junto a su padre y a su madre. Poco después corrió el rumor, una historia de vida muy breve —un día o dos—, de que la autora del disparo había sido una mujer. Pero las habladurías cesaron pronto; tan sólo se decían unos a otros: «De manera que era eso lo que hacía todo el tiempo», y se mantuvo tan sólo la leyenda del dinero y de las joyas que se le atribuían como ganancias durante los diez años, ganancias con las que regresaba por la noche y que, con la ayuda de su mujer, tapiaba con ladrillos en una de las chimeneas de la casa.

El hijo, Hoake, a los veintitrés años parecía de más edad. Eso se debía a que su rostro, bien parecido y de facciones muy marcadas, tenía la misma expresión de seguridad en sí mismo que su padre. Era un rostro ligeramente fanfarrón y decididamente mimado, aunque más intolerante que presumido, a diferencia de su

progenitor. También carecía de humor y de ecuanimidad, y tal vez incluso de inteligencia, que no faltaba en el rostro de su padre, pero que probablemente estaba ausente de las facciones del hombre que permaneció durante diez días, después de la fuga de su hija, con una escopeta cargada en las rodillas. Hoake creció con un muchacho negro como único compañero. Durmieron en la misma habitación, el negro en un jergón en el suelo, hasta que el niño blanco cumplió diez años. El negro tenía un año más. A los seis y siete años, respectivamente, Hoake ganó al negro en una pelea limpia a puñetazos. A partir de entonces pagaba al negro, de su dinero para gastos, una cantidad fija, establecida entre ellos, por el privilegio de azotarle, sin demasiada violencia, con una diminuta fusta.

A los quince años su madre le mandó interno a un colegio militar. Precoz, con buena coordinación y rapidez para aprender todo lo que creía que iba en su propio beneficio, hizo méritos suficientes en tres años para ingresar en la universidad. Su madre le eligió una carrera en agricultura. Hoake se pasó un año entero en la ciudad sede de la universidad sin llegar siquiera a matricularse, mientras su madre le creía estudiando el primer año. Al otoño siguiente sí se matriculó y se le concedió el privilegio de abandonar sus estudios al cabo de cinco meses, a raíz del escandaloso desenlace de sus relaciones con la mujer de un profesor de poca importancia. Regresó a casa y empleó los dos años siguientes fingiendo supervisar la plantación que ahora dirigía su madre. Esto se traducía en que pasaba parte del día recorriéndola con las botas de gala de sus años en el colegio militar, botas que aún podía ponerse porque tenía los pies pequeños y que fueron las primeras botas de montar jamás vistas por aquellos parajes. Cinco meses atrás, Hoake había atravesado a caballo por casualidad la aldea de Frenchman's Bend y vio a Eula Varner. Contra él, después de la derrota del viajante de comercio de Memphis, se alzaron los jóvenes de las pacientes mulas del verano anterior en belicosa unanimidad para defender aquello en lo que, al parecer, ni ellos ni el hermano creían, aunque hubieran fracasado estrepitosamente en la tarea de demostrar lo contrario, como probablemente los caballeros antiguos lo habían hecho antes que ellos. Uno o dos o tres exploradores acechaban por los alrededores de la cerca de los Varner para ver salir el coche de McCarron y averiguar qué camino tomaba. Luego le precedían o le seguían hasta el correspondiente destino de tablas pisoteadas y violines gimoteantes, para esperar allí con la garrafa de whisky peleón y volver con él a casa o hacia casa: el interminable regreso por caminos nocturnos a través de la tierra dormida con o sin luz de luna, los cascos de la yegua como lenta seda en el polvo, moviéndose como se mueve un caballo cuando las riendas están enrolladas alrededor del látigo enhiesto en su agujero del guardabarros, los vados en que la yegua sin guía se aventuraba cautelosamente, se detenía sin que nadie la regañara y bebía, hociqueando y resoplando entre el roto reflejo de las estrellas, para alzar después el hocico goteante y quizá beber de nuevo o sencillamente resoplar dentro del agua como suele hacerlo un caballo que ya no tiene sed. No se oía ninguna voz ni nadie tocaba las riendas para que la yegua reanudase la

marcha; y lo cierto era que se quedaba allí parada mucho, muchísimo tiempo: demasiado. Una noche los jóvenes suplantados se abalanzaron contra el coche en movimiento desde las sombras junto a la carretera y fueron rechazados por la fusta porque no tenían un plan conjunto; les movía tan sólo la combustión espontánea de su rabia y su dolor. Una semana después, cuando el caballo y el coche estaban atados a la cerca de los Varner, irrumpieron gritando y aporreando cacerolas por una esquina del porche a oscuras; en seguida se presentó McCarron, caminando con su habitual compostura; pero no venía del porche, sino del grupo de árboles donde Varner colgaba la hamaca. Llamó a dos o tres por su nombre, los maldijo con voz tranquila, cordial, arrastrando las palabras y desafió a dos de entre ellos, los que quisieran, a enfrentarse con él en la carretera. Los otros vieron, pegada al costado, la pistola que empuñaba.

Luego le comunicaron por escrito su propósito. Podrían habérselo contado al hermano, pero no lo hicieron; no porque estuvieran casi convencidos de que Jody emplearía la violencia física contra quienes fuesen a informarle. Al igual que el maestro Labove, les hubiera parecido bien, lo habrían aceptado con auténtica alegría. Como en el caso de Labove, habría sido por lo menos la misma carne viviente y tibia bajo los golpes furiosos, amoratándose, despellejándose, manando sangre, que era, como con Labove, lo que en realidad deseaban en aquel momento, se dieran cuenta o no de ello. Se habían amurallado contra la posibilidad de contárselo porque en ese caso malgastarían su rabia en el agente de su venganza y no en el traidor; hubieran querido luchar contra el autor de aquella afrenta y mortal insulto con guantes de boxeo. De manera que mandaron a McCarron una notificación por escrito firmada con sus nombres. Uno de ellos cabalgó una noche los casi veinte kilómetros hasta la casa de su madre viuda y clavó el aviso en la puerta. La tarde siguiente, el negro de McCarron, que también era ya un hombre, llevó las cinco respuestas, una a una, y logró al fin escapar de ellos, con sangre en la cabeza, pero no gravemente herido.

Sin embargo, McCarron aún consiguió burlarles durante otra semana más. Querían sorprenderle cuando estuviera solo en el coche, antes de que llegara a la casa de Varner, o después de que la abandonara. Pero la yegua era demasiado rápida para alcanzarla al galope, y no había forma de inmovilizar a sus pacíficos animales de tiro en medio del camino y detener a la yegua; también sabían por sus pasados intentos de hacerlo a pie que McCarron les derribaría, de pie en el coche, con el látigo que cortaba como un cuchillo y una cruel sonrisa de superioridad. Además, tenía la pistola: habían aprendido lo suficiente acerca de él como para saber que no se separaba de ella desde que cumplió los veintiuno. Y quedaba todavía una cuenta pendiente entre él y los dos que habían apaleado a su mensajero negro.

De manera que al final se vieron obligados a tenderle una emboscada en el vado, con Eula en el coche, cuando la yegua se detenía para beber. Nadie supo nunca exactamente lo que sucedió. Había una casa cerca del vado, pero esa vez no hubo gritos ni alaridos, tan sólo erosiones y cortes y dientes ausentes en cuatro o cinco

cuando se les pudo ver la cara con la luz del día a la mañana siguiente. El quinto, uno de los que habían apaleado al negro, seguía inconsciente en la casa cercana. Alguien encontró el mango del látigo cubierto de sangre seca y cabellos, y más adelante, años después, uno de ellos contó que había sido la chica quien lo empuñara, saltando del coche y haciendo retroceder a tres de ellos golpeándoles con el látigo, mientras su acompañante utilizaba la culata de la pistola para hacer frente al eje de carreta y a los nudillos de latón de los otros dos. Eso fue todo lo que pudo saberse. El coche no llegó a casa de los Varner haciendo especiales esfuerzos por pasar inadvertido. Will Varner, en camisa de noche y comiéndose en la cocina un trozo de tarta de melocotón con un vaso de leche, les oyó atravesar el portón y subir al porche, hablando en voz baja, murmurando, como Eula y sus jóvenes cortejadores solían hacerlo, sobre cosas que su padre creía sin la menor importancia, y luego entrar en la casa, cruzar el vestíbulo y llegar a la puerta de la cocina. Varner alzó la vista y vio el rostro audaz y bien parecido, la agradable y decidida exhibición de dientes que todo el mundo hubiera calificado al menos de sonrisa, aunque no fuera especialmente deferente, el ojo hinchado, la larga herida que le bajaba por la mandíbula, el brazo colgante, pegado al costado.

—Ha tropezado con una cosa —dijo la muchacha.

—Ya lo veo —dijo Varner—. Parece como si esa cosa le hubiera coceado, además.

—Quiere una toalla y un poco de agua —siguió Eula—. Están allí —dijo, volviéndose; no entró en la cocina, hacia la luz—. Volveré en seguida.

Varner la oyó subir las escaleras e ir de un lado para otro en su habitación del piso superior, pero no le prestó más atención. Miró a McCarron y se dio cuenta de que no sonreía, sino que apretaba los dientes y que además sudaba. Después de reparar en eso, Varner tampoco se fijó más en la cara del joven.

—De manera que has tropezado con algo —dijo—. ¿Te puedes quitar la chaqueta?

—Sí —dijo el otro—. Ha sido cuando trataba de agarrar a mi yegua. Tropecé con un tronco para el fuego.

—Te está bien empleado, por tener una yegua como ésa en una leñera —dijo Varner—. Tienes roto el brazo.

—Bueno —dijo McCarron—. ¿No es usted veterinario? Supongo que un hombre no es muy distinto de una mula.

—Muy cierto —dijo Varner—. Aunque de ordinario los hombres no tienen tanto sentido común.

Eula entró en la cocina. Varner la había oído bajar la escalera, pero no advirtió que se había cambiado de vestido.

—Tráeme la garrafa de whisky —dijo Varner. Estaba debajo de su cama, que era donde la guardaba habitualmente. Eula bajó con ella. McCarron se había sentado con el brazo descubierto y extendido sobre la mesa de la cocina. Se desmayó una vez,

erguido en la silla, pero no por mucho rato. Después de eso tan sólo fue cuestión de dientes apretados y de sudar hasta que Varner terminó—. Sírvale otra copa y despierta a Sam para que le lleve a casa —dijo Varner. Pero McCarron no estaba dispuesto a que lo llevara a su casa ni a quedarse a dormir. Bebió por tercera vez de la garrafa y Eula y él volvieron al porche, mientras Varner se acababa el trozo de tarta y la leche, subía la garrafa al piso superior y se acostaba.

Ni el padre ni el hermano, a quien desde hacía ya cinco o seis años le obligaba a llevar la cabeza muy alta una idea que ni siquiera había pasado por la etapa previa de sospecha, sino que había brotado ya madura como una convicción, particularmente violenta por el hecho de que los esfuerzos más pertinaces no habían logrado probarla, adivinaron lo que había sucedido. Varner bebió por última vez de la garrafa antes de empujarla bajo la cama, donde un círculo de polvo indicaba el sitio que ocupaba desde hacía años, y se durmió. Entró en su habitual estado de sueño tranquilo y sin ronquidos, semejante al de un niño, y no oyó subir las escaleras a su hija, esta vez para quitarse el vestido, manchado ahora con su propia sangre. La yegua, el coche, se habían ido para entonces, aunque McCarron volvió a desmayarse antes de llegar a su casa. A la mañana siguiente el médico descubrió que, a pesar de haber sido adecuadamente reducida y entablillada, la fractura se había abierto de nuevo, encabalgándose los dos extremos del hueso, por lo que fue necesario volver a reducirla. Pero Varner no lo supo: el padre, el hombre enjuto, afable, astuto y poco dado a hacerse ilusiones, dormido sobre la garrafa de whisky a casi veinte kilómetros de distancia, que, prescindiendo de los errores que pudiera haber cometido al interpretar el corazón de las mujeres, en general, y el de su hija, en particular, había sido derrotado al final por no imaginar que Eula no sólo trataría de sostener, sino que hasta cierto punto sostendría desde abajo el lado herido de McCarron con su propio brazo en tensión.

Tres meses más tarde, cuando llegó el día en que dejaron de verse los coches ligeros y los rápidos y lustrosos caballos y yeguas junto a la cerca de los Varner, Will fue el último en darse cuenta. Los vehículos, los animales y los hombres que los montaban se habían ido, habían desaparecido de la noche a la mañana, no sólo de Frenchman's Bend, sino de la zona. Aunque uno de los tres conocía con seguridad al culpable y los otros dos conocían colectivamente a los dos que no lo eran, los tres huyeron, en secreto y por caminos poco frecuentados probablemente, con alforjas o un solo maletín preparado precipitadamente para viajar de prisa. Uno de ellos se marchó por lo que creía que harían los Varner. Los otros dos huyeron porque sabían que los Varner no lo harían. Porque también los Varner sabrían ya, de la única fuente incontrovertible, la chica misma, que dos no eran culpables, y por tanto esos dos quedarían también descartados entre los restos de un ayer muerto e inútil de apasionado y eterno pesar y dolor, junto con los impotentes jovencuelos que, al molestarlos también a ellos dos, junto con aquel que había triunfado, les habían concedido, ciega e inmerecidamente, el espaldarazo del éxito. Al huir también, hacían

una última y desesperada apuesta por la culpabilidad que no habían alcanzado, por la gloriosa vergüenza de la ruina que no habían causado.

De manera que cuando de casa en casa se fue corriendo por toda la región la voz de que McCarron y los otros dos se habían esfumado y que Eula Varner tenía lo que todo el mundo menos ella, como se vio en seguida, llamaba problemas, el último en enterarse fue el padre, aquel hombre que alegre, vigorosa y francamente se negaba a aceptar que teorías como la de la castidad femenina fuesen otra cosa que mitos para tapar los ojos a los maridos jóvenes, de la misma forma que algunos hombres se niegan a creer en la libertad de aranceles o en la eficacia de la oración; un hombre que, como era bien sabido, había empleado y todavía empleaba una parte nada desdeñable de su tiempo probándose a sí mismo la verdad de lo que mantenía y que, por aquel entonces, vivía una aventura con una mujer de cuarenta y pico años, esposa de uno de sus arrendatarios. Era demasiado viejo, le había explicado sin andarse con rodeos, para dedicarse a las aventuras nocturnas, tanto en su propia casa como en la de cualquier otro. De manera que la mujer se reunía con él por las tardes, con el pretexto de buscar los nidos ocultos de las gallinas, en un bosquecillo junto al riachuelo cercano a su casa; y en aquel retiro silvestre bendecido por Pan, el muchacho de catorce años que tenía la costumbre de espiarlos contó que Varner ni siquiera se quitaba el sombrero. Will fue el último que oyó hablar de lo sucedido, al verse despertado, mientras dormía con los calcetines puestos en la hamaca de madera, por la voz perentoria de su mujer, y correr, enjuto, un tanto descoyuntado y aún no completamente despierto, para atravesar el patio en calcetines y llegar al vestíbulo donde la señora Varner, con una bata vieja muy amplia y la cofia con encajes que se ponía para echarse la siesta, le gritaba con voz airada y por encima del fragor de la voz de su hijo, procedente de la habitación de Eula en el piso de arriba:

—Eula va a tener un niño. Sube y dale un trompazo a ese imbécil.

—¿Va a tener un qué? —dijo Varner. Pero no se detuvo. Siguió a toda prisa escaleras arriba, seguido de la señora Varner y entró en la habitación donde durante los dos últimos días su hija había permanecido encerrada casi constantemente, sin bajar siquiera para las comidas, enferma de lo que, si Varner se hubiese parado un momento a pensarlo, habría definido simplemente como un trastorno estomacal por comer demasiado, posiblemente de manera acumulada y repentina y violentamente retroactiva después de dieciséis años de tolerancia y ultraje visceral. Eula estaba sentada junto a la ventana con el cabello suelto y un llamativo negligé de imitación de seda que había encargado recientemente contra reembolso a una firma de Chicago. Su hermano, de pie junto a ella, la zarandeaba cogiéndola de un brazo y gritando:

—¿Cuál de ellos? ¡Dime cuál!

—Deja de empujarme —dijo ella—. No me encuentro bien.

Tampoco ahora Varner se detuvo. Se colocó entre los dos e hizo retroceder a Jody.

—Déjala en paz —dijo—. Y sal de aquí.

Jody se volvió contra su padre con el rostro encendido.

—¿Que la deje en paz? —dijo. Rió con fuerza, pero sin alegría. Los ojos descoloridos, saliéndosele de las órbitas y llenos de ira—. ¡Ése es el problema precisamente! ¡La hemos dejado en paz demasiado tiempo! Yo lo intenté. Sabía lo que se avecinaba. Os lo dije a los dos hace cinco años. Pero no. Los dos estabais mejor enterados que yo. ¡Y ahí está lo que habéis conseguido! ¡Ved lo que ha pasado! Pero voy a hacer que hable. Como hay Dios que voy a enterarme de quién ha sido. Y después voy a...

—De acuerdo —dijo Varner—. ¿Qué es lo que ha pasado?

Durante unos momentos, casi un minuto, Jody dio la impresión de haber perdido el uso de la palabra. Lanzó una mirada furibunda a su padre. Dio la impresión de que sólo un esfuerzo sobrehumano le impedía reventar allí mismo.

—Y me pregunta a mí qué ha pasado —acertó a susurrar al fin, asombrado e incrédulo—. Me pregunta qué ha pasado.

Giró sobre sí mismo; proyectó una mano hacia lo alto en un gesto de colérico repudio y, seguido por su padre, se abalanzó sobre la señora Varner, que había alcanzado la puerta en aquel momento, la mano sobre el carnoso pecho ahora jadeante y la boca abierta para hablar tan pronto como recobrase el resuello. Jody pesaba noventa kilos y la señora Varner, aunque no medía mucho más del metro cincuenta, casi pesaba lo mismo. Pero Jody logró misteriosamente cruzarse con ella en la puerta y seguir adelante mientras su madre trataba de sujetarle y Will Varner le seguía con la agilidad de una anguila.

—¡Detén a ese imbécil! —gritó la señora Varner, siguiéndolos también mientras su marido y Jody descendían con gran estrépito la escalera y entraban en la habitación del piso bajo que Varner aún llamaba su despacho, aunque durante los dos últimos años Snopes, el dependiente, había dormido allí en una cama turca, lugar en donde Varner alcanzó a Jody cuando se inclinaba sobre el cajón abierto del rústico secreter de nogal (ahora de valor incalculable, aunque Varner no lo sabía) que perteneciera al abuelo de Will, rescatando una pistola de entre la mezcolanza de cápsulas de algodón ya secas, vainas de guisantes, hebillas de arreos y cartuchos y papeles viejos que contenía. Del otro lado de la ventana situada junto al escritorio se veía correr por el patio en dirección a su cabaña a la cocinera negra, tapada la cabeza con el delantal, como hacen las gentes de color cuando empiezan las discusiones entre los blancos. Sam, su marido, empezó a seguirla, aunque más despacio, mirando hacia la casa en el preciso momento en que Varner y Jody le descubrieron simultáneamente.

—¡Sam! ¡Ensíllame el caballo! —rugió Jody.

—¡Escucha, Sam! —gritó Varner. Los dos sujetaban ahora la pistola, las cuatro manos irremediamente entrelazadas al parecer en el cajón abierto—. ¡No toques ese caballo! ¡Vuelve ahora mismo!

Los pasos de la señora Varner resonaban ya en el vestíbulo. La pistola salió del cajón, los dos retrocedieron, las manos entrelazadas, y vieron a la esposa y madre en

la puerta, la mano aún sobre el pecho jadeante, el rostro, de ordinario alegre y testarudo, ahora enrojecido y colérico.

—Sujétalo mientras busco un buen palo —jadeó—. Voy a arreglarle las cuentas. Se las voy a arreglar a los dos. ¡La una se queda embarazada y el otro se pone a gritar y a maldecir cuando estoy tratando de echarme la siesta!

—De acuerdo —dijo Varner—. Vete a buscar un palo.

La señora Varner salió del cuarto dando la impresión de ser violentamente succionada por su propia indignación. Varner consiguió apoderarse de la pistola, empujó a Jody (Will era muy fuerte, increíblemente nervudo y rápido a pesar de sus sesenta años, y además tenía por aliada una serena inteligencia, mientras su hijo sólo contaba con la ciega indignación) contra el escritorio, luego arrojó la pistola al vestíbulo, cerró la puerta de golpe, echó el pestillo y se volvió hacia Jody, jadeando un poco, pero no mucho.

—¿Se puede saber qué demonios estás tratando de hacer? —preguntó.

—¡Nada! —exclamó Jody—. Quizá te tenga sin cuidado tu apellido, pero a mí no. Tengo que llevar la cabeza muy alta delante de la gente, aunque tú no lo hagas.

—¡Ah! —dijo Varner—. No he notado que te cueste ningún trabajo mantenerla alta. La llevas tan arriba, que casi no puedes bajarla lo bastante para atarte los zapatos.

Jody le miró colérico, jadeando.

—Por los clavos de Cristo —exclamó—; quizá Eula no quiera hablar, pero estoy seguro de que encontraré a alguien que lo haga. Los encontraré a los tres. Les...

—¿Para qué? ¿Sólo por la curiosidad de saber a ciencia cierta quién se la ha beneficiado y quién no?

De nuevo durante un largo instante Jody fue incapaz de hablar. Permaneció junto al escritorio, enorme, semejante a un toro agujoneado, impotente y colérico, y sufriendo no por una ofensa a los Varner, sino de frustración. Los recios pies descalzos de la señora Varner resonaron de nuevo en el vestíbulo; en seguida empezó a martillar la puerta con el palo que había sacado de la leñera.

—¡Eh, Will! —gritó—. ¡Abre la puerta!

—¿Quieres decir que no vas a hacer *nada*? —preguntó Jody—. ¿Nada en absoluto?

—¿Hacer qué? —dijo Varner—. ¿A quién? ¿Es que no sabes que esos gallitos de corral no van a parar de correr hasta que lleguen a Texas? ¿Dónde estarías tú ahora si te encontraras en su pellejo? ¿Dónde estaría yo, a pesar de mis años, si tuviera bastante agilidad para merodear por los tejados que me apetecieran y entrar en las casas por añadidura? Sé demasiado bien dónde estaría, igual que lo sabes tú..., exactamente donde están ellos, y aún seguiría haciendo sudar al caballo.

Se dirigió hacia la puerta y corrió el pestillo, aunque el furioso y constante tamborileo del palo de la señora Varner era tan fuerte que le impidió oír el ruido del pestillo al girar.

—Ahora vete al establo y siéntate hasta que te tranquilices. Haz que Sam te consiga unos gusanos para cebo y vete de pesca. Si esta familia necesita hacer algo para mantener la cabeza alta, ya me encargaré yo de ello —giró el picaporte—. ¡Demonios coronados!, todo este escándalo y alboroto porque una maldita perra en celo finalmente se pasó de lista. ¿Qué esperabas? ¿Que siguiera el resto de su vida utilizando lo que Dios le ha dado sólo para hacer aguas menores?

Esto sucedió un sábado por la tarde. El lunes por la mañana siete hombres acucillados en el porche del almacén vieron al dependiente, Snopes, andando por la carretera procedente de la casa de Varner, seguido por un segundo individuo que transportaba una maleta. El dependiente, además de la gorra de tela gris y de la diminuta corbata de lazo, llevaba un abrigo. Quienes le contemplaban advirtieron en seguida que se trataba de la misma maleta de paja que, todavía nueva, había llevado Snopes una tarde a casa de Varner hacía ya un año, dejándola después allí. Luego los espectadores empezaron a fijarse en el hombre que la transportaba. Vieron que quien seguía al dependiente con aire perruno era un individuo algo más pequeño que él pero con su mismo aspecto, que casi podía decirse que entre los dos no existía más diferencia que la creada por la perspectiva. A primera vista incluso los dos rostros eran idénticos, pero la ilusión se desvaneció cuando subieron los escalones. Entonces se pudo apreciar que la segunda cara era también, sin duda alguna, la de un Snopes, y sólo se diferenciaba de la otra por la imprevisible variación del férreo parecido al que ya se habían acostumbrado; en este caso se trataba de un rostro no más pequeño exactamente, sino más junto, con las facciones agrupadas en su centro no por algún impulso interior, sino más bien desde fuera, como mediante un único gesto rápido con los dedos de una mano; una cara despierta y viva y no exactamente burlona, sino profunda e incorregiblemente alegre detrás de los ojos vigilantes y amorales de una ardilla.

Subieron los escalones y cruzaron el porche llevando la maleta. Snopes hizo un movimiento de cabeza en dirección a los mirones exactamente igual al de Will Varner, sin dejar de mascar; los dos entraron en el almacén. Al cabo de un rato tres hombres más salieron de la herrería al otro lado de la calle, de manera que había ya una docena de espectadores cuando, una hora después, se presentó el birlocho de Varner. Lo conducía Sam, el criado negro. Junto a él estaba la enorme maleta con fuelle, ya muy gastada, con la que el señor y la señora Varner habían hecho el viaje de luna de miel a Saint Louis y que desde entonces utilizaban todos los Varner que emprendían un viaje, incluidas las hijas que se casaban, devolviéndola después vacía, cuando podía interpretarse ya como símbolo y notificación oficial del ocaso de la luna de miel, de regreso al mundo, como fin del generoso abandono impulsivo provocado por la pasión, de la misma manera que la invitación impresa para la boda había sido su esperanzada aurora. Varner, en el asiento de atrás con su hija, saludó a todos en general con un gesto breve, sin matización alguna, ilegible. No se apeó del birlocho, y los que ocupaban el porche contemplaron unos momentos en silencio,

para en seguida apartar los ojos, la tranquila y hermosa máscara a su lado bajo el sombrero dominical, el velo, el traje de fiesta, incluso el abrigo de invierno, viendo sin mirar cómo Snopes salía del almacén con la maleta de mimbre y subía al asiento delantero junto a la maleta de fuelle. El birlocho se puso de nuevo en marcha. Snopes volvió una vez la cabeza y escupió por encima de la rueda. Llevaba la maleta de mimbre sobre las rodillas como si fuera el ataúd para un niño de pecho.

A la mañana siguiente Tull y Bookwright regresaron de Jefferson, después de entregar en el ferrocarril otra remesa de ganado. Al llegar la noche toda la región sabía el resto de la historia: cómo en la tarde de aquel lunes Varner, su hija y el dependiente habían ido al banco, donde Will hizo efectivo un cheque por una importante cantidad. Tull dijo que trescientos dólares. Bookwright respondió que eso significaba ciento cincuenta, porque Varner aplicaba un descuento del cincuenta por ciento incluso a sus propios pagarés. Del banco se habían trasladado al juzgado, a la oficina del catastro, donde se escrituró la casa del Viejo Francés a nombre de Flem y Eula Varner Snopes. Un juez de paz tenía su mesa en el despacho del secretario del tribunal y allí compraron la licencia.

Tull parpadeó varias veces al contarlo.

—Los novios salieron para Texas inmediatamente después de la ceremonia —dijo, tosiendo al mismo tiempo.

—Eso hace un total de cinco —comentó un individuo llamado Armstid—. Pero dicen que Texas es muy grande.

—Si no lo es tendrá que empezar a serlo —dijo Bookwright—. Quieres decir seis. Tull tosió. Seguía parpadeando muy de prisa.

—También la pagó el señor Varner —dijo.

—¿También pagó el qué? —preguntó Armstid.

—La licencia para la boda —dijo Tull.

Eula le conocía bien. Le conocía tan bien que ya nunca tuvo que volver a mirarle. Le conocía desde los catorce años, cuando la gente dijo que Flem había «dejado atrás» a su hermano. A ella no se lo dijeron. No les hubiera oído. No le habría importado. A Flem lo veía con mucha frecuencia, porque durante su decimoquinto verano Snopes empezó a ir todos los días a casa de Varner, de ordinario después de la cena, para sentarse con el padre de Eula en el porche; Flem se limitaba a escuchar, escupiendo el tabaco con precisión por encima de la barandilla. A veces se presentaba los domingos por la tarde y se acuclillaba contra un árbol junto a la hamaca de madera donde Will Varner se tumbaba sin zapatos, pero con calcetines, y seguía sin hablar y mascando tabaco; Eula lo veía allí desde el sitio que ocupaba en el porche rodeada por la famélica turba de sus admiradores dominicales de ese año. Para entonces ya había aprendido a reconocer el ruido sordo de sus zapatillas con suela de goma sobre las tablas del porche; sin levantarse e incluso sin volver la cabeza llamaba en dirección al interior de la casa: «Papá, está aquí ese hombre», o, al cabo de un poco, «el hombre», «papá, aquí está otra vez el hombre», aunque algunas veces decía el señor Snopes, pronunciándolo exactamente igual que si dijera el señor Perro.

Al verano siguiente, el de sus dieciséis años, no sólo no le miró, sino que nunca volvió a verlo, porque ahora vivía en la misma casa, comiendo en la misma mesa y utilizando la silla de montar de su hermano para ocuparse de los interminables negocios de su padre y de los suyos propios. Flem se cruzaba con ella en el vestíbulo donde su hermano la retenía, vestida para salir en el coche que la esperaba, mientras su recia mano enfurecida exploraba para comprobar si llevaba puesto el corsé o no, y Eula no le veía. Se sentaba frente a él en la mesa sólo dos veces al día porque la señorita Varner desayunaba en la cocina, a la avanzada hora de la mañana a la que por fin su madre lograba levantarla, aunque una vez que estaba despierta no costaba ya ningún trabajo que bajase a desayunar; cuando por fin la criada negra o su madre la expulsaban de la cocina con la última galleta a medio comer en la mano y el rostro sin lavar y con aspecto —en el exuberante deshábille con los cabellos sueltos y la ropa desaliñada y no siempre limpia que había recogido a tientas entre la cama y la mesa del desayuno— de haber sido sorprendida un momento antes en el lecho del amor ilícito por una redada de la policía, se cruzaba en el vestíbulo con Flem que volvía para el almuerzo, y era como si nunca hubiese estado allí. Y así un día la enfundaron en su ropa de los domingos, metieron el resto de sus cosas —los chillones negligés y camisones adquiridos contra reembolso, los zapatos baratos y endebles y los artículos de aseo que poseía— en la tremenda maleta de fuelle, la llevaron a la ciudad en el birlocho y la casaron con Flem.

Ratliff también estaba en Jefferson la tarde de aquel lunes. Vio cómo los tres

cruzaban la plaza desde el banco al juzgado y les siguió. Pasó por delante de la puerta de la oficina del catastro y los vio dentro; podría haber esperado a que salieran para ir al despacho del Secretario del tribunal y ser testigo de la boda, pero se marchó. No le hacía falta quedarse. Como sabía lo que estaba pasando tomó el camino de la estación para esperar allí una hora hasta la llegada del tren, y no se equivocó; vio la maleta de mimbre y la otra enorme de fuelle entrar en el vestíbulo, en una yuxtaposición que ya no resultaba paradójica y grotesca; vio una vez más la hermosa máscara serena bajo el sombrero dominical, del otro lado de una ventanilla en movimiento, sin mirar a nada, y eso fue todo. Si Ratliff hubiera vivido en el mismo Frenchman's Bend durante aquella primavera y verano, no habría sabido más —una aldea perdida, innominada, sin gracia, olvidada, pero que una vez por casualidad y accidente había recibido en las entrañas una ciega semilla de la pródiga eyaculación olímpica sin saberlo siquiera, había concebido sin hinchazón y dado a luz—; un breve verano resplandeciente, concéntrico, durante el cual tres coches tirados por caballos de aceptable calidad permanecieron en constante rotación a lo largo de una cerca o recorrieron velozmente los caminos de los alrededores entre las casas y los almacenes situados en los cruces y entre las escuelas y las iglesias, donde la gente se reunía en busca de diversión o, por lo menos, de evasión, y que luego de un día para otro, y simultáneamente, dejaron de verse para siempre; luego excéntrico: los coches ausentes, desaparecidos —un anciano enjuto, ágil, con calcetines de algodón, astuto y despiadado, la espléndida muchacha con su hermoso rostro semejante a una máscara, la criatura con aspecto de batracio que apenas le llegaba al hombro, cobrando un cheque, comprando una licencia, tomando un tren—, una palabra, una única voluntad de creer nacida de la envidia y de una antigua pesadumbre imperecedera, murmurada de cabaña en cabaña sobre las cacerolas que se lavan y las labores, de carreta a jinete en caminos y senderos o de hombre a caballo al que sostiene el arado detenido a mitad de un surco; la palabra, el sueño y el deseo de todos los varones bajo el sol capaces de hacer el mal —los jóvenes que sólo soñaban con la destrucción que aún no estaba a su alcance; los enfermos y los tullidos sudando insomnes en sus lechos, impotentes para el daño que querrían hacer; los viejos ya reseco que se arrastraban sobre la tierra, cuyos marchitos triunfos habían perdido hacía ya largo tiempo sus brotes, capullos y guirnalda en el polvo estéril, embalsamados ya y tan muertos para el mundo de los vivos, tras el inexpugnable percal matronil de las abuelas de los nietos de otros, como si estuvieran enterrados bajo bóvedas funerarias—; la palabra, con sus implicaciones de triunfos perdidos y derrotas de inimaginable esplendor; y aún mejor: poseer esa palabra, ese sueño y esperanza como futuro, o haber tenido necesidad de huir de esa palabra y ese sueño, como pasado. Incluso perduraba uno de los cuatro coches. Ratliff pudo verlo, descubrirlo algunos meses más tarde, vacío y con las varas apuntaladas en el cobertizo de un establo a pocos kilómetros de la aldea, almacenando polvo; las aves del corral lo utilizaban para dormir, ensuciando y estropeando sistemáticamente el barniz en otro tiempo reluciente con excrementos

calizos; y allí siguió hasta la recolección siguiente, la época del dinero, cuando el padre de su último conductor lo vendió a un jornalero negro, después de lo cual se le veía cruzar la aldea varias veces al año, tal vez reconocido, tal vez no, mientras su nuevo propietario se casaba y empezaba a tener una familia, el coche cada vez más gris, derramando niños, perdido el brillo, las ruedas enderezadas mediante duelas de barril cruzadas y sujetas con alambre, hasta que tanto las delicadas ruedas como las duelas desaparecieron, transformadas, al parecer sin dejar de moverse, en ruedas de carreta un poco más pequeñas, recias, ya usadas, que le hacían escorarse, con una inclinación también variable, que se trasladaba de un costado a otro entre dos de sus fugaces apariciones detrás de una sucesión de caballos y mulas, lisiados y huesudos, de arreos remendados con alambre y cuerda, como si su dueño lo hubiera sacado diez minutos antes de un cementerio secreto para esta particular apoteosis final de canto de cisne que, lamentablemente malinformada sobre sus propias capacidades, nunca resultaba ser la última.

Pero cuando Ratliff hizo girar por fin su recia pareja de jacos hacia Frenchman's Bend, Bookwright y Tull habían regresado a sus casas hacía ya tiempo, contándolo todo. Era el mes de septiembre. El algodón se había abierto, derramándose por los campos; hasta el mismo aire olía a algodón. A medida que Ratliff pasaba junto a las plantaciones, los cosechadores, encorvados sobre la tierra, parecían inmóviles como estacas en el oleaje entre el constante movimiento de las cápsulas que estallaban, con los largos sacos, llenos sólo en parte, flameando tras ellos como tiasas banderas heladas. El aire ardía, luminoso y sofocante: un último y violento esfuerzo del verano sentenciado y moribundo. Las pezuñas de los jacos se movían rápidamente sobre el polvo y el mismo Ratliff, dejándose llevar por el movimiento, las riendas flojas en una mano, el rostro inescrutable, los ojos sombríamente impenetrables, inquisitivo y meditabundo, recordando, viéndolos todavía: el banco, el juzgado, la estación; la hermosa y tranquila máscara vista una vez más al otro lado de un cristal en movimiento y en seguida ausente. Pero todo estaba en orden; no era más que carne, nada más que carne de moza, pensó, y bien sabe Dios que la hay en abundancia, que la hubo ayer y que la habrá también mañana. Por supuesto que iba a desperdiciarse, no sólo tratándose de Snopes, sino de todos ellos, Ratliff incluido... Pero ¿se desperdiciaría de verdad?, pensó de repente, viendo el rostro de nuevo por un instante como si hubiera hecho volver no sólo la tarde, sino también el tren: el tren mismo, que había cumplido su cometido y su horario y que, por tanto, a pesar de los vagones y de la locomotora, no existía ya. Contempló de nuevo el rostro. No había sido un rostro de tragedia, y ahora no estaba siquiera condenado, ya que, tras él, tan sólo contemplaba el mundo otro enemigo mortal de la raza masculina. Y hermoso; pero también los puñales y las pistolas del salteador de caminos sirven para darle lustre; y ahora, mientras lo contemplaba, el tranquilo rostro perdido se desvaneció. Lo hizo de prisa; fue como si el cristal en movimiento retrocediera a su vez, también simplemente una parte, un objeto inventado, de los restos concéntricos de la

traslación, y no quedara más que la maleta de mimbre, la diminuta corbata y la mandíbula incansable:

Hasta que por fin, desconcertados, acudieron al Príncipe en persona.

—Alteza —dijeron—. *No quiere. No podemos hacer nada con él.*

—¡Cómo! —gritó el Príncipe.

—Dice que un trato es un trato. Que hizo el trueque en buena fe y honorablemente y que ahora ha venido a cumplir lo que prometió, de acuerdo con la ley. Pero no la encontramos —explicaron—. Hemos mirado por todas partes. No es que fuera grande, ni muchísimo menos, pero la tratamos con especial cuidado. La cerramos herméticamente en una caja de cerillas de amianto y pusimos la caja en un compartimento separado. Pero cuando abrimos el compartimento había desaparecido. La caja de cerillas estaba allí y seguía cerrada herméticamente. Pero dentro no había más que una manchita seca en uno de los lados. Y ahora ha venido a cumplir su promesa. Pero ¿cómo puede pagar con el castigo eterno si nos falta el alma?

—Maldita sea —gritó el Príncipe—. *Dadle una de las sobrantes. ¿No hay almas que se presentan aquí todos los días, dando golpes en la puerta y armando un escándalo de todos los demonios para entrar, trayendo incluso cartas de miembros del Congreso de los que ni siquiera hemos oído hablar? Dadle una de esas.*

—Lo hemos intentado —explicaron—. *Pero no acepta. Dice que no quiere más que lo que le corresponde legalmente de acuerdo con lo que las leyes bancarias y civiles determinan que es suyo. Dice que ha venido preparado a cumplir lo que prometió y a hacer buena su firma, y que por supuesto espera que su Alteza, más que nadie, cumpla su parte en el trato.*

—Decidle entonces que se puede ir. Decidle que se ha equivocado de dirección. Que no tenemos nada en nuestros libros contra él. Decidle que se ha perdido su pagaré..., si es que alguna vez existió. Decidle que hemos tenido una inundación, incluso una helada.

—No se irá, no se irá sin su...

—Echadle. Arrojadle fuera.

—¿Cómo? —preguntaron—. *Tiene la ley.*

—Ah —dijo el Príncipe—. *Un picapleitos de pacotilla. Entiendo. Está bien —dijo—. Arregladlo. ¿Por qué me molestáis a mí? —y se reclinó en el asiento y alzó el vaso y sopló para que salieran las llamas como si creyera que ya se habían ido. Pero aún seguían allí.*

—¿Arreglar qué? —preguntaron.

—¡Su soborno! —gritó el Príncipe—. *¡Su soborno! ¿No acabáis de decirme que se ha presentado con la boca llena de derecho? ¿Es que esperáis que os haga un recibo?*

—Ya lo hemos intentado —dijeron—. *No acepta sobornos.*

Entonces el Príncipe se puso en pie y se burló de ellos con una lengua muy

afilada y mordaz que no admitía réplicas, explicándoles cómo probablemente lo que ellos creían que era un soborno sería en realidad un descuento en metálico y tal vez un viaje a la Legislatura como propina; y los otros allí de pie, escuchando y aguantando porque él era el Príncipe. Sólo que uno de ellos ya estaba allí en la época de su padre. Solía mecer al Príncipe en sus rodillas cuando no era más que un niño; incluso le hizo una horquilla pequeña y le enseñó cómo utilizarla practicando con amarillos y latinos y polinesios, hasta que tuviera fuerza suficiente en los brazos para ocuparse de su parte de blancos. Y a este servidor no le gustó la actitud del Príncipe, se le acercó, le miró y dijo:

—Tu padre cometió un error aún mayor sin que nadie le criticara. Aunque tal vez un hombre más grande tentó a otro de su misma talla.

—O a ti te ha criticado uno de menos categoría —respondió el Príncipe con voz cortante. Pero también se acordó de los viejos tiempos, cuando el anciano servidor sonreía con orgulloso afecto ante sus torpes invenciones juveniles con perdigones de lava y azufre y cosas parecidas, y de cómo presumía por la noche ante el Príncipe padre explicando lo que el chiquillo había hecho aquel día, lo que había inventado para hacerle a aquel niño latino o amarillo, algo que ni siquiera se les había ocurrido aún a las personas mayores. De manera que se disculpó y logró apaciguar al anciano.

—¿Qué le habéis ofrecido? —preguntó.

—Las gratificaciones.

—Las tiene. Dice que para un hombre que sólo masca tabaco, cualquier escupidera sirve.

—¿Y luego?

—Las vanidades.

—¿Y...?

—Las tiene. Ha traído una gruesa en la maleta, hechas de amianto especialmente para él, con broches que no se funden.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere? —gritó el Príncipe—. ¿Qué es lo que quiere? ¿El Paraíso?

Y el anciano servidor se le quedó mirando, y el Príncipe creyó primero que era porque no había olvidado aún la burla anterior. Pero pronto descubrió que no era ése el motivo.

—No —dijo el anciano servidor—. Quiere el Infierno.

Y durante un rato no se oyó en aquella magnífica sala regia engalanada con las orgullosas humaredas, hechas jirones en las batallas, de los antiguos mártires, otro ruido que el de la carne achicharrada y los débiles pero incesantes gritos de auténticos cristianos. Pero el Príncipe llevaba la misma sangre en las venas que su papá. De un golpe la indolencia sibarítica y la actitud burlona desaparecieron; podría haber sido el viejo Príncipe en persona quien se irguió en el salón del trono.

—Traédmelo —dijo—. Y después dejadnos solos.

De manera que se lo llevaron y luego se marcharon y cerraron la puerta. Su ropa todavía echaba un poco de humo, pero en seguida se lo sacudió casi todo con la mano. Se acercó al Trono, mascando, con la maleta de mimbre.

—¿Y bien? —dijo el Príncipe.

El otro giró la cabeza y escupió; la saliva, al tocar el suelo, se transformó de inmediato en una bolita azul de humo.

—He venido por el asunto del alma —respondió.

—Eso me han dicho —dijo el Príncipe—. Pero no tienes alma.

—¿Es culpa mía? —preguntó el otro.

—¿Acaso es mía? —dijo el Príncipe—. ¿Piensas que te he creado yo?

—Entonces, ¿quién fue si no? —respondió el otro. Y con aquello tenía atrapado al Príncipe y el Príncipe lo sabía. De manera que intentó sobornarle él mismo. Enumeró todas las tentaciones, las gratificaciones, las saciedades; parecían néctar y ambrosía según la manera que tenía el Príncipe de describirlas con todo detalle. Pero el otro ni siquiera dejó de mascar, de pie, con la maleta de mimbre en la mano. Luego el Príncipe dijo: «Mira allí», señalando la pared; y allí estaban, por orden y de acuerdo con todas las ceremonias para que él las contemplara, viéndose realizarlas todas, incluso las que ni siquiera a él mismo se le había ocurrido inventar todavía, hasta que pasaron todas, por inimaginables que resultaran. Y se limitó a volver la cabeza y a lanzar otro salivazo con jugo de tabaco que se abrasó al tocar el suelo. El Príncipe se echó hacia atrás en el Trono lleno de exasperación, rabia y desconcierto.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —dijo el Príncipe—. ¿Qué es lo que quieres? ¿El Paraíso?

—Eso no entraba en mis cálculos —respondió el otro—. ¿Puede usted ofrecérmelo?

—¿Quién si no? —dijo el Príncipe. Y supo que con aquello le tenía atrapado. De hecho el Príncipe sabía que le tenía atrapado desde el principio, desde que le dijeron que se había presentado en la puerta hablando como el código civil; incluso se inclinó hacia adelante e hizo sonar la campanilla de fuego para que el viejo servidor pudiera ver cómo se hacía; luego se recostó en el Trono y lo contempló a sus pies, con la maleta de mimbre y dijo:

—Has reconocido, sin discutirlo siquiera, que te he creado. Por tanto, tu alma ha sido mía todo el tiempo. Y, por consiguiente, cuando la ofreciste como garantía por ese pagaré, ofreciste lo que no poseías y, por tanto, te expusiste a...

—Nunca lo he negado —dijo el otro.

—... a un proceso penal, De manera que coge tu maleta y... —dijo el Príncipe—. ¿Eh? —exclamó a continuación—. ¿Qué es lo que has dicho?

—Que nunca lo he negado —repitió.

—¿Qué? —dijo el Príncipe—. ¿No has negado el qué? —excepto que de su boca no salió ningún ruido; y el Príncipe se inclinó hacia adelante y en seguida sintió el

suelo que ardía bajo sus rodillas y notó que se agarraba la garganta y tiraba de ella para sacar las palabras como si estuviera sacando patatas de una tierra muy endurecida—. ¿Quién eres? —dijo, ahogándose y jadeando y mirando con ojos desorbitados al otro, sentado con la maleta de mimbre en el Trono, entre las llamas brillantes con forma de corona—. ¡Quédate con el Paraíso! —chilló el Príncipe—. ¡Cógelo! ¡Es tuyo! —y el viento rugía alzándose y la oscuridad rugía descendiendo y el Príncipe se arrastró por el suelo, arañando y golpeando la puerta cerrada con llave, sin dejar de gritar...

TERCER LIBRO

El largo verano

Capítulo uno

1

Sentado en la calesa inmóvil, Ratliff vio cómo el viejo y gordo caballo blanco salía del corral de Varner y avanzaba por el callejón junto a la cerca de estacas, rodeado y precedido por las abundantes y sonoras resonancias de sus entrañas, semejantes a las de un órgano. De manera que ha vuelto al caballo, pensó Ratliff. Tiene que ponerse a horcajadas por lo menos una vez para seguir moviéndose. También le ha costado eso. Sacar la corbata de lazo patentada de su almacén y de su casa le ha costado, además de la escritura de propiedad y de los dos dólares de la licencia matrimonial y de los billetes para Texas y del dinero en metálico, tener que renunciar a ir en el coche nuevo con otra persona como conductor. El caballo se acercó para terminar deteniéndose, al parecer por decisión propia, junto a la calesa donde Ratliff, pulcro, decoroso y serio, parecía una persona que viniese a dar el pésame.

—Debía de estar usted completamente desesperado —dijo calmamente. No tenía intención de resultar ofensivo. Ni siquiera pensaba en la deshonra de la hija de Varner o en la misma Eula. Se refería a la tierra, a la casa del Viejo Francés. Nunca había creído ni por un momento que no tuviese valor. Podría haberlo creído si fuese otro el propietario. Pero el simple hecho de que Varner hubiera llegado a adquirirla y siguiera conservándola, sin hacer aparentemente el menor esfuerzo por venderla ni tomar ninguna otra iniciativa era prueba suficiente para él. Así que cuando Varner se desprendió definitivamente de la casa del Viejo Francés, Ratliff concluyó que había recibido por fin el precio que le había hecho conservarla veinte años, o por lo menos un precio que consideraba suficiente, tanto si se trataba de dinero como de otra cosa. Y al reflexionar sobre quién era el nuevo propietario, Ratliff estaba seguro de que el precio había sido la necesidad y no dinero en efectivo.

Varner sabía lo que Ratliff pensaba. Desde lo alto del viejo caballo contempló al viajante de comercio, los crueles ojillos tras las pobladas cejas de color rojizo lanzando destellos hacia el hombre que estaba mucho más cerca de ser su hijo en espíritu e inteligencia, e incluso en apariencia física, que ninguno de los que había engendrado.

—De manera que, en tu opinión, el hígado de primera calidad no va a asfixiar a ese gato —dijo.

—Tal vez si dentro lleva un trocito de cuerda anudado —dijo Ratliff.

—¿Qué trocito de cuerda anudado?

—No lo sé —dijo Ratliff.

—¡Ah! —dijo Varner—. ¿Vas en la misma dirección que yo?

—Supongo que no —respondió Ratliff—. Voy camino del almacén —a no ser que ahora piense que puede incluso volver a sentarse en el porche, pensó.

—Yo también —dijo Varner—. Tengo ese maldito juicio hoy por la mañana. Ese condenado Jack Houston y ese, cómo-se-llama, Mink. Sobre el asunto de ese novillo que Dios confunda.

—¿Quiere usted decir que Houston le ha demandado? —preguntó Ratliff—. ¿Houston?

—No, no. Houston no ha hecho más que tener el novillo. Lo tuvo todo el verano y Snopes le dejó alimentarlo y sacarlo a pastar todo el invierno, y se metió en el prado de Houston toda esta primavera y también en el verano. Luego la semana pasada, por alguna razón, Snopes decidió ir a por él y llevárselo. Supongo que pensaba sacrificarlo. De manera que se presentó en el prado de Houston con una cuerda. Y estaba allí tratando de atraparlo cuando llegó Houston y le dijo que no. Asegura que tuvo que acabar sacando la pistola. Al parecer Snopes se quedó mirando la pistola y dijo: «Eso es lo que va a necesitar. Porque sabe que yo no tengo una». Y Houston dijo que muy bien, que pondrían la pistola sobre un poste de la cerca, cada uno retrocedería por su lado hasta el poste siguiente, contarían tres y correrían a por la pistola.

—¿Por qué no lo hicieron? —preguntó Ratliff.

—¡Ah! —respondió Varner, lacónicamente—. Vamos. Quiero terminarlo cuanto antes. Tengo otros asuntos pendientes.

—Vaya usted delante —dijo Ratliff—. A mí me sobra tiempo. Ni ese novillo ni ese juicio son asunto mío.

De manera que el viejo caballo gordo y limpio (siempre daba la impresión de que acababa de volver de la tintorería; casi se notaba el olor a bencina) se puso de nuevo en marcha, con un sonoro acorde interno preliminar, avanzando a lo largo de la cerca de estacas gastada por la intemperie y agujereada. Ratliff, desde la calesa completamente inmóvil, se le quedó contemplando, a él y a la enjuta y ágil figura que, con la excepción del intervalo de tres años en el coche ligero, lo había montado, con la misma silla entre los dos, por espacio de veinticinco años, pensando que si, al igual que hacen los perros, el caballo blanco y los dos suyos hubieran olfateado ahora la cerca en busca de coches de ruedas amarillas, no los habrían encontrado, pensando: Y todos los demás machos de dos patas de esta región entre los trece y los ochenta pueden pasar ahora por aquí sin sentir la necesidad de detenerse y alzar una de sus extremidades contra la cerca. Y sin embargo aquellos coches seguían allí. Ratliff los

veía, los sentía. Algo seguía allí; era imposible que se hubieran desvanecido tan de prisa y tan por completo; el aire contaminado e intenso y magnífico que se había derramado y dado forma a aquella abundancia y munificencia, que había realizado la función hidráulica con aquella progresión casi ininterrumpida de comida masticada, que la había mantenido intacta a pesar del constante desgaste de aquellos dieciséis años de permanecer sentada: por qué al final no podía haber sido aquel cuerpo la montaña imposible de escalar, la madre sonrosada y virginal de las barricadas que ningún hombre pudiera superar gratis o superar simplemente, en lugar de verse arrojado de un lado para otro, sin dejar ninguna cicatriz, huella alguna de sí mismo (el niño que nazca se parecerá tan poco como ella a cualquier persona que este país haya visto jamás, pensó); el coche tan sólo una parte del todo, un añadido insignificante y trivial, como los botones de su ropa, la ropa misma, las cuentas de poco valor que uno de los tres le regalara. Eula no hubiera sido nunca para él, Ratliff, ni siquiera en el momento culminante de lo que Varner y él habrían llamado su época dorada de aventuras nocturnas. Ratliff lo aceptaba sin lamentaciones ni remordimientos, no habría querido que fuese así (sería como darme un órgano, a mí que no he llegado ni llegaré nunca más allá de dar cuerda a la caja de música de segunda mano recibida a cambio de un buzón, pensó) e incluso se acordó del inexpresivo vencedor con aspecto de batracio sin sentir celos: y ello no porque supiera que, prescindiendo de lo que Snopes esperase de lo que ahora tenía o del nombre que le diera, su triunfo nunca sería una victoria. Lo que sentía era cólera ante la dilapidación, el inútil derroche; ante una situación intrínseca e inherentemente mala para cualquier economía, como preparar una trampa para una rata con un tronco de árbol y poner como cebo una novilla recién parida; o no, peor aún: como si los dioses mismos hubieran concentrado todo el sol y la lluvia de junio, creadores de vida, sobre un montón de estiércol para criar hormigas. Más allá del caballo blanco, más allá de la esquina de la cerca de estacas, nacía el sendero apenas marcado, casi cubierto de maleza, que llevaba a la casa del Viejo Francés. El caballo trató de seguirlo hasta que Varner tiró de las riendas sin contemplaciones. Por no decir nada del asilo, pensó Ratliff. Aunque en ese caso no le habrían perseguido con tanta insistencia. Agitó suavemente las riendas.

—Arre, muchachos —dijo—, adelante.

Los dos jacos y la calesa siguieron avanzando entre el espeso polvo del verano muerto. Ahora Ratliff veía la aldea propiamente dicha: el almacén, la herrería, el techo metálico de la desmotadera con la tenue y rápida vibración de los gases de escape por encima de la chimenea. Corría la tercera semana de septiembre; el aire seco, cargado de polvo, vibraba regularmente con el rápido pulso de la máquina, aunque las temperaturas del aire y del vapor eran tan parecidas que no se veía el menor rastro de gas; tan sólo una tenue vibración enfebrecida, como de espejismo. El aire ardiente, luminoso, que parecía estar lleno de las lentas y trabajosas quejas de las carretas cargadas, olía a hilachas sueltas de algodón, hilachas que colgaban de los

hierbajos a los lados de la carretera, esculpidos en polvo, y pequeños grumos de algodón quedaban impresos en el polvo pisoteado, junto con las huellas de ruedas y pezuñas. Ratliff veía también las carretas, la larga hilera inmóvil detrás de las pacientes mulas de cabeza caída, esperando para avanzar cada vez tan sólo el largo de una carreta, hasta llegar a la balanza y situarse a continuación bajo el tubo de succión donde estaría de nuevo Jody Varner, debido a que ahora había en el almacén un segundo dependiente —el nuevo exactamente igual que el anterior, pero un poco más pequeño, un poco más compacto, como si a los dos los hubieran hecho con el mismo troquel, pero en orden inverso y el último acuñado, después de que los bordes del troquel se hubieran desgastado y dado un poco de sí, hubiese aparecido primero—, con boca pequeña de labios carnosos y vivo color rosa como el hocico de un gatito y ojos brillantes, rápidos e inmorales como los de una ardilla y aspecto de alegre e incorregible e incansable convicción de la inherente, constante y activa deshonestidad de todos los hombres, él mismo incluido.

Jody Varner estaba en la balanza; Ratliff torció su cuello de pavo al pasar y vio el grueso velarte con rodilleras, la camisa blanca sin cuello y con media luna amarilla de sudor en cada sobaco y el polvoriento sombrero negro con hilachas de algodón. Supongo que ahora es posible que todo el mundo esté satisfecho, pensó Ratliff. O todo el mundo con una excepción, añadió para sus adentros, porque antes de que llegara al almacén salió de él Will Varner y se montó en el caballo blanco que alguien acababa de desatar y sostenerle, y, más allá, en el porche, se produjo la irrupción de los hombres cuyas carretas cargadas esperaban turno al otro lado de la carretera, y mientras Ratliff se dirigía a su vez hacia allí, Mink Snopes y el otro Snopes, el que hablaba con refranes, el maestro de escuela (vestido con una levita nueva que, a pesar de serlo, parecía pertenecerle tan poco como la primera que Ratliff le viera utilizar), descendieron los escalones. Ratliff vio el rostro huraño ahora rígido y helado de cólera bajo la única ceja; a su lado, el rostro de roedor del maestro, los dos dando la impresión de cruzar a su lado en un torbellino de manos y brazos disparados sin coordinación desde la nueva levita negra arremolinada, y la voz que, al igual que los gestos, no parecía ser el criado, sino el señor del cuerpo que le proporcionaba sangre y aliento:

—Ten paciencia; César no edificó Roma en un día; la paciencia es el caballo que llega más lejos; la justicia es el alimento del justo, pero veneno para el malvado si le das tiempo al tiempo. He estudiado lo que dice la ley; Will Varner la ha interpretado mal, pura y simplemente. Recurriremos. Haremos que... —hasta que el otro volvió el rostro enfurecido con el violento subrayado de la única ceja hacia su acompañante y dijo con ferocidad: «¡Vete a la m...!». Luego siguieron andando.

Ratliff se acercó al porche. Mientras ataba a los jacos salió Houston seguido del enorme perro, montó a caballo y se alejó. Ratliff subió los escalones del porche, donde estaban reunidos por lo menos veinte hombres, Bookwright entre ellos.

—El demandante parece tener talento jurídico —dijo—. ¿Cuál ha sido la

sentencia?

—Cuando Snopes pague a Houston tres dólares de pasto podrá llevarse al novillo —dijo Quick.

—Claro —dijo Ratliff—. ¿Y el tribunal no ha hecho ninguna concesión a su abogado?

—Al abogado se le multó con lo que dio la impresión de ser la extensa parte final de un discurso inacabado —dijo Bookwright—. Si es eso lo que quieres saber.

—Vaya, vaya —dijo Ratliff—. Vaya, vaya, vaya. De manera que Will sólo logró hacer callar al siguiente en la sucesión de los Snopes. Y no es que algo más importante hubiera cambiado las cosas. Los Snopes pueden venir y marcharse, pero Will Varner parece condenado a seguir con los Snopes para toda la eternidad. O la eternidad de los Snopes seguir con Varner, lo que más os guste. ¿Qué es lo que dice ese tipo? ¡Acabemos con lo viejo, viva lo nuevo! El mismo trabajo en el mismo establecimiento; ¿tal vez lo haga una persona distinta, pero se sigue engañando al mismo tonto?

Bookwright le estaba mirando.

—Si te pones más cerca de la puerta te oírás mucho mejor —dijo.

—Claro —dijo Ratliff—. A palabras sordas, oídos necios, el mundo abre una senda hasta la pocilga del rico, pero no todas las familias tienen un abogado nuevo, y mucho menos un profeta. A quien no malgasta, nada le falta; pero una tripa llena no necesita un profeta que profetice un beneficio ni a costa de quién lograrlo.

Ahora todos le miraban: el rostro bien afeitado, impenetrable, con un algo en torno a los ojos y en las líneas junto a la boca que no eran capaces de leer.

—Escucha —dijo Bookwright—. ¿Qué demonios te pasa?

—¿Por qué? Nada —respondió Ratliff—. ¿Qué problema puede haber con nada en ninguna parte y de ningún modo en éste que es el mejor de todos los mundos posibles? Probablemente los mismos que le venden las corbatas de lazo tendrán también un par de medias negras y largas. Y cualquier pintor de rótulos le pintará un biombo para colocar junto a la cama y que parezca que se está mirando a una pared llena de estanterías con latas de comida...

—Oye —dijo Bookwright.

—... para que pueda hacer lo que todo hombre y mujer que la vio alguna vez y que tenga entre trece y los ciento un años del viejo McCallum llevan veintinueve días pensando. Claro está que podría arreglarlo con el tejado de un cobertizo para trepar y una ventana por la que entrar reptando. Pero no es necesario. No, señor. Ese hombre no es un gato enamorado de tres al cuarto. Ese individuo... —un muchachito de ocho o diez años apareció trotando, vestido con un mono, subió los escalones del porche y les miró un instante con unos ojos tan azules e inocentes como zafiros y entró corriendo en el almacén—... todo lo que necesita ese individuo es sentarse en el almacén hasta que, al cabo de un rato, llega una muchacha negra a por cinco centavos de manteca de cerdo; no viene a comprar: llega, pide la manteca al señor

Snopes, que se la da y escribe algo en un libro y ella no sabe más sobre lo que él ha escrito en ese libro y por qué lo escribe de lo que sabe acerca de cómo la manteca de cerdo llegó al balde de estaño con un cerdo pintado que hasta ella se da cuenta de que es un cerdo; luego él pone otra vez el balde en su sitio y guarda el libro y va y cierra la puerta y coloca la tranca; mientras tanto ella ha dado la vuelta y está detrás del mostrador y se tumba en el suelo porque quizá ya piensa a estas alturas que es eso lo que se tiene que hacer; no que tenga que pagar por la manteca de cerdo, porque eso ya está apuntado en el libro, pero para salir otra vez por esa puerta...

El nuevo dependiente apareció de repente entre ellos. Salió del almacén de un salto, todas sus facciones dando la impresión de precipitarse hacia el centro de la cara en una feroz mirada insondable de vivo entusiasmo, mientras el muchachito de ojos como zafiros trotaba a su alrededor y descendía los escalones sin detenerse.

—Bueno, muchachos —dijo el dependiente hablando de prisa y con aire tenso—. Ha empezado. Mejor será que os deis prisa. Yo no puedo ir esta vez. Tengo que estar aquí. Dad un rodeo por la parte de atrás para que no os vea la vieja Littlejohn. Parece dispuesta a enfadarse —cinco o seis hombres se habían levantado ya, con una extraña celeridad que tenía algo de furtiva y desafiante al mismo tiempo. A continuación abandonaron el porche. El muchachito trotaba, infatigable, junto a la cerca que cerraba por un extremo el corral de la señora Littlejohn.

—¿De qué se trata? —preguntó Ratliff.

—Ven si no lo has visto todavía —dijo uno de los que se marchaban.

—¿Si no he visto el qué? —quiso saber Ratliff. Miró a los que no se habían puesto en pie. Bookwright era uno de ellos. Estaba muy ocupado sacando astillas de un trozo de pino blanco, con la cabeza baja.

—Vamos, vamos —dijo un segundo contertulio, detrás del que se había detenido en los escalones—. Se habrá terminado antes de que lleguemos.

El grupo se puso en marcha. Ratliff les vio alejarse a buen paso, siguiendo la cerca del corral de la señora Littlejohn tras el muchachito, con el mismo extraño aspecto furtivo y desafiante.

—¿Qué demonios está pasando aquí, si puede saberse? —preguntó Ratliff.

—Vete a verlo —dijo Bookwright, con aspereza y sin levantar los ojos de la navaja. Ratliff se le quedó mirando.

—¿Tú lo has visto?

—No.

—¿No vas a verlo?

—No.

—¿Sabes de qué se trata?

—Vete a verlo —repitió Bookwright, con tono áspero y violento.

—Parece que no me va a quedar otro remedio en vista de que nadie está dispuesto a contármelo —dijo Ratliff. Se dirigió hacia los escalones. El grupo le sacaba bastante ventaja, caminando a toda prisa junto a la cerca. Ratliff empezó a bajar los

escalones. Seguía hablando. Siguió hablando mientras descendía, sin volver la cabeza; nadie podría haber dicho si hablaba o no con los hombres que dejaba atrás, si se dirigía a alguien o hablaba consigo mismo—... va y atranca la puerta por dentro y vuelve y la bestia negra que viene del campo con el sudor todavía secándosele, aunque ella no sabe que es sudor porque nunca ha olido nada distinto, de la misma manera que una mula no sabe que huele a mula por la misma razón, y la única prenda de vestir que posee es la que lleva puesta, tumbada en el suelo detrás del mostrador, mientras mira por encima de él a las hileras de latitas apretadas con pescados y demonios dentro que ella tampoco sabe lo que contienen porque nunca ha dispuesto de los diez o quince centavos que, si él llegara a darle una moneda de cinco, aparte de la manteca de cerdo que ha venido a buscar, conseguiría reunir después de venir dos o tres veces más a por manteca de cerdo, pero ha oído una vez en algún sitio el nombre de lo que la gente dice que hay dentro de las latas; y mientras está allí tumbada y las mira cada vez que la cabeza del dependiente se aparta el tiempo suficiente, pregunta: «Señor Snopes, ¿cuánto pide usted por las sardinas esas?».

Cuando el invierno se convirtió en primavera y la primavera misma siguió su curso, cada vez tuvo que atravesar y huir de menos oscuridad. Pronto sólo era noche cuando salía del establo, descendiendo de espaldas cuidadosamente, con un pie exploratorio, desde el cuarto de los arreos donde estaba su cama con colchón de paja, y dejaba atrás la larga sombra irregular de la casa donde los nuevos viajeros del día anterior roncaban sobre las almohadas de las camas que ahora ya había aprendido a hacer tan bien como la señora Littlejohn; en abril la impalpable y superficial pausa de la falsa aurora le permitía ya ver y saberse una entidad sólida y de visible coherencia, en lugar de ser tan sólo la total receptividad sensorial incoherente del terror sin forma que le destrozaba los nervios, en lugar de sentirse terriblemente libre en la primigenia hostilidad ciega. Eso ya había pasado. Ahora el terror sólo existía durante un momento después de la falsa aurora, ese segundo de inmovilidad hasta el instante que los pájaros y los animales conocen, cuando por fin la noche sucumbe ante el día; y luego apresuraba el paso, trotaba, no para llegar más de prisa, sino porque tenía que estar pronto de vuelta, ahora ya sin miedo y con tranquilidad en el mundo cada vez más visible, con matices que iban desde el gris, pasando por el amarillo rojizo, hasta el oro definitivo de la mañana y hasta el marrón de la última colina, para dejarse ir cuesta abajo, hundirse en la neblina junto a la orilla del arroyo y tumbarse allí entre la vida innumerable que despertaba en las hierbas empapadas y esperar a que se acercara.

Luego la oía, avanzando orilla abajo entre la neblina. No tenían que pasar ni una, ni dos, ni tres horas; la aurora quedaba vacía, transcurría el momento y ella no estaba, y después la oía y se quedaba tumbado sobre la hierba húmeda, empapado, sereno e identificado e indivisible con la alegría, escuchándola acercarse. La olía; toda la niebla estaba llena de su olor; las mismas manos maleables de la niebla que recorrían sus costados empapados palpaban también su cuerpo nacarado, dándoles forma a los dos en algún tiempo inmediato, unidos ya. Él no se movía. Seguía tumbado durante el instante en que despertaba la diminuta vida fecunda de la tierra, la inmóvil frondosidad de las hierbas cargadas de agua alzándose en la niebla delante de su cara en oscuras curvas fijas, y en cada una de sus parábolas las gotas en movimiento encerraban en diminuto aumento las rosadas miniaturas de la aurora, mientras olía e incluso saboreaba el denso, lento y cálido olor a establo y a leche, la hembra que mana desde la noche de los tiempos, escuchando el lento posarse y el ruido de succión de cada deliberada pezuña hendida extendiendo barro, invisible todavía en la niebla, sonora ya con el coro de voces que celebraba su himeneo.

Luego la veía; los brillantes cuernos impalpables de la mañana, del sol, se llevaban la niebla y la descubrían, firme sobre las cuatro patas, rubia, nacarada por el

rocío, en la corriente dividida del vado, resoplando en el agua con el aliento denso, cálido, pesado, cargado de leche; y tumbado sobre la hierba empapada, los ojos cegados ahora por el sol, ondulaba el cuerpo débilmente de muslo a muslo, dejando escapar unos suaves gemidos, roncós y apagados, por no poder unirse con ella ni por la mañana ni por la tarde ni por la noche. No era que tuviese que volver a trabajar. No había trabajo, ni fatigas, ni resistencia muscular y espiritual que superar, con la que hubiese que pelear constantemente; ayer no existió, mañana tampoco existirá, hoy es tan sólo un tranquilo y virginal asombro ante la cresta móvil de polvo y basura delante de la escoba, ante las sábanas que se alisan y tensan mediante determinados movimientos de las manos ya aprendidos: una costumbre incorporada que no causa molestias; una mano firme, amable y apremiante, una voz que le retiene y le controla como se enseña y se retiene a un perro mediante una alegría que nace del afecto.

El problema es que no podía ir más allá. Lo había intentado. Fue la tercera vez que se tumbó y la esperó; la neblina desapareció y la vio, y en esa ocasión aún no existía siquiera el hoy: ni camas a las que regresar, ni mano ni voz; repudiaba la fidelidad y hasta la costumbre. Se puso en pie y se acercó, hablándole, las manos extendidas. Ella alzó la cabeza, le miró y trepó por el terraplén de la orilla opuesta, saliendo del agua. Él la siguió, metiéndose cautelosamente en el arroyo y empezó a cruzarlo, levantando mucho los pies a cada paso, gimiendo un poco, impaciente pero con la preocupación de no asustarla más. Se cayó una vez en el agua a todo lo largo, sin esforzarse por evitarlo, desapareciendo por completo con un grito muy fuerte y alzándose de nuevo, chorreando, retenido ya el aliento para gritar de nuevo. Pero se contuvo, y le habló en cambio y trepó por el terraplén y se acercó otra vez a ella con la mano extendida. Esta vez la vaca corrió, y después de cubrir una breve distancia, se volvió, con la cabeza baja; giró rápidamente y se alejó de nuevo antes de que la tocara; él la siguió, hablándole, impaciente y lisonjero. Finalmente, ella le esquivó y regresó al vado. Corría más de prisa que él; trotando, gimiendo, contempló el inútil punteado de las sombras de las hojas que se deslizaban sobre la forma intacta y en fuga del amor mientras ella cruzaba de nuevo el arroyo y galopaba sendero adelante un corto trecho, hasta que una vez más se detuvo a pacer.

Él dejó de gemir. Se apresuró a llegar al arroyo y empezó a cruzarlo, sacando mucho los pies del agua a cada paso, como si temiese encontrar solidificada la corriente, o tal vez dudando a cada paso si lo estaría o no. En esta ocasión no se cayó. Pero tan pronto como trepó por el terraplén la vaca reanudó la marcha, esta vez sin correr pero resueltamente, de manera que él tuvo que apresurarse una vez más, perdiendo más terreno a cada momento, gimiendo de nuevo con el mismo asombro impaciente, ahora asustado y desconcertado también. Ella rehacía el camino por el que había llegado aquella mañana y todas las otras mañanas. Probablemente él ni siquiera lo sabía, no se daba cuenta en absoluto de a dónde se dirigía, sin ver nada más que la vaca; quizá ni siquiera se dio cuenta de que estaban en el corral, incluso después de que ella lo cruzara y entrase en el cobertizo de ordeñar que había

abandonado hacía menos de una hora, aunque probablemente sí sabía de manera general de dónde venía la vaca cada mañana, puesto que conocía los alrededores y no se desorientaba nunca: los objetos se fluidificaban en la oscuridad, pero no alteraban ni su sitio ni su relación con los demás. Quizá ni siquiera advirtió que la vaca estaba en su establo, en un establo cualquiera; tan sólo que se había detenido, que había dejado de huir por fin, ya que al instante dejó de lanzar los impacientes y asustados gemidos y la siguió al interior del cobertizo, hablándole de nuevo, su voz un suave murmullo, babeando, y la tocó con la mano. Ella giró; posiblemente él no advirtió que no podía huir, tan sólo que no lo hizo. La tocó de nuevo; la mano, la voz adelgazada y hambrienta y prometedora. Después él estaba tumbado de espaldas, las patas traseras todavía chocaban sordamente contra la pared de madera junto a su cabeza y a continuación el perro se hallaba encima de él y un momento después el hombre le tiraba brutalmente de los faldones de la camisa para ponerlo en pie. Luego estaba ya fuera del cobertizo mientras Houston aún le tenía sujeto por la camisa y maldecía con lo que él ignoraba que no era cólera, sino exasperación.

—Ike H-mope —dijo—. Ike H-mope.

—Ike demonios —respondió Houston, maldiciendo, zarandeándole—. ¡Vamos! —dijo—. ¡Lárgate! —dirigiéndose al perro—. Llévatelo de aquí. Tranquilo.

Ahora el perro le ladró. No se movió, tan sólo ladró una vez; fue como si le hubiese dicho «¡Bu!», y sin cesar de gemir, tratando de hablar al hombre con sus ojos vacíos, se dirigió hacia el portón todavía abierto por el que acababa de entrar. El perro se movió también, detrás de él exactamente. Ike se volvió para mirar el cobertizo, la vaca; trató una vez más de hablar con los ojos al hombre, gimiendo, babeando, hasta que el perro le ladró de nuevo, una vez, dando un paso hacia él pero sólo uno, con lo que el idiota le miró aterrorizado y se dirigió al trote hacia el portón. El perro ladró de nuevo, tres veces en rápida sucesión, e Ike empezó a gritar, ronco y humillado, corriendo ya, las gruesas caderas desganadas trabajando con una abyecta y absurda falta de coordinación. «¡Tranquilo ahora!», gritó Houston. Pero el idiota no le oyó. Sintió tan sólo las patas del perro tras él. Corrió pesadamente, bramando.

De manera que ahora no podía llegar más lejos. Podía tumbarse en la hierba y esperarla y oírla y luego verla cuando se desvanecía la niebla, y eso era todo. Después se levantaba y se quedaba quieto, todavía balanceándose suavemente de un lado a otro y emitiendo el débil ruido ronco. A continuación se daba la vuelta y subía por la colina, tropezando un poco porque aún tenía los ojos llenos de sol. Pero sus pies descalzos reconocían el polvo de la carretera, y ya en ella empezaba a trotar de nuevo, apresurándose, gimiendo todavía, su sombra acortándose sobre el polvo y el sol en ascenso calentándole la espalda y secándole ya el polvo sobre el mono húmedo; hasta llegar de nuevo a la casa, a las habitaciones desordenadas y las camas sin hacer. Pronto estaba otra vez barriendo, deteniéndose tan sólo de cuando en cuando para dejar escapar el ronco gemido de desconcierto y de incrédula aflicción, para contemplar después con tranquilo y absorto asombro la cresta móvil de polvo y

basura delante de la escoba. Porque incluso mientras barría seguía viéndola, rubia entre las sombras moradas del pasto, no como un absoluto entre el delicado verde lujuriente, sino como parte del culminante núcleo de la primavera, por ella coronada y cubierta de guirnaldas.

Estaba barriendo en el piso de arriba cuando vio el humo. Supo con exactitud dónde era: la colina cubierta de juncias y brezos más allá del arroyo. Aunque estaba a cinco kilómetros de distancia, podía incluso verla retrocediendo ante las llamas y escuchar sus bramidos. Empezó a correr desde donde estaba, escoba en mano. Corrió hasta tropezar con la pared, buscando el alto ventanuco por donde había visto el humo (y por el que no hubiera podido salir aunque fuese capaz de saltar sin percance los cinco metros que le separaban del suelo) igual que podría haberlo hecho una polilla o un pájaro atrapado. Luego se encontró delante la puerta que daba al corredor, y sin hacer la menor pausa se precipitó hacia él, y ya avanzaba, todavía con la escoba en la mano en dirección a la escalera, cuando la señora Littlejohn salió del segundo dormitorio y le detuvo: «Oye, Isaac», dijo. «Oye, Isaac.» No levantó la voz ni le tocó, y sin embargo el idiota se detuvo, gimiendo, los ojos vacíos enfrentándose con ella, alzando los pies sin moverlos del sitio, como un gato de pie sobre algo caliente. Después ella extendió la mano, le cogió por el hombro y le hizo girar, y él volvió obedientemente por el corredor hasta entrar de nuevo en la habitación, gimiendo; movió incluso una o dos veces la escoba antes de volver a ver el humo por la ventana. En esta ocasión encontró la puerta del corredor casi al instante, aunque no se acercó a ella, sino que se quedó inmóvil un momento, contemplando la escoba que tenía en la mano, gimoteando, luego la cama, lisa y bien colocada en la parte que ya había hecho; después dejó de gimotear, fue hacia la cama, apartó la ropa, colocó dentro la escoba con el mango hacia los pies y el otro extremo sobre la almohada, a manera de rostro; luego la tapó con la ropa, alisándola y arremetiéndola alrededor de la escoba con la habilidad y rapidez paradójicamente descoordinadas que le caracterizaban, y salió del cuarto.

Esta vez no hizo ruido. No avanzó de puntillas, pero atravesó el corredor en un silencio y con una rapidez asombrosos; había alcanzado las escaleras y empezado a bajarlas antes de que la señora Littlejohn consiguiera salir de la otra habitación. Al principio, tres años antes, no intentó bajarlas. Las había subido solo; nadie supo nunca si lo hizo andando o arrastrándose, o si quizá subió sin darse cuenta de lo que hacía, alterando su posición en altura pero sin que funcionara a la inversa su percepción de la profundidad. La señora Littlejohn se había marchado al almacén. Alguien que pasaba cerca de la casa le oyó, y cuando regresó la dueña había cinco o seis personas en el vestíbulo, mirando hacia donde Ike estaba agarrado a la barandilla, junto al peldaño más alto, los ojos cerrados, gritando. Siguió agarrado a la barandilla, bramando y resistiéndose, cuando ella trató de que se soltara para llevarle al piso bajo. Permaneció tres días arriba y la señora Littlejohn le llevaba la comida, e incluso vino gente desde muy lejos a preguntar: «¿Todavía no ha conseguido bajarle?», antes

de que por fin le persuadiera con mucha paciencia de que intentara el descenso. E incluso entonces tardaron varios minutos, mientras la gente se acumulaba en el vestíbulo para ver cómo la mano firme, afectuosa y perseverante y la voz fría, decidida y paciente le conducían, agarrado a la barandilla y bramando, peldaño a peldaño hasta abajo. Durante algún tiempo después de aquello se caía por la escalera cada vez que trataba de bajar. Sabía que iba a caerse; daba un paso a ciegas, gimiendo ya, en el vacío, y se arrojaba y caía a todo lo largo, golpeándose con todo, aterrado no por el dolor sino por el asombro, hasta detenerse por fin en el suelo del vestíbulo, gritando, los ojos vacíos mirando sin ver, estupefactos e incrédulos.

Pero finalmente aprendió a bajar los escalones. Esta vez simplemente anduvo un poco más despacio antes de empezar a descender, no con total confianza, pero tampoco con miedo; colocando el pie en lo que a cada paso sucesivo no era del todo espacio; que casi no era nada, pero que a cada instante que pasaba se convertía en algo sólido; luego atravesó corriendo el vestíbulo hasta salir al patio de atrás, donde se detuvo de nuevo y empezó a balancearse y a gemir, el rostro inexpresivo convertido en máscara de desconcertada perplejidad. Porque desde allí no veía el humo y sólo recordaba la vacía colina del amanecer desde la que se dejaba caer en la neblina junto a la orilla del arroyo para esperarla, y ahora todo estaba equivocado. Porque se encontraba al sol, visible; porque él mismo, la tierra, los árboles, la casa, eran ya coherentes y estaban determinados en su visibilidad; faltaba la oscuridad que atravesar y de la que huir, y eso no debía ser así. De manera que se quedó quieto, desconcertado, gimiendo y balanceándose durante algún tiempo, pero luego se puso otra vez en marcha para cruzar el patio hacia el portón del corral. También había aprendido a abrirlo. Alzó el pestillo y el portón se desvaneció de entre los dos postes que lo limitaban; atravesó el espacio vacío y al cabo de un momento encontró el portón apoyado contra la cerca, lo cerró, colocó el pasador y continuó por el corral cegado de sol, gimiendo, y entró en el zaguán del establo.

Debido a las pupilas contraídas por la luz no vio nada en un primer momento. Pero siempre estaba oscuro cuando entraba en el establo para irse a la cama, de manera que inmediatamente dejó de gemir y fue directamente a la puerta del cuarto de los arreos, moviéndose ya con verdadera seguridad, se agarró a la jamba con las dos manos, alzó el pie hasta el escalón y, con el exploratorio pie de atrás ya en el suelo, salió de la oscuridad a la visibilidad dándose la vuelta, con la luz rugiendo en silencio a su alrededor, situándole intacto y coherente en su interior y trotando ya, corriendo, hacia la cresta desde donde se dejará caer en la neblina junto al arroyo para tumbarse y esperarla, cruzando de nuevo el corral para salir por el sitio donde están un poco separados los alambres de la cerca. El mono se le enganchó en una de las púas, pero él se liberó de un tirón, sin hacer el menor ruido, en el camino ya, corriendo, los gruesos muslos femeninos trabajando al máximo, el rostro, los ojos, impacientes y llenos de alarma.

Cuando llegó a la colina, a más de cuatro kilómetros, todavía continuaba

trotando; al ver, desde la cresta de la colina, el humo más allá del arroyo, dejó escapar de nuevo el ronco gemido aterrorizado, corrió colina abajo atravesando la hierba, ahora seca, en la que se había tumbado al amanecer y llegó al arroyo, al vado. No vaciló. Desde la orilla se lanzó a toda velocidad al agua ondulada, sin dejar de correr incluso cuando ya había empezado a caerse, zambulléndose hasta quedar completamente sumergido; luego se levantó, chorreando, con el agua a la rodilla, bramando. Alzó un pie por encima de la superficie y dio un paso adelante como si se tratara de un piso más alto y dio otro paso corriendo antes de caer. Esta vez sus manos extendidas tocaron la orilla opuesta y al volver a levantarse oyó la voz de la vaca, débil y aterrorizada, desde más allá de la nube de humo sobre la otra colina. Alzó un pie por encima de la superficie y corrió de nuevo. Al caer lo hizo sobre tierra seca. Se incorporó como pudo y corrió con el mono mojado, atravesó el pastizal y trepó por la otra colina, sobre cuya cresta descansaba la nube de humo sin que la moviera el viento, con una gradación de colores que iban desde el azul a un delicado malva y lila y luego al cobre, bajo el sol del mediodía.

Kilómetro y medio atrás había dejado la zona de fértiles tierras bajas a la orilla del río para adentrarse en las colinas: una región que era topográficamente el eco final, azul y moribundo, de los montes Apalaches. Había sido el país de los indios Chickasaw, pero después de los indios se desbrozó donde fue posible para cultivarlo, y acabada la guerra civil fue olvidado por todos con la excepción de algunas pequeñas serrerías móviles que también ahora habían desaparecido, y cuyo emplazamiento delataban tan sólo los montones de serrín en putrefacción, que además de ser sus lápidas funerarias, eran también un monumento a la insensata avaricia de un pueblo. Toda la zona no era ya más que una región de mezquinos retoños de pino y roble entre los que florecía el cornejo hasta que también lo cortaban para los husos de las fábricas de tejidos, de antiguos campos cultivados donde ya no se distinguía ni la huella de un surco, descarnados y erosionados por cuarenta años de lluvias y heladas y calor hasta quedar convertidos en mesetas asfixiadas por la exuberancia de juncias y brezos que tanto gustan a los conejos y a las polladas de codornices, y de desmoronados barrancos con las estrías rojas y blancas de las sucesivas capas de arena y arcilla. Hacia una de esas mesetas se dirigió Ike corriendo, pisando cenizas sin darse cuenta porque la tierra había tenido ya tiempo para enfriarse, corriendo entre los ennegrecidos rastros de las juncias del año anterior punteadas de islitas del verde incombustible del año presente y las cabezuelas ajadas de diminutas margaritas azules y blancas, hasta llegar a la cresta de la colina, a la meseta.

El humo era como una pared delante de él; del otro lado oyó el constante y aterrorizado bramido de la vaca. Penetró en la nube de humo corriendo en dirección a la voz. La tierra estaba ahora caliente bajo sus pies. Empezó a levantarlos rápidamente; gritó una vez, ronco y sorprendido, después de lo cual, como respondiéndole, el humo, el mismo espacio circundante, gritó a su vez. El ruido

estaba en todas partes, arriba y debajo, concentrado sobre él; oyó los cascos y, al detenerse conteniendo el aliento, apareció el caballo, violentamente materializado entre el humo, monstruoso y deforme, frenético y agitando la crin, desplomándose sobre él. Ike también gritó. Por un instante lanzaron alaridos frente a frente; los ojos frenéticos, los dientes amarillos, el largo cuello rojo con la desatentada alegría del triunfo, inclinándose sobre él y alejándose acto seguido, al torcer bruscamente sin detenerse; cuando el viento, el terrible aliento de dragón de su paso, estalló contra su cabello y su ropa, ya se había marchado. Ike corrió de nuevo hacia la voz de la vaca. Cuando oyó detrás al caballo ni siquiera se volvió. Tampoco gritó otra vez. Simplemente corrió, siguió corriendo mientras la tierra, el humo, se llenaban y volvían atronadores con el violento y rápido ruido de los cascos, y de nuevo la intolerable voz le gritó desde arriba y él extendió los brazos junto a la cabeza y cayó tendido mientras el viento, el aliento del dragón, estallaba de nuevo contra él al saltar el caballo enloquecido sobre su cuerpo postrado y desaparecer una vez más.

Volvió a ponerse en pie y corrió. La vaca ahora estaba muy cerca y vio el fuego: un hilo frágil, rosado, que se arrastraba a poca altura, dentro del humo, entre él y la voz de la vaca. Cada vez que tocaba la tierra con los pies lanzaba un breve alarido semejante a una exclamación, tratando de recoger el pie antes de apoyar todo su peso, para ocuparse inmediatamente después con aterrorizado asombro del otro, que había olvidado por el momento, de manera que muy pronto dejó por completo de avanzar, levantando los pies en el mismo sitio, como en una danza, hasta que oyó venir de nuevo al caballo. Ike gritó. Su voz y la del caballo se hicieron una, violenta, furiosa y sin esperanza, y Ike corrió hacia el fuego, atravesándolo, e irrumpió de nuevo en el aire, el sol, la visibilidad, desprendiendo llamas que fueron quedando tras él como un ropaje hecho jirones. La vaca se hallaba al borde de una hondonada a unos tres metros de distancia, de cara al fuego, con la cabeza baja, bramando. Ike tuvo tiempo únicamente de alcanzarla y volverse, su cuerpo interpuesto, cubriéndose la cabeza con los brazos, mientras el caballo enloquecido surgía del humo y se abalanzaba sobre ellos.

No cambió en lo más mínimo de trayectoria. Saltó casi sin juntar las patas, a pleno galope. Los dientes, los ojos desorbitados, el largo cuello rojo, se inclinaron hacia él sobre un fondo de arremolinada rigidez de crines, el animal entero flotando por encima con monstruosa determinación. El aire se llenó de alas furiosas y de los cuatro resplandores de media luna de las pezuñas herradas mientras, todavía relinchando, el caballo desapareció más allá del borde de la hondonada, arrastrando tras de sí primero a la vaca y luego al mismo Ike, como por efecto del violento vacío creado por su paso. La tierra se hizo perpendicular y corrió hacia lo alto: el bostezo del vacío sin la engañosa seguridad siquiera de la gradación por escalones. Ike no emitió ningún sonido mientras los tres se zambullían en la erosionada escarpadura, en cuyo suelo el caballo se revolvió hasta ponerse en pie y alejarse al galope; Ike, tumbado bajo la vaca bramadora y forcejeante, recibió la violenta evacuación de su

intestino contraído por el miedo. Por encima, en la abertura superior de la hondonada, la última lengua de fuego lamió el borde, se enroscó sobre sí misma y desapareció, confundándose con la mancha inmóvil de humo descolorido en el cielo iluminado por el sol.

Al principio no pudo hacer nada con la vaca, que se incorporó, vuelta hacia él, con la cabeza baja, bramando. Cuando intentó acercarse, ella giró en redondo y corrió, intentando subir por la pendiente que se desmoronaba bajo sus pezuñas, peleando furiosamente con la escurridiza arena, como si se dejase llevar por un ciego paroxismo de vergüenza, para escapar no sólo de él, sino del escenario mismo de la violación de intimidad en donde se habían abalanzado sobre ella de repente y sin aviso desde la oscuridad y su alevosa herencia biológica la había traicionado y ultrajado; Ike volvió a seguirla, hablándole, tratando de decirle cómo la violenta violación de su delicadeza de doncella no suponía vergüenza alguna, puesto que tal era la férrea urdimbre imperecedera de la fábrica del amor. Pero ella no le escuchaba. Siguió luchando con la pendiente escurridiza, hasta que por fin él apoyó el hombro en sus ancas y empujó hacia adelante. Porfiando juntos, ascendieron aproximadamente un metro, la arena escurriéndose y desapareciendo bajo sus pies, hasta que, perdido el impulso y gastadas las fuerzas, entrelazados e inmóviles, descendieron una vez más al suelo de la hondonada, hundidos hasta el tobillo en una plataforma de arena en movimiento, como dos efigies sobre un carro alegórico. De nuevo, un hombro contra las ancas, corrieron hacia la pendiente para ascenderla y treparon un metro o algo más antes de que volviera a fallarles por completo el traicionero piso. Él le habló, exhortándola; realizaron un esfuerzo supremo. Pero de nuevo la tierra huyó hacia lo alto; piso, arena y todo les fue arrancado violentamente de debajo, precipitándose hacia lo alto en el cielo incoloro todavía manchado ligeramente de humo, y una vez más se hallaron entrelazados y forcejeantes sobre el fondo de la hondonada, él una vez más debajo, hasta que, bramando y sin dejar nunca de revolverse frenéticamente, la vaca se puso en pie y galopó en la misma dirección que lo había hecho el caballo, desapareciendo antes de que él lograra incorporarse para seguirla.

La cañada desembocaba en el arroyo. Casi de inmediato Ike se encontró de nuevo en el pastizal, aunque es posible que no lo advirtiera, la mirada fija únicamente en la vaca que galopaba precediéndole. Es posible que en aquel momento tampoco reconociese el vado, incluso cuando la vaca, aflojando el paso, se metió en el agua, se detuvo y bebió y él se acercó reduciendo también la velocidad, gimiendo, impaciente pero sin levantar la voz para que ella no emprendiera de nuevo la huida. Así llegó a la orilla, ahora en silencio, alzando los pies y poniéndolos de nuevo en el mismo sitio, su cara chamuscada apremiante y tensa. Pero ella no se movió, y finalmente él avanzó hacia el agua y se introdujo en ella, olvidando de nuevo que cedería bajo su peso, gritando una vez más no tanto de sorpresa como por la preocupación de asustarla; en seguida avanzó de nuevo por la extraña superficie que cedía y la tocó. Ella no dejó siquiera de beber; la mano permaneció sobre su costado un segundo o

dos antes de que la vaca alzara el morro goteante y le mirase, una vez más doncella meditativa, superada ya la vergüenza.

Houston los encontró allí. Llegó atravesando el pastizal a caballo, montando a pelo, al galope, seguido por el perro, y vio la compacta silueta acuclillada en el agua detrás de la vaca, lavándole torpemente las patas con una rama quebrada de sauce.

—¿No le ha pasado nada? —gritó, hablando al mismo tiempo con el caballo para que aflojara la marcha, porque no tenía siquiera un ronزال—: Soo, soo. Párate. Párate ya, condenado. ¿Por qué demonios no has intentado atrapar al caballo? —gritó—. Podría haberse... —entonces el otro, acuclillado en el agua, volvió la cara chamuscada y Houston le reconoció. Empezó a maldecir, deteniendo al caballo con la mano en las crines, alzando la pierna por encima y deslizándose hasta el suelo antes de que el animal se detuviera, maldiciendo con su habitual impaciente exasperación que no era indignación ni cólera. Llegó hasta el arroyo, seguido por el perro; se detuvo, cogió una rama seca dejada por la subida de las aguas del invierno anterior y azotó brutalmente a la vaca y arrojó tras ella el trozo partido que le quedó en la mano mientras el animal saltaba hacia adelante y trepaba por la orilla del otro lado—. ¡Arreando! —gritó Houston—. ¡A casa, puta del demonio! —la vaca dio unos cuantos pasos al galope, luego se detuvo y empezó a pastar—. Llévala a casa —le dijo Houston al perro. Sin moverse, alzando sólo la cabeza, el perro ladró una vez. La vaca levantó bruscamente la cabeza y trotó de nuevo, y el que estaba en el arroyo dejó escapar otra vez su débil ruido ronco, poniéndose también en pie al levantarse el perro, que no se molestó siquiera en cruzar el arroyo ni acelerar el paso; tan sólo siguió por la misma orilla hasta situarse a la altura de la vaca; entonces ladró de nuevo, una vez, despreciativo y apremiante. Esta vez la vaca se alejó al galope por la orilla del arroyo que llevaba al corral, seguida por el perro desde el lado opuesto. Y así se perdieron de vista. Dos veces más, a intervalos regulares, el perro lanzó un único ladrido, como limitándose a gritar «¡Bu!», cada vez que la vaca hacía intención de pararse.

Ike se quedó de pie en el agua, gimiendo. Ahora se gritaba a sí mismo, no alzando la voz, tan sólo asombrado. Cuando Houston y el perro aparecieron, él había mirado en torno suyo, al perro en primer lugar. Entonces abrió la boca para llorar, pero lo que apareció en cambio en su rostro fue una expresión casi inteligente dentro de su absurda presunción, que desapareció cuando Houston empezó a maldecir para convertirse en otra de incredulidad, asombro, y que aún seguía siendo de incredulidad y desposeimiento —todavía de pie en el agua, entre gemidos— mientras Houston, desde la orilla, contemplaba el manchado delantero maloliente de su mono, maldiciendo con la misma desconcertada exasperación y diciendo:

—Santo cielo. Santo cielo... Ven aquí —dijo—. Sal de ahí —moviendo el brazo ferozmente.

Pero el otro no se movió, sin dejar de gemir, mirando en la dirección por donde se había marchado la vaca, hasta que Houston se acercó al borde, se agachó y le agarró

por un tirante del mono y le sacó del agua arrastrándole sin contemplaciones y, arrugando la nariz furiosamente y todavía maldiciendo, desabrochó los tirantes y tiró del mono hacia abajo, a la altura de las caderas.

—¡Sácatelo! —dijo Houston. Pero el otro no se movió hasta que Houston se lo quitó de un tirón y se quedó, tambaleándose, con la camisa y nada más, gimiendo débilmente, aunque cuando Houston recogió el mono cautelosamente por un tirante y lo tiró al arroyo, gritó una vez más, ronco, impotente, sin alzar la voz—. Vamos —dijo Houston—. Lávalo —hizo en pantomima exagerados movimientos de lavar. Pero el otro se limitó a mirarle, gimiendo, hasta que Houston encontró otro palo y enroscó el mono alrededor y lo remojó y golpeó con fuerza contra el agua, maldiciendo ininterrumpidamente; luego lo sacó y, utilizando siempre el palo, restregó la parte delantera contra la hierba—. Ya está —dijo—. ¡Ahora, vete! ¡A casa! ¡A casa! —gritó—. ¡Quédate allí! ¡Déjala tranquila!

Ike había dejado de gemir para mirar a Houston. Pero reanudó otra vez los gemidos, babeando, mientras Houston le miraba con desconcertada e incontenible exasperación. Luego Houston se sacó un puñado de monedas del bolsillo, escogió una de cincuenta centavos, se acercó, se la puso en el bolsillo de la camisa, le abrochó el botón y se volvió hacia el caballo, hablándole hasta tocarlo; luego le agarró por la crin y se montó de un salto. Ike había dejado de gemir y se limitaba a mirar cuando el caballo, de nuevo sin dar la impresión de prepararse, igual que cuando pasó por encima de él y de la vaca en el borde de la hondonada una hora antes, trazó dos breves círculos conducido por la mano de Houston, y luego atravesó el arroyo limpiamente, galopando ya, y desapareció de inmediato.

Ike empezó en seguida a gemir de nuevo. Siguió sin moverse un rato, gimiendo, contemplando el bolsillo que Houston había abotonado, manoseándolo. Luego se fijó en el mono empapado y hecho un rebujo en el suelo a su lado. Al cabo de un rato se agachó y lo recogió. Una pernera estaba vuelta del revés. Durante algún tiempo intentó pacientemente ponérselo así, sin dejar de gemir. Luego, de repente, la pernera recuperó la posición correcta; Ike se puso el mono, se abrochó los tirantes, fue hasta el arroyo y lo cruzó, moviéndose con mucho cuidado, alzando los pies a cada paso como si estuviera ascendiendo a un suelo más alto, y regresó al sitio donde durante tres meses se había tumbado todos los días al alba, esperándola. Era exactamente el mismo sitio; volvía allí cada vez con la misma precisión que un pistón a la culata del cilindro, y se quedó allí un rato, manoseando el bolsillo abotonado, gimiendo. Luego subió por la ladera de la colina; sus pies reconocieron de nuevo el polvo de la carretera, aunque quizá él mismo no se diera cuenta; es posible que fuese nada más que el instinto funcionando en la desolación por la pérdida sufrida lo que le llevó hacia la casa que había abandonado por la mañana, porque durante el primer kilómetro y medio se detuvo dos veces para manosear el bolsillo abotonado. Al parecer no era que tratase de desabrocharlo sin conseguirlo, porque en seguida tuvo la moneda en la mano, y la contempló, gimiendo. Se hallaba en un puente de tablas

sobre una acequia estrecha, poco profunda, ahogada por las malas hierbas. No hizo ningún falso movimiento con la mano que sostenía la moneda, ni ningún otro movimiento de ningún tipo, y pese a estar perfectamente inmóvil, de repente la palma de la mano quedó vacía. La moneda rebotó una vez sordamente sobre las tablas y quizá brilló y luego desapareció, aunque quién podría saber qué movimiento, infinitesimal y convulso, de suprema repudiación, pudo haberse producido, ya que su impulso murió, se desvaneció con el mismo movimiento, y él dejó incluso de gemir mientras contemplaba la palma vacía con tranquila sorpresa, volviendo la mano para mirar el revés, incluso alzando y abriendo la otra para examinarla también. Luego — fue un esfuerzo casi físico, como dar a luz— relacionó dos ideas, progresó hacia atrás en el tiempo, recuperó una imagen mediante un retroceso lógico y hurgó de nuevo en el bolsillo de la camisa, mirando dentro, sólo por un momento, como si en realidad no esperase encontrar allí la moneda, aunque fue indudablemente puro instinto lo que le hizo bajar la vista hacia las polvorientas tablas que le sostenían. Y no gimió. No hizo ningún ruido. Sencillamente se quedó allí, contemplando las tablas, levantando los pies por turno; al bajar desde el puente a la acequia se cayó. Nadie habría podido decir si se bajó deliberadamente o se cayó, aunque fue indudablemente una continuación del instinto, de la conciencia heredada y constante de la gravedad, lo que le hizo buscar la moneda debajo del puente; si es que la estaba buscando, acucillado entre las hierbas, meneando ligeramente la cabeza aunque sin hacer el menor ruido. A partir de entonces guardó completo silencio. Siguió acucillado durante algún tiempo, arrancando las hierbas, y ahora faltaba incluso la paradójica habilidad que caracterizaba sus movimientos, incluso la destreza que hacía que sus manos funcionaran en otros momentos como a pesar de sí mismo; contemplándole se hubiera dicho que no quería encontrar la moneda. Y luego cualquiera habría dicho, habría sabido, que no tenía intención de encontrarla; cuando al cabo de un rato apareció una carreta que cruzó el puente y el que la guiaba le habló, al alzar el rostro ni siquiera estaba vacío: había en él una insondable y profunda calma; cuando el otro le llamó por su nombre, tampoco replicó con el único sonido que conocía, o por lo menos que siempre utilizaba, de manera infalible, si alguien le hablaba.

No se movió hasta que la carreta se perdió de vista, aunque no la fue siguiendo con los ojos. Luego se incorporó y regresó al camino. Iba ya trotando, en la dirección por la que acababa de venir, pisando sus propias huellas en el polvo caliente bajo el mediodía de mayo, de vuelta hacia el sitio donde dejaba la calzada para subir por la colina, cruzarla y trotar cuesta abajo por la ladera hasta el arroyo. Pasó por el lugar donde se tumbaba todos los amaneceres sobre la hierba húmeda sin mirarlo y torció, siguiendo la corriente, sin dejar de trotar. Para entonces eran aproximadamente las dos de la tarde del sábado. No podía saber que a aquella hora y en aquel día Houston, un viudo sin hijos que vivía solo con el perro y un negro que cocinaba para los dos, ya estaría sentado en el porche del almacén de Varner, a casi cinco kilómetros de distancia; no podía haber pensado en que quizá Houston no estuviera en casa. Desde

luego no se detuvo para comprobarlo. Entró en el corral, trotando siempre, y fue directamente a la puerta del cobertizo, que estaba cerrada. Junto a ella había un roncal colgado de un clavo. Quizá fue una casualidad que pusiera la mano encima mientras manipulaba desmañadamente el pestillo, pero lo cierto es que se lo colocó bien a la vaca, tal como había visto hacerlo.

A las seis de la tarde se hallaba ya a ocho kilómetros. Ike ignoraba que hubiera esa distancia. Tampoco tenía importancia; para él no había distancia ni en el espacio ni en la geografía, ni tampoco prolongación del tiempo que diese existencia a la distancia, ni fatiga muscular para demostrar que se había cubierto. No se dirigían hacia una meta en el espacio, sino en el tiempo, hacia el pináculo del anochecer, cuando mañana y tarde se hacen una; mayo, el prestidigitador, les daba forma a ambos, no en lo inmediato, en el en seguida, sino en el ahora, mientras, vuelto hacia la vaca, que resistía el tirón de la soga, Ike le hablaba implacable y apremiante, y ella, intentando retroceder, movía la cabeza para librarse del roncal y mugía. Llevaba haciéndolo la última media hora, deseosa de dar la vuelta y de regresar al establo por la incomodidad de las ubres llenas. Pero él la sujetaba, aflojando la soga gradualmente hasta que la tocaba con la otra mano, primero la cabeza y luego el cuello, hablándole hasta que dejaba de resistirse y seguía andando. Ahora estaban en las colinas, entre pinos. Aunque había cesado el viento de la tarde, las despeinadas copas aún emitían un constante murmullo en el aire sereno. Los troncos y el denso follaje eran las arpas y los violines de la tarde; la inconstante sombra listada del retroceso del día pasó uniformemente sobre ellos mientras cruzaban la cima y descendían a la sombra del otro lado, al cuenco azul del anochecer, el pozo sin viento de la noche; el rastrillo de la puesta de sol cayó tras ellos. Al principio la vaca no dejó que le tocara las ubres. Incluso después aún le coceó una vez, pero sólo porque tenía unas manos extrañas y torpes. Luego fluyó la leche, cálida entre sus dedos y manos y muñecas, produciendo un tenue silbido cortante sobre la tierra.

La luna, presente en el cielo, palidecía todas las noches en su camino hacia occidente; cada amanecer, muy cerca de ella, el lucero del alba ardía como un violento punto blanco en la noche, y él olía el instante del despertar al levantarse ella, empezando por los cuartos traseros, saliendo de la invisibilidad, debilitando primero el olor a leche para difundirlo después en el exterior del nido del sueño. Entonces él se levantaba también y ataba el extremo de la soga a una rama flexible, buscaba y encontraba la cesta por el olor del pienso que había contenido la noche anterior, y se ponía en camino. Volvía la cabeza al llegar a la linde del bosque. Aún era imposible verla, pero Ike la oía; es como si pudiera verla: el cálido aliento visible entre las raíces de las hierbas que arranca, el cálido y denso olor de la leche apremiante hecha forma coherente en medio de la tierra fluida y abstracta.

El establo queda a menos de un kilómetro. En seguida se dibuja, simple y cuadrado, en el pergamino y criptograma del paraíso. El perro le recibe junto a la cerca, sin ladrar, rompiendo la invisibilidad en algún lugar entre el ojo y el oído, sin

moverse del todo en ninguno. La primera mañana arremetió contra él, ladrando furiosamente. Ike se detuvo. Quizá se acordó del otro perro a ocho kilómetros de distancia, pero sólo por un momento, porque ése es el resultado de los éxitos, porque la victoria tiene algo que elimina el traicionero hedor de todas las pasadas derrotas: de manera que ahora se acerca a él haciéndole fiestas, invisible y fluido entre sus piernas que avanzan, la lengua tibia, húmeda, elástica, arrancando a la invisibilidad su propia mano balanceante.

En la densidad amoniacal del establo, lleno de los ruidos del despertar de los caballos y del ganado vacuno, no siente siquiera el espacio. Pero no vacila. Halla la puerta del cuarto donde se guarda el grano y entra; su mano ciega que sabe y que recuerda encuentra el cajón del pienso. Pone la cesta en el suelo y empieza a llenarla, trabajando sin interrupción y de prisa, derramando fuera la mitad de lo que saca con las manos en forma de cuenco, como en las dos mañanas anteriores, con lo que deja entre cajón de pienso y cesta el testigo que ha de traicionarle. Cuando se alza y se vuelve hacia la puerta, le resulta ya visible, gris, de un tono más claro aunque, paradójicamente, no por ello más luminosa, como si se hubiera colocado un rectángulo de cristal opaco en la misma nada, para hacer aún más confusa la oscuridad, mientras él estaba de espaldas. Ahora toma conciencia de los pájaros. Los ruidos del ganado se hacen más fuertes, constantes; distingue ya al perro esperando en la puerta del establo y sabe que debe darse prisa, puesto que muy pronto alguien vendrá a dar el pienso a los animales y a ordeñar. De manera que sale del cuarto donde se guarda el grano, se detiene un momento en la puerta antes de bajar, como si estuviera escuchando, aspirando el intenso olor de las vacas y las yeguas, como el amante satisfecho inhala el de una habitación llena de mujeres, haciendo suya la soñolienta relación del vencedor con toda la anónima carne femenina sin rostro capaz de amar que camina por el mundo de las hembras.

El perro y él cruzaban de nuevo juntos el corral en los últimos momentos de la aurora, entre la alborotada cacofonía de los pájaros. Ahora distingue ya la cerca; el perro le deja cuando trepa por ella, apresurado, la cesta delante, sostenida torpemente con los brazos, dejando en la hierba húmeda una estela oscura. Y observa la repetición de algo que descubrió por vez primera tres días antes: la aurora, la luz, no se vierte sobre la tierra desde el cielo, es la tierra misma quien la exhala. Cubierta por el entretejido dosel de las ciegas y endurecidas raíces de las hierbas y las raíces de los árboles, oscura en la ciega oscuridad del légamo del tiempo y de los fértiles desechos, la constante y anónima y nunca saciada glotonería gusanil y los inextricables huesos conocidos —Helena de Troya y las ninfas y los obispos mitrados que roncan, los salvadores, las víctimas y los reyes—, se despierta, rezuma y se extiende por incontables canales que trepan: primero, raíz; luego, hoja por hoja, desde cuyas puntas, como gas que se escapa, se alza y disemina y mancha la tierra, profundamente dormida con soñoliento murmullo de insectos; luego, todavía en trayectoria ascendente, trepa por la intrincada corteza de tronco y rama donde, repentinamente

más fuerte, hoja a hoja, y dispersándose con súbita rapidez de difusión, melodiosa con las gargantas aladas y enjoradas, irrumpe hacia lo alto y llena la global negación de la noche con el estrépito de los junquillos. Abajo, a lo lejos, el brumoso hemisferio se adelanta, anunciado por el gallo, y pocilga, redil y establo saludan al día. Las veletas de las torres estrían el viento del sudoeste, y los campos por labrar, desposados desde el atardecer con el arado sin caballerías hincado en la tierra, se presentan a la vista, cortados a medias por los surcos, como un mar somnoliento, sólo parcialmente en calma. Luego aparece el mismo sol, que le alcanza en el camino de vuelta. El silencioso rugido de cobre prende fuego a la hierba empapada y alarga por delante hasta muy lejos su sombra, que le evita cuando intenta pisarla; la tierra refleja su constante y grotesca derrota que se eleva sobre la última colina e, inmóvil en el vacío, queda en suspenso hasta que él cruza la cima, momento en que lanza un puente invisible sobre el postrer resto de la noche y, todavía precediéndole, salta, una vez más visible, atravesando la sombra para tocar el bosquecillo mismo, acortándose en la pared de hojas cercana ya, cabeza, hombros, caderas y después las piernas que trotan, hasta que por fin se yergue sobre el intrincado tejido de las hojas agitadas por el viento durante un frágil instante total antes de sumergirse corriendo en su interior.

La vaca sigue donde la dejó, atada, rumiando. Dentro de los apacibles y enormes globos húmedos sin pupilas se ve a sí mismo, en gemelas miniaturas reflejadas por la insondable abstracción; identificado con aquello que Juno podría haber utilizado para mirar, se ve a sí mismo contemplando lo que vieron quienes miraron a Juno. Coloca la cesta delante de la vaca, que se pone a comer. El brillo cambiante de las hojas en incesante movimiento la convierte en una ilusión tan inmaterial como el postrado negativo de su reciente apresuramiento, pero tampoco eso es exactamente así: basta tocarla para fijar y afirmar peso y masa entre el cambiante laberinto de sombras; el contacto de una mano abierta la saca, compacta y entera, de la infinitud de la esperanza. Ike se acuclilla a su lado y comienza a ordeñarla.

Comen juntos en la cesta. Él ya se ha alimentado en otras ocasiones con pienso: vainas y grano molido, y avena y maíz crudo y ensilaje y bazofia para cerdos; nunca mucho de una sola vez, pero más o menos de manera constante mientras está despierto, igual que hacen los pájaros; tampoco se termina nunca el plato repleto que la señora Littlejohn le sirve; siempre deja más de la mitad para al cabo de una hora comer alguna otra cosa, cualquier otra cosa, algo que la tediosa y larguísima lista de costumbres características y supersticiones ha enseñado a los de su orgullosa especie a llamar porquería, sin que le guste ni deje de gustarle el sabor de nada, con la excepción de ciertos tipos de tierra, la cal de la argamasa ya antigua, la tinta disuelta en los periódicos masticados y el ácido fórmico de las hormigas que muerden, sin hacer más que una distinción: es herbívoro, incluso la vida que come es la vida de las plantas. Más tarde retira la cesta, que no está vacía. Contiene aún, casi con exactitud de báscula, la mitad de lo que trajo del establo, pero se lo retira, lo saca de debajo del hocico bamboleante que sigue masticando del centro de la sorpresa, y lo cuelga sobre

una rama; porque ahora aprende de prisa, ha aprendido ya a tener éxito y a tomar precauciones y a guardar secretos y a robar e incluso a ser previsor; y no le queda por aprender más que la lujuria y la avaricia y la sed de sangre y una conciencia mortal que le mantenga despierto por la noche.

Van primero a la fuente. Él la encontró el primer día: un húmedo rastro marrón entre un grupo de alisos y hayas, privado de sol, que se alejaba sin movimiento aparente entre las raíces en sombra de otros alisos y cauces. Lo limpió y sacó tierra hasta formar una pequeña depresión, que ahora, cada nuevo día, encuentran llena y transparente, repitiendo los árboles hoja a hoja hasta que los dos se inclinan e interrumpen los reflejos verdes, y con sus rostros en el acto de beber rompen cada réplica, fundiéndose con su propia imagen despedazada y recompuesta. Luego él se levanta, empuña la soga, y los dos atraviesan el prado hacia el bosque y entran en él.

Ha pasado la aurora. Ya es completamente de día. El sol está alto en el cielo. Los pájaros todavía llenan el aire con su canto, pero no se trata ya de los coros misteriosos, antífona y versículo, alzándose en vertical entre los altares de hojas, sino de un canto que avanza paralelo a la tierra, rayando el aire lateral en prosaico y atareado acompañamiento a la prosaica ocupación de alimentarse. Cruzan el espacio como flechas incesantes, de colores suaves y vivos, entre los pinos cuyas copas despeinadas susurran sin pausa agitadas por el viento. Ahora él afloja la soga; desde este momento hasta que caiga la noche avanzarán a la misma velocidad del día, no más de prisa. Tienen un mismo destino: el crepúsculo. Van en su persecución igual que lo hace el sol y dentro del ámbito de un único e inmutable horizonte. Caminan con el sol abrasador e indiferente, indiferentes y sin ardor ellos mismos entre las sombras de los altos troncos que son los radios del poderoso engranaje movido por el sol que hace girar sin prisas a la tierra sobre su eje, sacándola de las cavernas de la oscuridad, a través del alba y de la mañana, y empujándola hasta llevarla por fin a la marea muerta del mediodía, donde la ola de luz, deteniéndose casi en lo más alto de su carrera, corona con una única guirnalda a todos los serafines pecadores y no arrepentidos. El sol es una columna amarilla, perpendicular. Él la siente sobre la espalda mientras, agachándose con su característica falta de coordinación entre muslo y rodilla, recoge primero la brazada de hierba lujurante y después las flores. Son las brillantes y chillonas margaritas silvestres del pródigo comienzo del ostentoso verano. A veces, su torpe y desobediente mano, en lugar de quebrar el tallo, simplemente se cierra en torno de la vertical que se le escapa, por lo que deshoja la cabezuela, provocando una lluvia de pétalos violados. Pero antes de que alcance la sombra inmóvil del mediodía donde ella aguarda tiene ya bastantes; más que suficientes; aunque sólo hubiese recogido dos, ya habrían sido demasiadas: coloca la hierba arrancada delante de ella y luego, del torpe movimiento de las manos surge, ya en disolución, la abortada diadema, que se desintegra por completo en el acto de colocarla y llueve siguiendo la pendiente de frente y cabeza que mastica; forraje y flores se convierten en inagotable rumiación. Del ritmo oblicuo de las mandíbulas

depende una floración final.

Aquella tarde llovió. Comenzó sin previo aviso, pero no duró mucho. Ike contempló la lluvia durante algún tiempo y sin alarma, una lluvia caprichosa y al azar y dubitativa hasta que por fin se desarrolló y concentró, una lluvia que se dejaba caer en estrechas bandas no perpendiculares en dos o tres sitios distintos al mismo tiempo, por el horizonte, como brumosos cordones umbilicales nacidos de cúmulos panzudos, ovejas de verano con esquilas solares pastando el viento del sudoeste. Era como si la lluvia los estuviese buscando para echarlos del lugar sombreado en donde se escondían, encontrándolos por fin con una intensa furia intransigente. El aire que agitaba los pinos cesó y luego volvió a cobrar fuerza; en un anticlímox de total vacío, la hirsuta piel de la tierra se hinchó como la de una yegua en celo para el imperioso choque, para la furiosa y breve fecundación que, todavía desenfundada, se sembraba a sí misma en resplandor y fulgor de ruido y furia y acto seguido no existía ya, desvanecida; luego la lluvia, desde un cielo que estallaba como roto por el peso de su excesiva fertilidad, galopó en desenfundado torbellino lateral entre las hojas, no en forma de gotas, sino de agujas de hielo ardiente que no parecían tratar de caer sino, inmunes a la gravedad, ajenas a la tierra, procurasen tan sólo seguir de cerca la conmoción de vientos que las había engendrado y parido, y golpeó a Ike con afilados impactos quebradizos que le atravesaban el cabello y la camisa y caían también sobre su rostro levantado, cada breve lanza colmada ya con la resplandeciente promesa de su inminente cesación, como las breves y luminosas lágrimas sin sal de una muchacha por una flor perdida; después la lluvia se marchó también, huyendo hacia el norte y el este, más allá del arco cromático de su propio armisticio impalpable, dejando que los derramados confeti de su carnaval se reunieran y goteasen hoja por hoja y ramita por ramita, y luego tallo de hierba por tallo de hierba, para juntarse en susurrantes riachuelos, devolviendo en espejada repetición el cielo que, destello a destello de oro y azul caídos, las gotas derramadas habían apresado.

Por fin ha terminado el diluvio. Ike coge de nuevo la sogá, abandona el refugio bajo el árbol y sigue adelante, sin moverse más de prisa que antes, pero por primera vez desde que penetraron en el bosque con una meta. Porque se acerca el crepúsculo. Aunque la lluvia no ha dado la impresión de durar mucho, ahora, sin embargo, es como si hubiese habido algo en ese ruido y en esa furia ilógicos e inofensivos que revocase incluso el férreo horario del día inmutable y rutinario, de la misma manera que el repentino berrinche insondable de un niño, cuya violencia misma es su propio argumento invencible contra el retraso, puede dar la impresión de adelantar el reloj. Ike está calado hasta los huesos. El mono le pesa, mojado y frío —el triste desecho, las despreciables heces de la gloria—, convertido en escalofrío sin vida que nada tiene que ver con la humedad del agua viva que ha llevado consigo y que todavía conserva, en el barro mismo, la ilimitada libertad del aire dorado mientras el aire mismo resplandece en las hojas y las ramas que reproducen en incontables y diminutas repeticiones esféricas el cosmos intacto y tornasolado. Caminan envueltos

en esplendor. Unidos por la madeja dorada de la cuerda húmeda, avanzan en fila india hacia el inefable fulgor, directamente hacia el sol. Todavía marchan a su mismo paso. Ascienden la última loma. Llegarán juntos. Los tres cruzan la cima en el mismo instante, descienden al cuenco de la noche y se extinguen.

El rápido crepúsculo los borra de la monótona crónica del día. Primigenios, parte del universo uterino, inevitable comienzo e ineludible final, ciegos, descienden la colina. Ike encuentra la cesta por el olor, la retira de la rama de donde cuelga y la pone delante de la vaca que la hociquea, mezclando el tufo dulce de su aliento con el olor dulzón del pienso hasta que resulta imposible distinguirlos del perfume de la apremiante y paciente leche mientras fluye entre los dedos del idiota y por sus manos y muñecas, cálida e indivisible como la robusta e inagotable sustancia misma de la vida que se autorrenueva por virtud propia. Luego él deja la cesta invisible donde pueda encontrarla al amanecer y se dirige al manantial. Ahora ve de nuevo. Una vez más su cabeza interrumpe y luego sustituye, al quebrar bebiendo, el beber inverso de su imagen ahogada que se disuelve. Es el pozo de los días, la inmóvil e insaciable abertura de la tierra, que abraza, en tranquila paradoja de congelado apresuramiento, alba, mediodía y crepúsculo; ayer, hoy y mañana: semillero de estrellas y jeroglífico, la feroz rosa blanca agonizante, luego la gradual e invencible aceleración hasta el inmóvil frenesí del mediodía. Después avanza la tarde hasta que al fin la mañana, el mediodía y la tarde desandan lo andado, vacían el cielo y descienden hoja a hoja enmudecida, rama y tronco, bajan reuniéndose brizna a brizna entre la hierba, arrastrándose todavía en soñoliento murmullo de insectos, hasta que por fin la totalidad de la luz se reúne en torno a esa tierna boca inmóvil en un último suspiro de agonía. Ike se pone de pie. Sobre el prado brillan al azar las caprichosas luciérnagas. Surge con fuerza la estrella de la tarde, aunque casi de inmediato las constelaciones se ponen en marcha y comienzan a girar. También rubia en el último rescoldo de luz, la vaca pierde su relieve sobre el brillo suave de la hierba sin volumen. Pero allí está, sólida en medio de la tierra abstracta, por la que él camina ágilmente de regreso, pisando el frágil dosel enmarañado del sueño subterráneo: Helena y los obispos, los reyes y los réprobos serafines. Cuando llega junto a ella ya ha empezado a acostarse: primero las patas delanteras, luego las traseras, descendiendo en dos etapas distintas al flujo ya agotado de la noche, acurrucándose otra vez en el nido del sueño, convertida en perfume esencial de la hembra eterna. Los dos yacen juntos.

Ya se había puesto el sol cuando Houston regresó a su casa y advirtió la ausencia de la vaca. Era un viudo sin hijos. Desde la muerte de su mujer, tres o cuatro años antes, la vaca era la única criatura femenina en su propiedad, evidentemente. Tenía incluso un hombre por cocinero, un negro, que también se ocupaba de ordeñarla, aunque aquel sábado había pedido permiso para participar en una gira campestre con los de su raza, prometiendo volver a tiempo para ordeñar a la vaca e incluso para preparar la cena, promesa a la que, como es lógico, Houston no dio el menor crédito. En realidad, de no ser por cierta monótona resonancia interior de la promesa que terminó por hacerle efecto, quizá no hubiera regresado a casa en toda la noche y sólo habría echado de menos a la vaca al día siguiente.

Pero lo cierto es que volvió nada más anochecer: no en busca de alimento, cuya presencia o ausencia no significaba nada para él, sino para ordeñar a la vaca, perspectiva y necesidad que había tenido delante toda la tarde, sintiéndola cada vez más cerca. Debido a ello había bebido un poco más de lo habitual en un sábado por la tarde, lo que (tratándose de un hombre de carácter taciturno, aunque robusto y saludable al mismo tiempo), unido a la obsesión acerca de las hembras que las trágicas circunstancias de su desgracia le habían creado, y al hecho de que no sólo tenía que volver y establecer una vez más contacto físico con el mundo femenino, que había repudiado tres años antes, sino que el momento para llevarlo a cabo (el período entre el crepúsculo y la noche cerrada) había de ser el que peor soportaba entre las diferentes horas del día —cuando la presencia de su mujer muerta y del hijo que nunca tuvieron se dejaría sentir por toda la casa y la finca—, le situaron en una actitud mental no demasiado previsible cuando entró en el cobertizo y descubrió la ausencia de la vaca.

En un primer momento pensó que el animal había seguido embistiendo y golpeando la puerta hasta soltar el pestillo, permitiendo que se abriera. Pero aun en ese caso le sorprendía que la molestia de las ubres llenas no la hubiese devuelto, obligándola incluso a mugir, a la entrada del corral antes de su llegada. Lo cierto era que no estaba allí, y maldiciéndola (y maldiciéndose a sí mismo por haber tenido el descuido de no cerrar el portón que llevaba al pastizal junto al arroyo) llamó al perro y echó a andar por el sendero. Todavía no era completamente de noche. Pero aunque vio las huellas, al reconocer las marcas de los pies desnudos del hombre y las superpuestas de las pezuñas de la vaca, creyó que entre las dos series de huellas existía un espacio de seis horas y no una distancia de dos metros. Además al principio apenas prestó atención a las huellas porque estaba convencido de que sabía cuál era el paradero de la vaca; siguió creyéndolo después de que el perro se separase del arroyo en el vado para subir por la colina. Houston le hizo volver con gritos coléricos.

Incluso cuando el animal se detuvo y se volvió para mirarle, serio e inteligente, con expresión de sorpresa, él siguió actuando movido por esa ardiente convicción que nace de la bebida y la irritación y el antiguo pesar todavía doloroso y siempre reavivado, gritando al perro hasta que regresó, para llevarlo luego a puntapiés en dirección al vado y cruzarlo tras él, momento en que el perro se puso a seguirle, desconcertado pero muy atento, hasta que Houston, con nuevos puntapiés, le obligó otra vez a encabezar la comitiva.

La vaca no estaba en el pasto. Ahora su ausencia quedaba confirmada y era preciso deducir que alguien se la había llevado; fue como si la misma violencia de su furia contra el perro le hubiera devuelto algo semejante a la cordura. Cruzó de nuevo el arroyo. En el bolsillo trasero del pantalón llevaba el semanario del condado, que había recogido del buzón camino de la aldea a primera hora de la tarde. Lo enrolló para hacer una antorcha. Con su luz vio las huellas de los pies del idiota y los de la vaca en el sitio donde había torcido a la altura del vado para subir por la colina y llegar a la carretera, momento en que se consumió el papel de la antorcha, dejándole por toda iluminación la luz de las primeras estrellas (la luna no había salido aún) mientras maldecía de nuevo con la misma furiosa exasperación que no era rabia, sino un brutal desprecio y compasión hacia toda la carne ciega capaz de esperanza y de dolor.

Se hallaba casi a kilómetro y medio de su caballo. Debido a su inútil deambular por el pastizal ya había andado dos veces esa distancia, y estaba completamente a merced de la inútil rabia, ante circunstancias no controlables, que se alimenta con su misma impotencia y que carece de objeto con el que desquitarse; le pareció una vez más que había sido víctima de una complicada e inútil broma pesada a manos del primigenio espíritu burlón, cuyo único propósito había sido obligarle a andar cerca de dos kilómetros en la oscuridad. Pero incluso aunque no pudiese castigar de verdad, hacer daño al idiota, al menos podía poner el temor, si no de Dios, por lo menos de robar vacas y desde luego de Jack Houston, en su corazón, de manera que en cualquier caso, a partir de ese momento, él, Houston, no tuviera que salir de su casa preguntándose si la vaca seguiría en el establo a su regreso. Sin embargo, cuando por fin se encontró de nuevo en movimiento a lomos del caballo, con el frío aire del paso rápido acariciándole, descubrió que la ceñuda indignación helada había dado paso a un humor sarcástico todavía más familiar, un poco torpe y soso quizá, pero indomable e invencible incluso en presencia del dolor más despiadado; de manera que mucho antes de llegar a la aldea sabía exactamente lo que iba a hacer. Curaría para siempre al idiota de codiciar las vacas ajenas con un método inmemorial e infalible: le haría alimentarla y ordeñarla; volvería a casa y regresaría a la mañana siguiente y le haría ocuparse de ella de nuevo y luego llevarla a pie hasta el sitio donde la había encontrado. De manera que no se detuvo ni un momento en casa de la señora Littlejohn. Torció por el callejón y se dirigió hacia el corral; fue la señora Littlejohn quien le dirigió la palabra desde la densa sombra que la luz de la luna

creaba junto a la cerca.

—¿Quién anda ahí?

Houston detuvo el caballo. Ni siquiera ha visto al perro, pensó. Fue entonces cuando supo que tampoco iba a decirle nada a ella. Ahora la veía ya, alta, tan alta como una chimenea y con una silueta casi igual de lisa, de pie junto a la cerca.

—Jack Houston —respondió.

—¿Qué quiere? —dijo ella.

—He pensado que podría abreviar mi caballo en su pilón.

—¿Es que ya no tienen agua en el almacén?

—Vengo de casa.

—¡Ah! —dijo ella—. Entonces no ha... —habló de prisa, con voz áspera, y se detuvo bruscamente.

Houston comprendió en aquel momento que iba a hablar más, que ya lo estaba haciendo:

—No le ha pasado nada. Lo he visto.

—¿Cuándo?

—Antes de salir de casa. Estaba allí esta mañana y también ahora por la noche. En mi pastizal. No le pasa nada. Imagino que ha decidido tomarse un sábado de fiesta.

La señora Littlejohn lanzó un gruñido.

—¿Su negro se fue a la gira campestre?

—Sí, señora.

—Entonces entre y coma algo. Ha quedado cena fría.

—Ya he cenado —inició la media vuelta con el caballo—. Yo no me preocuparía. Si todavía está allí, voy a hacer que no pare de correr hasta que llegue a casa.

La señora Littlejohn gruñó de nuevo.

—Creía que iba a abreviar al caballo.

—Por supuesto —respondió. De manera que entró en el corral. Tuvo que bajarse del caballo y abrir el portón y luego cerrarlo, y después volver a abrirlo y a cerrarlo para salir, y a continuación subirse de nuevo al caballo. La señora Littlejohn aún seguía de pie junto a la cerca, pero cuando al pasar le dio las buenas noches no respondió.

Houston regresó a casa. Había luna llena y ahora estaba ya alta sobre los árboles. Encerró al caballo en el establo y cruzó el corral plateado, pasó ante el bostezo iluminado por la luna del cobertizo vacío y entró en la casa vacía y oscura con tejado de plata, se desvistió y se tumbó en el monacal catre de hierro donde ahora dormía, con el perro en el suelo a su lado, el iluminado cuadro de la ventana cayendo sobre él, como solía hacerlo sobre los dos cuando su mujer vivía y había una cama en la habitación en lugar del catre. Ahora ya no maldecía, y tampoco era rabia lo que sentía cuando al salir el sol estaba ya a caballo en la carretera donde la noche anterior había perdido la pista de los fugitivos. Examinó el polvo, blandamente inescrutable después

de las huellas de ruedas, pezuñas y pies de toda una tarde de sábado, donde la misma virginidad del idiota ante el problema de ocultarse daba la impresión de poner en marcha en el momento necesario una reserva inagotable de inteligencia, como alguien que nunca ha necesitado valor parece encontrarlo cuando lo necesita, maldiciendo, no con rabia, sino con el mismo brutal desprecio y compasión por la carne débil, perpleja y, sin embargo, curiosamente indestructible, ya predestinada y condenada antes de ver la luz y empezar a respirar.

Para entonces el propietario del otro establo ya había encontrado en el cuarto donde guardaba el grano el revelador rastro de pienso derramado que comenzaba en el cajón y terminaba en una media luna inclinada con la forma aproximada de la cesta ausente; en seguida descubrió que era su propia cesta la que faltaba. Siguió las huellas de los pies a través del corral hasta perderlas. Pero no faltaba nada más: no se habían llevado una gran cantidad de pienso y la cesta era vieja. Recogió el grano caído, lo devolvió al cajón y muy pronto hasta su primer estallido de rabia impotente ante el atropello moral, ante la torpe profanación de la propiedad privada, se evaporó, reapareciendo tan sólo una o dos veces durante el día como colérico y exasperado desconcierto: de manera que cuando entró la segunda mañana en el cuarto donde guardaba el grano y vio el mudo rastro de pienso derramado que terminaba en la vacía media luna a modo de abrazo, sintió una tremenda perplejidad seguida de una rabia furiosa y cegadora, como la de un hombre que al saltar para ponerse a salvo de un caballo desbocado pisa una cáscara de plátano. Durante ese momento se sintió dispuesto al homicidio. Vio en este segundo flagrante quebrantamiento del antiguo mandato bíblico (sobre el que él había fundado existencia, integridad, todo) de que el hombre ha de sudar o no tener, el mismo controvertido principio moral que había defendido contra sus cinco hijos, por separado o colectivamente, durante más de veinte años, batalla que, por salir victorioso, había perdido. Era un hombre de más de mediana edad que, sin nada con que empezar, pero con buena salud y cierta ceñuda y puritana afinidad con la abstinencia y el aguante, había convertido en granja aceptable el trozo baldío de ladera de colina que comprara a menos de dos dólares la hectárea, se había casado y había formado una familia y había alimentado y vestido e incluso educado en cierta manera a todos sus hijos, enseñándoles al menos a trabajar duramente, por lo que tan pronto como tuvieron edad suficiente para hacerle frente, chicos y chicas se marcharon de casa (una era enfermera diplomada, otro el hombre de confianza de un politiquillo del condado, un tercero ejercía de barbero en la ciudad, la cuarta era prostituta y el primogénito había desaparecido, simplemente); ahora le quedaba la pequeña granja bien cuidada a la que también había hecho trabajar hasta el límite, en una atmósfera de odio y oposición mutuos, pero que no podía abandonar y que, hasta el momento, tampoco había logrado expulsarle, pero que quizá supiera que podía durar y duraría más que él, y su mujer, que, tal vez sin esperanza de resistir, contaba sin embargo con todo lo necesario para soportar y durar.

El granjero salió del establo llamando a gritos a su mujer. Cuando apareció en la

puerta de la cocina le dijo gritando que se ocupara de ordeñar, entró corriendo en la casa, reapareció con una escopeta, la adelantó camino del establo, maldiciéndola por su lentitud, puso el ronzal a una de las mulas, recogió la escopeta y siguió de nuevo las huellas a través del corral, hasta donde desaparecían junto a la cerca. Pero esta vez no se dio por vencido y volvió a encontrarlas muy pronto: la oscura, pesada estela, todavía visible en la hierba del prado, vencida por el rocío, atravesándolo e internándose en el bosque. Allí volvió a perder el rastro. Pero tampoco abandonó. Era demasiado viejo para eso; demasiado viejo sobre todo para soportar una rabia y un ansia de sangre tan prolongadas y llenas de exasperación. No había desayunado aún y en la casa le esperaba el trabajo, la constante y continua ronda de tareas repetidas, capaces de desgastar alma y cuerpo, y arma única con que aquel trozo de tierra que era su mortal enemigo podía luchar contra él; tareas que había realizado ayer y tenía que repetir hoy y mañana y pasado mañana, solo y sin ayuda, o, de lo contrario, dejarse sepultar por la misma derrota en que se había convertido la estéril victoria sobre sus hijos; así hasta el día en que (también lo sabía perfectamente) tropezara y cayese sobre un surco, los ojos aún abiertos y las manos vacías y rígidas, pero sin perder la posición que adoptaban para sujetar el arado, o se derrumbara en el fondo de una zanja cubierta de malas hierbas, todavía empuñando la guadaña o el hacha, realizada esta victoria final por un cenotafio de buitres describiendo espirales en el cielo hasta que algún desconocido movido por la curiosidad apareciese por allí, lo encontrara y enterrase lo que quedara de él. Pero siguió adelante. Al cabo de un rato descubrió de nuevo las huellas, tres en una hondonada arenosa por donde corría un arroyo, hallándolas casi por casualidad, ya que las últimas quedaban kilómetro y medio atrás; ni siquiera tenía motivos para creer que fuesen las mismas, aunque de hecho lo eran. Pero él no tuvo ni un momento de duda. Mediada la mañana descubrió incluso a quién pertenecía la vaca. Se encontró en el bosque al negro de Houston, también a lomos de mula. Le dijo con entonación feroz, agitando la escopeta en dirección suya, que no había visto ninguna vaca perdida, que allí no había ninguna vaca perdida y que aquellas tierras eran suyas, aunque no le pertenecía nada a cinco kilómetros a la redonda, con la excepción tal vez de la cesta de pienso momentáneamente desaparecida, y le ordenó que se marchase y que no volviera.

Luego regresó a su casa. No había renunciado; ahora no sólo sabía lo que quería hacer, sino cómo hacerlo. Veía ante sí no una simple venganza y represalia, sino una reparación. No quería sorprender al ladrón; quería recuperar la vaca y, o bien obtener una recompensa de su propietario por devolvérsela, o, si el propietario se negaba, recurrir a sus derechos legales y reclamar una indemnización por tratarse de un animal extraviado; esa cantidad, ese dólar legal sería la compensación mínima, no por el tiempo que había empleado recuperando la vaca, sino por el tiempo que no había empleado en el interminable ciclo de tareas que nadie iba a hacer en su lugar, no porque no pudiera pagar un sustituto, sino porque no había ningún hombre en toda la zona, blanco o negro, dispuesto a trabajar para él a ningún precio; aquellas tareas

interminables que no podía permitir que le dominaran porque de lo contrario estaría perdido. Ni siquiera entró en la casa. Se dirigió directamente a las tierras de labor y enganchó la mula al arado que había dejado en el surco la noche anterior y siguió arando hasta que su mujer tocó la campana al mediodía; después del almuerzo volvió al trabajo y siguió arando hasta que se hizo de noche.

A la mañana siguiente ya estaba en el establo antes de que se ocultara la luna, con la mula ensillada y esperando. A la pálida luz de la aurora vio cómo una figura voluminosa, con aspecto de oso, entraba en el establo con la cesta, seguido por su propio perro, para penetrar después en el cuarto donde guardaba el grano, salir luego sujetando la cesta con los dos brazos como hace un oso, y apresurarse a atravesar el corral, seguido siempre por el perro. Cuando el propietario vio al perro le dominó de nuevo la misma rabia casi insoportable. Le había oído ladrar la primera mañana, pero el alboroto ya había terminado cuando despertó del todo; ahora entendía por qué no le había oído ni la segunda ni la tercera mañana, y comprendió también que aunque el ladrón no volviera la cabeza, si él saliese ahora del establo lo más probable sería que el perro le ladrara. De manera que para cuando creyó que ya podía salir del establo sin ser notado, sólo se veía al perro, que miraba inmóvil a través de la cerca en la dirección seguida por el ladrón y que no advirtió la presencia de su amo hasta que empezó a darle patadas, con rabiosa violencia, empujándolo hacia la casa.

Pero las oscuras huellas del ladrón atravesaban de nuevo la hierba del pastizal, nacarada por el rocío, aunque cuando el dueño de la granja llegó al bosque descubrió que había cometido el mismo error que Houston al subestimar a su oponente; que quizá también la pasión, como la pobreza y la inocencia, sabe cuidar de los suyos. De manera que malgastó otra vez media mañana, sin desayunar, entre bufidos de rabia e incredulidad, recorriendo la verde y alegre soledad de los bosques de mayo, mientras a sus espaldas el recuerdo sombrío de sus campos ordenados en línea de batalla, incansables, crecía angustioso en su memoria hasta transformarse en despótico presagio. Esta vez encontró incluso el rastro: la mancha de leche derramada sobre la tierra (tan cerca estaba), las hierbas aplastadas en el sitio ocupado por la cesta mientras comía la vaca. Debiera de haber encontrado la cesta misma colgada de una rama, puesto que nadie había tratado de ocultarla. Pero no llegó a mirar tan alto, dado que ahora disponía ya del rastro de la vaca. Lo fue siguiendo, con calma y conteniéndose con furiosa rigidez, perdiéndolo y encontrándolo y volviéndolo a perder, a lo largo de toda la mañana y hasta el umbral del mediodía: esa concentración de luz y calor que tenía la impresión de sentir no sólo aumentando la temperatura de su sangre, sino hasta de los conductos y tubos perfectamente abstractos por donde tenía que circular la corriente de su ira. Durante las primeras horas de la tarde descubrió, sin embargo, que el sol nada tenía que ver con ello. También se guareció bajo un árbol, mientras la tormenta le ensordecía y deslumbraba y la furiosa lluvia fría golpeaba una carne que sólo se encogía y se estremecía por fuera; después el aguacero siguió galopando, carcajada dorada convertida en lágrimas

por la tierra resplandeciente y ancestral. Se hallaba para entonces a once kilómetros de su casa. Le quedaba una hora más de luz. Había recorrido unos siete kilómetros y brillaba ya la estrella de la tarde, cuando se le ocurrió que tal vez los fugitivos volvieran al lugar de la mancha de leche sobre la tierra. Se encaminó hacia allí sin esperanza. Hasta su rabia se había desvanecido ya.

Llegó a su casa hacia medianoche, a pie, con la mula y la vaca. Al principio había tenido miedo de que se escapara el ladrón. Después deseó que lo hiciera. Luego, durante los tres cuartos de kilómetro entre el sitio donde los había encontrado y el establo, trató de ahuyentar a la criatura que se había puesto en pie junto a la vaca con un ronco grito de miedo, que el granjero reconoció, y que aún les seguía, gimiendo y tropezando en la oscuridad; siempre detrás incluso cuando el granjero se volvía —un hombre demasiado viejo para semejante tarea, agotado no tanto por el largo día en ayunas sino por la constante rabia sin altibajos— y le gritaba, maldiciéndole. Su mujer le esperaba en el portón del corral con una linterna encendida. El granjero entró, hizo entrega a su esposa de los dos ronzales, cerró el portón con mucho cuidado, se agachó como se agachan los ancianos, encontró un palo y luego se incorporó de golpe, corrió hacia el idiota, golpeándole, maldiciéndole con voz ronca, jadeante, apenas audible, seguido por la mujer, que le llamaba por su nombre de pila.

—¡Déjalo! ¿Me oyes? —exclamó ella—. ¡Déjalo! ¿Es que quieres matarte?

—¡Ja! —dijo él, jadeante, temblando—. Todavía voy a hacer unos cuantos kilómetros más antes de morirme. Ve a buscar el cerrojo.

Se trataba de un candado, del único instrumento de aquel tipo que había en la casa. Se hallaba en la puerta principal, donde él lo había colocado al día siguiente de que su último hijo le abandonara. La mujer fue a buscarlo mientras él trataba de echar al idiota del corral. Pero no lograba alcanzarle. El otro se movía torpemente, gimiendo y balbuceando, pero el granjero no conseguía ni atraparle ni asustarlo. Continuaba en algún sitio tras él, en el límite mismo de la zona iluminada por la linterna que sujetaba su mujer, incluso mientras él enlazaba con el candado el trozo de cadena con que cerró la puerta del habitáculo donde colocó a la vaca. A la mañana siguiente, cuando retiró el candado, la criatura ya estaba dentro con la vaca. Le había dado de comer incluso, trepando para salir y para volver a entrar, e hizo con él los ocho kilómetros hasta la casa de Houston, gimiendo y babeando, hasta que un momento antes de llegar el granjero miró para atrás y el idiota había desaparecido. Nunca supo en qué momento lo hizo. Más tarde, al volver, ya con el dólar de Houston en el bolsillo, examinó la carretera para ver dónde se había esfumado exactamente. Pero no encontró el menor rastro.

La vaca permaneció menos de diez minutos en el corral. Houston se hallaba en la casa en aquel momento; su intención inmediata fue mandarla con el negro. Pero anuló la orden sin pararse casi a respirar, pidió al criado que le ensillara el caballo y durante el tiempo que tardó en hacerlo se limitó a esperar, maldiciendo de nuevo con aquel desprecio sombrío y violento que no era repugnancia ni tampoco rabia. La

señora Littlejohn estaba enganchando el caballo en su calesa cuando Houston entró con la vaca en el corral, de manera que no tuvo necesidad de explicárselo con palabras, después de todo. Se limitaron a mirarse, no como hombre y mujer, sino como dos partículas del absoluto que han alcanzado la misma paz asexual aunque por distintos caminos. Ella se sacó del bolsillo el limpio trozo de tela cerrado con un nudo.

—No quiero dinero —dijo él, con brusquedad—. Simplemente no quiero volver a verla.

—El dinero es de él —dijo ella, extendiendo la mano—. Cójalo.

—¿De dónde lo ha sacado?

—No lo sé. V. K. Ratliff me lo dio. Es suyo.

—Supongo que sí, si Ratliff se desprendió de él. Pero no lo quiero, de todas formas.

—¿Qué otra cosa podría hacer con él? —dijo ella—. ¿Qué otra cosa va a querer nunca?

—Está bien —dijo Houston.

Cogió el trozo de tela con el dinero dentro, pero no lo abrió. Si hubiera preguntado cuánto era, la señora Littlejohn tampoco podría habérselo dicho, porque nunca lo había contado. Luego Houston exclamó, furioso, pero con el rostro siempre frío y tranquilo:

—¡Que el demonio se los lleve! No deje que aparezca ninguno de los dos por mi casa. ¿Me oye?

El corral quedaba detrás del hotel viniendo por la carretera; la pared trasera del establo no se veía desde ninguno de los dos sitios. Tampoco se veía directamente desde la aldea propiamente dicha, y en aquella mañana de septiembre Ratliff se dio cuenta de que no hacía falta. Porque él caminaba por un sendero, un sendero que no había visto nunca antes, que no estaba allí en mayo. Luego la pared trasera apareció ante sus ojos, los tablones que la componían clavados horizontalmente; el que quedaba a la altura de los ojos, sin embargo, estaba suelto por un extremo e inclinado hacia abajo, con los clavos que sobresalían cuidadosamente vueltos hacia el interior, contra la pared, y el tablón mismo tan inmóvil como la hilera de espaldas y la hilera de cabezas que ocupaban el hueco. Ratliff sabía lo que iba a ver y, al igual que Bookwright, no quería verlo, pero, a diferencia suya, estaba dispuesto a mirar. Así lo hizo, colocándose entre otros dos espectadores; y tuvo la impresión de ser él quien se hallaba dentro del establo con la vaca, de ser él quien miraba desde el rostro mudo de ojos vacíos a la hilera de caras que le contemplaban, de ser él quien había recibido las pasiones mudas pero no las palabras elocuentes. Cuando los otros se volvieron a mirarle ya sostenía el tablón, sujetándolo como si estuviera a punto de golpearles con él. Pero su voz resultó tan sólo sarcástica, amable incluso, familiar, mientras maldecía como lo había hecho Houston: sin rabia ni escandalizada rectitud.

—De todas formas, tú también has venido a echar una ojeada —dijo uno de los

espectadores.

—Claro —respondió Ratliff—. No os culpo a vosotros, muchachos. Culpo a todo el mundo, incluyéndome a mí —añadió, alzando el tablón y colocándolo de nuevo en su sitio—. Ese... ¿Cómo se llama? ¿El nuevo? Lump. ¿Os hace pagar cada vez, o basta con pertenecer al club para asistir a todas las representaciones? —había medio ladrillo en el suelo, junto a la pared. Ratliff procedió a clavar el tablón, mientras los otros le contemplaban, con el ladrillo agrietándose y partiéndose, deshaciéndose entre las manos hasta convertirse en polvo; un polvo seco, pálido, del color del pecado ruin y de la vergüenza, sin el esplendor ni la magnificencia de la sangre, sin su fatalidad—. Eso es todo —dijo—. Se ha terminado. Ha concluido el ciclo de representaciones.

No esperó a ver si los otros se marchaban. Cruzó el corral y el patio trasero de la casa bajo el brillante resplandor, un poco brumoso, del mediodía de septiembre. La señora Littlejohn estaba en la cocina. No tuvo necesidad de decirle nada, igual que le había sucedido a Houston.

—¿Qué te figuras que pienso cuando miro por la ventana y los veo pasar a escondidas, pegados a la cerca? —le preguntó.

—Pero usted no ha hecho más que pensar —dijo Ratliff—. En cambio, ese nuevo dependiente..., ese «bis» de los Snopes. Lanzarote —dijo—. Lump. Me acuerdo de su madre —la recordaba viva y también por lo que había logrado averiguar acerca de ella: una mujer delgada, voluntariosa, sin atractivo, que nunca había comido lo suficiente y se le notaba; que ni siquiera sabía que nunca había comido lo suficiente y que además era maestra de escuela. Salida de un revoltillo de hermanos y hermanas engendrados por un fracasado congénito que, en los intervalos de una constante sucesión de pequeñas bancarrotas mercantiles que tampoco le reportaron nunca el menor beneficio, le hacía nuevos hijos a su gimoteante y desastrada esposa, hijos que después él no estaba en condiciones de vestir y alimentar adecuadamente. Salida de allí gracias a un curso de verano en la Escuela de Magisterio del Estado para ir a parar a una escuela rural de una sola habitación, de donde también salió antes de terminar el primer curso para casarse con un hombre en aquel momento bajo proceso por causa del muestrario de zapatos de un viajante de comercio, todos del pie derecho, que había desaparecido de la consigna de una estación. Una mujer que sólo llevó consigo al matrimonio, por todo equipaje y armamento, la habilidad para lavar y alimentar y vestir a un enjambre de hermanos y hermanas sin disponer nunca de la suficiente comida o ropa o jabón para hacerlo, y el convencimiento de que se podía encontrar en las páginas de los libros ejemplos de honor, de dignidad, de salvación y de esperanza capaces de edificar a un hombre, y que dio a luz a un varón, le puso de nombre Lanzarote, lanzando este desafío imperecedero en las fauces mismas de la trampa que ya se cerraba, y murió—. ¡Lanzarote! —exclamó Ratliff. No se desahogó siquiera con alguna palabra malsonante; y no es que a la señora Littlejohn le hubiese importado, aunque quizá lo más probable es que no le hubiera oído—. ¡Lump^[7]!

¡Piense en lo avergonzado y horrorizado que se sintió cuando tuvo edad suficiente para darse cuenta de lo que su madre había hecho con su apellido y con su orgullo; avergonzado y horrorizado hasta el punto de tener que aceptar que la gente le llamara Lump en lugar de su nombre verdadero! ¡Desclavó esa tabla! ¡Exactamente a la altura precisa! No a la altura de los niños ni de las mujeres: ¡a altura de hombre! Tiene a ese chaval ahí para que vigile y vaya corriendo al almacén y dé la voz de alarma cuando está a punto de comenzar. De momento no cobra nada por el espectáculo, y eso es lo que está mal. Eso es lo que no entiendo. Lo que me asusta. Porque si él, Lump Snopes, Lanzarote Snopes... le he llamado «bis» —exclamó—. Lo que estaba tratando de decir era eco. Pero en realidad hablaba de falsificación —se detuvo. Había logrado quedarse sin palabras, mudo de indignación, desconcertado, mirando fijamente a aquella mujer tan alta y tan ceñuda como un hombre, que llevaba una bata descolorida y le devolvía la mirada con la misma fija intensidad.

—De manera que es eso —dijo la señora Littlejohn—. De manera que no es la cosa misma lo que te irrita. Lo que te molesta es que alguien con el apellido Snopes, o ese Snopes en particular, esté sacando algún partido de ello y tú no sepas qué es. ¿O te molesta que la gente venga a verlo? Que pase una cosa así no tiene importancia, pero la gente no debe saberlo, no debe verlo.

—La gente venía a verlo —respondió Ratliff—. Ha dejado de venir porque ya se ha terminado. Nunca he negado mis tendencias farisaicas —dijo—. Y no necesita usted decirme que Ike no tiene otra cosa. Ya lo sé. Y que podría dejarle al menos ese poco. También lo sé. O, incluso, que no es asunto mío. Eso lo sé también, como sé que la razón por la que no voy a dejarle que siga teniendo lo que tiene es, simplemente, que dispongo de la fuerza suficiente para impedirselo. No es que tenga más razón, es que tengo más fuerza. Probablemente tampoco soy mejor. Tan sólo más fuerte.

—Y ¿cómo vas a pararlo?

—No lo sé. Quizá no pueda. Quizá no quiera tampoco. Quizá todo lo que quiero es haber sido más recto, para poder decirme a mí mismo que he hecho lo que había que hacer, que tengo la conciencia tranquila y que por lo menos podré dormir en paz esta noche.

Pero dio la impresión de saber perfectamente lo que se disponía a hacer. Aunque se quedó algún tiempo delante de la casa de la señora Littlejohn, estaba tan sólo sopesando posibilidades o, más bien, desechando caras a medida que las contemplaba con la imaginación: el rostro violento e intratable, cruzado por la única ceja; el alargado y rubicundo y franco y sin cejas, como una tajada de sandía encima del mandil de cuero de los herreros; el tercero, que más que pertenecer a su levita parecía estar atado a ella como un globo a su cuerda, y cuyos rasgos faciales daban la sensación de hallarse constantemente en desorganizada huida de la larga nariz de erudito, desprovista de personalidad, como si el rostro pintado en el globo hubiese sufrido las consecuencias de un violento chaparrón: Mink, Eck, I. O.; y luego Ratliff

empezó a pensar de nuevo en Lump, concentrándose de nuevo en el problema inmediato con un esfuerzo que casi era físico, aunque sin dejar por ello de seguir perfectamente inmóvil en el escalón más alto del porche de la señora Littlejohn, con la misma expresión enigmática de costumbre, tranquila, casi sonriente, trayendo los tres rostros posibles una vez más ante los ojos para verlos escabullirse de nuevo: el primero porque no estaba dispuesto a quedarse; el segundo porque nunca llegaría a entender de qué hablaba Ratliff; el tercero porque, en aquella situación, sería como una de esas máquinas de las salas de espera de las estaciones, en las que se puede introducir la moneda de cobre o la ficha de plomo que la impulsa a ponerse en marcha, y hace que se reciba algo a cambio, sin que se sepa exactamente qué, aunque sí se sabe que nunca valdrá tanto como la moneda o la ficha. Ratliff pensó incluso en el de más edad o, más bien, en el primero de todos: Flem, considerando que se trataba probablemente de la primera vez que en algún sitio donde se respiraba y se suspiraba y donde los hombres construían los fundamentos de su existencia sobre la circulación del dinero, alguien deseaba que Flem Snopes estuviera allí en lugar de hallarse en cualquier otro sitio.

Estaba próximo el mediodía; casi había transcurrido una hora desde que Ratliff viera salir del almacén al hombre que buscaba. Fue al mismo almacén en busca de información; diez minutos después dejaba un sendero para atravesar un portón en el centro de una cerca nueva de alambre espinoso. La casa también era nueva, de un solo piso y estaba sin pintar. Algunas flores estivales, todavía abiertas, se marchitaban en la sequedad del verano agonizante, todas rojas —geranios y cañas de indias—, en un parterre a medio terminar delante de los escalones de la entrada y en latas y cubos oxidados que contorneaban el porche. El mismo niño rubio estaba más allá de la casa, y una mujer joven, grande, fuerte y de rostro sereno le abrió la puerta, un niño de pecho apoyado en la cadera y otro que miraba cauteloso desde detrás de sus faldas.

—Está en su habitación, estudiando —le dijo ella—. Pase sin llamar.

El cuarto donde entró también estaba sin pintar, hecho con tabazón de lengüeta y ranura; parecía tan herméticamente cerrado como una caja fuerte y no mucho más grande, si bien incluso entonces Ratliff advirtió cómo el olor no era el de un tío soltero, sino, curiosamente, el de un armario donde una viuda de mediana edad guardase su ropa. Vio de inmediato la levita extendida de través al pie de la cama, porque el ocupante de la silla (que realmente sostenía un libro entre las manos y llevaba lentes) había lanzado una mirada de alarma a la puerta que se abría, levantándose de golpe para apoderarse de la levita y empezar a ponérsela.

—No se moleste —dijo Ratliff—. No voy a quedarme mucho rato. Ese primo de usted. Isaac —el otro terminó de enfundarse la levita, abrochándosela apresuradamente sobre la pechera postiza de papel que utilizaba en lugar de camisa (los puños estaban cosidos a las mangas mismas de la levita), para luego quitarse los lentes con la misma precipitación febril, como si se hubiera puesto la levita a toda prisa con el fin de quitarse las gafas, debido a lo cual Ratliff se dio cuenta de que a la

montura le faltaban los cristales. El otro le contemplaba con la misma intensidad que ya había notado anteriormente y que (hecha de concentración e inteligencia) no daba la impresión de ser en realidad parte integrante de los órganos ni proceder de ellos, sino tratarse más bien de una especie de momentánea excrecencia fungosa sobre la superficie del globo ocular, como el ligero plumón que los niños arrancan soplando de las cabezuelas de los dientes de león—. Se trata de la vaca —añadió Ratliff.

Los rasgos de la cara se desperdigaron al instante. Se deslizaron, alejándose de la larga nariz que parecía una parodia de la lógica y de la firmeza y que incluso convertía en una especie de tosco carnaval romano toda curiosidad razonable; se deslizaron, fluidos, aunque respetando la inmóvil mueca de regocijo. Después Ratliff advirtió que los ojos no reían, sino que le estaban observando y que había algo de despierto e inteligente, o por lo menos competente, detrás de ellos, aunque también allí faltara la firmeza.

—¿No es todo un espectáculo? —cacareó Snopes, riendo entre dientes—. He pensado con frecuencia, desde que Houston le dio esa vaca y la señora Littlejohn los instaló en el establo, en esa casilla tan a mano, que es una lástima que alguno de sus parientes no se presente como candidato. Pan y circo, como decía el otro, aseguran una elección. No conozco otra manera más barata que la que ha encontrado Lump de ver a un hombre...

—Derrotado —terminó Ratliff. No levantó la voz, ni añadió nada más. La otra cara tampoco cambió: ni la larga nariz inmóvil, ni la mueca estereotipada, ni los ojos que no participaban de la vida del resto de las facciones.

—¿Derrotado? —preguntó al cabo de un momento.

—Derrotado —respondió Ratliff.

—Derrotado —repitió el otro. Si no era inteligencia, se dijo Ratliff, se le parecía bastante—. Pero sucede que yo no...

—¿No? —dijo Ratliff—. Cuando la mujer de César visite a Will Varner el mes que viene para conseguir de nuevo el empleo en la escuela, y se descubra que su marido no es tan puro como una estatua de mármol, ¿qué se imagina usted que sucederá?

La expresión del rostro no se modificó, pero sus rasgos siguieron en constante movimiento, sin otra relación mutua que el hecho de estar contenidos en el mismo cráneo y alimentados por la misma carne.

—Muy agradecido —respondió Snopes—. ¿Qué es lo que piensa usted que debemos hacer?

—No vamos a hacer nada —dijo Ratliff—. A mí no me interesa enseñar en la escuela.

—Pero usted podría echar una mano. Después de todo, nos entendíamos perfectamente hasta que llegó usted.

—No —respondió Ratliff, con brusquedad—. Yo no. Pero le diré lo que voy a hacer. Voy a quedarme aquí para comprobar que los parientes de Ike se ocupan de ese

asunto y evitan, por lo menos, que la gente se reúna detrás del establo para presenciar el espectáculo.

—Claro —dijo Snopes—. Eso es lo que no puede ser. Claro que no. La carne es débil, y aquí abajo hace falta muy poco para que ceda. Porque el pecado está en el ojo del que mira; retira la viga del ojo del vecino y ojos que no ven corazón que no siente. Un hombre honesto no puede permitir que arrastren su apellido por el barro. El apellido Snopes ha llevado demasiado tiempo la cabeza alta en esta región para permitir que se le haga un reproche como el de copular con el ganado.

—Y tampoco hay que olvidarse de la escuela —dijo Ratliff.

—Claro. Celebraremos una conferencia. Una conferencia familiar. Nos reuniremos esta tarde en el almacén.

Cuando Ratliff se presentó en el almacén aquella tarde estaban los dos allí: el aprendiz de herrero y el maestro de escuela; había también una tercera persona, el clérigo de la iglesia local, agricultor y padre; un hombre tosco, estúpido, sincero, supersticioso e íntegro que no había estudiado en ningún seminario, carecía de títulos académicos, no estaba encuadrado en la disciplina de ningún sínodo ni tampoco se había apartado de ella, pero a quien, años atrás, Will Varner había ordenado pastor de la congregación de manera similar a como elegía maestros de escuela o nombraba alguaciles.

—Ya está arreglado —dijo I. O., al entrar Ratliff—. El hermano Whitfield ha encontrado la solución. Tan sólo...

—He dicho que sabía de un caso en el que ese sistema tuvo éxito —le corrigió el ministro. A continuación procedió a explicarlo... o, más bien, lo hizo el maestro.

—Se sacrifica al animal con que la persona en cuestión ha formado el hábito, se cocina un trozo de su carne y se le da a comer. Tiene que ser de verdad carne de la vaca u oveja o animal de que se trate, y el sujeto tiene que saber que es eso lo que está comiendo; no se le puede engañar ni obligarle a comer la carne, y no sirve de nada cambiar un animal por otro. Después quedará curado y a partir de entonces sólo buscará hembras humanas. Pero... —y esta vez Ratliff lo advirtió: un algo en el rostro cambiante, reflexivo y disgustado al mismo tiempo—... pero la señora Littlejohn no quiere darnos la vaca. Usted me dijo que Houston se la había regalado a Ike.

—No; yo no se lo dije —respondió Ratliff—. Usted me lo dijo a mí.

—Pero ¿no es cierto que se la regaló?

—La señora Littlejohn o Houston o su primo se lo dirán a usted.

—Bien, no tiene importancia. Lo cierto es que no quiere darla. Y ahora tenemos que comprársela. Y lo que no entiendo es que esa mujer dice que ella no sabe el precio que hay que pagar, pero usted sí.

—Ah —respondió Ratliff. Pero ahora no estaba mirando a Snopes. Miraba al clérigo—. ¿Está usted seguro de que funcionará, reverendo? —dijo.

—Sé que ha funcionado una vez —replicó Whitfield.

—Entonces también sabe que no ha servido de nada otras veces.

—No me consta que se haya intentado más que en esa ocasión —respondió Whitfield.

—De acuerdo —dijo Ratliff. Miró a los otros dos: primos, sobrino y tío, daba lo mismo—. Les va a costar dieciséis dólares y ochenta centavos.

—¿Dieciséis dólares y ochenta centavos? —dijo I. O.—. Demonios coronados —los ojillos descoloridos y veloces escudaron sucesivamente todos los rostros. Luego I. O. se volvió hacia el ministro—. Vamos a ver. Una vaca es un montón de cosas distintas, además de la carne, y sin embargo es siempre la misma vaca. Tiene que serlo, porque se trata de cosas que esa vaca ni siquiera tenía cuando nació, de manera que no puede ser más que la misma cosa. Los cuernos, el pelo. Podríamos coger un poco de cada cosa y preparar una especie de sopa; podríamos incluso añadir un poco de sangre fresca para estar seguros del todo...

—Era la carne, el cuerpo mismo de la vaca —dijo el reverendo—. Entiendo que la cura completa consiste en que no sólo la mente del muchacho, sino también sus entrañas, el centro de las pasiones y de la corrupción, tengan la prueba irrefutable de que su compañera en el pecado ha muerto.

—Pero dieciséis dólares y ochenta centavos —dijo I. O. Miró a Ratliff—. Presumo que usted no tiene intención de contribuir.

—No —dijo Ratliff.

—Y Mink tampoco, especialmente después de la sentencia que ha dictado Will Varner esta mañana —comentó el otro, de mal humor—. Y Lump. Lo más probable es que Lump se vea bastante perjudicado por un asunto que después de todo no le incumbe a usted en lo más mínimo —le dijo a Ratliff—. Y Flem está fuera. De manera que no quedamos más que Eck, aquí presente, y yo. A no ser que el hermano Whitfield esté dispuesto a ayudarnos por razones morales. Después de todo, lo que desprestigia a un miembro de la iglesia desprestigia a todos los demás.

—Pero no debe hacerlo —dijo Ratliff—. No puede. Ahora que pienso en ello, también yo lo había oído antes. Tienen que hacerlo personas de su misma sangre, de lo contrario no sirve.

Los veloces ojillos se trasladaban constantemente del rostro de Ratliff al del ministro.

—Usted no ha hablado nunca de eso —dijo.

—Yo me he limitado a contarles lo que sé que pasó —dijo Whitfield—. No sé cómo se hicieron con la vaca.

—Pero dieciséis con ochenta —dijo I. O.—. Demonios coronados —Ratliff le contempló atentamente: los ojos, que eran mucho más astutos de lo que parecían; no se trataba de inteligencia; Ratliff modificó la primera impresión: se trataba de astucia. Ahora I. O. miró también a su primo o sobrino por vez primera—. Así que todo queda entre tú y yo, Eck —y el primo o sobrino habló por primera vez.

—¿Quieres decir que tenemos que comprarla?

—Sí —respondió I. O.—. Estoy seguro de que no vas a negarte a hacer un sacrificio por el apellido que llevas, ¿no es cierto?

—De acuerdo —dijo Eck—. Si no queda otro remedio —de debajo del mandil de cuero extrajo una enorme bolsa también de cuero, la abrió y con su puño tiznado la sostuvo como un niño sostiene la bolsa de papel que se dispone a hinchar con el aliento—. ¿Cuánto?

—Desgraciadamente yo soy soltero —dijo I. O.—. Pero tú tienes tres hijos...

—Cuatro —dijo Eck—. Uno en camino.

—Cuatro. En ese caso supongo que la única manera de calcularlo es dividir la cantidad de acuerdo con quién se beneficiará más de la curación de Ike. Tú tienes que contarte a ti y a tus cuatro hijos. Eso hace cinco a uno. Lo que significa que yo pago un dólar ochenta y Eck los otros quince, porque cinco entra tres veces en quince y tres veces cinco hacen quince dólares. Y Eck se puede quedar con el cuero y el resto de la vaca.

—Pero la carne y el cuero de una vaca no valen quince dólares —dijo Eck—. Y aunque los valieran, no la quiero. No me hacen falta quince dólares de carne de vaca.

—No se trata de la carne y el cuero. Eso es accesorio. Se trata del valor moral.

—¿Y por qué necesito yo quince dólares de valor moral cuando todo lo que tú necesitas es un dólar ochenta?

—Por el apellido de los Snopes. ¿Es que no lo entiendes? Nadie lo ha manchado nunca. Hay que mantenerlo limpio como una estatua de mármol para que tus hijos crezcan bajo su sombra.

—Pero sigo sin ver por qué tengo yo que pagar quince dólares cuando tú...

—Porque tienes cuatro hijos. Y contigo hacéis cinco. Y cinco veces tres son quince.

—Todavía no tengo más que tres —dijo Eck.

—¿No es eso lo que acabo de decir? ¿Cinco veces tres? Si el otro estuviese aquí ya, serían cuatro, y cinco veces cuatro son veinte dólares, y entonces yo no tendría que pagar nada.

—Aunque alguien tendría que devolver a Eck tres dólares y veinte centavos —dijo Ratliff.

—¿Qué? —respondió I. O. Pero inmediatamente volvió a ocuparse de su primo o sobrino—. Y además te quedas con la carne y el cuero —añadió—. Trata de no olvidarlo, si es que puedes.

Capítulo dos

1

La mujer con la que Houston se casó no era hermosa. Y además carecía de inteligencia y de dinero. Huérfana, sin atractivo especial, casi fea y ni siquiera extraordinariamente joven (cumplidos ya los veinticuatro), procedía del hogar de una pariente lejana que la había criado, y aportaba al matrimonio las habilidades caseras fruto tanto de su herencia rural y familiar como de su educación, un pequeño baúl con ropa personal sencilla, de color gris, además de sábanas, toallas y mantelerías cosidas a mano por ella misma y una capacidad infinita para la perseverancia y la devoción, pero nada más. Se casaron y seis meses después ella murió y Houston la lloró, guardando luto durante cuatro años, con una fidelidad furiosa, inquebrantable, y eso fue todo.

Se habían conocido desde siempre. Los dos eran hijos únicos, nacidos de padres con características muy similares, y en granjas que no distaban más de cinco kilómetros entre sí. Pertenecían a la misma iglesia rural y estudiaron en la misma escuela con una única aula, donde, aunque cinco años más joven que Houston, ella le llevaba un curso de ventaja cuando él se incorporó y, si bien Houston suspendió dos veces durante los dos años que asistió a la escuela, la chica seguía aventajándole sólo en un año cuando él desapareció de repente, no sólo de casa de su padre, sino de la región, huyendo a los dieciséis de la trampa inmemorial; Houston faltó trece años y luego regresó tan inopinadamente como se había marchado, sabiendo (y quizá incluso maldiciéndose por ello) en el instante mismo que tuvo conciencia de que iba a volver que ella seguiría allí y continuaría soltera, como efectivamente sucedió.

Houston tenía catorce años cuando se incorporó a la escuela. No es que fuese cerril, pero estaba todavía sin domar; más que el exceso de energías, le dominaba una violenta pasión, pero no por la vida, ni siquiera por el movimiento, sino por esa inmovilidad sin cadenas llamada libertad. No tenía nada en contra del saber; tan sólo contra estar encerrado, contra la reglamentación que la escuela llevaba consigo. Houston era capaz de dirigir competentemente la granja de su padre, y antes de morir su madre le había enseñado a escribir su nombre, renunciando así a tratar de obligar a

su padre a enviarle a la escuela, cosa que, por lo menos durante cuatro años, Houston había logrado evitar utilizando el cariño y la debilidad de su madre contra la severidad del orgullo paterno; realmente disfrutaba con su parte cada vez más elevada de responsabilidad y trabajar con su padre le suponía incluso un entrenamiento para la plenitud de la edad adulta. Pero al final su propia estrategia se volvió contra él, porque con el tiempo su padre se vio forzado a admitir que ya no tenía nada más que enseñarle acerca de la granja. De manera que se incorporó a la escuela, no para servir de modelo, sino como paradoja viviente. Reunía todas las condiciones para ser un buen ciudadano antes de poder votar y era capaz de convertirse en padre antes de haber aprendido a deletrear. A los catorce años ya se había familiarizado con el whisky y tenía una amante —una negra dos o tres años mayor que él, hija del aparcerero de su padre—, de manera que se vio sometido al aprendizaje del abecedario cuatro o cinco o seis años después que sus coetáneos y por tanto demasiado desarrollado físicamente para estar donde estaba; enorme en un mundo liliputiense, más complejo psicológicamente, desdeñoso, incorregible, sin proponerse a sabiendas no aprender nada, estaba tan sólo convencido de que no iba a hacerlo, porque ni quería ni creía que le hiciese falta.

Más adelante le parecía recordar que lo primero que vio al entrar en la única habitación de la escuela fue aquella cabeza inclinada, modesta, de cabellos castaños y lisos. Más tarde aún, después de creer que había escapado, le parecía que ella siempre había formado parte de su vida, incluso durante los cinco años que separaban sus respectivos nacimientos; y no porque Lucy se las hubiera arreglado de algún modo para existir durante esos cinco años, sino porque él no había empezado a existir hasta que ella nació, los dos irrevocablemente encadenados desde aquella hora para siempre, no por el amor, sino por una fidelidad implacable y un invencible rechazo: por una parte, la voluntad firme, inquebrantable, de cambiar, de mejorar y de remodelar; por otra, la más furiosa resistencia. No era amor —adoración, rendición sin condiciones— tal como él lo conocía, tal como la pasión se había manifestado hasta entonces en su experiencia, sin duda limitada, pero tan poco del todo inocente. Houston lo habría aceptado, lo habría considerado como algo que le correspondía en justicia, llamándolo sometimiento aunque en realidad estuviera hablando de la misma disposición a la que, hasta entonces, había dado el nombre de gustosa esclavitud en su relación con otras mujeres: su madre y su amante. Pero Houston no comprendía que hasta entonces no había sabido en qué consiste la verdadera esclavitud: la voluntad única, constante, despótica y sin vacilaciones de la persona esclavizada no sólo de poseer y asimilar por completo, sino de coaccionar y remodelar al dueño a imagen y semejanza de su supuesta víctima. Lucy no iba aún tras él, no porque fuese demasiado joven, sino porque, al parecer, no había descubierto todavía en él la persona adecuada. Era como si se hubiera limitado a elegirle entre toda la variada fecundidad de la tierra no porque cumplierse todos los requisitos, sino, simplemente, como alguien con las posibilidades sobre las que ella estaría dispuesta a cimentar la

estructura de su vida.

Lucy se esforzaba por que Houston avanzara en la escuela. No para que la terminase ni, al parecer, para que estuviera mejor educado o fuese más juicioso; tan sólo para que avanzase, curso por curso en ordenada progresión y pasando de un año al siguiente de acuerdo con el calendario establecido, tal como hacen las personas corrientes. En determinado momento, a Houston se le pasó por la cabeza que quizá ella deseaba hacerle avanzar hasta situarle en la clase de los de su edad, la clase en la que debería haber estado; que quizá si fuese capaz de lograrlo, tal vez le dejara en paz, permitiéndole suspender o no, de acuerdo con su carácter y su manera de ser. Tal vez hubiera sido así. O quizá Lucy, aunque lo bastante enamorada de él para intentarlo, poseía también el sentido común necesario para saber que Houston no sólo nunca alcanzaría el nivel que le correspondía, sino que ni siquiera mantendría el ritmo de la clase en que se hallaba, y aún más: que su sitio en la escuela carecía de importancia, que incluso su fracaso escolar daba lo mismo con tal de que ella también tomara parte en ese fracaso.

Era una lucha, un mudo desafío, sin posibilidad de capitulación, entre la voluntad inflexible no de amor ni de pasión sino de alcanzar el estado matrimonial, y la violenta voluntad contraria, igualmente inflexible, de permanecer solo y libre. Iban a suspenderle en aquel primer año. Houston esperaba que sucediera así. Y además de él lo sabía toda la escuela. Lucy nunca hablaba directamente con él; pasaba a su lado en el patio del recreo sin mirarle siquiera, ya que, al parecer, lo tenía siempre presente; pero allí estaban, sin embargo, mudos e inevitables en su pupitre, la manzana o el trozo de tarta que le reservaba de su almuerzo y, escondida en uno de sus libros, la hoja doblada con los problemas resueltos o la ortografía corregida o las frases escritas con la redonda, pero firme caligrafía infantil: el premio y la promesa que él rechazaba, la ayuda que repudiaba, furioso no por aquel atentado a su integridad o porque se contara con su credulidad, sino porque públicamente no le resultaba posible manifestar su rechazo despreciativo ni estaba seguro de que la manifestación privada —la destrucción despiadada de los alimentos o del papel— fuese siquiera advertida por aquella cabeza inclinada, modesta, atenta al profesor, de perfil o de tres cuartos o a veces completamente de espaldas, a la que Houston no había oído aún pronunciar siquiera su nombre. Luego un día, un muchachito que no le llegaba a la cintura le cantó unas aleluyas en las que no se hablaba de que Lucy Pate y Jack Houston fuesen novios, sino de que Lucy Pate estaba obligando a Jack Houston a aprobar los exámenes para pasar a segundo grado. Houston pegó al niño como si fuera de su misma talla, se vio inmediatamente atacado por un grupo de cuatro muchachos de más edad y los estaba manteniendo furiosamente a raya cuando sus asaltantes retrocedieron y Lucy apareció a su lado, golpeando a sus enemigos con el cartapacio. Houston la atacó tan ciega y furiosamente como al primer niño, alejándola. Durante los dos minutos siguientes se volvió completamente loco. Incluso después de derribarle, los otros cuatro tuvieron que atarle con un trozo de alambrada para poder

dejarle solo y echar a correr.

De manera que ganó aquel primer punto. Le suspendieron. Cuando regresó a la escuela el otoño siguiente, para repetir curso, rodeado (un gigante hundido hasta la rodilla en enanos) por un enjambre de niños aún más pequeños, Houston creyó que había logrado escapar. El rostro seguía estando allí, desde luego, y no parecía más pequeño ni más lejano. Pero él creía verlo ahora desde el otro lado del abismo adicional que le proporcionaba un curso más de diferencia. De manera que se convenció de que había ganado el último punto y con él la partida; tardó casi dos meses en descubrir que también a ella la habían suspendido en los exámenes del curso anterior.

Entonces algo muy parecido al pánico se apoderó de él. Porque descubrió también que la escala y la tonalidad de la contienda entre los dos se había alterado. Había dejado de ser implacable; eso resultaba imposible. Se había vuelto más madura. Hasta entonces, a pesar de su extraordinaria seriedad, había conservado un algo infantil, un algo ilógico y coherente al mismo tiempo, a la vez razonable y extravagante. Pero ahora se trataba ya de una contienda entre adultos; en algún momento durante el verano en el que ni siquiera se habían visto, como no fuera en la iglesia durante los servicios, el viejo guante desgastado de las diferencias biológicas entre los sexos había sido arrojado y recogido. Era como si ambos, sin advertirlo, pero en el mismo momento, hubieran reparado en la más antigua de las serpientes y hubieran comido del Árbol con voluntad y capacidad de asimilación, pero sin los instrumentos necesarios, incluso aunque esa carencia no fuera verdad en el caso de Houston. Ahora habían desaparecido las manzanas y los trozos de tarta; quedaba tan sólo el papel, correcto, inevitable e implacable, en el libro o el bolsillo del abrigo o el buzón del correo delante del portón de su granja; la hoja que él presentaba en blanco en los exámenes mensuales le era devuelta con una buena nota y las respuestas escritas con la letra (firma incluida) que iba logrando parecerse cada vez más a la suya propia. Y allí estaba siempre la boca que no le dirigía nunca la palabra y los ojos que tampoco le miraban; el rostro inclinado sobre el pupitre, de perfil o de tres cuartos, serio y perseverante. Houston no sólo lo contemplaba durante todo el día, sino que se lo llevaba consigo a casa por la noche y despertaba del sueño para encontrárselo de nuevo, siempre sereno, siempre inmutable. Trataba incluso de borrarlo y de exorcizarlo con el de su amante negra, pero el rostro seguía allí, constante, sereno, sin gestos de reproche, ni expresión triste ni siquiera contrariada, tan sólo perdonándole ya antes de que el perdón hubiera sido solicitado o concedido; un rostro que aguardaba, tranquilo, aterrador. Una vez durante aquel año se le ocurrió la frenética idea de escapar para siempre situándose fuera del alcance de su ayuda, la idea de aplicarse al estudio para recuperar los años perdidos, alcanzando la clase en la que le correspondería estar por su edad. Durante un breve período de tiempo llegó incluso a intentarlo. Pero el rostro seguía allí. Houston comprendió que no podría dejarlo atrás, no porque fuese a frenar su marcha, sino porque tendría que llevarlo consigo, de la

misma manera que le había obligado a esperar durante los cinco años que tardó en venir al mundo; no sólo nunca lo dejaría atrás: ni siquiera lograría aventajarlo en un solo año, de manera que, independientemente del curso que él alcanzara, el rostro estaría allí siempre, con un año de adelanto, inevitable e imposible de superar. De manera que tan sólo quedaba una solución. La misma de siempre: el movimiento no de retroceso, puesto que no podía retroceder más del curso en el que ya se encontraba, sino de freno, incrustándose en el sitio y buscando apoyo en la inmovilidad para resistir la vertiginosa marcha hacia adelante.

Así lo hizo. Su error consistió en creer que la inexorabilidad femenina tiene límites. Vio cómo sus exámenes mensuales en blanco desaparecían de las manos del maestro para serle devueltos con respuestas perfectamente escritas, sin olvidar siquiera su propio nombre en la parte superior de la hoja, y cómo iban pasando los meses hasta llegar el día del examen final que le abriría o le cerraría el paso al curso siguiente. Entregó las hojas en blanco en las que sólo aparecía su nombre y las huellas de sus dedos en el sitio por donde las había doblado, cerró por última vez los libros que ni siquiera había conseguido manchar y salió del aula, libre a falta únicamente de la insignificante formalidad de que el maestro le comunicase que estaba suspendido. Su convencimiento de ser libre le duró aquella tarde y se prolongó durante la cena y las primeras horas de la noche. Pero cuando se estaba desnudando para acostarse, con una pierna fuera ya del pantalón, sin pausa ni vacilación volvió a introducirla por la pernera y, corriendo, descalzo y sin camisa, salió de la casa donde su padre dormía ya. La escuela no estaba cerrada con llave, pero tuvo que romper una cerradura para abrir el pupitre del maestro. Sin embargo las tres hojas de su examen estaban allí, incluso en el mismo tipo de papel que él había entregado en blanco: aritmética, geografía, el párrafo de redacción en inglés que, si no hubiera sabido que había presentado una hoja en blanco y que no era capaz de reconocer ni pronunciar algunas de las palabras, ni entender el pleno significado de otras muchas, no hubiera podido jurar que no lo había escrito él mismo.

Regresó a su casa, recogió algo de ropa y la pistola de la que era propietario desde hacía ya tres años y despertó a su padre. Se vieron por última vez en aquella habitación iluminada por una lámpara, a media noche, en pleno verano: el joven decidido y asustado y el hombre delgado, nervudo y violento al que su hijo casi sacaba la cabeza, revueltos los cabellos grises y con una camisa de dormir que le llegaba a las pantorrillas. Su padre le hizo entrega del contenido de un gastado monedero que sacó de los pantalones arrojados de través sobre una silla vecina y, después de calarse los anteojos con montura de hierro, redactó un pagaré por la cantidad prestada más los intereses, y le hizo firmarlo.

—De acuerdo —dijo—. Sal de aquí y vete al infierno. Deberías parecerte a mí lo suficiente para saber cuidar de ti mismo a los dieciséis años. Yo era capaz de hacerlo. Pero te apuesto la misma cantidad, por los clavos de Cristo, a que estarás pidiendo ayuda a voz en grito antes de seis meses.

Houston volvió a pasar por la escuela y devolvió los exámenes, junto con tres nuevas hojas en blanco que llevaban su nombre; hubiera reparado la cerradura rota de serle posible. E incluso pagó la apuesta, aunque no la perdió. Mandó el dinero a su padre desde Oklahoma después de ganar el triple a los dados un sábado por la noche, un año más tarde, en un campamento para la construcción de un ferrocarril donde le dieron trabajo como cronometrador.

Huía no para escapar a su pasado, sino a su futuro. Tardó doce años en aprender que no se puede escapar ni al uno ni al otro. Por entonces estaba en El Paso, uno de los extremos de la línea en la que aún trabajaba como fogonero, pero muy cerca ya de pasar a maquinista. Vivía en una casita limpia y muy de ciudad que alquilaba desde hacía cuatro años, con una mujer que los vecinos, tenderos y otras personas parecidas consideraban su esposa y que Houston había sacado siete años antes de un lupanar de Galveston. Desde que se marchara de su casa había sido jornalero en Kansas para cultivar el trigo, pastor de ovejas en Nuevo México, más tarde obrero de la construcción en Arizona y el oeste de Texas y después estibador en los muelles de Galveston; si aún seguía huyendo, lo ignoraba, porque hacía años que ya no se acordaba de que había olvidado aquella cara. Y cuando comprobó que no se puede escapar ni al pasado ni al futuro si no se dispone de algo mejor que la geografía, tampoco lo supo. (Geografía: esa pobreza de ingenio, esa necia fe en la distancia del hombre incapaz de inventar otro medio mejor que la geografía para escapar; especialmente en el caso de Houston más que en ningún otro, ya que para él —según creía creer— la geografía no había sido nunca un simple espacio que recorrer, sino el medio vital que necesitan para respirar los seres con libertad de ir y de venir). Y si bien se estaba limitando a obrar con lógica al escapar de una mujer estableciendo relaciones sexuales con otra, como en el caso de su madre y la chica negra de su adolescencia, tampoco supo que era eso lo que hacía cuando, al romper el alba, se llevó casi por la fuerza a una mujer que no había visto nunca hasta aquella noche; incluso hubo entre él y la madama con la cabeza cubierta de bigudíes una escena con luz de gas tan violenta como si Houston se escapara con la hija única de la familia, dueña de una fortuna propia.

Vivieron juntos siete años. Houston volvió a trabajar en los ferrocarriles y se quedó el tiempo suficiente para entrar en la corriente jerárquica que conduce a los puestos de mayor responsabilidad; él era, mental y espiritualmente, y pese a alguna desviación pasajera, también carnalmente fiel a aquella mujer que, a su vez, se comportaba como una esposa leal, discreta y poco exigente, y que administraba su dinero con gran economía. Ella llevó su apellido en las pensiones donde vivieron al principio, y después en la casa alquilada de El Paso a la que llamaron su hogar y fueron amueblando a medida que tuvieron dinero para hacerlo. Aunque ella nunca lo había sugerido, Houston pensó incluso en casarse, transformado (gracias a un Oeste que era aún lo bastante joven para recompensar comportamientos alejados de la norma) hasta el punto de dulcificar primero y abolir después su heredado fanatismo

sureño, provinciano y protestante en relación con el matrimonio y con la pureza femenina, el rechazo de la Magdalena del evangelio. Quedaba su padre, claro está. No había vuelto a verle desde la noche en que abandonara el hogar familiar y no esperaba volver a verlo nunca. No se imaginaba a su padre muerto, más lejos aún que como habitante de la vieja casa de Mississippi donde le había visto por última vez; simplemente le resultaba imposible pensar que pudieran reunirse en otro sitio que no fuera Mississippi, y Houston sólo se imaginaba volviendo allí cuando fuese un anciano. Pero no ignoraba cuál sería la reacción de su padre ante su matrimonio con una mujer que había sido una prostituta y, hasta aquel momento, a pesar de todo lo que había hecho y lo que no había logrado, Houston seguía sin hacer nada que no pudiera imaginar haciendo también a su padre o, por lo menos, disculpándolo. Por entonces le llegó la noticia de que había muerto (recibió al mismo tiempo una oferta de un vecino que quería comprarle la granja. Houston no la vendió. En aquel entonces no supo por qué lo hizo), y ese problema quedó resuelto. Aunque, en realidad, no había existido nunca. Ya lo había decidido, como una cuestión exclusivamente de él consigo mismo, una noche, hacía ya tiempo, mientras la locomotora, casi en tinieblas, atravesaba rítmicamente la oscuridad sobre las sonoras juntas de los raíles: «Quizá ella no fuera gran cosa en otro tiempo, pero tampoco lo era yo. Y desde hace una buena temporada ha sido mejor de lo que yo recuerdo haber sido nunca». Quizá tuvieran un hijo al cabo de algún tiempo. Pensó en esperar a que sucediera, para interpretarlo como señal. Al principio esa posibilidad nunca se le había pasado por la cabeza, pero allí estaba otra vez la vieja mística protestante; la mano de Dios sobre el pecador incluso después de la regeneración: la prohibición para siempre de engendrar lanzada por la divinidad contra Babilonia. Houston no sabía con exactitud cuánto tiempo, qué período de castidad sería necesario para purgar la culpa y ser absuelto, pero podía imaginarlo: llegaría el momento, místico también, en que las manchas dejadas por todos aquellos hombres sin nombre y sin rostro, las abrasadas cicatrices de la lujuria mercantilizada, se curarían y quedarían borradas de los órganos que ella había prostituido.

Pero aquel período había pasado ya; no el momento místico en que se produciría la absolución, sino la hora, el día que no tendría que haber llegado antes de que ella le anunciara que estaba encinta y de que se hubieran casado. Aquel período había pasado hacía ya mucho tiempo. La señal no llegaría nunca. Y una noche de aquel duodécimo año, en la pensión al otro extremo de la línea donde pasaba una noche de cada dos, buscó entre sus papeles la oferta que le hicieran tres años antes por la granja de su padre y supo por qué no la había aceptado. Voy a volver a casa, se dijo a sí mismo; tan sólo eso, sin añadir un por qué; sin ver siquiera el rostro que hasta el día que entró en la escuela no habría podido siquiera describir y que ahora era incapaz de recordar. Al día siguiente hizo el recorrido de vuelta hasta El Paso, sacó del banco el dinero acumulado y lo dividió en dos partes iguales. La mujer que había sido su esposa durante siete años lanzó una ojeada al dinero y luego empezó a insultarle.

—Vas a casarte —dijo. No estaba llorando; tan sólo le insultaba—. ¿Para qué necesito ese dinero? ¡Mírame! ¿Es que crees que me va a faltar? Déjame ir contigo. Habrá algún pueblo cerca, algún sitio donde pueda vivir. Podrás venir a verme cuando quieras. ¿Es que te he causado molestias alguna vez?

—No —dijo él.

Ella le cubrió de invectivas, incluyéndose a sí misma en ellas. Si tan sólo llegara a tocarme, si me golpeará, si me enfureciera lo bastante para golpearla, pensó Houston. Pero tampoco sucedió eso. No le maldecía a él, como tampoco maldecía a la mujer que no había visto nunca y cuyo rostro ni siquiera Houston recordaba con claridad. De manera que dividió de nuevo su mitad del dinero —el dinero con el que había tenido suerte: no suerte para ganarlo en el juego o en el trabajo o por haberlo encontrado, sino la suerte de tener unos vicios y desear unos placeres que le habían dejado un saldo considerable después de alimentarlos y satisfacerlos— y regresó a Mississippi. Pero incluso entonces parece que todavía necesitó un año más para admitir que no quería escapar ni a su pasado ni a su futuro. La gente de la región creyó que había vuelto para vender la granja. Sin embargo, pasaban las semanas y no lo hacía. Llegó la primavera y aún no había hecho preparativo alguno ni para alquilarla ni para trabajarla él mismo. Houston se limitaba a seguir viviendo en la antigua casa de antes de la Guerra de Secesión, que, aun sin ser una mansión y carecer de columnas, resultaba ya demasiado grande para tres personas en tiempos de sus padres, y dejaba que pasaran los meses uno tras otro, todavía, al parecer, prolongando sus vacaciones antes de volver al ferrocarril tejano para el que sus convecinos sabían que trabajaba porque se lo había contado su padre, siempre solo, sin compañía, reuniéndose (las escasas veces que lo hacía) con los coetáneos que le recordaban de cuando era adolescente, para tomar unas copas o jugar a las cartas. A veces se le vio durante el verano en las giras campestres, y todos los sábados por la tarde se incorporaba al grupo que ocupaba el porche del almacén de Varner, hablando poco, más bien respondiendo a las preguntas sobre el Oeste, no tanto encerrado en sí mismo o reservado como, al parecer, pensando en una lengua distinta de la que escuchaba y en la que tenía que responder. Estaba ya marcado, aunque todavía no se le notara mucho. Quedaba todavía en su rostro la señal de las grandes distancias y de la soledad, pero diluyéndose un poco, racionalizada e incluso convertida en algo conscientemente vigilante, aunque sin llegar del todo a ser temor; el animal salvaje, solitario y autosuficiente que sale de las tierras vírgenes atraído por la trampa y sabiendo que se trata de una trampa, sin entender por qué está condenado, pero sabiendo que lo está, sin sentir ya miedo y sin ser completamente salvaje.

Se casaron en enero. Para entonces ya se le había terminado su parte del dinero de Texas, aunque la gente de la región seguía creyendo que era rico, porque de lo contrario no hubiera podido vivir un año entero sin trabajar y no se habría casado con una huérfana que no tenía un céntimo. Puesto que había vuelto a casa con dinero, los vecinos seguirían inalterablemente convencidos de que era rico, de la misma manera

que al principio habían estado también firmemente convencidos de que sólo la pobreza le había devuelto a su hogar. Consiguió dinero prestado de Will Varner, con la garantía de una parte de la tierra, para construir la nueva casa en un emplazamiento más próximo a la carretera. También compró entonces el semental, como si fuese un regalo de boda para ella, aunque nunca lo dijo con esas palabras. Y si era que aquella sangre, huesos y músculos representaban la masculinidad polígama y sin freno a la que había renunciado, tampoco lo dijo. Y si hubo alguien entre sus vecinos y convecinos —Will Varner, o quizá Ratliff— que se dio cuenta de que era ésa la verdadera transferencia, con la que rellenaba voluntariamente el vacío creado por su renuncia, tampoco lo dijo.

Tres meses después de la boda la casa estaba terminada y se mudaron a ella, con una mujer negra como cocinera, aunque sólo había otra cocinera a sueldo (blanca o negra) en todo el condado: la de los Varner. Luego las gentes de la zona fueron a visitarles, los hombres a ver el semental en el corral, las mujeres a admirar la casa, las nuevas habitaciones luminosas, los muebles nuevos y los aparatos domésticos que acortaban y facilitaban el trabajo del hogar, aparatos con los que soñaban contemplando los dibujos en los catálogos de envíos contra reembolso. Veían moverse a la mujer de Houston entre sus nuevas posesiones, siempre ocupada, infatigable, con su ropa sencilla y limpia, su cabello también peinado con sencillez, el rostro sin atractivo que ahora florecía con algo que era casi como la belleza: no asombro por su suerte, ni tampoco una especial satisfacción por el triunfo de su perseverancia y de su fe, sino tan sólo una serenidad inmutable y manifiestamente ruborizada cuando sus interlocutoras señalaban que la casa se había terminado exactamente a tiempo para que la luna llena de abril entrase por la ventana del cuarto donde habían colocado el lecho matrimonial.

Luego el semental la mató. Estaba buscando en el establo el ponedero secreto de una gallina. El criado negro se lo advirtió: «Es un caballo, señorita. Y además macho. No entre usted ahí». Pero ella no tenía miedo. Era como si hubiera tomado conciencia de la transubstanciación, de la dualidad, y pensó, aunque no lo dijera: «¡Qué tontería! Ahora estoy casada con él». Houston mató al semental de un tiro, pero primero se dirigió hacia la casilla donde se encontraba el animal, enloquecido, sin otra arma que un cortaplumas abierto, hasta que el negro forcejeó con él y le persuadió para que esperase a que le trajeran la pistola. Ahora llevaba cuatro años y dos meses viviendo en la nueva casa con el perro y el criado negro que cocinaba para ellos. Vendió la yegua que había comprado para su mujer y la vaca que poseía por entonces; despidió a la cocinera y regaló los pollos. Los muebles los habían comprado a plazos. Los trasladó todos al granero de la vieja casa donde él había nacido e informó al vendedor para que pasase a recogerlos. No le quedó más que el fogón, la mesa de la cocina donde comía y el catre que puso debajo de la ventana, en sustitución de la cama matrimonial. Hubo luna llena la primera noche que durmió en el catre, de manera que se lo llevó a otra habitación y luego lo colocó contra una pared que miraba al norte,

donde la luz de la luna no podía alcanzarle nunca, y dos días después llegó incluso a pasar una noche en la casa vieja. Pero allí lo perdió todo, no sólo la paz, sino incluso un dolor sórdido y duradero en el que la desesperación pudiera clavar los dientes hasta el fondo.

Así que regresó a la casa nueva. La luna estaba en cuarto menguante para entonces y sólo reaparecería con intervalos de un mes; entre las lunas llenas sólo le quedaba la hora que separa la puesta de sol de la oscuridad total, y el cansancio era un buen antídoto contra su tristeza. Porque cansarse no le costaba mucho: además del pagaré que le había dado a Will Varner a cambio del préstamo habían surgido dificultades con el vendedor a plazos, que se negaba a quedarse con los muebles. De manera que Houston se dedicó de nuevo a la agricultura, descubriendo gradualmente lo mucho que había olvidado. Así que a veces no se acordaba de la hora temida hasta que ya estaba dentro de ella, avanzando por ella, encontrándola de repente sobre él, asfixiándole. Entonces la parte más tenaz de su mujer y a veces incluso del hijo que quizá hubieran tenido al año siguiente se dejaba sentir por toda la casa que él había construido para complacerla, incluso aunque ahora faltasen todos los objetos que ella había tocado y usado y mirado, excepto el fogón, la mesa de la cocina, una única prenda —no un camisón o algo de ropa interior, sino un vestido estampado de algodón parecido al que llevaba el día que la vio por primera vez en la escuela— y la ventana misma, de manera que incluso en las noches más calurosas del verano se sentaba en la cocina sofocante mientras el criado negro preparaba la cena, bebiendo whisky de una garrafa y agua tibia del cubo de madera de cedro, y hablaba con voz cada vez más fuerte, utilizando palabras soeces, intolerante, discutidor, pero sin objeciones que refutar ni oponente a quien derrotar.

Pero más pronto o más tarde la luna crecería de nuevo. Aunque hubiera noches casi completamente vacías, más pronto o más tarde el rectángulo plateado y descolorido de la ventana caería una vez más sobre él, mientras la noche crecía y menguaba, como solía caer sobre los dos mientras realizaban el acto conyugal con la antigua fe campesina en que la luna llena de abril garantizaría su fecundidad. Pero ahora no había otro cuerpo junto al suyo para que la luz de la luna se derramara sobre él, ni tampoco sitio para que otro cuerpo hubiese yacido junto al suyo. Porque el catre era demasiado estrecho y sólo quedaba la mancha brusca de sombra, color de tinta, donde dormía el perro invisible. Y allí estaba él tumbado, rígido, indomable, jadeante. «No lo entiendo», decía. «No sé por qué. Nunca sabré por qué. Pero no puedes vencerme. Soy tan fuerte como Tú. No me puedes vencer.»

Aún estaba vivo cuando cayó de la silla de montar. Había oído el tiro, y un instante después supo que tenía que haber sentido el golpe antes de oír el disparo. Luego la sucesión lógica de los acontecimientos, a la que llevaba treinta y tres años acostumbrado, se invirtió. Le pareció sentir el golpe contra el suelo mientras sabía que aún estaba cayendo y no lo había alcanzado todavía; luego ya estaba en el suelo, había dejado de caer, y al recordar lo que sabía sobre las heridas en el vientre, pensó:

«Si no empieza muy pronto a dolerme es que voy a morirme». Hizo un esfuerzo de voluntad para que empezara el dolor, y durante un instante no pudo entender por qué no sucedía así. Luego advirtió el vacío, el abismo entre la visión y el sitio donde sus pies deberían haber estado, y se quedó tumbado de espaldas, observando los hilos entremezclados y rotos de su conocimiento y de su voluntad proyectados sobre el abismo, tan ligeros como cabellos y tan ciegos como gusanos, tratando a tientas de encontrarse y reunirse de nuevo, y allí estaba él, tumbado, esforzándose para que voluntad y conocimiento se reunieran y fundieran de nuevo. Luego vio el estallido del dolor como un relámpago atravesando el abismo. Pero vino en la dirección contraria: no de él hacia el exterior, sino hacia su interior, procedente de toda la tierra conocida y perdida. «Espera, espera», dijo. «Si vas despacio al principio, podré soportarlo.» Pero no estaba dispuesto a esperar. Rugió y le alzó, le hizo girar una y otra vez. No estaba dispuesto a esperarle. No esperaría para arrojarle al vacío, de manera que exclamó: «¡Vamos, date prisa!», alzando la mirada, apartándola del rugido carmesí, hacia el rostro que ahora estaba ya unido y hermanado con el suyo para siempre, gracias a la explosión de una bala de calibre diez —el muerto que se llevaría consigo al vivo bajo la tierra; el vivo que tendría que llevar para siempre consigo, sobre la tierra que le repudiaba, al asesinado inmortal—, pero como los cañones inclinados del fusil no se movían, añadió: «¡Maldita sea! ¿No podrías haber robado dos cartuchos, chapucero de mierda?», rechazando definitivamente el mundo de los vivos. Sus ojos, todavía abiertos al sol perdido, quedaron repentinamente cubiertos de una humedad vidriosa que tenía un algo extraño, como si se tratara de lágrimas verdaderas, y que descendió hasta sus mejillas, ajenas ya y vacías de recuerdos, secándose en seguida.

Aquel disparo había hecho demasiado ruido. No sólo había hecho demasiado ruido para un disparo, sino que resultaba incluso demasiado violento para cualquier sonido, más ruidoso de lo que necesita serlo ningún sonido. Era como si la misma capacidad de espacio y eco para reproducir ruidos se hubieran aliado también contra él y sus esfuerzos por reivindicar sus derechos y reparar los ultrajes sufridos, alzando un muro, en torno al bosquecillo donde estaba acucillado y al camino apenas visible que le flanqueaba, mucho después de que la culata del fusil le golpeará en el hombro, mucho después de que el humo de la pólvora negra, con su olor acre, se hubiera disipado y de que el caballo girase en redondo para alejarse al galope, los estribos vacíos repiqueteando contra la silla también vacía. Hacía cuatro años que no disparaba con la escopeta; ni siquiera estaba seguro de que dos de los cinco cartuchos que poseía estuviesen en buenas condiciones. El primero no había funcionado; el segundo, sí: después del primer golpe del percutor en el vacío, más ruidoso que un trueno, había surgido la furiosa necesidad de corregir la puntería y encontrar el segundo gatillo; luego vino el estrépito tras el otro golpe ensordecedor del percutor, estrépito que él ya no oyó en absoluto, con el humo y el acre olor de la pólvora que le hicieron recular hacia el interior del bosquecillo hasta el punto de perder por un momento el equilibrio, de manera que aunque hubiera podido hacer un segundo disparo habría sido demasiado tarde y también el perro se había marchado ya, dejándole allí traicionado, en cuclillas detrás de un tronco, jadeante y tembloroso.

Pero tenía que terminar lo que había empezado, no de la manera que quería, sino de la forma que debía. No era un deseo de huir ciego, instintivo y furioso lo que tenía que combatir y dominar. Todo lo contrario. Lo que le hubiera gustado hacer habría sido dejar un cartel impreso sobre el pecho de Houston: *Esto es lo que sucede a los hombres que embargan el ganado de Mink Snopes*, con su firma debajo. Pero no podía hacerlo, y de nuevo aquí, por tercera vez desde que apretara el gatillo, tuvo conciencia de la conspiración para atentar contra sus derechos de hombre y sus sentimientos de criatura consciente. Era necesario que se alzara y abandonase el bosquecillo e hiciera a continuación lo que le correspondía, que no era terminar, sino simplemente completar el primer paso de lo que había empezado, de lo que había puesto en marcha. Ahora se daba cuenta de que ya sabía, antes de oír el caballo y alzar la escopeta, que sucedería lo que había sucedido: que, al apretar el gatillo contra un enemigo, había asesinado únicamente a un cadáver al que ahora tenía que esconder. De manera que se sentó detrás del tronco, cerró los ojos y contó lentamente hasta que dejó de temblar y el sonido del caballo galopando e incluso el absurdo e increíble disparo desaparecieron de sus oídos y pudo ponerse en pie, la inclinada escopeta todavía cargada con el cartucho que no llegara a hacer explosión, y

abandonar el bosquecillo, apresurándose ya. Pero de todas formas caería la tarde antes de llegar a casa.

Anocheía. Salió del lecho del río y alzó los ojos hacia la ladera donde crecía su descarnado y triste maíz y vio su casa: la cabaña sin pintar, de dos habitaciones con un vestíbulo abierto en el centro y una cocina adosada, que no era propiedad suya, que alquilaba, aunque sin pagar impuestos, y cuyo alquiler le costaba al año casi tanto como había costado construir la casa; una casa que no era vieja, aunque tuviese ya goteras en el techo y los burletes hubiesen empezado a pudrirse, separándose de las tablas de las paredes; una casa exactamente igual a aquella en la que había nacido, que tampoco pertenecía a su padre, y exactamente igual a la que sería escenario de su muerte, si es que moría dentro de una —lo que era probable, incluso completamente vestido, arrojado a la muerte sin previo aviso en algún momento, entre cama y mesa o quizá camino de la misma puerta, por los furiosos músculos infatigables de su corazón— y también exactamente igual a las más de seis en que había vivido desde que se casara e igual a las más del doble de esa cifra en que viviría antes de morir; y, si bien pagaba el alquiler de la actual, estaba absolutamente convencido de que su primo era el propietario y sabía que eso era lo más cerca que estaría nunca de poseer el techo que tenía sobre la cabeza. Después vio a los dos niños en el patio delante de la casa; mientras los miraba se levantaron muy de prisa, observándole a su vez, y en seguida se dieron la vuelta y se escabulleron hacia la casa. Luego le pareció que también veía a su mujer, de pie en el vestíbulo abierto, casi exactamente donde había estado ocho horas antes, viéndole, desde detrás, sentado ante el hogar apagado de la chimenea, engrasando la escopeta con manteca de cerdo fundida, que era la única cosa que poseía que podía usarse como si fuera aceite, pero que no lubricaba porque, en contacto con el metal, se congelaba transformándose en una sustancia como jabón, consecuencia del poder corrosivo de su propia sal; allí de pie, como si en todo aquel tiempo no se hubiera movido, una vez más enmarcada por una abertura, aunque sin la lámpara, como en otro tiempo bajo la cruda luz artificial, dominando las asperas voces ruidosas de hombres invisibles, en la puerta abierta del comedor del campamento para condenados a trabajos forzados al sur de Mississippi donde la viera por primera vez nueve años antes. Mink dejó de mirar hacia la casa; en realidad no había hecho más que lanzarle una ojeada, e inició la ascensión entre el maíz, amarillento y esmirriado porque no había tenido dinero para comprar fertilizante que añadir a la tierra ni poseía el ganado ni las herramientas para trabajarla adecuadamente, ni había tenido a nadie que le ayudara con lo que sí poseía, dispuesto como estaba a aportar su fortaleza física y su resistencia a la obtención del pan cotidiano no sólo en un clima normal, sino a pesar de la increíble primavera, de la que había surgido el monstruoso aborto de aquel verano sequísimo, y en la que, por el contrario, había llovido todos los días, desde mediados de mayo hasta entrado julio, como si también el zodíaco hubiese acumulado las malas cartas en contra suya. Mink subió la pendiente entre los tallos roídos y sin mazorcas, con la escopeta que parecía

demasiado grande para que la llevase o apuntara con ella o se atreviera a dispararla; una escopeta que había adquirido siete años antes, quitándose literalmente la comida de la boca, y lo había hecho tan sólo porque ningún otro hombre la querría, ya que usaba unos cartuchos demasiado potentes para disparar contra algo que no fuese un ganso silvestre o un ciervo y demasiado caros para disparar contra algo que no fuese un hombre.

No volvió a mirar hacia la casa. Pasó de largo y entró en el enrejado de metal oxidado que rodeaba el pozo, apoyó la escopeta contra la pared, se quitó los zapatos, sacó un cubo de agua y se puso a lavarlos. Luego se dio cuenta de que ella estaba detrás. No volvió la cabeza; siguió sentado en el banco oxidado, un hombre insignificante, con una descolorida camisa limpia y un mono con remiendos, que vertía el agua del cubo sobre el zapato y lo restregaba con una mazorca. Ella se echó a reír, con una risa áspera y prolongada.

—Te lo dije esta mañana —exclamó—. Si lo haces, te dije, si sales de aquí con esa escopeta, me marcharé.

Mink no levantó la vista, inclinado sobre el zapato húmedo en el que había metido la mano a modo de horma, restregándolo con la mazorca.

—No quieras saber dónde. No te preocupes por el dónde, cuando vengan a buscarte.

Él no respondió. Terminó con el primer zapato, lo dejó en el suelo, metió la mano en el segundo, derramó sobre él agua del cubo y empezó a restregarlo.

—¡Porque no me voy a ir lejos! —gritó ella de repente, aunque sin alzar la voz en absoluto—. Porque cuando vengan para colgarte, ¡voy a estar donde pueda verlo!

Esta vez Mink se levantó. Depositó cuidadosamente en el suelo el segundo zapato que aún no había terminado de lavar, dejó la mazorca a un lado y se irguió, pequeño, casi media cabeza más bajo, descalzo, y se dirigió hacia ella, sin prisa, como con timidez, la cabeza inclinada y aparentemente sin mirarla siquiera, mientras ella seguía inmóvil en la deteriorada y bostezante entrada, los cabellos rubios ennegrecidos de nuevo en la raíz porque hacía ya un año que no tenían dinero para comprar tinte, el rostro que reía con una risa áspera y prolongada contemplándole con un peculiar brillo expectante en la mirada. Mink la golpeó de lleno en la boca. Vio cómo su mano, que parecía funcionar con dificultad, golpeaba un rostro que no se movía, bajo los ojos que ni siquiera parpadearon.

—Maldito mequetrefe asesino hijo de puta —dijo ella, cuando la sangre violentamente roja manó de repente.

Él la golpeó de nuevo, la sangre manchando boca y palma de mano y luego brotando de nuevo. Él la golpeó una vez más, con una concentrada lentitud que no era deliberada sino expresión de un cansancio absoluto y pacientemente indomable e implacable. Y aún volvió a golpearla.

—Vete —dijo—. Vete.

La siguió a través del patio y al interior del vestíbulo, pero no entró en la

habitación. La veía desde la puerta, aunque el cuarto estaba casi completamente a oscuras, recortada contra el pequeño rectángulo de la ventana débilmente iluminada por el crepúsculo. Luego la cerilla chisporroteó y brilló y se detuvo sobre la mecha; entonces la mujer quedó enmarcada por la puerta, iluminada por una luz sin pantalla y rodeada por las sombras ruidosas, invisibles y mudas de innumerables hombres anónimos; el cuerpo que, incluso cuando lo estaba viendo, le parecía a veces que nunca le había dado hijos, que era un cuerpo anterior incluso al matrimonio de dos dólares que no los había santificado, sino tan sólo sancionado; el cuerpo que, cada vez que se acercaba a él, lo que se interponía no era la ropa, sino las sombras de quienes le habían puesto los cuernos, convertidos también en parte de su pasado personal, como si fuera él y no ella quien los había recibido tumbado boca arriba, y que, a pesar de la ropa informe que lo cubría, él contemplaba, incluso desde los confines helados de la noche sin estrellas, más allá del odio y del deseo, diciéndose: Es como la bebida. Es como una droga para mí. Luego vio también los rostros de los dos niños, en el mismo chisporroteo de cerilla y mecha como si ella hubiera encendido con una sola cerilla los tres rostros al mismo tiempo. Estaban sentados en el suelo en un rincón, no acucillados ni escondidos, sencillamente sentados en la oscuridad que era lo que sin duda habían estado haciendo desde que los viera escabullirse camino de la casa cuando él salió del lecho del río. Los niños le miraban con la misma expresión que era la suya: no abyecta, sino simplemente inmóvil, de vieja sabiduría fatigada, de aceptación del desacuerdo implacable entre voluntad y capacidad, debido al obstáculo de la estatura, acerca del cual ninguno de los tres tenía la menor posibilidad de elección, volviéndose después de verle para mirar sin curiosidad la sangre en la cara de su madre y observarla con calma mientras ella descolgaba una prenda de un clavo en la pared, la extendía sobre el jergón de paja y envolvía con ella los demás objetos: las otras prendas, el único par de zapatos infantiles que los dos niños se ponían indistintamente cuando hacía frío, el espejo de mano con el cristal roto, el cepillo sin mango.

—Vamos —dijo ella.

Mink se hizo a un lado y pasaron junto a él, los niños pegados a las faldas de la madre y ocultos por un momento a su vista, mientras salían del cuarto, luego visibles de nuevo, avanzando por el vestíbulo delante de ella, seguidos los tres por él, manteniendo la misma distancia, deteniéndose de nuevo en la entrada mientras cruzaban el porche y descendían los escalones podridos y alabeados. Cuando su mujer hizo una pausa en el patio, Mink avanzó de nuevo, con el mismo cansancio indomable e implacable, hasta divisarlos otra vez; entonces se detuvo y vio al mayor de los niños cruzar de prisa el patio, silencioso e incorpóreo en el crepúsculo que ya era casi noche, recoger algo del suelo y regresar, apretando el objeto —un bloque de madera con las tapas de cuatro latas de tabaco clavadas a manera de ruedas— contra el pecho. Luego siguieron adelante. Mink ya no avanzó más. Ni siquiera dio la impresión de estar mirándoles cuando cruzaron el portón desvencijado.

Luego regresó a la casa y apagó la lámpara, con lo que la oscuridad se hizo completa, como si, al desaparecer, la diminuta llama se hubiera llevado consigo todo lo que quedaba del día, de manera que al volver junto al pozo sólo pudo localizar al tacto la mazorca y el zapato, que terminó de limpiar. Después lavó la escopeta. Cuando la adquirió, cuando estaba nueva, o por lo menos nueva para él, había tenido una baqueta para limpiarla. La había hecho él mismo, de caña, cuidadosamente escogida, cuidadosamente podada y raspada y con un perfecto orificio en la punta para sujetar el trapo grasiento, y durante el primer año más o menos, mientras tuvo dinero para comprar pólvora, perdigones y detonadores^[8] para cargar los cartuchos y pudo cazar un poco de cuando en cuando, cuidaba con tanto interés la baqueta como la escopeta, porque el arma sólo la había comprado, pero la baqueta la había fabricado con sus propias manos. Ahora, sin embargo, la baqueta había desaparecido, Mink no recordaba cuándo ni sabía dónde; había desaparecido junto con otras pertenencias de su edad madura a las que había estado apegado en otro tiempo, de las que se había desprendido por algún motivo y en algún sitio a lo largo del camino entre la llegada de la madurez y el momento actual en que sólo le quedaba una casa vacía y sin alimentos que en realidad no le pertenecía, y la escopeta y aquel momento irremediable en que los cañones habían alcanzado la horizontalidad, apuntando de verdad, y su voluntad le había dicho al dedo que se doblara, momento que nada, excepto su propia muerte, podría jamás borrarle de la memoria. De manera que volcó agua del cubo sobre la escopeta, se quitó la camisa, la secó, recogió los zapatos y volvió a la casa donde, sin encender otra vez la lámpara, se quedó de pie a oscuras junto al fogón, comió con los dedos los guisantes fríos de la cacerola que estaba encima, y luego se tumbó, sin quitarse el mono, sobre el jergón de paja en la habitación que por fin estaba ya vacía incluso de las ruidosas sombras, tumbado de espaldas en la oscuridad con los ojos abiertos y los brazos rectos a lo largo del cuerpo, sin pensar en nada. Luego oyó al perro.

Al principio no se movió; excepto por su respiración regular y pausada, podría haber sido el cadáver que su postura evocaba, tumbado y perfectamente inmóvil, mientras el primer aullido del perro se apagaba y el silencio de la noche, hecho de innumerables sonidos, descendía de nuevo y se interiorizaba. Después se oyó el segundo aullido, sonoro, profundo, extendiéndose en ecos y lleno de tristeza. Mink no se movió. Era como si entrara en sus cálculos, como si lo hubiera estado esperando; como si se hubiera tumbado y serenado y vaciado por completo no para dormir, sino para hacer acopio de fortaleza y voluntad, como hacen los corredores de fondo y los nadadores, antes de comenzar la fase de furiosos y agotadores esfuerzos en la que estaba a punto de entrar su vida, tumbado allí por espacio quizá de diez minutos, mientras los largos aullidos surgían del lecho del río, como si supiera que esos diez minutos eran los últimos de paz que le quedaban. Luego se levantó. Siempre a oscuras, se puso la camisa todavía húmeda y los zapatos que acababa de lavar y, de un clavo detrás de la puerta, descolgó la nueva pieza de cuerda para el

arado, todavía enrollada, tal como su primo, el dependiente de Varner, se la había entregado dos semanas antes, y abandonó la casa.

Era una noche sin luna. Mink descendió entre el invisible y seco maíz, guiándose por una estrella hasta que llegó a los árboles, sobre cuya negra solidez parpadeaban y revoloteaban las luciérnagas y más allá de los cuales se oía el croar de las ranas y el aullido del perro. Pero una vez entre ellos dejó de ver por completo el cielo, aunque también se dio cuenta entonces de lo que debería haber comprendido antes: que la voz del perro le conduciría hasta Houston. De manera que la siguió, resbalando y hundiéndose en el barro y tropezando y abriéndose camino entre los brezos y la enredada maleza y golpeándose contra invisibles troncos de árbol, el brazo doblado para protegerse la cara, sudando, mientras los continuos aullidos del perro sonaban cada vez más cerca hasta interrumpirse de pronto a mitad de uno. Mink creyó por un instante ver el fosforescente centelleo de unos ojos, aunque él carecía de luz para reflejarlos, y repentinamente y sin saber que iba a hacerlo, corrió hacia donde había visto los ojos. Dio un tremendo golpe con el hombro al árbol más cercano; salió proyectado de lado, pero recuperó el equilibrio y continuó avanzando, las manos extendidas. Ahora estaba cayendo. Si hay un árbol delante de mí, pensó, se acabará todo. Llegó realmente a entrar en contacto con el perro. Sintió su aliento y oyó el chasquido de los dientes al intentar morderle, para luego alejarse de un salto, dejándole de manos y rodillas en el fango, mientras el animal se alejaba invisible entre un ruido de ramas quebradas. Luego volvió el silencio.

Estaba de rodillas en el borde de la hondonada. Le bastaba con alzarse y, agachado a medias, el brazo todavía doblado para protegerse la cara, hundirse hasta el tobillo en el barro al que nunca llegaba el sol y en la vegetación podrida y dar un paso o dos para alcanzar el montón de maleza. Se metió el rollo de cuerda en el bolsillo delantero del mono, se agachó y empezó a apartar las viscosas y podridas ramas. Algo lanzó un grito entrecortado, casi infantil, escabullándose entre los palos; el animal se debatió frenéticamente bajo sus pies mientras lo golpeaba. Es una zarigüeya, se dijo. No es más que una zarigüeya. Se agachó de nuevo sobre el entrecruzamiento de madera podrida y sudorosa, levantándolo hasta alcanzar el cuerpo. Se quitó el barro y el limo de las manos restregándose las contra la camisa y el mono, agarró el cadáver por los hombros y comenzó a andar de espaldas, arrastrándolo a lo largo de la hondonada. No era una zanja, era un antiguo camino forestal, asfixiado por las malas hierbas y casi borrado por completo, a unos dos pies por debajo del nivel del lecho del río. Lo fue siguiendo por espacio de casi dos kilómetros, arrastrando un cuerpo que pesaba veinticinco kilos más que él, deteniéndose tan sólo de cuando en cuando para secarse las manos sudorosas en la camisa y comprobar su posición cada vez que le era posible ver un fragmento de cielo y distinguir así las siluetas de los árboles que se recortaban contra él.

Luego dio un giro de noventa grados, sacó el cuerpo de la hondonada y continuó por espacio de otros cien metros, siempre andando de espaldas. Parecía saber

exactamente dónde se encontraba, ya que ni siquiera miró por encima del hombro hasta que soltó por fin el cuerpo, se irguió y apoyó la mano en lo que buscaba: el tronco seco de un enorme roble de los pantanos, sin copa y de más de tres metros de altura, que se alzaba en el centro de un claro despejado por un rayo, o por la vejez o la putrefacción o por la causa que fuera. Dos años antes Mink había vigilado a unas abejas silvestres hasta descubrir la miel en el tronco vacío; el árbol joven que había cortado y apuntalado contra el tronco vacío para alcanzar la miel aún seguía en su sitio. Sacó el rollo de cuerda del bolsillo del mono, ató un extremo en torno al cuerpo, se quitó los zapatos y con el otro extremo de la cuerda entre los dientes trepó por el árbol joven, se sentó a horcajadas en el borde del tronco vacío y, utilizando sucesivamente las dos manos, alzó el cuerpo de un hombre que le sacaba más de la cabeza, tirando de él, golpeándolo y arañándolo contra el tronco, hasta colocarlo sobre el borde de la abertura, como un saco medio vacío. El nudo se había apretado tanto, que sacó el cuchillo y cortó la cuerda, pero, al empujar el cuerpo hacia el interior del tronco, se detuvo casi inmediatamente, y sólo cuando ya era demasiado tarde comprendió que debería haberle dado la vuelta. Empezó a empujarlo, apoyándose en los hombros, pero el cuerpo no colgaba, sino que se había encajado a causa de un brazo retorcido. De manera que ató un extremo de la cuerda al muñón de una rama situado debajo de su pie, se enroscó la cuerda a la muñeca, se puso de pie sobre los hombros encajonados y empezó a dar saltos, con lo que, sin aviso previo, el cuerpo cedió repentinamente, dejándole colgado de la cuerda. Comenzó a trepar por ella, utilizando sucesivamente las dos manos, lastimándose los nudillos contra las paredes podridas del árbol, de manera que un polvillo seco y tenaz, parecido a rapé, le llenó las ventanas de la nariz. Luego oyó el crujido del muñón de la rama, sintió que la cuerda se soltaba, saltó hacia arriba sin punto de apoyo y logró engancharse al borde de la abertura con las puntas de los dedos de una mano. Pero cuando se apoyó con todo su peso, cedió un fragmento del tronco podrido y, al agarrarse con la otra mano, la pared volvió a desmoronarse y Mink trepó interminable, furiosa y perpetuamente sin ganar el menor terreno, la boca abierta, jadeante, los ojos fijos en el remoto cielo de septiembre que ya había dejado atrás hacía tiempo la medianoche, hasta que por fin la madera dejó de desmoronarse y pudo, con un último esfuerzo, alzarse una vez más y colocarse a horcajadas sobre el borde. Al cabo de un rato descendió del tronco seco, se echó al hombro el árbol joven que le había servido para trepar y lo acarreoó por espacio de quince o veinte metros, hasta más allá de donde terminaba el claro. Luego regresó junto al tronco seco a recoger los zapatos. Ya empezaba a amanecer cuando llegó a su casa. Se quitó los zapatos embarrados y se tumbó en el jergón de paja. Entonces, como si hubiera estado esperando aquel momento, el perro comenzó de nuevo a aullar. A Mink le pareció que había oído incluso cómo se llenaba los pulmones de aire antes de que del lecho del río, donde aún era de noche, surgiera el primer aullido, medido, resonante, prolongado.

A partir de ese momento sus días y sus noches se invirtieron. Salía del lecho del

río con la estrella de la mañana, o incluso cuando ya lucía el sol en el cielo, y atravesaba el maíz descuidado y raquítico. Ya no se lavaba los zapatos. A veces ni siquiera se los quitaba; tampoco encendía el fuego; comió de pie de la olla de guisantes fríos mientras duraron y se bebió, hasta las heces, el café frío que quedaba en el puchero; cuando se acabaron ambas cosas comía puñados de harina de maíz que sacaba del barril casi vacío. Porque durante el primer día o poco más tuvo hambre, ya que estaba haciendo un trabajo más duro que nunca, con el añadido del nerviosismo, de la novedad. Pero después sus ocupaciones nada tenían ya de nuevo, y para entonces Mink comprendió que aquello sólo podía resolverse de una forma y que, por tanto, duraría para siempre, por lo que dejó de tener hambre. Simplemente se despertaba y trataba de animarse diciéndose: Tienes que comer, y comía la harina cruda (en el barril sólo quedaba, adherido a las paredes, un poco de engrudo seco que él rascaba con la navaja) que no tenía ganas de comer y que, al parecer, tampoco necesitaba, como si su cuerpo viviese de la incorregible individualidad de su testarudez convertida en tejido adiposo. Después se tumbaba en el jergón de paja con el mono y los zapatos, cuya más reciente capa de barro no había empezado aún a secarse, masticando aún, y con el principio de barba que le estaba creciendo manchado de harina y, como en una continuación del sueño, se hundía no en el olvido, sino en un estado de reposo y convalecencia ciegos y mudos, como de un hombre que entra deliberadamente en un baño, para volver a despertarse, con la puntualidad que le proporcionaría un reloj despertador, a la misma hora de la tarde, sin solución de continuidad entre el sueño aparente y el abrir los ojos de nuevo, puesto que era sólo el cuerpo, que había soportado y seguiría soportando todo el peso, lo que necesitaba el descanso. Entonces encendía el fogón, aunque no hubiese nada que cocinar, excepto las raspaduras del barril de harina. Pero era una bebida caliente lo que le apetecía, aunque tampoco quedaba café. De manera que llenaba el puchero de agua, la calentaba y se la bebía endulzándola con azúcar; luego, sentado en el porche, en una silla con asiento y respaldo de tiras de madera entretejidas, contemplaba la noche, la oscuridad, que surgía del lecho del río y empujaba, pastoreaba al sol pendiente arriba por el maizal, que incluso al atardecer seguía pareciendo tan estéril y amarillo como a pleno sol, hasta que el final se apoderaba de la casa misma. Luego comenzaba a aullar el perro y él seguía allí sentado quizá otros diez o quince minutos más, como el abonado al ferrocarril que sigue sentado en su banco de costumbre leyendo el periódico después de oír el pitido con que el tren anuncia su llegada.

Cuando se despertó la segunda tarde había un niño de cabeza redonda y ojos azules, hijo del Snopes que regentaba la herrería de Varner, sentado en los escalones de la entrada, pero al primer sonido de sus pies sobre el suelo se puso en movimiento, de manera que cuando Mink llegó al porche el otro se hallaba a varios metros de distancia, mirándole.

—Tío Lump dice que vayas al almacén —le explicó el muchacho—. Dice que es

importante.

Mink no respondió. Siguió allí con el barro de la noche anterior seco ya sobre los zapatos, con el mono e incluso (tan poco se había movido durante el sueño) con los restos de la harina comida por la mañana en torno a la boca, entretejidos con la barba naciente, hasta que el niño giró en redondo y empezó a andar y luego a correr, volviéndose por un instante desde el borde de los árboles, para después seguir corriendo y desaparecer. Mink siguió sin moverse y sin la menor expresión en el rostro. Si hubiera sido dinero, podría haberlo traído, pensó. Porque no es dinero. No dinero de sus parientes. Y la tercera mañana supo de repente que había alguien en la puerta vigilándole. Supo (incluso hundido en la irrealidad que no era sueño, sino un lugar yermo donde su mente, su voluntad, permanecía como un caballo inquieto, invencible, que no pastaba, mientras el cuerpo insignificante que lo montaba renovaba sus fuerzas) que esta vez no se trataba del niño y que era aún por la mañana, que no hacía mucho tiempo que dormía. Estaban ya escondidos aquí, vigilándome cuando he salido del lecho del río, pensó, tratando de hablar en voz alta para despertarse, un poco como si se agachara para zarandearse con una mano en el hombro: despierta, despierta. Hasta que se despertó, sabiendo al momento que era demasiado tarde, sin necesidad de que la sombra de la ventana sobre el suelo le confirmara que era la misma hora de la tarde en que se despertaba automáticamente. No se dio prisa. Encendió el fuego, puso a calentar agua en el puchero, recogió un puñado de raspaduras de harina del fondo del barril y se lo comió, masticando las virutas hasta separarlas, escupiéndolas, quitándoselas de los labios con la mano. Al hacerlo descubrió la harina que le colgaba de la barba y también se la comió, recogiendo las partículas con los dedos, que se pasó por la boca sin dejar de masticar. Luego bebió la taza de agua endulzada y salió al patio. Allí estaban las huellas. Reconoció las del sheriff —las huellas pesadas, incluso perfectamente marcadas sobre la tierra reseca de un verano sin lluvia, de los cien kilos de carne que lucían una placa de metal más pequeña que la carta de baraja a la que se había jugado no sólo la pérdida de la libertad, sino quizá incluso la aniquilación— seguidas por las de sus ayudantes. Vio las huellas de manos y rodillas donde uno de ellos se había arrastrado por debajo del suelo mientras él dormía encima; encontró, apoyada contra la pared dentro del establo, su propia pala con la que los otros habían limpiado un año de acumulado estiércol de mula para examinar la tierra de debajo, y entre los árboles por encima de la cabaña descubrió el sitio donde habían detenido el birlocho. Y aún seguía sin aparecer la menor expresión en su rostro —ni de alarma, ni de terror, ni de miedo; ni siquiera de desprecio o de burla—; tan sólo su fría e incorregible condición de huraño que casi le daba un aire de tranquilidad.

Volvió a la casa y recogió la escopeta del rincón donde la había dejado. Ahora estaba casi completamente cubierta por una delgada capa de óxido del color del rapé, como si la misma tediosa insistencia del frotamiento de la primera noche hubiese provocado el efecto contrario al deseado, como si de la escopeta hubiera traspasado el

agua a la camisa y luego de la camisa de nuevo a la escopeta. No se abrió de golpe con un ruido seco, sino con gran lentitud, al hacer una presión muy fuerte y continuada, para dejar al descubierto la espesa masa de grasa animal solidificada, como jabón, de color chocolate, de manera que terminó por desmontarla, hervir agua en el puchero del café, disolver la grasa y colocar las distintas piezas en el borde del porche trasero, donde les dio el sol hasta que se ocultó. Luego volvió a montarla, la cargó con dos de los tres restantes cartuchos, la apoyó contra la pared junto a la silla y esperó de nuevo a que surgiera la oscuridad del lecho del río y subiera por entre el maíz raquíto, apoderándose de él, luego de la casa misma, para, finalmente, alzándose aún, ser como dos manos abiertas hacia el cielo que dejaran escapar por el oeste el último pájaro de la tarde. Por debajo de Mink, más allá del maíz, las luciérnagas parpadeaban y revoloteaban sobre el pecho de la noche; más allá, dentro de la oscuridad, el continuo croar de las ranas era como su pulso regular, como el latir de su corazón, de manera que, cuando por fin llegó el momento inmutable —aquel momento tan idéntico en todos los crepúsculos como el instante de la tarde en que se despertaba—, también el latido de aquel corazón pareció detenerse, vaciando el silencio para el primer aullido de violento e invencible dolor. Mink extendió la mano hacia atrás y cogió la escopeta.

Esta vez utilizó desde el comienzo la voz del perro para orientarse. Cuando llegó al lecho del río se acordó del viento y se detuvo para comprobar en qué dirección soplaba. Pero no había viento, de manera que se dirigió en línea recta hacia los aullidos, no de prisa, puesto que trataba de no hacer ruido, pero tampoco despacio, ya que lo que iba a hacer no le llevaría mucho tiempo y después podría volver a casa y tumbarse antes de medianoche, mucho antes de medianoche, diciéndose, mientras avanzaba hacia los aullidos cautelosamente, pero con paso decidido: Ahora podré dormir otra vez por las noches. Los aullidos estaban ya muy cerca. Inclino la escopeta hacia adelante, el dedo sobre los dos gatillos. Luego el perro enmudeció, también a mitad de un aullido; de nuevo vio por un momento los dos puntos amarillos de los ojos antes de que la boca del cañón los ocultara. Con el resplandor del estallido vio el cuerpo del animal en relieve con toda claridad, saltando. Vio cómo le alcanzaba la carga de perdigones lanzándolo hacia atrás en la ruidosa confusión de tinieblas que se produjo después. Gracias a un verdadero esfuerzo físico inmovilizó el dedo antes de que apretara el segundo gatillo, y, con la escopeta todavía al hombro, se acuclilló, conteniendo el aliento, y clavando la mirada en las tinieblas ciegas mientras el tremendo silencio que se rompiera tres noches antes, cuando el primer aullido del perro llegó a sus oídos, el silencio que no había quedado nunca restablecido, restaurado, ni una sola vez, ni siquiera cuando él dormía, cayó rugiendo a su alrededor y, sin dejar de rugir, comenzó a endurecerse y a fraguar como cemento no sólo en su oído, sino en sus pulmones, en su aliento, dentro y también fuera de él, solidificándose de tronco de árbol a tronco de árbol, hasta que los ecos disgregados del disparo se desvanecieron en estrangulados murmullos, apresados por aquella

masa sólida que se enfriaba antes de que hubieran tenido tiempo de cesar por completo. Con la escopeta todavía amartillada y apuntando, Mink avanzó hacia el sitio donde había visto caer al perro, jadeando entre dientes apretados y labios contraídos, tanteando entre la maleza con los pies. Después advirtió de pronto que ya se había pasado y que seguía avanzando. Comprendió que estaba a punto de echar a correr y luego notó que corría ya, ciegamente, en la oscuridad más impenetrable, hablando, susurrándose: «Para. Para. Te vas a abrir la cabeza de un golpe». Se detuvo, jadeante. Volvió a orientarse gracias a un trozo de cielo, pero se forzó a permanecer inmóvil hasta que dejó por completo de jaderar. Luego desamartilló la escopeta y siguió adelante, ahora andando. Tenía para guiarse el estridente croar de las ranas que se fundía y desaparecía para resurgir de nuevo en una apoteosis coral, cada voz separada contribuyendo no con una sola nota, sino con una octava, casi con un acorde, en clave baja, que crecía en intensidad y cercanía para cesar luego bruscamente en un segundo de helada inmovilidad seguido por una rápida sucesión irregular de diminutos chapoteos, semejantes a manos golpeando el agua, de manera que cuando Mink vio su superficie ya estaba rota en fluidos resplandores incesantes sobre los que las estrellas reflejadas se deslizaban, desaparecían y reaparecían. Mink arrojó la escopeta. La vio girar lentamente durante un instante. Luego, al chocar con el agua, en lugar de hundirse, se desintegró entre los desmenuzados reflejos de las estrellas rotas.

No era aún medianoche cuando llegó a su casa. Esta vez se quitó no sólo los zapatos, sino también el mono que llevaba puesto desde hacía setenta y dos horas, y se tumbó en el jergón de paja. Pero inmediatamente supo que no iba a dormir, no a causa de la costumbre de setenta y dos horas de invertir los días y las noches, ni tampoco por los sobresaltos y crispaciones de nervios y músculos agotados y descontrolados, sino por el silencio que rompiera el primer disparo y que el segundo había restablecido. De manera que siguió tumbado de espaldas una vez más, rígido y en calma, los brazos a los lados del cuerpo, los ojos abiertos en la oscuridad y la cabeza y los pulmones llenos del rugiente silencio por el que revoloteaban y parpadeaban al azar las aterciopeladas luciérnagas y más allá del cual las incansables ranas dejaban oír sus latidos y el ritmo de sus pulsaciones, hasta que el rectángulo de cielo más allá de la puerta oblicua de la habitación y el extremo abierto del vestíbulo se fueron volviendo grises y luego de un amarillo rojizo, y ya entonces Mink pudo ver tres buitres que planeaban en lo alto. Ahora tengo que levantarme, se dijo a sí mismo; tengo que estar levantado durante el día si es que quiero dormir otra vez por la noche. Luego comenzó a decir: Despierta. Despierta, hasta que por fin se despertó, con el rectángulo amarillo de luz de sol con forma de ventana en el mismo lugar del suelo que invariablemente ocupaba todas las tardes. Sobre la colcha, a menos de dos centímetros de su cara, descansaba un pedazo de papel marrón con varios dobleces; al levantarse descubrió en el polvo del umbral la huella del pie del niño rubio. La nota estaba escrita a lápiz, en un trozo de bolsa, y no llevaba firma: *Ven aquí, tu mujer*

tiene algún dinero para ti. Sin afeitarse, en camisa, estuvo un rato parpadeando, con el trozo de papel delante de los ojos. Ahora puedo ir, pensó, y algo empezó a sucederle a su corazón. Levantó la cabeza, guiñando los ojos casi dolorosamente, mirando por vez primera desde hacía tres días más allá de la desolada cabaña sin alimentos que simbolizaba el punto muerto que había alcanzado su vida, a la libertad sin límites del cielo iluminado por el sol. Habló en voz alta. «Ahora puedo...», dijo. Entonces vio los buitres. Al amanecer habían sido tres. Ahora podría haberlos contado, aunque no lo hizo. Se limitó a contemplar la negra espiral concéntrica, como si sus componentes siguieran un embudo invisible, hasta desaparecer uno a uno por debajo de los árboles. Habló otra vez en voz alta. «Es el perro», dijo, a sabiendas de que no lo era. Y no importaba. Porque para entonces me habré marchado, pensó. No fue que se le quitara un peso de encima; fue más bien como si por primera vez se diera cuenta de que le estaba aplastando.

Ya casi caía la tarde cuando, afeitado y después de haber lavado una vez más los zapatos y el mono, subió los peldaños hasta el porche vacío y entró en el almacén. Su pariente estaba detrás de la vitrina de los dulces, abierta, metiéndose algo en la boca.

—¿Dónde...? —empezó a preguntar.

Su primo cerró la vitrina, masticando.

—Maldito imbécil, te mandé recado hace dos días para que te marcharas antes de que ese barrigón de Hampton empezara a merodear por aquí con el birlocho lleno de ayudantes. Un negro que estaba pescando a mano en ese cenagal encontró la maldita escopeta antes incluso de que el agua volviera a quedarse quieta.

—No es mía —dijo Mink—. No tengo escopeta. ¿Dónde...?

—Demonios coronados, todo el mundo sabe que es tuya. No hay más Hadley de percutor antiguo y calibre diez en todo el condado. Por eso lo admití desde el primer momento, aparte de que el condenado Hampton estaba sentado ahí, en ese banco, cuando el negro subió los escalones con ella. «Claro que es la escopeta de Mink», dije. «Ha estado buscándola desde el último otoño.» Luego me volví hacia el negro. «¿Qué demonios te has propuesto, condenado hijo de perra», le dije, «pidiéndole prestada la escopeta al señor Snopes el otoño pasado para ir a cazar ardillas, dejándola caer en el cenagal y asegurando luego que no podías encontrarla?». Ten — Lump se agachó detrás del mostrador, y al incorporarse de nuevo lo hizo con la escopeta en la mano. Estaba limpia, con la excepción de una mancha de barro ya seco en la caja.

Mink ni siquiera la miró.

—No es mía —dijo—. ¿Dónde está...?

—Ya no tiene importancia. Lo arreglé a tiempo. Hampton esperaba que yo negase que la escopeta era tuya. Entonces te habría atrapado. Pero le dejé con un palmo de narices. Hice que el negro fuera el sospechoso antes de que Hampton pudiera abrir la boca. Calculo que esta noche o quizá mañana por la noche reuniré a unos cuantos muchachos e iremos a casa del negro con un par de cadenas o tal vez organicemos un

pequeño fuego para calentarle los pies. E incluso aunque no confiese, la gente se enterará de que ha recibido una visita por la noche, y son demasiados los votos de por aquí para que a Hampton le quede otro remedio que detenerlo y mandarlo a la penitenciaría, porque ahorcarlo sería correr demasiados riesgos, y Hampton lo sabe. De manera que eso está arreglado. Además, el motivo de que te mandara el primer mensaje fue tu mujer.

—Sí —dijo Mink—. ¿Dónde...?

—Te va a meter en un aprieto. Te ha metido ya en un aprieto. ¿Por qué crees que ese condenado sheriff que está siempre a la caza de votos ha venido a meter la nariz en nuestros asuntos? El negro de Houston encontró su caballo, sin que aparecieran ni él ni el perro, pero eso no tuvo importancia hasta que la gente empezó a recordar que tu mujer se presentó aquí esa misma noche, con los dos chicos, un lío de ropa y la sangre todavía brotándole del labio roto, y que se enteraron a la fuerza de que la habías echado de casa. E incluso eso podría no haber tenido importancia si no hubiera empezado a decir a todos los que querían escucharla que no habías sido tú. Tan sólo un caballo con la silla vacía; nadie ha encontrado todavía ni un cuerpo ni sangre en ningún sitio, y ahí la tienes tratando de ayudarte diciendo a todos los que encuentra que tú no has hecho una cosa que nadie tiene aún la seguridad de que haya sucedido. ¿Por qué demonios no te has marchado? ¿Por qué no has tenido el sentido común de marcharte el primer día?

—¿Con qué? —preguntó.

El primo había estado parpadeando con mucha frecuencia mientras hablaba. Ahora sus ojillos dejaron de hacerlo.

—¿Con qué? —dijo. El otro no respondió. Seguía en el mismo sitio desde que entrara, pequeño, inmóvil, en el centro del almacén frente a la puerta, por la que la moribunda luz del sol le cubría de pies a cabeza de un baño muy ligero, como de sangre diluida—. ¿Me quieres decir que no tienes dinero? ¿Es que te vas a quedar ahí diciéndome que no tenía nada en los bolsillos? Porque no me lo voy a creer. Y sé lo que me digo. Vi lo que llevaba en la cartera esa misma mañana. Ni un centavo menos de cincuenta... —la voz cesó, murió. Luego habló con creciente asombro incrédulo y con un tono no más alto que el de un susurro—: ¿Vas a decirme que ni siquiera miraste?, *¿que no llegaste a mirar?* —el otro no respondió. Podía incluso no haber oído, inmóvil, sin mirar a nada, mientras los últimos resplandores cobrizos, ascendiendo por su cuerpo como un agua que crece, se reunieron por un instante en concentrado carmesí agonizante sobre la tranquila y firme e intratable máscara de su cara, para desaparecer después, y el crepúsculo, la oscuridad, empezó a acumularse a lo largo de las ordenadas estanterías y los rincones en sombra, y los viejos y fuertes olores de queso y cuero y petróleo se condensaron y espesaron entre las vigas sobre su cabeza, como el paño mortuario del olvido mismo. La voz del primo pareció surgir de la misma oscuridad, sin origen, ilocalizable, faltándole incluso el peso del aliento para darle volumen—. ¿Dónde lo pusiste? —y de nuevo el primo, que había dado la

vuelta al mostrador, frente a él, tocándole casi, el violento aliento contenido, murmurándole ahora en la cara—: Te juro que tenía por lo menos cincuenta dólares. Lo sé. Los vi. Aquí mismo, en este almacén. ¿Dónde lo...?

—No —dijo Mink.

—Sí.

—No.

Sus rostros estaban a menos de treinta centímetros de distancia, sus respiraciones regulares y audibles. Luego la otra cara se retiró, más grande que la de Mink, más alta también, difuminándose en seguida en la luz que se apagaba.

—De acuerdo —dijo el primo—. Me alegro de que no necesites dinero. Porque si acudes a mí esperando que te lo dé, no vas a tener más remedio que seguir esperando. Ya sabes lo que Will Varner paga a sus dependientes. Sabes lo que puede ahorrar un hombre que trabaja diez años para Will Varner, y no digamos nada si sólo son dos meses. De manera que ni siquiera vas a necesitar los diez dólares que tiene tu mujer. En ese caso, todo marcha perfectamente, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Mink—. ¿Dónde...?

—En casa de Will Varner.

Mink se volvió inmediatamente, dirigiéndose hacia la puerta. Al cruzarla, la voz de Lump surgió otra vez desde las sombras:

—Dile que le pida prestado otro billete de diez a Will o a Jody para hacer compañía al que ya tiene.

Aunque no era todavía completamente de noche, ya había una luz en casa de los Varner. Mink la había visto incluso desde el porche del almacén, y era como si estuviese fuera de sí mismo, notando cómo la distancia entre él y la luz disminuía progresivamente. Entonces, eso es todo, pensó. Todos esos días y noches que parecían no ir a terminarse nunca quedan reducidos al espacio de un trozo de calle polvorienta entre una puerta iluminada y yo. Y cuando puso la mano en el portón de Varner fue como si ella le esperase y hubiese estado vigilando la calle para verlo venir. Su mujer salió por la puerta principal, corriendo, enmarcada de nuevo un instante en el claro de la puerta iluminada, como cuando la viera por vez primera aquella noche en el campamento maderero al que, incluso nueve años después, no le gustaba recordar cómo, por qué desgracia, había ido a parar. El sentimiento tenía aún la misma intensidad que en el momento de suceder. No le daba miedo recordarlo ni trataba de no hacerlo, y no es que sintiera remordimientos por lo que había hecho, ya que ni necesitaba ni deseaba que le absolvieran de aquello. Tan sólo quería no tener que recordar el fiasco que había seguido al acto, su desprecio por el cuerpo o el intelecto que no habían respondido a la voluntad de actuar; no se retorció entre remordimientos impotentes al recordarlo, ni tampoco gruñía, porque nunca gruñía, sino que permanecía frío, indómito e intratable. Había vivido en una docena de cabañas alquiladas, melancólicas y mal construidas, a medida que su padre se trasladaba de granja en granja, sin que él mismo se hubiera alejado nunca más de

treinta o cuarenta kilómetros de cualquiera de ellas. Luego había tenido que abandonar, de noche y de repente, el techo al que llamaba hogar y la única tierra y gentes y costumbres que conocía, sin tiempo siquiera para recoger nada, si es que tenía algo que llevarse, ni para decir adiós a nadie, si es que había alguien a quien decir adiós, de manera que, semanas después y todavía a pie, se encontraba a más de trescientos kilómetros de distancia. Buscaba el mar; tenía entonces veintitrés años, así de joven era. Nunca lo había visto; no sabía exactamente dónde estaba, tan sólo que caía hacia el sur. Nunca había pensado antes en él y no habría podido decir por qué quería llegar, si era para repudiar la tierra, donde su cuerpo o intelecto habían fallado en cierto modo, pese a la fría determinación de su voluntad, o si buscaba algo en aquella ofrenda yodada de espacio y olvido de la que no tenía la menor intención de aprovecharse, que nunca utilizaría, y, al rechazar deliberadamente la posibilidad de cortar los hilos del recuerdo, castigase con ello a aquel cuerpo e intelecto que le habían fallado. Quizá buscaba tan sólo la posibilidad de aquel espacio sin límites y de olvido irremediable, en cuya orilla la despreciable multitud de otros, como él habitantes de la tierra, se agitaba y retrocedía, no para aceptar la oferta, sino simplemente para enterrarse en aquel anonimato innumerable junto al puerto inexpugnable de todos los hundidos galeones intactos llenos de oro y las inalcanzables sirenas inmortales. Entonces, ya casi al final del peregrinaje, y cuando llevaba más de veinticuatro horas sin comer, vio una luz, se acercó, oyó las voces estentóreas y la vio a ella, enmarcada por la puerta abierta, inmóvil, erguida y sin escuchar, mientras aquellos ásperos gritos y exclamaciones masculinas parecían ascender como un rugiente incienso. Mink no llegó más allá. A la mañana siguiente trabajaba allí como leñador, sin saber siquiera para quién trabajaba, preguntando sólo de pasada al capataz que le contrató, y que le dijo sin contemplaciones que era demasiado pequeño, que pesaba demasiado poco para manejar su lado de la sierra, cuál sería su salario. Tampoco había visto nunca los uniformes a rayas de los presos, de manera que tuvieron que pasar no una, sino varias mañanas para que se enterase de dónde estaba: una explotación maderera un tanto irregular, dirigida por un individuo gritón de unos cincuenta años, no más alto que él, de recios cabellos cortos de color gris acerado y una sólida panza muy prominente, que por medio de influencias políticas o sobornos o lo que fuese conseguía que los presos del Estado trabajasen para él por el precio de su manutención y alojamiento; se trataba de un viudo que había perdido a su mujer años antes al nacer su primera hija y que ahora vivía, sin ocultarlo, con una magnífica mulata que tenía casi todos los dientes de oro y que dirigía la cocina donde otros presos hacían el trabajo de verdad, en una casa separada, situada entre los barracones de tablas y lona donde vivían los presos. La mujer de la puerta iluminada era la hija del maderero, que vivía con su padre y la mulata en un ala separada de la casa, con entrada independiente, y que tenía por entonces el cabello negro: una espléndida y pesada melena que todos los varones presentes (capataces, guardas armados, presos trabajadores y él mismo, cuando ella le

llamó por fin, después de que Mink hubiera descubierto ya la razón de la entrada independiente) contribuían, con navajas de afeitar, a mantener casi tan corta como los cabellos de un hombre. Era una cabellera fuerte y corta y nada delicada, tanto a la luz de la lámpara de la primera noche como a la del sol de la mañana siguiente cuando, con el hacha levantada para golpear, Mink se volvió y allí estaba ella, sobre un caballo bien cuidado, grande, de patas largas y cuerpo delgado, detrás y más arriba que él, vestida con un mono y mirándole, no descarada ni reflexivamente, sino con interés y audacia, como podría hacerlo un hombre audaz acostumbrado al éxito. Eso fue lo que Mink vio: la costumbre del éxito —ese perfecto matrimonio de voluntad y habilidad con un único objetivo muy preciso— que no le sentaba como una prenda femenina, sino masculina, al igual que el mono que vestía y su altura y su tamaño y sus cabellos cortos; Mink no reconoció a una ninfómana, sino al señor de un harén muy seguro de sí mismo. Ella no habló en aquella ocasión. Siguió su camino a caballo, y Mink descubrió que la entrada independiente no se utilizaba únicamente por la noche. A veces la hija del maderero pasaba a caballo, se detenía para hablar brevemente con el capataz y seguía adelante; a veces era la mulata quien aparecía a caballo, le decía un nombre al capataz y regresaba, y el capataz repetía el nombre y el individuo en cuestión dejaba el hacha o la sierra y seguía al caballo. Entonces Mink, sin dejar de blandir el hacha y sin levantar siquiera la vista, parecía seguir y observar cómo el hombre entraba por la puerta privada y más tarde salía y regresaba al trabajo: los innominados, los idénticos salteadores de caminos, asesinos, ladrones, entre los que parecía no existir preferencias ni celos. Eso, al parecer, quedaba reservado para él. Pero antes incluso de que se le llamara, ya se había resignado a los celos y era consciente de su destino. Había sido criado en la incommovible creencia, transmitida de generación en generación, de que para cada hombre, fuera cuales fuesen sus acciones pretéritas o los abismos en que se hubiese hundido, estaba reservada una virgen, por lo menos como esposa; a cada hombre le correspondía una virginidad, aunque sólo fuese para desflorarla o destruirla. Sin embargo Mink advirtió que, además de tener que rivalizar con hombres entre los que él se sentía como un niño, y un niño por añadidura de otra raza y especie, cuando por fin se acercara a ella no sólo tendría que arrancarle la ropa, sino los fantasmales abrazos de treinta o cuarenta hombres; y ello no una vez, sino todas las veces y (previo incluso entonces su destino) para siempre: nunca habría habitación, ni oscuridad, ni desierto lo bastante grande para contenerlos a los dos y las constantes corvetas de sementales de aquellas sombras indestructibles. Luego le llegó el turno, se le llamó, como Mink había sabido que sucedería. Acudió lleno de presentimientos, pero sin lamentarlo. No entró en el ardiente e insaciable lecho de una mujer estéril y lasciva, sino en la feroz y sencilla cueva de una leona: una turgencia que no se rendía ni pedía cuartel y que le hizo monógamo para siempre, como hacen el opio y el homicidio a quienes se entregan una vez a ellos. Aquello sucedió a primera hora de la tarde, el caliente sol de julio penetrando por las ventanas totalmente abiertas al exterior, sin persianas ni visillos,

para caer sobre una cama hecha a mano, con tacos de madera de diez centímetros sin cepillar entrelazados con cables ligeros de acero, que sin embargo se deslizaba sobre el suelo en breves tirones regulares como una mecedora de poco peso mal equilibrada. Cinco meses después se habían casado. No lo planearon. Y Mink no dejó nunca de afirmar, posteriormente, incluso a sí mismo, que la boda no había sido proyecto ni intención de su mujer. Lo que lo provocó fue la quiebra de la empresa del padre, que incluso él preveía como inherente a la bancarrota inevitable que la caída de cada árbol acercaba un poco más. Más adelante le pareció que haber compartido la cama aquella tarde había sido la señal para que todo el descabellado edificio de hectáreas robadas, barracones de mala muerte, hombres azacanados y mulas, levantado de la noche a la mañana y sin otro cimiento que la nada, volviese a la nada de la noche a la mañana, reducido a los desechos —los montones de serrín, las desmochadas ramas muertas, los tocones y toda la desolación del bosque— de su propio asesinato. Mink conservaba casi toda su paga de cinco meses. Fueron andando hasta la cabeza de partido más cercana y compraron una licencia; el juez de paz que se la vendió se sacó de la boca el trozo de tabaco que estaba mascando y, con él en la mano, todavía húmedo, llamó como testigos a dos individuos que pasaban por la calle, y los declaró marido y mujer. Regresaron a la región de donde Mink era originario y allí alquilaron una pequeña granja en aparcería. Tenían un fogón de segunda mano, un colchón de vainas de panoja, la navaja de afeitar con que Mink seguía manteniendo muy corto el pelo de su mujer y muy pocas cosas más. Por aquel entonces era muy poco lo que necesitaban. Ella le dijo: «Me he acostado con cien hombres, pero no me había encontrado nunca con una avispa. Lo que sale de ti es un veneno apestoso. Está demasiado caliente. Se quema solo y quema mi semilla. Nunca servirá para hacer un niño». Pero tres años después lo hizo. Cinco años después había hecho dos; y él los observaba, cuando se acercaban atravesando cualquier melancólico campo o sembrado, para traerle su frugal almuerzo frío o el cántaro de agua, o cuando jugaban con bloques de madera, o hebillas oxidadas de arneses, o pernos y tuercas del arado que ni aun él era capaz de seguir usando, en el polvo delante de cualquier porche alquilado donde él se sentase en aquel momento mientras se le secaba el sudor, y, con un resurgir de la vieja furia ardiente, rápida e invencible, todavía tan violenta y tan feroz y tan breve como la primera vez, pensaba, Dios del cielo, más le vale que sean míos. Luego, más en calma, en el jergón donde su mujer dormía ya, aunque su propio cuerpo exhausto no hubiera dejado de agitarse y contraerse, pensaba que, incluso aunque no fuesen suyos, también daba lo mismo. Servían para encadenarla aún más irrevocablemente que a él, puesto que ella había añadido a su destino el sello de la aquiescencia oficial al dejar que de nuevo le creciera el pelo, y al empezar a teñírsele, por añadidura.

Vino por el sendero, corriendo pesadamente, pero con rapidez. Alcanzó el portón antes de que Mink terminara de abrirlo, empujándoles hacia atrás a él y al portón al cruzarlo corriendo. Luego sujetó a Mink por el delantero del mono.

—¡No! —gritó, aunque su voz seguía siendo un murmullo—: ¡No! ¿Se puede saber qué pretendes? ¡No puedes venir aquí!

—Puedo ir a cualquier sitio que quiera —respondió él—. Lump dice... —luego trató de zafarse, pero ella ya le había soltado para cogerle a continuación del brazo y se apresuraba, casi arrastrándole a lo largo de la cerca, alejándose de la luz. Él se zafó de nuevo, clavando los pies en el suelo—. Espera —le dijo.

—¡Imbécil! —dijo ella, con aquel susurro áspero y jadeante—. ¡Estúpido! ¡Vete al infierno! —Mink empezó a forcejear, con una fría cólera concentrada que no parecía del todo eficaz o que quizá no estaba todavía preparada para materializarse. Pero de repente su energía se multiplicó, aunque no contra su mujer, tan sólo para soltarse. Pero ella lo sujetaba con las dos manos, haciéndole frente—. ¿Por qué no te fuiste la otra noche? ¡Cielo santo, estaba convencida de que ibas a desaparecer en cuanto yo me marchara! —le zarandeó violentamente, sin más esfuerzo aparente que si se tratase de un niño—. ¿Por qué no te fuiste? ¿Qué demonios haces aquí todavía?

—¿Con qué? —preguntó él—. ¿Adónde crees que podía irme? Lump me ha dicho...

—Ya sé que no tenías dinero, como sé que no te quedaban más que los restos de la harina. ¡Te podías haber escondido! En el bosque..., en cualquier parte hasta que yo hubiera tenido tiempo de... ¡Cretino, más que cretino! ¡Si me dejaran colgarte! —lo zarandeó, el cuerpo inclinado hasta echarle en la cara su cálido aliento jadeante—. No por haberlo matado, sino por hacerlo cuando no tenías dinero para marcharte ni comida en casa si decidías quedarte. Sólo quisiera que me dejaran hacerlo; colgarte el tiempo justo para bajarte y reanimarte y volver a colgarte para cortar la cuerda antes de que... —él intentó golpearla de nuevo, con ferocidad. Pero ya le había soltado, en equilibrio sobre un solo pie, alzada la otra pierna, doblando la rodilla, para reunirse con la mano que iba en su busca. Sacó algo del zapato y se lo puso a Mink en la mano. Él supo inmediatamente de qué se trataba: un billete de banco, doblado y vuelto a doblar muchas veces y todavía tibio por el calor corporal. No era más que un billete. Un dólar, pensó, sabiendo que no lo era. Han sido I. O. y Eck, se dijo a sí mismo, sabiendo que no era así, de la misma manera que sabía que no había más que un hombre en toda la región que tuviese diez dólares en un billete o, al máximo, dos hombres; ahora oyó de nuevo lo que su primo le había dicho al salir él del almacén un cuarto de hora antes. Ni siquiera se miró la mano.

—¿Le has vendido algo a Will, o sólo se lo quitaste del pantalón mientras dormía? ¿O ha sido Jody?

—¿Y qué pasa si lo he hecho? ¿O qué pasa si puedo vender esta noche lo bastante para conseguir otros diez? Pero, por el amor de Dios, no vuelvas a la casa. Escóndete en el bosque. Y mañana por la mañana... —Mink no se movió; ella vio tan sólo la leve sacudida de su mano y de su muñeca; no era una moneda para golpearla contra la uña del pulgar o hacer algún ruido entre las hierbas de la cuneta, endurecidas por el polvo, de las que colgaban grumos polvorientos de algodón. Cuando él siguió

andando, ella empezó a correr detrás—. Mink —dijo. Él siguió andando. Ella estaba a la altura de su hombro, corriendo, aunque él seguía andando—. Por el amor de Dios —dijo ella—. Por el amor de Dios —le agarró por el hombro y le forzó a volverse. Esta vez él se zafó con violencia, saltó entre las hierbas de la cuneta, se agachó, se alzó empuñando un palo y avanzó hacia ella con la misma expresión de paciente e implacable cansancio, hasta que la mujer giró en redondo. Mink bajó el palo, pero siguió sin moverse hasta que ya no pudo distinguirla, ni siquiera sobre el polvo casi blanco del camino. Entonces tiró el palo entre las hierbas y se dio la vuelta. Su primo estaba detrás de él. Si Lump hubiera sido más pequeño o él más grande lo habría pisado, habría pasado por encima. El otro se apartó y luego comenzó a andar a su lado, el débil roce de su aliento contenido junto al hombro de Mink.

—De manera que también has despreciado eso —dijo el primo. Mink no contestó. Siguieron andando uno al lado del otro en el polvo espeso, donde los pies se hundían hasta el tobillo, sin hacer el menor ruido—. Tenía por lo menos cincuenta dólares. Te digo que se los vi. Y esperas que me crea que no los tienes —Mink no contestó. Siguieron andando despacio, como dos personas que caminaran sin meta y sin prisa, por el placer de andar o por hacer ejercicio—. Está bien. Voy a hacer lo que no haría ninguna persona en su sano juicio; voy a concederte el beneficio de la duda, voy a aceptar que no tienes el dinero, que nunca llegaste a mirar. Está bien. Pero ahora dime dónde lo pusiste —Mink no contestó ni hizo la menor pausa. El primo le cogió por el hombro, obligándole a detenerse; ahora en el áspero respirar desconcertado, en el susurro de voz, había no sólo el viejo asombro, sino una especie de fría y desesperada indignación, como de alguien que, en un momento de apuro, trata de hacerse comprender por un idiota—. ¿Es que vas a dejar que esos cincuenta dólares se queden ahí para que Hampton y sus ayudantes se los repartan?

Mink se quitó la mano de encima.

—Déjame en paz —dijo.

—De acuerdo. Verás lo que voy a hacer. Voy a darte ahora mismo veinticinco dólares. Iré contigo y todo lo que tienes que hacer es pasarme la cartera, sin mirar lo que hay dentro. O darme los pantalones, si no quieres sacársela del bolsillo. No tendrás que tomar ni ver el dinero —Mink se volvió de nuevo para marcharse otra vez—. Está bien. Si eres demasiado delicado para hacerlo tú, dime dónde está. Cuando vuelva te daré diez dólares, aunque un tipo que acaba de despreciar un billete de diez dólares, no... —Mink echó a andar. De nuevo la mano le sujetó por el hombro y le obligó a volverse; en la oscuridad jadeante, viniendo de todas partes y de ninguna, la voz tensa y furiosa murmuró—: Espera. Escucha. Óyeme con atención. Supongamos que voy a buscar a Hampton; ha estado todo el día por estos alrededores; lo más probable es que siga por aquí esta noche. Supongamos que le digo que me había equivocado, que esa escopeta no se perdió el otoño pasado, porque recuerdo que viniste al almacén a por cinco centavos de pólvora precisamente la semana pasada. Luego tú podrás explicarle que pensabas cambiar a Houston la

pólvora por la indemnización a causa del ternero...

Esta vez Mink ni siquiera se quitó la mano de encima. Sencillamente empezó a andar en dirección a Lump, con el paciente e invencible cansancio que el otro no reconoció, avanzando resueltamente a medida que el otro cedía terreno. Tampoco él levantó la voz, apagada y totalmente inexpresiva:

—Te pido que me dejes en paz —dijo—. No te lo mando; te pido que me dejes tranquilo. No por mí, sino porque estoy cansado. Te pido que me dejes en paz.

El otro retrocedió, moviéndose un poco más de prisa, hasta aumentar la distancia entre los dos. Cuando Mink se detuvo, la distancia siguió creciendo, hasta que dejó de ver a Lump y sólo llegó a sus oídos el furioso e indignado susurro:

—De acuerdo, maldito tacaño, asesino de pacotilla. Ya veremos si te sales con la tuya.

Al acercarse de nuevo a la aldea, los pies de Mink no hacían ruido sobre el polvo y, en la oscuridad, daban la impresión de no progresar, pese a que la única luz de los alrededores, que salía por la ventana de la cocina de la señora Littlejohn, un poco más allá de la oscura masa del almacén, estaba cada vez más próxima. Inmediatamente después nacía el camino que llevaba a su cabaña, a seis kilómetros de distancia. Ése es el camino que tendría que haber seguido, en dirección a Jefferson y al ferrocarril, pensó; y de repente, ahora que ya era demasiado tarde, ahora que había perdido toda esperanza de escapar de manera inteligente y de acuerdo con un plan, en lugar de huir ciega, precipitada y desesperadamente, dando rodeos a través del pantano y la jungla del lecho del río como un animal agotado y hambriento, lejos de su madriguera, se dio cuenta de que durante tres días no sólo había esperado, sino que había tenido la seguridad de que le sería posible elegir. Y además de perder el privilegio de la elección, debido a la ciega fatalidad que había permitido a su primo ver o adivinar lo que había en la cartera de Houston, incluso el desenlace más amargo tendría que retrasarse otra noche más. Empezó a parecerle que aquel faro minúsculo y solitario no era siquiera la última esperanza de una elección, incluso desesperada, sino que señalaba el fin de toda esperanza y que ya no le quedaba otro margen de libertad que el espacio cada vez más reducido entre la luz y sus pies en movimiento. Creía que al matar a un hombre se acaba todo, se dijo. Pero no es así. Es entonces cuando empieza.

No entró en su casa. Dio la vuelta alrededor para llegar al montón de leña, cogió el hacha y se detuvo un momento a examinar las estrellas. Eran poco más de las nueve; tenía de margen hasta la medianoche. Luego rodeó la casa y entró en el maizal. A mitad de la pendiente hizo una pausa para escuchar y después continuó su camino. Tampoco bajó hasta el lecho del río; se situó detrás del primer árbol lo bastante grueso para ocultarle y apoyó el hacha cuidadosamente contra el tronco, donde pudiera encontrarla más tarde, y se quedó allí, inmóvil, respirando tranquilamente y escuchando el ruido del pesado cuerpo que corría con apresurado y cauteloso desasosiego entre los tallos de maíz que se entrechocaban, el tenso y

apresurado jadeo cada vez más cercano, la rápida inspiración al pasar corriendo junto al árbol. Lump se detuvo cuando Mink salió de su escondite y empezó a subir la pendiente.

Regresaron hacia la casa por entre el maíz, uno detrás del otro a metro y medio de distancia. Mink oía tras de sí el desmañado cuerpo que tropezaba y aplastaba las susurrantes hileras de plantas, y el jadear violento e indignado, pero contenido. Mink no hacía el menor ruido, incluso entre un maíz tan seco que crepitaba al menor roce, como si estuviera dotado de un cuerpo sin consistencia.

—Escucha —dijo el primo—. Vamos a estudiar este asunto como dos personas razonables... —salieron del maizal, cruzaron el patio y entraron en la casa, siempre a metro y medio de distancia. Mink fue a la cocina, encendió la lámpara y se acuclilló delante del fogón, preparándose para hacer fuego. Lump se quedó en la puerta, respirando ruidosamente y contemplando cómo su primo lograba con paciencia que saliera una llama viva de las astillas, llenaba la cafetera con agua del cubo y volvía a colocarla sobre el fogón—. ¿Es que ni siquiera tienes algo que comer? —preguntó. El otro no le contestó—. Por lo menos tendrás maíz para pienso, ¿no es cierto? Podemos tostarlo —el fuego ardía ya bien. Mink tocó la cafetera con la mano, aunque, por supuesto, ni siquiera había empezado aún a ponerse tibia. Lump no le veía más que la nuca—. Está bien —dijo—. Vamos a coger un poco.

Mink retiró la mano de la cafetera. No volvió la cabeza.

—Cógelo —dijo—. Yo no tengo hambre.

El primo contempló desde la puerta el rostro inmóvil que sólo veía de perfil; al respirar hacía un ruido ligero, ronco y uniforme.

—De acuerdo —dijo—. Voy al granero a buscar un poco.

Abandonó la puerta, recorrió pesadamente el vestíbulo, llegó al porche trasero y descendió hasta el suelo, corriendo ya. Corrió desesperadamente de puntillas en la oscuridad cegadora, dando la vuelta hacia la fachada de la casa y se detuvo, asomándose por la esquina para ver la puerta principal, conteniendo la respiración; luego echó a correr de nuevo hasta los escalones, desde donde podía ver el vestíbulo, débilmente iluminado por la lámpara de la cocina, y se detuvo otra vez un instante, agazapado, lanzando miradas feroces. El muy hijo de perra me ha engañado, pensó. Volvió a la parte trasera: subió corriendo los escalones, tropezando pesadamente y recobrando el equilibrio, atravesó con gran estruendo el vestíbulo hasta la puerta de la cocina y vio, en el instante de cruzarla, a Mink de pie junto al fogón, tal como lo había dejado, la mano de nuevo sobre la cafetera. El muy hijo de perra, asesino de mierda, pensó. Nunca lo hubiera creído. Nunca habría creído que un hombre tuviera que pasar por todo esto aunque fuese por quinientos dólares.

Pero cuando se detuvo de nuevo junto a la puerta, excepto porque su respiración se había vuelto un poco más rápida y rasposa, se diría que nunca se había movido de allí. Vio cómo Mink llevaba hasta el fogón una taza de loza desportillada, un vaso de vidrio grueso, una lata de estaño con un poco de azúcar y una cuchara; cuando habló

podría estar haciéndolo con la mujer de su patrón mientras procedían a tomar el té.

—Por fin ha decidido calentarse, ¿no? —el otro no contestó. Llenó la taza con el agua de la cafetera, añadió azúcar con la cuchara, lo movió y siguió junto al fogón, tres cuartas partes de espaldas a su primo, la cabeza inclinada, bebiendo de la taza a pequeños sorbos. Al cabo de un momento Lump se acercó, llenó el vaso de agua, añadió azúcar y empezó a beber, haciendo una mueca de desagrado, con las facciones dando la impresión de escapar del borde del vaso, hacia arriba, reuniendo ojos, nariz e incluso boca muy cerca de la frente, como si la piel en la que estaban incrustados estuviera sujeta al cráneo sólo por un punto, situado detrás de la cabeza—. Escucha —dijo—. Trata de ver este asunto como lo harían dos personas razonables. Ahí fuera están tirados esos cincuenta dólares, sin pertenecer a nadie. Y tú no puedes ir y cogerlos sin llevarme a mí también, porque no te voy a dejar. Y yo no puedo ir sin ti, porque no sé dónde está el dinero. Sin embargo, aquí nos tienes, sentados en esta casa mientras cada minuto que desperdiciemos hace que el maldito sheriff y sus ayudantes estén un poco más cerca de encontrarlo. Es pura y simplemente una cuestión de principio. No se trata de que nos guste o nos deje de gustar. Si pudiera hacer lo que quiero, me quedaría yo solo con todo, lo mismo que harías tú. Pero tú no puedes ni yo tampoco. Y sin embargo aquí estamos, sentados... —Mink inclinó la taza para apurarla.

—¿Qué hora es? —preguntó. De una arrugada protuberancia a nivel de la cintura, Lump sacó un recio reloj de bolsillo sin tapa, sujeto con una tirilla de cuero grasiento, lo miró y volvió a meterlo en la faltriquera.

—Las nueve y veintiocho. Y no seguirá siendo esa hora para siempre. Yo tengo que abrir el almacén a las seis de la mañana. Y esta noche he de recorrer ocho kilómetros antes de acostarme. Pero no te preocupes por eso. No le des la menor importancia porque no hay nada personal en este asunto. Se trata tan sólo de una simple y pura cuestión de negocios. Piensa en ti...

El otro dejó la taza vacía sobre el fogón.

—¿Jugamos a las damas? —dijo.

—... mismo. Tienes... ¿Cómo? —Lump guardó silencio. Vio cómo el otro cruzaba el cuarto y sacaba de entre las sombras del rincón un trozo de tabla ancho y corto. Del estante situado encima cogió una lata de estaño y llevó los dos objetos a la mesa. La tabla estaba dividida en cuadrados claros y oscuros, torpemente trazados con carbón vegetal. La lata contenía un puñado de pequeños fragmentos de loza y de cristal de dos colores, al parecer de un plato roto y de una botella azul. Mink puso el tablero junto a la lámpara y empezó a colocar las fichas. El primo se le quedó mirando, el vaso detenido a medio camino hacia la boca. Por un instante dejó de respirar—. ¿Por qué no? ¡Claro que sí! —exclamó. Dejó el vaso sobre el fogón y acercó otra silla a la mesa. Al sentarse dio la impresión de estar a punto de cubrir no sólo la silla, sino también la mesa con un amasijo de carne flácida y sin consistencia, como un globo que se deshinchaba—. A cinco centavos la partida, a descontar de esos

cincuenta dólares —dijo—. ¿De acuerdo?

—Mueve —dijo Mink. Empezaron a jugar: el uno con fría e implacable resolución y economía de movimientos, el otro con una especie de desmañado brío y precipitación. Era la falta de reflexión, de plan y hasta de previsión de un principiante, casi de un niño, que, fiado de las trampas y no de la inteligencia en los juegos de azar, se encuentra participando en uno donde la destreza no le resulta útil y, sin embargo, pretende hacer trampas en un juego tan sencillo y directo como las damas, con increíble optimismo, con una incorregible falta de honradez convertida desde tiempo atrás en puro reflejo que probablemente su voluntad no puede ya controlar, y avanza con torpe audacia sus peones para después apartar el puño cerrado y observar, con sus ojillos atentos que no parpadean, el rostro inmóvil, demacrado y con la vista baja que tiene en frente, hablando sin parar acerca de casi todo excepto dinero y muerte, el puño apoyado sobre el borde de la mesa, siempre cerrado sobre el peón o la dama recién conseguida. El problema con las damas, pensaba, es que no son más que damas. Al cabo de una hora Lump llevaba trece juegos de ventaja.

—Vamos a jugarlos veinticinco centavos por partida —dijo.

—¿Qué hora es? —respondió Mink. El primo sacó el reloj de la faltriquera junto al cinturón y volvió a guardarlo.

—Las once menos cuatro minutos.

—Tú sales —dijo el otro. Siguieron jugando. Ahora el primo no hablaba ya. Llevaba la cuenta en el borde del tablero con un trozo de lápiz mordisqueado. Cuando, treinta minutos más tarde, hizo la suma, el lápiz presentó ante los ojos no un símbolo, sino una suma completa en dólares y centavos, cifra que un instante después pareció dar un salto en el aire y proporcionarle una nueva explicación de lo que estaba sucediendo con un impacto casi sonoro; se quedó completamente inmóvil y por unos momentos no respiró siquiera, pensando a toda velocidad: Demonios coronados. Demonios coronados. Claro que no me ha pillado ninguna vez. No ha querido hacerlo. Porque cuando haya ganado toda su parte calcula que no tendrá que arriesgarse a ir al sitio donde está el cadáver. De manera que tuvo que cambiar por completo de táctica. Y, por primera vez, las lentas manecillas del reloj que empezó a sacar sin que nadie le preguntara la hora y a dejar boca arriba junto al tablero adquirieron un significado muy concreto. Porque esto no puede seguir así para siempre, pensó con renovada rabia impotente: No puede continuar. No se le puede pedir a un hombre que aguante mucho más, aunque no tenga que repartir los cincuenta dólares. De manera que dio marcha atrás. Y entonces fue como si la misma falta de honradez le hubiera repudiado. Hacía los mismos movimientos calculados, torpemente audaces; se volvía a recostar en el asiento con el peón o la dama en el puño. Sólo que ahora la mano delgada y nervuda de Mink le sujetaba la muñeca mientras la voz fría, monótona, implacable, demostraba cómo determinado peón no podía haber llegado al cuadrado en el que aparecía repentinamente, o incluso le golpeaba los nudillos hasta que soltaba su presa. Sin embargo, volvía a intentarlo, con

el mismo desconcertado y desesperado optimismo y la misma esperanza, y al verse descubierto lo intentaba de nuevo, hasta que al término de otra hora más sus jugadas no eran siquiera infantiles, sino las de un deficiente mental o un ciego. Y ahora hablaba ya otra vez.

—Escucha. Están esos cincuenta dólares que no pertenecen a nadie porque Houston nunca tuvo parientes; no hay nadie que pueda reclamarlos. No hacen más que esperar al primer hombre que aparezca para...

—Juega —dijo el otro. Lump movió un peón—. No. Cómete la ficha —el primo se comió la ficha. Mink movió un segundo peón.

—... y aquí estás tú que necesitas dinero, quizá, para que no te cuelguen, pero no puedes ir a cogerlo porque yo no me voy a marchar. Y yo no me puedo levantar y marcharme a casa y acostarme para poder levantarme e ir a trabajar mañana porque tú no me quieres decir dónde está el dinero...

—Juega —dijo Mink. El primo movió un peón—. No. Cómete la ficha —el primo se comió la ficha. Luego vio cómo los afilados dedos cubiertos de vello oscuro que sostenían el trozo de vidrio azul acababan con todas sus fichas en cinco movimientos.

—Ya es más de medianoche. Dentro de seis horas amanecerá. Y Hampton y sus malditos ayudantes... —Lump se interrumpió. Mink se había puesto en pie y le miraba desde arriba; el primo se levantó rápidamente. Se contemplaron mutuamente desde ambos lados de la mesa—. ¿Y bien? —dijo Lump. Su respiración comenzó de nuevo a hacer el ruido áspero, tenso, chirriante, no de triunfo todavía—. ¿Y bien? —repitió. Pero Mink no le estaba mirando, tenía la vista baja y el rostro tranquilo, demacrado, sin vida en apariencia.

—Te pido que te vayas —dijo—. Te pido que me dejes solo.

—Por supuesto —respondió Lump, en voz tan baja como la de su primo—. ¿Quieres que lo deje ahora? ¿Después de haber aguantado todo esto? —el otro se volvió hacia la puerta—. Espera —Mink no se detuvo. Lump apagó la lámpara y le alcanzó en el vestíbulo. Hablaba de nuevo, aunque en susurros—: Si me hubieras hecho caso hace seis horas. Lo habríamos hecho ya y estaríamos de vuelta y acostados, en lugar de pasarnos aquí la mitad de la noche. ¿No ves que estamos empatados todo el tiempo? Tú me tienes a mí y yo te tengo a ti y ninguno podemos... ¿Adónde vamos? —Mink no respondió. Atravesó el patio con paso firme en dirección al establo, seguido por el primo; de nuevo oyó tras él la respiración tensa, violenta, dificultada por las vegetaciones, y el susurro de voz—: Demonios coronados, quizá no quieras que yo me quede con la mitad y quizá yo no quiera tampoco repartir el dinero con nadie. Pero, por los clavos de Cristo, ¿no es mejor la mitad que pensar en ese maldito Hampton y sus ayudantes?... —Mink entró en el establo, abrió la puerta del cuarto donde guardaba el pienso y entró, mientras el primo se detenía en el umbral, justo detrás de él. Mink cogió del clavo de donde colgaba en la pared un bastón corto, liso, de madera de roble, perforado en un extremo y con un

lazo de cuerda de cáñamo (un torcedor que Houston había usado con su semental y que Snopes encontró cuando los Varner le alquilaron la parte hipotecada de la granja de Houston), giró sobre sí mismo y golpeó, todo en un solo movimiento; luego soltó el garrote y sujetó el pesado cuerpo mientras caía, para que su propio peso le ayudara a meterlo en el almacén del pienso; de manera que todo lo que tuvo que hacer fue arrastrarlo hasta que los pies franquearon la puerta. Soltó una cuerda de cáñamo y la gamarra del aparejo del arado, le ató las manos y los pies y con un trozo de tela que se arrancó del faldón de la camisa hizo una mordaza.

Cuando llegó al lecho del río no pudo encontrar el árbol donde había dejado el hacha. Descubrió en seguida en qué consistía el problema. Era como si, al cesar aquella voz inagotable, hubiera tomado conciencia no del silencio, sino del tiempo transcurrido, como si al callarse Lump, él hubiera recobrado y enlazado con el momento en que comenzara a las seis de la tarde en el almacén, y ya habían transcurrido seis horas. Te estás esforzando demasiado, se dijo. Tienes que ir más despacio. De manera que se quedó quieto mientras contaba hasta cien, tratando de orientarse mirando hacia la pendiente, para averiguar si estaba por encima o por debajo del árbol, a su derecha o a su izquierda. Luego volvió sobre sus pasos hasta el centro del maizal y examinó el lecho del río desde allí, tratando de reconocer por su forma y posición el árbol donde había dejado el hacha, hundido no en el rugido del silencio, sino en el fragor de un tiempo cuyo avance resultaba cada vez más difícil de ignorar. Pensó en empezar desde algún punto conocido, situado por debajo del árbol que buscaba, para después examinar todos los árboles hasta encontrarlo. Pero el ruido del tiempo era demasiado fuerte, de manera que cuando empezó a moverse, a correr, no fue ni hacia el lecho del río ni hacia la cabaña, sino a través de la pendiente, en zig-zag, saliendo del maizal y volviendo luego al camino, casi un kilómetro más allá de su casa.

Corrió por espacio de otro kilómetro y medio y llegó a otra cabaña, más pequeña y destartada que la suya. Perteneía al negro que había encontrado la escopeta. Había allí un perro, mezcla de terrier, no mucho más grande que un gato y tan ruidoso como un órgano de verbena; salió inmediatamente de detrás de la casa, lleno de acaloramiento, y corrió hacia Mink, lanzando penetrantes ladridos histéricos. Mink le conocía y el perro debía de conocerle también; le habló para calmarlo, pero el perro siguió ladrando, y en la oscuridad, antes de tropezarse finalmente con él, momento en que el estridente alboroto se apagó rápidamente en dirección a la casa, el ruido parecía venir de doce puntos diferentes. Mink siguió corriendo hacia el montón de leña, cuya situación también conocía; encontró el hacha. Mientras se apoderaba de ella una voz surgió de la cabaña a oscuras: «¿Quién anda ahí?». No contestó. Corrió de nuevo, el terrier ladrando aún a su espalda, pero desde detrás de la casa. Ahora estaba de nuevo entre maíz, de mejor calidad que el suyo. Lo atravesó corriendo, cuesta abajo, hacia el lecho del río.

Antes de meterse entre la vegetación se detuvo para orientarse con una estrella.

No contaba con hallar el árbol desde aquel sitio; lo que buscaba era el viejo camino hundido; una vez localizado, podría orientarse de nuevo. Su recorrido más seguro, aunque también más largo, era costear el lecho del río hasta encontrar una zona que conociera a oscuras para dirigirse desde allí hacia el árbol, pero cuando examinó el cielo para orientarse... Es más de la una, pensó.

Y, sin embargo, treinta minutos después no había encontrado aún el camino. Sólo había podido ver el cielo de manera intermitente y no siempre la estrella que utilizaba como guía. Pero no creía haberse desviado mucho. Se había hecho además una advertencia: Creerás que ya estás allí antes de haber llegado; tienes que tener cuidado con eso. Pero para entonces había recorrido dos veces la distancia calculada. Cuando se dio cuenta, cuando admitió por fin que se había perdido, lo que sintió no fue alarma ni desesperación, sino rabia. Era como si, al igual que con Lump y su falta de honradez dos o tres horas antes, la crueldad repudiase ahora al discípulo que había flaqueado un momento en su crueldad sistemática; la compasión, que le había llevado a malgastar tres horas con la esperanza de que Lump se cansara y se fuese, en lugar de golpearle en la cabeza cuando pasó corriendo junto al árbol donde había perdido el hacha, era responsable de su actual situación.

Su primer impulso fue correr; no porque el pánico hiciera presa en él, sino para mantenerse por delante de la avalancha de segundos acumulados que era en la actualidad su enemiga. Pero consiguió dominarlo, manteniéndose inmóvil, su cuerpo agotado, que temblaba muy poco, pero continuamente, a causa de la fatiga, hasta tener la seguridad de que sus músculos no podrían sorprenderle y arrastrarle consigo. Luego se dio la vuelta con mucho cuidado, despacio, hasta convencerse de que se hallaba de cara a la dirección por donde había venido, y reanudó la marcha. Al cabo de un rato llegó a un claro desde donde podía ver el cielo. La estrella por la que se había guiado al entrar en el lecho del río estaba directamente frente a él. Y ya son más de las dos, pensó.

Ahora empezó a correr o, por lo menos, a ir todo lo de prisa que se atrevía. No podía evitarlo. Tengo que encontrar ahora el camino, pensó. Si intento volver atrás y empezar de nuevo, será de día antes de que salga del lecho del río. De manera que apresuró el paso, dando traspiés y enganchándose en los enebros y en la maleza alta, un brazo extendido para protegerse de los árboles, perdida la voz, jadeando, ciego, con los músculos en torno a los párpados fatigados y doloridos en su lucha contra el rostro plano e impenetrable de la oscuridad, hasta que de repente desapareció la tierra bajo sus pies; dio otro paso, corriendo sobre el vacío, luego empezó a caer hasta encontrarse tumbado de espaldas, jadeando. Estaba en la hondonada, aunque no sabía a qué altura. Pero no la he cruzado, pensó. Estoy todavía en el lado oeste. Y ahora son ya más de las dos.

Se había orientado de nuevo. Situándose de espaldas al camino y avanzando en línea recta, saldría del lecho del río. Entonces podría saber con certeza dónde se hallaba. Al notar que caía, había soltado el hacha. Se puso a buscarla a cuatro patas,

la encontró, salió del camino y siguió adelante. Esta vez no corrió. Sabía que no le era posible volver a perderse. Cuando una hora después salió del lecho del río se encontró en la esquina de un maizal. Era el suyo; la tierra extraña, sin consistencia hasta aquel momento, adquirió fijeza y estabilidad en sus viejas dimensiones y sólidos bordes. Vio la línea baja del techo de su propia casa, y corriendo de nuevo, tropezando un poco entre las hileras de tallos susurrantes, jadeando entre labios apergaminados y dientes apretados, vio y reconoció el árbol tras el que había dejado el hacha, y de nuevo fue como si hubiera vuelto atrás y recommenzado en un punto muerto en el tiempo y fuese sólo tiempo lo que había perdido. Giró y se acercó. Estaba ya a su altura cuando una sombra más voluminosa se desprendió de la otra, alzándose sin prisa, y la voz del primo dijo, débil y roncamente:

—Olvidaste la condenada hacha, ¿eh? Aquí la tienes. Cógela.

Mink se había detenido sin hacer el menor ruido, sin decir una palabra ni contener el aliento. Excepto que más vale que no utilice el hacha, pensó, tranquilo, inmóvil, mientras el otro respiraba roncamente por encima de él y la voz áspera, indignada, quejosa, continuaba hablando:

—Condenado fraticida del carajo, si no hubiera soportado ya todo lo que un hombre puede soportar por veinticinco dólares o por veinticinco mil, es igual, no me parecería nada mal darte con ella en la cabeza y llevarte yo mismo hasta el birlocho de Hampton. Y te juro que no tienes tú la culpa de que no sea Hampton quien haya estado esperándote aquí en lugar de tu primo. Demonios coronados, apenas habías empezado a reírte feliz y contento por los otros veinticinco dólares que creías haberte metido en el bolsillo cuando Hampton y todos sus condenados ayudantes entraron en el establo, desatándome y echándome agua en la cara. Y he vuelto a mentir para ayudarte. Les he dicho que me habías golpeado en la cabeza, me habías atado y robado y habías tomado el camino del ferrocarril. Ahora, dime, ¿cuánto tiempo más supones que voy a seguir contando mentiras para salvarte el pellejo? ¿Eh? Dime, ¿a qué estamos esperando? ¿A que llegue Hampton?

—Está bien —dijo Mink—. De acuerdo —pero no con el hacha, pensó. Se dio la vuelta y echó a andar hacia los árboles. El otro le siguió, pegado a los talones ahora, la respiración tensa, dificultada por las vegetaciones, la voz débil, indignada, casi por encima de su cabeza, de manera que cuando se agachó y buscó a tientas en el suelo en torno a sus pies, el otro tropezó con él.

—¿Qué demonios estás haciendo ahora? ¿Es que has vuelto a perder la condenada hacha? Encuéntrala y dámela y enséñame dónde está el cuerpo antes de que amanezca y sobre todo antes de que ese condenado marrullero... —la mano de Mink tocó y encontró un palo suficientemente robusto. Esta vez no veo, de manera que tengo que estar preparado para golpear dos veces, pensó, mientras se alzaba. Golpeó en dirección a la voz ronca, indignada, y volvió a golpear al recobrar el equilibrio, aunque había bastado con el primer golpe.

Ahora sabía dónde estaba. No necesitaba guía, aunque supo en seguida que tenía

uno y se puso en camino muy de prisa, advirtiendo el ligero olor a corrupción que le traía el aire. Tenía que ir a toda velocidad. Porque ya son más de las tres, pensó. Me había olvidado de eso. Es como si todo se confabulara en contra de que un hombre mate a otro. Luego supo que había llegado, porque el olor ya no tenía un punto central, un punto que le guiara, sino que estaba en todas partes; vio el claro, el tronco vacío y sin copa del roble alcanzado por el rayo recortado contra un fragmento de cielo sin nubes, deshilachado por las hojas. Se situó a la distancia adecuada tocando el tronco con la mano y después levantó el hacha. La hoja se hundió hasta el mango en la madera podrida. Tiró de ella hasta arrancarla y la alzó de nuevo. Entonces —sin ruido alguno, simplemente la misma oscuridad suspiró y se deslizó tras él y Mink trató de volverse, pero ya era tarde—, algo le golpeó entre los hombros. Supo al instante lo que era. Ni siquiera se sorprendió cuando al caer sintió el aliento y oyó los dientes que rechinaban. Se volvió, tratando de alzar el hacha y oyó de nuevo los dientes junto a su garganta y notó el aliento ardiente, mientras rechazaba momentáneamente al perro con el antebrazo, se ponía de rodillas y sujetaba el hacha con las dos manos. Le vio los ojos cuando saltaba por segunda vez. Parecieron flotar interminablemente hacia él. Golpeó en su dirección, pero no alcanzó más que el vacío; la hoja del hacha se clavó en el suelo, casi tirándole de bruces. Esta vez ya estaba de pie cuando vio los ojos. Se abalanzó sobre ellos con el hacha levantada. Siguió a paso de carga incluso después de que desaparecieran, precipitándose entre la maleza y aplastándola hasta detenerse por fin, el hacha levantada y dispuesta, jadeante y escuchando y sin ver ni oír nada. Después volvió junto al árbol.

Al primer hachazo el perro saltó de nuevo. Mink le estaba esperando. No había hundido la hoja hasta el mango y ya tenía el hacha levantada y dispuesta mientras giraba. Golpeó entre los ojos y sintió cómo el hacha tropezaba con algo y se le escapaba de las manos, dando vueltas; él saltó inmediatamente hacia donde el animal se retorció y gruñía entre la maleza, guiándose por el sonido, pateando el suelo con furia a su alrededor, deteniéndose, agachado, para escuchar y saltar de nuevo y patear, pero siempre en vano. Después se puso a cuatro patas y fue arrastrándose en torno al árbol en círculos cada vez más amplios para encontrar el hacha. Cuando por fin la encontró, por encima del borde dentado del tronco se divisaba ya la estrella de la mañana.

Atacó de nuevo la base del tronco, parándose a escuchar después de cada golpe, el hacha preparada, los pies y las rodillas dispuestos para girar. Pero no oyó nada. Luego empezó a cortar sistemáticamente, con la hoja hundiéndose hasta el mango en cada golpe, como si se tratara de arena o serrín. Luego el hacha se hundió, mango incluido, en la madera podrida, y supo que el olor no estaba en su imaginación; de manera que soltó el hacha y empezó a arrancar trozos del tronco con las manos, la cabeza vuelta, abriendo la boca con los dientes apretados que dejaban pasar su respiración silbante, liberando momentáneamente un brazo para rechazar al perro, que, sin embargo, volvía a acosarle una y otra vez, gimiendo; después introdujo la

cabeza por el agujero, cada vez mayor, de donde al aire pútrido parecía surgir con una violencia casi audible. «¡Aparta, condenado!», jadeó, como si estuviera hablando con un hombre, y tratando otra vez de empujar al perro hacia atrás; «¡déjame sitio!». Tiró del cuerpo, sintiendo que la piel se separaba de los huesos, como si sobrase por todas partes. Ahora el perro tenía la cabeza y el cuello dentro del agujero y aullaba.

Cuando el cuerpo se soltó de repente, Mink cayó de espaldas y se encontró tumbado en el barro, con el cadáver atravesado sobre las piernas y el perro encima, aullando. Se puso en pie y le pegó una patada al animal, que se apartó, pero cuando se agachó para agarrar el cadáver por las piernas y empezó a andar de espaldas, el perro estaba otra vez a su lado. Sólo le preocupaba el cuerpo, sin embargo, y mientras siguieron moviéndose no aulló. Pero cuando Mink se detuvo para descansar, comenzó otra vez a aullar; Snopes hizo un nuevo esfuerzo, le pegó una patada y al hacerlo descubrió que veía al animal y que empezaba a amanecer; el perro estaba flaco, demacrado, con una herida reciente, ensangrentada, que le cruzaba el hocico, y no cesaba de aullar. Sin dejar de mirarlo, se agachó y buscó hasta encontrar un palo. Estaba cubierto de légamo, pero aún resultaba bastante sólido. Cuando el perro alzó la cabeza para aullar de nuevo, le golpeó. El perro giró en redondo; Mink vio la larga cicatriz del disparo que le recorría el lomo, mientras saltaba hacia él. Esta vez el palo le dio de lleno entre los ojos. Mink cogió al cadáver por los tobillos y trató de correr mirando hacia adelante.

Cuando salió de entre la maleza y llegó a la orilla del río, el cielo se enrojecía por oriente. La corriente misma resultaba aún invisible: una larga masa de niebla como algodón en rama, bajo la cual corría el agua. Mink se agachó; una vez más alzó el cuerpo del hombre que le sacaba más de la cabeza y lo arrojó hacia la niebla. Al dejarlo ir y saltar hacia atrás, a tiempo para no seguirlo en su caída, advirtió, en el momento en que desaparecía, el lento despliegue de tres extremidades allí donde tendría que haber cuatro. Recobró el equilibrio para dar media vuelta, corriendo ya mientras las rápidas pisadas del perro susurraban tras él y el animal le golpeaba en la espalda. Mink no se detuvo. A cuatro patas lo vio en el aire como un tremendo pájaro sin alas que se elevaba para desaparecer en la niebla. Se puso de nuevo en pie y corrió. Tropezó, cayó una vez, y se levantó corriendo. Luego oyó detrás las patas rápidas y suaves, cayó de nuevo y le vio elevarse en el aire por encima de él y girar a mitad de camino para aterrizar haciéndole frente, los ojos como dos ascuas, mientras saltaba sobre él antes de que pudiera incorporarse. Le golpeó en el hocico con las manos, se puso en pie y corrió. Llegaron juntos al tronco hueco. El perro saltó de nuevo sobre él, tratando de engancharle por el hombro mientras él se zambullía por la abertura y buscaba furiosamente a tientas el brazo que faltaba, con el perro mordiéndole todavía la espalda y las piernas. Luego el animal se marchó. Una voz dijo:

—Está bien, Mink. Ya lo tenemos. Puedes salir.

El birlocho estaba esperando entre los árboles detrás de su casa, en el mismo sitio

donde encontrara las señales de las ruedas dos días antes. Mink se sentó con uno de los ayudantes en el asiento de atrás, su muñeca unida a la del otro hombre por unas esposas. El sheriff iba con el segundo ayudante, que era quien llevaba las riendas. El conductor hizo dar la vuelta a la pareja para volver al almacén de Varner y la carretera principal, pero el sheriff le hizo detenerse.

—Espera —le dijo, volviéndose. Era un hombre inmenso, con una cabeza que le salía directamente del cuerpo, un chaleco sin abrochar y una camisa almidonada sin cuello. En su rostro ancho de facciones bastas, sus ojillos fríos y astutos parecían dos trozos de cristal negro hundidos en un trozo de masa sin cocer—. ¿Adónde lleva este camino por el otro lado?

—A la vieja carretera del puente Whiteleaf —dijo el ayudante—. Son veintidós kilómetros. Y desde allí aún quedan catorce para el almacén de Whiteleaf. Y cuando se llega al almacén todavía faltan trece más para Jefferson. Por el almacén de Varner son treinta y ocho kilómetros exactamente.

—Me parece que esta vez no vamos a pasar por el almacén de Varner —dijo el sheriff—. Sigue adelante, Jim.

—Claro —dijo el ayudante que estaba esposado con Mink—. Sigue adelante, Jim. No sería nuestro dinero el que ahorrásemos, sino el del condado —el sheriff, que se estaba volviendo, se detuvo un momento para mirar al ayudante. Los dos se contemplaron unos instantes—. He dicho que de acuerdo, ¿no es cierto? —dijo por fin el ayudante—. Sigue, Jim.

Durante el resto de la mañana y el mediodía serpentearon entre colinas cubiertas de pinares. El sheriff llevaba una caja de zapatos con comida y hasta una botija de leche envuelta en tela de saco húmeda. Comieron sin detenerse excepto para dejar que los caballos bebieran en un arroyo que cruzaba el camino. Luego salieron de las colinas y a primera hora de la tarde dejaron atrás el almacén de Whiteleaf en las amplias y fértiles tierras bajas, con sus generosas cosechas, las pesadas mazorcas de un rojo encendido y los peones que iban y venían recogiendo algodón entre las hileras de plantas cargadas de borra, y Mink vio cómo los hombres acuclillados y sentados en el porche bajo los anuncios de medicamentos y tabaco se ponían repentinamente en pie.

—Vaya, vaya —dijo el ayudante—. También aquí hay gente que actúa como si creyeran llevar el apellido Houston, por lo menos durante diez o quince minutos.

—Sigue adelante —intervino el sheriff. Continuaron sobre el polvo espeso y blanco durante la interminable tarde ardiente del verano, pero no pudieron mantener el paso del sol y, finalmente, su violenta luz entró sesgada por el lado del birlocho donde se sentaba Mink. El sheriff habló esta vez sin volver la cabeza ni quitarse de la boca la pipa con cazoleta de mazorca—: George, cámbiate de sitio con él. Deja que se ponga en la sombra.

—Estoy perfectamente —dijo Mink—. No me molesta el sol.

Al cabo de un rato no le molestaba ya o, por lo menos, no más que al sheriff y sus

ayudantes, porque la carretera se aproximaba otra vez a las colinas, ascendiendo y retorciéndose de nuevo mientras las largas sombras de los pinos giraban lentamente sobre el lento birlocho bajo el sol poniente; pronto Jefferson mismo aparecería más allá del último valle, con la rabiosa bola del sol descendiendo por el cielo más allá de la ciudad, brillando frente a ellos y casi a la misma altura del birlocho, iluminando sus rostros. Una tablilla en un árbol anunciaba el nombre de un comerciante sobre la inscripción *a Jefferson, 6 kilómetros*. Pasaron por delante y la dejaron atrás, pero sin tener sensación de movimiento. Mink corrió ligeramente los pies y se apoyó en la parte interior del codo, en previsión de la sacudida que se iba a producir, hizo acopio de fuerzas y se arrojó, los pies por delante, fuera del birlocho en marcha, torciendo brazo y hombro para resistir el esperado tirón, pero demasiado tarde, de manera que en el momento en que su cuerpo salía proyectado fuera del vehículo y fuera del alcance de la rueda se le enganchó la cabeza en el ángulo formado por dos de los soportes que sujetaban el fuelle, y el peso y el ímpetu de todo su cuerpo recayeron sobre su cuello aprisionado. Al cabo de un momento oiría el hueso, las vértebras, y Mink torció de nuevo violentamente el cuerpo, lanzando los pies hacia atrás, hacia donde creía que estaría la rueda en movimiento, pensando: Si logro enganchar un pie entre los radios, algo tendrá que ceder; de manera que lanzó el pie hacia la rueda, sintiendo que cada movimiento de su cuerpo repercutía sobre el cuello, como si estuviera tratando, con fría vehemencia y total despreocupación, de ver qué cedía antes: si el hueso vivo o el metal inanimado. Luego algo le propinó un terrible golpe en la base del cuello, que inmediatamente dejó de ser un golpe para convertirse en una presión, racional y furiosa; con intención aniquiladora. Creyó oír el ruido del hueso y tuvo la seguridad de que era el ayudante quien decía: «¡Rómpete! Maldita sea, ¡rómpete!», y notó que el birlocho se agitaba e incluso le pareció ver al sheriff inclinándose hacia el asiento de atrás para forcejear con el ayudante enfurecido; se ahogó y jadeó tratando de cerrar la boca sin conseguirlo, esforzándose por retirar la cabeza para evitar el violento golpe frío del agua que le derramaban por encima; sobre su cabeza había una rama que se recortaba contra el cielo soleado, con una suave brisa agitando las hojas, y las tres caras. Pero al cabo de un rato podía respirar de nuevo perfectamente, y el ligero viento que producía el birlocho al desplazarse le había secado el agua de la cara y tan sólo quedaba un poco de humedad en la camisa; no era aún un viento fresco, pero sí libre al fin del sol insoportable; un viento que surgía del comienzo del crepúsculo, el birlocho moviéndose ahora bajo una ordenada bóveda de árboles iluminados por el sol, entre zonas de césped cortado y bien cuidado donde los niños jugaban y chillaban alegremente, con su ropa infantil de brillantes colores, bajo el sol poniente, y donde las señoras se sentaban en las mecedoras con frescos vestidos de tarde, mientras los hombres que volvían a casa del trabajo durante el largo comienzo del crepúsculo cruzaban pulcros portones pintados, camino de platos bien condimentados y humeantes tazas de café.

Llegaron a la cárcel por la parte de atrás y entraron en el patio rodeado por una

cerca.

—Salta —dijo el sheriff—. Ayudadle a bajar.

—Estoy muy bien —dijo Mink. Pero tuvo que hablar dos veces antes de que salieran sonidos de su boca, e incluso entonces no era su voz—. Puedo andar.

Después de que se marchara el médico, Mink siguió tumbado en el catre. En la pared había un ventanuco muy alto con barrotes, pero más allá de la ventana no había más que crepúsculo. Luego su olfato le informó de que en algún sitio preparaban la cena —jamón y panecillos calientes y café—, y de repente un líquido claro, caliente y salado se le vino a la boca, pero cuando trató de tragárselo le resultó tan doloroso que tuvo que incorporarse y mover el cuello y la cabeza muy poco a poco y con muchas precauciones para poder tragar con más facilidad aquella sal caliente. Después, más allá de la puerta con barrotes, empezó a oírse un sonoro arrastrar de pies que se fue acercando muy de prisa; Mink se levantó para contemplar la celda común donde los negros víctimas de mil mezquinas fechorías de los blancos comían y dormían juntos. Desde donde estaba, Mink veía lo alto de la escalera; el arrastrar de pies procedía de allí y vio cómo un confuso montón de cabezas con desastrados sombreros y gorras y de cuerpos con monos andrajosos y zapatos rotos, surgían por el hueco de la escalera y llenaban la celda maloliente y vacía con un apagado rumor de pies arrastrados y suaves voces cantarinas privadas de inteligencia: la cuadrilla de presidiarios que trabajaba en la calle, siete u ocho en total, encarcelados por vagabundear o por peleas con navajas o por jugarse a los dados diez o quince centavos, liberados al menos durante unas horas de sus palas y de los mazos para partir piedras. Mink se agarró a los barrotes y se les quedó mirando.

—Todo... —dijo. Pero de su boca no salió el menor ruido. Se llevó la mano a la garganta y habló de nuevo, produciendo un sonido seco y ronco. Los negros se inmovilizaron por completo, mirándole, los ojos muy blancos y quietos en los rostros que ya empezaban a difuminarse—. Todo iba perfectamente —dijo—, hasta que empezó a caerse a pedazos. Podría haber acabado con el perro —seguía con la mano en la garganta y su voz era áspera y seca y ronca—. Pero el muy hijo de perra empezó a caérseme a pedazos.

—¿Quién es? —preguntó uno de los negros. Hablaron unos con otros entre susurros, lanzándole rápidas ojeadas.

—Todo iba bien —dijo Mink—. Pero el muy hijo de perra...

—Calla, hombre blanco —dijo el negro—. Calla. No nos cuentes esas cosas a nosotros.

—Todo habría salido perfectamente —dijo Mink, susurrando roncamente. Después volvió a fallarle la voz y se quedó agarrado a los barrotes con una mano y sujetándose la garganta con la otra, mientras los negros le contemplaban, todos muy juntos, los ojos blancos e inmóviles en la luz cada vez más débil. Luego se volvieron y corrieron hacia las escaleras como un solo hombre y Mink oyó también los lentos pasos y a continuación olió la comida y casi trepó por los barrotes tratando de ver lo

alto de la escalera. ¿Es que van a dar de comer a los negros antes que a un hombre blanco?, pensó, mientras olía el jamón y el café.

Fue aquél el otoño anterior al invierno que se convirtió en punto de partida, a medida que la gente se hacía vieja, para cualquier cálculo de tiempo y para fechar los acontecimientos. El calor del verano, no mitigado por la lluvia —los días de fuego en los que incluso las hojas de los robles amarilleaban y morían, las noches en las que las ordenadas estrellas parecían mirar hacia abajo con un frío asombro sin párpados a una tierra ahogada en polvo—, acabó por fin y, durante las tres semanas del veranillo de San Martín, la tierra, la antigua Lilit, cansada de tanto ardor, reinó, entronizada y coronada al mismo tiempo que se anunciaba la defunción oficial de la vieja cortesana invencible. Durante esos días azules, soñolientos y vacíos, llenos de silencio y del olor de hojas quemadas y humo de madera, Ratliff, al ir y venir de su casa a la plaza, veía las dos manos tiznadas, demasiado pequeñas, inmóviles y agarradas sin fuerza a los barrotes de la ventana de la cárcel a una altura no muy por encima del nivel al que las habría colocado un niño. Y por la tarde Ratliff contemplaba a sus tres huéspedes, la mujer y sus dos hijos, cuando entraban o salían de la cárcel para la diaria visita. El primer día, el día que los había llevado con él a casa de su hermana, la mujer insistió en hacer parte de las faenas caseras, todo lo que la hermana de Ratliff le permitía, barrer y fregar los platos y cortar leña para el fuego, trabajos que hasta entonces habían realizado las sobrinas y el sobrino de Ratliff (con lo que se ganó también, de paso, su juvenil desprecio), indiferente, al parecer, ante la actitud muda y ultrajadamente virtuosa de la hermana; grande, sin estar por ello gorda, esbelta, en realidad, como Ratliff descubrió finalmente con una especie de sobresaltada y austera... compasión, no; preocupación, más bien; habitualmente descalza, con la descuidada masa de cabellos teñidos, mucho más largos desde que las raíces habían vuelto a oscurecerse, y la frialdad de un rostro en el que subsistía algo de una áspera belleza no del todo perdida, aunque quizá se tratase tan sólo de una confianza en sí misma innata e indeleble o tal vez de simple dureza. Porque el detenido, además de rechazar la posibilidad de pagar fianza (en el caso de estar en condiciones de hacerlo), se negó a que le asistiera un abogado. Había comparecido entre dos policías —pequeño, el rostro como una máscara de terquedad esculpida en madera, demacrado y reducido casi a la piel y los huesos— ante el juez instructor y habría dado lo mismo que no estuviera presente ya que todo lo que hizo fue oír, o quizá no oír, el acta de acusación y luego, al tocarle uno de los policías, darse la vuelta para volver a la cárcel, a la celda. De manera que el caso se retrasó, por simple ausencia de materia para un sacrificio en toda regla —como una obra teatral en la que faltan actores para cubrir todos los personajes del reparto—, de la sesión de octubre a la de primavera, en mayo del año siguiente; y aproximadamente tres tardes por semana Ratliff contemplaba a sus huéspedes cuando, los niños vestidos con la ropa desechada

de sus sobrinos, penetraban los tres en la cárcel, imaginándose a los cuatro sentados en la minúscula celda con un intenso olor a creosota y a antiguos residuos de secreciones humanas: sudor, orines, los vómitos producidos por todas las eternas miserias, por el terror, la impotencia, la esperanza. Aguardando a Flem Snopes, pensó Ratliff. A Flem Snopes.

Luego llegó el invierno, y con él, el frío. Para entonces la mujer tenía un empleo. Ratliff había sabido tan bien como ella que el otro acomodo no podía durar, ya que en cierta manera era la casa de su hermana, aunque lo fuese tan sólo gracias a la fuerza de la mayoría. De manera que Ratliff no se sorprendió, e incluso sintió alivio cuando ella fue a decirle que iba a mudarse. Pero tan pronto como le comunicó que se marchaba le sucedió algo. Se dijo para sus adentros que eran los dos niños.

—Está muy bien eso del empleo —dijo—. Estupendo. Pero no hace falta que se marche. Tendrá que pagar el alquiler y la comida si se va. Y usted necesita ahorrar. Le va a hacer falta el dinero.

—Sí —dijo ella, con aspereza—. Necesitaré el dinero.

—Mink piensa todavía... —dejó la frase a medias y luego continuó—: Usted no sabe todavía cuándo volverá Flem, ¿no es cierto? —ella no le contestó. Ratliff no esperaba que lo hiciera—. Le vendrá bien ahorrar todo lo que pueda —dijo—. Así que quédese. Páguele a mi hermana un dólar a la semana por la comida de los niños, si eso va a servir para que se sienta más tranquila. Calculo que un chaval no consume más de cincuenta centavos de alimentos en siete días. Pero usted quédese.

De manera que se quedó. Ratliff les había cedido su habitación y él dormía con su sobrino de más edad. La mujer trabajaba en una pensión destartalada y mugrienta en una calle a trasmano, llamada hotel Savoy, de mala reputación. Su trabajo comenzaba al amanecer y terminaba algo después del crepúsculo, a veces bastante después. Tenía que barrer, hacer las camas y atender en parte a la cocina, ya que había un mozo negro que fregaba los platos y se ocupaba del fuego. Comía allí y le daban tres dólares a la semana. «Excepto que le van a salir llagas en los pies de tanto correr por las noches de aquí para allá, de las habitaciones de los tratantes de caballos a las de los miembros de los jurados y agentes de seguros para negros», comentó un ingenioso local. Pero eso era asunto suyo. De manera que Ratliff no la veía nunca, excepto los domingos por la tarde, cuando los niños con los abrigos nuevos que él les había comprado, y la mujer con otro viejo de Ratliff, por el que había insistido en pagarle cincuenta centavos, entraban en la cárcel, y también algunas veces al salir de ella. Fue entonces cuando tuvo conciencia de que ninguno de sus parientes —ni el viejo Ab ni el maestro de escuela ni el herrero ni el nuevo dependiente del almacén— había acudido ni una sola vez a visitar a Mink. Y si se supieran todos los detalles de esa historia, pensó Ratliff, hay uno de ellos que debería estar en la misma celda. O en otra igual, puesto que no es posible ahorcar dos veces a un hombre, suponiendo, claro está, que un Snopes merezca la pena de muerte incluso por otro Snopes.

Negó el día de acción de gracias, y aunque la nieve no duró cuarenta y ocho horas

en el suelo, a primeros de diciembre se presentó un frío acerado que inmovilizó la tierra en helada rigidez, de manera que después de una semana, más o menos, se levantaba de ella verdadero polvo. El humo se volvía blanco antes de salir por las chimeneas, incapaz de subir, tomando el mismo color del cielo neblinoso en el que, a lo largo de todo el día, el sol brillaba con la palidez de una galleta sin cocer e igualmente desprovisto de calor. Ahora ni siquiera tienen que no venir a verle, se dijo Ratliff. Si hace falta recorrer más de treinta kilómetros desde Frenchman's Bend por una simple obra de caridad, ni siquiera un Snopes necesita excusarse por no hacerlo. Habían colocado un cristal entre los barrotes y las manos, que ya nadie veía, incluso en el hipotético caso de que alguien se hubiera detenido delante de la cárcel con esa intención. Ratliff, desde luego, iba a buen paso al pasar junto a ella, encogido dentro del abrigo, tapándose alternativamente las orejas con las manos enfundadas en guantes de lana, el aliento convertido en jirones de vapor en torno a la encarnada punta de la nariz, los ojos lagrimeantes, hasta llegar a la plaza vacía, atravesada quizá por una carreta campesina, sus ocupantes abrigados con colchas y una linterna encendida en el asiento entre los dos, mientras los escaparates cubiertos de escarcha parecían mirarla sin pesar ni interés, como rostros de ancianos con cataratas en los ojos.

Las navidades transcurrieron bajo el mismo cielo color de sal, sin un reblandecimiento siquiera superficial de aquel suelo de acero, pero en enero se levantó un viento del noroeste que se llevó la neblina, dejando el cielo limpio. El sol trazó sombras sobre el suelo helado y durante tres días algunos trozos se deshelaron un poco al mediodía, hasta unos dos centímetros de profundidad, como una mancha de mantequilla o de grasa lubricante; y hacia el mediodía la gente aparecía, como ratas o cucarachas, se decía Ratliff, sorprendidos e inseguros ante el sol o ante fragmentos reblandecidos de la tierra que parecían regresar de un tiempo antiguo, casi olvidado, y ser otra vez capaces de conservar la huella de un pie. «No se volverá a helar esta noche», se dijeron unos a otros. «Se está nublando el cielo por el suroeste. Lloverá y el agua se llevará el hielo de la tierra y estaremos otra vez perfectamente.» Llovió. El viento sopló hacia el este. «El viento volverá a cambiar hacia el noroeste y helará de nuevo. Pero incluso eso será mejor que la nieve», comentaron, a pesar de que la lluvia había empezado a solidificarse y al caer la noche se había convertido en nieve que siguió cayendo durante dos días, disolviéndose en el barro, hasta que el barro mismo se heló al fin y aún siguió cayendo la nieve, pero finalmente también cesó y después vino un frío seco sin viento, pero esta vez faltaba incluso la hostia fría del sol para presidir sobre una tierra difunta y amortajada con hielo; enero y después febrero, sin el menor movimiento en ningún sitio, con la excepción del humo siempre bajo y las escasas personas incapaces de mantenerse de pie sobre las aceras yendo y viniendo cautelosamente de su casa a la ciudad o de la ciudad a su casa por el centro de las calles, donde ningún caballo estaba en condiciones de transitar, ni otro ruido que el golpetear de las hachas y el melancólico pitido de los trenes diarios, que a

Ratliff le parecía ver, negros, desprovistos de dimensiones, vacíos y coronados de vapor de agua en constante disolución, corriendo sin objeto por la blanca y rígida soledad. En casa, sentado ante su propio fuego las tardes de los domingos, Ratliff oía a la mujer que llegaba después de la comida en busca de los niños y les ponía los abrigos nuevos sobre la ropa ya demasiado pequeña con la que, sin tener en cuenta la temperatura, habían ido a la escuela dominical (su hermana se encargaba de ello) con el sobrino y las sobrinas que la habían desechado; y pensaba en los cuatro sentados, apelotonados e inmóviles con los abrigos puestos en torno a la pequeña e ineficaz estufa de chapa de hierro que no templaba la celda, sino que se limitaba a extraer de las paredes, como si fueran lágrimas, el viejo sudor y los viejos sufrimientos y desesperanzas que se habían refugiado en ella. Más tarde regresaban los tres. La mujer no se quedaba nunca a cenar, pero una vez al mes entregaba a Ratliff los ocho dólares que había ahorrado de su salario de doce, y las otras monedas y billetes (en una ocasión, nueve dólares más) que él nunca le preguntaba cómo habían llegado a sus manos. Ratliff era su banquero. Su hermana tal vez lo supiera o tal vez no, aunque lo más probable era que sí. La cantidad total aumentaba poco a poco.

—Pero harán falta muchas semanas —dijo él. La mujer no respondió—. Quizá conteste a una carta —añadió—. Después de todo, la sangre es más espesa que el agua.

La helada no podía durar siempre. El nueve de marzo aún nevó una vez más, pero la nieve desapareció sin convertirse en hielo. De manera que la gente empezó de nuevo a salir a la calle, y un sábado Ratliff entró en el restaurante del que era propietario a medias y vio a Bookwright sentado frente a un plato que contenía una masa de alimentos revueltos, entre los que abundaban los huevos. Casi hacía seis meses que no se veían. Comenzaron a hablar sin ningún saludo previo.

—Está otra vez en casa —dijo Bookwright—. Volvió la semana pasada.

—Va muy de prisa de un sitio para otro —dijo Ratliff—. La he visto salir hace cinco minutos con un cubo de cenizas por la puerta trasera del hotel Savoy.

—Me refiero a la otra —dijo Bookwright, sin dejar de comer—. La mujer de Flem. Will fue hasta Mottstown y los recogió la semana pasada.

—¿A los tres?

—A Flem, no. A ella y al bebé.

De manera que ya se ha enterado, pensó Ratliff. Alguien se ha encargado de escribirle.

—El bebé —dijo—. Vaya, vaya. Febrero, enero, diciembre, noviembre, octubre, septiembre, agosto. Y algo de marzo. Todavía no ha crecido lo suficiente para mascar tabaco, supongo.

—No va a mascar tabaco —dijo Bookwright—. Es una niña.

Durante un rato Ratliff no supo qué hacer, pero no tardó mucho en decidirse. Mejor ahora, se dijo. Incluso aunque tenga esperanzas sin saberlo siquiera. Se quedó en casa por la tarde al día siguiente hasta que la mujer fue a por los niños.

—Su mujer ha vuelto —le dijo. Por un instante ella no se movió en absoluto—. Nunca pensó usted que fuese a ser de otra manera, ¿no es cierto? —dijo.

—No —respondió ella.

Finalmente también el invierno quedó atrás. Acabó como había empezado, con lluvia, no una lluvia fría, sino sonoros y violentos chaparrones de agua tibia que se llevaron de la tierra la acerada escarcha resistente; pisándole los talones llegó de golpe la primavera tardía, sin orden ni concierto, fruto, flor y hoja, prados llenos de color, bosques florecidos y las tierras de labranza mostrando sus entrañas oscuras bajo la reja del arado al salir de la somnolencia del invierno. La escuela ya estaba cerrada para la temporada agrícola cuando Ratliff pasó por delante camino del almacén. Al llegar ató la pareja al viejo poste familiar y subió a reunirse con los siete u ocho hombres acuclillados o sentados en el porche con aspecto de no haberse movido desde que se volviera a mirarlos por última vez casi seis meses antes.

—Bueno, muchachos —dijo—. He visto que está cerrada la escuela. Ahora los niños ya pueden salir al campo y daros una oportunidad a las personas mayores para que descanséis.

—Lleva cerrada desde octubre último —dijo Quick—. El maestro se marchó.

—¿I. O.? ¿Se marchó?

—Un día apareció su mujer. I. O. levantó la vista, la vio y puso pies en polvorosa.

—¿Su qué? —preguntó Ratliff.

—Su esposa —dijo Tull—. O por lo menos eso dijo ella. Una mujer más bien grande, grisácea, con un...

—Tonterías —dijo Ratliff—. No está casado. ¿No ha vivido aquí tres años? Estáis hablando de su madre.

—No, no —dijo Tull—. Te aseguro que era joven. Sólo que toda ella tenía una especie de color gris. Llegó en un coche de un solo caballo. Y con un bebé de unos seis meses.

—¿Un bebé? —preguntó Ratliff. Fue mirándoles a la cara, uno a uno, y parpadeando—. Vamos a ver —dijo—. ¿Me queréis explicar qué significa todo esto? ¿Me queréis explicar cómo ha conseguido una esposa y no digamos nada de un bebé de seis meses? ¡Lleva tres años aquí! No le habéis perdido de vista el tiempo suficiente para que haya podido hacer todo eso.

—Wallstreet dice que son su mujer y su hijo —replicó Tull.

—¿Wallstreet? —preguntó Ratliff—. ¿Quién es Wallstreet?

—Ese chico de Eck.

—¿El que tiene unos diez años? —Ratliff parpadeó ahora en dirección a Tull—. Sólo hace un año o dos del pánico en la bolsa. ¿Cómo puede ser que a un chico de diez años le hayan puesto de nombre Wallstreet?

—No lo sé —dijo Tull.

—Yo creo que es verdad lo de I. O. —dijo Quick—. Por lo menos no se ha vuelto a saber nada de él desde que vio el coche.

—Quizá tengas razón —dijo Ratliff—. Un bebé es una cosa con pañales capaz de hacer correr a cualquier hombre con tal de que tenga espacio suficiente para arrancar. Y por lo que parece I. O. lo tuvo.

—Necesitaba espacio —dijo Bookwright, con su voz áspera y brusca—. Ese bebé podría haberlo sujetado, con tal de que alguien tirase primero al suelo a I. O. y le diera tiempo para agarrarlo. Ya era más grande que él.

—Puede que todavía lo consiga —intervino Quick.

—Sí —dijo Tull—. La mujer sólo se detuvo el tiempo suficiente para comprar una lata de sardinas y galletas saladas. Luego siguió camino adelante en la misma dirección que, según alguien le dijo, había tomado su marido. I. O. iba a pie. Las sardinas se las comieron el bebé y ella.

—Vaya, vaya —dijo Ratliff—. Estos Snopes. Vaya, vaya... —se interrumpió. Vieron en silencio cómo el birlocho de Varner pasaba por la carretera, camino de casa. El negro llevaba las riendas; en el asiento de atrás iba la señora de Flem Snopes con su madre. El hermoso rostro no se volvió siquiera cuando el birlocho pasó por delante del almacén. Pasó de perfil, tranquilo, absorto, indiferente. No era un rostro trágico, tan sólo el de una persona condenada. El birlocho siguió su camino.

—¿Es cierto que Mink está esperando en la cárcel a que vuelva Flem y lo saque de allí? —preguntó el cuarto hombre.

—Todavía sigue en la cárcel —dijo Ratliff.

—Pero ¿está esperando a Flem? —dijo Quick.

—No —respondió Ratliff—. Porque Flem no tiene intención de volver hasta que el juicio esté visto y sentenciado.

La señora Littlejohn apareció en el porche de su casa, tocó la campana del almuerzo y todos se pusieron en pie y empezaron a dispersarse. Ratliff y Bookwright bajaron juntos los escalones.

—Tonterías —dijo Bookwright—. Ni siquiera Flem Snopes va a dejar que ahorquen a un primo carnal sólo por ahorrar dinero.

—Imagino que Flem sabe que las cosas no van a ir tan lejos. A Jack Houston le dispararon de frente, y todo el mundo sabe que no iba a ningún sitio sin la pistola; y la encontraron en la carretera, junto al sitio donde el caballo dio la vuelta y salió corriendo. Lo mismo pudo soltarla si la estaba empuñando como salirse del bolsillo al caer al suelo. Calculo que Flem se ha informado bien. De manera que sólo aparecerá cuando haya acabado todo. No va a volver aquí, donde está la mujer de Mink, que puede darle la lata, o donde la gente puede criticarle por dejar a su primo en la cárcel. Hay ciertas cosas que ni siquiera un Snopes se atreve a hacer. No sé exactamente cuáles son, pero sí que existen.

Luego Bookwright siguió su camino y Ratliff desató la pareja, llevó la calesa al corral de la señora Littlejohn, quitó los arreos a los caballos y los dejó en el establo. No había vuelto allí desde aquella tarde de septiembre y algo, no supo exactamente qué, le empujó y le hizo andar; colgó los arreos y siguió adelante por el túnel en

penumbra de techo muy alto, con olor a amoníaco, entre las vacías casillas para los animales, hasta llegar a la última; miró dentro y vio, recostadas, las voluminosas nalgas femeninas, la informe figura inmóvil en la oscuridad, el rostro vacío que se volvía y alzaba para mirarle, y durante un instante pasajero hubo algo casi semejante a un reconocimiento, aunque no se tratara en ningún modo de memoria, en los ojos desolados, y la boca babeante se aflojó y dejó escapar un sonido ronco, abyecto, de poca intensidad. Sobre las rodillas cubiertas por las perneras del mono, Ratliff vio la figura en madera de una vaca, ya muy estropeada, como las que se regala a los niños por navidades.

Oyó el martillo antes de llegar a la herrería. El martillo se detuvo en el aire; el rostro obtuso, pero cordial y saludable, le contempló sin sorpresa ni curiosidad, casi sin reconocerle.

—¿Qué tal estás, Eck? —dijo Ratliff—. ¿Podrás quitarles las herraduras viejas a mi pareja después de comer y ponerles otras nuevas? Tengo que ir a un sitio esta noche.

—Sí —dijo el otro—. Lo haré en cuanto me traigas los caballos.

—De acuerdo —dijo Ratliff—. Ese chico tuyo. Le has cambiado el nombre últimamente, ¿no es cierto? —el otro se le quedó mirando, el martillo en el aire. Sobre el yunque, el extremo del hierro al rojo al que estaba dando forma se fue oscureciendo lentamente—. Wallstreet.

—Ah —dijo Eck—. No, señor. No se lo hemos cambiado. Nunca tuvo un nombre, por así decirlo, hasta el año pasado. Lo dejé con su abuela después de la muerte de mi primera esposa, mientras buscaba dónde instalarme. Yo no tenía entonces más que dieciséis años. La abuela le llamaba como a su marido, pero el niño nunca tuvo un nombre de verdad. Pero el año pasado, cuando me instalé y mandé a buscarlo, se me ocurrió que sería mejor que tuviera un nombre. I. O. se enteró de ése en el periódico. Su idea era que si le llamábamos Wallstreet Panic quizá llegara a hacerse rico como la gente que organizó el pánico en la Bolsa.

—Ah —dijo Ratliff—. Dieciséis. Y un chaval no fue suficiente para que te instalaras. ¿Cuántos han hecho falta?

—Tengo tres.

—Dos además de Wallstreet. ¿Qué...?

—Tres además de Wall —respondió el otro.

—Ah —dijo Ratliff. El otro esperó un momento. Luego alzó de nuevo el martillo. Pero se detuvo y contempló el hierro frío sobre el yunque, dejó el martillo y volvió junto a la fragua—. De manera que tuviste que pagar los veinte dólares —dijo Ratliff. El otro se le quedó mirando—. Por la vaca, el verano último.

—Sí. Y veinticinco centavos más por la de juguete.

—¿También se la compraste tú?

—Sí. Me dio pena. Se me ocurrió que si alguna vez se ponía a pensar, el juguete le serviría para pensar en algo.

CUARTO LIBRO

Los campesinos

Capítulo uno

1

Poco antes de la puesta del sol, los hombres que holgazaneaban en el porche del almacén vieron, acercándose desde el sur por la carretera, una carreta cubierta tirada por mulas y seguida de una ringlera de objetos evidentemente vivos que, iluminados por el sol ya casi en el horizonte, parecían trozos de distintos tamaños y colores arrancados al azar de grandes carteles publicitarios, anuncios de circo, pongamos por caso, sujetos a la parte trasera de la carreta, formando parte de ella, pero con movimiento propio, colectiva y particularmente, como sucede con la cola de una cometa.

—¿Qué demonios es eso? —dijo uno.

—Es un circo —dijo Quick. Empezaron a ponerse en pie, examinando la carreta. Ahora pudieron ver ya que los animales de detrás eran caballos. Había dos hombres dentro del vehículo.

—Demonios coronados —dijo el primero en hablar, apellidado Freeman—. Es Flem Snopes.

Estaban todos de pie cuando la carreta se detuvo y Snopes se apeó, dirigiéndose hacia los escalones. Se diría que hubiese abandonado la aldea aquella misma mañana. Llevaba la misma gorra de paño, la diminuta corbata de lazo sobre la camisa blanca, los mismos pantalones grises.

—¿Qué tal, Flem? —le dijo Quick, mientras Snopes subía los escalones, lanzándoles una breve ojeada a todos y a ninguno—. ¿Vas a montar un circo?

—Señores —dijo Flem, atravesando el porche; los otros se apartaron para dejarle pasar. Luego bajaron los escalones y se acercaron a la carreta, detrás de la cual los caballos se apelotonaban inquietos, algo más grandes que conejos, tan llamativos como loros y atados entre sí y a la carreta con trozos de alambre de púas. De piel moteada, cuerpo pequeño, patas delicadas, hocicos rosados y ojos de distinto color que giraban de un lado para otro, salvajes y sumisos, se apelotonaban, llamativos, inmóviles y vigilantes, asustadizos como ciervos, peligrosos como serpientes de cascabel, mansos como palomas. Los hombres se quedaron mirándolos desde una

distancia respetuosa. En aquel momento Jody Varner se abrió camino a empujones hasta situarse delante del grupo.

—Tenga cuidado, jefe —dijo una voz desde detrás. Pero ya era demasiado tarde. El animal más próximo se alzó sobre las patas posteriores con la velocidad del rayo y golpeó dos veces con las pezuñas delanteras el rostro de Varner, más de prisa que un boxeador. El tirón que dio para levantarse al alambre de púas que le sujetaba se extendió hacia atrás entre el resto de la cuadrilla en una oleada de golpes sordos y embestidas—. Eh, vosotros, crótalos comedores de heno con rabo de escoba —dijo la misma voz. Era el otro individuo que había llegado en la carreta. Se trataba de un forastero. Lucía un gran bigote muy negro y un sombrero de ala ancha de color claro. Al atravesar el grupo a toda prisa y volverse para apartarlos de los caballos, los otros vieron, hundidas en los bolsillos de atrás de sus pantalones vaqueros muy ajustados, la culata de una pistola de buen tamaño y una caja de cartón con muchos adornos, como las que se utilizan para vender galletas—. No se acerquen, muchachos —dijo—. Están un poco nerviosos, porque hace mucho tiempo que no los montan.

—¿Desde cuándo no los han montado? —preguntó Quick. El forastero se le quedó mirando. Tenía un rostro ancho, imperturbable, consumido por el viento, y unos ojos fríos y desolados. Su tripa quedaba perfectamente recogida dentro de los pantalones ajustados.

—Supongo que la última vez fue cuando los montaron en el transbordador para cruzar el río Mississippi —dijo Varner. El forastero le miró—. Me llamo Varner —dijo Jody.

—De acuerdo —dijo el otro—. Llámeme Buck —en el lado izquierdo de la cara tenía un corte profundo y reciente, que le había destruido el lóbulo de la oreja, embadurnado con una sustancia negruzca que parecía grasa consistente. Los hombres contemplaron la herida. Luego vieron cómo se sacaba la caja de cartón del bolsillo trasero, la inclinaba para que le cayera una galletita de jengibre en la mano y se la metía a continuación en la boca, debajo del bigote.

—¿Flem y usted han tenido algún problema por allá? —preguntó Quick. El forastero dejó de masticar. Cuando miraba directamente a alguien, sus ojos parecían dos trozos de pedernal encontrados de repente al cavar la tierra.

—¿Dónde es por allá? —dijo.

—Su oreja izquierda —dijo Quick.

—Ah —dijo el otro—. Eso —se tocó la oreja—. Eso ha sido culpa mía. Me distraje una noche cuando los estaba atando. Me puse a pensar en otra cosa y me olvidé de la longitud del alambre —volvió a masticar. Los otros le miraron la oreja—. Le sucede a cualquiera que se descuida con un caballo. Pero basta con ponerle un poco de grasa consistente y al día siguiente no se siente ya. Ahora están un tanto inquietos porque no tienen nada que hacer. Pero eso se habrá acabado en un par de días —se metió otra galletita de jengibre en la boca y empezó a masticarla—. ¿No me creen cuando les digo que son unos caballos muy dóciles? —nadie contestó. Miraron

a los jacos, serios y con cara inexpresiva. Jody se dio la vuelta y se dirigió hacia el almacén—. Son unos jacos buenos y dóciles —dijo el forastero—. Fíjense —se metió la caja de cartón en el bolsillo y se acercó a los caballos con la mano extendida. El más cercano se apoyaba sólo en tres patas. Parecía estar dormido. El párpado le caía sobre el ojo azul oscuro; la cabeza tenía forma de tabla de planchar. Sin alzar siquiera el párpado, movió bruscamente la cabeza y aparecieron los dientes amarillos. Por un instante hombre y animal quedaron inextricablemente confundidos en una explosión de violencia. Luego se inmovilizaron ambos, los tacones altos del forastero clavados en la tierra, sujetando con una mano los ollares del jaco y manteniéndole la cabeza torcida en un ángulo de noventa grados mientras el bicho respiraba con gemidos roncós y ahogados—. ¿Lo ven? —dijo el forastero, con voz jadeante, las venas marcándosele blancas y rígidas en el cuello y en la mandíbula—. ¿Lo ven? Todo lo que hay que hacer es trastearlos un poco y hacerles trabajar durante un par de días hasta agotarlos. Ahora tengan cuidado. Háganme un poco de sitio —los espectadores retrocedieron un poco. El forastero se encogió para saltar. Mientras lo hacía, un segundo caballo intentó morderle por la espalda, cortándole el chaleco desde el cuello hasta abajo, de la misma manera que un consumado espadachín divide un velo flotante de un solo tajo.

—Eso está muy bien —dijo Quick—. Pero supongamos que alguien no tenga chaleco.

En aquel momento Jody Varner, seguido por el herrero, se abrió de nuevo paso entre el grupo.

—De acuerdo, Buck —dijo—. Será mejor meterlos en el corral. Eck, que está aquí conmigo, le ayudará.

El forastero, con las dos mitades del chaleco colgándole de los hombros, se subió al asiento de la carreta, seguido por el herrero.

—Despertaos, progenie adulterina de Jezabel y Belcebú —exclamó el forastero. La carreta se puso en movimiento, y también los jacos atados detrás de ella, seguidos a su vez por los hombres a una distancia respetuosa. De la carretera pasaron al callejón que llevaba al portón del corral detrás de la casa de la señora Littlejohn. Eck se apeó y abrió el portón. La carreta lo atravesó, pero cuando los caballos vieron la cerca retrocedieron, tirando todos del alambre que los sujetaba, de pie colectivamente sobre las patas traseras, y tratando luego de girar sobre sí mismos, de manera que la carreta reculó algunos pasos, hasta que el tejano, entre maldiciones, logró hacer girar a las mulas y bloquear así las ruedas. Los hombres que les seguían ya habían retrocedido rápidamente.

—Ven aquí, Eck —dijo el tejano—. Sube y coge las riendas.

El herrero montó de nuevo en la carreta y tomó las riendas. Los demás vieron cómo el tejano, con un largo látigo de cuero trenzado bien enrollado, se apeaba, daba la vuelta por detrás de la manada y hacía pasar a los caballos a través del portón, el látigo culebreando entre las grupas manchadas de distintos colores con metódicos

estampidos semejantes a pistoletazos. A continuación los espectadores se apresuraron a cruzar el patio de la señora Littlejohn para llegar al porche, porque desde uno de sus extremos se dominaba el corral.

—¿Cómo suponéis que consiguió atarlos a todos? —preguntó Freeman.

—Daría bastante más por ver cómo se las apaña para soltarlos —dijo Quick.

El tejano había subido de nuevo a la carreta inmóvil. En seguida Eck y él aparecieron por detrás, bajo la capota abierta. Buck agarró el alambre y empezó a acercar el primer jaco a la carreta, mientras el animal cabeceaba y retrocedía tirando del alambre como si tratara de ahorcarse, y su agitación se contagiaba a toda la manada, animal por animal, hasta que todos estuvieron cabeceando y tirando hacia atrás del alambre.

—Vamos, sujeta tú también —dijo el tejano.

Eck agarró el alambre. Los caballos se resistían, con los sonrosados hocicos sobresaliendo sobre la masa empuñada en retroceder.

—¡Tira hacia arriba, tira hacia arriba! —dijo el tejano con voz cortante—. No podrían subirse a la carreta aunque quisieran —la carreta se desplazó gradualmente, hasta que la cabeza del primer caballo tropezó con la parte trasera del vehículo. Rápidamente, el tejano recogió el alambre, dándole una vuelta alrededor de uno de los postes de la carreta.

—Mantenlo tenso —dijo. Desapareció y reapareció, casi en el mismo segundo, con unas cizallas—. Sujétalos así —dijo, y saltó. Inmediatamente desapareció, sombrero de ala ancha, chaleco flameante, cizallas y todo lo demás, en un abigarrado torbellino de largos dientes, ojos enloquecidos y pezuñas como cuchillos, del que muy pronto los caballos empezaron a salir disparados, uno a uno, como perdices levantadas, todos ellos con un collar de alambre de púas. El primero cruzó el corral galopando en línea recta. Se lanzó contra la cerca de alambre sin disminuir en absoluto la velocidad. El alambre cedió, pero a continuación, como una goma elástica, tiró al caballo a tierra, donde siguió tumbado unos instantes, lanzando miradas feroces y las patas aún galopando en el aire. Consiguió ponerse en pie sin dejar de galopar, cruzó de nuevo el corral, se precipitó contra la cerca opuesta y fue de nuevo a dar con sus huesos en el suelo. También los otros estaban ya en libertad. Corrían de aquí para allá y giraban por el corral como peces mareados en una pecera. Hasta aquel momento siempre había parecido un corral grande, pero ahora la simple idea de que tanta furia y movimiento tuviera lugar en el interior de una cerca era algo que había que rechazar con desprecio, como si se tratara de una ilusión óptica. De aquella polvareda salió el forastero, con las cizallas en la mano y ya completamente sin chaleco. No corría, tan sólo se trasladaba con una celeridad vigilante y llena de aplomo, serpenteando entre las variopintas carreras de los animales, amagando y esquivando como un boxeador hasta alcanzar el portón. Luego cruzó el patio y subió al porche. Una de las mangas de la camisa seguía unida al hombro tan sólo por un punto. La terminó de arrancar, se limpió la cara con ella, la tiró, se sacó del bolsillo la

caja de cartón y la agitó hasta que tuvo una galletita de jengibre en la mano. Apenas se le había acelerado la respiración.

—Aún están un poco inquietos —dijo—. Pero se les habrá pasado dentro de un par de días.

Los jacos aún corrían de aquí para allá en la creciente oscuridad como peces histéricos, pero con menos violencia ya.

—¿Qué daría usted a un hombre que le facilitara un poco las cosas? —dijo Quick. El tejano se le quedó mirando, los ojos sombríos, corteses y acerados por encima de la mandíbula que masticaba, del denso bigote—. ¿A alguien que le librase de uno de ellos? —dijo Quick.

En aquel momento el muchachito de los ojos color zafiro apareció en el porche, diciendo:

—Papá, papá; ¿dónde está papá?

—¿A quién buscas, hijito? —preguntó uno de los espectadores.

—Es el chico de Eck —dijo Quick—. Está todavía allí, en la carreta. Ayudando al señor Buck.

El niño fue hasta el final del porche, vestido con un mono diminuto, una réplica en miniatura de los que llevaban los hombres.

—Papá —dijo—. Papá —el herrero asomaba todavía por la parte de atrás de la carreta, sosteniendo el extremo del alambre cortado. Los caballos, agrupados por el momento, se deslizaron junto a la carreta, colocándose otra vez en fila india, con lo que su número daba la impresión de haberse doblado; luego volvieron a correr y del polvo surgió el rápido golpeteo ligero de pezuñas sin herrar—. Mamá dice que vengas a cenar —dijo el niño.

Había casi luna llena. Cuando después de cenar se reunieron de nuevo a lo largo del porche, casi se veía exactamente igual. Tan sólo se había pasado de la sólida corporeidad del día a la engañosa y plateada disponibilidad en la que los caballos se apelotonaban en intrincado camuflaje, o bien corrían separadamente o en parejas, fluidos, fantasmales e incesantes, para amontonarse de nuevo en grupos con aspecto de espejismos de los que surgían bruscos y sonoros relinchos y los violentos golpes de los cascos.

Ratliff se hallaba entre los contertulios del porche. Había regresado inmediatamente antes de la cena y no se atrevió a meter a su pareja en el corral. Terminó llevándolos al establo de Bookwright, casi a un kilómetro del almacén.

—De manera que Flem ha vuelto a casa —dijo—. Vaya, vaya. Will Varner pagó para mandarlo a Texas, de manera que, a mi modo de ver, está perfectamente justificado que vosotros, muchachos, le paguéis el transporte de vuelta.

Desde el corral les llegó un relincho muy agudo y fuerte. Apareció uno de los animales. Más que galopar parecía deslizarse, incorpóreo, sin dimensiones. Se oía, sin embargo, el rápido martillar de las pezuñas sobre la tierra apisonada.

—Todavía no ha dicho que sean suyos —dijo Quick.

—Tampoco ha dicho que no lo sean —respondió Freeman.

—Comprendo —dijo Ratliff—. Es eso lo que os preocupa. Tiene que deciros si son suyos o no. O tal vez podáis esperar a que termine la subasta y entonces dividiros y que unos sigan a Flem y otros a ese tipo de Texas y estéis atentos para ver quién se gasta el dinero. Pero la verdad es que cuando a uno le timan no creo que después le importe quién se ha quedado con el dinero.

—Quizá si Ratliff se marcha esta noche no le harán comprar mañana uno de esos jacos —dijo un tercero.

—Tienes más razón que un santo —dijo Ratliff—. Una persona puede evitar a un Snopes si se pone en marcha lo bastante pronto. De hecho no creo que necesite adelantar a más de dos individuos para tener otra víctima interpuesta. Vosotros, muchachos, no pensaréis comprar ninguno de esos bichos, ¿verdad?

Nadie respondió. Estaban sentados en los escalones, la espalda apoyada en los postes del porche, o en la misma barandilla. Sólo Ratliff y Quick ocupaban sillas, de manera que para ellos los otros eran siluetas negras contra el brillo somnoliento de la luna más allá del porche. El peral del otro lado de la carretera se hallaba en plena floración y parecía cubierto de escarcha, y las ramas más pequeñas no brotaban hacia afuera de las más grandes, sino que se erguían inmóviles y perpendiculares sobre las ramas horizontales, como los cabellos separados y contracorriente de una mujer ahogada que descansase a gran profundidad en un mar sin viento ni mareas.

—Anse McCallum trajo una vez de Texas dos caballos como éstos —dijo uno de los hombres sentados en los escalones. No se movió para hablar. No hablaba con nadie en realidad—. Era una buena pareja. Un poco ligeros. Trabajó con ellos durante diez años. Aunque no era un trabajo pesado, desde luego.

—Sí que me acuerdo —dijo otro—. Anse aseguraba que los cambió por catorce cartuchos de rifle, ¿no es cierto?

—Yo oí que tuvo que dar también el rifle —dijo un tercero.

—No; fueron sólo los cartuchos —dijo el primero—. El otro tipo quería cambiarle cuatro caballos más por el rifle, pero Anse dijo que nunca necesitaría tantos. Costaba demasiado volver con seis a Mississippi.

—Claro —dijo el segundo—. Si no se invierte mucho en un caballo o en una pareja, no es preciso esperar demasiado —ninguno de los tres hablaba alto, sino simplemente entre ellos, uno con otro, como si estuvieran solos. Ratliff, invisible en la sombra junto a la pared, hizo un ruido áspero, sarcástico, pero en voz baja.

—Ratliff se está riendo —dijo un cuarto.

—No me hagáis caso —dijo Ratliff. Los tres interlocutores no se habían movido y siguieron sin moverse, pero dieron la sensación de acumular en torno a sus tres siluetas una especie de testarudez, de convencimiento, de resistencia pasiva, como de niños a los que se acaba de reñir. Un pájaro, una sombra, negra y rápida y efímera, describió un arco en la claridad de la luna, fue a posarse en el peral y se puso a cantar; era un sinsonte.

—Es el primero que veo este año —dijo Freeman.

—Se les oye todas las noches por Whiteleaf —dijo el primer hombre—. Oí uno en febrero. Con la nieve. Cantando en un ocozol.

—El ocozol es el primer árbol que echa brotes —dijo el tercero—. Ésa es la razón. Le dieron ganas de cantar porque el árbol estaba a punto de florecer. Por eso eligió un ocozol.

—¿El ocozol es el primero que echa hojas? —dijo Quick—. ¿Y qué me decís del sauce?

—El sauce no es un árbol —dijo Freeman—. Es una mala hierba.

—Bueno, yo no sé lo que es —dijo el cuarto—. Pero desde luego no es una mala hierba. Porque una mala hierba la arrancas y has acabado con ella. Yo llevo quince años arrancando unos sauces de mi pastizal y todas las primaveras tienen el mismo tamaño. La única diferencia es que todos los años hay dos o tres árboles más.

—Y si yo fuera tú —dijo Ratliff—, ahí es exactamente donde estaría mañana cuando amanezca. Cosa que, por supuesto, no tenéis intención de hacer. Imagino que no hay nada bajo el sol ni tampoco en Frenchman's Bend que pueda libraros de darle vuestro dinero a Flem Snopes y a ese tipo de Texas. Pero a mí, desde luego, me gustaría saber a quién le doy mi dinero. Parece que Eck, aquí presente, podría decíroslo. Yo creo que no tendrá inconveniente en hacer ese pequeño favor a sus vecinos, ¿no es cierto? Además de ser primo de Flem, él y su chico, Wallstreet, han ayudado al tejano a llevar agua a los caballos y Eck va a ayudarle también por la mañana a darles de comer. Hasta es posible que sea Eck quien los atrape y los vaya llevando uno a uno para que vosotros hagáis vuestras ofertas. ¿No estoy en lo cierto, Eck?

El otro hombre sentado en los escalones con la espalda apoyada en el poste era el herrero.

—No lo sé —dijo.

—Muchachos —dijo Ratliff—. Eck sabe todo lo que hay que saber sobre esos caballos. Flem le ha dicho cuánto han costado y lo que él y ese tejano van a pedir por ellos, lo que piensan ganar. Vamos, Eck. Dínoslo —el otro no se movió, sentado en el escalón más alto, ligeramente de lado, sometido a las sucesivas oleadas del tranquilo y atento y concentrado escuchar y esperar de todos los contertulios.

—No lo sé —dijo.

Ratliff se echó a reír. Rió sentado en su silla, mientras los demás, sentados o repantigados en los escalones y en la barandilla, soportaban su risa como Eck había soportado la espera y la atención de los otros. Luego Ratliff dejó de reír y se levantó, bostezando sonoramente.

—Está bien, muchachos. Podéis compraros esos animalitos si os apetece. Pero por lo que a mí se refiere antes me compraría un tigre o una serpiente de cascabel. Y si Flem Snopes me ofreciera uno, me daría miedo tocarlo, por si acaso resultaba ser un perro pintado o un trozo de manguera. Os deseo muy buenas noches a todos y a

cada uno.

Los demás no se volvieron para mirarle cuando entró en la casa, pero al cabo de un rato cambiaron un poco de postura y miraron hacia el corral, a la esporádica y abigarrada ondulación y flujo de los caballos, interrumpidos de cuando en cuando por un repentino relincho o un golpe sordo. En el peral, el canto monótono del sinsonte palpitaba y se transformaba en susurro.

—Anse McCallum sacó una buena pareja de aquellos dos —dijo el primer hombre—. Eran un poco ligeros. Eso es todo.

Cuando salió el sol a la mañana siguiente había una carreta y tres mulas ensilladas en el callejón de la señora Littlejohn y, además del hijo de Eck Snopes, seis hombres estaban apoyados en la cerca, mirando a los caballos que se apelonaban, tranquilos, delante de la puerta del establo, contemplando a su vez a los hombres. Una segunda carreta apareció por la carretera, torció por el callejón y se detuvo, y en seguida hubo ocho hombres, además del chiquillo, de pie junto a la cerca, mientras del otro lado los caballos, atentos, movían los ojos de color azul y marrón y agitaban las variopintas cabezas.

—De manera que éste es el circo de Snopes, ¿no es cierto? —dijo uno de los recién llegados. Examinó los rostros de los presentes, luego se dirigió al extremo de la hilera y se colocó junto al herrero y su hijo—. ¿Son de Flem los caballos? —le preguntó a Eck.

—Eck sabe lo mismo que nosotros —dijo otro de los espectadores—. Sabe que Flem llegó aquí en la misma carreta con la que venían los caballos, porque le vio. Pero eso es todo.

—Y es todo lo que va a saber —dijo un segundo espectador—. Sus propios parientes serán los últimos que lleguen a saber algo sobre los negocios de Flem Snopes.

—No —dijo el primero—. Todavía menos que eso. El primero a quien Flem contase algo de sus negocios sería la persona que quedara después de morirse el último hombre. Flem Snopes no se cuenta ni a sí mismo lo que tiene intención de hacer. Aunque estuviera en la cama consigo mismo en una casa vacía en una noche sin luna.

—Así es —dijo un tercero—. Flem engañaría a Eck o a cualquiera de sus parientes sin pensárselo dos veces, igual que lo haría con cualquiera de nosotros. ¿No estoy en lo cierto, Eck?

—No lo sé —dijo Eck.

Contemplaban a los caballos, que en aquel momento se convirtieron en un remolino de orejas erguidas y patas tiasas que se extendió por el corral en oleada multicolor y acabó deteniéndose de nuevo frente a los hombres a lo largo de la cerca, por lo que no oyeron al tejano hasta que se reunió con ellos. Llevaba una camisa nueva y otro chaleco un poco demasiado pequeño para él, y en aquel momento se estaba guardando la caja de cartón en el bolsillo de atrás.

—Muy buenos días —dijo—. Han venido los primeros para elegir, ¿no es cierto? ¿Quieren hacerme una oferta por uno o dos antes de que empiece la subasta y suban los precios?

Los espectadores no estuvieron mucho tiempo mirando al forastero. Dejaron de mirarle en seguida para observar a los caballos en el corral, que habían bajado la cabeza, husmeando en el polvo.

—Creo que primero miraremos un poco —dijo uno.

—Están ustedes a tiempo de verlos mientras desayunan, de todas formas —dijo el tejano—. Es algo de lo que no pueden prescindir, sobre todo después de pasarse toda la noche en blanco —abrió el portón y entró en el corral. Inmediatamente los jacos alzaron la cabeza para mirarle—. Aquí, Eck —dijo el tejano, sin volver la cabeza—. Ayudadme dos o tres de vosotros a llevarlos hasta el establo —al cabo de un momento Eck y otros dos se acercaron al portón, el chiquillo pisándole los talones a su padre, aunque el herrero no le vio hasta volverse para cerrar el portón.

—Tú quédate fuera —dijo Eck—. Uno de esos bichos te puede cortar la cabeza de un mordisco como si fueras una bellota antes de darte cuenta.

Cerró el portón y fue detrás de los otros, a los que el tejano había hecho señas de que se extendieran en abanico mientras él se acercaba a los caballos, que ahora se reagruparon en una inquieta manada, y empezaron a girar levemente, observando a los hombres. La señora Littlejohn salió de la cocina y cruzó el patio hasta el montón de leña, mirando hacia el corral. Cogió dos o tres troncos y se detuvo a contemplar de nuevo el corral. Ahora había ya dos hombres más junto a la cerca.

—Vamos, vamos —dijo el tejano—. No os van a hacer daño. Lo único que les pasa es que no han estado nunca bajo techo.

—Yo no tendría inconveniente en dejarles que sigan aquí, si es eso lo que quieren —dijo Eck.

—Coged un palo..., hay un montón de estacas de carreta ahí, contra la cerca, y cuando alguno se os eche encima le dais un buen golpe en la cabeza, para que sepa cómo las gastáis —uno de los hombres fue hasta la cerca, cogió tres de las estacas, volvió y las distribuyó. La señora Littlejohn, ya con una buena brazada de leña, se detuvo a mitad de camino para mirar hacia el corral. El chico estaba otra vez detrás de su padre, aunque el herrero no se había dado cuenta aún. Los hombres avanzaron hacia los caballos, cuya masa compacta empezaba a dividirse en unidades multicolores que giraban sobre sí mismas. El tejano los insultaba y maldecía con voz sonora, tranquila y alegre—. Vamos, entrad ahí, atajo de liebres con cara de camello. No les metáis prisa. Dejadles que se tomen su tiempo. ¡Eh! Entrad ahí. ¿Qué os creéis que es ese establo? ¿El juzgado de guardia, tal vez? ¿O quizá una iglesia donde alguien os va a sacar los cuartos para una obra pía? —los animales retrocedieron lentamente. De vez en cuando había alguno que amagaba con separarse del grupo, pero el tejano se lo impedía tirándole hábilmente trozos de barro seco. Luego uno de los del fondo vio la puerta del establo inmediatamente detrás, pero antes de que la

manada pudiera dispersarse el tejano le quitó a Eck la estaca de la mano y, seguido por uno de los otros dos hombres, se precipitó sobre los caballos y empezó a repartir golpes en cabezas y lomos, escogiendo con infalible habilidad el animal en punta, golpeándole primero directamente en el hocico, después en la cruz mientras se volvía y finalmente en la grupa al terminar de girar en redondo, de manera que, cuando se produjo la fuga, la dirección estaba invertida y la manada en su totalidad se precipitó por el corredor central del establo y se lanzó sobre la pared del fondo, con un ruido hueco atronador, semejante al derrumbe de la galería de una mina—. Parece que ha resistido sin problemas —dijo el tejano. Él y el otro hombre cerraron de golpe las medias puertas y contemplaron por encima el túnel del establo, al fondo del cual los jacos interpretaban ahora una fantasmal zarabanda multicolor puntuada por los crujidos de los tabiques de madera y los secos pistoletazos de los cascos, que fueron perdiendo intensidad gradualmente—. Sí, ha resistido bien —dijo el tejano. Los otros dos se acercaron a las medias puertas y miraron por encima. El chiquillo apareció detrás de su padre, tratando de mirar por una rendija, y Eck le vio.

—¿No te he dicho que te marcharas de aquí? —exclamó—. ¿Es que no sabes que esos animales pueden matarte en menos tiempo del que se tarda en decir amén? Sal del corral y quédate fuera.

—¿Por qué no consigues que tu papá te compre uno, Wall? —dijo uno de los hombres.

—¿Comprar yo uno de esos bichos? —dijo Eck—. ¿Cuando puedo ir al río en cualquier momento y coger gratis una tortuga mordedora o una víbora de agua? Hazme el favor de salir, anda. Sal de aquí y quédate fuera.

El tejano había entrado en el establo. Uno de los hombres cerró las medias puertas, las atrancó, y los otros y él vieron cómo el tejano avanzaba por el corredor central hacia los jacos, amontonados como fantasmas multicolores en la oscuridad, tranquilos ahora, y empezando ya a olfatear el largo comedero de bordes desgastados clavado a la pared del fondo. El chiquillo se había limitado a dar la vuelta por detrás de su padre y a colocarse al otro lado, desde donde se puso a mirar de nuevo, aprovechando el agujero de un nudo de la madera. El tejano abrió una puerta más pequeña en la pared del corredor y entró por ella, aunque para reaparecer casi de inmediato.

—No veo más que maíz desgranado ahí dentro —comentó—. Snopes dijo anoche que mandaría un poco de heno.

—¿Es que no comen maíz? —preguntó uno de los hombres.

—No lo sé —dijo el tejano—. No lo han visto nunca, que yo sepa. Pero lo averiguaremos dentro de un momento —desapareció de nuevo, aunque podían oírle dentro del cuarto donde se guardaban los piensos. Luego reapareció, con una gran cesta con dos compartimentos y se dirigió hacia la oscuridad, donde las grupas multicolores de los caballos se alineaban ahora a lo largo del comedero. La señora Littlejohn apareció de nuevo, esta vez en el porche, con la campana de bronce que

utilizaba para anunciar las comidas. La levantó, dispuesta a hacer la primera llamada. Al acercarse el tejano se produjo una pequeña conmoción entre los jacos, pero él empezó a hablarles de prisa, con voz fuerte pero sin especial entonación, mezclando los halagos con las maldiciones, e inmediatamente desapareció entre ellos. Los hombres que miraban desde la puerta oyeron el seco golpeteo de los granos de maíz contra el comedero, un ruido interrumpido por un único resoplido de sorprendido horror. Una tabla estalló con la violencia de un pistoletazo; ante los ojos de los espectadores las profundidades del corredor central se disolvieron con furia ensordecedora y, mientras seguían mirando por encima de las medias puertas, incapaces todavía de moverse, todo el interior del establo se disolvió en un enloquecido revoltijo de formas semejante a un incendio atizado por el huracán.

—Demonios coronados —dijo uno de ellos—. ¡Saltad! —gritó. Los tres giraron en redondo y corrieron frenéticamente hacia la carreta, Eck el último. Varias voces gritaron algo desde la cerca, pero Eck no las oyó hasta que, en el instante de trepar al vehículo, miró hacia atrás y vio al niño, todavía inclinado ante una puerta que un momento después se transformó en astillas, el nudo mismo de la madera explotando delante de su ojo y dejándole inmóvil con su mono diminuto y todavía un poco inclinado hacia adelante, hasta que desapareció por completo debajo de la enorme ola multicolor llena de cascos y ojos relampagueantes y dientes feroces que, pasándole por encima, se dividió en olas más pequeñas, revelando por fin el orificio boqueante y el niño todavía de pie, ileso, con el ojo a la altura del desaparecido agujero.

—¡Wall! —rugió Eck. El niño se volvió y corrió hacia la carreta. Los jacos galopaban por el corral como si en el interior del establo su número se hubiera doblado una vez más; dos de ellos que cambiaban constantemente de dirección saltaron varias veces por encima del niño sin tocarle, mientras corría, diminuto y decidido y aparentemente sin avanzar, hasta que alcanzó la carreta por fin, desde la que Eck, su piel tostada por el sol ahora enfermizamente blanca, se agachó y metió al niño en la carreta agarrándolo por los tirantes del mono; luego se lo colocó violentamente sobre las rodillas cabeza abajo y cogió una cuerda enrollada del suelo de la carreta.

—¿No te dije que salieras de ahí? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Es que no te lo dije?

—Si vas a darle una zurra, será mejor que nos zures primero a los demás y luego uno de nosotros se encargará de molerte a palos —dijo uno de los hombres.

—O mejor aún: coge la cuerda y cuelga a ese individuo de ahí —dijo el segundo. El tejano se hallaba en la destrozada puerta del establo, sacándose del bolsillo trasero la caja de cartón con las galletitas de jengibre—. Antes de que acabe con el resto de Frenchman's Bend.

—Te refieres a Flem Snopes —dijo el primero. El tejano inclinó la caja sobre la otra palma abierta. Los caballos aún corrían y giraban de aquí para allí, pero empezaban a aflojar el paso, las patas extendidas y rígidas al trotar. Seguían, sin

embargo, girando los ojos, que lanzaban destellos blancos y multicolores.

—He tenido dudas acerca de ese condenado maíz desgranado desde el primer momento —dijo el tejano—. Pero por lo menos han visto el aspecto que tiene. No podrán decir que no han sacado nada en limpio de este viaje —agitó la caja sobre la mano abierta. De dentro no salió nada. En el porche, la señora Littlejohn hizo sonar la campana para la comida por primera vez; al oírlo los caballos corrieron de nuevo, la tierra del corral vibrando con el seco repiqueteo ligero de los cascos. El tejano arrugó la caja y la tiró a un lado—. Toque de fajina —dijo. Ya había otros tres vehículos en el callejón y veinte hombres o más junto a la cerca cuando el tejano, seguido de sus tres ayudantes y del niño, atravesó el portón. El brillante sol matinal en un cielo sin nubes se reflejó en la culata de nácar que llevaba en el bolsillo de atrás y en la campana que la señora Littlejohn siguió tocando, perentoria, enérgica y fuerte.

Cuando el tejano, limpiándose los dientes con una cerilla de cocina astillada, salió de la casa veinte minutos después, las carretas atadas, los caballos de montar y las mulas llegaban desde el portón del corral hasta el almacén de Varner, y había más de cincuenta hombres a lo largo de la cerca que le contemplaban en silencio, un poco a hurtadillas, mientras se acercaba, balanceándose un tanto, ligeramente patizambo, los tacones altos de sus botas repujadas dejando unas marcas muy nítidas en el polvo.

—Buenos días, caballeros —dijo—. Oye, chico —llamó a Wallstreet, que se hallaba inmediatamente detrás de él, examinando la culata de la pistola que sobresalía de su bolsillo trasero. Sacó una moneda y se la dio—. Vete al almacén y tráeme una caja de galletitas de jengibre —contempló los rostros tranquilos que tenía alrededor, seguro de sí mismo, sorbiendo aire entre los dientes. Luego trasladó la cerilla de un lado a otro de la boca sin tocarla—. Todos ustedes han elegido ya, ¿no es cierto? Están preparados para empezar, ¿eh? —nadie contestó. Ahora no le miraban. Es decir, el tejano empezó a tener la impresión de que todos apartaban la vista un segundo antes de que él los mirase. Al cabo de un momento Freeman dijo:

—¿No va a esperar a Flem?

—¿Por qué? —dijo el tejano. También Freeman dejó de mirarle entonces, sin que su rostro reflejara sentimiento alguno. En la voz del tejano tampoco se produjo la menor alteración—: Eck, seguro que ya has elegido el tuyo. De manera que podemos empezar cuando estés listo.

—Me parece que no —dijo Eck—. No compraría un animal al que me diera miedo acercarme y tocarlo.

—¿Esos jacos tan pequeños? —dijo el tejano—. Has ayudado a abrevarlos y darles de comer. Apuesto cualquier cosa a que ese chico tuyo podría acercarse a cualquiera de ellos.

—Más le valdrá que no le vea yo hacerlo —dijo Eck. El tejano contempló los rostros impasibles a su alrededor, con una mirada reflexiva y atenta a la vez y unas facciones tan impenetrables como el pedernal, como si la superficie de su rostro fuese impermeable o quizá no hubiese nada debajo.

—Esos jacos son mansos como corderos, muchachos. Quien compre uno se llevará el mejor animal que jamás haya montado o enganchado a un vehículo por ese precio. Es cierto que tienen genio; yo no vendo carnaza para cuervos. Además, ¿quién querría carnaza tejana de todas formas, cuando Mississippi está lleno de ella? —su mirada seguía siendo ausente y sin parpadeos; no había regocijo ni humor en su voz, como tampoco los hubo en la única risotada que salió del fondo del grupo. Dos carretas abandonaban en aquel momento la carretera, dirigiéndose hacia la cerca. Los hombres se apearon, ataron los carruajes y se acercaron—. Vengan, muchachos —dijo el tejano—. Llegan ustedes justo a tiempo para comprar un buen caballo dócil por poco dinero.

—¿Y qué me dice del que le cortó anoche el chaleco de arriba abajo? —preguntó una voz. Esta vez se oyeron tres o cuatro risotadas. El tejano miró en dirección a la voz, sombrío y sin parpadear.

—¿Qué quiere que le diga? —respondió. Las risas, si es que habían sido risas, cesaron. El tejano se volvió hacia el poste del portón que le quedaba más cerca y trepó hasta lo alto, moviendo sin prisa los muslos, que hincharon sucesivamente los apretados pantalones, mientras la culata de la pistola capturaba y perdía el sol en brillos nacarados. Sentado en el poste, contempló debajo los rostros junto a la cerca, atentos, serios, circunspectos, empeñados en no mirarle—. Está bien —dijo—. ¿Quién va a empezar la subasta con una oferta? Acérquense más; elijan y hagan su oferta, y cuando se haya vendido el último, entren en el corral y echen la cuerda al mejor animal que jamás han montado o enganchado a una carreta por ese precio. No hay aquí un solo jaco que valga menos de quince dólares. Jóvenes, sanos, buenos para silla o para el trabajo, garantizados para durar más que cuatro caballos ordinarios; no se les podría matar con una barra de hierro... —en la parte posterior del grupo se produjo una pequeña conmoción. Apareció el hijo de Eck, abriéndose paso entre los espectadores inmóviles. Se acercó al poste llevando en alto la nueva caja de cartón. El tejano se agachó para cogerla, arrancó la tapa y dejó caer tres o cuatro galletas en la mano del niño, una mano tan pequeña y casi tan negra como la de un mapache. Siguió con la caja en la mano mientras hablaba, señalando los caballos con ella—. Fíjense en ese con manchas blancas en tres patas y una cicatriz en la oreja; mírenlo ahora cuando pasen otra vez por aquí delante. Vean ese movimiento de hombros; ese caballo vale veinte dólares aquí y en China. ¿Quién me hace una oferta por él para empezar la subasta? —su voz era áspera, pero dotada de una especie de fría elocuencia. Bajo él, a lo largo de la cerca, los hombres seguían inmóviles, bien ocultas en el interior de los monos las bolsas desgastadas y los saquitos de tabaco con las escasas monedas de plata y los gastados billetes, acumulados centavo a centavo en las grietas de las chimeneas o de los troncos de las paredes. De cuando en cuando los caballos se dispersaban y corrían, violentos, sin objetivo, para agruparse de nuevo, contemplando a los rostros del otro lado de la cerca con ojos enloquecidos y desiguales. El callejón estaba repleto de carretas. Los

que aún llegaban tenían que pararse en la carretera y sus ocupantes recorrer el callejón a pie. La señora Littlejohn salió de la cocina. Cruzó el patio mirando hacia el portón del corral. En una esquina había un caldero ennegrecido colocado sobre cuatro ladrillos. La señora Littlejohn hizo fuego debajo del caldero, luego se arrimó a la cerca y se quedó allí algún tiempo, las manos en las caderas y el humo del fuego flotando, azul y lento, por detrás de ella. Finalmente se volvió y regresó a la casa—. Vamos, muchachos —dijo el tejano—. ¿Quién me hace una oferta?

—Cincuenta centavos —dijo una voz. El tejano ni siquiera volvió la cabeza.

—O, si ese caballo no les gusta, ¿qué me dicen de aquel otro de cabeza grande y desmañada y que casi no tiene crin? Para un jaco de silla lo preferiría al de las manchas en las patas. Acabo de oír a alguien decir cincuenta centavos ahora mismo. Imagino que quería decir cinco dólares, ¿no es así? ¿Estoy oyendo a alguien ofrecer cinco dólares?

—Cincuenta centavos por todos —dijo la misma voz. Esta vez no hubo ninguna risa. El único que rió fue el tejano, ásperamente, con la parte inferior de la cara únicamente, como si estuviera recitando la tabla de multiplicar.

—Quiere decir cincuenta centavos por el barro seco que se les caiga —dijo—. ¿Quién ofrece un dólar más por el auténtico arrancamños tejano? —la señora Littlejohn salió de la cocina con la mitad de un barril de madera que colocó sobre un tocón junto al caldero humeante, y se quedó con las manos en las caderas, mirando durante un rato el corral, aunque esta vez sin llegarse hasta la cerca. Luego volvió a entrar en la casa—. ¿Qué demonios les pasa, muchachos? —dijo el tejano—. Vamos a ver, Eck: tú me has estado ayudando y conoces a esos caballos. ¿Qué tal si me hicieras una oferta por ese con tanto blanco en los ojos en el que te fijaste anoche? Espera un momento —se metió la caja de cartón en el bolsillo de atrás, giró los pies hacia el interior del corral y se dejó caer dentro con la ligereza de un gato. Los jacos, amontonados, se le quedaron mirando. En seguida se dispersaron delante de él y se deslizaron estiradamente a lo largo de la cerca. Les hizo girar y empezaron a correr y a ir de un lado para otro por todo el corral; con lo que, como si hubiera estado esperando su oportunidad cuando le volvieran la espalda, el tejano corrió también, de manera que cuando llegaron al extremo opuesto del corral y giraron, acortando el paso para apelonarse de nuevo, ya casi lo tenían encima. La tierra se llenó de estruendo; se alzó una nube de polvo de la que empezaron a salir animales como codornices levantadas y hacia la que, con la fe aparentemente inquebrantable de que hacía gala acerca de su invulnerabilidad, el tejano se lanzó de cabeza. Durante un instante los espectadores pudieron verlos en el polvo: el jaco acorralado entre la esquina de la cerca y el establo, el hombre enfrente, llevándose la mano a la cadera. Cuando el animal se lanzó contra él con una especie de resignada y fatalista desesperación, el tejano le golpeó entre los ojos con la culata de la pistola, derribándolo; acto seguido saltó sobre su cabeza tendida en el suelo. El jaco se recuperó casi instantáneamente, se puso de rodillas, tiró de la cabeza aprisionada y

logró incorporarse por completo, arrastrando al hombre consigo; por un momento los espectadores vieron, entre el polvo, al teitano abandonando el suelo y sometido a un violento movimiento lateral, como un trapo atado a la cabeza del caballo. Luego los pies del teitano volvieron a la tierra y el polvo se disipó, mostrándolos, inmóviles: los puntiagudos tacones del teitano clavados en la tierra, agarrado con una mano al mechón de pelos de la frente del animal y sujetándole con la otra los ollares, el largo y maligno hocico retorcido sobre el lomo cubierto de cicatrices, mientras respiraba con breves y trabajosos jadeos. La señora Littlejohn estaba otra vez en el patio. Nadie la había visto salir esta vez. Llevaba una brazada de ropa y una tabla de lavar con aristas de metal y permanecía inmóvil en los escalones de la cocina, mirando hacia el corral. Luego atravesó el patio y arrojó la ropa en el medio barril de madera sin dejar de mirar en la misma dirección—. Fíjense bien, muchachos —jadeó el teitano, volviendo el rostro encendido y la mirada desafiante hacia la cerca—. Fíjense bien, pero de prisa. Los hombros y... —se había relajado por un instante, al parecer. El animal reaccionó de nuevo; los pies del teitano abandonaron otra vez el suelo, aunque seguía hablando—:... y las patas sooo te voy a desfigurar el hocico miradlo de prisa muchachos vale quince dólares déjame que me apoye en algo quién me hace una oferta sooo la madre que te parió sooo... —ahora se estaban moviendo, convertidos en un caleidoscopio de inextricable e increíble violencia, en cuya periferia las abrazaderas metálicas de los tirantes del teitano reflejaban el sol en incesantes órbitas, que atravesó el corral con terrorífica lentitud. Luego el ancho sombrero color arcilla se remontó lentamente y, un instante después, le siguió el teitano, aunque sin perder el equilibrio, y el jaco salió disparado, dando saltos enloquecidos, como los de un antílope. El teitano recogió el sombrero y le quitó el polvo golpeándose contra la pierna; luego volvió a la cerca y se subió de nuevo al poste. Respiraba con dificultad. Los ojos de los espectadores siguieron sin mirarle mientras sacaba la caja del bolsillo trasero y se metía una galletita en la boca, masticándola y respirando entre jadeos. La señora Littlejohn se dio la vuelta y empezó a pasar el agua del caldero al barreño, aunque después de cada cubo volvía la cabeza y miraba otra vez el corral—. Vamos a ver, muchachos —tomó de nuevo la palabra el teitano—: ¿quién dice que ese caballo no vale quince dólares? No podríais comprar tanta dinamita por sólo quince dólares. No hay uno solo que no haga kilómetro y medio en tres minutos; dejadlos en un pastizal y se mantendrán solos; hacedles trabajar todo el día como negros y cada vez que os acordéis, atizadles en la cabeza con una volea y al cabo de un par de días todas esas liebres estarán tan mansas que tendréis que sacarlas de casa por la noche como si fueran gatos —movió la caja para sacar otra galletita y se la comió—. Vamos, Eck —dijo—. Empieza la subasta. ¿Qué te parece diez dólares por ese caballo?

—¿De qué me sirve un caballo si tengo que cogerlo con una trampa para osos? —dijo Eck.

—¿No acabas de ver cómo lo he cogido yo?

—Claro que lo he visto —dijo Eck—. Y no quiero un animal tan grande como un

caballo si tengo que pelearme con él cada vez que me encuentre del mismo lado de la cerca.

—Está bien —dijo el tejano. Aún respiraba con fuerza, pero ahora no se debía ya a la fatiga o a la falta de aliento. Se echó otra galletita en la palma de la mano y la introdujo por debajo del bigote—. De acuerdo, quiero poner en marcha esta subasta. No he venido a quedarme a vivir en Mississippi, aunque ustedes me aseguren que es la mejor tierra del mundo. Te voy a dar ese caballo —por un momento no se oyó el menor ruido, ni siquiera el de las respiraciones, con excepción de la del tejano.

—¿Me va a regalar el caballo? —preguntó Eck.

—Sí. Con tal de que hagas la primera oferta por el siguiente —de nuevo el silencio fue absoluto, excepto la respiración del tejano, y luego el golpe del cubo de la señora Littlejohn contra el borde del caldero.

—Sólo tengo que empezar la puja —dijo Eck—. Pero no estoy obligado a comprarlo si alguien ofrece más que yo —otra carreta, destartada y sin pintar, acababa de llegar al callejón. Una de sus ruedas había sido reparada mediante tablas cruzadas sujetas a los radios con alambre de embalar y las dos famélicas mulas que tiraban de ella llevaban unos arreos muy estropeados, remendados con trozos de soga de algodón; las riendas eran de cuerda para el arado bastante usada. En el interior de la carreta había una mujer con un vestido gris sin forma y una papalina descolorida y un hombre con un mono remendado e igualmente descolorido, pero limpio. No había espacio para apartar la carreta, de manera que el hombre la dejó donde se había parado y, después de apearse, se acercó al corral: era un individuo delgado, más bien pequeño, con un algo de tensión, de agotamiento en los ojos, un algo indeciso e intenso al mismo tiempo; en seguida se abrió camino a través de la gente, preguntando:

—¿Qué? ¿Qué ha sido eso? ¿Le ha regalado ese caballo?

—Así es —dijo el tejano—. El caballo con mucho blanco en los ojos y las cicatrices en el cuello pertenece a Eck. Ahora vamos a pasar al que parece que ha metido la cabeza en un barril de harina. ¿Qué me dicen? ¿Diez dólares?

—¿Le ha dado ese caballo? —preguntó de nuevo el recién llegado.

—Un dólar —dijo Eck. El tejano seguía con la boca abierta dispuesto a hablar; por un momento su rostro se apagó también detrás de los acerados ojos.

—¿Un dólar? —dijo—. ¿Un dólar? ¿He oído bien?

—Maldita sea —dijo Eck—. Dos dólares entonces. Pero no voy...

—Esperen —dijo el recién llegado—. Usted, el que está subido en el poste —el tejano le miró. Cuando los otros se volvieron notaron que también la mujer se había apeado, aunque no sabían que estaba allí, porque no habían visto llegar la carreta. Pasó entre ellos detrás del hombre, con su vestido gris sin forma, su papalina descolorida y las manchadas zapatillas de tenis que le daban un aire de completa desolación. Alcanzó al hombre pero no le tocó, quedándose inmediatamente detrás de él, las manos metidas en el vestido gris.

—Henry —dijo con voz apagada. El otro la miró por encima del hombro.

—Vuelve a la carreta —dijo.

—Escuche, señora —dijo el tejano—. Henry va a conseguir la ganga de su vida en cuestión de un minuto. Vamos a ver, muchachos, dejen que la señora se acerque para que pueda ver. Henry va a elegir ese caballo de silla que quería la señora. Quién ofrece diez...

—Henry —dijo la mujer. No alzó la voz. No había mirado ni una sola vez hacia el tejano. Tocó el brazo del hombre, que se volvió y le dio un golpe en la mano.

—Vuelve a la carreta de una vez —la mujer se quedó detrás de él, las manos metidas en el vestido. No miraba a ningún sitio ni se dirigió concretamente a nadie cuando habló.

—Tiene tan poco sentido común como para comprar uno de esos animales —dijo—. Y lo cierto es que no tenemos más que cinco dólares para librarnos del asilo. Ése es todo el sentido común que le queda —el hombre se volvió hacia ella con su curioso aire de furia contenida y nebulosa. Los otros espectadores permanecieron junto a la cerca, muy serios y sin prestar atención a lo que sucedía, ignorándolo casi. La señora Littlejohn llevaba ya algún tiempo lavando, y restregaba rítmicamente la ropa contra la tabla, dentro del medio barril lleno de espuma. De nuevo se irguió, las manos, despellejadas por el jabón, apoyadas en las caderas, mirando hacia el corral.

—Cierra el pico y vuelve a la carreta —dijo el hombre—. ¿Es que quieres que coja una estaca? —se volvió y levantó la vista hacia el tejano—. ¿Le ha regalado ese caballo? —dijo. El tejano estaba mirando a la mujer. Luego miró al hombre; sin dejar de examinarle, inclinó la caja de cartón sobre la mano abierta. No salió más que una galletita.

—Sí —dijo.

—¿Quiere decirse que la persona que haga una oferta por el próximo caballo se lleva también ese primero?

—No —dijo el tejano.

—De acuerdo —dijo el otro—. ¿Va usted a regalar un caballo a quien haga la primera oferta por el siguiente?

—No —dijo el tejano.

—Entonces, si sólo iba a empezar la subasta regalando un caballo, ¿por qué no ha esperado a que estuviéramos todos aquí? —el tejano dejó de mirarle. Levantó la caja vacía y entornó los ojos para mirar cuidadosamente dentro, como si pudiera contener una piedra preciosa o quizá un insecto mortífero. Luego la aplastó y la dejó caer cuidadosamente junto al poste en el que se sentaba.

—Eck ofrece dos dólares —dijo—. En mi opinión todavía piensa que en lugar de pujar por uno de los caballos lo hace por los trozos de alambre espinoso con que llegaron hasta aquí. Pero voy a dar por buena esa oferta. Alguno de ustedes, muchachos...

—De manera que Eck se va a quedar con dos caballos a dólar por cabeza —dijo

el recién llegado—. Tres dólares —la mujer le tocó de nuevo, pero él la rechazó sin volverse y ella se inmovilizó otra vez, las manos cruzadas sobre el estómago dentro del vestido, sin mirar a nada.

—Señores —dijo—, hay niños en casa que no han llevado zapatos en todo el invierno. No tenemos maíz para alimentar al ganado. Hemos reunido cinco dólares que gané tejiendo de noche a la luz del fuego. Y no se le ocurre hacer otra cosa.

—Henry ofrece tres dólares —dijo el tejano—. Sube un dólar más, Eck, y el caballo es tuyo —del otro lado de la cerca, los jacos echaron a correr sin motivo y volvieron a pararse con la misma brusquedad, contemplando las caras a lo largo de la cerca.

—Henry —dijo la mujer. El hombre miraba a Eck. Por debajo del labio asomaban un poco sus dientes mellados con manchas de tabaco, y por debajo de las mangas descoloridas de una camisa demasiado corta por los muchos lavados, sus manos se convirtieron en puños.

—Cuatro dólares —dijo Eck.

—¡Cinco! —gritó el marido, alzando el brazo. Se abrió camino hacia el poste a empujones. La mujer no le siguió. Por primera vez miró al tejano. Sus ojos eran de un color gris muy pálido, como si también los hubiera descolorido el paso del tiempo, al igual que el vestido y la papalina.

—Señor —dijo—, si a cambio de uno de esos animales acepta los cinco dólares que gané para mis hijos, que Dios le maldiga a usted y los suyos mientras haya hombres.

—¡Cinco dólares! —gritó el marido. Se abalanzó sobre el poste, el puño cerrado a la altura de las rodillas del tejano. Al abrirlo, mostró unos billetes muy usados y unas monedas—. ¡Cinco dólares! Y el hombre que ofrezca más tendrá que romperme la cabeza o se la romperé yo a él.

—De acuerdo —dijo el tejano—. Por cinco dólares el caballo es suyo. Pero no me amenace con el puño.

A las cinco de la tarde el tejano aplastó la tercera caja vacía y la dejó caer al suelo detrás de donde estaba sentado. El sol en el horizonte lanzaba sus oblicuos rayos rojizos sobre la ropa tendida en el patio trasero de la señora Littlejohn y proyectaba la alargada sombra del tejano y del poste de un extremo a otro del corral; de cuando en cuando los jacos aún corrían en incansables oleadas sin objetivo. El tejano estiró la pierna, metió la mano en el bolsillo, sacó una moneda y se agachó en dirección al hijo de Eck.

—Ten, chaval —dijo—. Corre al almacén y tráeme una caja de galletitas de jengibre.

Los hombres seguían a lo largo de la cerca, incansables, con sus monos y sus camisas descoloridas. Flem Snopes estaba ahora allí, salido al parecer de la nada, de pie junto a la cerca y con un espacio vacío a cada lado de la anchura de tres o cuatro hombres, en un aislamiento no por reducido menos marcado, mascando tabaco, con

los mismos pantalones grises y diminuta corbata de lazo con que se había marchado el verano anterior, pero con una gorra nueva, gris como la otra, pero nueva, y cubierta con un tartán de vivos colores de jugador de golf, y también él contemplaba los caballos en el corral. Se habían vendido todos menos dos, por cantidades comprendidas entre los tres dólares y medio y los doce. Los compradores, después de adjudicarles los caballos, se habían reunido como por instinto en un grupo aparte al otro lado del portón, donde permanecían con las manos apoyadas en el alambre más alto de la cerca, contemplando con una intensidad aún más austera los animales que eran de su propiedad desde hacía siete y ocho horas, pero a los que aún no habían puesto la mano encima. Henry Armstid se hallaba junto al poste en el que se sentaba el tejano. Su mujer se había vuelto a la carreta, donde permanecía sentada, tan gris como su gris vestido, inmóvil, sin mirar a nada; podría haber sido un objeto inanimado que el marido hubiese cargado en la carreta para trasladarlo a algún otro sitio, dispuesta a esperar a que él quisiera ponerse de nuevo en marcha, llena de paciencia, insensible, intemporal.

—He comprado un caballo y he pagado por él en efectivo —dijo el marido. Su voz era áspera y fatigada al mismo tiempo, y la expresión enloquecida de sus ojos tenía un algo vidrioso, casi incluso de ceguera total—. Y sin embargo me pide usted que siga aquí y no me lleve el caballo hasta que los haya vendido todos. Bueno, puede usted pedir todo lo que quiera. Yo voy a sacar mi caballo de ahí y me lo voy a llevar a casa —el tejano le miró desde lo alto. Había manchas de sudor en su camisa. Sus facciones permanecieron frías e inmóviles y su voz no se alteró.

—Lléveselo cuando quiera.

Al cabo de un momento Henry apartó la vista. Se quedó con la cabeza un poco inclinada, tragando saliva de cuando en cuando.

—¿No me lo va a coger usted?

—No es mi caballo —dijo el tejano con la misma voz tranquila de siempre. Al cabo de un rato Henry alzó la cabeza. No miró al tejano.

—¿Quién me ayuda a coger el caballo? —preguntó. Nadie contestó. Todos siguieron junto a la cerca, mirando silenciosos el corral donde los jacos se amontonaban, empezando ya a disolverse un poco donde la larga sombra de la casa caía sobre ellos, cada vez de un negro más denso. Desde la cocina de la señora Littlejohn llegaba el olor a jamón frito. Una ruidosa nube de gorriones atravesó el corral para posarse en el cinamomo próximo a la casa, y, en una oleada más alta y suave, golondrinas azules descendieron y giraron, indecisas, sus gritos semejantes a cuerdas tocadas al azar. Sin mirar atrás, Henry alzó la voz—: Trae la cuerda del arado —al cabo de un rato la mujer se puso en movimiento. Se apeó de la carreta, cogió un rollo nuevo de cuerda y se acercó. El marido tomó la cuerda y se dirigió hacia el portón. El tejano empezó a bajar del poste, muy tieso, mientras Henry ponía la mano sobre el pestillo—. Ven aquí —dijo. La mujer se había detenido después de darle la cuerda. Volvió a andar, obediente, con las manos cruzadas sobre el estómago dentro

del vestido, y pasó junto al tejano.

—No entre ahí, señora —dijo. Ella se detuvo, sin mirarle, sin mirar a nada. El marido abrió el portón, entró en el corral y se volvió, sujetando el portón pero sin levantar la vista.

—Ven aquí —dijo.

—No entre, señora —repitió el tejano. La mujer se inmovilizó entre los dos, el rostro casi oculto por la papalina, las manos cruzadas sobre el estómago.

—Será mejor que lo haga —dijo. Los otros hombres no la miraron en absoluto, ni a ella ni a Henry. Siguieron a lo largo de la cerca, serios e inmóviles y sin prestar atención, casi absortos. Luego la mujer atravesó el portón; el marido lo cerró, se volvió y empezó a moverse en dirección a los jacos amontonados; ella le siguió con su vestido gris sin forma, que le permitía trasladarse sin movimiento aparente, como si avanzara sobre una plataforma con ruedas, o sobre una balsa. Los caballos los estaban mirando. Se juntaban y mezclaban y separaban, a punto de dispersarse pero sin llegar a hacerlo. El marido empezó a gritarles. Empezó a insultarlos, avanzando hacia ellos, seguido de la mujer. Luego el grupo se rompió, los caballos moviéndose con las patas muy altas y tiesas, girando en torno a las dos personas que se volvieron y los siguieron mientras la manada corría y se apelotonaba en el lado opuesto del corral.

—Ahí está —dijo el marido—. Llévalo a ese rincón —la manada se dividió; el caballo que había comprado se puso a dar saltos con las piernas tiesas. La mujer le gritó; el jaco giró y se detuvo para volver a lanzarse; entonces el marido le dio en el hocico con la cuerda enrollada y, al tratar de huir, el caballo se golpeó contra la esquina de la cerca—. No dejes que se escape —dijo el marido. Desenrolló la cuerda mientras avanzaba. El caballo le miraba con ojos enloquecidos, relampagueantes; corrió de nuevo, en línea recta hacia la mujer. Ella le gritó y agitó los brazos, pero el caballo pasó por encima con un salto muy largo, incorporándose de nuevo al apretado grupo de sus congéneres. Marido y mujer los siguieron hasta llevarlos de nuevo a una esquina; la mujer volvió a fallar en el intento de impedir la huida del animal hacia la libertad y el marido giró sobre sí mismo y la golpeó con la cuerda enrollada—. ¿Por qué no lo has detenido? —dijo—. ¿Por qué no lo has hecho? —volvió a golpearla; ella no se movió, ni siquiera para evitar la cuerda con un brazo levantado. Los hombres a lo largo de la cerca siguieron sin inmutarse, con la cabeza inclinada, como si estuvieran meditando sobre la tierra que tenían bajo los pies. Sólo Flem Snopes seguía observando, si es que de hecho había mirado alguna vez al corral, de pie en su diminuto recinto de aislamiento, mascando con su característico y débil impulso lateral bajo la nueva gorra a cuadros.

El tejano dijo algo en voz no muy alta pero áspera. Entró en el corral, se acercó al marido y le quitó de la mano la cuerda que llevaba levantada. Henry giró como si estuviera a punto de saltarle encima y se agachó ligeramente —las rodillas dobladas y los brazos un poco separados del cuerpo— aunque con la mirada no llegase nunca

por encima de las polvorientas botas repujadas del tejano. Luego este último le cogió del brazo; le condujo hacia el portón, seguido por la mujer, le hizo cruzarlo, manteniéndolo abierto hasta que cruzó su esposa, y volvió a cerrarlo. Se sacó un fajo de billetes del pantalón, apartó uno y se lo puso a la mujer en la mano.

—Hágalo subir a la carreta y lléveselo a casa —dijo.

—¿Para qué es eso? —dijo Flem Snopes, que se había acercado y estaba ahora junto al poste donde se sentaba el tejano. Este último no le miró.

—Cree que ha comprado uno de los jacos —dijo el tejano, con voz apagada, como la de un hombre después de correr a mucha velocidad—. Lléveselo, señora.

—Devuélvele el dinero —dijo el marido con su tono fatigado y sin vida—. He comprado ese caballo y estoy decidido a quedarme con él, aunque tenga que pegarle un tiro para atarlo.

El tejano no le miró siquiera.

—Lléveselo de aquí, señora —dijo.

—Usted coja su dinero y yo cogeré mi caballo —dijo el marido. Temblaba de manera continua, aunque poco marcada, como si se hubiera resfriado. Sus manos se abrieron y cerraron bajo los deshilachados puños de la camisa—. Devuélvele el dinero —dijo.

—Usted no es dueño de ninguno de mis caballos —dijo el tejano—. Lléveselo a casa, señora —el marido alzó el rostro exhausto, los enloquecidos ojos vidriados. Extendió el brazo. La mujer había cruzado las manos sobre el vientre. Durante unos instantes los dedos temblorosos de Henry intentaron vanamente quitarle el dinero. Al final lo consiguió.

—El caballo es mío —dijo—. Lo he comprado. Me ha visto toda esta gente. He pagado por él. El caballo es mío. Tenga —se volvió y ofreció el billete a Snopes—. Usted tiene algo que ver con esos caballos. He comprado uno. Aquí está el dinero. He comprado uno. Pregúntele —Flem cogió el billete. Los espectadores seguían allí, serios, sin prestar atención al parecer, en actitudes de reposo a lo largo de la cerca. Se había puesto el sol; no quedaba más que una sombra violeta sobre las personas y sobre el corral, donde una vez más y sin motivo alguno los jacos echaron a correr y se desperdigaron. En aquel momento apareció el hijo de Eck, sin dar la menor sensación de cansancio, con la nueva caja de cartón. El tejano la cogió, aunque sin abrirla inmediatamente. Había dejado caer la cuerda y ahora el marido se agachó para recogerla, pero lo hizo con tanta torpeza que tardó algún tiempo en alzarla. Luego se quedó con la cabeza gacha, los nudillos sin sangre por la fuerza con que apretaba la cuerda. La mujer no se había movido. El crepúsculo se echaba encima; un último e intrincado remolino de golondrinas se recortó en lo alto contra el cambiante azul. Después el tejano arrancó la tapa de la caja y dejó caer una de las galletitas sobre su mano abierta; luego pareció contemplar la mano mientras se cerraba lentamente sobre la galleta y de entre sus dedos salió un delicado polvo de color tabaco. A continuación se frotó cuidadosamente la mano contra el muslo, alzó la cabeza, miró

alrededor, vio al niño y le devolvió la caja.

—Ten, chaval —dijo. Luego miró a la mujer—. El señor Snopes le guardará su dinero hasta mañana —explicó, con voz de nuevo apagada y tranquila—. Será mejor que suba a su marido a la carreta y se lo lleve a casa. No ha comprado ningún caballo. El señor Snopes le devolverá mañana su dinero.

La mujer volvió a la carreta y se montó en ella. Nadie la miró, incluido su marido, que seguía inmóvil, la cabeza gacha, pasando la cuerda de una mano a otra. Los demás continuaron apoyados en la cerca, serios y tranquilos, como si la cerca estuviera en otro país, en otra época.

—¿Cuántos te quedan? —preguntó Snopes. El tejano se despertó; todos parecieron despertarse, volver, escuchar de nuevo.

—Me quedan tres —dijo el tejano—. Cambia los tres por un coche o un...

—Está en la carretera —dijo Snopes, un poco secamente y un poco de prisa, alejándose—. Trae las mulas.

Flem siguió adelante por el callejón. Los otros vieron entrar al tejano en el corral, cruzarlo —los caballos corriendo delante de él, pero sin la anterior violencia insensata, como si también ellos estuvieran cansados, deteriorados por la larga jornada—, adentrarse en el establo y salir luego con las dos mulas enjaezadas. La carreta estaba bajo el cobertizo, junto al establo. El tejano entró, y salió un momento después con un hato de ropa de cama y una chaqueta. Luego condujo las mulas hacia el portón, los jacos amontonados de nuevo y vigilándole con sus ojos multicolores y desiguales, tranquilos ahora, como si también ellos se dieran cuenta de que no se trataba de un armisticio, sino de un adiós definitivo. Alguien abrió el portón. El tejano sacó las mulas del corral y todos le siguieron como un solo hombre, dejando a Henry junto al portón cerrado, todavía con la cabeza gacha y la cuerda enrollada en la mano. Dejaron atrás la carreta en la que esperaba la mujer, su ropa gris desvaneciéndose en el crepúsculo, casi del mismo color e igual de inmóvil, sin mirar a nada; dejaron atrás la cuerda de tender, donde se secaba, sin viento, un cargamento de ropa flácida y atravesaron el olor penetrante y cálido del jamón que salía de la cocina de la señora Littlejohn. Al llegar al extremo del callejón vieron la luna, casi llena, enorme y pálida y todavía sin brillo en un cielo del que la luz no había desaparecido aún por completo. Snopes estaba al final del callejón, junto a un coche vacío. Era el de ruedas resplandecientes y parasol con flecos que Will Varner y él solían utilizar. El tejano se detuvo para contemplarlo.

—Vaya, vaya —dijo—. De manera que es éste.

—Si no te conviene puedes volverte a Texas en una de las mulas —dijo Snopes.

—Seguro —dijo el tejano—. Pero no tengo una borla para empolvarme la cara o al menos una mandolina que haga juego.

Hizo retroceder a las mulas hasta situarlas a los lados de la lanza y levantó el balancín. Dos de los espectadores se adelantaron y ataron los arreos. Luego se le quedaron mirando mientras subía al coche y empuñaba las riendas.

—¿Hacia dónde se dirige? —preguntó alguien—. ¿Vuelve a Texas?

—¿Con esto? —dijo el tejano—. No iría más allá del primer bar de Texas sin llamar la atención de alguna junta de vigilancia. Además, no voy a malgastar todos estos encajes y estas ruedas tan delicadas en Texas. Ya que he llegado tan lejos, supongo que voy a seguir adelante un día o dos para ver las ciudades del norte. Washington y Nueva York y Baltimore. ¿Cuál es el camino más corto para llegar a Nueva York desde aquí?

Los otros no lo sabían. Pero le dijeron cómo llegar a Jefferson.

—Ya está usted en el buen camino —dijo Freeman—. Después de la escuela siga todo recto hasta la carretera.

—De acuerdo —dijo el tejano—. Bueno, no se olviden de atizarles a los jacos en la cabeza de cuando en cuando hasta que se acostumbren a ustedes. Después ya no tendrán ningún problema —alzó de nuevo las riendas. Al hacerlo, Flem avanzó unos pasos y se subió al coche.

—Iré contigo hasta casa de Varner —dijo.

—Ignoraba que pasase junto a la casa de Varner —dijo el tejano.

—También se va a Jefferson por ese camino —dijo Flem—. Vamos.

El tejano agitó las riendas. Luego dijo:

—Sooo —estiró la pierna para meter la mano en el bolsillo—. Oye, chaval —dirigiéndose al hijo de Eck—, vete al almacén y... Déjalo. Pararé y la compraré yo mismo, porque voy a ir por ese camino. Bueno, muchachos —dijo—. Cuídense —hizo girar en redondo la pareja de mulas. El coche se puso en marcha. Los espectadores se quedaron mirándolo.

—Imagino que se propone algo así como llegar a Jefferson por detrás —dijo Quick.

—Llevará menos peso cuando llegue allí —dijo Freeman—. Podrá presentarse en Jefferson sin dificultad por el lado que más le guste.

—Sí —dijo Bookwright—. No le sonará el dinero en el bolsillo.

Volvieron al corral por la estrecha senda que dejaban las dos hileras de pacientes e inmóviles carretas, completamente obstruida al final por la carreta donde estaba sentada la mujer. Henry seguía junto al portón con la cuerda enrollada, y ya se había hecho totalmente de noche. La luz no había cambiado mucho; incluso había un poco más de claridad, aunque con la irrealidad característica de la luz de luna, de manera que cuando miraron al interior del corral, los cuerpos multicolores de los jacos tenían una especial nitidez, casi brillaban, pero sin forma individual y sin profundidad..., ya no eran caballos, ya no eran carne y hueso dirigidos por un principio capaz de calculada violencia, carecían ya de relación con la capacidad de herir y hacer daño.

—Bueno, ¿a qué estamos esperando? —dijo Freeman—. ¿A que se vayan a la cama?

—Será mejor que todos saquemos nuestras cuerdas primero —dijo Quick—. Que todo el mundo traiga su cuerda.

Algunos no la tenían. Al salir de sus casas aquella mañana, aún no sabían nada ni de los caballos ni de la subasta. Sencillamente pasaban casualmente por la aldea, se habían enterado y decidieron acercarse.

—Id al almacén y comprarlas —dijo Freeman.

—El almacén ya estará cerrado —dijo Quick.

—No, seguro que no —respondió Freeman—. Si estuviera cerrado, Lump Snopes habría aparecido por aquí.

De manera que mientras los que habían ido preparados sacaban sus cuerdas, los otros se encaminaron al almacén. El dependiente lo estaba cerrando en aquel momento.

—Todavía no habéis empezado a cogerlos, ¿no es cierto? —preguntó—. Me alegro; temía llegar tarde.

Abrió la puerta de nuevo y entre los añejos y fuertes olores de queso, cuero y melaza en un recinto cerrado, Lump midió y cortó trozos de cuerda de arado y todos en grupo y con el dependiente en el centro y todavía hablando, gárrulo e ignorado, volvieron por donde habían venido. El peral delante de la casa de la señora Littlejohn era como plata ahogada en la luna. El sinsonte de la noche anterior, o algún otro, cantaba ya entre sus ramas y ahora vieron, atados a la cerca, la calesa y los caballos de Ratliff.

—Por algo he tenido yo la sensación de que las cosas no iban bien durante el día —dijo uno—. Faltaba Ratliff para dar buenos consejos.

Cuando atravesaron el callejón, la señora Littlejohn estaba en su patio trasero, recogiendo la ropa tendida; aún olía a jamón. Los demás esperaban junto al corral y, del otro lado, los jacos, amontonados de nuevo, eran como peces fantasmales, flotando al parecer sin patas gracias al brillo engañoso de la luna.

—Creo que el mejor sistema será que todos los vayamos cogiendo uno a uno —dijo Freeman.

—Uno a uno —dijo Henry. Al parecer no se había movido desde que el tejano se llevara sus mulas, excepto para levantar las manos hasta la parte más alta del portón, una de ellas sujetando aún la cuerda enrollada—. Uno a uno —dijo. Empezó a maldecir con voz monocorde, áspera y apagada—. Después de haberme pasado aquí todo el día, esperando por ese... —lanzó otra maldición. Empezó a tirar del portón, agitándolo con fatigada violencia, hasta que uno de los otros corrió el pestillo, el portón se abrió y Henry entró en el corral, seguido por los otros, incluido el niño, que avanzó siguiendo a su padre, hasta que Eck notó su presencia y se volvió.

—Dame esa cuerda —dijo—. Tú te quedas fuera.

—Pero, papá —suplicó el niño.

—No, señor. Esos bichos te matarían. Casi lo han conseguido esta mañana. Tú te quedas fuera.

—Pero tenemos que coger dos caballos.

Por un momento Eck se quedó mirando al niño.

—Es cierto —dijo—. Tenemos dos. Bueno, quédate pegado a mí. Y cuando te grite que corras, corre. ¿Entendido?

—Separaos unos de otros, muchachos —dijo Freeman—. Mantenedlos frente a nosotros —empezaron a avanzar a través del corral en forma de media luna irregular, cada uno con su cuerda. Los jacos estaban al otro extremo del corral. Uno de ellos resopló; el interior del grupo se agitó, pero sin que los caballos se separaran. Freeman, al mirar hacia atrás, vio a Wallstreet—: Que se vaya ese niño —dijo.

—Más te vale —le dijo Eck a su hijo—. Súbete en aquella carreta. Nos verás cogerlos desde allí.

El chiquillo se dio la vuelta y trotó en dirección al cobertizo donde estaba la carreta. La hilera de hombres siguió avanzando, Henry un poco por delante.

—No los perdáis de vista —dijo Freeman—. Quizá sea mejor meterlos primero en el establo... —en aquel momento el grupo se dividió, y los caballos galoparon en ambas direcciones a lo largo de la cerca. Los que estaban en los extremos de la hilera echaron a correr, moviendo los brazos y gritando—. Detenedlos —dijo Freeman, con voz tensa—. Haced que den la vuelta —los hicieron girar sobre sí mismos; los animales se mezclaron y giraron, recorriendo amontonados espacios muy breves, convertidos en fantasmas inextricables—. Retenedlos ahora —dijo Freeman—. No los dejéis pasar —la hilera avanzó de nuevo. Eck se volvió, sin saber por qué: quizá un ruido, cualquier cosa. Wallstreet estaba otra vez inmediatamente detrás de él.

—¿No te he dicho que te subas a esa carreta y que te quedes ahí? —le interpeló Eck.

—¡Ten cuidado, papá! —exclamó el niño—. ¡Ahí está! ¡Es el nuestro! —era el caballo que el tejano había regalado a Eck—. ¡Cógelo, papá!

—Quítate de en medio —dijo Eck—. Vuelve a la carreta.

La hilera seguía avanzando. Los jacos se arremolinaban cada vez más juntos, forzados gradualmente a retroceder hacia la puerta abierta del establo. Henry, ligeramente agachado, aún precedía a los demás. Su cuerpo entero irradiaba aún, incluso a la confusa luz de la luna, un algo de exhausta indignación. El variopinto montón de animales parecía moverse por delante de la hilera de hombres, como una bola de nieve empujada por algún medio invisible, más y más cerca a cada instante del negro bostezo de la puerta del establo. Luego quedó claro que los jacos estaban tan pendientes de los hombres, que no se dieron cuenta de que tenían el establo detrás hasta que, retrocediendo, entraron en su sombra. Entonces se produjo un ruido indescriptible, un movimiento de desesperación; por un instante de inmóvil horror hombres y animales permanecieron frente a frente, luego los hombres se volvieron y corrieron delante de una multicolor avalancha de largos hocicos enloquecidos y pechos salpicados de manchas que los desbordaron y dispersaron y les obligaron a tirarse al suelo a un lado e hicieron que Henry y el chiquillo se perdieran por completo de vista; ninguno de los dos se había movido, aunque Henry alzó los dos brazos, sosteniendo aún la cuerda enrollada, mientras la manada atravesaba como una

ola el corral y se precipitaba hacia el portón que el último hombre no se había preocupado de cerrar, dejándolo ligeramente abierto, con lo que los animales se llevaron por delante todo el portón, salvo el poste vertical donde estaban clavados los goznes, y se desparramaron entre las parejas y carretas que asfixiaban el callejón, las parejas también saltando y tirando, arrancando las lanzas y las correas con las que estaban atadas. Después toda la masa inextricable se estrelló contra las carretas, arremolinándose y dividiéndose a la altura de la que ocupaba la mujer de Henry, para desde allí galopar callejón adelante hasta la carretera, donde la mitad tomó una dirección y la otra mitad la dirección opuesta.

Los hombres que estaban en el corral, con la excepción de Henry, se pusieron en pie y corrieron hacia el portón. Una vez más, el chiquillo había salido ileso; ni siquiera lo habían tirado al suelo; durante un rato su padre lo sostuvo en el aire con una mano, zarandeándolo como a un muñeco de trapo.

—¿No te dije que te quedaras en la carreta? —gritó Eck—. ¿Es que no te lo he dicho?

—¡Mira, papá! —dijo el niño, entre castañeteos de dientes a causa del violento zarandeo—. ¡Ahí está el nuestro! ¡Va para allá! —señalaba de nuevo al caballo que les había regalado el tejano. Era como si no poseyeran otro, como si el otro no existiera; como si por alguna relación de parentesco absoluta e instantáneamente hubiesen relegado al olvido el caballo comprado con dinero. Corrieron hasta el portón y después por el callejón por el que habían desaparecido los otros propietarios. Vieron cómo el caballo que les había dado el tejano daba media vuelta a toda velocidad, se metía en el patio de la señora Littlejohn, subía los escalones de la entrada, caía con estrépito sobre el porche de madera y desaparecía en el interior de la casa por la puerta principal. Eck y el niño corrieron hasta el porche. Había una lámpara en una mesa junto a la puerta. Su suave luz les permitió ver que el caballo llenaba el vestíbulo como una rueda de fuegos artificiales, multicolor, colérico y estruendoso. Un poco más allá, corredor adelante, había un armonio de color amarillo. El caballo se estrelló contra él y el instrumento emitió una sola nota, casi un acorde de bajos, resonante y grave, de profundo y contenido asombro; el caballo, con su monstruosa y disparatada sombra giró de nuevo y desapareció por otra puerta. Era un dormitorio; Ratliff, en ropa interior y con un calcetín puesto y el otro en la mano, y de espaldas a la puerta, estaba asomado a la ventana que daba al callejón y al corral. Miró por encima del hombro. Por un momento el caballo y él se lanzaron miradas feroces. Luego Ratliff saltó por la ventana mientras el caballo retrocedía para volver al corredor, donde, al girar, vio a Eck y al chiquillo que entraban precisamente por la puerta principal. El herrero todavía empuñaba su cuerda. El caballo giró de nuevo y galopó por el corredor hasta llegar al porche de atrás, justo en el momento en que la señora Littlejohn, con la ropa seca que había retirado de la cuerda de tender y la tabla de lavar, subía los escalones.

—Sal de aquí, hijo de perra —exclamó la señora Littlejohn, golpeándole con la

tabla, que se partió limpiamente, en el largo hocico enloquecido. El caballo giró en redondo y galopó en dirección contraria por el pasillo, donde ahora se encontraban Eck y el niño.

—¡Pon pies en polvorosa, Wall! —rugió el herrero, tirándose al suelo y tapándose la cabeza con los brazos.

El niño no se movió, y por tercera vez el caballo se elevó por encima de los ojos que ni siquiera parpadeaban y de la cabeza erguida e incólume para ir a caer de nuevo en el porche, en el momento en que Ratliff, todavía con el calcetín en la mano, daba corriendo la vuelta a la esquina de la casa y empezaba a subir los escalones. El caballo volvió a girar sin interrupción ni pausa. Galopó hasta el extremo del porche, saltó la barandilla y se remontó hacia la luna, flotando como un duende. Fue a aterrizar en el corral, todavía corriendo, lo cruzó, pasó el portón destrozado y dejó atrás las carretas tumbadas y la que aún seguía intacta, con la mujer de Henry sentada en ella, para recorrer el callejón y llegar a la carretera.

Medio kilómetro más allá, la carretera era una herida pálida y lunar entre las sombras lunares de los árboles que la bordeaban, y el caballo seguía galopando, haciendo correr a su sombra por el polvo ahora que la carretera descendía hacia el arroyo y hacia el puente, que era de madera y con la anchura justa para un solo vehículo. Cuando el caballo llegó a él estaba ocupado por una carreta que venía en dirección contraria, tirada por dos mulas dormidas ya en sus arreos por el efecto soporífico de la marcha. En el asiento delantero iban Tull y su mujer y en sillas de tijera, en el interior, sus cuatro hijas; regresaban, más tarde de lo normal, de una visita de todo el día a alguno de los parientes de la señora Tull. El caballo ni redujo su velocidad ni cambió de dirección. Cayó con estrépito sobre el puente de madera y siguió corriendo entre las dos mulas, que se despertaron tirando en direcciones opuestas de sus arreos; luego intentó trepar por la misma lanza de la carreta como una ardilla loca y arañó la parte delantera de la carreta con las patas, como si pretendiera meterse dentro, mientras Tull le gritaba y le golpeaba en el hocico con el látigo. Las mulas trataban ahora de dar la vuelta a la carreta en medio del puente, por lo que empezó a bambolearse e inclinarse, al mismo tiempo que la barandilla del puente crujía con ruidos como de pistoletazos que ahogaron los chillidos de las mujeres; el caballo logró subirse al lomo de una mula y Tull, de pie en la carreta, le pegó una patada en el hocico. Entonces la parte delantera de la carreta se levantó, lanzando a Tull, con varias vueltas de las riendas en torno a una de sus muñecas, hacia el interior de la carreta, entre las sillas derribadas y las medias y la ropa interior al descubierto de las mujeres. El jaco logró zafarse, saltó de nuevo la tablazón del puente y siguió galopando. La carreta se tambaleó de nuevo; las mulas habían logrado por fin hacerla girar, aunque no hubiera sitio para ello, y estaban ahora dando coces para soltarse de los arreos. Cuando lo consiguieron, sacaron también a Tull de la carreta. Cayó de cara sobre el puente y lo arrastraron un par de metros antes de que se rompieran las riendas. Muy lejos carretera adelante, distanciándose cada vez más de las frenéticas

mulas, el jaco se perdió de vista. Mientras las cinco mujeres seguían chillando junto al cuerpo inconsciente de Tull, aparecieron Eck y el chiquillo, trotando, el herrero todavía con la cuerda. Estaba jadeando.

—¿En qué dirección ha ido? —preguntó.

En el corral ahora vacío e inundado de luz de luna, varias personas procedieron a recoger a Henry de entre el polvo pisoteado: su mujer, la señora Littlejohn, Ratliff, Lump Snopes, el dependiente, y otros tres hombres más. Luego lo llevaron al patio trasero de la señora Littlejohn. Su rostro estaba descolorido y rígido, los ojos cerrados y el peso de la cabeza estiraba la piel de la garganta sobre la laringe prominente; los dientes brillaban apagados bajo el labio contraído. Siguieron después hacia la casa, bajo la sombra moteada de los cinamomos. A través de la noche plateada y somnolienta llegó un débil ruido como de trueno remoto, que cesó en seguida.

—Hay uno en el puente del arroyo —dijo uno de los hombres.

—Es el de Eck Snopes —dijo otro—. El que ha estado dentro de la casa.

La señora Littlejohn se adelantó antes de que llegaran al vestíbulo. Cuando entraron con Henry en la casa había cogido la lámpara de la mesa y se hallaba junto a una puerta abierta, con la luz bien alta.

—Tráiganlo aquí —dijo. Entró delante y dejó la lámpara sobre la cómoda. Los demás siguieron con desmañados jadeos y arrastrar de pies, dejaron a Henry sobre la cama y la señora Littlejohn se acercó y se quedó contemplando su rostro tranquilo y exangüe—. Verdaderamente —dijo—. Ustedes, los hombres —los otros habían retrocedido un poco, todos muy juntos, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro, sin mirarla a ella ni a la mujer de Henry, que se había quedado al pie de la cama, inmóvil, las manos dentro del vestido—. Idos de aquí todos, V. K. —le dijo la señora Littlejohn a Ratliff—. Salid. Ved si podéis encontrar algún otro juguete que mate a unos cuantos más.

—Está bien —dijo Ratliff—. Vamos, muchachos. Aquí dentro ya no quedan más caballos que capturar —los demás le siguieron hacia la puerta, de puntillas, pero haciendo ruido con los pies, proyectando sombras monstruosas sobre la pared.

—Vete a buscar a Will Varner —dijo la señora Littlejohn—. Puedes decirle que se trata de una mula.

Salieron todos sin mirar atrás. Cruzaron el vestíbulo de puntillas, atravesaron el porche y descendieron hasta la luz de la luna. Ahora que podían prestarles atención, descubrieron que el aire estaba lleno de débiles ruidos sin origen aparente: gritos adelgazados y distantes, un breve tronar de cascos sobre un puente de madera, más gritos débiles y adelgazados y anhelantes y tan claros como un repicar de campanas; una vez incluso reconocieron las palabras: «Sooo. Detenedlo».

—Ha cruzado esa casa muy de prisa —dijo Ratliff—. Debe de haberse tropezado con otra mujer.

Luego oyeron gritar a Henry. Volvieron la vista hacia el corredor a oscuras, pero con una mancha cuadrada de luz que salía por la puerta del dormitorio, y se pararon a

escuchar mientras el grito se convertía en respiración dificultosa, utilizando una nota cada vez más alta, a punto de convertirse otra vez en grito.

—Vamos —dijo Ratliff—. Será mejor que traigamos a Varner —echaron todos juntos a andar por la carretera, pisando el polvo blanqueado por la luna en la trémula noche de abril, entre los murmullos de la savia en movimiento, el húmedo estallido de hojas y yemas, los gritos adelgazados y apremiantes y las breves galopadas que en seguida se perdían a lo lejos. La casa de Varner, sin luces, parecía desprovista de tercera dimensión a la luz de la luna. Se detuvieron, formando un oscuro montón en el patio argentado, y llamaron a las ciegas ventanas hasta que de repente apareció alguien en una de ellas. Era la mujer de Flem Snopes. Llevaba una prenda blanca; su espesa cabellera trenzada parecía casi negra por contraste. No se inclinó hacia adelante, simplemente se quedó allí, iluminada por la luna, al parecer con ojos que no veían o que, desde luego, no les miraban a ellos; los espesos cabellos dorados, la máscara que no era trágica y quizá ni siquiera condenada: tan sólo maldita, la dulce elevación poderosa de los pechos bajo los pliegues marmóreos de la ropa; para quienes estaban debajo, ¡qué Brunilda, qué doncella del Rin sobre una falsa roca de cartón piedra, qué Helena de regreso a un Argos de imitación, sin nadie a quien esperar!—. Buenas noches, señora Snopes —dijo Ratliff—. Buscamos a tío Will. Henry Armstid se ha herido. Está en casa de la señora Littlejohn —Eula desapareció de la ventana. Los otros esperaron a la luz de la luna, escuchando los débiles gritos lejanos, hasta que Varner apareció, antes de lo que en realidad esperaban, poniéndose la chaqueta y abotonándose los pantalones sobre los faldones de la camisa de dormir, los tirantes colgando todavía en ondas gemelas bajo la chaqueta. Llevaba el viejo maletín que contenía el instrumental (que hacía pensar en las herramientas de un fontanero) con que obligaba a caballos y mulas a tomar medicamentos, los desparasitaba y aplicaba cataplasmas y les limaba o extraía los dientes; bajó los escalones del porche, tan enjuto y suelto de movimientos como siempre, torciendo un poco la astuta cabeza despiadada, mientras también él escuchaba los débiles gritos, parecidos a repiques de campanas, de que estaba lleno el aire plateado.

—¿Todavía están tratando de cazar esas liebres? —preguntó.

—Todos, menos Henry Armstid —dijo Ratliff—, que ya cazó la suya.

—Ah —dijo Varner—. ¿Eres tú, V. K.? ¿Cuántas has comprado tú?

—Era demasiado tarde —dijo Ratliff—. No llegué a tiempo.

—Ah —dijo Varner. Se dirigieron hacia el portón y echaron a andar por la carretera—. Una noche fresca y clara; buen tiempo para correr tras esos animales — la luna ya estaba alta, semejante a un bostezo nacarado en el cielo brumoso cuyos extremos seguían avanzando, espiral sobre espiral, más allá de las pálidas estrellas y rodeados por ellas. Caminaban muy juntos, pisoteándose las sombras sobre el polvo blando de la carretera, borrando las sombras de los árboles en floración que se recortaban, tronco, rama y brote, contra el cielo pálido, delicados y finamente estilizados. Pasaron frente al almacén a oscuras. Luego divisaron el peral. Se alzaba,

en intrincada y plateada inmovilidad, como una explosión de nieve; el sinsonte seguía cantando entre sus ramas—. Fijaos en ese árbol —dijo Varner—. Este año no tiene más remedio que dar buena fruta.

—También será buen año para el maíz —dijo uno.

—Una luna como ésa es buena para todo lo que crece en la tierra —dijo Varner—. Me acuerdo de cuando la señora Varner y yo esperábamos a Eula. Teníamos hijos para dar y tomar y quizá debiéramos haberlo dejado entonces. Pero yo quería alguna chica más. Varias se nos habían casado y marchado de casa, y en cuanto a los chicos, tan pronto como crecen lo suficiente para ser útiles dejan de tener tiempo para trabajar. Necesitan ir a sentarse en el almacén y hablar. Pero una chica no se va por ahí y sigue trabajando hasta que se casa. Lo cierto es que una vieja le dijo a mi madre en cierta ocasión que si una mujer enseñaba la tripa a la luna llena después de quedar encinta tendría una niña. Así que la señora Varner le hizo caso y se tumbaba todas las noches con la tripa al aire hasta que llegó la luna llena y también después. Y yo pegaba la oreja a la tripa y oía a Eula dando patadas y revolviéndose como una fiera, sintiendo la luna.

—¿Quiere usted decir que funcionó de verdad, tío Will? —preguntó otro.

—Puedes intentarlo —dijo Varner—. No faltan mujeres que enseñen la tripa a la luna o al sol, da lo mismo, o incluso que se dejen manosear con bastante frecuencia y lo más probable es que al cabo de algún tiempo estés en condiciones de pegar la oreja y escuchar, con tal de que haya brotado algo y no te hayas marchado para entonces. ¿Verdad, V. K.?

Alguien soltó una carcajada.

—No me lo pregunte a mí —dijo Ratliff—. Ni siquiera soy capaz de llegar a tiempo a un sitio para comprar un caballo barato.

Esta vez fueron dos o tres los que rieron. Luego empezaron a oír la respiración entrecortada de Henry desde la casa y las risas cesaron bruscamente, como si no se hubieran dado cuenta de lo cerca que estaban del herido. Varner avanzó en primer lugar, enjuto, desgarrado, pero moviéndose con mucha rapidez, aunque seguía con la cabeza torcida para escuchar los gritos débiles, apremiantes, incansables, que llenaban de murmullos el aire plateado y que no venían de ningún sitio, casi musicales a veces, como un tañido de campana que muere; de nuevo se oyó un breve tronar rápido de cascos sobre un suelo de tablas.

—Hay otro en el puente sobre el arroyo —dijo uno.

—No van a salir muy mal parados con esos bichos, después de todo —dijo Varner—. Van a recuperar su dinero en ejercicio y distracción. Tomad a un hombre que tiene como única diversión todo el año esquivar las cagadas de las mulas mientras van abriendo surcos. Y una noche como ésta, cuando aún no es lo bastante viejo para tumbarse y dormir, ni es ya lo bastante joven para andar de correrías por las ventanas traseras de las casas de otros, algo como esto le viene muy bien. Por lo menos le hará dormir a pierna suelta mañana por la noche, con tal de que haya vuelto a casa para

entonces. Si lo hubiésemos sabido a tiempo, podríamos haber adiestrado una jauría de perros para cazar caballos. Y organizar una competición.

—Supongo que es una manera de verlo —dijo Ratliff—. De hecho podría resultar un gran consuelo para Bookwright y Quick y Freeman y Eck Snopes y todos los otros recientes dueños de caballos que alguien llamara su atención sobre ese aspecto de la cuestión, porque lo más probable es que a ninguno de ellos se le haya ocurrido verlo desde ese ángulo. Juraría que no hay uno solo que crea ahora que existe cura para la enfermedad tejana que han traído Flem Snopes y el pistolero más rápido del Oeste.

—Ah —dijo Varner, mientras abría el portón de la casa de la señora Littlejohn. La mortecina luz que salía por la parte del dormitorio aún iluminaba un trozo del corredor; dentro del cuarto, Armstid se quejaba continuamente—. Hay una pildora para todas las enfermedades, excepto la última.

—Incluso aunque siempre hubiera tiempo para tomarla —dijo Ratliff.

—Ah —repitió Varner. Volvió la vista para mirar al otro durante un momento. Pero los ojillos acerados resultaban invisibles; tan sólo el hirsuto saliente de las cejas parecía subrayar su rostro en retorcida inmovilidad. No es que Varner las frunciera, pero resultaban feroces e irónicas—. Incluso aunque hubiera tiempo para tomarla. Respirar es una letra de cambio con fecha de ayer.

A las nueve de la mañana dos días después, había cinco hombres sentados o acucillados en el porche del almacén. El sexto, Ratliff, estaba de pie y era el que hablaba:

—Quizá no hubo más que uno de esos animales en casa de la señora Littlejohn la otra noche, como dice Eck. Pero era la mayor manada de un solo caballo que he visto nunca. Estuvo en mi habitación y en el porche delantero, y la señora Littlejohn le atizó con la tabla de lavar en el patio de atrás, todo al mismo tiempo. Y sin embargo nadie llegó a ningún sitio a tiempo de cogerlo. Imagino que el tipo de Texas se refería a eso al llamarlos gangas: un hombre necesita tener una suerte muy negra para acercarse lo suficiente a uno de ellos como para salir malparado.

Todos rieron, todos menos el mismo Eck. Él y el chiquillo estaban comiendo. Después de subir los escalones del porche, el herrero había entrado en el almacén y volvió a salir en seguida con una bolsa de papel de la que sacó un trozo de queso, que procedió a partir cuidadosamente en dos mitades iguales con su navaja, dándole una al niño; a continuación le entregó también un puñado de galletas saladas que también llevaba en la bolsa y ahora los dos estaban comiendo, acucillados contra la pared, uno al lado del otro, y, excepto por la diferencia de tamaño, idénticos.

—Me pregunto qué pensó ese caballo que era Ratliff —dijo uno. Tenía entre los dientes una ramita florecida de peral, con cuatro capullos como faldas de ballet de tul rosado en miniatura—. Saltando por las ventanas y volviendo a entrar con los faldones de la camisa al viento. Me gustaría saber cuántos Ratliff creyó ver ese caballo.

—No lo sé —dijo Ratliff—. Pero aunque sólo me viera la mitad de veces que yo

le vi a él tuvo que sentirse completamente acorralado. Cada vez que yo volvía la cabeza, allí estaba el animal echándoseme encima y dando la vuelta para saltar otra vez por encima de ese chico. Y ese chico que está ahí se quedó en una ocasión, y doy fe de ello, todo un minuto y medio debajo de él sin agachar la cabeza ni parpadear siquiera. Sí, señor, cuando me volví y vi a aquella alimaña en la puerta lanzándome miradas asesinas, hubiera estado seguro de que Flem Snopes había traído un tigre de Texas si no fuera porque me consta que un solo tigre no puede llenar por completo una habitación.

Los otros volvieron a reír sosegadamente. Lump Snopes, el dependiente, sentado en la única silla, recostada contra el marco de la puerta y tapando la entrada en parte, rió de pronto entrecortadamente.

—Si Flem hubiera sabido lo de prisa que ibais a comprar esos caballos, habría traído probablemente algunos tigres —dijo—. Y monos también.

—Así que los caballos eran de Flem —dijo Ratliff. Las risas cesaron. Los otros tres tenían en la mano navajas abiertas, con las que habían estado afilando perezosamente trozos de madera. Ahora siguieron absortos, al parecer, en los delicados y casi tediosos movimientos de las hojas de las navajas. El dependiente había levantado la vista muy de prisa, encontrándose con los ojos de Ratliff. Su permanente expresión de incorregible y alegre escepticismo había desaparecido; sólo quedaban las arrugas vacías en la boca y en los ojos.

—¿Ha dicho Flem alguna vez que fueran suyos? —preguntó—. Pero vosotros, la gente de la ciudad, sois más listos que nosotros, los del campo. Es muy posible que tú ya le hayas leído a Flem el pensamiento.

Pero Ratliff no le miraba.

—Y yo imagino que se los habríamos comprado —dijo. Estaba de pie, dominándolos, a sus anchas, inteligente, quizá un poco triste, pero todavía perfectamente impenetrable—. Tenemos aquí a Eck, por ejemplo. Con esposa y una familia que mantener. Es propietario de dos caballos, aunque a decir verdad sólo tuvo que pagar por uno. He oído a la gente perseguir a esos bichos hasta la medianoche de ayer, pero Eck y ese chaval llevan dos días sin volver a casa.

Los demás rieron de nuevo, con excepción de Eck, que descortezó un trozo de queso, lo pinchó con la punta de la navaja y se lo metió en la boca.

—Eck ha cogido uno de los suyos —dijo el segundo hombre.

—¿Es cierto? —dijo Ratliff—. ¿Cuál de ellos, Eck? ¿El que te regaló, o el que compraste?

—El que me regaló —dijo Eck, masticando.

—Vaya, vaya —dijo Ratliff—. No me había enterado de eso. Pero a Eck todavía le falta un caballo. Y precisamente el que tuvo que comprar, lo cual es prueba suficiente de que esos caballos no eran de Flem, porque nadie daría a alguien de su misma sangre algo que ni siquiera pudiese coger.

Los otros rieron de nuevo, pero se callaron cuando habló el dependiente. Su voz

no tenía nada de alegre.

—Escuchad —dijo—. Está bien. Todos hemos reconocido que eres demasiado listo para que alguien te engañe. No le has comprado un caballo ni a Flem ni a nadie, de manera que quizá todo esto no sea asunto tuyo y tal vez sea mejor que dejes las cosas como están.

—Claro —dijo Ratliff—. Las cosas ya se quedaron como están hace dos noches. El tipo que se olvidó de cerrar el portón del corral se encargó de ello. Con la excepción del caballo de Eck. Y sabemos que no era de Flem, porque a Eck le regalaron ese caballo.

—Hay otros aparte de Eck que no han vuelto a casa todavía —dijo el hombre con la ramita de peral—. Bookwright y Quick aún están cazando los suyos. Alguien los vio a cinco kilómetros al oeste de Burstboro Old Town ayer a las ocho de la noche. Todavía no han podido acercarse lo bastante para saber a cuál de los dos pertenece el caballo que siguen.

—Claro —dijo Ratliff—. El único propietario reciente de caballos de este condado al que pudo encontrarse sin utilizar sabuesos desde que quienquiera que fuese dejó abierto hace dos noches ese portón es Henry Armstid. Está tumbado en un dormitorio de la casa de la señora Littlejohn, desde donde puede vigilar el corral, de manera que en cualquier momento en que al caballo que él compró se le ocurra volver, todo lo que tiene que hacer es darle un grito a su mujer para que salga con la cuerda y lo coja... —dejó de hablar, pero dijo: «Buenos días, Flem», tan inmediatamente después y tan sin cambiar en lo más mínimo el tono de voz, que la pausa no llegó a notarse. Con la excepción del dependiente, que se puso en pie de un salto y dejó libre la silla con una especie de presteza servil, y Eck y el chiquillo que siguieron comiendo, los demás contemplaron, por encima de sus manos inmovilizadas, cómo Snopes, con los pantalones grises, la diminuta corbata de lazo y la gorra a cuadros, subía los escalones. Estaba mascando; traía consigo un trozo de madera de pino blanco; hizo un movimiento rápido con la cabeza sin mirar a nadie, se aposentó en la silla que había quedado libre, sacó su navaja y empezó a sacar astillas. El dependiente estaba ahora apoyado en el otro lado de la puerta, restregándose la espalda contra el marco. La expresión de alegre e incorregible escepticismo había vuelto a su cara, con un componente añadido de vigilancia y reserva.

—Llegas justo a tiempo —dijo—. Parece que a Ratliff le preocupa muchísimo saber quién era en realidad el propietario de esos caballos —Snopes deslizó limpiamente la hoja de su navaja por el trozo de madera y la larga viruta se fue curvando delante de ella, con perfección quirúrgica. También los otros sacaban virutas a sus astillas, evitando cuidadosamente mirar a nada, excepto Eck y el chiquillo, que seguían comiendo, y el dependiente, que se restregaba la espalda contra el marco de la puerta y contemplaba a Flem con reservada y vigilante intensidad—. Quizá tú puedas tranquilizarle —Snopes torció ligeramente la cabeza y escupió, por encima del porche y de los escalones, al polvo de la carretera. Movi6 la navaja hacia

atrás y empezó a cortar otra viruta que se fue enroscando sobre sí misma.

—También él estaba allí —dijo Snopes—. Sabe tanto como los demás.

Esta vez el dependiente soltó una carcajada y luego siguió riendo entre dientes, mientras las facciones se reunían en el centro de su rostro como empujadas por una mano invisible. Finalmente se palmeó la pierna, riendo entrecortadamente.

—Más valdrá que lo dejes —dijo—. No hay quien le gane.

—Supongo que no —dijo Ratliff. Seguía de pie, dominándolos, sin mirar a ninguno, en apariencia contemplando fijamente la carretera más allá de la casa de la señora Littlejohn, impenetrable, cavilando incluso. De repente, un voluminoso muchacho a medio crecer, vestido con un mono demasiado pequeño para él, apareció de no se sabe dónde. Se quedó durante un rato en la carretera, justo en el límite para que no le alcanzaran los salivazos del porche, con aire de no venir de ningún sitio en particular y de no saber adónde iría cuando se pusiera de nuevo en movimiento y de que ese problema no le preocupaba en absoluto. No miraba a ningún sitio; desde luego no miraba al porche, y ninguno de los que estaban allí se molestó en mirarle, si se exceptúa al hijo de Eck, que se puso a observarle, los serios ojos color zafiro clavados en él por encima de la galleta salada a medio comer en la mano detenida. El chico de la carretera reanudó la marcha, muy marcado el ondular de las caderas en el mono demasiado estrecho, y desapareció más allá de la esquina del almacén, mientras que el niño de cabeza redonda sentado en el porche seguía con los ojos clavados en él hasta perderlo de vista. Luego mordió de nuevo la galleta salada y siguió masticando—. Por supuesto, está la señora Tull —dijo Ratliff—. Pero va a ser a Eck a quien demande por los daños causados a su marido en el puente. Y en cuanto a Henry Armstid...

—Si un hombre no tiene suficiente sentido común para defender sus intereses, eso es asunto suyo —dijo el dependiente.

—Claro —dijo Ratliff, hablando todavía con el mismo tono soñador, ausente, en realidad hablando incluso por encima del hombro—. Y en cuanto a Henry Armstid, no hay ningún problema, ya que, por lo que he oído de la conversación que ha tenido lugar, Henry ya había dejado de ser el dueño del caballo que él creía que era suyo antes de que se marchara ese tipo de Texas. Y por lo que se refiere a la pierna rota, no le va a perjudicar en absoluto, porque su mujer está en condiciones de recoger la cosecha.

El dependiente había dejado de restregarse la espalda contra el marco de la puerta. Contemplaba la nuca de Ratliff también sin parpadear, serio y atento; lanzó una ojeada a Snopes que, sin dejar de mascar, estaba viendo cómo otra viruta se enrollaba sobre sí misma ante el avance de la navaja; luego volvió a contemplar la nuca de Ratliff.

—No será la primera vez que su mujer ha recogido la cosecha —dijo el hombre con la ramita de peral. Ratliff se le quedó mirando.

—Tú deberías saberlo. No será la primera vez que te vea en sus tierras, haciendo

la labranza que Henry nunca llega a terminar. ¿Cuántos días de trabajo les has regalado este año?

El hombre con la ramita de peral se la sacó de la boca, escupió cuidadosamente y se la puso otra vez entre los dientes.

—A ella no le salen los surcos tan derechos como a mí —dijo.

—Tienen mala suerte —dijo el tercero—. Cuando se tiene mala suerte no importa mucho lo que se haga.

—Claro —dijo Ratliff—. He oído llamar mala suerte a la pereza tantas veces que quizá sean la misma cosa.

—Henry no es perezoso —dijo el tercero—. Cuando se les murió una mula hace tres o cuatro años, entre los dos araron la tierra, turnándose en los arreos con la otra. No son perezosos.

—De manera que no hay problemas —dijo Ratliff, contemplando de nuevo la carretera vacía—. Lo más probable es que la mujer se ponga inmediatamente a terminar la labranza; la mayor de las chicas casi está lo bastante crecida para tirar del arado, ¿no es cierto? O por lo menos para mantenerlo recto mientras la señora Armstid ayuda a la mula —lanzó de nuevo una ojeada hacia el hombre con la ramita de peral, como si esperase una respuesta, pero no le estaba mirando, y Ratliff continuó hablando sin hacer ninguna pausa. El dependiente seguía de pie, con el trasero y la espalda pegados al marco de la puerta, como si hubiera hecho una pausa en el acto de rascarse, contemplando ahora a Ratliff con mucha fijeza, sin pestañear. Si Ratliff hubiese mirado a Flem Snopes no habría visto nada debajo de la visera de la gorra echada hacia adelante, excepto el continuo mascar de las mandíbulas. Otra viruta se estaba enroscando con lenta precisión delante de la navaja en movimiento—. Ahora le sobra tiempo, porque todo lo que tiene que hacer, cuando termina de lavar los platos de la señora Littlejohn y de barrer la casa para pagar su alojamiento y el de Henry, es irse a casa, ordeñar a las vacas y cocinar lo suficiente para que les dure a los chicos hasta el día siguiente, darles de cenar, acostar a los más pequeños y esperar fuera hasta que la chica mayor atranca la puerta y se acuesta con el hacha...

—¿El hacha? —preguntó el hombre con la ramita de peral.

—Se la lleva a la cama. No tiene más que doce años, y como toda la zona está todavía más o menos llena de caballos sin capturar que nunca pertenecieron a Flem Snopes, es posible que no se considere tan hábil con una simple tabla de lavar como la señora Littlejohn..., y luego volver y fregar los platos de la cena. Y a continuación, ya sin nada que hacer en toda la noche, excepto quedarse lo bastante cerca de Henry para que pueda llamarla si la necesita, esperar a que haya luz suficiente y se pueda cortar la leña que hace falta para preparar el desayuno, y luego ayudar a la señora Littlejohn a fregar los platos y hacer las camas y barrer la casa, sin perder de vista la carretera. Porque es probable que en cualquier momento Flem Snopes regrese de dondequiera que haya estado desde la subasta, aunque lógicamente se trate de Jefferson, donde ha ido a interesarse por su primo, que tiene un pequeño problema

jurídico, y la señora Armstid recupere esos cinco dólares. «Sólo que quizá no me los devuelva», dice ella y tal vez era eso lo que la señora Littlejohn pensaba también, porque no dijo absolutamente nada. Yo la oía...

—¿Y dónde estabas tú durante todo eso? —preguntó el dependiente.

—Escuchando —dijo Ratliff. Lanzó una ojeada al dependiente y en seguida apartó la vista, casi de espaldas a sus interlocutores—... la oía dejar los platos en el barreño como si los estuviera tirando. «¿Cree usted que me los devolverá?», preguntó la señora Armstid. «Aquel hombre de Texas se los dio y dijo que lo haría. Toda la gente que estaba allí le vio dar el dinero al señor Snopes y le oyó decir que él me lo daría al día siguiente.» La señora Littlejohn estaba ya fregando los platos, fregándolos como lo haría un hombre, como si estuvieran hechos de hierro. «No», dijo. «Pero pedírselos no le va a hacer ningún daño.» «Si no me los devuelve, no sirve de nada pedírselos», dijo la señora Armstid. «Haga lo que mejor le parezca», respondió la señora Littlejohn. «El dinero es suyo.» Después sólo oí el ruido de los platos durante un rato. «¿Cree usted que quizá me los devuelva?», dijo la señora Armstid. «El hombre de Texas dijo que lo haría. Todo el mundo le oyó.» «Entonces vaya y pídaselos», dijo la señora Littlejohn. Luego no oí más que los platos otra vez. «No me los devolverá», dijo la señora Armstid. «Bueno», dijo la señora Littlejohn. «No se los pida entonces.» A continuación sólo oí los platos. Debían de tener dos barreños y estaban las dos fregando. «No cree usted que me los devuelva, ¿verdad?», dijo la señora Armstid. La señora Littlejohn no abrió la boca. Por el ruido se diría que estaba tirando los platos unos contra otros. «Quizá sea mejor que hable con Henry», dijo la señora Armstid. «Eso es lo que yo haría», dijo la señora Littlejohn. Y que me aspen si no sonó exactamente como si tuviera dos platos en las manos y los estuviera entrechocando, como hacen con esas tapas de metal en una banda. «Quizá entonces Henry se compre otro caballo de cinco dólares. Tal vez se compre uno que lo mate de verdad. Si creyera que iba a hacerlo, yo misma le devolvería el dinero.» «Me parece que voy a hablar primero con él», dijo la señora Armstid. Y entonces dio la impresión de que la señora Littlejohn cogía los platos y los barreños y lo demás y lo tiraba todo al fogón... —Ratliff guardó silencio.

—¡Psst! ¡Psst! ¡Flem, Flem! —estaba susurrando tras él el dependiente. Luego se calló, y todos vieron cómo la señora Armstid se acercaba y subía los escalones, el gris vestido sin forma acentuando su delgadez, las manchadas zapatillas de lona crujiendo un poco sobre las tablas. Se acercó a los hombres y se colocó frente a Snopes, aunque sin mirar a nadie, las manos metidas en el delantal.

—El hombre de Texas dijo que no le iba a vender aquel caballo a Henry —explicó, en voz baja y sin entonación—. Dijo que usted tenía el dinero y que me lo devolvería.

Snopes alzó la cabeza, la giró levemente de nuevo y escupió limpiamente más allá de la mujer, en la carretera, sin rozar el porche.

—Se llevó todo el dinero consigo cuando se marchó —dijo.

Inmóvil, el vestido gris formando pliegues rígidos, casi estudiados, como los pliegues en bronce de una estatua, la señora Armstid parecía contemplar algo junto a los pies de Snopes como si no le hubiese oído, o como si hubiera abandonado su cuerpo al terminar de hablar, y aunque su cuerpo, al escuchar, recibiese las palabras, éstas no tuvieran vida ni sentido hasta que ella volviese. El dependiente no dejaba de frotarse la espalda contra el marco de la puerta. El hijo de Eck también contemplaba a la mujer sin pestañear con su mirada de increíble inocencia, pero nadie más lo hacía. Luego el hombre con la ramita de peral se la quitó de la boca, escupió y volvió a ponérsela entre los dientes.

—Aquel hombre dijo que Henry no había comprado ningún caballo —repitió la señora Armstid—. Dijo que usted me devolvería el dinero.

—Imagino que lo olvidó —dijo Snopes—. Se llevó todo el dinero al marcharse —la contempló un momento más, luego sacó otra viruta de la madera. El dependiente se frotó suavemente la espalda contra la puerta, mirándola. Al cabo de un rato la señora Armstid levantó la cabeza y siguió con la vista el curso de la carretera, suavizada con el polvo primaveral, donde empezaba a elevarse más allá de la casa de la señora Littlejohn, más allá del bosquecillo de acacias todavía sin florecer (eso sucedería en junio) al otro lado del camino, más allá de la escuela, cuyo deteriorado tejado, que se alzaba detrás de un huerto de perales y melocotoneros, parecía una colmena rodeada por una nube de abejas de color rosa y blanco que ascendieran ladera arriba, hacia la cresta de la colina donde se hallaba la iglesia, entre el brillo disperso de las lápidas de mármol en el sombrío bosquecillo de cedros donde, en las largas tardes de verano, las palomas, con sus constantes arrullos, se llamaban y respondían. La señora Armstid se movió; de nuevo las zapatillas de lona crujieron sobre las tablas desgastadas.

—Supongo que ya es hora de empezar a preparar la comida —dijo.

—¿Qué tal está Henry hoy, señora Armstid? —preguntó Ratliff.

Ella le miró, deteniéndose, y sus ojos vacíos se animaron por un instante.

—Descansa, muchas gracias —dijo. Luego los ojos se apagaron y la señora Armstid caminó de nuevo.

Snopes se levantó de la silla, cerró la navaja con el pulgar y se sacudió del regazo unas cuantas virutas apenas visibles.

—Espere un momento —dijo. La señora Armstid se detuvo, volviéndose a medias, aunque todavía sin mirar a Snopes ni a ninguno de los otros. Porque no es posible que se lo crea de verdad, se dijo Ratliff. Como tampoco me lo creo yo. Snopes entró en el almacén; el dependiente, inmóvil otra vez, la espalda y el trasero pegados al marco de la puerta como esperando para empezar a restregárselos de nuevo, le vio entrar, torciendo la cabeza cuando el otro pasó junto a él como si fuera la de un búho, los ojillos parpadeando muy de prisa. Jody Varner, a caballo, apareció por la carretera. No siguió adelante sino que giró a la altura del almacén, hacia la morera de detrás, donde tenía por costumbre atar al caballo. Una carreta cruzó

chirriando la carretera. El hombre que la conducía alzó la mano; uno o dos de los que estaban sentados en el porche alzaron la suya en respuesta. La carreta siguió su camino. La señora Armstid la siguió con la mirada. Snopes salió del almacén con una bolsita de papel a rayas y se acercó a la señora Armstid—. Tenga —dijo. Ella movió la mano justo lo necesario para recibir la bolsa—. Unos caramelos para los niños —la otra mano de Flem estaba ya en su bolsillo, y mientras volvía hacia su silla, sacó algo y se lo entregó al dependiente. Era una moneda de cinco centavos. Snopes se sentó e inclinó la silla hacia atrás hasta apoyarla otra vez contra la puerta. Ya tenía de nuevo la navaja en la mano, abierta. Torció un poco la cabeza y escupió limpiamente en la carretera, más allá del vestido gris. El hijo de Eck contemplaba mientras tanto la bolsa que la señora Armstid llevaba en la mano. Luego también ella pareció advertir su presencia, despertándose.

—Es usted muy amable —dijo. Guardó la bolsita en el delantal, la mirada del chiquillo fija en el bulto que hacían sus manos bajo la tela. Se puso de nuevo en movimiento—. Supongo que más vale que vaya a ayudar con la comida —añadió. Bajó los escalones, aunque tan pronto como llegó al nivel del suelo y empezó a alejarse, los grises pliegues del vestido perdieron una vez más toda sugerencia de locomoción, de manera que dio la impresión de progresar sin movimiento, como una figura que se aleja y disminuye de tamaño sobre una balsa; un tronco gris y vacío moviéndose, por alguna razón intacto y erguido, sobre una balsa que avanza lentamente. El dependiente, apoyado en el marco de la puerta, empezó a reír entre dientes, hasta explotar en una carcajada mientras se palmeaba el muslo.

—Dios del cielo —dijo—, no hay quien le gane.

Jody Varner, al entrar en el almacén por detrás, se detuvo con un pie en el aire, como un perro de caza. Luego, de puntillas, en total silencio y con sorprendente rapidez, se metió detrás del mostrador y avanzó por el sombrío túnel a cuyo extremo una corpulenta figura con forma de oso se agachaba, toda la cabeza y los hombros metidos en la vitrina que contenía las agujas e hilos, el rapé y el tabaco y los rancios caramelos multicolores. Jody agarró con violencia al muchacho y le sacó de la vitrina sin contemplaciones; el chico lanzó un grito ahogado y forcejeó blandamente, metiéndose en la boca un último puñado de algo y masticándolo. Pero dejó de debatirse casi de inmediato, transformándose en un objeto inerte y flojo. Tan sólo sus mandíbulas siguieron trabajando. Varner lo arrastró hasta sacarlo de detrás del mostrador, mientras el dependiente hacía acto de presencia, dando la impresión de entrar de un salto en el almacén, preocupadamente vigilante.

—¡Eh, Saint Elmo! —dijo.

—¿Es que no te he dicho una y mil veces que no entres aquí? —preguntó Varner, zarandeando al muchacho—. Prácticamente se ha comido todos los caramelos que había en la vitrina. ¡Ponte derecho! —el chico colgaba como un saco medio vacío de la mano de Varner, masticando con una especie de desesperación fatalista, los ojos cerrados con fuerza en el rostro ancho, flácido y descolorido, las orejas moviéndose

apenas, pero al compás con el masticar. Excepto por la mandíbula y las orejas, daba la impresión de haberse dormido masticando.

—¡Saint Elmo, escúchame! —dijo el dependiente—. ¡Tente derecho! —el chico volvió a sostenerse por sí mismo, aunque sin abrir los ojos ni dejar de masticar. Varner le soltó—. Vuelve a casa —le dijo el dependiente. El muchacho giró obedientemente para entrar otra vez en el almacén. Varner le hizo dar la vuelta de un empujón.

—Por ahí, no —dijo. El chico atravesó el porche y bajó los escalones, los fofos muslos ondulando a regañadientes bajo el mono demasiado estrecho. Antes de llegar al suelo, una mano pasó del bolsillo a la boca; de nuevo las orejas se agitaron débilmente, acompasadas con el movimiento de masticar.

—Es peor que una rata, ¿no es cierto? —dijo el dependiente.

—Qué demonios una rata —dijo Varner, respirando con dificultad—, es peor que una cabra. Para cuando quiera darme cuenta habrá vuelto y se estará comiendo las tiras de cuero para las sillas, las correas de los horcates, los eslabones para reparar las cadenas y los pernos de las argollas, y comiendo, comiendo, nos pondrá a los tres, a mí, a ti y a él de patitas en la calle. Y luego que me aspen si no tendré miedo de darle la espalda, no sea que cruce la carretera y empiece con la desmotadera y la herrería. Fíjate bien en lo que te digo. Si le cojo rondando por aquí una vez más, voy a ponerle una trampa para osos —salió al porche, seguido por el dependiente—. Buenos días, caballeros —dijo.

—¿Quién es ése, Jody? —preguntó Ratliff. Con la excepción del dependiente en un segundo término, ellos eran las únicas personas que estaban de pie, y ahora, al verlos uno al lado del otro, podía advertirse el parecido entre los dos: un parecido intangible, indefinido, que no era ni de figura, ni de manera de hablar ni de vestir ni de inteligencia; mucho menos aún moral. Y sin embargo estaba allí, aunque con una infranqueable diferencia, con un recordatorio de lo que el destino les reservaba; Jody llegaría a viejo y Ratliff también, pero Varner sería un viejo a quien a los sesenta y cinco años atraparía una criatura que no habría cumplido probablemente los diecisiete y con la que tendría que casarse y que durante el resto de su vida se vengaría en él por todo el sexo femenino; a Ratliff nunca le sucedería eso. El muchacho caminaba sin prisa carretera adelante. De nuevo se llevó la mano del bolsillo a la boca.

—Es ese chico de I. O. —dijo Varner—. Dios del cielo, he hecho todo lo imaginable, excepto ponerle veneno.

—¿Qué? —dijo Ratliff. Lanzó una rápida mirada a todas las caras; por un instante en la suya hubo una expresión no sólo de desconcierto, sino de algo parecido al terror—. Creía..., el otro día me dijisteis... Dijisteis que era una mujer, una mujer joven con un bebé... Vamos a ver —dijo—. Esperad un momento.

—Éste es otro —dijo Varner—. Me encantaría que no supiera andar. Oye, Eck, me han dicho que cazaste a uno de tus caballos.

—Es cierto —dijo Eck. Él y el chiquillo habían terminado las galletas saladas y el

queso y el herrero llevaba algún tiempo con la bolsa vacía en la mano.

—Era el que te regaló, ¿no es eso? —preguntó Varner.

—Efectivamente —dijo Eck.

—Dame a mí el otro, papá —dijo el niño.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Varner.

—Se ha roto el cuello —dijo Eck.

—Eso lo sé —dijo Varner—. Pero ¿cómo? —Eck no se movió. Los otros, que le observaban, casi le veían reunir y ordenar las palabras, las frases. Varner, mirándole desde arriba, se echó a reír con una risa áspera y sostenida, sorbiendo aire entre los dientes.

—Os voy a contar yo lo que ha sucedido. Eck y su chico lo acorralaron por fin en el callejón sin salida de la casa de Freeman, después de perseguirlo unas veinticuatro horas. Calcularon que no podría trepar las cercas de más de dos metros de la casa de Freeman y el chico atravesó la cuerda a la salida del callejón, a un metro del suelo más o menos. Y, como era de esperar, tan pronto como el caballo vio el establo de Freeman al final del callejón dio la vuelta como Eck suponía que iba a hacer, y salió tan de prisa como un halcón asustado. Lo más probable es que no llegara siquiera a ver la cuerda. La señora Freeman había salido corriendo al porche y vio desde allí lo que sucedía. Dijo que cuando el caballo chocó con la cuerda, fue como cuando se quemaban esas grandes ruedas de fuegos artificiales en navidad. Pero el que compraste se esfumó, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Eck—. No me dio tiempo a ver qué dirección tomaba.

—Regálamelo, papá —dijo el niño.

—Espera a que lo cacemos —dijo Eck—. Ya lo decidiremos entonces.

Aquella tarde Ratliff estaba sentado en la calesa, frente al portón de la casa de Bookwright. Bookwright se hallaba a su lado.

—Te equivocaste —dijo Bookwright—. Ha vuelto.

—Ha vuelto —dijo Ratliff—. Valoré mal su... desfachatez. Desfachatez no es la palabra que busco, aunque tampoco anda mal de eso. Pero no me había equivocado.

—Tonterías —dijo Bookwright—. Faltó ayer todo el día. Nadie le vio ir ni volver de Jefferson, pero fue eso lo que hizo, estoy seguro. No existe un hombre, me da igual que se llame Snopes, que deje pudrirse en la cárcel a alguien de su misma sangre.

—No pasará mucho tiempo en la cárcel. El juicio será el mes que viene, y en cuanto lo manden a Parchman estará otra vez al aire libre. Volverá incluso a la agricultura, a labrar la tierra. El algodón no será suyo, por supuesto, pero la verdad es que tampoco ganó nunca lo bastante con su propio algodón para vivir como una persona.

—Tonterías —dijo Bookwright—. No me lo creo. Flem no va a permitir que vaya a la penitenciaría.

—Sí —dijo Ratliff—. Porque Flem Snopes tiene que eliminar todos esos pagarés

que andan sueltos por ahí y que reaparecen de vez en cuando en un sitio u otro. Por lo menos va a desembarazarse de algunos definitivamente.

Se quedaron mirando el uno al otro. Ratliff serio y desenvuelto con su camisa azul; Bookwright, serio también, de cejas muy negras, interesado en las palabras del otro.

—¿No dijiste que tú y él habíais quemado los pagarés?

—Dije que quemamos dos pagarés que me dio Mink Snopes. ¿Crees que algún Snopes va a poner todo de lo que sea en un trozo de papel que se puede destruir con una cerilla? ¿Crees que hay algún Snopes que no sepa eso?

—Ah —dijo Bookwright, sin el menor regocijo—. Supongo que también le habrás devuelto sus cinco dólares a Henry Armstid.

Entonces Ratliff miró en otra dirección. Su rostro cambió: algo pasajero, irónico, pero sin sonreír, sin que sonrieran sus ojos; algo que desapareció inmediatamente.

—Podría haberlo hecho —dijo—. Pero no lo he hecho. Podría si hubiera estado seguro de que esta vez iba a comprar algo capaz de acabar con él, como decía la señora Littlejohn. Además, en ese otro caso yo no protegía a un Snopes de otros Snopes; ni siquiera estaba protegiendo a una persona de un Snopes. Protegía a algo que no era siquiera persona, que no era más que una criatura que quería andar y sentir el sol y no sabría cómo hacer daño a nadie aunque quisiera y tampoco querría aunque pudiera, de la misma manera que no me quedaría quieto si te viera quitarle un hueso a un perro. No soy yo quien hizo a los Snopes ni tampoco a las personas que sueñan con tener una oportunidad para humillarlos. Podría hacer más, pero no lo haré. ¡No me da la gana, eso es todo!

—Bueno, bueno. Cálmate —dijo Bookwright—. No tiene tanta importancia, después de todo. No hace falta que te pongas así.

A los dos pleitos, el de Armstid (demandante) contra Snopes y el de Tull (demandante) contra Eckrum Snopes (y cualquier otra persona llamada Snopes o Varner que la enfurecida esposa de Tull se las pudiera ingeniar para comprometer en el asunto, como la aldea entera sabía muy bien), se les concedió un cambio de tribunal por acuerdo mutuo y convenio entre los litigantes. Acuerdo entre tres de ellos, en realidad, porque Flem Snopes se negó de plano a aceptar la existencia del pleito contra él, afirmando una vez y sin acalorarse y torciendo antes levemente la cabeza para escupir, «Ninguno de esos caballos era mío», para, acto seguido, continuar sacando virutas de un trozo de madera mientras el desconcertado e impotente alguacil permanecía, con la citación que trataba de entregar, delante de la silla inclinada hacia atrás.

—¡Qué gran oportunidad habría sido ésta para ese abogado familiar de los Snopes! —dijo Ratliff cuando se lo contaron—. ¿Cómo se llama ese procreador velocísimo, ese Moisés con la boca llena de dichos y los faldones de la levita llenos de hijos retroactivos ya medio crecidos? No entiendo aún que un hombre como yo, que tiene que pasar tanto tiempo oyendo contar historias de esos tipos, no logre aprenderse de una vez sus nombres de pila. I. O. La verdad es que no dispuso de tiempo para esperar. Habría sido probablemente el único caso, en toda su existencia jurídica, libre de problemas con clientes de ideas mezquinas, interesados en forzarle a que dejara de hablar, y donde el magistrado hubiese sido el único hombre entre los presentes con autoridad suficiente para ordenarle que se callara. De manera que ni el birlocho de Varner ni la calesa de Ratliff se mezclaron con las carretas, los coches ligeros y los caballos y mulas ensillados que salieron de la aldea aquel sábado por la mañana para reunirse en el almacén de Whiteleaf, a doce kilómetros de distancia, procedentes no sólo de Frenchman's Bend, sino también de otros parajes, puesto que para entonces habían aparecido casos de lo que Ratliff llamaba «esa enfermedad de Texas», la variopinta epidemia de caballos enloquecidos e inalcanzables, a treinta e incluso a cuarenta y cinco kilómetros de distancia. Así que cuando las gentes de Frenchman's Bend empezaron a llegar, había ya dos docenas de carretas, con las parejas vueltas, libres de arreos y atadas a las ruedas traseras para pasar así el día, y el doble de caballerías ensilladas, distribuidas ya por el bosquecillo de acacias junto al almacén; para entonces el emplazamiento de la audiencia se había cambiado del almacén a un cobertizo adyacente, donde se almacenaba el algodón en otoño. Pero a las nueve quedó claro que ni siquiera el cobertizo serviría para acomodarlos a todos, de manera que fue necesario cambiar de nuevo el emplazamiento del tribunal, esta vez del cobertizo al mismo bosquecillo de acacias. Se retiró de allí a los caballos, a las mulas y a las carretas; desde el cobertizo se llevó el único sillón, la gastada mesa,

una gruesa biblia, que tenía el aspecto de una vieja máquina perfectamente conservada y empleada con constancia y con afecto, un almanaque y un ejemplar de la jurisprudencia de Mississippi con fecha de 1881 que presentaba, en el lado por donde se abría, una sola y estrechísima línea de suciedad, como si durante todo el período en que el ejemplar había sido suyo, el propietario (o usuario) sólo lo hubiese abierto por una página aunque, eso sí, con mucha frecuencia; también se despachó a una carreta y cuatro hombres que regresaron en seguida de una iglesia a kilómetro y medio con cuatro bancos de madera para los litigantes y sus familiares y testigos; detrás de éstos se colocaron los espectadores: hombres, mujeres y niños, serios, atentos y pulcros; no, por supuesto, con la ropa de los domingos, pero sí con la ropa de trabajo limpia, recién puesta aquella misma mañana para las distracciones del sábado, es decir, para matar el tiempo junto a los almacenes del condado o hacer un viaje a la cabeza de partido, ropa con la que volverían a trabajar en el campo el lunes por la mañana y que usarían durante toda la semana hasta que llegara de nuevo la noche del viernes. El juez de paz era un viejecillo pulcro y rollizo que parecía una afectuosa caricatura de todos los abuelos que en el mundo han sido, con una camisa blanca maravillosamente lavada y planchada, aunque sin cuello y con unos puños y una pechera muy limpios y resplandecientemente almidonados, lentes con montura de acero y cabellos blancos muy bien peinados y levemente ondulados. Después de sentarse detrás de la mesa, el juez examinó a los actores: a la mujer gris con el vestido y la papalina grises, las manos unidas e inmóviles sobre el regazo semejantes a las pálidas y nudosas raíces sumergidas de un pantano desecado; a Tull, con la camisa descolorida pero perfectamente limpia y el mono que las mujeres de su familia no sólo mantenían inmaculadamente lavado, sino también planchado y almidonado, y no con raya en las perneras del pantalón sino completamente liso de costura a costura, de manera que todos los sábados por la mañana parecían los pantalones cortos de un niño pequeño, y el reposado e inocente azul de sus ojos por encima de la barba de pelusas de maíz, cultivada durante un mes, que escondía gran parte de su rostro escoriado y que le daba un increíble y paradójico aire de disipación, no como si por fin y sin previo aviso apareciese ante los ojos de sus conciudadanos en su verdadera personalidad, sino más bien como si un antiguo retrato italiano de un niño santo hubiera sido desfigurado por un perverso muchacho sin nada mejor que hacer; a la señora Tull, una mujer fuerte, de pecho opulento pero ligeramente rechoncha con un gesto de ceñuda y contenida indignación que, al parecer, las cuatro semanas transcurridas no habían aumentado ni disminuido, sino simplemente asentado, una indignación que curiosamente y casi de inmediato empezaba a crear la impresión de estar dirigida no contra ningún Snopes o cualquier otro hombre en particular, sino contra todos los hombres, todos los varones, y de la que el mismo Tull en persona no era en absoluto la causa, sino el objeto, que estaba sentada a un lado de su marido mientras la más crecida de sus hijas se sentaba al otro como si todas ellas (o por lo menos la señora Tull) estuvieran no sólo convencidas de que Tull podía

ponerse en pie y escapar, sino decididas a que no lo consiguiera; y a Eck y al chiquillo, idénticos excepto por el tamaño, y Lump, el dependiente, con una gorra gris que alguien reconoció, efectivamente, como la misma que llevara Flem Snopes cuando se fue a Texas el año anterior, y que entre períodos de rápido parpadeo se quedaba mirando al juez de paz con la intensidad desprovista de párpados de una rata; y en los ojos sin iris y deformados por los cristales del anciano juez fue apareciendo una expresión no sólo de sorpresa y desconcierto, sino, al igual que en los de Ratliff cuatro semanas antes en el porche del almacén, de algo muy parecido al terror.

—No... —dijo—. No esperaba... No creía que fuese a ver... Voy a rezar una oración —dijo—. No lo haré en voz alta. Pero confío... —se los quedó mirando—. Quisiera... Quizá no esté de más que algunos de ustedes hagan lo mismo, de todas formas —inclinó la cabeza. Los asistentes le contemplaron, tranquilos y serios, mientras él permanecía inmóvil detrás de la mesa y la suave brisa matutina agitaba levemente sus escasos cabellos y la sombra agujereada de las hojas movidas por el viento se deslizaba por la almidonada protuberancia de la pechera, por los resplandecientes puños con botones de asta, tan rígidos y casi tan grandes como secciones de tubo de estufa de quince centímetros, y por las manos unidas. Después de unos momentos alzó la cabeza—: Armstid contra Snopes —dijo. La señora Armstid habló. No se movió, no miró a ningún sitio, y con las manos entrelazadas sobre el regazo habló con su voz apagada, sin entonación y sin esperanza:

—El tejano dijo...

—Espere —le interrumpió el juez. Recorrió los rostros con la mirada, los ojos borrosos huyendo detrás de los gruesos cristales—. ¿Dónde está el demandado? No lo veo.

—No ha querido venir —dijo el alguacil.

—¿No ha querido venir? —preguntó el juez—. ¿No le entregó usted la citación?

—No quiso aceptarla —explicó el alguacil—. Dijo...

—¡Entonces ha incurrido en desacato! —exclamó el juez.

—¿Por qué motivo? —dijo Lump Snopes—. Nadie ha probado que los caballos fueran suyos.

El juez se le quedó mirando.

—¿Representa usted al demandado? —preguntó.

Snopes parpadeó unos instantes.

—¿Qué significa eso? —dijo—. ¿Es que quiere usted hacerme pagar la multa que le largue?

—De manera que se niega a defenderse —dijo el juez—. ¿No sabe que puedo condenarle por ello, incluso aunque la simple justicia y el decoro no proporcionen motivo suficiente?

—Algún motivo encontrará —dijo Snopes—. No hace falta ser adivino para saber lo que está usted...

—Cierre la boca, Snopes —dijo el alguacil—. Si no es usted parte en este caso, no se meta donde no le llaman —se volvió hacia el juez—. ¿Qué quiere que haga? ¿Quiere que vaya a la aldea y traiga aquí a Snopes de todas formas? Creo que puedo hacerlo.

—No —dijo el juez—. Espere —miró de nuevo a los rostros serios que tenía delante con el mismo desconcierto, con el mismo temor—. ¿Hay aquí alguien que sepa con seguridad a quién pertenecían los caballos? ¿No hay nadie? —los presentes le devolvieron la mirada, serios, atentos; contemplaron al anciano pulcro e inmaculadamente vestido que tenía las manos entrelazadas y apoyadas en la mesa para disimular su temblor—. Está bien, señora Armstid —dijo—. Explique al tribunal lo que sucedió —la señora Armstid lo explicó, sin moverse, con su voz apagada y sin inflexiones, sin mirar a nada, mientras los demás escuchaban en silencio, y al llegar al final dejó de hablar sin el menor cambio en la voz, como si su historia no tuviese la menor importancia ni permitiera la menor conclusión. El juez se estaba mirando las manos. Cuando la señora Armstid dejó de hablar, el juez levantó los ojos—. Pero usted no ha demostrado aún que Snopes fuera el dueño de los caballos. A quien tiene que demandar es a ese individuo de Texas. El problema es que se ha marchado. Aunque consiguiera una sentencia inculpatoria no podría cobrar el dinero. ¿Se da usted cuenta?

—Fue el señor Snopes quien le trajo —dijo la señora Armstid—. Lo más probable es que ese tejano no hubiera sabido dónde estaba Frenchman's Bend si no llega a decírselo el señor Snopes.

—Pero fue el tejano quien vendió los caballos y recogió el dinero que se pagó por ellos —el juez contempló de nuevo los rostros de los presentes—. ¿No es así? Usted, Bookwright, ¿no es eso lo que sucedió?

—Sí —dijo Bookwright. El juez miró otra vez a la señora Armstid, con la misma expresión de compasión y pesadumbre. Al avanzar la mañana se había levantado el viento, y de cuando en cuando alguna ráfaga atravesaba las ramas altas, derramando sobre las cabezas inmóviles una delicada nieve de prematuros pétalos, obra de una primavera madurada con pródiga celeridad tras el cruel invierno, y su intenso y adormecedor perfume.

—El tejano dio el dinero de Henry al señor Snopes. Dijo que Henry no había comprado ningún caballo. Dijo que al día siguiente el señor Snopes me devolvería el dinero.

—¿Y tiene usted testigos que le vieron y le oyeron?

—Sí, señor. Los otros hombres que estaban allí vieron cómo le daba el dinero al señor Snopes y decía que me lo...

—¿Y usted le pidió el dinero a Snopes?

—Sí, señor. Dijo que el hombre de Texas se lo había llevado al marcharse. Pero yo... —se interrumpió de nuevo, quizá mirándose también las manos. Desde luego no miraba a nadie.

—¿Sí? —dijo el juez—. Pero ¿usted?

—Yo reconocería esos cinco dólares. Los gané yo misma, tejiendo de noche cuando Henry y los niños dormían ya. Algunas señoras de Jefferson ahorran bramante y otros materiales; con lo que me daban yo tejía cosas y las vendía. Gané ese dinero poco a poco y lo reconocería si lo viera porque solía sacar la lata de la chimenea y contarlo de vez en cuando, mientras esperaba a reunir lo suficiente para comprar zapatos a mis hijos cuando llegase el invierno. Lo reconocería si lo viese otra vez. Si el señor Snopes permitiera nada más...

—Supongamos que alguien haya visto a Flem Snopes devolver ese dinero al tipo de Texas —dijo Lump Snopes de repente.

—¿Hay alguien aquí que haya visto eso? —preguntó el juez.

—Sí —dijo Snopes, con tono áspero y violento—. Eck, aquí presente, lo vio —miró a Eck—. Vamos. Díselo —el juez miró a Eck; las cuatro hijas de Tull volvieron la cabeza al unísono y le miraron, y la señora Tull se inclinó hacia adelante, para ver más allá de su marido, el rostro lívido, furioso y lleno de desprecio, y los que estaban de pie cambiaron de postura para ver entre las cabezas de los demás a Eck sentado, inmóvil en el banco.

—¿Vio usted cómo Snopes devolvía el dinero de Armstid al hombre de Texas, Eck? —preguntó el juez. Eck siguió sin contestar ni moverse. Lump Snopes hizo un ruido muy grosero y violento por un lado de la boca.

—Caramba, a mí no me da miedo decirlo, como le pasa a Eck. Yo le vi.

—¿Está usted dispuesto a jurarlo como testigo ante este tribunal? —Snopes miró al juez. Esta vez no parpadeó.

—De manera que no acepta usted mi palabra —dijo.

—Quiero la verdad —dijo el juez—. Si no puedo conseguirla, necesito tener testimonio bajo juramento de lo que he de aceptar como verdad —separó la biblia de los otros dos libros.

—De acuerdo —dijo el alguacil—. Venga aquí.

Snopes se levantó para acercarse. Los demás espectadores le contemplaron, aunque esta vez no hubo ladear de cabezas ni estirar de cuellos; ni el menor movimiento en las caras y los ojos inmóviles. Snopes, junto a la mesa, les devolvió una vez la mirada, sus ojos recorriendo con rapidez el grupo en forma de media luna; luego miró otra vez al juez. El alguacil echó mano a la biblia, pero el juez no le permitió alzarla aún.

—¿Está usted dispuesto a jurar que vio cómo Snopes devolvía a ese hombre de Texas el dinero que recibió de Henry Armstid por el caballo? —preguntó.

—He dicho que estaba dispuesto, ¿no es cierto? —respondió Snopes.

El juez soltó la biblia.

—Tómele juramento —dijo.

—Ponga la mano izquierda sobre el libro, alce la mano derecha, jura usted solemnemente y afirma... —dijo el alguacil rápidamente.

Pero Snopes lo había hecho ya, la mano izquierda golpeando con fuerza la biblia, la otra mano alzada y la cabeza vuelta para, una vez más, recorrer con la mirada a toda velocidad el círculo de rostros inexpresivos y atentos, mientras decía con voz áspera y gruñona:

—Sí. Vi a Flem Snopes devolver a ese hombre de Texas la cantidad de dinero que Henry Armstid o cualquier otro piensa que Henry Armstid o cualquier otro pagó a Flem Snopes por uno de esos caballos. ¿Es eso lo que quiere?

—Sí —dijo el juez. No hubo el menor movimiento ni se oyó el más mínimo ruido entre los espectadores. El alguacil dejó calmosamente la biblia sobre la mesa junto a las manos entrelazadas del juez, y no hubo más movimiento que las idas y venidas de las sombras agitadas por el viento y el remolinear de los pétalos de las acacias. Después la señora Armstid se puso en pie; una vez más (o todavía) con la mirada ausente y las manos cruzadas sobre el regazo.

—Supongo que ahora me puedo ir, ¿no es eso? —dijo.

—Sí —dijo el juez, despertándose—. A no ser que quiera...

—Será mejor que me ponga en camino —dijo ella—. Tengo un buen trecho que recorrer —no había acudido con la carreta, sino en una de las flacas mulas mal alimentadas. Uno de los hombres la siguió mientras cruzaba el bosquecillo, desató la mula y la acercó a una de las carretas. La señora Armstid montó desde el cubo de una rueda. Luego todos los espectadores miraron de nuevo al juez. Seguía detrás de la mesa y con las manos todavía entrelazadas, pero con la cabeza levantada ya. No se movió, sin embargo, hasta que el alguacil se agachó y le habló; entonces se despertó sin sobresaltos, como se despierta un anciano del sueño ligero de las personas de edad. Retiró las manos de la mesa y, mirando hacia abajo, habló exactamente como si estuviera leyendo un documento:

—Tull contra Snopes. Asalto y...

—¡Sí! —dijo la señora Tull—. Tengo una cosa que decir antes de que usted empiece —se inclinó hacia adelante, mirando de nuevo a Lump Snopes más allá de su marido—. Si cree que con mentiras y perjurios va a conseguir que Flem y Eck Snopes...

—Vamos, mujer —dijo Tull.

Su esposa pasó a hablar a su marido sin modificar ni su postura ni su tono de voz ni hacer una pausa ni interrumpirse en absoluto:

—¡No me digas que me calle! No tienes inconveniente en permitir que Eck o Flem Snopes o la tribu entera de los Varner te saquen arrastrando de tu carreta y te golpeen contra un puente de madera hasta dejarte medio muerto. Pero cuando se trata de demandarlos para defender tus derechos y para que se les castigue, entonces no. Porque eso no sería portarse como un buen vecino. ¿Qué tiene que ver la buena vecindad con estar tumbado boca arriba durante la época de la siembra mientras nosotros te quitamos astillas de la cara?

Para entonces el alguacil estaba ya gritando.

—¡Orden! ¡Orden! ¡Estamos en un tribunal de justicia!

La señora Tull guardó silencio. Volvió a sentarse, respirando entrecortadamente, mirando al juez, que volvió a hablar como si estuviera leyendo en voz alta:

—... asalto y agresión contra la persona de Vernon Tull por medio de un caballo, sin nombre, propiedad de Eck Snopes. Prueba de daño físico y padecimientos, el mismo demandante. Testigos, la señora Tull y sus hijas...

—Eck Snopes lo vio también —dijo la señora Tull, aunque ahora con menos violencia—. Estaba allí. Llegó con tiempo de sobra para verlo. Que se atreva a negarlo. Que me mire a los ojos y lo niegue si se...

—Por favor, señora —dijo el juez. Habló tan mesuradamente que la señora Tull se calló y se serenó en gran medida, convertida casi en un ser racional—. Nadie niega el daño a su marido. Ni el hecho de que se le causara por medio del caballo. La ley dice que cuando un hombre es propietario de un animal que sabe peligroso y ese animal está encerrado y separado de los terrenos comunales mediante un corral o cercado capaz de encerrarle y separarle, si un hombre entra en ese corral o cercado, tanto si sabe como si ignora que el animal que se halla dentro es peligroso, comete una infracción y el propietario del animal no es responsable. Pero si ese animal que su dueño sabe peligroso deja de estar encerrado dentro del adecuado corral o cercado, tanto por accidente como intencionalmente, y tanto con conocimiento del propietario como sin él, este último es responsable. Eso es lo que dice la ley. Todo lo que ahora queda por determinar es, primero, el propietario del caballo y, segundo, que era un animal peligroso de acuerdo con la definición suministrada por la ley.

—Ajá —dijo la señora Tull, exactamente igual que lo habría dicho Bookwright—. Peligroso. Pregunte a Vernon Tull. Pregunte a Henry Armstid si esos bichos eran perros falderos.

—Por favor, señora —dijo el juez. Estaba mirando a Eck—. ¿Qué alega el demandado? ¿Niega ser propietario del animal?

—¿Cómo? —dijo Eck.

—¿Era suyo el caballo que derribó al señor Tull?

—Sí —dijo Eck—. Era mío. ¿Cuánto tengo que p...?

—Ajá —repitió la señora Tull—. Negar que es el propietario, cuando había allí por lo menos cuarenta hombres..., idiotas, es cierto, o de lo contrario no habrían estado allí. Pero incluso la palabra de un idiota vale, cuando se trata de lo que ha visto y oído. Y por lo menos cuarenta hombres oyeron cómo ese asesino de Texas le regalaba el caballo a Eck Snopes. No se lo vendió; fíjese: se lo regaló.

—¿Cómo? —dijo el juez—. ¿Le regaló el caballo?

—Sí —dijo Eck—. Me lo regaló. Siento que Tull utilizara ese puente al mismo tiempo. ¿Cuánto tengo...?

—Espere —dijo el juez—. ¿Qué le dio usted? ¿Un recibo? ¿Hicieron algún tipo de trueque?

—No —dijo Eck—. Se limitó a señalarlo dentro del corral y dijo que me

pertenecía.

—¿Y no le dio un contrato de compraventa o título de propiedad ni nada por escrito?

—Supongo que no le dio tiempo —dijo Eck—. Y después de que Lon Quick se olvidara de cerrar el portón, ya nadie estuvo en condiciones de poner nada por escrito, incluso aunque se le hubiera ocurrido.

—¿A qué viene todo esto? —dijo la señora Tull—. Eck Snopes acaba de decirle que era el dueño de ese caballo. Y si no quiere aceptar su palabra, hay cuarenta hombres que se pasaron todo el día junto a aquel portón sin hacer nada y que oyeron a ese anticristo asesino, borracho y jugador... —esta vez el juez alzó una mano, dentro del enorme puño inmaculado, hacia ella, aunque sin llegar a mirarla.

—Espere —dijo—. ¿Qué fue lo que hizo entonces? —le dijo a Eck—. ¿Se acercó con el caballo y le hizo entrega a usted del ronزال?

—No —dijo Eck—. Ni él ni nadie les puso nunca una cuerda alrededor del cuello. No hizo más que señalar al caballo en el corral y decir que era mío; luego subastó el resto, se montó en el coche, dijo adiós y se fue. Entonces nosotros cogimos las cuerdas y entramos en el corral, pero Lon Quick se olvidó de cerrar el portón. Siento que hiciera que las mulas de Tull lo arrastraran fuera de la carreta. ¿Cuánto le debo? —después dejó de hablar, porque el juez no le miraba ya y, como comprendió un momento después, tampoco le escuchaba. Se había echado hacia atrás en el sillón, recostándose en realidad por vez primera, con la cabeza ligeramente inclinada y las manos descansando en la mesa que tenía delante, los dedos ligeramente superpuestos. Todos le contemplaron tranquilamente durante casi medio minuto antes de que alguien se diera cuenta de que miraba fijamente a la señora Tull.

—Bien, señora Tull —dijo—, su propio testimonio nos ha hecho saber que Eck no fue nunca dueño de ese caballo.

—¿Cómo? —dijo la señora Tull. No levantó la voz en absoluto—. ¿Cómo ha dicho usted?

—Según la ley, la propiedad no puede otorgarse ni recibirse oralmente. Ha de establecerse ya sea por documento registrado o auténtico o por posesión u ocupación. De acuerdo con el testimonio de usted y del mismo Eck Snopes, él nunca entregó a ese hombre de Texas nada a cambio del caballo, y por su propio testimonio sabemos que el tejano nunca le dio documento alguno que probara que era suyo, y por su testimonio y por lo que yo mismo sé de estas cuatro últimas semanas, nadie le ha puesto todavía ni una mano ni una cuerda encima a ninguno de ellos. De manera que ese caballo nunca ha llegado a ser posesión de Eck. Ese hombre de Texas podría haber regalado el mismo caballo a una docena de personas distintas que estuvieran alrededor del portón aquel día, sin necesidad siquiera de decirle a Eck que lo había hecho; y el mismo Eck podría haber cedido todos sus títulos y derechos sobre él al señor Tull allí mismo mientras el señor Tull yacía inconsciente en el puente simplemente pensándolo, y entonces el título de propiedad del señor Tull sería tan

válido como el de Eck.

—De forma que me quedo sin nada —dijo la señora Tull. Su voz era todavía tranquila, serena, aunque probablemente nadie, a excepción de Tull, se dio cuenta de que era demasiado tranquila y serena—. Una especie de perro rabioso con manchas pone en fuga a mi pareja de mulas; mi carreta queda destrozada; mi marido sale disparado, pierde el conocimiento y no puede trabajar durante una semana cuando nos queda aún más de la mitad de la siembra por hacer, pero me quedo sin nada.

—Espere —dijo el juez—. La ley...

—La ley —dijo la señora Tull, incorporándose de repente: una mujer de corta estatura, ancha, fuerte, con los pies bien apoyados en el suelo.

—Escucha, mujer —dijo Tull.

—Sí, señora —dijo el juez—. La reparación de los daños se hace estatutariamente. La ley dice que cuando se presenta una demanda por daños contra el dueño de un animal responsable de daños o lesiones, si el dueño del animal no puede o no quiere asumir la responsabilidad, la parte lesionada o perjudicada hallará recompensa en el cuerpo del animal. Y puesto que Eck Snopes no fue nunca dueño de ese caballo, y dado que usted ha presenciado aquí un caso esta mañana en el que no se ha podido probar que Flem Snopes tuviera títulos de propiedad sobre ninguno de ellos, ese caballo todavía pertenece al hombre de Texas. O más bien perteneció. Porque, ahora, el caballo que puso en fuga a su pareja y sacó a su marido de la carreta les pertenece a usted y al señor Tull.

—¡Escucha, mujer! —repitió Tull, levantándose de prisa. Pero la señora Tull no hizo nada, aunque estaba completamente rígida y respiraba con dificultad, hasta que Tull habló. Entonces se volvió hacia él, más dando alaridos que gritando; el alguacil empezó al instante a golpear la mesa con su reluciente bastón de nogal y a rugir: «¡Orden! ¡Orden!», mientras el pulcro anciano, echado hacia atrás en el sillón como dispuesto a esquivar una agresión, con temblores que tenían algo de parkinsonianos, contemplaba la escena con asombrada incredulidad.

—¡El caballo! —gritó la señora Tull—. Lo vemos cinco segundos, mientras se sube a la carreta con nosotros e inmediatamente se baja. Luego se marcha donde ni Dios mismo lo sabe y ¡alabado sea el Señor por ello! Y las mulas se marchan con él y la carreta destrozada y tú tumbado en el puente con la cara llena de astillas y sangrando como un cerdo y completamente muerto por lo que a nosotras se nos alcanza. ¡Y él nos da el caballo! ¡No me digas que me calle! ¡Súbete a esa carreta, estúpido integral que te sientas detrás de un par de mulas jóvenes con las riendas atadas a la muñeca! ¡Subir todos a esa carreta!

—¡No aguanto más! —exclamó el viejo juez—. ¡No estoy dispuesto! ¡Se levanta la sesión!

Más adelante hubo otro proceso. Comenzó el lunes siguiente y la mayoría de aquellos mismos rostros estaban también presentes en la sala del tribunal del condado, en Jefferson, cuando entró el acusado entre dos policías, en apariencia

apenas más grande que un niño, con un mono nuevo, delgado, de aspecto casi frágil, el rostro sombrío y violento, debilitado por el reposo y pálido en razón de los ocho meses en la cárcel, y compareció ante el juez. Después el abogado que le había asignado el tribunal hizo su alegación. El abogado era un joven que había terminado sus estudios en la facultad de derecho de la Universidad del Estado tan sólo en junio del año anterior y que hizo lo que pudo y fue demasiado lejos cuando no pudo, lleno de celo y, para todos los objetivos y resultados prácticos, ignorado; que agotó todas sus objeciones antes de que el ministerio fiscal hubiese hecho una sola y que, a pesar de ello, tuvo que enfrentarse con un jurado válido, escogido a una velocidad casi de récord, como si el ministerio fiscal, el público, toda la humanidad racional, poseyese una inagotable reserva de rostros y nombres intercambiables y todos ellos fundidos en una misma convicción e intención, de manera que sus objeciones podría haberlas presentado en su lugar el ordenanza que abrió la sala del tribunal tachando de la lista de posibles jurados los primeros nombres hasta alcanzar la cifra de las posibles objeciones. Y si el abogado defensor conservaba aún para entonces cierto distanciamiento y objetividad, probablemente advirtió en seguida que quien estaba en guerra con aquel jurado era él mismo y no su cliente. Porque su cliente no prestaba la más mínima atención a lo que sucedía. Parecía tan poco interesado en ver y escuchar como si se tratara del proceso de otro. Estaba sentado donde lo habían puesto, esposado a uno de los policías, pequeño, con el mono nuevo tan duro como el hierro y tan rígido como una tabla, la cabeza vuelta en la dirección contraria al tribunal y a lo que allí pasaba y moviendo constantemente la parte superior del cuerpo, hasta que se dieron cuenta de que trataba de no perder de vista el fondo de la sala, las puertas y quién entraba por ellas. Hizo falta interpelarle dos veces para que se pusiera en pie e hiciese su declaración; luego continuó de pie, ahora completamente de espaldas al tribunal, el rostro sombrío, adelgazado, curiosamente perentorio y tranquilo al mismo tiempo, y con algo más que no era tan sólo esperanza, sino verdadera fe, con la mirada fija no en su mujer, sentada en el banco inmediatamente detrás de él, sino en la sala abarrotada, entre los rostros atentos y ordenados, algunos de los cuales, la mayoría en realidad, conocía, hasta que el policía al que estaba esposado tiró de él para sentarle de nuevo. Y así siguió durante el resto del día y pico que duró su proceso —otro récord de brevedad—, volviéndose y estirando constantemente la cabeza pequeña y cuidadosamente peinada, con su aire rencoroso e irremediabilmente duro, para mirar hacia atrás, más allá de la presencia voluminosa de los dos policías, vigilando la entrada mientras su abogado hacía lo que podía, hablaba frenéticamente y se quedaba al fin sin voz ante la total impasibilidad del jurado que parecía un cónclave de hombres maduros que hubieran aceptado la obligación (aunque durante un tiempo claramente especificado y limitado) de escuchar el parloteo de un niño sabihondo. Y su cliente seguía aún sin escuchar nada de todo aquello, vigilando constantemente el fondo de la sala, si bien hacia el final del primer día la fe desapareció de su rostro, dejando sólo la esperanza, y al comienzo

del segundo día también había desaparecido la esperanza y sólo quedaba la perentoriedad, el aire sombrío, intratable y obstinado con que seguía vigilando la puerta. El ministerio fiscal terminó su exposición a media mañana del segundo día. El jurado se ausentó por espacio de veinte minutos y volvió a la sala con un veredicto de asesinato en segundo grado; el acusado se puso de nuevo en pie y el tribunal lo sentenció a trabajos forzados a perpetuidad. Pero tampoco entonces estaba escuchando; no sólo se había vuelto de espaldas al tribunal para examinar la sala abarrotada, sino que había empezado a hablar consigo mismo antes de que el juez terminara y siguió haciéndolo incluso mientras el juez golpeaba la mesa con el mazo y los dos policías y tres alguaciles se arrojaban sobre él. Mink se resistió, rechazándolos con éxito durante algún tiempo, sin dejar de mirar hacia la sala.

—¡Flem Snopes! —dijo—. ¡Flem Snopes! ¿Está aquí Flem Snopes? Díganle a ese hijo de perra...

Capítulo dos

1

Ratliff detuvo la calesa ante el portón de Bookwright. La casa estaba a oscuras, pero inmediatamente tres o cuatro perros salieron aullando de debajo o de detrás de ella. Armstid giró las piernas hacia afuera y se dispuso a apearse.

—Espera —dijo Ratliff—. Yo iré a buscarle.

—Puedo andar —dijo Armstid con aspereza.

—Claro que sí —dijo Ratliff—. Además, esos perros me conocen.

—También me conocerán a mí en cuanto el primero se me eche encima una sola vez —dijo Armstid.

—Claro —dijo Ratliff. Ya se había apeado de la calesa—. Tú espera aquí y coge las riendas —Armstid metió la pierna dentro de la calesa; se le veía, incluso en aquella noche de agosto sin luna, gracias al mono descolorido que destacaba con claridad sobre el tapizado oscuro del vehículo; tan sólo los rasgos de su cara resultaban indistinguibles bajo el ala del sombrero. Ratliff le pasó las riendas, dio la vuelta alrededor del buzón metálico sobre su poste, iluminado por la luz de las estrellas, para llegar al portón, un poco más allá, y a la discreta algarabía de los perros.

Ya del otro lado de la cerca logró verlos —una aullante masa oscura sobre la tierra ligeramente más pálida, que se dispersó en abanico delante de él, animosos, sin dejar de aullar, manteniéndole a distancia—: tres perros de caza de color negro y canela, el canela transformado también en negro por la luz de las estrellas, de manera que, sin ser completamente invisibles, pero sí indistintos en cuanto a los detalles, podrían haber sido tres páginas de periódico carbonizadas e intactas puestas de pie sobre el suelo, aullándole. Ratliff les gritó. Tendrían que haberle reconocido ya por el olor. Cuando les gritó supo que ya lo habían hecho, porque durante quizá un segundo se callaron, luego a medida que él avanzaba ellos retrocedían, manteniendo la misma distancia, ladrando. Después Ratliff vio a Bookwright, también pálido por el contraste del mono sobre la casa negra. Cuando Bookwright gritó a los perros se callaron definitivamente.

—Fuera —dijo—. Cerrad la boca y marchaos —se acercó, volviéndose negro sobre la tierra más clara, a donde Ratliff esperaba—. ¿Y Henry? —preguntó.

—En la calesa —dijo Ratliff. Dio la vuelta para encaminarse hacia el portón.

—Espera —dijo Bookwright. Ratliff se detuvo. El otro se colocó a su lado. Se miraron, aunque ninguno podía ver el rostro del otro—. No le habrás dejado que te convenza para hacer esto, ¿verdad? —preguntó Bookwright—. Entre que quizá se acuerda de los cinco dólares todas las veces que mira a su mujer, la pierna rota y ese caballo que le compró a Flem Snopes y que no ha vuelto a ver, está más loco que un cencerro. No es que antes le faltara mucho. ¿No le habrás dejado que te convenza?

—Me parece que no —dijo Ratliff—. Estoy seguro de que no —añadió—. Hay algo allí. Lo he sabido siempre. Como lo sabe Will Varner. Si no lo hubiera, nunca habría comprado esa propiedad. Y no la habría conservado, vendiendo el resto y quedándose con la vieja casa, pagando impuestos por ella cuando podría haber conseguido algo, sentado en esa silla hecha con un barril de harina para contemplarla y asegurando que lo hacía porque le descansaba sentarse en un sitio donde alguien había trabajado tanto y se había gastado tanto dinero en construir una casa sólo para dormir y comer y acostarse con su mujer. Y acabé de convencerme, si aún no lo estaba, cuando Flem Snopes se quedó con ella. Después de tener a Will Varner en un puño renunció a todo lo demás a cambio de la vieja casa y de cinco hectáreas que apenas sirven ni para criar cabras. Fui anoche con Henry. Lo vi yo también. No hace falta que vengas. Si no estás seguro preferiría que no lo hicieras.

—Está bien —dijo Bookwright. Echó a andar—. Eso era todo lo que quería saber —volvieron a la calesa. Henry se colocó en el centro del asiento y los otros dos subieron—. Avísame si te aprieto la pierna —dijo Bookwright.

—A mi pierna no le pasa nada —dijo Armstid, con la misma aspereza en la voz—. Estoy en condiciones de andar tanto como tú o cualquier otro, siempre que haga falta.

—Claro que sí —dijo Ratliff prontamente, cogiendo las riendas—. La pierna de Henry está perfectamente. Ni siquiera se le nota.

—Adelante —dijo Bookwright—. Nadie va a tener que andar mientras nos lleven los caballos de V. K.

—Es más corto a través de la aldea —dijo Ratliff—. Pero será mejor que no vayamos por ahí.

—Que nos vean —dijo Armstid—. Si aquí hay alguien que tiene miedo, yo no necesito ayuda. Puedo...

—Claro —dijo Ratliff—. Si la gente nos ve, quizá tengamos demasiada ayuda. Eso es lo que queremos evitar.

Armstid se calló. A partir de entonces no dijo nada más, sentado entre los otros dos en una inmovilidad que era casi semejante a la fiebre; estaba tan delgado como si no hubiera sido la enfermedad (después de pasar cerca de un mes en cama, se había levantado un día y había vuelto a romperse la pierna; nadie supo nunca cómo, qué

estaba haciendo o tratando de hacer, porque nunca hablaba de ello), sino la impotencia y la rabia las que le habían consumido.

Ratliff no pidió consejo ni instrucciones; era muy poco lo que alguien hubiera podido enseñarle acerca de las calles secundarias y los callejones de aquel o de cualquier otro condado por los que viajaba. Nadie se cruzó con ellos; la tierra oscura y dormida estaba vacía, las desperdigadas y remotas heredades indicadas tan sólo por los ladridos infrecuentes de los perros. Los caminos que seguía discurrían, pálidos, entre grandes extensiones de campos más sentidos que vistos donde el maíz empezaba a vestirse de fuego y el algodón a florecer, bajo túneles de árboles cubiertos con el follaje lujuriente del verano, que se recortaba contra el denso cielo de agosto, cargado de estrellas. Después llegaron al antiguo sendero en el que desde hacía años no aparecían otras marcas que las huellas del viejo caballo blanco de Varner y, durante un breve período de tiempo, las ruedas del coche ligero con parasol; casi completamente cicatrizada la vieja herida por donde hacía ya casi cincuenta años llegó al galope un correo (quizá el esclavo de un vecino azotando una mula sacada del arado) con las noticias de Sumter^[9]; por donde avanzó quizá el birlocho, las damas balanceándose, flexibles, con sus miriñaques bajo las sombrillas, y muy cerca los hombres vestidos de velarte a lomos de buenos caballos, comentando los sucesos; por donde cabalgaron hasta Jefferson, con sus pistolas y su maleta y un criado personal en el caballo de recambio, el hijo y quizá el dueño mismo, hablando de regimientos y victoria; y por donde, en la época de la batalla de Jefferson, atravesaron la tierra poblada de mujeres y esclavos negros las patrullas nordistas.

Nada quedaba ahora de todo aquello. Apenas podía hablarse de un camino; donde la arena se oscurecía para transformarse en arroyo y luego volvía a elevarse, no quedaba rastro alguno del puente. Ahora la cicatriz corría tan recta como una plomada a lo largo de un seto desgredado formado por cedros espaciados, cuya presencia decretara el mismo arquitecto anónimo que planeó y construyó la casa para su anónimo señor, con un espesor de más de medio metro en la actualidad, las ramas entrelazadas hasta formar una apretada masa. Ratliff torció entre ellos. Parecía saber con exactitud adónde se dirigía. Bookwright recordó entonces que había estado allí la noche anterior.

Armstid no los esperó. Ratliff ató los caballos precipitadamente y le alcanzaron en seguida: una sombra, aún débilmente visible a causa de la palidez de su mono descolorido por los muchos lavados, que cojeaba velozmente por entre la maleza. La tierra dio un bostezo negro delante de sus pies: una larga cuchillada, una hondonada, una zanja. Bookwright recordó que Armstid había estado allí más de una noche, pero la silueta cojeante daba la impresión de ir a precipitarse en el negro abismo.

—Será mejor que le ayudes —dijo Bookwright—. Se va a romper...

—¡Calla! —susurró Ratliff—. El jardín está justo en lo alto de esa pendiente.

—... la pierna otra vez —dijo Bookwright, en voz más baja ya—. Entonces sí que nos habremos metido en un buen lío.

—No le pasará nada —susurró Ratliff—. Hace lo mismo todas las noches. No hay que estarle demasiado encima. Pero tampoco dejar que se aleje mucho. Anoche tuve que sujetarle una vez mientras estábamos tumbados —siguieron adelante, inmediatamente detrás de la figura que avanzaba ahora en absoluto silencio y a sorprendente velocidad. Se hallaban en una quebrada cubierta de madreSelva, sobre un suelo de arena seca que les permitía oír la penosa progresión de la pierna lisiada. Y sin embargo apenas eran capaces de seguir a Armstid. Después de unos doscientos metros Henry giró para trepar y salir de la quebrada. Ratliff le siguió—. Ahora mucho cuidado —susurró a Bookwright, que venía detrás—. Estamos llegando —pero Bookwright vigilaba a Armstid. No lo logrará nunca, pensó. Jamás trepará por ese talud. Pero el otro lo hizo, arrastrando la pierna rígida, ya frágil anteriormente y ahora tal vez dos veces más frágil, por la pendiente casi vertical, silencioso y sin ayuda de nadie y mostrando una disposición casi automática a rechazar cualquier ayuda y a negar incluso que pudiera llegar a necesitarla. Después Bookwright, apoyándose en manos y rodillas, fue arrastrándose tras los otros por un sendero que atravesaba una masa de zarzas y maleza y brotes de caquis, alcanzándolos cuando estaban tumbados y aplastados contra el suelo en el borde de una cuesta poco pronunciada que se elevaba hasta la hirsuta cresta en la que, entre robles, se alzaba el caparazón de la enorme casa, en el sitio también decretado por el arquitecto anónimo e importado y por su señor, cuyas cenizas anónimas yacían, junto con las de sus parientes y junto con los progenitores de saxofonistas de cabarets de mala muerte en Harlem, bajo las ilegibles lápidas desgastadas por la intemperie situadas en otra loma cuatrocientos metros más allá, con su tejado roto y sus chimeneas desmochadas y en lo alto un rectángulo de ventana por el que Bookwright veía las estrellas en el cielo del otro lado. La pendiente había sido tal vez una rosalada. Ninguno de ellos lo sabía ni le importaba, de la misma manera que quienes habían visto el frontón caído en el centro de la pendiente, al pasar por delante y mirarlo quizá un centenar de veces, ignoraban que había sido en otro tiempo un reloj de sol. Ratliff se inclinó hacia el cuerpo de Armstid y le agarró del brazo, y entonces, sobre el ruido de sus respiraciones jadeantes, Bookwright oyó el lento y constante suspiro de una pala y el acompasado ruido sordo de la tierra removida en algún sitio de la pendiente por encima de ellos—. ¡Allí! —susurró Ratliff.

—Oigo a alguien que cava —musitó Bookwright—. ¿Cómo sé que se trata de Flem Snopes?

—¿No lleva Henry tumbado aquí todas las noches desde hace diez días, escuchándole? ¿No estuve yo mismo aquí con Henry anoche, escuchándole? ¿No estuvimos exactamente hasta que lo dejó y se fue y entonces nos arrastramos hasta allí y encontramos todos los sitios donde había cavado y los agujeros otra vez rellenos y la tierra alisada para que no se notara después?

—De acuerdo —susurró Bookwright—. Armstid y tú habéis visto cavar a alguien. Pero ¿cómo sé yo que se trata de Flem Snopes?

—Está bien —dijo Armstid, con fría violencia contenida, casi en voz alta; los otros dos le sentían temblar entre ellos, el cuerpo descarnado y consumido contrayéndose y estremeciéndose como el de un perro atado—. Entonces no es Flem Snopes. Regresa a tu casa.

—¡Calla! —susurró Ratliff.

Armstid se había vuelto y miraba hacia Bookwright. Su rostro estaba a menos de treinta centímetros del otro, sus facciones más indistinguibles que nunca.

—Vamos —dijo—. Vuélvete a casa.

—¡Calla, Henry! —musitó Ratliff—. ¡Te va a oír! —pero Armstid ya había vuelto la cabeza, fija de nuevo la vista en la oscura pendiente, estremecido y temblando entre ellos, maldiciendo secamente en voz baja—. Si supieras que es Flem, ¿creerías entonces? —susurró Ratliff por encima de Armstid. Bookwright no contestó. Siguió allí tumbado, con los otros, mientras el enteco cuerpo de Armstid se estremecía y temblaba a su lado, escuchando el pausado y constante suspiro de la pala y las furiosas y entrecortadas maldiciones de Henry. Luego el ruido de la pala cesó. Durante unos instantes nadie se movió.

—¡Lo ha encontrado! —dijo Armstid, irguiéndose repentina y violentamente entre los otros dos. Bookwright oyó o sintió cómo Ratliff le agarraba.

—¡Quieto! —susurró Ratliff—. ¡Quieto! ¡Ayúdame a sujetarlo, Odum! —Bookwright agarró el otro brazo de Armstid. Entre los dos sujetaron el cuerpo enfurecido hasta que Armstid dejó de agitarse y se tumbó de nuevo, rígido, la mirada fija, maldiciendo en susurros entrecortados. Al tacto, sus brazos no parecían más gruesos que bastones, pero estaban dotados de una fuerza increíble—. ¡No lo ha encontrado todavía! —le susurró Ratliff—. Sólo sabe que está ahí en alguna parte; quizá ha encontrado un papel en la casa explicando dónde está. Pero tiene que buscarlo igual que nosotros. Sabe que está en algún sitio del jardín, pero tiene que buscarlo. ¿Es que no le estamos viendo hacerlo? —Bookwright oía las dos voces hablando en susurros, una maldiciendo, la otra tranquilizadora, esforzándose por convencer, mientras los dos miraban fijamente, con idéntica intensidad, la ladera iluminada por las estrellas. Ahora Ratliff le hablaba a él—: Tú no crees que sea Flem —dijo—. De acuerdo. Sigue mirando —estaban tumbados entre la maleza; los tres contenían la respiración, Bookwright incluido. Fue entonces cuando Odum vio al hombre que cavaba: una sombra, una mancha de oscuridad más densa que se movía por la pendiente, subiéndola—. Fíjate —musitó Ratliff. Bookwright les oía respirar entrecortadamente, con la mirada fija en la ladera, y lanzar largos suspiros apasionados. Luego Bookwright vio la camisa blanca; un instante después la figura se recortó contra el cielo, como si se hubiera detenido un momento en la cresta de la ladera. En seguida desapareció—. ¡Ya lo has visto! —susurró Ratliff—. ¿Era o no era Flem Snopes? ¿Nos crees ahora? —Bookwright respiró profundamente y dejó escapar el aire. Aún seguía sujetando el brazo de Armstid. Lo había olvidado por completo. Sintió de nuevo bajo los dedos algo así como un tenso cable de acero que

vibrase.

—Es Flem —dijo.

—Claro que es Flem —dijo Ratliff—. Ahora todo lo que tenemos que hacer es descubrir mañana por la noche dónde está y...

—¡Ni hablar de mañana por la noche! —dijo Armstid. Se lanzó de nuevo hacia adelante, tratando de alzarse—. Vamos a ir ahora mismo y lo vamos a encontrar. Eso es lo que vamos a hacer. Antes de que él... —los dos le sujetaron de nuevo mientras Ratliff discutía con él, musitando objeciones. Finalmente lograron mantenerle pegado al suelo, aunque continuó maldiciendo.

—Primero tenemos que descubrir dónde está —jadeó Ratliff—. Tenemos que averiguar la primera vez dónde está exactamente. No tenemos tiempo para buscarlo con calma. Tenemos que encontrarlo la primera noche porque no podemos dejar marcas para que Flem las vea cuando vuelva. ¿Es que no lo entiendes? ¿No comprendes que no vamos a tener más que una oportunidad de encontrarlo porque no podemos permitirnos que nos sorprendan buscándolo?

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Bookwright.

—Vaya —dijo Armstid con voz ronca, furiosa, contenida, sin el menor rastro de humor—. Vaya. Qué vamos a hacer. Creía que te habías vuelto a casa.

—Cállate, Henry —dijo Ratliff. Se incorporó hasta ponerse de rodillas, aunque sujetando todavía a Armstid por el brazo—. Acordamos que Odum participaría en esto con nosotros. Por lo menos vamos a esperar hasta encontrar el dinero para empezar a pelearnos por él.

—¿Y si no fuese más que dinero de los confederados? —preguntó Bookwright.

—Vamos a ver —dijo Ratliff—. ¿Qué supones que hizo ese viejo francés con todo el dinero que tenía antes de que existiese una cosa llamada dinero confederado? Además, una buena parte de lo que escondiera tuvo que ser probablemente cubiertos de plata y joyas.

—Os podéis quedar con los cubiertos de plata y las joyas —dijo Bookwright—. Yo prefiero mi parte en dinero.

—Así que ahora te lo crees ya, ¿no es eso? —dijo Ratliff. Bookwright no contestó.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—Mañana iré a buscar al tío Dick Bolivar —dijo Ratliff—. Supongo que estaré de vuelta un poco después de que anochezca. Aunque tampoco podemos hacer nada hasta pasada la medianoche, cuando Flem haya terminado de buscar.

—Y lo haya encontrado ya —dijo Armstid—. No estoy dispuesto... —ahora los tres se habían puesto en pie. Armstid empezó a forcejear, con repentina violencia, para soltarse. Pero Ratliff siguió sujetándole. Le rodeó con los dos brazos y lo inmovilizó hasta que dejó de forcejear.

—Escúchame —dijo Ratliff—. Flem Snopes no lo va a encontrar. Si supiese dónde tiene que buscar, ¿crees que se habría pasado dos semanas cavando todas las

noches? ¿Te has olvidado de que la gente lleva treinta años buscando ese dinero? ¿Que todo este sitio ha sido removido palmo a palmo diez veces por lo menos? ¿Que no hay un trozo de tierra en toda esta región en la que se haya trabajado tanto y con tanta frecuencia como en este jardín, que no es más grande que un faldón de camisa? Will Varnes podría haber criado aquí algodón o maíz tan altos como para tener que cosecharlos a lomo de caballo con sólo dejar caer la simiente. La razón de que no se haya encontrado es que está enterrado tan hondo, que nadie ha tenido tiempo de cavar lo bastante en una sola noche y luego volver a llenar el agujero de manera que Will Varner no lo descubriera al llegar aquí de día para sentarse en la silla hecha con el barril de harina. No, señor. Sólo hay una cosa en este mundo que puede impedirnos encontrarlo —Armstid se había quedado quieto. Bookwright y él miraban hacia el rostro invisible de Ratliff. Al cabo de un rato, Armstid preguntó con voz ronca:

—¿Y qué cosa es ésa?

—Que Flem Snopes descubra que hay alguien más buscando el dinero —dijo Ratliff.

Al día siguiente era ya casi medianoche cuando Ratliff hizo girar la calesa para meterla de nuevo entre los cedros. Bookwright le seguía en su caballo, porque había tres personas dentro de la calesa. Tampoco esta vez Armstid esperó a que Ratliff atara los caballos. Se apeó nada más detenerse la calesa; de la caja parecida a una perrera sacó con estrépito una pala, sin hacer el menor esfuerzo por evitar el ruido, y desapareció en la oscuridad, cojeando frenéticamente antes de que Ratliff y Bookwright tocaran el suelo.

—Más nos vale volvernos a casa —dijo Bookwright.

—No, no —dijo Ratliff—. Nunca se queda hasta tan tarde. Pero será mejor que alcancemos a Henry de todas formas —el tercer ocupante de la calesa no se había movido aún. Incluso en la oscuridad su larga barba blanca poseía una débil luminosidad, como si hubiera absorbido algo del brillo de las estrellas durante el recorrido con Ratliff y estuviese ahora devolviéndoselo a la oscuridad. Ratliff y Bookwright, a tientas y tropezando, le ayudaron a bajarse, y con la otra pala y el pico y llevando al anciano medio en volandas, descendieron rápidamente a la quebrada y luego corrieron, tratando de alcanzar a Armstid, que avanzaba cojeando. No lo lograron. Treparon para salir de la hondonada, sin que los pies del anciano tocaran ya el suelo, e incluso antes de que alcanzaran el borde del jardín oyeron el ruido de las rápidas paletadas de Armstid pendiente arriba. Soltaron al anciano, que se desplomó entre los dos, respirando en débiles boqueadas, y levantaron la vista al unísono por la oscura pendiente hacia el sonido ahogado y furioso de la pala—. Hay que hacerle parar hasta que el tío Dick lo encuentre —dijo Ratliff. Corrieron hacia el ruido, hombro con hombro, entre la espesa maleza, tropezando a cada instante—. ¡Escucha, Henry! —susurró Ratliff—. Espera al tío Dick —Armstid no hizo la menor pausa, cavando furiosamente, tirando la tierra y hundiendo de nuevo la pala en un mismo movimiento. Ratliff agarró la pala. Armstid le hizo soltarla de un tirón y giró sobre sí

mismo con la pala levantada como un hacha, sus rostros mutuamente invisibles, tensos, agotados. Ratliff llevaba tres noches sin quitarse la ropa para dormir, pero probablemente Armstid no se desnudaba desde hacía dos semanas.

—¡No la toques! —susurró Armstid—. ¡No la toques!

—Espera un momento —dijo Ratliff—. Dale una oportunidad al tío Dick de descubrir dónde está.

—Vete de aquí —dijo Armstid—. Te lo advierto. Sal de mi agujero —volvió a cavar furiosamente. Ratliff le contempló durante un segundo.

—Vamos —dijo. Giró en redondo, corriendo, con Bookwright detrás. El anciano estaba sentado cuando llegaron junto a él. Ratliff se dejó caer a su lado y empezó a buscar la otra pala entre la maleza. Lo primero que encontró fue el pico. Lo arrojó lejos de sí y reanudó la búsqueda; Bookwright y él hallaron la pala al mismo tiempo. Luego, ya en pie, siguieron forcejeando por ella, tirando de un lado y de otro, la respiración entrecortada y contenida, oyendo incluso por encima de su propio respirar el ruido rápido de la pala de Armstid ladera arriba—. ¡Suéltala! —susurró Ratliff—. ¡Suéltala! —el anciano, ahora sin ayuda, hacía esfuerzos para ponerse en pie.

—Esperad —dijo—. Esperad —Ratliff pareció darse cuenta entonces de lo que estaba haciendo. Soltó la pala; casi la arrojó contra Bookwright.

—Cógela —dijo. Luego respiró largamente, estremecido—. Santo cielo —murmuró—. Fíjate en lo que puede hacerle a un hombre incluso el dinero que aún no tiene —se agachó y puso en pie al anciano de un brusco tirón, no con rudeza intencionada, sino tan sólo a causa de la prisa. Tuvo que sostenerlo por un momento.

—Espera —dijo el anciano con voz débil y trémula. Le conocía todo el mundo en la región. Más viejo que nadie, carecía de familiares y de lazos de cualquier clase. Era un hombre alto y delgado, con una sucia levita, aunque sin camisa, y una larga barba muy blanca que le llegaba por debajo de la cintura. Vivía en una cabaña de barro en las tierras bajas cerca del río, pero a ocho o nueve kilómetros de cualquier camino. Fabricaba y vendía panaceas y amuletos, y se decía que no sólo comía ranas y serpientes, sino también insectos: todo lo que se ponía al alcance de su mano. En su choza no había más que un jergón, unos pocos recipientes para cocinar, una enorme biblia y el descolorido daguerrotipo de un joven con el uniforme de la Confederación que quienes lo habían visto lo tenían por un retrato de su hijo—. Espera —dijo—. La tierra está enfadada. Tienes que hacer que ese de ahí deje de golpearla.

—Es cierto —dijo Ratliff—. No podremos saber nada si la tierra no está tranquila. Hay que lograr que se pare —de nuevo Henry no renunció a cavar cuando llegaron a su lado; de nuevo al tocarle Ratliff giró rápidamente, la pala levantada, y estuvo maldiciéndolos con voz baja y fatigada hasta que el mismo anciano se acercó y le tocó en el hombro.

—Puedes cavar y cavar y cavar —dijo la endeble voz—. Pero lo que se ha entregado a la tierra, la tierra lo conserva hasta que está dispuesta a revelarlo.

—Así es, Henry —dijo Ratliff—. Tenemos que dejar sitio al tío Dick para que lo

encuentre. Vamos, ven —Armstid bajó la pala y salió de su agujero (que ya tenía treinta centímetros de profundidad). Pero no estaba dispuesto a dejar la pala, y siguió con ella hasta que el anciano los llevó otra vez al límite del jardín y sacó del bolsillo de la levita una rama de peral ahorquillada, de cuyo extremo colgaba un objeto atado a un trozo de cuerda; Ratliff, que ya lo había visto anteriormente, sabía lo que era: una bolsita de tela para tabaco, con un diente empastado en oro dentro. El anciano los tuvo allí por espacio de diez minutos, agachándose de cuando en cuando para tocar la tierra con la palma de la mano. Luego, con los tres pegados a sus talones y en silencio, fue a la esquina del viejo jardín donde más abundaba la maleza, sujetó la rama por las dos puntas de la horquilla, con la cuerda y la bolsa de tabaco colgando como una plomada delante de él, y permaneció unos instantes mascullando algo para sus adentros.

—¿Cómo sé yo...? —empezó a decir Bookwright.

—Cállate —dijo Ratliff. El anciano echó a andar, seguido por los otros tres. Se movían como una procesión, con un algo escandalosamente pagano y al mismo tiempo religiosamente fúnebre en su actitud, avanzando o retrocediendo lentamente por el jardín, ascendiendo gradualmente por la ladera en zigzags que se superponían. De repente el anciano se detuvo; Armstid, que cojeaba inmediatamente detrás, tropezó con él.

—Hay alguien que está en contra —dijo el anciano. No miró para atrás—. No eres tú —dijo, y los tres supieron que hablaba con Ratliff—. Y tampoco es el cojo. Es el otro. El más oscuro. Que salga de este campo para que la tierra se tranquilice. Si no, ya puedes llevarme a casa.

—Vete al borde del jardín —dijo Ratliff en voz baja a Bookwright por encima del hombro—. Con eso será suficiente.

—Pero... —dijo Bookwright.

—Sal del jardín —dijo Ratliff—. Es más de medianoche. Amanecerá dentro de cuatro horas.

Bookwright volvió al pie de la pendiente. Es decir, se disolvió en la oscuridad, porque los otros no le estaban mirando; habían reanudado la marcha, Armstid y Ratliff pegados a los talones del anciano. De nuevo comenzaron a subir por la ladera en zigzag, pasando junto al sitio donde Henry había empezado a cavar, pasando junto al lugar donde Ratliff había encontrado señales del agujero hecho por otro hombre la primera noche que Armstid le llevara allí; ahora Ratliff sintió que Armstid empezaba de nuevo a temblar. El anciano se detuvo. Esta vez no se tropezaron con él, y Ratliff no supo que Bookwright estaba de nuevo detrás de él hasta que el anciano dijo:

—Tócame los codos. Tú, no. Tú, que no creías —cuando Bookwright los tocó, los brazos (brazos tan delgados, frágiles y muertos como ramas podridas) se estremecían débil y continuamente dentro de las mangas de la levita; pero al detenerse el anciano otra vez de repente, Bookwright tropezó con él y sintió que todo el flaco cuerpo se tensaba hacia atrás. Armstid seguía maldiciendo continuamente en

un susurro como de hojas secas—. Toca la horquilla del peral —jadeó el anciano—. Tú, que no creías —cuando Bookwright la tocó, la horquilla se había tensado en una curva rígida que apuntaba hacia abajo, la cuerda dura como un alambre. Armstid dejó escapar un grito ahogado; Bookwright también sintió la mano de Henry sobre la rama, que un instante después saltó; el anciano se tambaleó, la horquilla inmóvil en el suelo junto a sus pies hasta que Armstid la tiró lejos al ponerse a escarbar furiosamente con las manos.

Inmediatamente se lanzaron al unísono pendiente abajo hacia el sitio donde habían dejado las herramientas. Los otros dos apenas podían seguir a Armstid.

—No le dejes que coja el pico —jadeó Bookwright—. Matará a alguien con él.

Pero a Armstid no le interesaba el pico. Fue directamente a donde había dejado la pala cuando el anciano sacó la rama ahorquillada y se negó a empezar mientras siguiera empuñándola; la recuperó rápidamente y corrió ladera arriba. Estaba ya cavando cuando Ratliff y Bookwright le alcanzaron. Los tres se pusieron entonces a cavar, frenéticamente, arrojando parte de la tierra al agujero del vecino, las herramientas tropezando y resonando como campanas, mientras el anciano, situado por encima de ellos, detrás del suave resplandor de su barba a la luz de las estrellas y de las cejas blancas por encima de las dos cavernas desde donde, incluso aunque hubieran hecho una pausa para mirar, los tres hombres que cavaban no habrían sabido decir siquiera si sus ojos les contemplaban o no, cavilaba, distante, ajeno por completo a su jadeante frenesí. De repente los tres se inmovilizaron, tal vez por espacio de un segundo, en la actitud de cavar. Luego los tres saltaron al interior del hoyo; las seis manos tocaron al mismo tiempo el objeto: un pesado talego de tela gruesa a cuyo través sintieron los cantos redondos de las monedas. Forcejearon para quedarse con él, tirando de aquí para allá, buscando un mejor agarradero, jadeantes.

—¡Basta! —dijo Ratliff, casi sin aliento—. ¡Basta! ¿No somos socios los tres? —pero Armstid seguía tirando para arrancárselo a los otros, maldiciendo—. Suelta, Odum —dijo Ratliff—. Déjasele —Armstid se abrazó al talego, agachándose al mismo tiempo y lanzando a los otros dos miradas feroces mientras salían del hoyo—. Deja que lo guarde —dijo Ratliff—. ¿No comprendes que eso no es todo? —se volvió rápidamente hacia el anciano—. Vamos, tío Dick —dijo—. Coja su... —se interrumpió. El anciano estaba inmóvil detrás de ellos, con la cabeza vuelta como si escuchara algún ruido procedente de la hondonada por donde ellos habían venido—. ¿Qué sucede? —susurró Ratliff. Ahora los tres estaban inmóviles, rígidos, todavía un poco agachados, como cuando se habían apartado de Armstid—. ¿Oye usted algo? —susurró Ratliff—. ¿Hay alguien ahí abajo?

—Siento cuatro cuerpos agitados por la codicia —dijo el anciano—. La sangre de cuatro codiciosos de inmundicias.

Los tres se agazaparon, rígidos. Pero no se oyó el menor ruido.

—Pero ¿no estamos aquí cuatro personas? —susurró Bookwright.

—Al tío Dick no le interesa el dinero —musitó Ratliff—. Si hay alguien

escondido ahí... — echaron a correr. Armstid salió el primero, empuñando todavía la pala. Los otros dos apenas pudieron seguirle pendiente abajo.

—Matadlo —dijo Armstid—. Buscad en todos los matorrales y matadlo.

—No —dijo Ratliff—. Hay que cogerlo primero.

Cuando Bookwright y él llegaron a la zanja, oyeron a Armstid golpeando a lo largo del borde, sin esforzarse en absoluto por no hacer ruido, acuchillando la oscura maleza con el borde de la pala a modo de filo de hacha y haciéndolo con la misma furia con que antes había cavado. Pero no encontraron nada ni a nadie.

—Quizá el tío Dick no haya oído nada en realidad —dijo Bookwright.

—Bueno; fuera lo que fuese ya se ha ido en cualquier caso —dijo Ratliff—. Quizá... —se interrumpió. Bookwright y él se miraron; reteniendo el aliento oyeron al caballo. El ruido de los cascos provenía del viejo camino más allá de los cedros; era como si hubiese caído del cielo en pleno galope. Lo estuvieron oyendo hasta que se apagó en la arena del arroyo. Al cabo de un momento lo oyeron de nuevo en el suelo más duro del otro lado, aunque algo más débil ya. Luego se perdió por completo. Se miraron en la oscuridad, todavía reteniendo el aliento—. Eso significa que tenemos hasta el alba —dijo, por fin, Ratliff—. Vamos.

Dos veces más la horquilla del anciano se tensó y se curvó; y dos veces más encontraron un pequeño talego de lona bien repleto, inconfundible incluso en la oscuridad.

—Ahora tenemos un agujero cada uno —dijo Ratliff—, y hasta el amanecer para llegar al fondo. Manos a la obra, muchachos.

Cuando el cielo del este empezaba a volverse gris seguían sin encontrar nada nuevo. Pero cavando tres hoyos al mismo tiempo, como habían estado haciendo, ninguno de los tres había logrado ahondar mucho. Y el grueso del tesoro se hallaría a mayor profundidad; así lo explicaba Ratliff porque, de lo contrario, habría aparecido más de diez veces durante los últimos cincuenta años, ya que probablemente no quedaban muchos metros cuadrados de las cinco hectáreas que ocupaban los terrenos de la vieja mansión en los que alguien no hubiera cavado toda una noche sin luz de ninguna clase, tratando de hacerlo muy de prisa y en silencio. De manera que, al fin, Ratliff y Bookwright lograron que Armstid entrase un poco en razón; los tres dejaron de cavar, rellenaron los agujeros y borrarón todos los rastros. Luego abrieron los talegos a la luz gris del amanecer. Los de Ratliff y Bookwright contenían cada uno veinticinco dólares de plata. Armstid se negó a decir lo que había dentro del suyo o a permitir que nadie lo viera. Se inclinó para taparlo, de espaldas a los otros dos, y empezó a maldecirles cuando trataron de mirar.

—Está bien —dijo Ratliff. Luego se le ocurrió algo de pronto—. Supongo que no habrá nadie tan estúpido como para tratar de gastar ahora ese dinero —dijo, mirando a Armstid.

—Mi dinero es mío —dijo Armstid—. Lo he encontrado yo. He trabajado para conseguirlo. Y voy a hacer con él lo que me dé la realísima gana.

—Está bien —dijo Ratliff—. ¿Y cómo vas a explicarlo?

—¿Cómo voy a...? —dijo Armstid. Acucillado, alzó los ojos hacia Ratliff. Ahora podían verse ya las caras. Los tres estaban derrengados, muertos de sueño y de fatiga.

—Sí —dijo Ratliff—. ¿Cómo vas a explicar a la gente de dónde has sacado ese dinero? ¿Y cómo vas a explicar que se trata de monedas acuñadas antes de 1861? —apartó la vista de Armstid. Bookwright y él se miraron con calma en la creciente luminosidad del amanecer—. Había alguien en la zanja, vigilándonos —dijo—. Tenemos que comprar la finca.

—Tenemos que comprarla de prisa —dijo Bookwright—. Mañana.

—Querrás decir hoy —respondió Ratliff. Bookwright miró a su alrededor. Era como si se estuviera despertando después de una anestesia, como si viera el amanecer, la tierra, por primera vez.

—Es cierto —dijo—. Ya es mañana.

El anciano estaba tumbado boca arriba junto a un árbol pegado a la zanja; dormía con la boca abierta y su barba parecía sucia y manchada bajo la claridad creciente; no le habían echado de menos desde que se pusieron a cavar de verdad. Lo despertaron y le ayudaron a caminar hasta la calesa. La caja con forma de perrera donde Ratliff llevaba las máquinas de coser tenía una puerta con candado. Después de sacar del interior algunas mazorcas, Ratliff guardó su talego y el de Bookwright en el fondo, debajo de los pequeños objetos, todavía helados por el frío de la noche, que utilizaba para sus trueques, y volvió a cerrar la puerta con el candado.

—Tú también deberías guardar aquí el tuyo, Henry —le dijo a Armstid—. Hemos de olvidarnos de que existen esos talegos hasta que hayamos encontrado el resto del dinero y lo saquemos de la tierra.

Pero Armstid no estaba dispuesto. Trepó con dificultad al caballo, detrás de Bookwright, sin ayuda, rechazando de antemano la que alguien hubiera podido ofrecerle, bien sujeto el talego dentro de la pechera de su remendado y descolorido mono, y los dos se pusieron en camino. Ratliff dio de comer a su pareja y la llevó a abrevar al arroyo; pero también él estaba ya en la carretera antes de que saliera el sol. Muy poco antes de las nueve pagó al anciano el dólar de sus honorarios y le dejó en el sitio donde comenzaba la senda de ocho kilómetros que llevaba hasta su cabaña en las tierras bajas junto al río; luego hizo dar la vuelta a sus recios e infatigables jacos, encaminándolos hacia Frenchman's Bend. Había alguien escondido en esa zanja, pensó. Tenemos que comprar pero que muy de prisa.

Más adelante le pareció que no se había dado cuenta de lo de prisa que tendrían que comprar la casa del Viejo Francés hasta llegar al almacén. Casi nada más alcanzarlo con la vista, distinguió el nuevo rostro entre los otros, tan familiares, a lo largo del porche y lo reconoció en seguida: Eustace Grimm, un joven arrendatario que vivía a dieciséis o dieciocho kilómetros en el condado vecino con su mujer (sólo llevaban un año casados), a quien Ratliff tenía intención de vender una máquina de

coser en cuanto terminasen de pagar los gastos por el bebé que habían tenido dos meses antes; mientras ataba los caballos a uno de los postes del porche y subía los desgastados escalones iba pensando, tal vez dormir descansa a un hombre, pero hace falta que pase la noche en blanco durante dos o tres días y que esté preocupado y medio muerto de miedo durante ese tiempo para que se le aguce el entendimiento. Porque tan pronto como reconoció a Grimm algo encajó en su cerebro como una pieza de rompecabezas, si bien es cierto que tuvieron que pasar tres días para que supiera de qué se trataba. Llevaba más de sesenta horas sin quitarse la ropa; no había desayunado aquel día y en los dos anteriores había comido peor que a salto de mata, todo lo cual se le notaba en la cara. Pero no se le notaba ni en la voz ni en ninguna otra cosa.

—Buenos días, caballeros —dijo.

—Que me aspen si no parece que llevas una semana sin tocar la cama, V. K. —dijo Freeman—. ¿Qué estás tramando ahora? Lon Quick me ha contado que su chico vio tu calesa y los caballos escondidos en el lecho del río, más allá de la casa de Armstid, hace dos días, pero ya le dije que no creo que esos caballos hayan hecho nada para tener que esconderse. De manera que debes de ser tú.

—Creo que no —dijo Ratliff—. De lo contrario me habrían pillado, igual que a la pareja. Acostumbraba a pensar que era demasiado listo para que me pillara nadie por estos alrededores. Pero ahora no estoy tan seguro —miró a Grimm, y su rostro, excepto por la falta de sueño y la fatiga, resultaba tan tranquilo e irónico e imperturbable como de costumbre—. Eustace —dijo—, te has perdido.

—Eso es lo que parece —dijo Grimm—. He venido a ver...

—Ha pagado su impuesto de carreteras —dijo Lump Snopes, el dependiente, sentado como de ordinario en la única silla, inclinada hacia atrás hasta apoyarla en el marco de la puerta—. ¿O es que también te parece mal que utilice las carreteras de Yoknapatawpha?

—Naturalmente que no —dijo Ratliff—. Y si además hubiera pagado el impuesto personal en el sitio adecuado, podría atravesar con su carreta el almacén y hasta la casa de Will Varner.

Todos los presentes se echaron a reír, excepto Lump.

—Quizá lo haga aún —dijo Grimm—. He venido hasta aquí para ver... —se interrumpió, mirando a Ratliff. Estaba absolutamente inmóvil, acuclillado, una astilla en una mano y la navaja abierta y sin usar en la otra. Ratliff le contempló.

—¿Tampoco pudiste verle anoche? —dijo.

—¿A quién no pude ver anoche? —preguntó Grimm.

—¿Cómo podría haber visto anoche a alguien en Frenchman's Bend si no había llegado todavía? —dijo Lump Snopes—. Vete a casa, Eustace —añadió—. La comida está casi lista. Yo iré dentro de unos minutos.

—Tengo... —dijo Grimm.

—Tienes que hacer dieciocho kilómetros esta noche para volver a tu casa —dijo

Snopes—. Vamos, ¿a qué esperas? —Grimm le miró un momento más. Luego se puso en pie, descendió los escalones y echó a andar carretera adelante. Ratliff no le miraba ya. Miraba a Snopes.

—¿Eustace come contigo durante su visita? —preguntó.

—Come en casa de Winterbottom, que da la casualidad que es donde yo me hospedo —dijo Snopes, con malos modos—. Y donde hay también otras personas que comen y pagan su habitación.

—Claro que sí —dijo Ratliff—. Pero no deberías haberle echado de esa forma. Supongo que Eustace no viene con mucha frecuencia a pasar un día o dos viendo cómo está el campo, ni tiene ocasión de sentarse a charlar en el porche del almacén.

—Esta noche meterá ya los pies debajo de su propia mesa —dijo Snopes—. Puedes ir allí y verle. Y luego entrar en su patio trasero antes incluso de que abra la boca.

—Claro —dijo Ratliff, cordial, atento, impenetrable, con el rostro exhausto y falta de sueño—. ¿Cuándo crees que Flem estará de vuelta?

—¿De vuelta de dónde? —dijo Snopes, con la misma voz áspera—. ¿De estar tumbado en la hamaca del jardín, matando el tiempo con Will Varner o durmiendo? Lo más probable es que nunca.

—Will y él y las señoras estaban ayer en Jefferson —dijo Freeman—. Will dijo que volvería a casa hoy por la mañana.

—Claro —dijo Ratliff—. Algunas veces un hombre tarda más de un año en convencer a la mujer con la que se ha casado de que la finalidad del dinero no es únicamente salir de compras —seguía de pie, apoyado contra uno de los postes del porche, indolente y despreocupado, como si la palabra «prisa» no figurase en su vocabulario. De manera que Flem Snopes lleva en Jefferson desde ayer, pensó. Y Lump Snopes no quiere que se hable de ello. Y Eustace Grimm: de nuevo encajó en su cerebro otra pieza del rompecabezas; pero aún tendrían que pasar tres días antes de que supiera exactamente de qué se trataba, si bien ahora creía saberlo ya, disponer de toda la trama. Eustace Grimm llevaba en Frenchman's Bend desde la noche anterior, por lo menos desde que oyeron aquel caballo al galope. Quizá iban los dos en el caballo. Tal vez por eso hacía tanto ruido. Era capaz de verlo con toda claridad: Lump Snopes y Grimm en un solo caballo, alejándose al galope en la oscuridad, de vuelta hacia Frenchman's Bend, de donde Flem Snopes seguiría ausente hasta primeras horas de la tarde. Y Lump Snopes tampoco quiere que se hable de eso, pensó, y tiene que mandar a Eustace a casa para evitar que la gente hable con él. Y Lump Snopes no sólo está preocupado y enfadado: está también asustado. Quizá hasta hayan encontrado la calesa escondida. Es lo más probable, y por tanto saben al menos quién es uno de los que cavaban en el jardín; ahora Lump Snopes tendrá que llegar hasta su primo por medio de su delegado, Grimm, y quizá incluso se vea arrastrado a una licitación por la casa del Viejo Francés contra alguien que (Ratliff lo pensó sin vanidad) tiene más recursos para salir victorioso; pensó, cavilando, asombrado como

siempre pero todavía impenetrable, que ni siquiera un Snopes estaba a salvo de otro Snopes. Pero que muy de prisa, pensó. Abandonó el apoyo del poste y se dirigió hacia los escalones—. No me queda más remedio que irme —dijo—. Os veré mañana, muchachos.

—Vente conmigo a almorzar —dijo Freeman.

—Muy agradecido —respondió Ratliff—. He desayunado tarde en casa de Bookwright. Quiero cobrar la factura por una máquina de coser a Ike McCaslin a primera hora de la tarde y estar aquí de vuelta al anochecer.

Se subió a la calesa e hizo girar a los caballos para volver a la carretera. Muy pronto adoptaron su paso habitual, con un rápido movimiento de sus cortas patas, que no significaba sin embargo que avanzaran muy de prisa, y siguieron así hasta dejar atrás la casa de Varner, más allá de la cual la carretera torcía en dirección a la granja de McCaslin y no era ya visible desde el almacén. Los caballos entraron al galope por la desviación, con el polvo brotando en grandes chorros de sus hirsutos lomos en el sitio donde el látigo los golpeaba. Tenían que recorrer cinco kilómetros. Después del primer kilómetro, el resto del camino estaba lleno de curvas y se utilizaba muy poco, pero Ratliff podía hacerlo en veinte minutos. Por otra parte, apenas pasaban unos minutos del mediodía, y probablemente habrían dado las nueve antes de que Will Varner arrancara a su mujer de la asociación de feligreses de Jefferson a la que estaba afiliada. Ratliff hizo el recorrido en diecinueve minutos, tropezando con las rodadas y dando saltos entre ellas, por delante de su propio torbellino de polvo; luego aminoró el paso de la pareja, cubierta ya de sudor, y les hizo volver a la carretera de Jefferson, a kilómetro y medio de la aldea, dejándoles que trotaran durante otro kilómetro aproximadamente, más despacio, para que se enfriaran gradualmente. Pero aún no había rastro alguno del birlocho, de manera que siguió al paso hasta coronar una cuesta desde donde se dominaban todos los alrededores, salió de la carretera para situarse bajo la sombra de un árbol y detuvo la calesa. No había almorzado. Pero apenas tenía hambre, y aunque después de dejar al anciano por la mañana y dar media vuelta para volver a la aldea había sentido unos deseos casi irresistibles de dormir, también eso había desaparecido ahora. De manera que se arrellanó en la calesa, distendido, parpadeando para evitar el brillo cegador del mediodía, mientras la pareja (Ratliff no utilizaba nunca engallador), con las riendas flojas, pastaba por encima del balancín. Probablemente la gente pasaría por allí y le vería; quizá algunos fueran incluso en dirección a la aldea, donde podrían contar que le habían visto. Pero ya se ocuparía de eso cuando surgiera el problema. Era como si se dijera a sí mismo: ahora dispongo de unos momentos para descansar.

Luego vio el birlocho. Ratliff había vuelto ya a la carretera, y avanzaba al paso habitual que todo el mundo conocía en la comarca (lleno de cascos que se agitaban con rapidez sin avanzar por ello mucho más de prisa que dos caballos grandes al paso) antes de que ninguno de los ocupantes del otro vehículo le hubiera visto. Y también supo que ya le habían divisado y reconocido cuando, todavía a doscientos

metros de distancia, tiró de las riendas y esperó en la calesa, cordial, atento y sereno, a pesar de su rostro fatigado, hasta que Varner detuvo el birlocho a su lado.

—¿Qué tal, V. K.? —dijo Varner.

—Buenos días —respondió Ratliff. Se quitó el sombrero para saludar a las dos mujeres en el asiento de atrás—. Señora Varner. Señora Snopes.

—¿Qué camino llevas? —preguntó Varner—. ¿Jefferson?

Ratliff no mintió, ni lo intentó siquiera; sonrió un poco, cortés, quizá incluso respetuoso.

—He salido en busca de ustedes. Quisiera hablar un minuto con Flem —miró a Snopes por primera vez—. Te llevaré a casa —dijo.

—Ah —dijo Varner—. Has recorrido tres kilómetros para encontrarle y luego dar la vuelta y hacer el camino inverso para hablar con él.

—Efectivamente —dijo Ratliff. Seguía mirando a Snopes.

—Tienes suficiente sentido común como para no tratar de venderle algo a Flem Snopes —dijo Varner—. Y supongo que no eres tan estúpido, Dios del cielo, como para comprarle nada, ¿no es cierto?

—No lo sé —dijo Ratliff, con la misma voz cordial, inalterada e impenetrable, a pesar del rostro exhausto y la falta de sueño, sin dejar de mirar a Snopes—. Antes pensaba que era listo, pero ahora no estoy tan seguro. Te llevaré a casa —dijo—. No llegarás tarde a cenar.

—Vamos, apéate —le dijo Varner a su yerno—. No te diré lo que quiere hasta que te bajes.

Pero Snopes ya estaba en movimiento. Escupió por encima de la rueda, se volvió y se apeó de espaldas, voluminoso y pausado, con sus manchados pantalones de color gris claro, la camisa blanca y la gorra a cuadros; el birlocho siguió su camino. Ratliff torció las ruedas delanteras, Snopes se sentó a su lado, él dio la vuelta a la calesa y la pareja reanudó su infatigable paso habitual. Pero Ratliff tiró de las riendas hasta poner a los caballos al paso y los mantuvo así mientras Snopes mascaba ininterrumpidamente a su lado. No volvieron a mirarse el uno al otro.

—Esa casa del Viejo Francés —dijo Ratliff. El birlocho les llevaba unos cien metros de delantera, y caminaba envuelto en su propio polvo, como también lo hacían ellos—. ¿Cuánto le vas a pedir a Eustace Grimm por ella? —Snopes escupió jugo de tabaco por encima de la rueda en movimiento. No mascó más de prisa ni pareció considerar necesario dejar de mascar con el fin de escupir o de hablar.

—Está en el almacén, ¿no es cierto? —preguntó Flem.

—¿No es hoy el día que le dijiste que viniera? —dijo Ratliff—. ¿Cuánto vas a pedirle? —Snopes se lo dijo. Ratliff emitió un sonido muy breve, algo parecido a las exclamaciones habituales de Varner—. ¿Crees que Eustace Grimm es capaz de reunir todo ese dinero?

—No lo sé —dijo Snopes. Escupió de nuevo por encima de la rueda en movimiento. Ratliff podría haber dicho, Entonces es que no quieres venderla; Snopes

le habría contestado, Estoy dispuesto a vender cualquier cosa. Pero no lo hicieron. No les hacía falta.

—De acuerdo —dijo Ratliff—. ¿Qué vas a pedirme a mí? —Snopes se lo dijo. Era la misma cantidad. Esta vez Ratliff utilizó la exclamación habitual de Varner—. Sólo estoy hablando de las cinco hectáreas donde está la vieja casa. No estoy tratando de comprarte todo el condado de Yoknapatawpha —cruzaron la última colina; el birlocho apretó el paso, distanciándose. La aldea no estaba lejos ya—. Vamos a intentarlo de nuevo —dijo Ratliff—. ¿Cuánto quieres por la casa del Viejo Francés? —su pareja también trataba de ponerse al trote. Ratliff tiró de las riendas para retenerlos. La carretera iniciaba una curva para pasar junto a la escuela y entrar en la aldea. El birlocho había desaparecido detrás de la curva.

—¿Para qué la quieres? —preguntó Snopes.

—Para montar un rancho de cabras —dijo Ratliff—. ¿Cuánto? —Snopes escupió por encima de la rueda en movimiento. Repitió la misma cantidad por tercera vez. Ratliff aflojó las riendas y los recios jacos, infatigables, echaron a trotar, recorriendo a buena marcha la última curva y dejando atrás la escuela vacía; la aldea ya estaba a la vista, y también el birlocho, del otro lado del almacén, avanzando todavía.

—Aquel tipo, el maestro que tuvisteis hace tres o cuatro años. Labove. ¿Hay alguien que sepa lo que ha sido de él?

Un poco después de las seis, Ratliff, Bookwright y Armstid le compraron a Snopes la casa del Viejo Francés en el vacío y cerrado almacén. Ratliff entregó una escritura de traspaso de finiquito de su mitad del pequeño restaurante de Jefferson. Armstid hipotecó su granja, con edificios, herramientas y ganado y unos tres kilómetros de alambre de tres cabos para cercas; Bookwright pagó su parte en metálico. Luego Snopes les hizo salir por la puerta principal y volvió a cerrarla. Los tres compradores se quedaron en el porche vacío, iluminado por el resplandor crepuscular de agosto, viendo marcharse a Flem calle arriba hacia la casa de Varner; en realidad fueron sólo dos, porque Armstid ya se había adelantado para subirse a la calesa, donde estuvo esperándoles, inmóvil y emanando por todos los poros la misma furia paciente y en ebullición.

—Ahora es nuestra —dijo Ratliff—. Y más vale que nos aseguremos de que nadie va allí una noche con el tío Dick Bolivar y empieza a buscar dinero enterrado.

En primer lugar fueron a casa de Bookwright (era soltero) a recoger el colchón de su cama, dos colchas, su cafetera y su sartén y otro pico y otra pala; después pasaron por casa de Armstid. Allí no había tampoco más que un colchón, a pesar de que Henry tenía mujer y cinco hijos pequeños; además, Ratliff, que había visto el colchón, sabía que no resistiría ni el primer intento de levantarlo de la cama. De manera que Armstid recogió una colcha y los otros le ayudaron a llenar un saco de pienso con vainas de mazorcas para que le sirvieran de almohada; a continuación volvieron a la calesa y pasaron otra vez ante la casa en cuya puerta aún seguía la mujer de Henry, rodeada por cuatro o cinco de sus hijos. Pero la señora Armstid no

dijo nada, y al volver Ratliff la vista desde la calesa en movimiento, la puerta estaba vacía.

Cuando abandonaron la antigua carretera y se dirigieron por el descuidado parque al cascarón de la casa en ruinas, aún había luz suficiente para que vieran la carreta y las mulas delante de la puerta, y en aquel momento un individuo salió de la casa y se detuvo, mirándoles. Era Eustace Grimm, pero Ratliff nunca supo si Armstid lo reconoció o si se molestó en intentarlo, porque una vez más, antes de que la calesa se detuviera, Armstid se apeó y, apoderándose de la otra pala que Bookwright y Ratliff tenían bajo los pies, se precipitó con su penosa y cojeante furia sobre Grimm, que también se movió con rapidez y puso la carreta por medio, contemplando desde el otro lado cómo Henry daba cuchilladas al aire con la pala.

—¡Hay que cogerlo! —dijo Ratliff—. ¡Lo va a matar!

—O a romperse otra vez la condenada pierna —dijo Bookwright. Cuando le alcanzaron trataba de dar la vuelta alrededor de la carreta, con la pala levantada, como si fuera un hacha. Pero Grimm se había trasladado a toda velocidad al otro lado, donde vio a Ratliff y Bookwright también corriendo, y se alejó de un salto, vigilándolos atento y con el cuerpo en tensión. Bookwright cogió a Armstid por detrás, sujetándole con los dos brazos.

—Vete cuanto antes, si no quieres nada —Ratliff le dijo a Grimm.

—No, no quiero nada —dijo Grimm.

—Entonces, vete mientras Bookwright lo tiene sujeto.

Grimm se dirigió hacia la carreta, contemplando a Armstid con una mezcla de curiosidad y disimulo en la mirada.

—Se va a meter en un buen lío si sigue haciendo esas locuras —dijo.

—Está perfectamente —dijo Ratliff—. Tú preocúpate de marcharte —Grimm subió a la carreta y la puso en marcha—. Ya lo puedes soltar —dijo Ratliff. Armstid se zafó de Bookwright y se dirigió hacia el jardín—. Espera, Henry —dijo Ratliff—. Vamos a cenar primero. Hay que meter las camas en la casa —pero Armstid, cojeando, apresuró el paso hacia el jardín a la luz cada vez más débil del atardecer—. Tenemos que comer primero —dijo Ratliff. Luego respiró profundamente, como si suspirase; Bookwright y él fueron juntos hasta la parte de atrás de la calesa. Ratliff abrió el candado de la caja para la máquina de coser, sacaron las otras palas y picos y corrieron por la ladera que llevaba al viejo jardín, donde Armstid estaba ya cavando. Cuando iban a llegar junto a él, Henry se incorporó y echó a correr hacia la carretera con la pala levantada, momento en el que también ellos vieron que Grimm no se había marchado, sino que había parado la carreta en el camino y seguía contemplándoles desde el otro lado de la cerca medio derruida. Tan sólo se puso en movimiento cuando Armstid estaba ya muy cerca.

Cavaron toda aquella noche, Armstid en un hoyo y Ratliff y Bookwright trabajando juntos en otro. De vez en cuando se paraban para descansar, mientras las constelaciones del verano avanzaban sobre sus cabezas. Ratliff y Bookwright

paseaban un poco para desentumecer sus músculos agarrotados; luego se acuclillaban (sin fumar; no podían arriesgarse a que se viera ninguna luz. Armstid, por su parte, probablemente no había dispuesto nunca de los cinco o diez centavos de más que se necesitan para comprar tabaco) y charlaban en voz baja mientras escuchaban el ruido continuo de la pala de Armstid por debajo de ellos. Henry estaba cavando cuando ellos interrumpían el trabajo, y seguía cavando, infatigable y siempre al mismo ritmo, cuando comenzaban de nuevo, aunque de vez en cuando uno de los dos se acordaba de él y hacía una pequeña pausa para verle sentado al borde de su hoyo, tan inmóvil como los terrones de tierra que había echado fuera. Luego se ponía otra vez a cavar antes de que hubiera tenido tiempo realmente para descansar; así hasta que llegó el amanecer, momento en que Ratliff y Bookwright, iluminados por la primera claridad del día, empezaron a discutir con él desde el borde del hoyo.

—Tenemos que dejarlo —dijo Ratliff—. Ya hay luz suficiente para que nos vea la gente.

Armstid siguió cavando.

—Que nos vean —dijo—. Ahora estoy en mi tierra. Puedo cavar todo el día, si me da la gana.

—De acuerdo —dijo Ratliff—. Tendrás en seguida gente de sobra dispuesta a ayudarte.

Esta vez Armstid se detuvo, mirándole desde dentro del hoyo.

—¿Cómo quieres que nos pasemos toda la noche cavando y luego sigamos despiertos todo el día para evitar que venga nadie? —dijo Ratliff—. Tenemos que comer y dormir un poco.

Sacaron el colchón y las colchas de la calesa y los llevaron a la casa, al gran vestíbulo donde sólo quedaban ya los marcos de las puertas; de cuyo techo colgaba únicamente el esqueleto de lo que fuera en otro tiempo una gran araña de cristal; de cuya doble escalera curva habían desaparecido los escalones mucho tiempo atrás para reparar con su madera establos, gallineros y retretes; y cuyos barrotes, barandillas de nogal y remates decorativos habían sido arrancados hacía mucho tiempo para quemarlos como leña. La habitación que eligieron tenía cuatro metros de altura. Aún se veían los restos de una cornisa de filigrana, dorada en otro tiempo, por encima de las ventanas medio derruidas y la mueca dentada del enlistonado del que se había desprendido la escayola, y el esqueleto de otra araña de cristal tallado. Extendieron el colchón y las colchas sobre el polvo de escayola, y Ratliff y Bookwright regresaron a la calesa, recogieron la comida que habían traído y los dos talegos de monedas, que escondieron en la chimenea, sucia ahora de excrementos de pájaros, detrás de la repisa sobre la que aún quedaban algunos fragmentos del mármol original. Armstid no enseñó su talego. Los otros dos no sabían lo que había hecho con él. Tampoco se lo preguntaron.

No encendieron fuego. Ratliff se hubiera opuesto, probablemente, pero nadie lo sugirió; comieron fríos los insípidos alimentos que habían traído, pero estaban

demasiado cansados para notarlo siquiera; después de quitarse únicamente el calzado, manchado por la tierra húmeda de los hoyos cada vez más hondos, se tumbaron entre las colchas y durmieron con un sueño agitado, demasiado cansados para dormir profundamente, y soñaron con oro. Hacia mediodía puntos y manchas dentadas de luz del sol atravesaron el tejado roto y los dos suelos podridos de los pisos superiores y se arrastraron hacia el este por el suelo hasta alcanzar las colchas tendidas y luego los cuerpos tumbados y los rostros vueltos hacia el techo con las bocas entreabiertas, con lo que quienes dormían se dieron la vuelta o cambiaron de posición o se cubrieron la cabeza y la cara con los brazos, como si, todavía durmiendo, huyeran de la sombra ingrátida de aquello por lo que, despiertos, se habían traicionado a sí mismos. Se despertaron al atardecer sin haber descansado. Deambularon por el cuarto entumecidos, sin hablar, mientras la cafetera hervía sobre el destrozado hogar de la chimenea; comieron de nuevo, devorando los fríos e insípidos alimentos mientras el resplandor carmesí del día agonizante se desvanecía en la alta habitación en ruinas. Armstid terminó el primero de comer. Dejó la taza y se puso en pie apoyándose primero en las manos y las rodillas, como hace un niño para levantarse, arrastrando penosamente tras de sí su pierna rígida dos veces rota, y se dirigió hacia la puerta.

—Deberíamos esperar a que fuese completamente de noche —dijo Ratliff, sin dirigirse a nadie en particular; nadie le contestó, desde luego. Era como si hablara consigo mismo y se hubiese contestado a sí mismo. Acto seguido se puso en pie. Bookwright ya lo había hecho. Cuando llegaron al jardín, Armstid estaba en su hoyo, cavando.

Cavaron durante la breve noche de verano como lo habían hecho la precedente, con las familiares estrellas girando sobre sus cabezas, y se detuvieron de cuando en cuando para descansar y desentumecer los músculos y escuchar el continuo ir y venir de la pala de Armstid por debajo de ellos; lograron convencerle al amanecer de que lo dejara para regresar, comer —salmón en lata, tocino frío con su grasa solidificada, pan de maíz duro— y dormir de nuevo entre las colchas extendidas hasta que llegase el mediodía y con él los dorados rayos del sol que se arrastraban hasta ellos como buscándolos a tientas y que, al tocarles, les hacían girar y apartarse de su impalpable e ingrátido peso como en la impotente huida de una pesadilla. El pan se les había terminado aquella mañana. Cuando los otros se despertaron en el segundo atardecer, Ratliff tenía la cafetera en el fuego y estaba preparando otra tanda de pan de maíz en la sartén. Armstid no quiso esperar a que estuviera listo. Se comió la ración de tocino que le correspondía y, después de beberse el café, volvió a ponerse en pie como hacen los niños pequeños y salió del cuarto. Bookwright también se había levantado. Ratliff, de cuclillas junto a la sartén, se le quedó mirando.

—Vete tú también —dijo—. No hace falta que esperes.

—Estamos a dos metros de profundidad y el hoyo tiene más de un metro de ancho y tres de largo. Voy a cavar donde encontramos el tercer talego.

—De acuerdo —dijo Ratliff—. Ya puedes ir empezando.

Porque, de nuevo, algo había encajado en su cerebro como otra pieza del rompecabezas. Puede que hubiera sido mientras dormía, no estaba seguro. Pero esta vez sí que había dado en el clavo. Sólo que no quiero mirarlo ni oírlo, pensó, en cuclillas, sosteniendo la sartén sobre el fuego, guiñando los ojos, que se le habían llenado de lágrimas porque la chimenea medio derruida no sacaba ya el humo de la habitación; no me atrevo. De todas formas, todavía no tengo que hacerlo. Aún puedo seguir trabajando esta noche. Incluso nos queda otro sitio donde cavar. De manera que esperó a que el pan estuviese hecho. Luego lo sacó de la sartén, lo puso cerca de las brasas, cortó lonchas de tocino y se puso a freírlo en la sartén; era su primera comida caliente desde hacía tres días y comió sin prisa, acuclillado, tomándose a sorbos el café mientras el último carmesí del crepúsculo se refugiaba en el techo en ruinas; pero acabó desapareciendo también de allí, y no quedó en la habitación más resplandor que el del fuego agonizante.

Bookwright y Armstid ya estaban cavando. Cuando se acercó lo bastante para ver, Armstid, sin ayuda, había alcanzado casi un metro de profundidad y su hoyo era casi tan largo como el que Ratliff y Bookwright habían cavado juntos. Luego siguió hasta donde Bookwright había empezado el nuevo agujero, cogió su pala (Bookwright se había ocupado de llevarla hasta allí) y se puso a cavar. Siguieron trabajando toda aquella noche, bajo las familiares estrellas siempre en movimiento, parando de cuando en cuando para descansar, si bien Armstid nunca lo hacía al mismo tiempo, acuclillados en el borde de la nueva excavación, mientras Ratliff hablaba, su voz convertida en un murmullo, no acerca de oro ni de dinero, sino desgranando anécdotas, jovial, su rostro invisible, irónico, pensativo, impenetrable. Volvieron a cavar. Puedo esperar a que sea de día para mirarlo con calma, pensó. Porque la verdad es que ya lo he mirado, pensó. Lo vi hace tres días. Luego empezó a amanecer. Con la primera luz incierta de la aurora Ratliff dejó la pala y se irguió. El pico de Bookwright subía y bajaba rítmicamente delante de él; siete metros más allá vio a Armstid hundido en el suelo hasta la cintura, como si le hubieran cortado en dos a la altura de las caderas, y el torso muerto, sin saber siquiera que estaba muerto, repetiera el gesto de agacharse y levantarse con la regularidad de un metrónomo, logrando así cavar su propia fosa en la tierra que le había dado el ser para convertirlo en su esclavo irrevocable hasta el día de su muerte. Ratliff salió del agujero y se quedó sobre la oscura arcilla húmeda salida de su interior con los músculos contraídos y temblorosos por el cansancio, mirando calmosamente a Bookwright hasta que Bookwright lo advirtió y se detuvo, el pico levantado para el siguiente golpe, y alzó la vista en su dirección. Se miraron el uno al otro: dos caras demacradas, sin afeitar, exhaustas.

—Odum —dijo Ratliff—, ¿quién es la mujer de Eustace Grimm?

—No lo sé —dijo Bookwright.

—Yo sí —dijo Ratliff—. Es una de esas Doshey del condado de Calhoun. Eso ya huele a chamusquina. Y la madre de Eustace era una Fite. Y eso todavía me gusta

menos.

Bookwright apartó la vista. Dejó el pico despacio, con mucho cuidado, como si fuera una cuchara llena de sopa o de nitroglicerina, y salió del hoyo, limpiándose las manos en el pantalón.

—Creía que lo sabías —dijo—. Estaba convencido de que sabías todo lo que hay que saber sobre la gente de esta comarca.

—Me parece que ahora lo sé ya —dijo Ratliff—. Pero supongo que tendrás que repetírmelo.

—Fite es el apellido de la segunda mujer de su padre, y no era la mamá de Eustace. Mi padre me habló de ella cuando Ab Snopes alquiló por primera vez aquella granja a los Varner hace cinco años.

—De acuerdo —dijo Ratliff—. Sigue.

—La mamá de Eustace era la hermana pequeña de Ab Snopes.

Se miraron el uno al otro, parpadeando ligeramente. La claridad iba en aumento muy de prisa.

—Todo muy claro —dijo Ratliff—. ¿Has terminado?

—Sí —dijo Bookwright—. He terminado.

—Te apuesto uno a que te gano —dijo Ratliff.

Subieron la ladera y entraron en la casa, a la habitación donde dormían. El cuarto estaba aún a oscuras, de manera que mientras Ratliff sacaba a tuestas de la chimenea los dos talegos, Bookwright encendió la linterna, colocándola en el suelo, y los dos, con la linterna en medio, se acuclillaron frente a frente para abrir los talegos.

—Supongo que deberíamos haber pensado que ningún talego de tela... —dijo Bookwright—. Al cabo de cincuenta años... —los vaciaron en el suelo. Fueron cogiendo cada uno una moneda y, después de examinarlas brevemente, las ponían unas encima de otras, como cuando se corona una reina en el juego de las damas, muy cerca de la linterna. Luego volvieron a examinarlas una por una a la luz de la empañada linterna.

—Pero ¿cómo supo que íbamos a ser nosotros? —preguntó Bookwright.

—No lo sabía —dijo Ratliff—. Le tenía sin cuidado. Le bastó con venir aquí todas las noches y cavar durante un rato. Sabía que antes de que pasasen dos semanas alguien le vería cavar —depositó la última moneda en el montón y se sentó sobre sus talones esperando a que terminase Bookwright—. Mil ochocientos noventa y uno —dijo.

—Mil novecientos uno —dijo Bookwright—. Incluso he encontrado una acuñada el año pasado. Me has ganado.

—Te he ganado —dijo Ratliff. Recogió las dos monedas y volvieron a meter el dinero en los talegos. Esta vez no los escondieron. Dejaron cada talego sobre la colcha de su propietario y apagaron la linterna. Había ya más luz y veían muy bien a Armstid mientras se agachaba, se alzaba y volvía a agacharse en el hoyo que le llegaba hasta el muslo. El sol saldría pronto; tres buitres planeaban ya, recortados

contra el alto cielo de un azul amarillento. Armstid ni siquiera levantó la vista cuando se acercaron; siguió cavando incluso cuando se detuvieron junto al hoyo mirándole—. Henry —dijo Ratliff, que acto seguido se agachó y le tocó en el hombro. Armstid giró en redondo; la pala alzada y puesta de canto reflejó una delgada línea de aurora, color de acero, como podría haberlo hecho el filo de un hacha.

—Sal de mi agujero —dijo—. Sal ahora mismo.

Las carretas con los hombres, las mujeres y los niños que se acercaban a la aldea por aquella dirección se detuvieron, y los hombres que habían acudido andando desde el almacén para situarse a lo largo de la cerca de Varner contemplaron cómo Lump y Eck Snopes y el negro de Varner, Sam, cargaban los muebles y los baúles y las cajas en la carreta que habían arrimado de espaldas al borde del porche. Era la misma carreta, tirada por las mismas mulas, que había traído de Texas a Flem Snopes en abril, y los tres hombres iban y venían entre el carruaje y la casa; Eck o el negro salían por turno de espaldas, vacilantes bajo la carga que llevaban entre los dos, mientras Lump Snopes corría a su lado, con la boca siempre abierta en una constante sucesión de recomendaciones y órdenes, con una mano en el objeto transportado, desde luego, pero sin soportar peso alguno, hasta depositar el bulto en la carreta y regresar, con una pausa junto a la puerta y un hacerse a un lado cada vez que la señora Varner salía de la casa precipitadamente con otro cargamento de pequeños recipientes de loza y botes de conservas de frutas y hortalizas herméticamente cerrados. Los espectadores situados a lo largo de la cerca iban tachando los objetos de su lista mental: la cama desarmada, el tocador, el palanganero y la palangana con dibujos de flores haciendo juego, el aguamanil, el cubo y el orinal, el baúl que sin duda contenía la ropa de la esposa y de la niña, el cajón de madera que al menos las mujeres sabían con seguridad que contenía platos y cubiertos y cacharros de cocina, y en último lugar un bulto de lona marrón muy bien atado.

—¿Qué es eso? —preguntó Freeman—. Parece una tienda.

—Es una tienda —dijo Tull—. Eck la trajo la semana pasada de la agencia de transportes de la ciudad.

—¿Es que van a mudarse a Jefferson para vivir en una tienda? —preguntó Freeman.

—No lo sé —dijo Tull.

Finalmente se terminó de cargar la carreta; Eck y el negro atravesaron por última vez la puerta a trompicones, la señora Varner apareció con el último tarro herméticamente cerrado; Lump Snopes volvió a entrar en la casa y salió de nuevo con la maleta de mimbre que todos conocían y después Flem Snopes y su mujer atravesaron el umbral. Eula, que llevaba en brazos al bebé —una niñita demasiado grande para haber nacido sietemesina, pero que, desde luego, no había esperado hasta mayo—, se detuvo un momento antes de seguir, con su estatura de diosa griega, sacándoles la cabeza a su madre y a su marido, con un traje sastre a pesar del denso calor de un verano en plena madurez, y mostrando sólo por la calidad de su tez que no había cumplido aún los dieciocho años, ya que la máscara de su cara, sin expresión y sin mirada, carecía de edad. Las mujeres de las carretas la contemplaron

pensando que se trataba del primer traje sastre que se veía en Frenchman's Bend y maravillándose de que la señora Snopes le hubiera sacado algo de ropa a su marido después de todo, porque seguro que no era Will Varner quien pagaba ahora sus vestidos; y los hombres junto a la cerca también la contemplaron y pensaron en Hoake McCarron y en que cualquiera de ellos le hubiera comprado a Eula el traje si ella se lo hubiese pedido.

La señora Varner cogió al bebé y los espectadores vieron cómo la señora Snopes se recogía la falda con un gesto inmemorial y femenino y turbador y subía por la rueda hasta el asiento en el que Flem Snopes se hallaba ya instalado sujetando las riendas; luego Eula se inclinó para recibir otra vez a la niña de brazos de su madre. La carreta se puso en marcha con una sacudida, la pareja de mulas giró para cruzar el patio hacia el portón abierto y salir al callejón y eso fue todo. Así fue la despedida si es que hubo tal despedida. Las carretas detenidas a lo largo del camino crujieron para ponerse de nuevo en movimiento, si bien Freeman y Tull y los otros cuatro hombres se limitaron a darse la vuelta, descansando de nuevo con la espalda apoyada en la cerca, la misma seriedad en todos los semblantes, un poco sombría e incluso solemne, sin mirar directamente a la carreta cargada mientras torcía para salir del callejón, se acercaba y luego pasaba a su lado: la gorra a cuadros, la mandíbula en lento y continuo movimiento, la diminuta corbata de lazo y la camisa blanca; el otro rostro sereno y hermoso y, por su expresión, se diría que tallado en madera o incluso como el de un cadáver, sin mirar a los espectadores, desde luego, y tal vez sin mirar a nada que ellos conocieran.

—Hasta la vista, Flem —dijo Freeman—. Guárdame un filete cuando le hayas cogido el tino a la cocina.

Snopes no contestó. Incluso es posible que no hubiese oído. La carreta siguió su camino. Todavía contemplándola, pero sin moverse aún, la vieron torcer por la vieja senda que hasta dos semanas antes llevaba veinte años sin que aparecieran en su superficie otras huellas que las de los cascos del gordo caballo blanco de Varner.

—Tendrá que recorrer cinco kilómetros más para coger la carretera de Jefferson por ese camino —dijo Tull con voz preocupada.

—Quizá se proponga llevarse esos cinco kilómetros a la ciudad y cambiárselos a Grover Cleveland Winbush por la otra mitad del restaurante —dijo Freeman.

—Quizá se los cambie a Ratliff y a Bookwright y a Henry Armstid por alguna otra cosa —dijo un tercer espectador, Winbush de apellido, hermano del anterior—. A Ratliff se lo encontrará también en la ciudad.

—A Henry Armstid lo encontrará sin ir tan lejos —dijo Freeman.

La senda no era ya una cicatriz casi curada y apenas visible. Ahora tenía rodadas, porque había llovido una semana antes y la hierba y la maleza, vírgenes durante casi cincuenta años, presentaban ahora cuatro trayectorias distintas: las dos exteriores por donde habían pasado ruedas con aros de hierro, las dos interiores de las parejas enjaezadas que habían recorrido diariamente la senda desde la tarde en que las

primeras torcieron por allí: las desvencijadas y chirriantes carretas, los caballos y las mulas con las desolladuras del arado, los hombres y las mujeres y los niños que entraban en otro mundo, que atravesaban otra tierra, que se movían en otro tiempo, en otra tarde sin duración ni nombre.

Donde la arena se oscurecía bajo el agua poco profunda del arroyo y luego se aclaraba para volver a alzarse, las innumerables huellas superpuestas de ruedas y herraduras eran como gritos en una iglesia desierta. Luego empezaban a verse las carretas, alineadas a un costado del camino, los niños más pequeños en cuclillas, las mujeres todavía sentadas en las sillas de mimbre dentro de las carretas, con sus bebés en brazos, dándoles de mamar cuando llegaba el momento; los hombres y los chicos de más edad de pie en silencio a lo largo de la cerca de hierro medio derruida y asfixiada por la madre selva, contemplando a Armstid mientras sacaba sin descanso tierra a paletadas en la pendiente del viejo jardín. Llevaban dos semanas contemplándole. Después del primer día, después de que le vieran los primeros y volvieran a sus casas con la noticia, habían empezado a acudir en carretas y a lomos de caballos y mulas desde distancias hasta de quince y veinte kilómetros, hombres, mujeres y niños, octogenarios y lactantes, cuatro generaciones, dentro de una carreta baqueteada y desvencijada, todavía con restos de estiércol o heno y ahechaduras, que se sentaban en los vehículos o se colocaban a lo largo de la cerca con la compostura con que asistirían a una recepción oficial, con el absorto interés de una multitud que presencia el trabajo de un mago en una feria. El primer día, cuando el primer espectador se apeó y se aproximó a la cerca, Armstid salió de su hoyo y corrió hacia él, arrastrando la pierna rígida, alzada la pala, maldiciendo con un susurro áspero, jadeante, y obligó al intruso a marcharse. Pero renunció muy pronto a seguir haciéndolo; parecía no advertir siquiera la presencia de los espectadores a lo largo de la cerca, contemplándole mientras azadoneaba sin descanso de aquí para allá por la ladera con su exhausta e incansable furia. Pero ninguno trató ya de entrar en el jardín, y ahora sólo algunos chiquillos se empeñaban en molestarle.

Hacia media tarde los que habían venido de muy lejos empezaban a marcharse. Pero siempre había algunos que se quedaban, incluso aunque eso significara desaparecer a las caballerías y darles de comer y hasta ordeñar a las vacas en la oscuridad. Luego, justo antes de ponerse el sol, llegaba la última carreta —las dos mulas demasiado flacas, con aspecto de liebres, las ruedas apuntaladas, torcidas, desengrasadas— y los espectadores se volvían a lo largo de la cerca para ver cómo la mujer con el vestido gris y sin forma y la papalina descolorida se apeaba y sacaba de debajo del asiento un pozal de estaño y se llegaba hasta la cerca más allá de la cual Henry Armstid no había levantado aún la vista ni vacilado en su trabajo a ritmo de metrónomo. La mujer dejaba el pozal en la esquina de la cerca y se quedaba allí inmóvil algún tiempo, el vestido gris cayendo en rígidos pliegues estatuarios sobre las sucias zapatillas con suela de goma, las manos entrelazadas y ocultas bajo el delantal descansando sobre su estómago. Quizá mirase al hombre, pero los espectadores no

hubieran podido decirlo; tampoco sabían si miraba a alguna otra cosa. Luego la señora Armstid se daba la vuelta y volvía a la carreta (tenía que dar de comer al ganado y ordeñar a las vacas, además de preparar la cena de sus hijos), montaba, cogía las riendas hechas con cuerda, giraba la carreta y se alejaba. Era entonces cuando se marchaban los últimos mirones, dejando a Armstid en su ladera apenas visible ya, sacando tierra a paletadas, a punto de caer la noche, con la regularidad de un juguete mecánico y con algo de monstruoso en su incansable esfuerzo, como si se tratara de un juguete demasiado ligero para lo que se pretendía que hiciese o como si se le hubiera dado demasiada cuerda. En las calurosas mañanas de verano, acucillados en el porche del almacén de Varner mascando parsimoniosamente tabaco, o en algún tranquilo cruce de caminos por los campos en las tardes interminables, los habitantes de la zona hablaban de ello, de carreta a carreta, de carreta a jinete, de jinete a jinete, o de carreta o jinete a alguien que aguardaba junto a un buzón de correos o el portón de una cerca.

—¿Todavía sigue?

—Todavía sigue.

—Se va a matar. Aunque quizá nadie pierda mucho.

—Su mujer seguro que no.

—Eso desde luego. Se ahorrará el viaje de todos los días para llevarle la comida.

Ese Flem Snopes.

—Desde luego. Ninguna otra persona lo hubiese hecho.

—Ninguna otra persona podría haberlo hecho. Engañar a Henry Armstid estaba al alcance de cualquiera. Pero sólo Flem Snopes podía engañar a Ratliff.

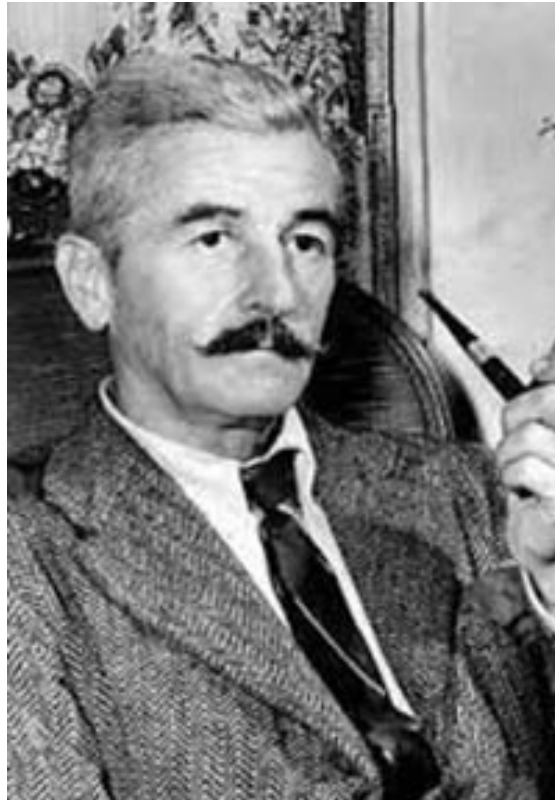
Ahora, muy poco después de las diez de la mañana, cuando Flem hizo su aparición, no sólo había llegado todo el contingente diario de espectadores, sino que aún no se había marchado ninguno, incluidos los que, como Snopes, iban camino de Jefferson. El vehículo de Flem no salió del camino para colocarse en línea, sino que siguió adelante, pasando junto a las carretas detenidas, mientras las cabezas de las mujeres que sostenían a los niños de pecho se volvían para mirarle y también hacían lo mismo los hombres a lo largo de la cerca, con rostros serios, incluso sombríos; y aún siguieron mirándole cuando detuvo la carreta y se quedó mascando, con su permanente y rítmico movimiento de mandíbula, mirando al jardín por encima de sus cabezas. Luego los hombres a lo largo de la cerca volvieron la cabeza como siguiendo la dirección de su mirada, y contemplaron a dos chavales que salían de entre la maleza en el lado más distante del jardín y lo cruzaban sigilosamente, acercándose a Armstid por detrás. Henry no había levantado la vista ni dejado de cavar, pero cuando los chicos estaban aún a siete metros, giró con rapidez, salió a rastras de la zanja y corrió hacia ellos con la pala levantada. No dijo nada; ahora ni siquiera maldecía ya. Simplemente corrió hacia ellos, arrastrando la pierna, tropezando con los terrones que había sacado del hoyo, mientras los chicos corrían, sacándole cada vez más ventaja. Incluso después de haber desaparecido entre las

malezas de donde surgieran, Armstid siguió corriendo hasta tropezar y caer de cabeza; allí quedó tumbado algún tiempo, mientras del otro lado de la cerca los espectadores le contemplaban en un silencio tan completo que podía oírse el seco susurro de su respiración jadeante. Luego se levantó, poniéndose primero a gatas, como hacen los niños pequeños, recogió la pala y regresó a la zanja. No alzó la vista para mirar al sol y calcular la hora, como es costumbre cuando se hace una pausa en el trabajo. Volvió directamente a la zanja, apresurándose con la trabajosa lentitud y el rostro demacrado y sin afeitar, que eran ya por completo los de un demente. Nada más llegar a la zanja empezó a cavar.

Snopes volvió la cabeza y escupió por encima de la rueda de la carreta. Luego movió levemente las riendas.

—¡Arre! —dijo.

FIN



WILLIAM FAULKNER (Oxford, EE. UU, 1897 - Oxford, EE. UU. 1962). Escritor estadounidense, es considerado como uno de los más grandes autores del siglo XX, galardonado en 1949 con el Premio Nobel de Literatura y considerado como uno de los padres de la novela contemporánea.

Nacido en el Sur de los Estados Unidos, Faulkner no llegó a acabar los estudios y luchó en la I Guerra Mundial como piloto de la RAF. Como veterano tuvo la oportunidad de entrar en la universidad pero al poco tiempo decidió dedicarse por completo a la literatura.

Tras cambiar habitualmente de trabajo, Faulkner publicó su antología de cuentos *La paga de los soldados* (1926) tras encontrar cierta estabilidad económica como periodista en Nueva Orleans. Poco después comenzaría a publicar sus primeras novelas en las que reflejó ese Sur que tan bien conocía, *El ruido y la furia* (1929) es la más conocida de este periodo. Luego llegarían obras tan famosas como *Luz de agosto* (1932), *¡Absalón, Absalón!* (1936) o *El villorrio* (1940).

Santuario (1931) fue, a la larga, su novela más vendida y la que le permitió dedicarse a la escritura de guiones para Hollywood. Sus cuentos más conocidos de esta época pueden leerse en *¡Desciende, Moisés!* escrito en 1942.

Como guionista, habría que destacar su trabajo en *Vivamos hoy* (1933), *Gunga Din* (1939) o *El sueño eterno* (1946).

En el apartado de premios, Faulkner tuvo un reconocimiento tardío aunque

generalizado. Además del ya nombrado *Nobel de Literatura* también recibió el *Pulitzer* en 1955 y el *National Book Award*, éste entregado ya de manera póstuma por la edición de sus *Cuentos Completos*.

Notas

[1] Se trata de un falso ciprés de hoja caduca (*Taxodium distichum*) que crece en los lechos de los ríos y en zonas pantanosas. Da una madera roja muy dura que se utiliza para tablillas a modo de tejas de madera. (N. del T.) <<

[2] Según este tipo de contrato, el arrendatario aporta su equipo (Ab Snopes tiene su propia mula) y paga una tercera parte de la simiente y del fertilizante para la cosecha de maíz y un tercio de la cosecha como renta; en cuanto al algodón, paga una cuarta parte de la simiente y del fertilizante, y una cuarta parte de la cosecha como renta. Es un contrato distinto del simple aparcerero, que sólo aporta el trabajo y normalmente paga con la mitad de la cosecha. (N. del T.) <<

[3] Tío (*uncle*) es un título de respeto con el que tanto blancos como negros designan a un negro de avanzada edad o, menos frecuentemente, a un blanco entrado en años. (N. del T.) <<

[4] Color de los uniformes de los dos ejércitos contendientes. (N. del T.) <<

[5] Alusión al dicho «New brooms sweep clean»: Las escobas nuevas barren mejor.
(N. del T.) <<

[6] Aquí se pierde el juego de palabras al traducir, porque el personaje se llama Mink, que en inglés quiere decir visón. (N. del T.) <<

[7] «Lump» significa literalmente terrón, grumo, bulto. (N. del T.) <<

[8] En las escopetas antiguas el detonador era un objeto separado. En las más modernas, el detonador está incorporado a la base del cartucho o vaina. (N. del T.) <<

[9] El fuerte de Sumter, bombardeado por los sudistas del general Beauregard (1861), acontecimiento que señala el comienzo de la Guerra de Secesión. (N. del T.) <<